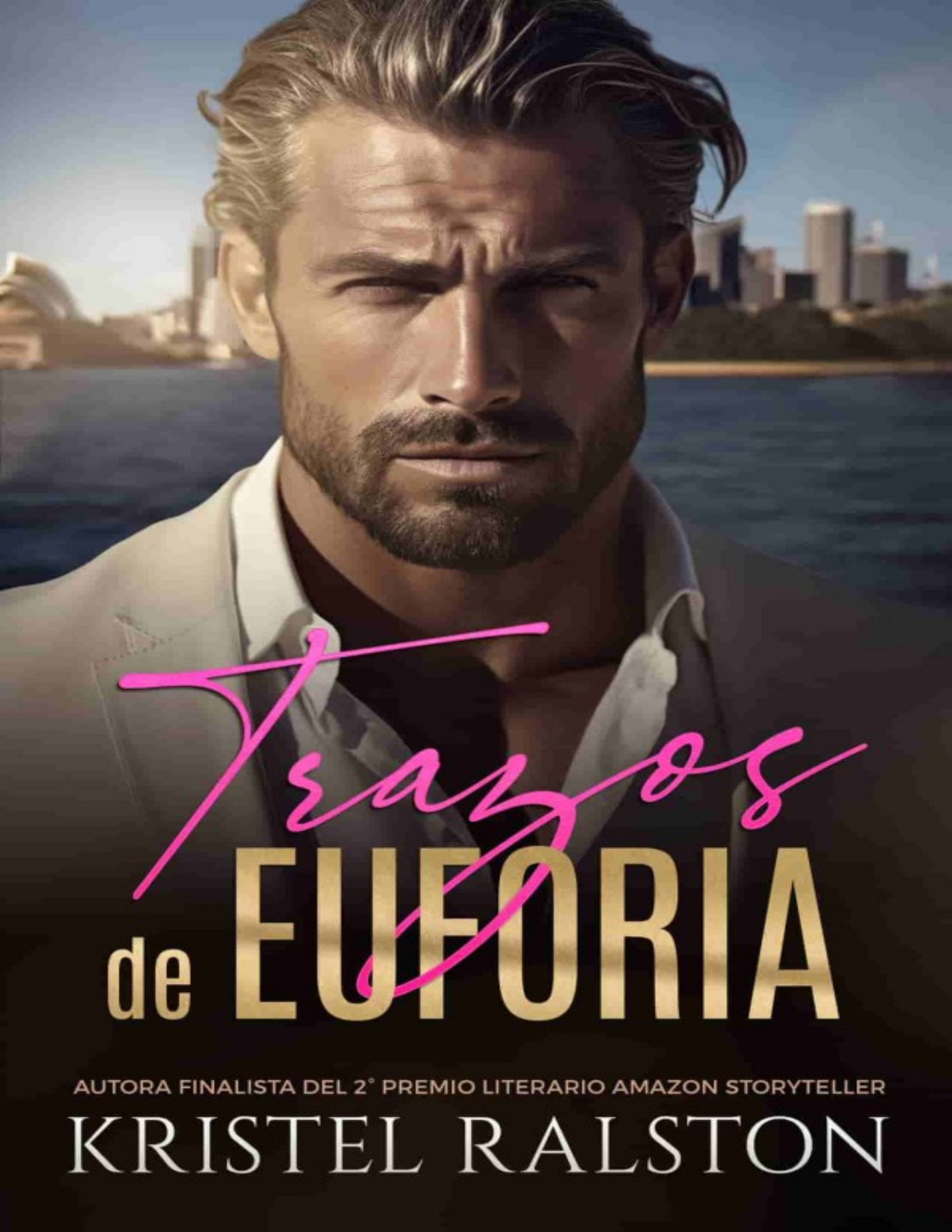


AUTORA FINALISTA DEL 2° PREMIO LITERARIO AMAZON STORYTELLER

KRISTEL RALSTON



AUTORA FINALISTA DEL 2° PREMIO LITERARIO AMAZON STORYTELLER

KRISTEL RALSTON

©Kristel Ralston 2025.

Trazos de euforia.

Todos los derechos reservados.

Los trabajos de la autora están respaldados por derechos de autor, y registrados en la plataforma SafeCreative. La piratería es un delito y está penado por la ley.

Código de registro N. 2504131445887 y N. 2501020542719.

Diseño de portada: Kramer H. ©AdobePhotoStock.

Diseño interior: Lotus Ediciones.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema o transmitido de cualquier forma, o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos, sin previo y expreso permiso del propietario del copyright. El uso de frases o fragmentos de este texto solo puede hacerse con fines publicitarios para la obra y nombrando siempre a su autora.

Prohibido entrenamiento con IA: Sin que de ninguna manera se limiten los derechos exclusivos del autor, bajo la legislación de derechos de autor, queda expresamente prohibido cualquier uso de esta publicación para "entrenar" tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa para la generación de texto o audio. La autora se reserva todos los derechos para licenciar los usos de esta obra para el entrenamiento de IA generativa y el desarrollo de modelos de lenguaje de aprendizaje automático.

Todos los personajes y circunstancias de esta novela son ficticios, cualquier similitud con la realidad es una coincidencia.

" En un beso, sabrás todo lo que he callado."

Pablo Neruda.

ÍNDICE

ÍNDICE
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22
EPÍLOGO
SIGUE LEYENDO: DETRÁS DE LA PERFIDIA
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
SIGUE LEYENDO: AL FILO DE LA MEDIANOCHE
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
PUEDES CONTACTAR A LA AUTORA EN REDES SOCIALES
OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA
SOBRE LA AUTORA

PRÓLOGO

Sídney, Nueva Gales del Sur.
Australia.
Meses atrás.

Aubrey tomó una profunda y temblorosa respiración, mientras procuraba no moverse ante la amenaza de recibir una cuchillada si mostraba resistencia. Las palabras de los ladrones resonaron en el callejón de la zona de Kings Cross. No podía gritar para pedir ayuda, porque estaba en desventaja. Intentar un forcejeo, considerando que un arma blanca presionaba contra sus costillas, sería un error. La única solución consistía en entregar sus pertenencias. Esta área de Sídney era poco segura, pero Aubrey no podía evadirla, porque solía ser el camino más corto al hotel del que era recepcionista.

Ella trabajaba usualmente de nueve a cinco, pero en esta ocasión aceptó quedarse más tiempo para reemplazar a una de sus compañeras de limpieza. Aubrey necesitaba la paga adicional con urgencia. El dinero siempre era escaso, en especial desde que su familia se desmoronó, años atrás, a partir del diagnóstico que recibió Bonnie, su madre. El cáncer de colon, sumado a la diabetes, se volvió un cuadro complejo de sobrellevar. Los ahorros de Bonnie se extinguieron pronto y la única persona adulta, en capacidad legal y física, que podía trabajar para solventar los gastos médicos que la seguridad social no cubría era Aubrey. Habían sido años duros y tristes.

El dinero que recibió esta vez, por limpiar varias habitaciones, estaba destinado a financiar un tratamiento de inmunoterapia sugerido por el médico de cabecera de Bonnie. Al tratarse de un procedimiento nuevo, fuera de la lista de la sanidad pública australiana, no recibiría cobertura. Aubrey estaba desesperada para que su madre recibiera la ayuda, pero también tenía sus propios

gastos personales, así que llegar a fin de mes era un acto tanto de malabarismo como de persistencia. Por si fuera poco, el último informe del oncólogo había sido un golpe terrible, pues el cáncer había alcanzado el estadio 3. La posibilidad de que avanzara, hasta convertirse en metástasis en etapa 4, era una preocupación que aterraba a Aubrey. Ella procuraba inclusive considerar la medicina no-tradicional para intentar que su madre venciera el cáncer de una buena vez. Pero esa jodida enfermedad era como una sombra acechando siempre.

Con ese escenario catastrófico, Aubrey decidió retrasar de nuevo, tal como lo hizo cuando Bonnie recibió el diagnóstico inicial cinco años atrás, su ingreso a la universidad. El campo que le interesaba, ingeniería de *software*, era muy competitivo. Como no podía pagarse la carrera, ella se inscribía en cursos gratuitos que daban certificaciones de programación, desarrollo web, análisis de datos y nuevas tecnologías. Lo que la apasionaba era la inteligencia artificial y la creación de simuladores virtuales, así que utilizaba las limitadas posibilidades de su portátil. Aubrey había aprendido a tomar las riendas de su vida, pero no se convertía en una víctima paralizada por el miedo. Al final del día se sentía cansada, mas no derrotada. Lo anterior era un gran logro si consideraba el incierto horizonte médico de Bonnie

Craig, el hermano menor de Aubrey, cursaba el último año de la secundaria. Él trabajaba de cajero en una hamburguesería. Su objetivo era lograr una beca deportiva en la universidad y así poder estudiar gratuitamente la escuela de medicina. Ni él ni Aubrey tenían familiares a los cuáles recurrir para tener ayuda de ningún tipo. Además, los ahorros de la madre de ambos se habían agotado fruto de la misma enfermedad; las ayudas que recibían del gobierno apenas alcanzaban para subsistir.

Bonnie era una inmigrante huérfana de Nueva York que llevaba treinta años en Sídney y se había casado con un australiano que la deslumbró con atenciones, halagos y promesas de una buena vida. Sergei provenía de una familia de clase alta. Esta mostró su disgusto ante el matrimonio con Bonnie, porque ella no entraba en las

expectativas sociales y financieras a las que los millonarios Blackeney estaban habituados. ¿El resultado? Rompieron contacto con su hijo y quitaron a su descendencia de las herencias. Sergei demostró no ser mejor que sus familiares, pues se largó de la casa apenas entendió que la batalla de Bonnie contra el cáncer no sería fácil e implicaría esfuerzo y atenciones. Él prefirió irse con una amante y alejarse por completo de sus hijos. No solo eso, sino que vendió la casa en la que habían vivido de casados y que estaba a su nombre. De la venta le dio una parte ínfima a Bonnie.

Con esa cantidad, la mujer compró una modesta vivienda, pero ya no en una suntuosa área como Bellevue Hill, sino en una menos segura y de clase baja, Redfern. Lo anterior no le importó a ella, pero fue consciente del impacto para el estilo de vida al que estaban habituados sus hijos. Una vez que se oficializó el divorcio, el seguro médico de Bonnie, que estaba unido al de Sergei y al de sus hijos, dejó de darle cobertura. Ella tomó la difícil decisión de hipotecar la casa cuando el laboratorio para el que trabajó durante años, la despidió al no cumplir los horarios por estar enferma.

—Mamá, te has gastado tus ahorros en doctores. Yo acabo de graduarme de la secundaria —había dicho Aubrey cuando Bonnie les explicó la situación financiera—. Muchas personas de mi edad se toman un año sábatico para viajar y conocer el mundo. Yo puedo tomarlo para reunir dinero y ayudarte con los gastos.

—Oh, Bree —había dicho llamándola con ese apodo cariñoso—, tienes un corazón tan generoso, pero no puedo permitir algo así. Encontraré el modo de…

—No, mamá —había intervenido Craig, en ese tiempo tenía catorce años y el cambio de estatus, escuela y grupo social sí lo afectó—. Mi padre es un imbécil y si se largó, no vamos a pedirle nada. No quiero que nos faltes tú. Mis amigos consiguen empleos en tiendas de ropa o cosas así. Entraré en el equipo de natación y mantendré mis tiempos con el entrenador. Cuando llegue a la universidad podría recibir una beca.

Bonnie se había limpiado las lágrimas contemplando a sus hijos, conmovida.

—Será solo un año mamá —había dicho Aubrey sonriente, optimista—, luego te pondrás bien y yo podré ir a la universidad; y seguro Craig gana esa beca académica.

—Mis niños, no sé qué haría sin ustedes —había susurrado Bonnie.

Esa conversación había ocurrido un lustro atrás.

El año sabático se había convertido en un lapso mucho más amplio y sin un pronóstico exacto de cuándo iba a finalizar. Desde entonces, hasta ahora, Aubrey sentía que su madurez era la de alguien que había vivido tres décadas, en lugar de veintitrés años. Ella no se arrepentía de la decisión que había tomado. A veces, sería absurdo negarlo, deseaba que toda la pesadilla acabara y que la calma, la estabilidad y la bonanza que alguna vez conoció, regresaran a su hogar. Pero parecía imposible. Así que solo podía enfocarse en tratar de hacer su mayor esfuerzo para ayudar a Bonnie.

En alguna ocasión, en medio de la angustia, su rebeldía con la vida, el enojo con su padre y la sensación de injusticia por todos los sinsabores que atravesaba —mientras otras chicas de su edad iban de fiesta o tenían una rutina que parecía menos espinosa que la suya— cometió el error de confiar en la persona equivocada. Ese también fue un episodio lúgubre que le mostró otra cara del dolor y la decepción, sumándose al cúmulo de pedradas que continuaban cayendo sobre el techo de su vida. Pero Aubrey era terca como una mula y eso le servía para levantarse cuando parecía que, después de probar el fango, era imposible recomponerse. Sabía que existían casos más trágicos, los conocía porque había conversado con las personas que estaban en quimioterapia al igual que Bonnie, pero eso no aligeraba el peso que llevaba a cuestas.

Aubrey a veces ejercía de mucama en el hotel y cuidadora de niños; en ocasiones daba clases particulares de matemáticas a los compañeros de Craig; si tenía suerte, aunque no era frecuente, la

llamaban para solucionar algún problema informático en la biblioteca local o de algún negocio pequeño. Ella no se atrevía a pedir sumas elevadas como compensación por temor a que rehusaran contratarla de nuevo. Conocía la pobreza y también la abundancia, porque antes de que su padre los abandonara, y su realidad se viera salpicada de trozos de cristal envenenado, tuvo una vida con lujos. Sin embargo, todos sus "amigos" le dieron la espalda cuando cesaron los vestidos bonitos para las fiestas, el coche nuevo en el que un chofer la llevaba a la escuela o cuando ya no hacía un viaje de verano hacia algún sitio exótico de Europa.

Pero Aubrey no tenía tiempo para pensar en lo que perdió, porque su enfoque estaba en hallar los recursos para subsistir e intentar retomar sus estudios. No era una tarea fácil. Aunque tenía toda la energía propia de alguien de veintitrés años, lo cierto era que también necesitaba un respiro; solo un poco de alivio y un soplo de buena suerte; algo que aligerara su carga por más breve que fuese el instante que eso durara. Necesitaba una excusa para olvidarse de su realidad por un momento y pretender que todo ya estaba solucionado. La literatura solía proporcionarle un escape, si no se quedaba dormida con el libro sobre la cara, pero no era real. Anhelaba algo tangible.

Aunque, según notaba esta noche, ante las amenazas contra su integridad física y las groserías que los dos ladrones le lanzaban, parecía más bien que algunas criaturas invisibles conspiraban de forma malévola para negarle esa calma que tanto buscaba. En ocasiones, Aubrey sentía que el reloj corría más rápido de lo usual; que ella iba retrasada como si fuese Alicia en el País de las Maravillas a un encuentro que desconocía; que solo seguía un camino de tropiezos, mas no hallaba explicación. Pero su vida no era un cuento de ficción y ninguna Oruga le daría consejos existenciales.

Le tocaba sobrevivir y eso era lo que estaba tratando de hacer, a pesar de que ahora estaba siendo víctima de un robo. Los dos hijos de puta estaban quitándole el dinero que había sacado del cajero y con el que iba a comprar la dosis mensual de un medicamento de su madre. Bonnie requería protección gástrica con una formulación

específica y la sanidad pública no la ofrecía, así que Aubrey tenía que adquirirla de forma privada. Si a ese gasto le aumentaba la urgencia de completar dos mil dólares, para que su madre iniciara la nueva inmunoterapia, lo único que le quedaba era echarse a llorar por la impotencia. Lo anterior no era una solución. Aubrey inhaló profundo.

Aún sin moverse, para no dar a entender que tenía intenciones de desafiarlos, ella contuvo las lágrimas que le quemaban los ojos. Frustración, rabia y enfado. En esos breves minutos pensó en que quizá debió aceptar el trabajo de hacker, que le ofreció uno de sus amigos, para transferir dinero a cuentas en Suiza, un paraíso fiscal. No se conocía el contratante ni la procedencia de los fondos, pero la remuneración habría sido suficiente para anticipar la mitad de la hipoteca de su casa y tener un respiro. Ella no había accedido, porque temía que todo eso hubiese estado relacionado con la mafia albanesa, rusa, japonesa o italiana. Todas estas operaban en Australia, en mayor o menor medida, y Aubrey no quería introducirse en esos caminos escabrosos.

—Por favor… —dijo en un susurro—, mi madre está enferma y este dinero…

Una carcajada resonó a su lado y fue acompañada de un tirón consistente de su cabello. Quería gritarles y patearlos con todas sus fuerzas, pero sería en vano. Se resignó, abrazándose a sí misma, mirando a un costado. Nadie iba a ayudarla. Lo anterior era la regla y no la excepción en su vida. No creía que este par de rufianes fuesen experimentados, pues los gestos de ellos eran más volátiles y parecían nerviosos, impredecibles y novatos. Esta era una razón de peso para ser más cautelosa.

—¿Crees que nos importa? —preguntó uno de los muchachos con fastidio. Lucía corpulento de un modo intimidante. Como si se hubiera inyectado esteroides.

—Si tienen un poco de empatía, entonces podrían entender —murmuró ella —. Soy igual que ustedes. Sobrevivo. Por favor, si tienen un poco de corazón…

—Eso es para los imbéciles; alguien como tú —replicó el otro ladronzuelo con hastío, empujándola con fuerza contra una pared cercana. Agarró la bolsa y se largó. El otro no tardó en seguir el mismo camino, perdiéndose entre las calles de la ciudad.

Aubrey permaneció con la espalda apoyada al cemento durante varios minutos.

El corazón le latía desbocado, mientras trataba de calmar los nervios.

No tenía un teléfono para tratar de llamar a su mejor amiga y pedirle ayuda. Entre tantas amistades que conocía desde pequeña, Clarissa fue la única que no le dio la espalda cuando su situación familiar y social cambió para mal. La afligía que, además de las ocupaciones propias de cada una, ahora vivieran en polos opuestos de la ciudad.

Pero Aubrey no podía permitirse pensar en más circunstancias frustrantes; tenía que recuperarse de este horrible incidente para cumplir con el trabajo que se había comprometido a realizar una semana atrás. Su día aún no terminaba. Escondió el rostro entre sus manos agotadas de tanto limpiar, sintiendo el cuerpo apaleado después de haberse levantado al amanecer. No había probado bocado en horas, pues había preferido hacer tiempo extra para recibir una paga adicional. Y ahora todo se lo acababan de robar. Dejó escapar una exhalación entrecortada, echó la cabeza hacia atrás, apoyándola contra el cemento, y miró el cielo oscuro con reproche desde el callejón. Intentaba ser optimista, pero parecía como si la vida se esmerase en no darle tregua con los obstáculos que le lanzaba. Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano. Se levantó del suelo de concreto, temblorosa, y se alisó la ropa con renuencia.

Antes de salir del hotel ella había aprovechado para ducharse en el área de los empleados y así poder quitarse la suciedad del día. Luego se había puesto un uniforme de camarera, pues un amigo le consiguió una oportunidad laboral, por horas, en un evento. El servicio al cliente, en este caso coordinando charolas, no era su

fuerte, pero en ningún instante consideró negarse cuando Darren le comentó que existía esa opción. Esta sería su primera experiencia como camarera. Aunque no le apetecía estar rodeada de personas ni sonreír, esta noche específicamente, iba a dar lo mejor de sí. Lo que recibiera como pago le serviría para reponer, aunque fuese poco, lo perdido.

Ella rebuscó en el bolsillo de la ropa y cerró los ojos aliviada por haber guardado la tarjeta Opal de transporte público, en lugar de haberla dejado, como solía hacerlo, en el interior de la bolsa. Aubrey salió del callejón y se dirigió a la estación de autobuses más cercana. Estaba aún agitada y consternada, pero existía una contraparte inesperada en todo esto: la adrenalina surgida como resultado del impacto de un acto violento. Curiosamente era esta sustancia la que aplacaba su extremo agotamiento.

Se bajó rápido del bus y empezó a caminar hasta la dirección indicada por Darren. Sintió una leve nostalgia a medida que avanzaba, pues el entorno le recordaba al área en la que vivió cuando su mundo aún se mantenía en pie. Cuando creía que el amor entre sus padres duraría toda la vida y la imagen de la pareja ideal estaba intacta. Hasta que todo se desdibujó. Aubrey meneó la cabeza para apartar esos recuerdos.

—Llegas tarde —dijo una pelirroja de facciones angulares, cuando Aubrey se acercó a la puerta lateral de la mansión. Esta era la zona por la que, al parecer, pasaban los empleados propios y externos—. Las personas de esta familia son muy estrictas con los horarios. ¿Cuál es tu nombre? —preguntó seria, mientras sacaba un iPad.

—Sí, lo lamento —replicó Aubrey—, hubo un pequeño incidente y tuve que tomar tarde el bus. Soy una persona muy responsable. Puedes contar con eso.

La mujer enarcó una ceja y deslizó el lápiz digital sobre la pantalla.

—Nombre y apellido —repitió con impaciencia y moviendo el tacón rojo.

—Soy Aubrey Blackeney y tú debes ser Mónica Logan —replicó amable y vio a la mujer revisar la información—. Darren Piper me recomendó y me pidió que…

—Sí, soy Mónica. Solo te anoté entre mis notas de borrador, porque no estás en la nómina oficial, lo sabes, ¿verdad? —interrumpió con fastidio y apartando la vista de la pantalla. Aubrey asintió—. Darren nunca ha fallado con sus recomendaciones, así que por eso toleraré el que no hayas llegado a tiempo —dijo indiferente y la miró de arriba abajo, examinándola con aires de superioridad—. El uniforme está mal planchado y no llevas maquillaje. Este evento está vinculado a multimillonarios y no puedo tener camareras que parezcan haber salido de un callejón de mala muerte.

Aubrey se enfureció y quiso largarse. Estaba cansada y lo que menos le hacía falta era una mujer agresiva haciendo comentarios groseros. Pero las personas que tenían necesidades no tenían la ventaja de perder los estribos cuando la subsistencia estaba sobre la mesa. Aunque eso no iba a impedir que se defendiera sin ser ofensiva.

—Mónica, me acaban de robar, disculpa si este Versace —dijo con sarcasmo y se señaló a sí misma—, no luce tan impecable. Te aseguro que utilicé mis últimos resquicios de paciencia y tolerancia para evitar que el *shock* de ser amenazada con un cuchillo no influyera en mi actitud hoy. Si me dices en dónde hay un aseo, entonces…

—No voy a perder el tiempo contigo —replicó, interrumpiendo de nuevo, y haciendo una mueca. Las disculpas no estaban en su vocabulario, porque para ella las personas a su cargo eran estadísticas—. En el interior hay un estilista y maquillador que se encarga de que todas las camareras de ArticFood estén impecables. Inclusive puede que tenga una plancha a vapor para que la utilices de inmediato. Date prisa.

Aubrey no tenía tiempo para discutir. La miró con renuencia.

—¿Cuánto me van a descontar por eso…? —preguntó preocupada.

Mónica la observó con horror y apretó el iPad contra el pecho.

—Dios mío, le diré a Darren que la próxima ocasión me recomiende una persona que tenga un poco más de mundo. ArticFood es un catering de alta valía y preparar a sus empleados y equipo de camareros es parte de su imagen —replicó.

Aubrey no se dignó en responder ese comentario y empezó a avanzar hacia la zona indicada. Al entrar se topó con un hervidero de actividad: camareras, camareros, chefs, *sous-chefs*, asistentes de cocina, y otros oficios que ella no podía definir en ese momento, caminando, entrando y saliendo. Del otro lado, asumía correctamente, estaba llevándose a cabo la celebración. Los invitados jamás veían lo que ocurría "tras bambalinas", solo estaban interesados en el servicio que iban a recibir mas no en cómo se organizaba. Aubrey trataba a todas las personas del mismo modo, sin importar qué tan costosa fuese la ropa que llevaban o las propiedades de las que alardeaban. Quizá por eso el contraste al cambiar de un tipo de vida a otro no resultó tan catastrófico, pero mentiría al decir que no echaba de menos las facilidades de las que alguna vez disfrutó. Se mezcló entre el grupo de personas del servicio, impecablemente vestidos y diligentes, hasta llegar a una zona en la que había un maquillador alto y distinguido.

Ella se aproximó con celeridad. No quería perder el tiempo. En el camino vio una moneda de dos dólares en el piso, todos pasaban de lado sin percatarse e ignorándola, así que la recogió al considerarla de buena suerte. Luego retomó el paso.

—Buenas noches, soy Aubrey. La mujer que está registrando a los empleados para esta fiesta me comentó que necesitaba arreglar mi cabello y mi maquillaje —le dijo al hombre rubio de expresión amable—. ¿Existe la posibilidad de que me ayudes?

El hombre tiró de la silla e hizo un gesto para que se acomodara en el improvisado espacio de belleza. Ella soltó una exhalación de alivio. Se sentó. El trato amable y de caballerosidad, después de la experiencia del asalto, resultó agradable.

—Mi nombre es Étienne, *chérie,* encantado de conocerte —replicó en un inequívoco acento francés—. Los productos que emplearé son ecológicos. No sé si tengas alguna preferencia en tonalidades, pero me ocuparé de elegir unos que sean favorecedores. Debo decirte que yo armo mi propia celebración de colores y estilos.

—Esta es una excelente forma de trabajar —dijo ella con un asentimiento.

—Por cierto, no necesitas maquillaje, porque tienes una estructura ósea magnífica y una piel muy suave —dijo moviéndole el rostro para contemplar los ángulos bajo la luz de la lámpara profesional que había llevado—. Voy a destacar un poco tus puntos fuertes sin que opaques a las invitadas —sonrió—, aunque eso tampoco estaría mal. Conozco a alguna de las mujeres que están detrás de esta puerta bebiendo champán. No tienes idea lo que muchas de ellas darían para tener tu belleza natural. —Aubrey esbozó una sonrisa. No siempre recibía halagos sinceros; lo que sí solía recibir eran propuestas sexuales de algunos huéspedes descarados del hotel—. La bruja que te recibió en la entrada es Mónica y puede ser insoportable. Espero que hayas ignorado cualquier idiotez suya. Llevo seis años en la empresa soportándola.

Aubrey se rio con suavidad. El hombre le cayó bien de inmediato.

—Nunca había trabajado de camarera —murmuró, mientras el estilista empezaba a aplicarle varios productos en el rostro con rapidez—. Estoy algo nerviosa.

El hombre soltó una carcajada suave.

—Tranquila, *chérie* —dijo Étienne—, lo harás muy bien.

—Gracias por el voto de confianza —expresó ella—. Tuve una jornada laboral complicada y entiendo cómo funciona el servicio al cliente. Así que intenté arreglarme lo mejor que pude, pero creo que no lo conseguí —dijo apenada al mirarse las ojeras.

El hombre esbozó una sonrisa amplia e hizo un gesto con la mano restándole importancia al comentario. Sus manos y brochas se movían con pragmática rapidez.

—Para eso está Étienne —le hizo un guiño—. ¿Sabes, *chérie?* En ocasiones colaboro maquillando para sesiones fotográficas de grandes cadenas de ropa. La cantidad de trucos que tengo que utilizar para que muchas de esas modelos luzcan espectaculares no los necesitas tú. Así que es un gran alivio no intentar hacer cirugías plásticas con mis productos de belleza —expresó al aplicarle un labial en tono muy bajo—. ¡Perfecta! Ahora, te haré una media coleta y haré ondas a tu cabello. ¿Vale?

Aubrey se sintió a gusto, mimada inclusive, y la alegría burbujeante de Étienne fue como recibir un vaso de agua, después de haber corrido una maratón infinita.

—Sí. ¿Qué tiene de particular este evento para que exista esta excentricidad con el personal de trabajo subcontratado, como yo, por ejemplo? —preguntó, curiosa.

—Los representantes norteamericanos de Sillicon Valley han apostado por abrir una sucursal de varias empresas de tecnología en Sídney. Toda la gente que ha venido a esta mansión están aquí para celebrarlo, junto con ellos, así que será de seguro el primero de varios encuentros sociales que harán en la ciudad. El dueño de ArticFood es un chef muy conocido y quiere causar una buena impresión en los más mínimos detalles. Esto incluye el personal propio o subcontratado —explicó él.

—Oh, qué interesante —dijo sorprendida por la noticia de Sillicon Valley—. Australia se está convirtiendo en el sitio en el que más tecnológicas buscan invertir.

—Sin duda, ¿por qué si no habría decidido yo dejar mi bella París por Sídney? Considerando que los hombres parisinos son más refinados, lo cierto es que ahora prefiero un poco más lo indomables que son los australianos —le hizo un guiño.

Aubrey se rio con suavidad.

—¡Étienne! —llamó una voz detrás de ambos—. Tenemos un problema.

—Qué novedad —murmuró el hombre en tono bajo solo para Aubrey, luego esbozó una sonrisa y miró a la persona que está detrás—: ¿Qué ocurre, Rachel?

—Jacob estaba encargado de atender a las personas que van a llegar pronto a la sala privada, pero se sentía mal y ha vomitado. Lo envié a casa —replicó, frustrada.

El estilista dejó la pinza de cabello a un costado. Se cruzó de brazos.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo? —preguntó Étienne poniendo los ojos en blanco—. Llama a un médico. Ve y habla con Mónica. La mujer está al mando hoy.

—Por esa misma razón estoy aquí —replicó Rachel en tono urgente.

Aubrey escuchaba, pero contemplaba en el espejo el trabajo de Étienne. Le había resaltado los pómulos, delineado los ojos cafés con un tono verde oliva y borrado rastros de cansancio. La media coleta era baja. Lucía sencilla y también guapa.

Ella no tenía tiempo para vanidades y agradecía esta inesperada indulgencia. Se levantó y trató de quitarle las pocas arrugas al cómodo uniforme, parecido al de una azafata de avión, que Darren le había enviado al hotel. La prenda era negra, llegaba ligeramente por debajo de las rodillas, tenía escote redondo y mangas cortas. Se ceñía al cuerpo de manera sutil y daba un aspecto formal. Los zapatos eran de tacón alto.

—Explícate. No soy adivino, *ma chérie* —dijo Étienne frunciendo los labios.

—Ella es la solución —intervino Rachel en un tono frustrado y señalando a la mujer de cabellos castaños—. Me dijo Mónica que había una persona que estaba contigo y que podría reemplazar a Jacob. He venido para llevarla al otro salón y que tenga todo preparado cuando empiece el brindis previsto. Estoy coordinando el equipo de camareros en general, así que no puedo encargarme. ¿Comprendes?

—Sí comprendo, porque todos hablamos inglés, Rachel —replicó Étienne con indiferencia. Luego se giró hacia Aubrey—: Procura que te paguen extra, *chérie.*

—Gracias por el consejo —murmuró Aubrey con una sonrisa.

La tal Rachel meneó la cabeza y soltó una exhalación, impaciente.

—Aubrey, soy Rachel Duncan y estoy a cargo de los camareros. Como este trabajo está orientado a servir a un grupo específico y tendrías que hacerlo sin asistencia de otros compañeros, tal como acaba de mencionar Étienne, el tiempo que dure el brindis se te compensaría con el doble del valor regular por hora pactado. ¿Estás interesada o no? —preguntó en tono amable, aunque también apresurado.

—Sí, claro que lo estoy —replicó entusiasmada—. ¿Cuántas horas serían?

—Una o dos como máximo —dijo Rachel mirando el reloj—. Sígueme.

Aubrey hizo un asentimiento, después murmuró "gracias" a Étienne por su ayuda. A medida que caminaba rápidamente junto a Rachel, pasando desapercibidas entre los invitados, procuraba fijarse en los alrededores para distraer la mente e ignorar así el cansancio. «Solo unas cuantas horas y se acabará la jornada». Aubrey no se deslumbraba por los lujos u opulencia, pues creció con ellos. La riqueza y quienes la poseían le eran indiferentes. Para ella el dinero no definía el valor de otra persona.

—¿Qué tengo que hacer exactamente, Rachel? —preguntó al llegar al final del pasillo, en una zona más silenciosa y con un aroma tenue a sándalo con brisa marina —. No tengo tanta experiencia, pero la paga me interesa, así que quiero hacerlo bien.

La mujer de ojos celestes hizo una mueca de frustración. No podía demorar y contactar a un reemplazo con más trayectoria profesional, porque no tenía tiempo.

—El primer trabajo: cubrir a Jacob en la breve reunión prevista para dentro de quince minutos en este salón —dijo y abrió las

puertas dobles que daban paso a una estancia que combinaba una alfombra persa, en tonos de grises con negro, madera alrededor, asientos grandes y un bello sofá, también negro, frente a una chimenea ahora apagada—. Los bocaditos que ves en esa mesa junto a la ventana están calientes. Cada botella de champán está lista en su cubitera. Dime que sabes descorchar botellas.

Aubrey esbozó una sonrisa e hizo un asentimiento.

—Sí, eso no será un problema —replicó, porque lo había hecho un par de veces en el hotel, cuando alguno de sus compañeros que era camarero iba muy liado.

—Bien, qué alivio —dijo soltando una exhalación—. Lo más importante, Aubrey, es que estas personas tengan su champán y bocaditos sin necesidad de perdírtelos. Así que tienes que estar atenta si les falta algo. No puedes distraerte, en especial porque el anfitrión, el señor St. James, estará entre ellos. ¿Comprendes?

—Por supuesto, no te preocupes —comentó, pero no tenía idea de quién era esa persona. Aunque no creía que sería difícil de identificar, en especial cuando escucharía a otros refiriéndose a él en la reunión—. Trabajo en un hotel y sé muy bien lo importante de que cada huésped sienta que sus necesidades se satisfacen. Las personas de la tercera edad suelen tener requerimientos específicos, ¿tiene el señor St. James alguno que yo deba saber con antelación? —le preguntó con amabilidad.

—¿Tercera edad? —preguntó riéndose con incredulidad—. Aubrey, esta mansión le pertenece a un solo señor St. James y él no está en la tercera edad, puedo asegurártelo —meneó la cabeza—. Debes leer poco sobre sociedad —dijo Rachel.

«No es que me haya pasado los últimos años compartiendo con la clase alta de Sídney», pensó Aubrey conteniendo las ganas de decírselo. Se encogió de hombros.

—Prefiero la literatura —dijo Aubrey con suavidad—. Da igual la edad de las personas. Solo fue una simple conjetura equivocada. Haré bien mi trabajo, Rachel.

La otra mujer hizo un asentimiento.

—Respodiendo a tu consulta sobre si existen requerimientos específicos del señor St. James: toda la comida que está en esta sala ha sido aprobada previamente, así como la marca de la champaña y la temperatura. Tu único trabajo es servir, sonreír y hacer de oídos sordos a las conversaciones que no te incumben. Así de simple.

—Entendido —replicó Aubrey con simpleza.

—Me alegro de que estemos en la misma página, porque ArticFood tiene una reputación que mantener. El segundo trabajo: una vez que el brindis en esta sala concluya tienes que llamar —le entregó un *walkie-talkie*— para que enviemos a retirar todo lo utilizado. Solo entonces podrás bajar, para atender al resto de invitados de la fiesta, uniéndote a trabajar con el resto de camareros —dijo Rachel—. Tus honorarios te los darán, al no ser parte de la nómina regular, en un sobre cerrado antes de irte.

—Oh, muchas gracias —replicó Aubrey, aliviada. Quería hablar con su madre para hacerle saber que estaba bien, pero no tenía un móvil —. Perdona, ¿me puedes prestar tu teléfono para hacer una llamada breve, por favor? —preguntó con suavidad.

—No me puedo creer que te olvides de llevar contigo algo tan básico —dijo Rachel con impaciencia—. Date prisa, por favor, o te tendré que descontar el tiempo.

—Te prometo que no voy a tardar —murmuró ella agarrando el aparato.

Aubrey marcó el número que se sabía de memoria. La voz de Bonnie no sonaba bien. Se alejó unos pasos para buscar algo de privacidad. Rachel la ignoró.

—Mamá, estoy en la zona de Vaucluse en un trabajo, regresaré tarde. ¿Por qué hay tanto ruido a tu alrededor? —preguntó en un susurro y frunciendo el ceño.

—Oh, Bree, no estoy en casa…

—Son las ocho de la noche, ¿en dónde estás? ¿Qué es de Craig? —preguntó.

—Tu hermano me trajo a urgencias. Esta mañana comí algo en mal estado y me desmayé por ir al baño tantas veces… No quise llamarte al hotel, sé que estás liada y ya haces suficiente… Están poniéndome suero para hidratarme. Lo siento, Bree.

—Tu salud es lo más importante, mamá —dijo con un nudo en la garganta, porque sabía la razón de que ella le estuviera pidiendo disculpas: el costo a pagar por la atención médica, además de los exámenes adicionales que le harían al ser Bonnie una paciente con cáncer—. Procura ponerte bien que yo iré a verte apenas salga.

—Bree —intervino Craig agarrando el móvil de Bonnie—, no hace falta que vengas. Me quedaré con mamá. Te intenté llamar al móvil, pero sale fuera de servicio.

—Me robaron cuando estaba a pocas calles de la parada de bus, antes de venir a este trabajo que me consiguió un amigo —murmuró en un tono resignado—. Menos mal tenía conmigo la tarjeta Opal. Me queda poco dinero en ella, el justo para regresar.

—Oh, no. ¿Estás bien, Bree? —preguntó Craig—. Dios, qué desastre.

—Sí —soltó una exhalación—, pero se llevaron el dinero que tenía para el medicamento que le toca tomar mensualmente a mamá. No se lo comentes, por favor. Aún creo que tiene pastillas para unos seis días. Mejor dime qué dicen los médicos.

—La doctora que nos ha atendido aquí probablemente le dará el alta a mamá mañana —informó en tono bajo, lejos de la cama en la que estaba Bonnie, porque no quería que escuchara o intuyera lo que estaba ocurriendo con su hermana—. Van a hidratarla y a monitorearla para asegurarse de que se encuentra estable —expresó y luego le dio el nombre del hospital en el que se encontraban en ese momento.

Aubrey quiso echarse a llorar. «Su madre merecía una vida mejor», pensó mirando la mesa redonda de vidrio, las ocho bellas

sillas alrededor y los bordes de madera que recubrían las ventanas de la estancia en la que se hallaba. No podía ver el mar, ni escucharlo, pero sabía que estaba en el exterior. A veces, le apetecía meterse en el agua del océano, cerrar los ojos y olvidarse un minuto de todo. Solo un minuto.

Bonnie, a pesar de estar enferma, mantenía la entereza. La ayuda del gobierno, que se apreciaba, se sumaba al dinero que ella podía conseguir vendiendo los bordados decorativos que hacía para cojines, así como tapices con diseños únicos. Lo anterior no ocurría siempre, porque se cansaba, pero estaba determinada a no dejarse vencer. Esta forma de afrontar la vida había sido un referente importante para sus dos hijos.

—¿Tienes una idea de cuánto costará pagar este ingreso hospitalario, Craig?

—Quizá mil quinientos dólares —expresó él en tono bajo—. ¿Queda alguna joya que podamos vender? —preguntó haciendo un puño con la mano que tenía libre.

—No… —dijo Aubrey cabizbaja—. Lo vendimos todo en la última crisis.

—Lo siento, Bree —murmuró el joven mirando a un punto en la pared de la habitación del hospital—. Entonces, podría pedirle al doctor que le permita salir hoy, así solo nos cobrarían los medicamentos o exámenes, pero no la estancia…

—No, Craig, mamá debe quedarse. Necesitamos asegurarnos de que todo está médicamente bien —interrumpió mirando de reojo a Rachel que esperaba, cruzada de brazos, el móvil de regreso—. Iré al hospital apenas me desocupe de este trabajo.

—Será muy tarde en la noche y creo que ya has pasado bastante por un día. No eres *Wonder Woman*, Bree —dijo—. Mañana es festivo y no tengo clases, así que me quedaré a dormir con mamá. La enfermera acaba de entrar. Hablamos pronto…

—Espera, ¿aún conservas ese teléfono viejo con la pantalla medio partida?

—¡Sí, es cierto, nunca lo tiré a la basura! Quizá pueda funcionarte.

—Bien. Lo buscaré apenas vaya a casa y te llamaré para saber de mamá. Dile que estoy al pendiente de ella, ¿vale? —pidió apretándose el puente de la nariz.

—Vale, Bree —murmuró el chico y colgó.

Ella le devolvió el teléfono a Rachel y esta lo guardó en el bolsillo. Resultaba obvio que había escuchado las respuestas de Aubrey y deducido que no había sido una conversación con buenas noticias, porque ahora la miró con menos indiferencia. Después sin mediar palabra, la mujer murmuró un "buena suerte" y salió de la sala.



Una vez a solas, Aubrey contempló la estancia con detenimiento. Este silencio en soledad le parecía una opresión invisible y nada bienvenida, más cuando estaba ahogándose de desesperación por las noticias sobre su madre. Por otro lado, los resultados de las competencias de natación de su hermano, especialmente después de convertirse en campeón nacional con el equipo de la secundaria pública donde estudiaba, le daban a Aubrey la esperanza de que Craig obtendría la beca deportiva para la universidad. Hasta entonces, ella continuaría pagando las actividades extracurriculares que estaban vinculadas a su preparación deportiva. Craig lo merecía.

Ella empezó a caminar de un lado a otro y notó en la esquina, una urna de vidrio. Se acercó y vio doce monedas de oro con formas y tallados que lucían muy antiguos. Todas eran diferentes entre sí. Una especialmente llamó su atención, no solo parecía de un consistente grosor, sino que también tenía cuatro escudos rústicos grabados en la superficie. Se sintió intrigada. De pronto tuvo una idea de la que no se sintió orgullosa. Estas eran monedas de colección y cada una debía estar valorada en miles de dólares. Si se llevaba una de ellas, considerando que había doce y que podría reordenarlas para que no se notara un espacio vacío, lo más probable sería que nadie se diese

cuenta. Según la perspectiva de Aubrey en esos instantes, cuando se tenía tanto lujo era fácil olvidar los detalles de cada ítem que se había adquirido. «Una moneda de más o una moneda de menos no haría una diferencia», pensó ella, en su estado de angustia por lo ocurrido en Kings Cross y las malas noticias sobre Bonnie.

Aubrey maniobró con suavidad la pesada cobertura de vidrio y extrajo una moneda. Después cerró la urna y guardó el objeto de oro que acababa de tomar sin mirarlo demasiado, en el interior del sujetador, entre sus pechos. No solo sintió el peso de la conciencia, sino también el frío del metal en el instante en el que guardó el objeto que no le pertenecía. Pero procuró ignorar la sensación, porque su cuestionable acción no estaba causando un mal. «¿Qué tanto podría afectar la falta de una moneda a quienes tenían millones de dólares en el banco, propiedades y demás? Vaucluse se caracterizaba por albergar residencias de fortunas de antiguas familias», pensó Aubrey.

Fue hasta el sofá y se sentó un instante. El razonamiento o historia que intentaba contarse continuaba sin convencerla. El pálpito desbocado de su corazón no era por los nervios, sino por la vergüenza propia debido al acto cometido. Intentó serenarse, pero las lágrimas amenazaban con desbordar sus ojos. Pasaron varios minutos y no llegaban los invitados del brindis. Ella seguía agitada, preocupada y a eso le sumaba el estar decepcionada de sí misma por haber tomado esa maldita moneda. Sentía el cuerpo agotado, los hombros tensos y los ojos ardiéndole ante las lágrimas que ya no pudo contener. «Este era el punto más bajo en el que podía haber caído: robar. No era una maldita ladrona», pensó, dejando de lado las estúpidas justificaciones y reflexiones anteriores sobre lo mucho o poco que afectarían sus acciones a los dueños de esta mansión. Se obligó a levantarse de inmediato del sofá.

Sentía un nudo en la garganta. Fue hasta la urna de nuevo y la abrió con suavidad. Sacó la moneda del bolsillo y la dejó en el sitio con rapidez. Quería alejarse lo antes posible y fingir que lo que acababa de hacer, en realidad no había tenido lugar. En el preciso instante en el que cerraba la urna, la puerta de la estancia se abrió

con firmeza, sobresaltándola. Aubrey, asustada, dio media vuelta para encontrarse con la expresión hostil de un hombre que poseía el porte de un guerrero. Un guerrero muy furioso, sin duda, pues acababa de encontrar a un molesto infiltrado en su territorio.

El hombre tenía la clase de belleza masculina cinzelada por Miguel Ángel y salpicada con toques elegidos por Ares y una clase de energía conjurada por Eros. La combinación era extremadamente peligrosa, en especial si esos ojos azules, insondables, fijaban la atención en una sola persona: ella. Aubrey tragó saliva, inquieta.

—Oh, yo estaba… —farfulló la mujer sin completar la frase.

Aubrey, atónita y asustada, no se sentía capaz de moverse. Tampoco necesitaba una introducción para comprender que este era el *señor St. James* que Rachel le había mencionado, el anfitrión de la fiesta. «Claramente no era de la tercera edad», pensó.

—Debes ser una ladrona con poca experiencia para no considerar que existen las alarmas silenciosas, en especial en una casa como esta —dijo el hombre con marcada hostilidad—. Cuando levantaste la tapa de vidrio, tus movimientos activaron la seguridad. La única razón por la que he venido personalmente, en lugar de que lo hiciera la policía, es porque tengo un evento en desarrollo y prefiero zanjar esta idiotez lo más pronto posible. En pocos minutos entrarán seis invitados a esta sala. Vas a ejercer tu trabajo de camarera y luego lidiarás con las consecuencias de tus acciones.

—Yo… —susurró como si una mano le apretara la garganta—. Lo lamento de verdad. Acabo de dejar la moneda en su sitio. No la tengo conmigo. Estoy pasando una situación que nubló mi juicio. Aunque no lo justifico. He devuelto lo que tomé…

Él avanzó hacia ella y extendió la mano con la palma hacia arriba. Enarcó una ceja con arrogante autoridad. La señal que estaba haciendo era una orden inequívoca.

—No existe ninguna razón por la que deba creer en la palabra de una ladronzuela. Devuélveme lo que me pertenece —exigió en tono acerado, mirándola.

Aubrey aspiró el exquisito aroma de la colonia masculina. La cercanía del hombre le provocó un cosquilleo inesperado en la piel. Ella elevó el rostro, porque el millonario era mucho más alto y no lograba mirarlo a los ojos. Tragó saliva, inquieta.

—Señor St. James… —empezó con suavidad.

Él elevó la mano para que se callara. Aubrey cerró la boca de inmediato.

—Estoy seguro que usaste alguna artimaña para que te asignaran a esta sala, en lugar de servir con el resto de camareros —acusó Gabriel con hostilidad—. Sabes quién soy y también que tengo afición por el arte antiguo. Te salió mal la jugada.

Ella hizo una negación ante la conclusión de él. El hombre era intimidante.

—No supe de su existencia, hasta hace pocos minutos cuando me dijeron que el anfitrión estaría en esta sala. Asumí que es usted el señor St. James, porque acabo de cometer un error de juicio, pero mis neuronas pueden sacar deducciones correctas. Sobre la moneda, insisto, la he devuelto —dijo, mientras señalaba la urna de cristal.

Pero se dio cuenta al instante, al observar con más atención, que existía un horroroso problema. La moneda que estaba en la urna era de dos dólares australianos, la misma moneda que recogió del piso, antes de conocer a Étienne. En las prisas de regresar el objeto a la urna, ella tomó la moneda que tenía en el bolsillo del uniforme, en lugar de la que estaba en su sujetador. Miró al hombre con una expresión de absoluta consternación. «Dios, no puede ser. No puede ser», pensó ella, desesperada.

—¿Problemas de memoria, *ladrona*? —preguntó Gabriel dando un último paso.

Ella meneó la cabeza; ese apelativo le escocía. Porque no era una ladrona, en verdad, no lo era. Sí que cometió un error horrible de juicio, pero recapacitó rápido.

—No soy lo que usted dice —susurró mirándolo con pesar—. Me llamo…

—Tu identidad se la dirás a las autoridades —zanjó el hombre con rabia—. Te guardaste el galeón español entre tu ropa, el video de la cámara de seguridad fue claro. Puedes usar los siguientes cinco minutos para entregármelo o esperar a la policía.

Aubrey tragó saliva. Tenía que liberar los cuatro botones de la parte superior del vestido. Eso implicaría que tenía que alejarse para conseguirlo. Necesitaba espacio.

—No puedo hacerlo frente a usted. Si me da un instante de privacidad…

—Perdiste el derecho cuando me robaste —interrumpió él sin moverse. Una moneda valorada en ochenta mil dólares era calderilla para sus bolsillos, pero el asunto iba más allá del dinero—. Así que haz lo que estoy ordenándote, mujer. ¡Ahora!

Gabriel había tenido un día de mierda. Los balances financieros eran un caos, porque hubo un error en el nuevo sistema informático. Perdió varias horas de trabajo productivo, hasta que se logró solucionar el incidente. Luego tuvo que atender varias reuniones fuera de la oficina y esta noche, una vez que acabara la fiesta, viajaría a Auckland, Nueva Zelanda, por negocios urgentes. La jornada parecía interminable. Que hubiera una mujer que intentara robarle, en sus narices, lo terminó de cabrear.

Después de haber visto el video de seguridad, se sintió intrigado no solo por la deslumbrante belleza, sino también por el toque de vulnerabilidad que notó en la mujer. Gabriel no tenía por costumbre hacerse cargo de asuntos que podía delegar a otros a quienes pagaba muy bien para despejar su agenda. Por eso, el haber cedido a la curiosidad de acercarse a esta ladronzuela, para encararla, solo aumentó su enfado.

—No te he robado —dijo ahora tuteándolo, porque él también lo hacía—. Para devolverte el galeón tengo que darme la vuelta y estás en mi espacio personal.

Aubrey se sobresaltó, porque la actitud intimidante del hombre le recordó a lo que había vivido en Kings Cross. Las situaciones eran diferentes, pero el efecto similar. Se abrazó a sí misma para que su cuerpo no entrara en un proceso de pánico.

—Tú también estás en mi espacio personal, robándome nada menos, así que elige: un grupo de policías que haga el cacheo o empezar a buscar por ti misma.

Ella frunció los labios con rabia y apartó la mirada, al tiempo que desabotonaba la parte superior del vestido. Los botones eran pequeños y transparentes. Al llegar al último, justo debajo del broche delantero del sujetador, deslizó los dedos entre sus senos, consciente de que estaba siendo observada por un halcón. Pero ella no era ninguna presa que le apeteciera consumir, sino destrozar bajo el peso de la ley. Esto era algo que la aterraba, porque ya tenía suficientes problemas en su complicada existencia. La moneda, ahora tibia por el contacto con su piel, se había deslizado bajo el pecho derecho. Lo sacó y cometió el error de elevar el rostro hacia el hombre.

Por un instante, las miradas de ambos se enredaron en una conexión tan fuerte que el silencio alrededor pareció detonar una explosión. Aubrey notó que él la observaba con una mezcla de reproche, enfado y, ¿lujuria? No estaba segura; no podía definirlo.

Gabriel apretó los dientes. Por lo general no era tan hijo de perra, menos si consideraba la expresión atormentada de la mujer, que parecía estar a punto de llorar. Pero detestaba a las arribistas y aprovechadas. Él no era mejor persona tampoco, pues no dejó de notar los generosos montículos que sobresalían del sujetador color gris. No tenía ningún derecho a hacerlo. Sus padres le habían enseñado mejores modales y también la compasión. Una lástima que esta última no formase parte de su repertorio regular con ladronas. Debió apartar la mirada, mas no lo hizo, mientras la mujer se tocaba los pechos de una forma que no era en absoluto sexual, buscando el galeón. Aún así, el gesto inocente agitó en Gabriel toques de lascivia. «Lo que le hacía falta para expulsar el maldito

estrés y caos de su vida era follar. Iba a remediarlo cuando llegara, en unas horas, a Auckland». Sus ojos no se apartaron de la figura femenina.

—Aquí tienes el galeón —murmuró Aubrey con los ojos llovidos por la humillación—. No merezco que me hayas tratado de este modo… Me disculpé…

Él estuvo a punto de ser quien se disculpara, pero esa posibilidad se perdió cuando escuchó voces en el pasillo. Sus invitados, así como su socio en la compañía, estaban a punto de entrar en la sala. Los empresarios eran de Sillicon Valley y manejaban nuevas tecnologías que lograrían, gracias a este gran acuerdo, aumentar la fortuna St. James y a la par mantener la racha imbatible de sus inversiones exitosas.

Gabriel sintió la tibieza del galeón, en la mano, al recibirlo de la mujer de ojos profundos. Él ignoró la súbita necesidad de querer conocer los secretos que ocultaba el cuerpo de la bella ladrona. El rostro de ella aparentaba inocencia y abatimiento.

«No tenía tiempo para esos análisis con una sinvergüenza», pensó Gabriel.

—Haz tu trabajo y mantén las manos lejos de los bolsillos de mis invitados —interrumpió, en un tono insultante y severo, mientras devolvía la moneda a la urna.

Ella abrió y cerró la boca. Ofendida por el comentario.

—No soy una ladrona —susurró Aubrey, pero él ya no la escuchó, porque le había dado la espalda para acercarse a sus colegas de negocios con paso ágil y firme.

Durante el resto de la velada, que duró al menos una hora y media, Aubrey mantuvo la cabeza en alto. No se le ocurrió hacer contacto visual con el anfitrión y procuró no hablar, a menos que fuese para ofrecer más comida o champán o vino alrededor. Logró pasar desapercibida, pero se sentía nerviosa y podría jurar que la mirada que sentía a ratos, como si quemara su nuca, era la del Diablo de ojos azules.

Preocupada por la posibilidad de que, una vez terminado el extenso brindis, el dueño de la mansión cumpliera su amenaza de hacerla pagar por sus acciones, lo cual podría implicar a la policía, Aubrey decidió actuar antes de que fuera demasiado tarde. Contraviniendo la indicación de Rachel, pidió al personal, a través del *walkie-talkie*, que retirara los utensilios antes de tiempo. Tampoco esperó a que el último invitado se marchara. Sabía perfectamente quién sería y no estaba dispuesta a enfrentarse a Gabriel —cuyo nombre de pila ella conocía ahora, después de escucharlo nombrar varias veces durante la velada— ni a recibir de él más amonestaciones verbales capaces de destruir la poca entereza que aún le quedaba. La única solución era marcharse lo antes posible. Gabriel ignoraba su nombre y ella no constaba en la nómina oficial de ArticFoods. Solo era una trabajadora temporal, una recomendación para un encargo breve, alguien que recibiría su paga en efectivo y podría desaparecer sin dejar rastro, como si aquella noche jamás hubiera ocurrido. Eso fue exactamente lo que hizo: irse.

Tan pronto como los encargados de ArticFoods le informaron que estaban fuera de la sala, ella les abrió la puerta con discreción mientras, al mismo tiempo, comenzaba a alejarse. Aubrey se mezcló entre los invitados de la planta baja, que habían aumentado desde que ella llegó horas atrás, y luego se acercó a Étienne para preguntarle quién hacía los pagos del día. El estilista le dio las indicaciones y Aubrey cobró el dinero por el poco tiempo que había trabajado. Era eso o nada. Luego salió de la mansión con prisas y caminó vertiginosamente, hasta la estación de buses. Una vez que estuvo sentada en el vehículo, la suma de todo el día la sobrepasó. Sus ojos se llenaron de lágrimas y esta vez, durante el camino de regreso a casa, no las detuvo.



Aubrey no consideró que, aunque se podía esquivar situaciones ocasionalmente, no podía hacer lo mismo con el destino. Ese concepto, tan abstracto y tan real a la vez, era aquel con el que ella y Gabriel se habían encontrado esa noche. Nada era fortuito. ¿Y qué decían los sabios antiguos? Que el destino siempre termina por encontrarte.

CAPÍTULO 1

Meses después.

La finalidad de la firma de capital privado de Gabriel, Aussie Equinox, era invertir en negocios o proyectos prometedores, adquiriendo una parte o el control total como accionista, para luego optimizar su valor y venderlos, logrando cuantiosas ganancias. Él era meticuloso al elegir aquellas empresas que prefería mantener en su portafolio personal, quedándose como inversor, cuando sabía que podría triplicar sus beneficios a largo plazo. Sus decisiones eran estratégicas y a la par un juego intelectual. A sus treinta y cinco años, él había sobrepasado con creces las expectativas de su familia.

De hecho, era el primero en cinco generaciones que rompía con la tradición del negocio de los St. James. Estos eran conocidos por sus minas de oro en Kalgoorlie (Australia Occidental) y las de aluminio en Weipa (Queensland). Pero la minería, y todo lo vinculado a esta, siempre le pareció un rubro predecible e inclusive aburrido.

Él disfrutaba la adrenalina que surgía del riesgo; el reto de la apuesta de la teoría a la práctica; el tablero del mercado y su versatilidad. La emoción de ganar, así como convertir en posible lo que parecía improbable, lo estimulaban a continuar expandiendo el alcance de mercados en los que podía invertir. A su familia no le sentó bien que optara por desvincularse del rubro del negocio usual de los St. James, pero lo apoyaron. Gabriel fundó Aussie Equinox junto a uno de sus mejores amigos de la universidad. Desde entonces ya habían transcurrido diez años. Con un portafolio variopinto de inversiones, su empresa ahora estaba valorada en un billón de dólares.

En el trayecto de esa década Gabriel conoció a Heath Redmond, un reconocido desarrollador de proyectos inmobiliarios de amplia experiencia, que no solo se convirtió en su primer asociado comercial, posteriormente en un mentor, sino en un gran amigo.

Aunque llevar su conocido apellido venía ligado a muchos privilegios en los ámbitos social, político y empresarial, Gabriel apreció el voto de respaldo y consejos que recibió de un hombre ajeno al mundo minero como Heath.

Por ese vínculo, él había recibido la invitación a cenar y festejar el cumpleaños de la mujer de su mentor, Amanda, que cumplía setenta años. Gabriel habría preferido asistir a la partida de Póker de los jueves que solía tener con sus amigos, pero los Redmond siempre le habían demostrado aprecio y él procuraba ser recíproco en la medida que lo consideraba correcto. Como en esta ocasión. Así que ahora estaba entre los asistentes que disfrutaban de una magnífica cena con vistas a la bahía de Sídney.

—Gabriel, vi las noticias de tu alianza con los de Sillicon Valley hace unos meses. Qué buena jugada que Knox y tú se adhirieran —dijo Heath, amable, cuando empezaban a servir el postre y los invitados conversaban entre sí en la amplia mesa.

La memoria de Gabriel le recordó la súbita imagen de la hermosa ladrona que había conocido aquella noche de la celebración. La bribonzuela logró largarse en medio del cierre del brindis. Al darse cuenta de lo ocurrido, él se cabreó. Cuando Gabriel le preguntó al dueño de ArticFood por la identidad de la mujer, mostrándole el video del robo, este le informó que ella no constaba en la nómina de empleados y que fue una contratación de emergencia. Él habría podido pagar a un investigador privado, pero hubiera sido un desperdicio de recursos en una persona sin importancia.

Por el simple hecho de haberla recordado en este instante, cuando la música de fondo, el ambiente agradable y la exquisita comida lo rodeaban, se enfadó. No obstante optó por ignorar el recuerdo y concentrarse en su conversación con Heath.

—Habría sido absurdo dejar pasar la oportunidad —replicó Gabriel —. Knox y yo —dijo refiriéndose a su socio y mejor amigo—, consideramos que este *boom* de la inteligencia artificial apenas empieza. No es el futuro como dicen, sino el presente.

—La gente de mi generación prefiere lo tradicional —dijo riéndose—. Esos mundos raros me resultan ya demasiado complicados para intentar asimilarlos ahora.

—Creo que todo depende de la óptica—comentó Gabriel, pensativo—. Knox y yo estamos en conversaciones para desarrollar un *software* de simulación en IA justamente para empresas de arquitectura, construcción general y, como la tuya, desarrolladoras de proyectos inmobiliarios. Aún estamos en los procesos iniciales.

—Te preguntaría sobre los detalles, pero sé que no me los dirás al estar en las primeras etapas de desarrollo —dijo Heath—. Si crees que puede ser útil para mi compañía, cuando tengas todo listo y aún si no he nombrado un sucesor, búscame.

—El asunto de la jubilación está nuevamente en la palestra, ¿eh? —preguntó Gabriel con humor, porque Heath llevaba un par de años diciendo que iba a retirarse. Pero siempre, con alguna excusa, postergaba esa decisión para ejecutar otro proyecto.

El hombre de ojos verdes y barba blanca hizo un asentimiento.

Décadas atrás, Heath había sido diagnosticado con leucemia. La detectaron a tiempo, así que gracias a su fortuna y acceso a los mejores médicos logró recibir un trasplante de médula ósea. Llevaba ocho años en remisión completa, pero mantenía la cabeza rapada como un recordatorio personal de lo frágil y volátil que era la vida.

—En esta ocasión es una decisión que está tomada —dijo Heath, aunque no estaba contento al tener que dejar su larga carrera—. Le prometí a mi familia que le daría más tiempo, en especial por mis nietos, y que delegaría pronto un sucesor. Mis hijos prefieren contratar un consejero delegado, porque dicen que no quieren ser esclavos de la corporación cuando existen otros rubros por explorar —suspiró—. Así que actualmente estamos realizando reuniones para elegir un candidato idóneo.

—Vaya, ese sí es un giro importante —comentó Gabriel elevando ambas cejas.

—Lo es —replicó meditabundo—. Por cierto, sé que este no es el momento ideal, pero en unos días haré un tour por Europa con Amanda. Durante ese tiempo es probable que tu agenda y la mía no coincidan pronto, así que prefiero aprovechar que estás aquí ahora para hablar de dos temas importantes, en lugar de llamarte a mi regreso —dijo Heath, mientras el camarero le servía un Pavlova con kiwi y fresas—. Además, el manejo de las formalidades excesivas tampoco me gustan mucho, lo sabes.

Gabriel se rio e hizo un asentimiento. Se sintió intrigado.

—Sin duda, ¿qué ocurre? —preguntó bebiendo un trago de whiskey.

—El primer aspecto es profesional. Quiero proponerte que inviertas en un plan de construcción que ya estoy desarrollando en Towradgi Beach, a una hora y media en coche desde Sídney. —Gabriel frunció el ceño, mas no interrumpió, mientras Heath empezaba a explicarle de forma precisa el proyecto y cuánto sería el monto a invertir—. Lograr los permisos de construcción del hotel boutique, al ser un área virgen y con reserva natural cercana, me tomó tres años. Hace pocos meses me dieron la aprobación final. Este no solo es mi último trabajo antes de jubilarme, sino también un sueño que he postergado más de lo que me habría gustado —continuó Heath—. El capital inicial es mío. Los trabajos de base están en marcha. Sin embargo, me gustaría proponerte que te unieras como accionista. Seríamos solo dos socios.

—Aprecio que hayas pensado en mí —replicó Gabriel, mientras su mente registraba la información que acababa de darle su mentor sobre el hotel—. Asumo que, al tratarse de un asunto con matices más personales para ti, no querrás que el porcentaje de acciones que estás ofreciéndome se venda a terceros. Preferirás mantener la sociedad entre quienes elijas. En este caso, yo. ¿Es correcto? —preguntó.

El hombre hizo un asentimiento con una expresión de admiración. El joven siempre le pareció alguien brillante y que trabajaba, inclusive llevándose al límite en ocasiones, para dejar claro que, si

bien era un St. James, sus logros profesionales eran alcanzados por esfuerzo personal, no por las conexiones de su multimillonaria familia.

—Sí, correcto, Gabriel —dijo Heath—. Quiero que seas inversor, porque eres un empresario despiadado, pero con ética laboral. Además, te conozco desde tus inicios y hemos trabajado en otros proyectos. Sé muy bien qué clase de socio eres.

—Me gusta la visión que me has contado y el área de construcción. Aprecio que pensaras en mí como socio —dijo—. Envíame los documentos necesarios a la oficina. Así podré estudiarlos en profundidad y luego los revisaré con mi equipo legal.

El anciano hizo un asentimiento, satisfecho, y esbozó una sonrisa.

—No vas a arrepentirte si aceptas invertir, Gabriel —expresó el desarrollador inmobiliario dándole una amistosa palmada en el hombro al joven—. Llevo años analizando los mejores sitios y sus expectativas de crecimiento para este hotel. Así que estoy convencido de que Towradgi Beach es el área idónea —concluyó con orgullo.

Gabriel no hacía apuestas financieras sin tomarse al menos dos semanas para analizarlas, como mínimo, porque necesitaba tener plena certeza con sus fondos. Con Heath podía relajarse un poco y haría una excepción, así que procesaría el material del hotel en menos tiempo. Eso implicaba que su equipo legal trabajaría contra reloj. Para Gabriel existía una línea fina en la que solían romperse las amistades y esta la trazaba el dinero. Por eso prefería siempre mantener las reglas muy claras y también procurar ser cauto. Le haría caso a su instinto que le decía que esta apuesta era una ganadora.

—Estoy seguro de que llegaremos a un acuerdo de negociación rápido en términos legales —dijo Gabriel, amable. En ese instante el teléfono vibró en su bolsillo, pero no creía que se tratara de nada importante. Su mente estaba colapsada, después de haber logrado desvincularse de una inversión en el sector ganadero. Los otros socios incumplieron las cláusulas pactadas. Esto los cabreó a él y a

Knox. Las reuniones sobre ese asunto, que finalizaron horas atrás, fueron agotadoras. Además, su asistente acababa de empezar la baja por maternidad y al reemplazo le estaba costando adaptarse al sistema digital interno. Por eso, Gabriel tuvo contratiempos que le quitaron un tiempo valioso—. ¿Cuál es el segundo tema del que querías hablar?

Alrededor los asistentes brindaban, reían y compartían anécdotas.

El ambiente era una mezcla de sofisticación, así como un derroche de lujo. Cada plato costaba alrededor de doscientos dólares. Los Redmond pagaban todo.

—Hace poco me contactó mi ahijada, una chica que siempre ha sido muy lista —dijo Heath sin dar más detalles, pues no le pareció importante—. Bree fue nombrada Dux en la secundaria, la mejor de su promoción. Está buscando un empleo con buenas prestaciones y me comentó que la tecnología se le da muy bien. Considerando tus conexiones en ese ámbito, ¿podrías considerar darle trabajo?

Gabriel giró el líquido ambarino que le quedaba en el vaso de cristal.

—Sabes que yo no contrato a nadie por simple recomendación —dijo el hombre de cabellos rubio oscuro—. Pero si viene de tu parte sé que no me defraudará.

—Aprecio el voto de confianza. Bree posee una mente ágil —replicó Heath, porque era la verdad. Él no decía halagos en vano, ni siquiera con sus propios hijos.

—Dile a tu ahijada que vaya a mis oficinas y que solicite hablar directamente con el gerente de recursos humanos —replicó el *CEO* —. Tendrá que pasar una prueba de conocimientos en el área informática, Heath. Si lo consigue, le darán una plaza en el área de IT. Puedo ofrecerle la oportunidad, no garantizar su contratación.

—Por supuesto, no esperaría que le dieses un trato preferencial, sino tan solo una oportunidad. Lo acabas de hacer al acceder a que haga las pruebas —contestó.

Gabriel hizo un asentimiento y se levantó para ir al baño. En la barra del restaurante una rubia, que había estado mirándolo con insistencia a lo largo de esas dos horas, le hizo un guiño. No estaba sola, sino con una amiga. Gabriel era aventurero en el sexo, aunque nunca hacía promesas que no estuviera dispuesto a cumplir. No le gustaba crear falsas esperanzas y prefería ahorrarse enredos absurdos.

Si estas dos amigas estaban interesadas en un trío, él aprovecharía la ocasión y disfrutaría de unas cuantas horas para satisfacer su libido. No solo eso, sino que le serviría para desahogar las contrariedades que tuvo en ese largo día en la oficina. Si bien el gimnasio o el surf eran las actividades que solía elegir para combatir el estrés, en este momento no estaban disponibles. Al final, el sexo era la vía más atractiva. Se aproximó a la barra y ambas mujeres le sonrieron. En el instante en el que Gabriel iba a preguntarles si les interesaría compartir algo más que una bebida esa noche, el teléfono le vibró en el bolsillo. Agarró el aparato y deslizó el dedo sobre la pantalla.

Un mensaje de voz. Dos de texto. Gabriel escuchó y leyó rápidamente.

Había pasado mucho tiempo desde la última ocasión en la que recibió esta clase de mensajes. Él no podía ignorarlos, en especial porque no se trataba de una persona cualquiera. Guardó el móvil y su mente borró a las dos mujeres que habrían podido ser su entretenimiento nocturno. Antes de marcharse, él se acercó a Heath para despedirse y asegurarle que los temas que discutieron se resolverían con rapidez.

Después, el atractivo millonario puso rumbo al hospital.

Existían compromisos con el pasado que eran ineludibles de atender en el presente, en especial cuando las acciones imprudentes dejaban secuelas perennes.

La habitación del St Vincent's Private Hospital estaba silenciosa, pero esa quietud la rompían los sonidos de la máquina que registraba los signos vitales de la mujer de cabellos rubios. Gabriel permaneció en el umbral de la puerta, contemplándola, y sintiéndose apesadumbrado al verla enchufada a una intravenosa y con ambas muñecas de la mano vendadas. Habían pasado al menos cuatro años desde la última ocasión en la que ella tuvo una recaída por sobredosis. Pero esta era la primera vez que intentaba suicidarse. Los padres y la hermana menor de Claudia estaban fuera del país, así que el siguiente en la lista de contactos de emergencia era Gabriel. Por esa razón, la enfermera lo contactó y, al llegar, el doctor le dio detalles sobre la situación.

Dio un paso hacia adelante y el sonido de la suela de su zapato tuvo un eco quedo, pero fue suficiente para que los ojos celestes, que conocía desde hacía más de quince años, se abrieran poco a poco. Gabriel agarró la silla de visitantes y la acercó para acomodarse. Se inclinó hacia adelante apoyando los codos sobre las rodillas. Él había sido el responsable de que la vida de Claudia, y también la suya, cambiara radicalmente. La tragedia solía tener dos caras cuando resquebrajaba los caminos que visitaba. En un lado, unía a quienes compartían el mismo dolor en formas retorcidas o expulsaba emociones que, durante mucho tiempo, permanecieron adormecidas. El otro lado era el más complejo, porque dejaba cicatrices, visibles y otras invisibles, que no siempre sanaban, transformando a las personas en extraños incluso para sí mismos. La mezcla de esos lados fue la situación que había marcado la vida de Claudia y Gabriel. Pero el espiral de la depresión y luego las adicciones solo le ocurrieron a ella.

Él sabía que fue quien detonó el desastre que los marcó irreversiblemente. Por eso, en lugar de haberse ido con las dos mujeres del bar o intentar llegar a la última mano de Póker con sus amigos o inclusive llamar a la mejor amiga de Claudia para que se hiciera cargo de la situación, él se movilizó personalmente. Si Gabriel estaba en el interior de un hospital, lo primero que solía sentir era una opresión en el pecho, como si fuese a quedarse sin respiración.

Esa molesta sensación pasaba con rapidez, pero no dejaba de lograr que él odiara estar en esta clase de lugares. Además, el ruido de las ambulancias, el tono urgente de la gente pidiendo información, llantos, la iluminación blanca excesiva de los pasillos, el aroma del ambientador que provocaba más arcadas que agrado, las llamadas por altavoces, todo, en conjunto, lo enviaba a ese sitio oscuro del que logró salir casi indemne. El anterior no fue el caso de Claudia.

—Si algo iba mal debiste llamarme —dijo Gabriel contemplando las vendas. Extendió la mano y apretó los dedos delicados, pero marcados con viejas cicatrices que las cirugías plásticas no lograron borrar del todo—. ¿Por qué hiciste esto…?

Ella giró levemente la cabeza y esbozó una sonrisa tenue. Llevaban cuatro años separados, pero se conocían desde que Claudia tenía doce. Siempre estuvo enamorada de él y por eso, después de todo lo que vivieron juntos, la ruptura de su compromiso fue un duro golpe. Daba igual que Gabriel lo hubiese hecho con argumentos válidos.

—Sé que estás ocupado… Más que antes —tragó saliva—. Te he visto en varios eventos de alto perfil, ¿por qué habrían de interesarte mis conflictos?

Él meneó la cabeza y le soltó las manos con suavidad.

—Porque sé que tu hermano habría esperado que recurrieras a mí, pues sabría que hallaría la forma de ayudarte —dijo con un toque amargo en la voz.

Ella hizo una mueca. Le dolía la cabeza y solo quería dormir. Descansar.

—Calder ya no está, así que da igual. Tampoco es que lo tuvieras tan presente, en especial cuando te llamé la última ocasión, el día del aniversario de su muerte, pero tu asistente me comentó que tenía órdenes de no pasarte ninguna llamada…

Gabriel se apoyó contra el respaldo de la silla. Sintió una punzada de culpa. No olvidaba el aniversario de la muerte del que fue uno de sus mejores amigos, porque los recuerdos sobre la manera en que

falleció continuaban martilleando su mente. Tan solo que ese día era difícil de sobrellevar, aunque sabía que lo era más para su ex.

—Herzog es el reemplazo temporal de Corrine y lleva poco tiempo en el puesto, así que es probable que cuando llamaste él recién hubiera asumido el cargo —comentó Gabriel—. ¿Por qué quisiste quitarte la vida, Claudia? ¿Por qué cuando estás a punto de presentarte como la protagonista de *Un tranvía llamado deseo* en el teatro?

Ella enarcó una ceja ante el comentario.

—Entonces sabes de mí, pero optas no contactarme —suspiró—. Te echo de menos, Gabriel, eres el único con el que puedo hablar de mi hermano y que estuvo…

—Sé de la obra por la publicidad que está circulando —interrumpió él, porque no quiso que ella terminara la frase que iba a usar como argumento. No quería que detonara recuerdos que solo lograrían amargarlo y contrariarlo—. De hecho, pensaba ir a verte en el teatro. Si no te contacto, puedes llamarme. —Ella apretó los labios —. Me aseguraste, la última vez que hablamos, que llevabas doce meses sobria —dijo Gabriel soltando una exhalación—. Sé que tienes la fortaleza de salir adelante y mejorar. No me explico esta situación. ¿Qué pasó? —preguntó serio, observándola.

Claudia hizo una mueca. No tenía cómo evadir el interrogatorio.

—Quizá esa vez que conversamos no fui del todo sincera… Solo quería que habláramos de otras cosas, pero no llevaba un año sobria, sino unos pocos meses…

Él apretó los labios. Se quitó la corbata y la guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—Cuéntame lo que ocurrió para que acabaras en un puto hospital —exigió.

—No lo sé… Me sentía demasiado triste, sola… No lo sé, Gabe — susurró llamándolo por el apodo cariñoso que usaban los que pertenecían a su círculo íntimo de amigos. Las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas—. Lo siento mucho…

—¿El terapeuta? —preguntó él y optó por sentarse en el borde de la cama.

—Creía que ya estaba bien, que podía sola, así que dejé de verlo un tiempo… —Gabriel le limpió las lágrimas con una servilleta. Fue un gesto impersonal—. Pasaron las semanas y fui a una fiesta con varios compañeros de reparto. Me dieron algo en la bebida… Todo se volvió más vibrante de repente; más alegre; más intenso.

Él maldijo por lo bajo. «Sí que existe gente muy hija de puta».

—¿Te hicieron algo, Claudia? —preguntó en tono tenso.

—No. Fue una fiesta de pocas personas y todas nos respetamos…

—Drogar a otros sin su consentimiento me suena más a un crimen que una demostración de respeto o ética —dijo Gabriel con ironía. Él era consciente de que la alternativa del arte que había elegido Claudia, en este caso ser actriz, distaba mucho de aquella opción que ella en verdad nació para hacer: músico. Pero Gabriel había sido el responsable de que, en lugar de tocar el violín en grandes conciertos, ella estuviera interpretando vidas ajenas para escapar de la propia, bajo el amparo de un guion—. ¿Es esa la clase de gente con la que te rodeas? ¡Demonios, Claudia! —espetó.

Ella hizo una mueca. No tenía ánimos de discutir al respecto.

Algunas de las peleas entre los dos habían sido por el tipo de amistades, clase alta o no, que Claudia frecuentaba. La mayoría eran sanguijuelas a las que Gabriel no les permitía sacar provecho de su apellido, menos de la fortuna de los Waltson. Porque su exprometida provenía de una familia que era la propietaria de una de las marcas de helados emblemáticas de Australia. Se trataba de un legado de cuatro generaciones.

—Supongo… —susurró la rubia.

La expresión de Gabriel se volvió severa.

—¿Qué más ocurrió esa noche? —preguntó meneando la cabeza.

—Me sentí impotente cuando la adrenalina, que mi antiguo yo conocía, regresó de repente; volvió a ese lugar complejo en el que

todo parece más vibrante, en especial en los días difíciles. Desde esa noche… —dijo sollozando—, empecé a consumir de nuevo. Creí que podría controlarlo, en dosis pequeñas. Hasta que no fue así… Llegué a un punto en el que me sentía acorralada y desesperada. Fue en uno de esos días que agarré el móvil y te llamé, pero no te localicé… Sentía el mundo cerrándose a mi alrededor, todo parecía tan caótico, y necesitaba hablar con alguien —tragó saliva al pensar en esas semanas—, y ese día aumenté la dosis y al fin me calmé…

Gabriel se frotó el puente de la nariz.

—¿Cómo llegaste al punto de intentar quitarte la vida, Claudia…?

Ella soltó una leve exhalación.

—Esta mañana encontré en una de mis cajas de la mudanza, ni siquiera recordaba que la tenía, unas fotos de Calder. Lo extraño y siento el vacío de su partida como si hubiera sido ayer, en lugar de hace once años —se rio de sí misma—, ¿no es estúpido? —Gabriel negó—. Y hace unas horas pensé en todo lo que perdí y entré en un estado de tristeza profundo —elevó el brazo que no tenía la vía, temblorosamente—, porque estas manos son inútiles para tocar el violín… Solo me queda actuar, algo que disfruto, pero que no amo, Gabe… Sé que es difícil de comprender para alguien que utiliza la lógica para mirar el mundo, en lugar del arte.

Gabriel experimentó una sensación de tristeza por ella, porque ahora era la sombra de la chica alegre, desenfadada y también determinada que él conoció tanto tiempo atrás. Sabía que Claudia hacía esfuerzos por vencer a los fantasmas del pasado que la atormentaban, pero no eran suficientes. La evidencia era lo ocurrido esta noche.

—Claudia —murmuró—, tu voz es una contribución al mundo artístico y merece ser escuchada. No tienes derecho a apagarla … ¿Cuánto llevas en esta crisis?

Ella tomó una respiración entre sollozos.

—Ocho meses… Entre idas y vueltas. Estoy cansada, Gabe.

Él apretó la mandíbula. Su compromiso con Claudia no se había terminado por terceras personas, sino porque descubrió la adicción de ella a los opioides y también porque sus agendas profesionales empezaron a ir en vías diferentes. Pero el hilo del pasado que los unía, en etapas alegres y más aún en la tragedia, seguía firme.

—Sabes muy bien lo que necesitas, ¿verdad? —preguntó con suavidad.

Claudia apartó la mirada e hizo un asentimiento imperceptible.

—No puedo hacerlo sola, Gabe… Me hiciste dos promesas…

—Las recuerdo bien y una de ellas es la razón de que esté aquí, ¿o no? —preguntó retóricamente. El día en que ambos estuvieron haciendo largas horas de espera en este mismo hospital, en un ala diferente, él prometió que siempre la ayudaría. Por eso, inclusive después de haber terminado su compromiso, seguía cumpliéndola—. Aunque te ayude, el trabajo final es tuyo, es tu mente y cuerpo.

Ella lo miró con ojos llovidos de nuevo.

—La segunda promesa que me hiciste…

—No, Claudia —interrumpió con seriedad, porque no quería hablar de ese tema, no ahora—, iremos un paso a la vez. Si no tienes la fuerza de voluntad para entrar sola en una clínica de rehabilitación, cuando te den el alta médica, yo te llevaré. Pero primero tienes que someterte a la asistencia psiquiátrica que te ofrecerán en el hospital y conocer tu diagnóstico. Te intentaste suicidar cortándote las muñecas y, además, tomaste una ridícula cantidad de pastillas para dormir. No fue cualquier cosa.

—¿Estás decepcionado de mí? —preguntó la mujer en un tono vulnerable.

Quería que Gabriel volviera a su lado, pero sabía que sería una batalla cuesta arriba. Para lograr ganarla, lo más importante era estar sobria y que, como consecuencia, él se sintiera orgulloso de ella. La posibilidad de recuperar lo que tuvieron era una motivación para intentar no darse por vencida consigo misma; con esta vida. Por otra parte, si Gabriel no quería hablar de la segunda promesa

que le hizo cuando rompió el compromiso, ella no intentaría sacarla a colación de nuevo.

—Mi opinión de ti no tiene ninguna importancia —replicó él, apartándose y presionando el botón para llamar a la enfermera—. Antes de entrar, logré hablar con tu hermana. Shayna me aseguró que regresarán en el primer vuelo desde Oregon.

Claudia hizo un asentimiento. No quería contrariar más a Gabriel. Además también tenía que pensar en que había arruinado las vacaciones de su familia y que, en lugar de regresar a un entorno agradable, se encontrarían con su crisis existencial.

—Gracias, Gabe —murmuró—. Cuando me den el alta también tendré que llamar al director de la obra para negociar mi ausencia y el tema de los ensayos —soltó una exhalación suave y se limpió los rastros de lágrimas—. Supongo que Calder debe estar cabreado de verme fracasar en mi intento de salir del mar de la depresión.

Gabriel, ante la mención de su amigo, dejó caer los hombros.

—Pensaría que tienes treinta y dos años y que, aún así, no dejas de ser un dolor en el culo para él, porque de seguro estará meneando la cabeza de frustración al saber que quieres unirte a su destino cuando no te corresponde —expresó con humor ácido.

Ella sonrió de medio lado. Su primera casi sonrisa completa en todo el día.

—Gabe, quédate un poco más… Por favor… —pidió exteniendo la mano.

En ese instante entró la enfermera. Una profesional robusta y de aspecto severo. Se acercó para controlar los signos vitales, después le tomó la presión a la paciente. Le habían hecho todos los exámenes necesarios cuando ingresó, un par de horas atrás, además de un lavado gástrico. La condición de Claudia era estable por ahora y la mantenían en la unidad de cuidados intermedios. En esta área no se permitía el ingreso de visitas, pero un St. James no era un ciudadano común en Australia.

—Tienes que descansar, Claudia. Mañana vendrá tu familia —dijo él, agotado. El día había sido demasiado largo—. Llámame si crees que puedo ayudarte, pero no vuelvas a ponerte en este escenario. Si no te respondo y realmente estás en una situación desesperada, entonces piensa en tomar un jodido Uber e ir a buscarme. ¿Vale? —preguntó. No sabía si estaba empleando o no las palabras correctas en estas circunstancias, pero no era un maldito psicólogo, sino tan solo hombre que había tomado una decisión errónea siendo joven y el precio seguía generando intereses.

—Vale, Gabe… —susurró ella con un asentimiento.



Una vez que Gabriel estuvo en la cama, luego de que la presión de agua caliente del jacuzzi hubiera ayudado a sus músculos tensos, revisó el iPad tal como hacía todas las noches antes de dormir. De ese modo, él confirmaba que hubiera sido resuelta la agenda del día y también monitoreaba algún dato de interés. Le gustaba estar informado. Por otra parte, en lo que menos quería pensar era en Claudia y el susto que se llevó cuando el doctor le explicó la razón de que lo hubieran contactado. Pero si Gabriel creía que al fin iba a dormir sin contratiempos adicionales se equivocaba.

El email que acababa de recibir era la prueba de ello.

Su mentor no le había enviado los documentos de la inversión, no, pues ese era un asunto de negocios y como tal Heath lo manejaría con la asistente personal al día siguiente. Lo que Gabriel acababa de recibir era un archivo adjunto, desde el correo personal de su mentor, con el currículo de la ahijada. No alcanzó a leer, porque se quedó mirando la fotografía de ella como si se tratara de un mal chiste. Soltó una maldición. «¿Cómo se conectaba alguien honesto como Heath con una ladronzuela? Gabriel jamás había escuchado que su amigo la mencionara, lo cual era curioso considerando que era una persona que se mostraba muy orgullosa de su familia». Pero

indistintamente de la respuesta que eligiera, él le había prometido a Heath que el proceso de selección que llevaría a cabo recursos humanos, con la mujer, sería justo.

El *CEO* mantendría su palabra, sin duda, pero si ella pasaba las pruebas en Aussie Equinox lo que menos aprendería sería sobre tecnología. Ahora, finalmente, él tenía un nombre que ponerle al rostro de ángel que escondía malas mañas. «Aubrey Laura Blackeney», repitió el nombre mentalmente. No debería causarle satisfacción reencontrarse con ella a través de esta simple página pdf, pero por alguna retorcida razón eso era lo que experimentaba. Al leer que tenía veintitrés años, Gabriel decidió que le daría un ejemplo sobre lo que era el trabajo honesto y con esfuerzo. No tendría miramientos. «Una lección que ella recordaría bien», pensó, apagando rápido el iPad.

Gabriel notó que la mujer no había enviado a Heath lo que él consideraba un currículo decente, sino que tan solo enumeró sus habilidades informáticas y el nombre de la secundaria en la que se graduó, la misma en la que el joven magnate lo hizo diecisiete años atrás. Al parecer tampoco contempló como oportuno el mencionar en qué universidad había estudiado. Las referencias personales eran Heath y el gerente de un hotel en el que ella trabajaba desde hacía unos años. ¿Por qué la ahijada de un multimillonario era recepcionista, en lugar de ocupar un cargo alineado a sus intereses profesionales? «¿Acaso, aún a esa edad, estaba en una etapa de rebeldía que incluía ser camarera? Las piezas sobre ella no encajaban. Vaya día», pensó meneando la cabeza.

Él supuso que probablemente Aubrey fuese mimada y creyese que trabajar era un pasatiempo similar a hacerse la manicura. Cuando se aburriera, entonces utilizaría su herencia para despilfarrarla o se casaría con algún pobre diablo que le consintiera los caprichos. ¿Por qué la idea de que la mujer pudiera casarse con alguien lo cabreaba? La respuesta era sencilla: luego de veinticuatro horas, con demasiados frentes por resolver, su cerebro tenía muchas formas de defenderse del estrés extremo y pensar idioteces, al parecer era una de ellas. Gabriel apagó la luz y acomodó la almohada.

Dar lecciones de vida era lo que menos le correspondía, pero eso no se aplicaba al territorio que Gabriel dominaba al revés y al derecho: Aussie Equinox. Por eso le parecía genial tener una satisfacción, después de un día tan arduo, al pensar en las formas en que haría que la ahijada de Heath —este de seguro apreciaría que ella recuperase la honestidad como un estandarte— aprendiera el verdadero valor del esfuerzo. Sin embargo, Morfeo no estaba de acuerdo aparentemente con lo anterior y parecía más bien inclinado a gastarle una broma. Gabriel suponía que ciertas deidades eran caprichosas e impedían a los humanos regocijarse en el ego. Lo comprobó cuando la última imagen, antes de dormirse, fue la sonrisa de cierta ladrona.

CAPÍTULO 2

En los días que le siguieron a la humillante experiencia en la casa de aquel millonario, Aubrey logró con dificultad reunir el dinero para pagar la hospitalización de Bonnie y cubrir la receta médica. Para conseguirlo tuvo que solicitar un anticipo salarial en el hotel. Pero no pudo aplicar el mismo método para afrontar el costo de la inmunoterapia, pues eran varias sesiones y su economía familiar no sobreviviría a ello.

Por eso tomó la difícil decisión de modificar los pagos de la hipoteca, realizándolos solo por montos mínimos de los acordados, y así priorizar la salud de su madre. El estrés de los tres meses posteriores a esa decisión fue agotador. Aparte, las notificaciones del banco exigiendo el pago de las cuotas hipotecarias mantuvieron a Aubrey en tensión. Al cumplirse noventa días de impagos, el banco emitió una carta de advertencia por incumplimiento. Ese documento les notificaba que disponían de treinta días para cubrir el saldo pendiente, incluidos los intereses por mora, o, en caso contrario, iniciarían un proceso que implicaba acudir a los tribunales y perder la casa.

Agobiada ante esa posibilidad, Aubrey pensó en la vía más rápida y fácil de solventar la urgente situación: envió varias aplicaciones a las páginas web de los clubes de caballeros más elitistas de la ciudad. El proceso de selección fue ágil y en menos de cinco días consiguió un empleo de camarera. Así comprobó los rumores de que en esos sitios, efectivamente, las propinas eran excelentes al ser frecuentados por hombres de clase alta, adinerados. El uniforme que le tocó usar a Aubrey era de una tela exquisita, pero resultó tan corto que si ella no hubiera usado bragas debajo, ni reajustado la falda en casa para hacerla más larga, entonces sus nalgas habrían quedado casi a la vista. Muchas de sus compañeras, que no eran

bailarinas, también ofrecían servicios sexuales. Aubrey no las juzgaba, pero ella jamás habría incurrido en algo así.

Los toques indeseados, los sibildos de apreciación y los comentarios vulgares fueron una humillación que la dejaban en lágrimas al volver a casa cada noche. El equipo de seguridad removía a los clientes, sin importar cuál tenía más dinero que otro, cuando alguna de las empleadas se quejaba. No era un burdel de mala muerte, sino un club VIP. Aún así, el instinto animal siempre aparecía para barrer con el mínimo de respeto. Algunos hombres ricos creían que tan solo por trabajar en un sitio como aquel, las mujeres les pertenecían o podían tratarlas sin consideración. Aubrey logró que un compañero del club fuese quien atendiera las mesas de los clientes conflictivos. Solo así consiguió tolerar varias semanas en ese club. Cuando finalmente pudo reunir el dinero, para estar al día en los pagos atrasados de la hipoteca, renunció.

Se prometió que no volvería a un sitio como aquel.

Aubrey necesitaba un empleo con mejores prestaciones y oportunidades.

La estabilidad de un buen salario también le permitiría ahorrar un poco para sí misma. Inclusive podría tener un margen más amplio de tiempo libre y divertirse como cualquier chica de veintitrés años. Por ahora solo le quedaba ser paciente, hasta la graduación de Craig y saber si le aprobarían a él la beca deportiva en la universidad.

A pesar de las dificultades vividas en esos meses, ella estaba feliz porque la inmunoterapia que recibió su madre parecía haber ido bien. El oncólogo les informó que dentro de tres meses realizaría exámenes para monitorear los resultados y determinar los efectos reales de las sesiones que Bonnie recibió por vía intravenosa.

Con ese panorama, Aubrey logró un respiro ante una lucha que era la de una familia, no solo de quien padecía el cáncer. En medio de esos desenlaces temporales, claroscuros, halló el impulso para seguir postulándose a plazas laborales en tecnología.

Necesitaba el dinero, pero también aprender y crear conexiones profesionales para abrirse camino. Por eso aplicó a los anuncios en las áreas de IT de las empresas, pequeñas o multinacionales. Todas exigían al menos tres años de experiencia, una titulación universitaria o un diploma avanzado. Nada de eso tenía ella, sin embargo no se detuvo e igual decidió presentarse como candidata. De las cuarenta aplicaciones, consiguió cinco entrevistas. Pasó todas las pruebas técnicas, pero al final la historia siempre se repetía: no entraba a la última fase de los procesos, porque las personas de recursos humanos elegían a quienes tenían experiencia laboral y un título profesional.

Las negativas no eran fáciles de digerir, pero desistir no entraba entre sus opciones.

La anterior fue la razón de que hubiera decidido llamar a un hombre al que solo había visto pocas veces en su vida. Una de las últimas ocasiones ocurrió en la graduación de la secundaria, solo semanas antes de su debacle familiar. Aubrey no quería saber nada de las personas asociadas en su vida por elección de su padre, pero también era consciente de que no podía continuar en modo supervivencia y aislada.

Encontrar el número personal de Heath no fue difícil. ¿Para qué si no servían sus habilidades informáticas? Así que, aún con el temor de que él rechazara su petición o la enviara a la lista de pendientes a largo plazo, agarró el móvil y marcó el número.

Ella había tragado saliva y tomado una profunda respiración.

—¿Quién habla? —había sido la respuesta indiferente de Heath.

—Hola, padrino, soy Aubrey —había replicado un poco nerviosa, sentada en el lobby del hotel durante uno de sus descansos. El hombre había sido siempre amable y cercano, pero no al punto de estar siempre presente. Se había tratado más bien del tipo de tío o padrino distante al que, si existía la necesidad, se podía recurrir en busca de apoyo. Nada más. Tal como era el caso de ella—. Sé que ha pasado mucho tiempo desde que te vi y hablamos. Creo que son casi cinco años. ¿Tienes un momento…?

—¿Bree? —había preguntado retóricamente en un tono más amable—. Claro que tengo tiempo para ti. ¿A qué debo el gusto de recibir tu llamada y dime cómo están yendo las cosas en casa? ¿Cómo está Bonnie? Pareciera que se los tragó la tierra.

Aubrey había soltado una risa que no tenía nada de alegre. En realidad, lo que había sentido fueron ganas de llorar, pues parecía que todo hubiese ocurrido a años luz de distancia: recuerdos mancillados con amargura, amistades falsas y la tristeza.

—Casi podría decir que tu comentario es acertado. La historia es larga, padrino, así que solo te diré que nos hemos apañado bastante bien para poder acostumbrarnos a una vida distinta a la que teníamos —había replicado de forma vaga. El divorcio de sus padres no había sido un secreto para el círculo de amistades más cercano, pero no fue lo mismo con las razones detrás de los hechos—. Siento llamarte después de tantos años para pedirte un favor. No me gusta incomodar. Pero recordé que en alguna ocasión me dijiste que si llegase a necesitar de tu ayuda te la pidiese.

—Ciertamente, Bree. Los padrinos estamos para eso, así que me alegro de que hayas decidido buscarme —había expresado, sincero —. Dime, ¿qué ha ocurrido?

—Como supiste alguna vez, mi mamá tuvo cáncer —había comentado—. Cuando creíamos que estaba superado, volvió más agresivo. Para nosotros no ha sido sencillo cubrir los gastos médicos sin desequilibrar otras facturas por pagar. Mi trabajo de recepcionista en un hotel no me genera suficientes ingresos. Lo anterior es el contexto del porqué estoy buscando un mejor empleo. De verdad lo necesito —había explicado cerrando los ojos—. Padrino, tú eres dueño de una desarrolladora inmobiliaria reconocida. La tecnología se me da muy bien. Si hago las pruebas de informática en tu empresa sé que daría la talla. ¿Podrías darme empleo, por favor?

—Bree, siento las noticias sobre Bonnie y confío que logre vencer el cáncer de una vez por todas. Como sobreviviente de la Leucemia puedo empatizar. En verdad, me aflige la situación que estás atravesando, pues sé que no es nada sencilla, más allá de la

economía —había comentado—. Sé que eres una chica muy lista, Bree, pero en mi empresa no puedo ofrecerte el tipo de versatilidad en el ámbito que buscas. Sin embargo, podría ayudarte de otro modo. ¿Necesitas un préstamo? Porque puedo hacerte uno si lo deseas. Te pondría en contacto con mi contador y así lo concretas.

Aubrey habría considerado esa oferta en otras circunstancias, pero ya tenía suficientes deudas encima. Aceptar responsabilizarse de otra más sería un gran error.

—Oh, aprecio tu generosidad, padrino —había contestado con franqueza—. Pero en estos momentos no estoy en la capacidad de asumir algo que no tengo la certeza de que podré cumplir: pagarte. Lo que en verdad necesito es un nuevo empleo.

—Lo comprendo, Bree. Entonces, envíame tu currículo a mi correo personal. —Aubrey había anotado en una libreta cuando él se lo dictó—. Voy a buscar, entre los contactos empresariales y amigos, la compañía que podría ajustarse a tu perfil.

Ella, aunque no había sido una certeza, sintió un soplo esperanzador.

—Te lo agradezco muchísimo —había replicado con franqueza—. Acabo de enviarte mi currículo. Vas a notar que carezco de una formación universitaria, la mayor razón es la misma por la que busco un mejor empleo. Pero he procurado tomar cursos sobre desarrollo de *softwares*, así como análisis de datos e inteligencia artificial.

Aubrey había esperado la respuesta de Heath, mientras contemplaba cómo pasaban de un lado a otros los huéspedes. Ella había pensado en lo curiosa que era la vida: todos solían asumir que el prójimo tenía el destino resuelto. Nada más alejado de la realidad. Lo cierto era que cada individuo, cada familia y cada corazón llevaba a cuestas espinas que todavía dolían, pero hacían lo imposible para disimular el pesar.

—Me acaba de llegar tu correo, Bree —había dicho, haciendo una pausa, leyendo. Al cabo de unos momentos había retomado la

conversación—: Entre tus referencias personales agrega mi nombre y luego reenvíame el currículo actualizado.

—Gracias de nuevo, padrino, no sabes cuánto aprecio tu ayuda —había expresado ocultando la desesperación en la voz, porque necesitaba mejorar sus condiciones laborales con urgencia, pues no creía que pudiera pagar la siguiente cuota hipotecaria. El agente de crédito le había advertido que no cayera de nuevo en mora.

—Me gustaría seguir hablando contigo, Bree, pero me pillas en un momento en el que estoy bastante liado con proyectos en desarrollo, fuera de Sídney, así que tengo que monitorearlos con mi equipo —había dicho Heath—. Intentaré hacer un espacio para buscar con calma opciones para ti y darte una respuesta lo antes posible.

—Muchas gracias. Estaré pendiente de tu mensaje o llamada.

Desde esa conversación había pasado una semana.

Aubrey aprendió a ser paciente, por sus vivencias familiares, pero continuaba sin tener una buena relación con la incertidumbre. Sin embargo, esta fue su incómoda compañera durante los días en que esperaba noticias de Heath. Para ignorar los efectos colaterales, como la ansiedad, Aubrey aprovechó en mejorar las fotografías de los tejidos de su madre, en eBay, que no se habían vendido. Además usó parte de su tiempo para ir a una competencia importante de Craig. Casi no tenía oportunidad de ir a apoyarlo, así que fue un momento emotivo. No solo eso, sino que su mejor amiga la llamó para decirle que había conseguido un trabajo como lectora de manuscritos, *Scout*, en una editorial dedicada a publicar libros de terror y thrillers. Aubrey y Clarissa Sneider se conocían desde el Kinder, pero la pasión de esta última no eran los números, sino las letras. Ambas amigas compartían la ilusión de consolidar una carrera profesional de la que pudieran sentirse orgullosas y también vivir de ella. Pero, tal como estaban las circunstancias, solo una de las dos parecía estar logrando el objetivo.

—Deberíamos vernos más seguido, Bree. No recuerdo la última vez que nos tomamos un café sin prisas o que aceptaste venir de fiesta conmigo —había dicho la mujer de cabellos rojizos—. Entiendo

la situación por la que atraviesas, pero también estoy para recordarte que merecemos divertirnos y vivir experiencias increíbles. No necesitamos dinero para muchas de ellas, mi querida amiga, sino tan solo dejar fluir.

Aubrey había esbozado una sonrisa leve ante el comentario.

—Lo sé, Clarissa, lamento haber estado tan ausente —había replicado, acostada en la cama y con el móvil pegado a la oreja—. Por un instante pensé que todo empezaba a cobrar un mejor rumbo, entonces el cáncer de mamá regresó. No tengo otra opción que intentar conseguir dinero de cualquier forma que me sea posible. Ir de fiesta no es un ítem entre mis prioridades, aunque lo eche en falta. Como te acabé de contar, lo que me tiene inquieta es la llamada pendiente de Heath…

—En lugar de haber ido a ese club de caballeros pudiste aceptar que te prestara dinero, Bree —había replicado. La familia de Clarissa no era millonaria como los Blackeney. La chica había sido becada toda su vida académica, porque sus padres eran empleados de una unidad especial de las Naciones Unidas. Cuando los amigos ricachones le dieron la espalda a Aubrey, al mudarse a un barrio pobre, Clarissa había permanecido a su lado—. Cruzo los dedos para que tu padrino te consiga un curro.

—No acepté el préstamo, porque estás ahorrando para comprarte un coche desde hace tiempo y es algo que siempre quisiste. Si yo no puedo concretar mis objetivos todavía, me sentiría fatal ser la causa de que tu retrases los tuyos, Clarissa —había replicado con afecto, porque su amiga era muy generosa—. Sobre mi padrino, la verdad también espero que me ayude y no se quede todo en una simple promesa.

—Sí, pues así no tendrás que hacer idioteces como intentar robarte una jodida moneda. Por cierto, nunca me dijiste el nombre del millonario aquel —había dicho.

—No tiene importancia —había replicado Aubrey—. Eso es el pasado, Clarissa, pero sí puedo decirte que ese hombre es un ogro sin corazón ni compasión.

—¿No intentó ligar contigo? Porque siempre que vas a algún sitio, por trabajo o lo que sea, sueles terminar con alguien interesado en algo más que saber tu nombre.

—Se te olvidó la parte en que ese idiota buscaba dejarme en manos de la policía, no flirtear conmigo. Si no me hubiese largado, él habría logrado su propósito.

—Menos mal tienes tus instintos de supervivencia intactos —había replicado Clarissa—. Así que esa es una razón para celebrar y yo aprovecharé para hacer un trato contigo. Para compensar tanto tiempo sin vernos, ni divertirnos como merecemos en esta vida, ¿qué tal si vamos a una de las fiestas que organiza Dylan?

Aubrey había reído con suavidad olvidando al Diablo de ojos azules.

—¿Dylan Mulroney? Creía que seguía en Melbourne —había dicho. Dylan fue compañero de las dos hasta cuarto de secundaria, y luego él se había mudado con la familia a otra ciudad—. No me contaste. Me haría ilusión verlo, ¿qué clase de fiestas?

—Ahhh, olvidé hablarte de él, es cierto —había dicho de buen humor—. Nos encontramos por Circular Quay hace unos seis meses. Me contó que llevaba un año en Sídney y que abrió un bar con unos amigos. En el lugar se organizan eventos temáticos y para acceder a ellos solo puede hacerse por invitación. Dylan me dijo que si alguna vez me animaba a ir que lo llamara y él me anotaría en la lista de asistentes.

—Suena interesante…

—¡Venga! Sé que Bonnie y Craig aprobarían que salgas una noche de copas. Además, aunque el bar funciona regularmente, las fiestas no ocurren siempre. Así que cuando me entere de la próxima, tú vendrás conmigo, ¿tenemos un acuerdo, Bree?

Aubrey había esbozado una sonrisa, porque Clarissa siempre le subía la moral.

—Lo tenemos. ¿Qué clase de temáticas tienen las fiestas? —había insistido.

—Todas son distintas. Si supiera cuál sería el próximo tema, pues no te lo diría para que no tengas tiempo de repensar demasiado y luego negarte a acompañarme —había dicho Clarissa y de fondo escuchó que la llamaban—. Acabó mi hora de lunch.

—Vale, pues que vaya bien, nos vemos pronto.

—¡Me gusta esa actitud! Quizá incluso puedas tener un ligue de una noche. ¿Cuándo fue la última vez que disfrutaste del placer de un beso? ¿Sexo tórrido?

—Clarissa, ya sabes que eso es complicado…

—Los corazones sanan y el tuyo también lo ha hecho. Solo tienes miedo. No todos los hombres son unos mentirosos, así que no se vale juzgar a todos por igual.

—Bastian estaba comprometido con otra —había susurrado sin ahondar en los recuerdos—. En mi poco tiempo libre prefiero enfocarme en otros aspectos.

—Ahora eres más sabia y esa experiencia no puede determinar las próximas —había dicho Clarissa—. La vida puede sonreírte también, ¿sabes? Quizá no la dejas.

Aubrey había soltado una exhalación.

—Quizá. No lo sé. Confiar ya no es fácil, menos si sumas lo de Bastian a cómo mi padre, con su ambición y su egoísmo, destruyó a mamá, por ende, a nosotros…

—Estoy segura de que Dylan tiene muchos amigos que podrá presentarte. Solo déjate llevar y no pongas condiciones innecesarias —había dicho su amiga—. Por cierto, mi jefa es un poco gruñona y de seguro hará que me quede diez minutos extras por no estar en mi cubículo. Hablamos pronto, Bree, ¡prepárate para divertirnos!

—Vale, hablamos pronto —había contestado entre risas.

Aubrey continuó los siguientes días, que sumaban once, sin saber de su padrino, dando clases de matemáticas como alternativa. Además, aprendió a preparar bebidas con uno de los bartender del hotel. Acompañó a su madre a hacer la compra de la comida y a

cuidar del pequeño jardín trasero de la casa. Aubrey también salió al cine con unas compañeras de trabajo, porque el hotel tenía convenios comerciales y solían regalar entradas a los empleados. Se vieron la última película de Colin Farrell.

A ella no le era ajeno el hecho de que los hombres la encontraban guapa, pero no era arrogante ni tampoco se valía de su físico para obtener sus objetivos. Si el anterior fuese el caso, su hipoteca no existiría y su cuenta bancaria estaría a reventar de ceros a la derecha. Aubrey solía tener invitaciones a salir, pero las rechazaba. Más allá de tener una disputa personal con las mentiras de Cupido, su negativa de aceptar una cita se debía a que no sentía atracción suficiente por quienes se acercaban para flirtear con ella. El punto más importante era que temía equivocarse de nuevo al elegir.

Con Bastian bajó sus barreras y se dejó llevar por la manera especial en que él la trataba, por la adrenalina al compartir su lado rebelde en ese tiempo, y porque su mantra de escapar del caos de su realidad familiar se materializó. Sin embargo, el resultado de su ingenuidad le dejó una factura que incluyó la tristeza y la decepción.

Pero Aubrey no quería recordar y esas no eran las reflexiones que necesitaba.

De hecho, cualquier pensamiento que no fuese su objetivo financiero y profesional quedó de lado cuando finalmente, al onceavo día desde la conversación que tuvieron, Heath la llamó. Eso alivió la incertidumbre de Aubrey. Su padrino le comentó que la esperaban para una entrevista de trabajo en Aussie Equinox, una corporación de inversiones a gran escala. Le explicó que tenía que preguntar en recepción por el gerente de recursos humanos y le aseguró que era la mejor opción.

La emoción de Aubrey se convirtió en shock al leer quiénes eran los dos socios.

Un socio en concreto.

Inexplicablemente su pulso se disparó, al leer la información en la web, como si de un momento a otro Gabriel St. James pudiera

presentarse en su pequeña habitación e invadirla con su cercanía amenazante. Mentiría al decir que no pensó en esos meses, un par de veces, en él. Aunque hubiese sido un recuerdo amargo, ella jamás había experimentado la sensación de que su piel vibrara, literalmente, ante la cercanía de alguien del sexo opuesto. Le parecía absurdo que hubiera sido ese hombre quien se la provocara y más cuando lo había conocido en una situación bizarra.

La fotografía corporativa en la web no hacía justicia al hombre en carne y hueso. Ella siguió leyendo sobre él. Gabriel Henry St. James, treinta y cinco años de edad, heredero de un imperio de minería de varias generaciones. Asociado con Knox Nero Wentworth, el *CFO*, gerente financiero. Aubrey entendió, luego de leer más sobre Aussie Equinox, el porqué Heath consideró que era la empresa idónea para ella: gran parte de los negocios en los que invertían eran de tecnología y desarrollo IA.

Más allá de lo bien que encajaba esa compañía en sus intereses, el hecho de que Gabriel ahora conociera su identidad la ponía de nervios. ¿Por qué habría aceptado que fuese entrevistada para una plaza laboral en Aussie Equinox? ¿Por qué no le habló a Heath que ya la conocía? Su padrino no le había mencionado nada al respecto de lo ocurrido en la mansión. ¿Gabriel aceptó que fuese entrevistada solo para cumplir con Heath, pero había dado la orden de que no la contrataran y alegara que no tenía habilidades informáticas como señalaba en su currículo? «Detente», se amonestó. No tenía las respuestas a esas preguntas, pero recordó lo que alguna vez un huésped del hotel le comentó: "Si quieres hacer algo hazlo, incluso con miedo. Solo basta que sepas la razón correcta detrás para que el propósito tenga sentido".

Así que en esos instantes, mientras subía en el elevador del sofisticado y minimalista edificio de Aussie Equinox, lo que tenía sentido era demostrar su valía intelectual y defender su idoneidad para trabajar en el departamento de informática. Sí, era osado pensar hacerlo sin un título ni experiencia, pero grandes científicos y personajes habían desarrollado el éxito a base de autopreparación y determinación. Ambas definían a Aubrey. Ella había pedido el día

libre en el hotel, a sabiendas de que le descontarían del salario, y descartó la idea de cancelar la entrevista. No podía ignorar los esfuerzos de Heath, ni traicionar su propio orgullo. Así que aquí estaba, mirando su reflejo en el espejo del elevador, evaluando a la mujer que le devolvía la mirada.

Llevaba una falda azul marino que le llegaba hasta la rodilla y resaltaba su figura con elegancia; blusa *beige* de seda; zapatos de tacón color gris y una chaqueta que aportaba formalidad. Su cabello largo y castaño lo llevaba recogido en una media coleta. Se había aplicado delineador negro y labial rosa pardo. En conjunto presentaba una imagen profesional, aunque también cercana. Si bien ahora ya no contaba con un armario con prendas de diseñadores, ella tenía buen gusto y sabía combinar su ropa.

Estaba lista para la entrevista. O al menos, tenía que estarlo.

—Bienvenida, señorita Blackeney, soy Zeik Bloomberg —dijo el gerente de recursos humanos—. Por favor, necesito que llene estos tests psicológicos —le entregó un iPad— y al terminar, le pediré que me acompañe al sitio en el que se realizarán las pruebas de desempeño. El jefe del área es Ambrose Johnson y será el que decida, basándose en sus resultados, si está apta o no para la plaza laboral.

Aubrey se sentía a la par de contenta por la oportunidad, también inquieta. Lo anterior no era porque dudase de su intelecto, sino por el antecedente con el *CEO*.

—Buenos días, gracias por recibirme —replicó con una sonrisa, aliviada de que el jefe inmediato no fuese Gabriel—. Comprendo las directrices, no hay problema —dijo, mientras se sentaba con la tablet y empezaba a responder el largo cuestionario.

Al cabo de cuarenta y cinco minutos, Aubrey concluyó la tarea. No hizo preguntas sobre temas salariales, porque no quería anticiparse o parecer desesperada.

—Para que conozca los pormenores de la que sería su área de trabajo, por favor, acompáñeme al piso once. Le presentaré al

equipo de colaboradores —dijo él.

—Oh, gracias —expresó y empezó a seguir los pasos que Zeik marcaba.

—En raras ocasiones se necesita abrir el área en la noche, pero, si existiera una reunión que se extendiese y hubiera empresarios aún trabajando, las horas extras se pagan el triple. —Aubrey frunció el ceño ante el comentario—. Se exige que no se realicen cambios de turnos, a menos que sea una emergencia —dijo instándola a entrar en el elevador con él—. Los pagos son semanales, como en todas las empresas del país, y se entregará una bonificación por desempeño. Eso lo determinará Ambrose.

Aubrey escuchaba, pero lo que él decía no tenía sentido. Estaba confundida.

—No comprendo el tema de abrir y cerrar el área de informática —expresó. Las puertas del elevador se abrieron para dar paso a un precioso vestíbulo. Esta zona parecía más animada y podían escucharse conversaciones—. ¿Me puede explicar?

El hombre avanzó, saludó con un gesto a algunos empleados que estaban alrededor, y después giró a la izquierda por un pasillo. Aubrey esperaba la respuesta.

Después, entraron a la cafetería, que por cierto estaba bien iluminada. Las mesas eran de madera y suelo de parqué; las ventanas tenían vistas al mar. Ella iba a decirle que prefería empezar las pruebas en el departamento de IT, en lugar de tomar un café, pero el hombre la sorprendió abriendo una puerta y haciéndole un gesto para que ingresara. Lo que vio Aubrey a continuación fue la pulcra cocina de la cafetería.

—Lo lamento, señorita Blackeney —dijo Zeik en tono también confuso, deteniéndose finalmente. La cocina tenía implementos de alta gama. Los empleados estaban en un descanso y no les prestaban atención. Se escuchaba el afilar de cuchillos y el lavavajillas funcionando—. Me parece que hay un mal entendido de

su parte. En las pruebas que acabó de hacer hay una tendencia referente a servicio al cliente…

—Sí, claro, pero creía que eran preguntas estándar de protocolos usuales de la compañía —interrumpió ella con suavidad—. Asumí que la vacante era para IT.

Zeik meneó la cabeza y vio que Ambrose se aproximaba a ellos.

—La plaza que me ordenaron ofrecerle es la de ayudante de cafetería. Lamento haber asumido que usted tenía conocimiento al respecto —comentó el hombre.

Aubrey lo quedó mirando un instante y su mente empezó a comprender de qué se trataba todo esto. Estaba segura de que su padrino tuvo que haber mencionado que su talento era en tecnología, mas no el servicio al cliente. Caía en la cuenta de que este era un mensaje claro y alto del *CEO* para ella: le estaba haciendo un favor a Heath, por la razón que fuese, pero lo haría bajo sus condiciones. No solo eso, sino que era evidente que la razón de que la hubiese enviado a la cafetería, en lugar del área de IT, era una señal de que él recordaba claramente lo ocurrido hacía más de tres meses.

«Qué hombre tan insoportable y ridículo», pensó ella.

—Un trabajo siempre es bienvenido, Zeik —replicó. Entonces se atrevió a hacer la pregunta que, minutos atrás, había optado por omitir—: ¿Me podría decir cuál es el salario? Como mi presencia aquí es por una recomendación, y considerando esta confusión —sonrió— no tengo idea de cuál es la remuneración para esta plaza.

Zeik se lo dijo con rapidez, así como también le dio a conocer las prestaciones del cargo. Aubrey disimuló el asombro, porque era más del triple de lo que ganaba en el hotel. No quería anticiparse haciéndose ilusiones, pues no sabía si iban a contratarla.

—Le presento al chef Ambrose Johnson —dijo Zeik cuando el hombre de cabellos negros se acercó a ellos con seriedad—. Ambrose, ella es Aubrey Blackeney. La razón de que esté aquí es para que le plantees pruebas de desempeño. Si consideras que

cumple con tus requerimientos para ser ayudante de cafetería, entonces envíame tu aprobación por correo —expresó el gerente de recursos humanos—. ¿De acuerdo?

—Seguro, no hay problema —dijo el chef en tono firme.

Zeik le deseó buena suerte a la mujer y luego se marchó.

El chef tenía un tatuaje que sobresalía ligeramente sobre el cuello del uniforme. Su aspecto físico era corpulento e intimidante. Aubrey se sorprendió de que una empresa tuviera tantas consideraciones para sus empleados. Un chef y comida exclusiva nada menos, en lugar de un catering externo, eran un lujo. Ella ignoraba cómo funcionaba el mundo corporativo de caprichos a gran escala en estos ámbitos.

—Gracias por darme la oportunidad, chef, ¿cuáles son mis tareas? —preguntó ella en un tono respetuoso. Agradeció la experiencia de su trato con los chefs del hotel, porque así sabría cómo interactuar con este en particular. Aubrey era consciente de que los cocineros eran muy peculiares y se creían que vivían en una dimensión especial, tan solo por saber cómo alimentar a la humanidad con toques extravagantes.

El hombre de ojos negros la observó unos instantes.

—Tu pasión no es la gastronomía —expresó cruzado de brazos, mirándola.

—¿Usted sabe juzgar bien el carácter de las personas con apenas conocerlas? —preguntó sin evitar el sarcasmo. La sorprendió cuando el chef soltó una carcajada.

—Al menos sabes decir lo que piensas y eso es importante —replicó Ambrose. De sus cincuenta años, veinticinco los llevaba como chef—. Te pondré a prueba el resto del día. No servimos desayunos, pero las fuentes de té y café deben estar siempre abastecidas y el espacio impecable. El almuerzo se sirve entre la una y las tres de la tarde. Este no es un restaurante. El personal consiste en dos camareros, dos asistentes de cocina, y la plaza de asistente de cafetería que se ha inventado Gabriel —expresó.

—¿Se ha inventado…? —preguntó ojiplática.

El chef la miró inquisitivamente y luego meneó la cabeza.

—Menos hablar y más hacer, Aubrey, y por cierto, puedes tutearme —replicó ignorando la expresión perpleja de la mujer—. En este momento —miró el reloj— son las nueve de la mañana y los camareros deben llevar un tentempié a la sala de reuniones. Aprende cómo organizan todo y encárgate de que no quede rastro de que alguien tomó té o café o consumió un bocadillo. A las once de la mañana Knox y Gabriel, los socios de la empresa como debes ya saber, se reúnen en el despacho del segundo. Te voy a encargar que te responsabilices del servicio de café para ambos.

Aubrey tragó saliva e hizo un asentimiento breve.

—Oh, yo… Claro, no hay problema, chef —murmuró ocultando su inquietud. Se había preparado mentalmente para volver a ver a ese hombre arrogante, pero que fuese algo inminente no le agradó particularmente—. ¿Cómo me vas a calificar?

—No lo haré yo —replicó meneando la cabeza—. Mi trabajo es darte tareas y analizar si me pareces lo suficientemente eficiente. La decisión final es de Gabriel.

Aubrey hizo un asentimiento y se preparó para enfrentar el resto de la jornada.

CAPÍTULO 3

Gabriel estaba de mal humor. Lo anterior no era inusual cuando su madre lo llamaba para decirle que había invitado a cenar a la hija de una amiga, porque creía que sería la pareja ideal para él. No era la primera ocasión que intentaba ejercer de Cupido, sin éxito por supuesto. La mayor parte de las veces, él salía indemne y evadía esa clase de cenas —o trampas más bien— pero hoy no sería el caso. Gabriel ya había decidido con días de antelación visitar a sus padres, aunque no imaginó este giro súbito. Él casi no veía a su familia, porque los horarios de su trabajo lo hacían casi imposible, así que ahora tendría que tolerar a quien sea que fuese la persona que su madre había elegido.

Roseanne St. James era una fuerza de la naturaleza que intentaba que sus tres hijos le dieran nietos lo antes posible. El mayor era Gabriel, así que había puesto sus esperanzas inmediatas en él. Hans y Samuel tenían treinta y veintiocho años respectivamente y cada uno tenía su pareja, por eso ella era menos insistente con ellos. Gabriel amaba a su familia, pero su madre solía sacarlo de quicio cuando orquestaba esta clase de maquinaciones. La irritación del *CEO* durante esa mañana aumentó con la persona que acababa de entrar en su oficina, vestida para despertar la atención de cualquier hombre de sangre caliente. Ni siquiera llevaba un traje provocativo o poseía una actitud de flirteo, todo lo opuesto; lucía compuesta, elegante y serena. Todo estaba en la maldita forma en que esas prendas se amoldaban a las exquisitas curvas.

Si meses atrás no había podido evitar notar la belleza de la ahijada de Heath, ahora, bajo la clara luz del día y en circunstancias distintas, era inútil fingir que su presencia no lo impactaba. Nunca le había sucedido con nadie más, y eso lo enfurecía y desconcertaba a partes iguales. Un instinto primitivo se había despertado en él, una extraña mezcla de autopreservación y territorialidad. Lo confirmó al

ver la sonrisa que Knox le dirigió a Aubrey cuando ella apareció en el umbral, y tuvo que contener el impulso de recordarle a su mejor amigo —con un puñetazo— que estaban allí por trabajo, no para socializar. Apretó la mandíbula. Su expresión era hostil e impasible.

La decisión de asignar a Aubrey en la cafetería de Aussie Equinox, a pesar de que Heath le comentó sobre el interés en temas tecnológicos, tenía que ver con su intención de que la mujer aprendiera a ganarse el dinero con dedicación. Ser camarera era un oficio que, como cualquier otro, necesitaba hacerse con honestidad, pero ella lo había utilizado para tratar de robarle. Él le había prometido a su mentor que le daría una oportunidad a la mujer —algo que estaba cumpliendo— pero no le garantizó que sería en el departamento de IT. Gabriel tenía la última palabra esta vez y Aubrey no podría huir de sus responsabilidades. Daba igual si era un día o una semana de prueba, si quería tener un mejor salario y prestaciones tendría que plegarse a sus dictámenes.

Gabriel no había logrado el podio empresarial, desde el que dirigía su imperio junto a su mejor amigo, por ser compasivo ni blando. De hecho, él era consciente de que creció rodeado de privilegios, pero aún así se seguía esforzando para mantener una línea que separaba sus logros de los de su familia. No solo por orgullo, sino porque era una forma de reafirmar que poseía la capacidad de sobrevivir por sus propios medios. Quizá lo anterior tenía que ver con un secreto muy personal y duro.

Él no era un St. James de nacimiento, sino que fue adoptado por Roseanne y Stephen cuando tenía solo ocho meses. Sus padres biológicos lo habían dejado en el exterior de un orfanato, como una mala película de Hollywood, con una nota, una frazada y un crucifijo. Como si la puta religión hubiera tenido la capacidad de cuidar de él ante la infamia del abandono. La certeza de sus orígenes solía agobiarlo, en especial porque ahora conocía la identidad de quiénes lo descartaron siendo un humano indefenso. Llevaba muchos años consciente de cómo podría encarar a sus padres biológicos, inclusive elucubraba en su mente un discurso y una excusa para acercárseles. Pero en las dos ocasiones en que los había observado, desde el

anonimato y a lo lejos, sus pies rehusaron moverse. La primera vez sucedió cuando tenía diecisiete años; la segunda, veintidós. Desde entonces, no había intentado buscarlos de nuevo. Ese era un capítulo de su existencia que estaba pendiente y no hallaba un motivo contundente para reabrirlo. Además, la posibilidad de ver a sus progenitores frente a frente y que estos lo rechazaran, otra vez, le parecía perturbador.

Supo que era adoptado, porque Stephen y Roseanne fueron siempre sinceros. La información se la fueron dando paulatinamente, a medida que crecía, nunca fue una revelación súbita que hubiera causado un choque brutal. No hacía menos doloroso el saber que no fue querido, pero, con la madurez, también llegó la certeza de que no habría podido encontrar una familia mejor que la que tenía. Ellos jamás se opusieron a su curiosidad por conocer sus orígenes, y Gabriel nunca sintió que Hans o Samuel recibieran un trato especial por ser hijos biológicos. Él era un St. James y nadie iba a cambiar ese hecho, pero era consciente de que tenía una historia detrás.

Quizá por todo ese contexto, en él persistía la necesidad de trazarse retos cada vez más altos y demostrarse todo su potencial. No abandonaba un desafío ni una responsabilidad; jamás se daba por vencido. Su fortaleza residía en afrontar las batallas con todas las armas disponibles, porque cuando marcaba un objetivo era para ganar.

Gabriel no tenía tolerancia ante la incompetencia ni la mediocridad.

El sonido tenue del tintineo de varios implementos lo sacó de sus pensamientos. Aunque eran las once de la mañana, Gabriel ya llevaba recorrido un largo tramo de su agenda del día. En esta ocasión reunión, él y Knox estaban tratando de resolver el monto final de la inversión que realizarían en Indonesia. Los documentos legales estaban en firme, pero Gabriel necesitaba revisar de nuevo los números y cerciorarse de que el porcentaje de retorno sobre la inversión sería amplio.

—Buenos días, señores —dijo la voz femenina suave y firme en la entrada de la oficina—. Estoy aquí, porque el chef me designó para ayudarlos con el servicio de tentempié. Mi nombre es Aubrey, ¿me pueden decir si tienen preferencias con sus bebidas? —preguntó, al tiempo que empujaba el pequeño carro de catering. En la superficie había una tetera, cafetera, un juego de dos tazas, azúcar, crema y sándwichs.

Evitaba mirar directamente a Gabriel, aunque sabía que sería inevitable en este contexto. La presencia del hombre dominaba la magnífica oficina, su aura de poder era tan intensa que incluso opacaba al otro empresario junto a él. A Aubrey le había tomado varios segundos reunir el valor para hablar en un tono sereno, mientras su corazón golpeaba contra sus costillas como un pájaro enjaulado. «Vaya día», pensó.

La irritaba que el *CEO* la hubiera relegado a la cafetería en lugar de darle una oportunidad en IT, pero él desconocía que su historial de eventos desesperados le había dado el temple justo para afrontar cualquier escenario laboral. Si tenía que servir café o limpiar mesas para demostrar su valía, lo haría; el rango jerárquico le daba igual.

Ella no olvidaba lo cretino que él se comportó, ni la humillación que la hizo pasar.

—Vaya, una persona con una sonrisa amable en la mañana sí es refrescante. Siempre tomo el café con dos de azúcar, gracias por preguntar. Por cierto, soy Knox Wentworth, aunque yo te conozco de alguna parte —dijo el *CFO* en un tono encantador—. ¿Estoy equivocado? —preguntó, mientras ella abría y cerraba la boca.

—Señor, Wentworth… —empezó, mirando de reojo la expresión ácida de Gabriel. Carraspeó por lo bajo y su mente intentó crear una respuesta adecuada.

—Oh, por favor, las formalidades no van conmigo. Llámame Knox, tal como todos lo suelen hacer aquí, la política de comunicación es relajada —interrumpió. Su parecido al actor Aaron Taylor-Johson era notable y su popularidad con las mujeres igual. La diferencia era que el artista tenía el cabello castaño, pero Knox era moreno.

Aubrey hizo un asentimiento y procedió a preparar el café para servírselo. Claro que lo reconocía, porque él estuvo entre los invitados especiales de *esa noche*. De hecho, entre todos, Knox fue el que la trató con más amabilidad e inclusive le hizo una broma que le provocó una leve sonrisa en medio la angustia que había pasado.

—Bien, Knox, aquí tienes —dijo entregándole la taza—. Sobre tu pregunta…

—Llegas ocho minutos tarde, ¿no tienes reloj? —interrumpió Gabriel con acidez e incorporándose del asiento. Un metro ochenta y cinco de estatura y puro músculo. Ciertamente intimidaba. Aubrey elevó la mirada—. La única razón por la que estás aquí es gracias a Heath, pero tu hoja de vida no tiene ningún valor real que sea útil para mi empresa. Bajo ninguna circunstancia permitiría que una aficionada a la tecnología, cuya ética deja mucho que desear, tenga acceso a mi sistema informático.

Aubrey tragó saliva ante la ofensa. Apretó los dientes con fuerza y agradeció no ser tan impulsiva, pues de lo contrario le habría lanzado una taza por la cabeza.

—Ah, ya veo que es esa la razón de que esté sirviendo café —dijo burlona.

Gabriel apretó los dientes y guardó las manos en los bolsillos.

—Pierdes de vista lo importante: aprender a ganarte las cosas con esfuerzo.

Ella enarcó una ceja y controló su temperamento. «Cómo se atreve», pensó.

—Sé muy bien que mi padrino tuvo la generosidad de hablar contigo. Si bien soy aficionada a la tecnología eso no implica que carezca de talento. La ética no puede ser juzgada por un escenario en el que se rectificó y se pidió disculpas, *señor St. James* —comentó mirándolo y procurando que el magnetismo de él, que parecía de repente incontrolable, no la afectara—. En todo caso, como asistente de cafetería a prueba, procuraré darme prisa —replicó con un tono irónico—. ¿Prefieres tomar té o café?

Gabriel dio un paso más, hasta que quedó bastante cerca de Aubrey. El aroma sutil a rosas inundó sus fosas nasales. Los labios carnosos de la mujer estaban pintados con un color suave y despertaban la curiosidad de probarlos. Él solo enarcó una ceja.

—Deja dos sándwich en mi plato y mi café sin azúcar, por favor —dijo indiferente, porque no era un asno con sus modales y ella no era su sirvienta—. En una próxima ocasión, Aubrey, procura llamar a la puerta antes de entrar. Mi asistente personal está lejos de su escritorio, pero eso no implica que tengas vía libre —zanjó Gabriel. Ella apretó los labios—. Por cierto, esta no es una corte de justicia, así que cualquier opinión sobre la que desees argumentar carece de relevancia. ¿Está claro?

Aunque estaban a pocos pasos de distancia, muy diferente a la cercanía del día en que se conocieron, Aubrey sintió una corriente eléctrica recorriéndole la piel. Notó la forma en que el traje negro se ajustaba al físico imponente de Gabriel. Ella había visto muchos millonarios gastando fortunas en ropa de diseñador para intentar lucir magníficos, pero fallaban estrepitosamente. El motivo era simple: la elegancia y el *sex appeal* no se compraban ni era posible entrenarse para adquirirlos. Gabriel poseía ambos, naturalmente, a raudales. Aubrey quería ignorarlo, pero resultaba imposible.

—La relevancia y la libertad de opinión no son sinónimos —dijo en tono firme y elevando más el mentón. Los ojos azules de Gabriel refulgieron con una llamarada que amenazaba con quemarla. Ella la ignoró—. Por cierto, me acabaste de reprender por llegar ocho minutos tarde, aunque en realidad han sido cuatro. La razón de mi tardanza fue que había una persona con discapacidad saliendo del elevador y no iba a atropellarla —replicó apartándose para servir el café para él—. ¿Deseas algo más? —preguntó con la sonrisa estudiada que solía dedicarles a los huéspedes del hotel. Sabía que estaba en un terreno sin ventajas ni garantías, así que no iba a tentar a su suerte.

Gabriel quiso tomarle el rostro entre las manos y arrasarle la boca para borrar esa sonrisa desafiante y fría que le dedicó. Se maldijo en

silencio y contuvo su impulso a duras penas. El deseo de enterrar sus dedos entre los cabellos castaños, domarla y callarla, lo enfureció. Ninguna de sus amantes había despertado en años este anhelo visceral de marcar a una mujer. Y tenía que ser precisamente ella, quien lo consiguiera.

—Esta tarde se celebran los cumpleaños del trimestre en la cafetería —zanjó apartándose para regresar al asiento y agarrar la taza de café que ella había dejado sobre la mesilla—. Le enviaré una orden a Ambrose para que les dé el día libre a los dos camareros y así podrás demostrar tu capacidad de trabajo. Serás la encargada de colaborar en la pequeña reunión, junto al gerente de recursos humanos, a las cuatro de la tarde. Luego elabora un inventario de la cafetería, porque ya necesita actualizarse, y dáselo al chef. Finalmente, para evaluar tu desempeño, quiero que instales nuevos teléfonos multilínea para todos los gerentes —expresó mirándola con abierto desafío.

La piel de Aubrey se erizó bajo la mirada de Gabriel: intensa y volcánica, sin lascivia, pero cargada de dominio y arrogancia. Un cosquilleo eléctrico le recorrió el cuerpo hasta su zona más íntima, que se contrajo por instinto como si la hubiera tocado. Ella rogó no haberse sonrojado —sería una muestra de debilidad inadmisible por algo que solo existía en su percepción— porque no olvidaba la presencia de Knox.

El reto de Gabriel era claro, pues, para hacer la instalación de los teléfonos, necesitaría accesos especiales a los servidores de Aussie Equinox y así configurar el sistema de llamadas y correo de voz. Sin esos permisos la tarea sería casi imposible. Iba a tomarle varias horas hacer todo eso sola y acabaría muy tarde. Le sabía faltal, porque le había prometido a su hermano que lo iba a ayudar para un examen de física.

—¿Cuántos gerentes son? Voy a necesitar los accesos a los servidores.

Él esbozó una sonrisa y enarcó una ceja. Bebió el café con calma.

—Son nueve gerentes. Si dices que tienes talento, Aubrey, entonces puedes hacer varias cosas a la vez: ser asistente de cafetería e instalar los teléfonos sin ayuda.

—Entiendo, si ese es el reto, lo asumo —murmuró ella—. Solo te recuerdo que es un día de prueba, no una semana —argumentó, alisándose la falda con suavidad y lista para marcharse—. A menos que hayas considerado esa posibilidad, apreciaría que me lo dijeses, porque quizá no soy la dueña de una empresa, pero tengo una vida.

Gabriel soltó una risa. Ella se cruzó de brazos y lo miró con determinación.

—Tienes un empleo que no representa un reto y eliges, a tus veintitrés años, no tener una profesión. Es jueves por la noche, ¿en tu caso *una vida* sería ir de fiesta?

—Al menos le pondría un poco de alegría a mi existencia, el ir de fiesta como dices, en lugar de permanecer en una torre de oro juzgando a otros —replicó sin contenerse—. Entiendo que estés enfadado conmigo, pero ya es suficiente, así que…

El socio de Gabriel carraspeó, llamando la atención de los otros. Al hacerlo, la intensidad de la energía que se había creado entre el *CEO* y Aubrey bajó la potencia.

—Te voy a decir algo —intervino Knox mirando a Aubrey con una sonrisa y salvando a su mejor amigo de decir más idioteces—. Entre Gabe y yo, soy quien más disfruta de los negocios tecnológicos. La infraestructura de la empresa ha sido renovada por los mejores sistemas de seguridad. Si logras instalar los teléfonos, sin ayuda, abriré la opción de que colabores conmigo en un proyecto de IA. ¿Qué dices?

La expresión de Aubrey se iluminó y le dedicó al hombre una sonrisa genuina. No se dio cuenta de la forma en que se tensaron los dedos de Gabriel alrededor de la taza. Ella estaba súbitamente contenta ante la increíble oferta que le hacía el CFO.

—¿De verdad? —preguntó con ilusión—. Me encanta la idea, gracias.

—Sí, tienes mi palabra —replicó Knox, mientras se ajustaba la corbata y veía complacido que, por primera vez en años, Gabriel parecía luchar contra algo más que un oponente en la mesa de negocios. Es decir, lo hacía contra sí mismo. «Interesante», pensó—. Sería una oferta paralela en el caso de que Gabe decida contratarte. Si opta no hacerlo, no puedo contravenir su palabra, pues ha sido quien te trajo aquí —acotó.

Esta última parte no complació a Aubrey, aunque Knox tuviese razón.

—Sé que tengo el tiempo justo, pero procuraré hacer mi mejor esfuerzo —expresó al comprender que todo dependía del insoportable hombre de traje negro: Gabriel. Al fin y al cabo, él era el que había orquestado el proceso de contratación.

—Estupendo —replicó Knox con un asentimiento—. Me gusta tu actitud.

Gabriel se encabronó cuando ella le sonrió de nuevo a su amigo.

—El trabajo es honesto, Aubrey —zanjó, atrayendo su atención, y borrando la sonrisa de ella—, requiere compromiso y sacrificios. Aquí no existen concesiones.

—No las espero, Gabriel —replicó con seriedad—. El chef me asignó otras tareas. Les dejaré el carrito de catering y más tarde asumo que enviarán a retirarlo…

—En la compañía no disculpamos hurtos —dijo Gabriel de repente cuando ella tenía la mano sobre el pomo de la puerta, dispuesta a marcharse. Lo miró por sobre el hombro—. El personal de seguridad registrará tus bolsillos antes de salir.

Aubrey miró a Knox, avergonzada, al reconocer que la falta de sorpresa de él ante el comentario era un indicativo de que Gabriel le había contado sobre el galeón. No quería llorar. Dios, le hacía ilusión tener un empleo con un gran salario y no le importaba tener que tolerar, a la distancia eventualmente, a un imbécil como Gabriel.

—¿Sabes, Gabriel? Mirar desde tu arrogancia puede privarte de aprender que los detalles sencillos tienen más valor y que estás

perdiendo el tiempo prejuzgándome sin intentar conocerme —dijo en un susurro—. Pero no estoy aquí para obligarte a cambiar de opinión sobre mí, menos para ser tu amiga, sino para pasar una prueba.

El *CEO* dejó la taza sobre la mesilla y esta tintineó. Gabriel sonrió de medio lado. El fuego que notaba en ella resultaba refrescante, al menos por ahora, para alguien que estaba hastiado de personas que solo trataban de adularlo para congraciarse. Por eso, su círculo social era amplio, pero elegía a pocos como amigos.

—Bastante osado de tu parte intentar aleccionar a alguien doce años mayor a ti —expresó Gabriel, con sorna—. Eso es todo. Gracias por traer el tentempié.

—Supongo que la edad no da sabiduría ni sentido común —replicó ella.

Knox carraspeó de nuevo y fue la aguja que rasgó la nueva tensión en el aire.

Su personalidad era conciliadora y por ende el balance perfecto para la naturaleza más tajante de Gabriel, al menos en los negocios. Pero, al igual que su mejor amigo, él también guardaba sus propios fantasmas. Miró a la mujer, sonriendo.

—Aubrey, gracias por haber venido y espero que pases las pruebas que te ha asignado Gabe —expresó con encanto y amabilidad. Aubrey asintió—. Si necesitas algún tipo de ayuda le puedes consultar a Dhalia, mi asistente, para que te dé una guía. ¿Vale? Mi oficina está al otro extremo de esta. Buena suerte con tu jornada de trabajo.

Ella lo miró con agradecimiento. Le hubiera gustado que su tío llamase a Knox, en lugar del energúmeno y tirano que parecía a punto de estrangular al otro hombre.

—Lo aprecio —replicó, asintiendo, y luego salió de la estancia.

Gabriel tamborileó los dedos sobre el brazo del asiento de terciopelo negro. En las reuniones de trabajo, él y Knox compartían el mismo nivel de autoridad para tomar decisiones, pero este evento era diferente. El asunto de Aubrey no formaba parte de una agenda en conjunto; era personal, por tratarse de un favor especial para su mentor.

Se bebió las últimas gotas de café y miró hacia Knox.

—La mujer está fuera de límites —declaró Gabriel—. No tenías por qué meter tus narices para hacer contraofertas laborales. Ella no está aquí para socializar.

El *CFO* echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Gabe, no sé a qué te refieres con fuera de límites —replicó, relajado, pero al ver la expresión glacial de Gabriel elevó ambas manos en son de paz—. Soy una persona amistosa, pero entiendo que no puedo invitarla a salir esta noche. Vale. En todo caso, debes reconocer que mi cautivadora personalidad hace que todos prefieran hablar primero conmigo, antes que enfrentar tu cara seria —dijo ignorando la irritación de su amigo—. Por cierto, creo que asignar a Aubrey como asistente de Ambrose, cuando ella busca una oportunidad en IT, es absurdo. ¿Por qué lo haces?

«La razón detrás de su advertencia a Knox era para preservar un espacio de trabajo sin complicaciones», pensó Gabriel, tratando de creerse su argumento. En la empresa no había políticas de no confraternización, pero ambos estaban en una posición de poder y no sería idóneo mezclar placer con negocios en ámbitos laborales.

—Al plantearle que instale los teléfonos necesitará hackear el sistema, porque ninguno de IT le dará las credenciales de acceso a la red. Así lo dispuse. —Knox enarcó una ceja—. No logrará vulnerar la seguridad, tú mismo comprobaste su eficacia. Si demuestra el talento que dice tener, los de IT tendrán graves problemas.

Knox exhaló despacio. Si Aubrey encontraba una fisura en el sistema, Gabriel no dudaría en despedir a los responsables. Ninguno

de los dos podía permitirse técnicos incompetentes. La cantidad de datos sensibles que manejaban era muy alta.

—Entiendo que está aquí por Heath —dijo Knox, y Gabriel asintió —. ¿Intentas hacer que falle, para decirle a él que su ahijada no dio la talla? —Su expresión ahora iba en serio—. Aubrey parece determinada, no de las que se rinden fácilmente.

—No es eso. Pero tampoco confío en ella, así que no la quiero cerca de mis asuntos. Por eso la envié con Ambrose. Si le pidió a Heath un trabajo con mejores prestaciones, tendrá que empezar de cero. ¿Tú crees que una persona que intenta robar una vez, no lo ha hecho antes o no lo hará después? —preguntó con cinismo.

Knox tomaba estos detalles con seriedad. Frunció el ceño.

—Solo procura que esto no te explote en la cara —comentó el *CFO*.

—No es algo que me preocupe —dijo Gabriel con indiferencia.

—Bien —replicó Knox—, analicemos el asunto en Indonesia.

Gabriel asintió y se concentró en lo que de verdad le importaba.

Los negocios disparaban la adrenalina, especialmente cuando olían a éxito. Sacó el iPad y Knox lo imitó, mientras abría las proyecciones financieras. Setenta y cinco millones de dólares, para fabricar turbinas de acero destinadas a barcos pesqueros, era la cantidad que tendría que aportar Aussie Equinox si aceptaba asociarse con la empresa de Indonesia, Samudra Hiu. El contrato les aseguraría el cuarenta por ciento de las acciones. Gabriel era ambicioso, pero no impulsivo, y por eso necesitaba comprobar datos y porcentajes con Knox. Una vez que terminase esta reunión tenía varias teleconferencias y un almuerzo de trabajo fuera de la oficina.

Los números por fin cobraron sentido en la mente de Gabriel. Durante la siguiente hora logró enfocarse, o al menos eso se dijo a sí mismo, ignorando el recuerdo de cierta mujer y las ganas que sintió de besarla. Un recuerdo que pareció estar burlándose de él, agazapado como estela sutil, en un rincón de su conciencia.



Aubrey se frotó las sienes y soltó una exhalación. Se recostó contra el respaldo de la silla, en la solitaria oficina que estaba cerca de la de Knox. Todos parecían haberse marchado de la empresa, pero no era de sorprenderse considerando que eran las ocho de la noche y la jornada laboral en Australia solía terminar a las cinco. Ella había cumplido todas las tareas e inclusive otras adicionales que le planteó Ambrose. El chef le comentó que había enviado un correo recomendando su contratación, pero que tendría que esperar a que el *CEO* tomara una decisión. También le dijo que su paga del día, porque todas las prácticas eran remuneradas, tendría que pedirla a la salida. Lo anterior la había sorprendido, porque el de recursos humanos no le mencionó ese detalle. La noticia le sentó genial, pues en el hotel iban a descontarle por su ausencia.

Después de que ella hubiera atendido, con cafés, tés y unos bocadillos, una reunión imprevista en el departamento de marketing, además de cerrar y limpiar la cafetería, subió al piso de oficinas de los ejecutivos de alto rango. Knox la había autorizado a entrar en los despachos de los gerentes para que instalara los teléfonos multilíneas. Así que, en estos instantes, rodeada de silencio, estaba disfrutando el subidón de adrenalina por haber completado el último desafío: ingresar al potente servidor de Aussie Equinox. Durante dos horas había enfrentado varios obstáculos.

Los primeros intentos solo le revelaron la estructura del sistema, pero en el quinto, encontró el punto débil: durante la actualización reciente, alguien había dejado mal configurado el servicio de autenticación de los teléfonos IP. Usando una técnica de suplantación, hizo pasar la computadora por un teléfono autorizado. Después de varios intentos fallidos, que la bloqueaban por diez minutos cada vez, logró que el servidor la reconociera como dispositivo legítimo y obtuvo las credenciales de administrador de la red. Ella se había levantado haciendo un bailecito de satisfacción.

No quería demorarse mucho, pero tampoco podría marcharse sin pedir que le pagaran. El problema era que no tenía a quién recurrir, porque estaba segura de que solo quedaban los guardias de seguridad. Aparte no tenía una respuesta sobre lo que iba a ocurrir con ella en la empresa. Aubrey agarró la primera caja que contenía uno de los nueve teléfonos multilíneas. Iba a tardar aproximadamente veinte minutos para instalar cada uno. Ella contempló el reloj. Llegaría a casa, con suerte, a la medianoche.

Aubrey consideró enviar un correo a Zeik y comentarle al respecto. Sin embargo, su móvil vibró antes de que pudieran tomar acciones. Agarró el teléfono.

Desconocido: *¡Hackeaste el sistema! Impresionante.*

Aubrey miró su móvil y frunció el ceño.

Aubrey: *¿Quién es…?*

Desconocido: *Knox. Me llegó la alerta y me habló el jefe del equipo de IT.*

Aubrey: *Hola, Knox. ¿Eso significa que estoy contratada para tu proyecto?*

Ella registró el número de contacto. Esperó con inquietud el siguiente mensaje.

Knox: *Por ahora envíame los fallos para hablarlo con los responsables. No puedo contratarte si Gabriel no da la autorización. ¿Cuántos teléfonos te faltan de instalar, Aubrey?*

Aubrey: *Todos…*

Knox: *Mierda. Buena suerte. *Emoticón trébol de cuatro hojas*.*

Aubrey: *Gracias, te enviaré los datos que me pides. *Emoticón estrellita*.*

A las diez y media de la noche, Aubrey entró en la última oficina. Se sentó y procedió a realizar las pruebas necesarias. El teléfono

funcionaba a la perfección. Se incorporó de la silla y estiró la espalda. Después llamó a su hermano para decirle que estaba bien y preguntó sobre Bonnie. Él le respondió que todo iba estupendo y que su madre había empezado a tejer nuevamente. Eso alegró a Aubrey y la hizo sonreír.

—Si no vas a dormir temprano, entonces espérame para hablar —dijo ella—. Así podré revisar esos números y tratar de que los comprendas mejor. ¿Vale?

—Ya sabes que la física me parece una estupidez, pero sí, te espero, Bree.

—Te quiero y debería decírtelo más seguido —replicó—. Te veo al rato.

Aubrey guardó el teléfono y se apartó de la silla. Después salió con prisas, pero no las suficientes para ignorar que estaba encendida la luz de la oficina de Gabriel. Aubrey frunció el ceño, pues durante el tiempo que llevaba instalando los teléfonos no vio a nadie. Se acercó con cautela, porque quizá era algún intruso y tendría que llamar a seguridad. No podía revelar su presencia. Por suerte era bastante sigilosa.

Sin embargo, lo que escuchó a continuación la dejó de piedra.

Una risa femenina. El apelativo *Gabe* susurrado con sensualidad.

Aubrey justificó el hacerse notar, porque quería saber si iban a contratarla y también aprovechar, ya que la oportunidad estaba presentándose, para pedir su pago. Sin embargo, la irritación que se apropió de ella, al deducir lo que estaba ocurriendo en esa oficina, no le sentó nada bien. «Debería darle igual lo que ese idiota hiciera».

—Buenas noches —llamó a la puerta con los nudillos, a pesar de que estaba abierta—, lamento interrumpir. Gabriel, ya que te encuentro a estas horas, me gustaría aprovechar en preguntarte si vas a contratarme y quién me pagará mi trabajo del día.

Él no estaba usando chaqueta, así que se podían notar los músculos bajo la elegante tela de color negro. La mujer, una rubia

que llevaba un vestido al que le hacía falta más tela, estaba sentada cómodamente sobre el escritorio tratando de llamar la atención de Gabriel. Aubrey nunca admitiría, ante sí misma, que sintió satisfacción al ver que él, absorto en la pantalla del ordenador, ignoraba completamente a la mujer.

—¿Qué haces aquí a esta hora? —preguntó él, mirando a Aubrey.

—Hola, me llamo Vicky —intervino su acompañante y se acercó a Aubrey como si se conocieran. Le dedicó una sonrisa dulce y extendió la mano—. No sabía que Gabe hacía trabajar hasta tarde a sus empleados —sonrió—. Pero supongo que exige lo mismo que él predica: esfuerzo al máximo. Al menos es lo que he entendido, después de la cena que acabamos de tener en casa de sus padres. Una familia hermosa.

Aubrey no entendía cómo una mujer podía dar tanta información no solicitada. Además, si había visitado a los St. James era lógico que se trataba de la novia de él. Ella pensó que Gabriel era un imbécil al tratar a su pareja como un adorno y traerla a la oficina sin prestarle atención. Los adictos al trabajo parecían no tener prioridades.

—Qué tal —dijo Aubrey estrechándole la mano—, no trabajo aún para la empresa. Tu novio tiene algunas cualidades y ser tiránico de seguro es una de ellas.

La tal Vicky se rio. No era una risa bonita, sino chillona.

—¿Mi novio? Apenas nos conocimos esta noche —expresó la mujer.

—Entiendo, hay que disfrutar el jueves, ¿no? —dijo Aubrey.

Vicky hizo un asentimiento y se acomodó el vestido negro tipo cóctel.

—Te hice una pregunta: ¿qué estás haciendo a estas horas? —interrumpió Gabriel incorporándose de la silla y agarrando la chaqueta—. Knox me dijo, pero ya hace tres horas, que lograste entrar en el sistema. Debo decir que estoy impresionado.

La razón de que Gabriel hubiera regresado a la oficina era porque había dejado pendiente un documento, antes de ir a cenar a casa de sus padres, y necesitaba comprobar unos cambios. Después de un largo día, no quería revisar trabajo en casa, sino descansar. Que Vicky lo acompañara era mera conveniencia: la empresa quedaba de camino a su mansión. Gabriel no sentía el menor interés por ella. En cuanto saliera del edificio, su chofer la dejaría en casa y él podría, al fin, liberarse de compromisos.

—Terminé de instalar los teléfonos —replicó, satisfecha—. ¿Tengo el trabajo?

Gabriel rodeó el escritorio y le dijo a Vicky que lo esperara en la planta baja para ir a casa. Ella, probablemente, creyó que había una promesa sensual en esa petición, así que tan solo le hizo un guiño, se despidió de Aubrey y salió de la oficina.

Una vez a solas, él se acercó a Aubrey.

—Sí —dijo mirándola—. Seguirás siendo asistente de cafetería.

La mujer le dedicó una sonrisa e hizo un asentimiento. Sus palabras no podían describir el alivio inmenso que experimentaba. Podría empezar a cumplir sus sueños.

O eso pensaba, hasta que hizo referencia a la oferta que le hizo el *CFO*.

—Knox…

—Trabajarás en ese proyecto cuando yo lo decida —dijo Gabriel, complacido de que la sonrisa de Aubrey para él había sido genuina. Pero su comentario la borró —. Si mantienes un cumplimiento consistente, sin errores, en tu cargo en la cafetería, entonces te daré la apertura de formar parte del desarrollo del nuevo *software*. Si no llenas los estándares de eficiencia, te despediré. Son las condiciones. ¿Aceptas o no?

—Cumplí las directrices que me diste. La promesa la hizo Knox, no tú —expresó ante la idea de que, en un momento de arrogancia y sin importar nada, él la despidiese—. No me estás brindando un garantía del tiempo que te tomará decidir.

Él le sujetó el mentón entre los dedos. El toque los quemó a ambos.

—Esa no es una respuesta a mi pregunta —dijo mirándola fijamente.

—Gabriel… —murmuró con los sentidos en alerta—. Juega limpio.

—Siempre lo hago y tú debes demostrar que mereces más oportunidades que la que acabo de darte. Estarás en un ambiente laboral competitivo y con un horario manejable. Beneficios de horas extras. ¿No es lo que le pediste a Heath? Ya lo tienes.

Ella tembló de rabia. Apretó los labios, frustrada, y le apartó la mano.

—No tienes idea de la vida que tengo, Gabriel. Ni siquiera podrías comprender el porqué recurrí a mi padrino para buscar una mejor oportunidad laboral —expresó con un nudo en la garganta. No bajó la mirada—. Es evidente que has trazado un plan, en la euforia propia de tu arrogancia, creyéndote mejor que yo. No lo eres.

—Las garantías de mantener el empleo dependen de ti, tal como te lo acabé de mencionar, Aubrey —dijo él—. El pago de tu día de prueba lo recibirás mañana.

Ella estaba a merced de lo que Gabriel decidiera como CEO. Ambos lo sabían.

—Acepto el empleo —expresó finalmente—. Disfruta la noche con tu amante.

No le dio opción a responder. No tenía ganas de seguirlo escuchando. «¿Quería follar con la mujer con risa de hiena? Pues que le aprovechara la noche», pensó cabreada, mientras se dirigía a la estación de buses. Menos mal quedaba muy cerca.

Tan solo cuando volvió a casa, después de contarles a Craig y Bonie que había encontrado un nuevo empleo, dejó que toda la presión del día se diluyera bajo el grifo de la ducha. Sabía que los errores, pequeños o grandes, siempre tenían un precio. En su caso, el anhelo de tener un empleo con mejores beneficios era una

realidad, pero el costo implicaba estar bajo los dictámenes de Gabriel. «Había batallas más complicadas que había logrado librar», pensó. No iba a dejar que él ganara la partida.

CAPÍTULO 4

Años atrás.

Gabriel.

Whitsundays era el lugar perfecto para navegar mar adentro en yate y disfrutar de sus aguas cristalinas. La playa, a dos horas y medias en avión desde Sídney, era única por su arena blanca y su proximidad a la Gran Barrera de Coral. Gabriel y sus amigos decidieron viajar allí para disfrutar unos días de verano. Después de graduarse de la universidad, seis años atrás, se veían menos porque cada uno estaba procurando tener éxito con sus propios proyectos. En el caso de Gabriel y Knox, abrir una compañía.

El viaje se planteó desde un inicio como una escapada solo de hombres, es decir, un fin de semana de juerga. Whitsundays era un destino perfecto para un grupo de solteros jóvenes con el mundo a sus pies. El único que rompió la regla fue Calder al ir con una de sus hermanas, Claudia. Ella se llevaba bien con todos, aparte tenía tres años menos que el resto, así que encajaba con las dinámicas en general. Nadie protestó cuando la vieron llegar al hangar privado del aeropuerto y lista para viajar.

Gabriel habría preferido que ella no estuviera alrededor en ese viaje, pero se guardó esa opinión. Sabía que Claudia tenía un *crush* con él, desde que podía recordarlo. Nunca alentó sus avances y optaba por fingir que no se daba por enterado.

La confianza entre todo el grupo era tan profunda como también podía ser frágil y él no quería que se resquebrajara. Lo anterior podría ocurrir si Gabriel cometía el desliz de estar con la hermana de uno de sus mejores amigos. En su círculo social tenía muchas candidatas para elegir, Claudia no era una de ellas. Si bien era bonita, en cierto modo también sexy, él no estaba interesado. La

veía más bien como una compañía cercana de trato fácil y que no creaba problemas. Cuando coincidían en algún sitio, reunión o como en este caso un viaje, le gustaba conversar con ella, porque tenía una vibra bohemia. Esta percepción quizá tenía que ver con que estaba estudiando música, pues quería ser concertista de violín; su forma de interpretar la vida era más ligera y espontánea. Ella decía lo que sentía y, aunque se vestía a la moda, su estilo resultaba bastante único: mezclaba colores estridentes con accesorios sutiles.

Gabriel consideraba que las mujeres que poseían inclinación artística eran más proclives a no tener prejuicios y a ser más libres para experimentar. En el plano sexual parecían poseer menos reparos en aventurarse a cosas nuevas y él, con las hormonas desatadas a sus veinticuatro años, buscaba ampliar sus vivencias de todo tipo. En el caso de Claudia, si él daba un paso fuera de la amistad y no funcionaban juntos, el efecto colateral sería una relación incómoda con Calder. Además, tampoco podrían evitarse, porque las conexiones entre todos estaban ligadas a los mismos ambientes.

Sin embargo, Gabriel no estaba ciego y su cuerpo no concordaba siempre con lo que le gritaba su mente. Esa era la razón de que no hubiera podido evitar fijarse, en esos momentos, en la figura esbelta de Claudia. Estaba en la tumbona usando un minúsculo bikini rojo, recostada con placidez, interrumpiendo su línea de visión hacia el amplio mar. Por un momento, Gabriel la contempló. Sí, la había visto muchísimas veces en bañador, pero en esta ocasión parecía estar posando exclusivamente para él.

Lo anterior sería bastante probable. Existía sutileza y elegancia en la pose. La última vez que él folló fue una semana atrás, pero su cuerpo estaba muy despierto ante el despligue de sensualidad de la hermana de Calder. No era fácil ignorar que las curvas pequeñas lucían provocativas bajo la tela fina del bikini. Gabriel solía preferir a las mujeres curvilíneas. Claudia siempre había sido más esbelta, como una modelo.

Él disfrutaba plenamente su sexualidad, por supuesto, y le gustaba descubrir las formas, paladear el sabor y recorrer la textura de las mujeres que le atraían. Le gustaba el reto y la adrenalina de la conquista, pero no del corazón. No tenía parejas estables, porque consideraba que la vida le ofrecía amplias posibilidades para disfrutar; atarse a una sola persona, siendo tan joven, resultaba un despropósito. Él gozaba provocando orgasmos y al escuchar a sus amantes derretirse de gusto bajo su cuerpo.

Pero en este momento, su atención estaba en la mujer de bikini rojo.

Ambos estaban solos en las inmediaciones de la gran propiedad, porque el resto de sus amigos había ido a desayunar al centro. Gabriel había optado por quedarse y hacer algo sencillo de comer, ir a surfear y luego volver para disfrutar de la piscina a solas. No imaginó que Claudia hubiera elegido quedarse también, así que estaba llevándose un espectáculo visual rodeado de un paraíso terrenal. Una tentación.

Todos estaban hospedándose en la mansión de los Wentworth, porque Knox la dejó a disposición para mantener la privacidad que no ofrecía un hotel. La casa estaba al pie del mar y tenía dos amplios pisos, piscina, jacuzzi y sauna. En el interior contaba con gimnasio completo, sala de cine y grandes ventanales de lado y lado, desde los que se podía ver la increíble zona en la que vivían ricos y famosos. El sol brillaba en el horizonte, pero se pronosticaba que en la tarde probablemente llovería.

—Gabe —llamó la voz suave Claudia, al verlo en el umbral de las puertas de vidrio que daban a la piscina—, ¿me ayudas aplicando protector solar? —preguntó.

Él no se movió de su sitio. Ella se sentó para mirarlo mejor.

—Llevas un rato ahí, supongo —replicó Gabriel, en bañador y sin camisa. Ella le dedicó una sonrisa coqueta—. Anoche dijiste que irías de compras hoy temprano.

Claudia se encogió de hombros y le hizo un gesto para que se acercara.

—Lo consideré en un inicio, pero pensé que estaría mejor acompañada por ti —sonrió—. No quiero escuchar de las conquistas de mi hermano o las últimas juergas de Knox, Jesse, Oleg o Chase. —Gabriel apretó la mandíbula—. ¿Me ayudas? —insistió, extendiéndole el protector solar. Luego, sin decir más, le dio la espalda y se soltó la parte superior del bikini. Sonrió para sí, contemplando el océano—. Por fa.

La soledad en la que se hallaban, rodeados de la brisa del océano, el viento de verano, el sol y su libido entusiasmada —ante la mínima posibilidad de satisfacerse— no era una buena mezcla si él quería mantenerse indiferente. No porque se tratase de Claudia, sino que, cualquier mujer en un escenario solitario como este, habría generado la misma tentación. Sus pies empezaron a moverse, hasta la tumbona de su amiga. Abrió el maldito frasco y empezó a aplicar líquido en la piel tersa de la espalda.

Hizo movimiento rápidos y no expandió sus manos más de lo necesario.

—Bien, suficiente —replicó él con voz tensa, porque desde su altura podía ver las curvas de los pechos—. Que disfrutes el sol, Claudia. Voy a meterme a la piscina.

—Ayer me quedé practicando con el violín varias horas y siento el cuello un poco dolorido. ¿Podrías masajearlo ligeramente? —preguntó en un tono sensual. Esta era la primera vez que ella se arriesgaba a hacer algo como esto. Por lo general, la forma de flirtear con Gabriel era discreta, pero esta vez se sentía envalentonada.

—No —zanjó él y le dio la espalda con la intención de zambullirse en el agua.

—Gabe —llamó al instante, deteniéndolo.

Él se giró para replicar, pero las palabras se le atoraron en la garganta. Ella estaba de pie, con los senos expuestos, pezones

erectos y una expresión de deseo. El cabello rubio se agitaba bajo el viento leve y los ojos celestes brillaban con picardía.

—Carajo, ¿qué demonios haces al mostrarte de este modo, mujer? —preguntó apretando los puños a los costados—. Claudia, cúbrete o vuelve a la tumbona.

El miembro de Gabriel estaba duro, por supuesto que lo estaba, así que hizo un intento de apartarse. Falló estrepitosamente. Solo podía mirar a la chica que estaba ante él haciéndole una oferta que cada vez era más difícil de rechazar. Se pasó los dedos entre los cabellos. Lo que ocurrió a continuación fue aún más complicado.

Claudia llevó los dedos a las tiras que sostenían la parte inferior del bikini.

—No vendrá nadie, hasta dentro de un rato —dijo ella tragando saliva.

No era fácil lo que estaba haciendo, pero le encantaba Gabriel. Le dolía cuando sabía que estaba saliendo con alguien o veía que les prestaba atención a esas mujeres, pero no a ella. Quería sentir que la deseaba y, a juzgar por el bulto marcado en la prenda de baño, finalmente lo había logrado. No quería que siguiera ignorándola, al menos bajo el ángulo que ella siempre anhelaba: interés sensual y también romántico.

—Mi mejor amigo es más importante que arruinarlo todo por un instante, Claudia —replicó Gabriel, sin moverse, mientras ella avanzaba con pequeños pasos.

—Sé que me deseas como yo a ti —murmuró, hasta que quedaron a pocos centímetros del otro—, ¿por qué sigues fingiendo que no es así? —preguntó Claudia.

—Te acabo de explicar la razón —dijo y permitió que ella le tomara la mano y la posara sobre uno de los pechos. Instintivamente sus dedos se cerraron alrededor del suave y pequeño montículo—. ¿Es esto lo que quieres, Claudia? ¿Solo sexo? —preguntó perdiendo la batalla. Luego le tomó los senos con ambas manos. Ella echó la cabeza hacia atrás y gimió cuando él le pellizcó

los pezones—. Porque no busco nada serio, lo sabes, pero tú mereces más que un magreo o un instante para follar.

—Me gustaría que exploremos las posibilidades… —susurró con un jadeo cuando las manos de Gabriel se deslizaron hasta su vértice. Sintió cuando los dedos juguetearon con sus rizos rubios a punto de tocarla íntimamente—. Oh, Gabe…

En ese instante el ruido de las puertas cerrándose con fuerza los sacaron del instante en el que se hallaban. Ella abrió de par en par los ojos. Gabriel pareció despertar de la niebla que lo había atrapado entre el deseo y el código masculino de no meterse ni con las hermanas, novias, ni ex amantes de sus amigos. Meneó la cabeza.

Apartó las manos de ella, al instante.

—Esto ha sido un error, carajo —farfulló y al notar la expresión de tristeza en Claudia, por la elección de sus palabras, maldijo—. ¿Te das cuenta? Esto no puede volver a suceder. Están a punto de venir al patio. No pueden verte desnuda, Claudia.

—Te quiero, Gabe —murmuró—, y no me avergüenzo de nada.

Él apretó los labios. No podía ser recíproco, menos hacer promesas.

—Dios, mujer, vístete —dijo agarrando, él mismo y a toda velocidad, las piezas del bikini y empezó a ponérselas. Ella lo ayudó con más agilidad. Luego Gabriel la sujetó de los hombros con firmeza para que lo mirase—. Olvida esto, ¿de acuerdo?

La muchacha no pudo responder cuando las risas y voces del grupo de amigos, se escucharon más cerca. Los avances con Gabriel fueron significativos. Después de años de espera, por fin había logrado una reacción. Aunque ella provocó la situación, él podría haberla rechazado si fuera inmune a su atracción. No lo hizo. A Claudia le gustó sentir las manos de él en su cuerpo, pero le supo a poco. Quería más de Gabriel.

Pero al ver la expresión masculina atormentada, en lugar de ser una de complacencia, se sintió desanimada. Gabriel era como un felino salvaje: hermoso de admirar, pero regido por sus propias leyes

y difícil de atrapar. Ella quería llegar a él, aunque se temía que esta situación podría crear un retroceso entre ambos. Se afligió.

—¡Heeeey! —exclamó Calder, arrastrando las palabras, seguido de sus cuatro amigos, llegando al patio—. Decidimos agregar al desayuno un par de cócteles y esto —elevó la cerveza que tenía en la mano— así que tenemos reservas para la tarde.

Gabriel le dio la cara a sus amigos. Todos venían alegres y listos para la playa. Se sintió culpable por lo que estuvo a punto de ocurrir si ellos no hubiesen regresado en ese momento. A su lado, Claudia parecía muy compuesta y sonriente como era habitual en ella. Pronto la incomodidad de lo sucedido se perdió entre conversaciones, bromas, además de que sus amigos llegaron acompañados por cinco chicas. Estas eran guapas y graciosas, pero también estaban en la misma sintonía de ellos: pasarla bien.

Además, según contaron, una amiga se iba a casar en tres semanas y estaban en Whitsundays por la despedida de soltería. La noche anterior fueron de copas y la futura novia se tomó más cócteles de los necesarios, así que esa mañana había optado por quedarse en el hotel, así les dio a sus amigas vía libre para pasear a gusto. Claro, los amigos de Gabriel aprovecharon la ocasión para crear una propuesta de diversión e invitarlas a la casa de Knox. Durante las siguientes horas estuvieron jugando volley en la playa, algunas chicas tomaron el sol; otros, surfearon. Gabriel contempló el horizonte, ligeramente nublado, y a sus amigos medio borrachos bailando en la arena.

Una gran carpa blanca, con tumbonas y una mesilla con refrigerios, estaba instalada. Aunque era una playa pública, la zona en la que se hallaban era bastante alejada del resto, así que podían disfrutar más a gusto como si todo eso les perteneciera. Gabriel se dedicó a conversar y flirtear con Marley, una de las chicas que sus amigos habían invitado. Ella trabajaba de abogada en un estudio reconocido.

—¡Tiempo de ir en yate y hacer esnórquel! —exclamó Gabriel. Luego bajó la voz y se giró a la pelinegra de bikini azul a su lado—:

¿Quieres venir conmigo Marley? —preguntó. Quería follar con ella. Lo de Claudia había sido un ridículo error que no volvería a cometer —. Mis amigos son buenos tripulantes, y yo un gran anfitrión.

La chica esbozó una sonrisa y se incorporó de la arena, dejándole ver a Gabriel un trasero bien definido. Él miró a Knox y le hizo una señal para ir al yate. Este no era tan grande, así que solo albergaría a un máximo de seis pasajeros por salida.

—Gabe —dijo Claudia acercándose. No le gustaba ver que él flirteara con otra mujer, la enfadaba—. No quiero que las cosas estén distintas entre los dos. Hablemos.

Él se apartó de Marley con una sonrisa, agarró a Claudia del brazo.

La soltó con suavidad cuando llegaron a una parte en la que no lo escucharían.

—Prefiero tener tu amistad y es eso lo que siempre habrá contigo. No vamos a confundir las circunstancias por un lapsus de juicio, ¿okey? —dijo Gabriel con paciencia. Su intención no era lastimarla—. Tú, quieres una relación a largo plazo y yo simplemente quiero disfrutar, experimentar y conocer personas. No quiero atarme.

Claudia apretó los labios. No había bebido, porque su hermano estaba más borracho que una cuba, así que ella era quien solía cuidar de él cuando andaban juntos en fiestas, desde que cumplió la mayoría de edad, para que no le pasara nada. Esta vez, sin embargo, como estaban rodeados de tantos amigos ella estaba más relajada.

—Me tocaste, hace un rato, con deseo de verdad. ¿Por qué sigues en negación, Gabe? —preguntó en tono dolido—. Creía que siempre serías sincero conmigo.

Él se pasó los dedos entre los cabellos. No le gustaba rechazar a alguien que le importaba de verdad. Habían vivido muchas anécdotas juntos desde que él y Calder se hicieron amigos siendo unos críos. Le gustaba la franqueza de Claudia y su sentido del

humor, sí, pero también era posesiva con él y eso lo echaba un poco para atrás.

—Por eso te pido que dejes lo que pasó en el olvido —replicó con determinación—. Seremos amigos siempre y eso es importante para mí. ¿De acuerdo?

Ella bajó la mirada y dejó caer los hombros. Comprendía, pero la afligía igual.

—Quizá puedas considerar no ser tan tajante… Pensarlo mejor —susurró.

Él soltó una exhalación. Estaba cansado del tema y prefería cambiarlo.

—Claudia, estás siendo injusta al dejarme una posición de debate entre mi lealtad como amigo y las posibilidades de un romance contigo. Prefiero que la pasemos bien, como en tantas ocasiones que hemos estado en grupo, con los demás. Nada va a cambiar entre los dos. Seguiré yendo a tus recitales de violín cuando pueda, nos veremos en fiestas o eventos, pero no me presiones para algo que no estoy listo.

Sus caminos estaban trazados de diferentes maneras. Ella quería ser violinista; él, abrir una empresa de inversiones junto a Knox con suficiente fuerza para lograr buen posicionamiento. Podría quizá existir atracción o compatibilidad entre ambos, pero Gabriel priorizaba su amistad con Calder. Así que era mejor mantener distancia.

—Bien… —farfulló ella. Con el rabillo del ojo vio a su hermano acercándose, junto a Knox, Oleg, Chase y dos chicas más—. Si es lo que prefieres —dijo dolida.

—Va más allá de una preferencia, Claudia —replicó con amabilidad.

El sol estaba todavía en el horizonte cuando Gabriel decidió pedirle al capitán que pusiera en marcha el yate. La idea era nadar mar adentro, hacer esnórquel y disfrutar del ocaso; al regreso, salir al centro a cenar y luego ir de fiesta. Pero él también mantenía otra intención: seducir a Marley. Le gustaba impresionar con sus habilidades, no con el dinero. Él había obtenido su licencia de buceo años atrás y, aunque aquella tarde no se sumergirían a tanta profundidad en la Gran Barrera de Coral, quería ser quien guiara a su conquista del día en la exploración. Le parecía una aproximación interesante y la chica había manifestado que esta era su primera vez en Whitsundays.

Gabriel no solo estaba en este viaje para reencontrarse con sus amigos o pasarla bien, sino porque su madre le había entregado la carta que dejaron sus padres biológicos cuando lo abandonaron a las puertas de una institución de adopción: un orfanato. Roseanne era muy meticulosa y siempre dosificó la forma, así como la cantidad de información, en que le hizo saber que no llevaba el ADN de los St. James. Pero Gabriel jamás le pidió la carta que ella le comentó que habían dejado sus progenitores, hasta que, noches atrás y en un estado de súbita inconformidad existencial, habló con su madre adoptiva para pedirle ese documento. Roseanne le había dado un abrazo, diciéndole que todo estaba bien, y después le entregó la carta.

Pero nada estuvo igual, después de leerla. Pasó varios días bebiendo de más y Knox, que ignoraba esta parte sobre los St. James porque era un secreto muy íntimo de familia, lo mandó al carajo cuando llegó tarde a una reunión con los abogados de derecho societario, los de derecho mercantil y los del área tributaria. Los dos amigos aún trabajaban en los procesos para fijar los estatutos de la compañía que estaban a punto de lanzar al mercado, Aussie Equinox, y necesitaban tener los asuntos legales en orden. Estaban en los primeros pasos. El plan era funcionar al cien por ciento dentro de un lapso de dos meses. Entre más eficientes fuesen con el tiempo, por ende atendiendo reuniones legales y financieras, más rápido empezarían las operaciones.

Fue Knox quien sugirió, aún sin saber lo que pasaba con Gabriel, que se largaran unos días a Whitsundays e invitar a todo el grupo a su casa de verano. Fue así como terminaron los seis amigos, y Claudia, en ese paraíso. Esto no implicaba que el contenido de la carta fuese a borrarse de la mente de Gabriel en un futuro cercano. No solo porque estuvo claro que a sus progenitores les importó más cumplir sus sueños que ocuparse de un hijo, sino que les dio igual su suerte. Pudieron habérselo robado de la jodida entrada del orfanato y ser víctima de tráfico de órganos o mentes pervertidas de la peor calaña. Saber que no significó suficiente para quienes lo concibieron, además ser considerado como un inconveniente descartable, lo enfadó.

No hicieron efecto las palabras de amor de Roseanne ni la reafirmación de Stephen de que era amado y que estaban felices de tenerlo, sin importar su origen ni circunstancias. Para Gabriel, la realidad de esa carta era innegable y su efecto devastador, tanto así que habría preferido no leerla. Pero una vez que se tenía conocimiento de un tema, no podía borrarse. Gabriel determinó que no sería como los hijos de puta de sus progenitores. Por eso decidió que siempre cumpliría sus promesas, y que se daría a la tarea de seguir demostrando que sí era merecedor, no solo de las oportunidades que tenía en la vida, sino de todo cuanto deseara poseer.

Antes de viajar con sus amigos, él le había dado un silencioso abrazo a Roseanne y a Stephen. Ninguno necesitó saber que era un agradecimiento y también una disculpa por su enojo, después de haber leído la misiva con la que fue entregado en el orfanato. Gabriel sabía que todos los St. James lo consideraban uno más del clan, que jamás pensaban en que no llevaba su sangre, pero eso no anulaba la realidad.

Pequeño:

Tu papá y yo somos muy jóvenes; no estamos listos para responsabilizarnos de ti ni formar una familia. Nos quedan muchos

planes por cumplir y no contamos con espacio, ni dinero, para cuidar de un bebé. Cuando te encuentren en la puerta de este orfanato: Caring Hearts, hallarán un mejor hogar para ti. Te dejamos un crucifijo para que guíe tu camino en la vida que empiezas.

Hasta siempre, bebé.

H y D.

—Gabeee —dijo Calder, acercándose y rodeándole el hombro con el brazo. En la otra mano sostenía una cerveza fría a medio terminar —. Quiero ir a nadar cerca de los corales y tener el absoluto silencio que solo se consigue en alta mar. Después de la semana de mierda en la empresa familiar, con el departamento de marketing, necesito continuar esta racha de diversión, pero también un poco de silencio, eh. Así que esta gran idea tuya de usar el yate para darte una zambullida me viene geeenial.

Gabriel lo miró enarcando una ceja.

—Calder, siempre tienes la tendencia a marearte en los yates —dijo meneando la cabeza—. No quiero lidiar con vómitos u otras de tus mierdas. El capitán recibe dinero para navegar, mas no para tolerar imbéciles que, además, están medio ebrios. Será mejor que regreses a la orilla con el grupo. Me iré solo con Oleg, Marley y Knox.

Calder soltó una carcajada e hizo una negación.

—Ah, la morena es follable —le hizo un guiño. Gabriel le dio un puñetazo suave en el hombro para que bajara la voz—. No voy a interrumpir si decides entretenerte con ella en el mar. Solo sé discreto, ¿vale? El porno en vivo no es lo mío.

—No seas imbécil —replicó Gabriel poniendo los ojos en blanco.

Calder se rio de nuevo. Siempre estaba de buen humor, ebrio o no.

—Por cierto —dijo bajando la voz—, no sé si lo sepas, pero Clau está enamorada de ti desde siempre. —Gabriel se frotó las cienes,

porque Calder solía hablar indiscretamente, aún si era su propia familia; más cuando llevaba unas copas encima, como ahora—. No me hace gracia el asunto. Pero si dejas de andar con otras mujeres y consideras prestar atención a las señales con Clau, no voy a oponerme.

—Demonios, Calder, siempre sales con alguna mierda. No me interesa…

—Si alguna vez sacas tu cabeza del culo y piensas estar con ella, no me voy a oponer —interrumpió el chico de ojos marrones—. Pero igual te daré un puñetazo para romperte la jeta como parte del protocolo de hermano mayor protector —sonrió.

Gabriel le quitó la botella de cerveza y vertió el contenido en la arena.

—Tu hermana no me interesa, Calder. Si lo hiciera, no necesito tu jodido beneplácito —replicó—. Ahora cierra la boca. No vas a ir de paseo en el yate. Punto.

—No seas aguafiestas, Gabe —dijo el hombre de cabellos rizados —. Me quedaré sentado, no haré escándalos —hizo el gesto se cerrar los labios con un *zip*— y solo exigiré que no me restrinjas las bebidas ni la música. ¿Qué tal eso? —preguntó.

Gabriel sabía que su amigo era insistente y terco. Pero no quería demorarse discutiendo, porque el capitán de la embarcación podría decir que ya era tarde para salir a altamar y eso arruinaría sus planes. Si esto ocurría, Gabriel perdería la oportunidad de impresionar a Marley. La decisión entre lo que quería y lo que era correcto no le pareció difícil. Su libido estaba al mando. Esta vez pretendía satisfacerla.

Soltó una exhalación y evitó que Calder volviera a interrumpir.

—Cuando bebes te vuelves estúpido y la única persona que te hace entrar en razón es tu hermana. Si ella acepta cuidarte en el yate, entonces puedes venir —expresó, aunque no le hacía gracia la idea de que Claudia fuese a ese paseo. No quería que se sintiera resentida si lo veía besar o tocar de alguna manera personal a

Marley. Pero también era la única opción para que todos disfrutaran con tranquilidad. Al fin y al cabo, Gabriel fue quien propuso hacer esta actividad—. ¿Qué tal eso? —preguntó.

—Trato hecho —replicó Calder, sonriente. Del grupo era el más desenfadado y relajado, más que Knox y Chase inclusive, pero también el que los había presentado en la escuela. Desde entonces los seis eran inseparable—. ¿Ves, no fue complicado?

Gabriel puso los ojos en blanco. Después fue hasta donde se encontraba Marley, hablando algo con las amigas, y le comentó que estaban listos para partir. La chica le dedicó una sonrisa coqueta y empezó a caminar sobre la arena hacia la orilla.

A esas horas también había otras embarcaciones y catamaranes, pero estos navegaban bastante lejos de donde los jóvenes se encontraban. Una vez que estuvieron listos para partir, la azafata del yate y el chef a bordo subieron bebidas y alimentos. Todos los protocolos de seguridad estaban ajustados. Al cabo de treinta minutos, el capitán puso el motor en marcha. Knox, Jesse, Marley, Gabriel, Claudia y Calder estaban en esta aventura, el resto de amigos —y sus acompañantes del día— habían regresado a la casa para ir a la piscina y divertirse a sus anchas de otro modo.

En el yate, la música se perdía con el sonido del viento y el rugir del golpe de la embarcación sobre el agua. Claudia fingía ignorar cómo Gabriel le prestaba atención a Marley, así como también procuraba aquietar los celos, la rabia y la frustración. Al final había sido ella quien se arriesgó a decirle lo que sentía y actuó en consecuencia de esos deseos. Él no estaba dándole razones para detestarlo, sino que, al contrario, se había comportado tal como dijo que haría: como siempre, como un amigo. Gabriel inclusive se acercó un instante para preguntarle si estaba bien, pues ella solía tener pánico a las profundidades; le respondió que todo iba estupendo. Una gran mentira, al menos desde el punto de vista de sus emociones, pero no había nada por hacer.

Durante el trayecto hacia el punto de anclaje, Claudia pretendió que todo seguía igual y que sus ilusiones no habían sido rotas. Optó

por no enfurruñarse y decidió conversar con sus otros amigos. Calder estaba haciendo el tonto, bailando al ritmo de *Black Eyed Peas*, y con una copa de vino. Knox y Jesse se enfrascaron en una discusión banal sobre los mejores destinos para visitar, beber e ir de fiesta. Querían planear un próximo viaje y le dijeron a Claudia bromeando que, si se ofrecía a cuidar a Calder, también podrían llevarla con ellos. Las opciones fueron Bali, Japón y Dubái.

Los minutos pasaron entre anécdotas y risas.

Estaban a una hora de distancia de la orilla. Todo alrededor era cautivador.

Al cabo de un rato, el capitán les anunció que tenían luz verde para disfrutar del agua, pero se pronosticaba un poco de turbulencia por el cambio de los vientos y que solo permanecerían dos horas anclados. Conscientes del tiempo, los pasajeros empezaron a alistarse. Unos agarraron el equipo para hacer esnórquel, mientras otros optaron por solo nadar. Claudia se acomodó el bikini y bajó con cautela la escalera.

Gabriel pasó la siguiente hora acariciando discretamente a Marley bajo el agua, ajeno a sus amigos y bastante alejados, a la par que exploraba la vida marina. Esa noche no iba a dormir en la casa de los Wentworth. Su plan era separar una habitación en el hotel en el que estaba hospedándose la chica y así tener la libertad que quería. Esto no iba a conseguirlo quedándose bajo el mismo techo que sus amigos y Claudia.

—Señores —dijo el capitán por altavoz—, vamos a girar el yate para entrar en una zona más profunda. Tardaremos diez minutos. Suban, por favor, con precaución.

Todos obedecieron la orden y regresaron a la zona de la popa de la embarcación, en la que estaban los asientos y la plataforma de baño para bajar al agua.

—Chicos, les voy a demostrar la habilidades de un ex nadador del equipo de la Universidad de Sídney —dijo Calder con una sonrisa. No había dejado de beber, pero, como en el agua estuvo rodeado de

sus amigos y Claudia, todo estuvo bien. Se había dedicado a tomar el sol, zambullirse un rato y luego permanecer en una boya.

—Apártate de la plataforma, no seas idiota, Calder —expresó Jesse poniendo los ojos en blanco. Después se puso de pie y caminó hacia el interior del yate.

—Calder… —advirtió Claudia, mientras Marley murmuraba que iba al baño.

—¿Qué? —preguntó riéndose—. Fui campeón nacional de salto de trampolín.

—El campeón no termina en segundo puesto y sin medalla, siéntate —dijo Knox meneando la cabeza y bebió de la lata de Coca-Cola—. Haces el ridículo. Cuando volvamos a anclar el yate, entonces podrás lanzarte de culo si te hace feliz.

Gabriel soltó una carcajada por el comentario. Dejó a un costado su cerveza.

—A la una… —dijo Calder apoyando la mano en la baranda de metal.

Pero eso fue todo lo que alcanzó a decir, porque en el momento en el que iba a contar "dos", el motor del yate se encendió, generando un inevitable movimiento contundente en la embarcación y desestabilizándola. El chico cayó al agua de inmediato ante el grito y estupor de todos. Claudia soltó un alarido desgarrador cuando vio la estela de sangre en el agua que segundos atrás había estado cristalina.

—¡Calder! ¡Calder! —gritó Gabriel acercándose al borde del escalón de la popa del yate, bajo el cual estaba el motor. La azafata de la nave, al ver el desastre, corrió a avisar al capitán que se detuviera. Aunque se gestionara rápido la petición, las hélices del motor tardarían largos segundos en perder la fuerza y el yate seguiría andando.

—Joder —expresó Knox meciéndose los cabellos ante el desastre.

Claudia, al ver el cuerpo de su hermano sin un brazo, se lanzó al agua. No le importó que la sangre que se esparcía podría atraer irremediablemente a los tiburones. Ante la desesperación de buscar el impulso para ir más rápido hacia su hermano, ella metió la mano a ciegas, creyendo que era el borde del escalón de la plataforma, en la hélice. Gritó de dolor, porque sus dedos fueron lastimados severamente. La adrenalina que sentía, ante la urgencia de intentar llegar rápido, evitó que reconociera la magnitud de lo que estaba ocurriéndole a su propio cuerpo. Se hundió levemente al seguir pataleando, se tragó un gemido ante el escozor del agua salada en las heridas abiertas de sus manos, pero no dejó de nadar. No reparó tampoco en que el yate se había detenido varios metros adelante, por completo, ni tampoco reparó en el bote salvavidas que iba hacia ella. Gabriel, Knox y un asistente de la tripulación, que sabía primeros auxilios, llegaron hasta Calder. El cuerpo del chico flotaba en el agua.

Gabriel ayudó a subir a su amigo al bote. Él y los otros se mancharon de sangre al hacerlo. Claudia estaba en shock y era un mar de llanto; sus manos eran un desastre de heridas abiertas. Las siguientes horas fueron un completo caos. El helicóptero-ambulancia tardó, por razones obvias, en llegar. El capitán no tenía la culpa, pues avisó a tiempo que todos los pasajeros tenían que permanecer en el interior del yate. Calder, con su actitud beligerante y con más alcohol de lo normal, no había medido sus pasos y la baranda de metal, en la que se había apoyado para tomar impulso y hacer el trampolín que había pretendido, no lo sostuvo. Lo que ocurrió a continuación fueron largas horas de horror, preocupación, desesperación, angustia y un gran dolor.

Gabriel se sintió culpable porque fue él quien organizó la actividad en altamar, quien aceptó que Calder subiera a sabiendas de que estaba bebido y de que era terco como una mula en ese estado, en lugar de negarse. En lugar de decirle que saldrían al día siguiente si el clima lo permitía. En lugar de exigirle que fuese a la casa para que se le pasara la borrachera. También se sintió culpable porque fue él quien puso como condición que Claudia subiera al yate. Ella, que

odiaba estar en altamar pero que haría cualquier cosa por su hermano… y también porque quería estar cerca de Gabriel. Este último solo había pensado en sí mismo y en sus deseos de conquistar a Marley. Gabriel creía que fueron su egoísmo y falta de sentido común los culpables del accidente.

Bajo ese pensamiento, el corazón hecho girones y su conciencia llena de culpas, el proceso que continuó al rescate de Calder y su hermana, en el agua, fue un infierno.

El grupo de amigos se volvió más unido, a pesar de la profunda tristeza y dolor que los embargaba. Gabriel se sintió devastado. Fueron semanas horrendas, porque ninguno imaginó que unas vacaciones terminarían con un amigo menos en el grupo, que se había desangrado hasta morir. Un amigo que llegó demasiado tarde a la sala de urgencias y los médicos no lograron salvarle la vida. Un amigo al que siempre echarían de menos. Pero no se trató solo de Calder, sino también de Claudia. Las manos de ella quedaron gravemente lastimadas por el contacto con las hélices del yate. Se sometió a varias intervenciones quirúrgicas para reconstruirlas lo mejor posible e intentar preservar la sensibilidad en los dedos. Al final, lo que quedó claro fue la verdad, a pesar del esfuerzo de los médicos: ella nunca sería una concertista de violín.

Durante el sepelio de Calder, Gabriel había sentido que estaba en deuda con su amigo. Por eso prometió, con la mano en su lápida, que siempre velaría por Claudia. Esa fue la razón de que la hubiera acompañado, en la medida que le fue posible, a las rehabilitaciones para tratar de mover las manos de nuevo. Fue esa la razón de que hubiera empezado a mirarla desde otra perspectiva y aprender más de ella durante los siguientes años. No con conversaciones banales, sino más profundas. La amistad de ambos se transformó desde el dolor compartido y por las ganas de no olvidar a Calder.

Los otros amigos mantuvieron el contacto y, anualmente, se encontraban en un bar para tomar unos tragos en honor al que ya no estaba. A medida que Gabriel aumentaba su éxito en Aussie Equinox junto a Knox, también lo hacía el tiempo que pasaba con

Claudia. Ella era su habitual acompañante a las fiestas o eventos, porque parecía lo más natural cuando él no tenía una pareja. Aún a pesar de que pasaron siete años desde el accidente, Gabriel procuró mantener a Claudia solo como su amiga. Hasta que una noche, entre las conversaciones habituales y cenas improvisadas —cuando Gabriel estaba demasiado agotado por la empresa y necesitaba a alguien de confianza para hablar, que no fuese Knox u otro de sus amigos—, las risas se convirtieron en gemidos. Los abrazos fraternos se transformaron en caricias íntimas.

Pero Gabriel se dio cuenta de que su relación con ella sería un fracaso, después de descubrir la adicción de Claudia a los opioides. Una adicción que le había escondido con éxito, hasta que la encontró inconsciente en el baño de la casa que compartían. Esa fue la primera de varias ocasiones en las que tuvo que llamar a un médico privado y discreto para que se hiciera cargo. Fue un error darle un anillo de compromiso, porque ella no había madurado lo suficiente y él tenía un mundo por delante para conquistar. Sus agendas eran incompatibles y Gabriel había decidido que no podía cargar con la culpa del pasado, menos ser responsable de la inconciencia de Claudia.

Después de tolerar noches de fiestas súbitas, cuando él llegaba cansado de la oficina y con ganas solo de dormir; encontrar pequeñas bolsitas de cocaína en lugares insperados, en la casa; peleas sin sentido y celos enfermizos, él optó por cortar el compromiso de raíz. Vendió la propiedad en la que vivían y se compró una mansión en otro lugar libre de recuerdos de episodios con narcóticos, fiestas constante y peleas. Le prometió que siempre estaría para ayudarla y que sería su amigo, pero que no podía continuar a su lado. La segunda promesa que le hizo a Claudia, al romper su relación, hubiera preferido no hacerla si él hubiese tenido una bola de cristal para ver su futuro.

CAPÍTULO 5

Aubrey dejó su carta de renuncia en el hotel, pero se sorprendió cuando Wanda, la directora de Recursos Humanos, le dijo que no hacía falta que se quedara las dos semanas, hasta encontrar un reemplazo a su turno en la recepción. Le ofreció tomar el horario nocturno, acostumbrada a ciclos de trabajo complicados, solo para que no la consideraran irresponsable o malagradecida. Así podría cumplir con sus horas regulares en Aussie Equinox y esperar a que contrataran a alguien en el hotel. Después de todo, durante su tiempo como recepcionista, había recibido facilidades debido a la salud de Bonnie. Pero Wanda se limitó a entregarle la liquidación, acorde con la ley, y a agradecerle por sus servicios. Todo esto le pareció a Aubrey muy extraño, porque ¿cómo era posible que ya tuvieran un reemplazo si apenas había informado de su renuncia esa mañana? Ella ni siquiera había contado a sus compañeros la razón por la que se ausentó el día anterior, mucho menos que había conseguido otro trabajo. Ese detalle tan solo hizo que la situación con Wanda le pareciera todavía más confusa.

—Me alegro de que tengan cubierta la plaza tan pronto —le había dicho a la mujer—. Pero, tan solo por curiosidad, ¿tenían pensado despedirme…?

Wanda había fruncido el ceño y hecho una negación.

—No. Eres una de las mejores empleadas que hemos tenido, Aubrey, pero esta orden llegó ayer temprano, en la tarde, desde el despacho del dueño del hotel.

—¿El dueño de la cadena de hoteles? —había indagado, desconcertada.

Wanda la había mirado como si estuviese fingiendo ignorancia.

—Aubrey, el mismísimo Hugh Bronaham me llamó a las doce y media, la mañana de ayer, para decirme que tú no volverías a trabajar aquí y me exigió que te buscara un reemplazo de inmediato. Es la primera vez que escucho la voz del CEO. No sabía que eras amiga del propietario —había expresado Wanda en un tono que daba a entender que se sentía engañada, en especial después de las consideraciones especiales que había tenido con Aubrey: permisos súbitos por asuntos personales, cambiar horarios, trabajar horas extras en áreas para las que no había sido contratada.

—No lo soy… —había respondido. Luego pensó que había una persona en específico, que ella sí conocía, y que sí podría ser amiga de alguien con la capacidad financiera de tener hoteles—. Gracias por todo, Wanda, has sido estupenda conmigo.

La mujer había asentido y luego Aubrey salió de las oficinas.

Aquello ocurrió temprano en la mañana.

Cuando llegó a Aussie Equinox, rogó que no tuviera que encontrarse con Gabriel. No le apetecía tenerlo alrededor ni escuchar las idioteces que solían salir de su boca, pero en especial tampoco le apetecía, aunque le hubiera venido bien, mandarlo a la mierda por meterse en sus asuntos. No existía ninguna otra persona interesada en fastidiarle la existencia que él. ¿Cómo se atrevía a llamar al dueño del hotel y tomarse la atribución de ejecutar decisiones que no eran de su incumbencia? La enfadó ser consciente de que todo el tiempo en el que aparentemente hizo "las pruebas", Gabriel ya había decidido que ella iba a trabajar en la compañía como asistente de cafetería. Solo estuvo mofándose de Aubrey y asignándole órdenes tontas.

Encargarle la instalación de los teléfonos, para que ella intentara entrar al sistema de redes de la empresa, había sido un juego para Gabriel. Porque si fallaba, igual terminaría como camarera; si salía airosa, como ocurrió, él se sorprendería, sí, pero eso no significaba que fuera a darle otra oportunidad más allá de la cafetería. Tal como había sucedido. Si no hubiera sido por la oferta de Knox, sobre el proyecto de AI —del que Aubrey no sabía detalles aún— no habría

tenido la opción de ver qué otros caminos existían en Aussie Equinox. Para Gabriel todo era una manipulación, dominio y aires de superioridad. «¿Tanto la despreciaba para tomarse esas molestias?».

Ella intentó que la furia que sentía no se hiciera notar, porque no le gustaba crear entornos incómodos. Además, los demás no tenían la culpa de que existiera un ser humano tan insoportable como Gabriel St. James. Aubrey ocupó las horas de la mañana para ir a firmar su contrato en Recursos Humanos. Se sintió aliviada al constatar que el monto que Zeik le dijo en un inicio que sería el salario se mantenía. Durante el resto de su agenda, ella no tuvo que subir al piso de altos mandos corporativos, lo hizo Douglas. En medio de la hora del *lunch* en la cafetería, ella había escuchado al asistente de Gabriel, Herzog, decir a alguien que el CEO estaría todo el día fuera de la oficina. Aubrey consideró esa información como una gran motivación para mantener su buena actitud. Porque de lo contrario habría ido al despacho de ese insufrible a plantarle cara y decirle todo lo que pensaba de su reprochable conducta.

Antes de que terminara la jornada, mientras estaba quitándose el delantal negro que utilizaban todos, Ambrose le hizo un gesto para que se acercara. No solo a ella, sino también a los demás integrantes del equipo: Douglas y Jack, los camareros; Jenna y Robert, los asistentes de cocina. No quedaban reuniones pendientes o que requiriesen de los servicios de catering. Faltaban solo treinta minutos para marcharse.

—¿Alguien puede trabajar esta noche? —preguntó el chef—. Lynda, la hermana de Knox, organizó una cena para celebrar su ascenso. Yo prepararé la comida, pero creí que ella había contratado camareros. No lo hizo. Este es un favor, no una obligación. Les pagaré de mi bolsillo —aclaró—. Son quince personas las invitadas. La cena es a las ocho. Cubriré el costo del Uber o la nafta, si llevan coche.

—Chef, imposible para mí, hoy celebro mi aniversario —dijo Jack.

—Yo debo recoger a mi esposa en el aeropuerto —agregó Robert.

—Yo sí puedo, el dinero extra me viene bien —intervino Douglas.

—Cuenta conmigo, chef —dijo Jenna—. Ayudaré con la comida y el servicio.

—La reunión es en Coogee Beach. Les mandaré la dirección por WhatsApp —respondió Ambrose a Douglas con un toque de alivio—. No hay código de vestimenta, pero usen el delantal negro. Es una cena semiformal y bastante relajada.

—Yo también me uno —añadió Aubrey con una sonrisa.

Ser experta en este nuevo oficio resultaba algo necesario. Por suerte, aún no había tenido ningún accidente. Sabía que un error de aquellos implicaría un descuento en su salario. No era un lujo que podía permitirse. Necesitaba cuidar sus ingresos.

—Gracias a todos —expresó Ambrose—. Les informo que hoy es el Festival de Luces Oceánicas y, como siempre, habrá mucha concurrencia. Salgan a tiempo.

En los siguiente minutos, el equipo revisó la agenda enviada por los diferentes departamentos para analizar qué actividades requerirían de sus servicios y así planear los turnos y horarios. El trabajo de la cafetería no era tan rápido ni fácil como parecía. Si no se coordinaba bien podría dejar desatendidas reuniones que eran importantes. La siguiente semana estarían a tope, en especial porque había junta de presupuestos.

Antes de marcharse, Aubrey y Douglas subieron al último piso en el que se encontraba la sala principal de conferencias, así como también una biblioteca para documentación especializada y una sala exclusivamente para *brainstorming*. Durante toda la tarde, el equipo de relaciones públicas de la empresa tuvo un entrenamiento intensivo, por lo que había que retirar los implementos del catering. Esta sala se parecía a las oficinas de Google en San Francisco: colorida, cómoda, sillones grandes y sillas acolchadas, pantallas de televisión, una mesa de pool y también un juego de dardos en la pared. El espacio rompía con la tendencia decorativa del resto del edifico.

Cuando quedó todo limpio y dejaron de charlar, Aubrey creyó escuchar que alguien había tosido. Ella miró a Douglas y alrededor, por instinto, pero estaban solos. Frunció el ceño y miró a su compañero. Este se encogió de hombros y como estaba con prisas, debido al evento con Ambrose, salió rápido con el carrito de catering. Ella no se quedó con la curiosidad y esperó en silencio para ver si volvía a escuchar ruido.

El sonido volvió a resonar, pero fue muy leve. Solo que Aubrey tenía el oído afinado. Se dirigió al sitio del que creía que provenía, mas se topó tan solo con una pared. Al menos, hasta que reparó en un botón negro en forma de llave. Lo presionó al instante se abrió una puerta. Se quedó confusa ante este detalle era extravagante.

No solo eso, sino que en su línea de visión estaba un hombre alto, fornido y moreno. Ella se quedó inmóvil un instante. En la mitad de la salita mediana había una camilla de masajes. El ambiente lucía muy relajante. El aroma muy sutil de eucalipto llenó sus fosas nasales. «¿Qué es todo esto?», se preguntó mirando alrededor, curiosa.

—Lo siento, pero escuché a alguien toser y creía que estaba inventándome cosas en la mente —dijo Aubrey—. No me dijeron que podría haber alguien aquí…

El hombre hizo un gesto con la mano para restar importancia al comentario.

—No pasa nada. Lo cierto es que me alegro que alguien haya escuchado mi tos —rio—. Me salvaste, porque olvidé la llave y recientemente cambiaron el código de acceso a esta sala. Por si fuera poco mi móvil se quedó sin batería, ¿acaso no te parece un día magnífico? —preguntó riéndose—. Estaba empezando a contar los días en que tendría que permanecer aquí, hasta que alguien me encontrara. Soy Flynn.

—Soy Aubrey —dijo extendiendo la mano y el hombre, que hablaba a mil por minutol, la estrechó—. No tenía idea de que existiera una sala de masajes…

—August, mi esposo, es socio de la firma de arquitectos que colabora con la familia Wentworth. Hace años, Knox sufrió un grave accidente de motocicleta, así que ahora padece contracturas musculares recurrentes. Como su amigo, August le habló de mí. Le sugirió crear este espacio para ayudarlo sin que tenga que interrumpir sus asuntos en la oficina. Tengo licencia de masajista y fisioterapéuta —explicó—. Esta sala es algo personal de Knox y no está disponible para otros alrededor, pero, por haberme salvado hoy, te ofrezco una evaluación gratuita —comentó sonriendo.

Aubrey consideró a este Flynn todo un personaje.

—¿A qué te refieres con una evaluación?

—Tu forma de moverte es muy tensa y quiero saber tus puntos problemáticos. Por la manera de caminar o andar de una persona se puede saber qué le duele o si suele tener una postura incorrecta. No puedo quedarme quieto si puedo ayudar a alguien con dolor, ¿me permites tocar tu cuello, espalda y hombros? —preguntó.

—Esta es una petición graciosa —murmuró girándose. Las manos de Flynn fueron rápidas y presionó los puntos exactos—. Jamás había escuchado que hubiera una sala de masajes en una empresa. Me parece tan irreal —se rio—, y un capricho.

—Los millonarios son excéntricos. Además, este espacio no es para uso de la empresa. Solo tiene acceso Knox, rara vez la usa Gabriel —murmuró. Al cabo de cuatro minutos se apartó de ella—. Mujer, tu cuerpo parece una columna de cemento.

Aubrey se giró para mirarlo a la cara.

—¿Cuál es mi pronóstico? ¿Malo? —preguntó Aubrey con humor. La sala no era grande, sino mediana y austera. Sin embargo, todo seguía siendo lujoso y cómodo.

Él hizo una mueca y miró el reloj.

—Terrible —dijo Flynn con franqueza y Aubrey se rio—. Tengo una cita en cuarenta minutos. Si tú no hubieras llegado, yo habría tenido que permanecer aquí encerrado hasta que mi esposo notara mi

ausencia y viniera a por mí —dijo llevándose la mano al pecho, dramático—. Quiero compensarte por tu ayuda, ¿de acuerdo?

—Oh, no te preocupes —sonrió—, no hace falta.

—No me gusta dejar deudas en la vida, menos cuando veo que una persona tiene una necesidad de ayuda física. Aquí tienes mi tarjeta. —Aubrey la tomó y la guardó en el bolsillo del pantalón—. Llámame para darte un masaje de cortesía. Solo vengo cuando Knox o Gabriel lo necesitan, pero puedo acomodarte, Aubrey.

—Gracias. Prometo que consideraré llamarte.

Flyn agarró el bolso y juntos abandonaron la sala, luego el edificio.

El hombre se despidió con un gesto casual y desapareció entre la multitud de la calle. La ciudad seguía su ritmo indiferente y algo caótico: bocinazos, murmullos incesantes, risas, el aire que dejaba el tranvía al pasar, el ajetreo de cientos de personas que tenían una historia particular de vida. Aubrey se dirigió a la parada de autobús. Se dejó caer en un asiento junto a la ventanilla y apoyó la frente contra el cristal frío. La rabia de la mañana en el hotel seguía latente en ella, pero en perspectiva, el día no había terminado tan mal. De hecho, tendría dinero extra y las facturas resultarían menos asfixiantes de pagar. Aún así, la sensación de que todo estaba a punto de cambiar continuaba dando vueltas en su mente. Horas más tarde pudo confirmarlo.



La casa de Lynda Wentworth era tan bonita como acogedora. Aunque espaciosa, su diseño evitaba que resultara intimidante o frívola. Ubicada justo al final de la línea principal de playa en Coogee Beach, en una zona alejada, y con acceso directo a la arena. El interior tenía colores cálidos, una decoración abundante, pero que se percibía ligera. Los invitados conformaban un grupo agradable, variopinto y con una vibra divertida. La cena transcurría en el jardín

trasero. Lynda y su esposo, Matt, trataron al equipo de Ambrose con calidez. Knox les había comentado que Jenna, Aubrey y Douglas estaban salvando la velada con sus servicios al extenderlos fuera de la oficina.

Cuando Aubrey se acercó al CFO, y le comentó sobre lo ocurrido con Flynn, Knox se echó a reír. Le habló del accidente que tuvo seis años atrás y que estaba vivo de milagro. También le comentó que decidió construir la pequeña sala de masajes por salud física. Después la felicitó por ser oficialmente parte de la empresa. Aubrey no logró hablar mucho tiempo con él, porque este había llegado acompañado, así que tampoco logró exponer el tema del proyecto de IA y analizar cómo vincularse a él.

Las siguientes dos horas pasaron pronto.

La música era alegre, instrumental; un poco de jazz y bossanova. El aire fresco del océano rodeaba la casa. Los invitados se levantaron de la mesa y se dispersaron al terminar de comer los platos fuertes, porque Lynda les anunció que el chef tardaría en preparar los postres y que sería una buena idea bailar un poco. Así que eso era lo que algunos estaban haciendo. Aubrey vio que uno de los amigos de la anfitriona sacó a bailar a Jenna, haciéndola reír, y todos aplaudieron. Esta celebración era inusual, muy divertida inclusive, a pesar de que se festejaba un tema aparentemente serio: un ascenso laboral. A Aubrey le gustó que los Therrence-Wentworth no fuesen esnobs.

—Entiendo que trabajas con Knox, ¿llevas mucho tiempo en Aussie Equinox?

Aubrey, que había estado organizando las cucharitas del postre en la amplia mesa, miró al hombre. Recordaba que se llamaba Levent, en especial porque él había flirteado y hecho comentarios que la hicieron reír. Ella esbozó una sonrisa amable.

—Apenas empecé ayer, así que soy nueva en la empresa —replicó acomodándose el delantal negro y que caía desde la cintura a los muslos. Ella había optado por usar una falda morada y una blusa, mangas ¾ y cuello en V, color blanco. Le pareció el atuendo más

práctico. No podía hacer nada para evitar que sus curvas se marcaran. Llevaba el cabello recogido en una coleta alta—. ¿A qué te dedicas tú?

—Derecho Tributario. Si algún día tienes problemas con impuestos, soy tu hombre. —Ella se rio con suavidad. «Si supieras mis embrollos».—. A los abogados nos califican de perder el tiempo alargando conversaciones —dijo él en tono gracioso—, así que seré directo. Me pareces muy guapa y me gustaría ir a cenar contigo. ¿Qué tal si me das tu número, Aubrey? —preguntó a bocajarro, sonriente.

Ella no solía ser tajante ni grosera. Pero no le gustaba esta clase de acercamientos, en especial en un ambiente tan privado, porque se volvía incómodo.

—Oh, la verdad es que estoy en una etapa de mi vida que…

No terminó la frase, porque la persona que pensó que no vería, hasta el día lunes, acababa de entrar. Vestido con un pantalón azul marino, camisa gris claro —que se ajustaba como guante a cada músculo— el cabello rubio oscuro peinado hacia atrás, estaba Gabriel. Su aspecto imponente pareció recalibrar la energía del entorno.

Este le sonrió con afecto a Lynda y estrechó luego la mano de Matt. Aubrey lo escuchó excusándose por la hora de llegar y contando que tuvo un asunto que le tomó bastante tiempo, hasta resolverlo. Con su andar elegante él fue a saludar a Knox, a la cita de este, así como al resto personas a las que parecía ya conocer. La manera que tenía de conducirse era siempre determinada, segura y un derroche de virilidad.

Cuando su mirada y la de Gabriel colisionaron, el jardín pareció desdibujarse, la energía se cargó de algo ardiente que no necesitaba palabras. Ella sintió que el aire alrededor se espesaba, un súbito calor le recorrió la piel, como si su cuerpo reconociera un peligro del que, contradictoriamente, no quería apartarse. Por un breve instante un lazo invisible, impregnado de alta tensión, se mantuvo como un firme agarre, hasta que Gabriel lo rompió al fijar su atención en

Levent. Específicamente en la mano que tenía sobre el brazo de Aubrey, en un gesto casual. Los ojos azules que mantenían una niebla azul oscura, complicada de descifrar, relampaguearon como un rayo en medio de una tormenta en el océano. Vibrante, peligroso y también contenido.

No le importaba lo que pensara el arrogante de Gabriel sobre ella. Ni tampoco que le sorprendiera su presencia en esa reunión. Estaba trabajando y no en horas de oficina. Él no tenía ninguna autoridad, así que Aubrey podía hacer lo que se le diera la gana. «Además, ¿dónde estaba la amante de la noche anterior? ¿Iba también a llegar de un momento a otro o él tenía intención de divertirse un viernes por la noche con alguna de las amigas solteras de la anfitriona?». La mujer era solo cuatro años mayor a Knox, así también el grupo de sus invitadas. «¿Alguna de ellas formaba parte de la lista de amantes pasadas o presentes de Gabriel?». Se enfadó consigo misma por formularse preguntas tontas. Así que optó por controlar su temperamento Nada fácil.

—¿Tú también eres aficionada o prefieres mantenerte lejos de las olas?

Ella frunció el ceño al darse cuenta de que Levent había estado hablándole todo ese tiempo. Aubrey tan solo esbozó una sonrisa e ignoró del todo a Gabriel.

—Lo siento, estaba pensando en que me queda poco para ayudar a servir el postre. La verdad no me parece que sea una buena idea salir juntos, Levent —expresó.

—Está bien, no pasa nada… —murmuró el hombre con el ego golpeado.

Aubrey no tenía problemas en negar los avances de aquellas personas que no le interesaban. Lo que Clarissa le había dicho, sobre el hecho de que siempre había alguien que buscaba su atención o ligar, era verdad. Pero Aubrey no quería perder el tiempo. Después del fiasco con su ex, lo que necesitaba era procurar disfrutar la vida y salir del hoyo financiero en el que se encontraba. Le quedaba todavía un largo tramo.

Ella se apartó de Levent para continuar trabajando junto a sus compañeros.

En la cocina estaban todos los platillos listos para servirse. El ritmo era más relajado, aunque igual de exigente, que los horarios en Aussie Equinox. Douglas y Jenna, cuando esta última acabó de decorar el último postre con el chef, salieron al jardín para empezar a dejar las porciones, sobre la mesa, con diligencia. Aubrey los acompañó a paso rápido y procurando que no se moviesen los platos de la charola.

Al cabo de unos minutos, Lynda le pidió a sus invitados que regresaran a las sillas para disfrutar los postres y bebidas del chef. Las conversaciones se retomaron; unas eran animadas, otras serias. Lo que no faltaba eran las copas de vino y cócteles.

Durante la velada, Aubrey había notado que una de las amigas de Lynda la observaba con curiosidad, aunque de forma discreta. La mujer le sonaba vagamente de alguna parte, pero no podía estar segura al respecto. Con todos los trabajos que había tenido Aubrey, ella solía ver a demasiadas personas todo el tiempo y al final terminaban confundiéndose todas en su cabeza. A medida que servía, procuraba no fijarse en Gabriel. Cuando lo escuchó soltar una carcajada, un sonido profundo y embriagador, contuvo las ganas de voltear para saber qué la habría provocado. Ella eligió servir en el lado de la mesa en la que él no estaba sentado, a propósito, porque era capaz de echarle la copa de Espresso Martini que tenía en la charola. Sabía que encararlo y exigirle que se disculpara, por lo que hizo con su empleo en el hotel, caería en saco roto. Lo anterior no impedía que esas ganas de confrontarlo se esfumaran.

—¿Aubrey? —llamó con sutileza una invitada, haciéndose escuchar entre las conversaciones. Estaba justo en la mitad de la mesa, así que fue inevitable que los demás la miraran. Se llamaba Esther y era la que había observado a la camarera con curiosidad—. Lo siento, pero quisiera hacerte una pregunta. Debí hacerla momentos atrás —dijo en tono de disculpa y con algunas copitas de

más, aunque no demasiadas para que su voz dejara de sonar firme —, aunque estamos en un círculo privado. ¿No?

«No, no lo estamos. Tú, quizás. Pero ¿qué puedo decirte si me expones de este modo?», le habría querido decir Aubrey. A cambio, agarró la charola vacía, y asintió. No quería crear un momento de hostilidad. Solo quería que Ambrose le pagara e irse. A medida que pasaban las horas de ese día, ella se sentía más y más agobiada. Intentaba por todos los medios posibles mantener un pensamiento optimista. Pero todas las personas tenían un límite y ella llevaba mucho tiempo a punto de romperlo.

—Dime en qué puedo ayudarte —replicó la camarera—. ¿Otro postre? ¿Vino?

La mujer hizo una negación sonriente.

—No, gracias. Aubrey, es que tu rostro me suena y creo que nos hemos conocido antes. ¿Eres la hija de Sergei Blackeney, uno de los herederos de Royal Cross, la flota de cruceros de lujo? —preguntó amable—. Creo que mi hermana menor, Therese, fue a la secundaria St. Albans Institute contigo. ¿Estoy equivocada?

Aubrey se quedó en blanco por un instante.

Lo último que quería era recordar a Therese. Pero sí, ahora sabía el porqué Esther le había sonado de alguna parte. En alguna ocasión visitó la casa de los Dupont y estos la recibieron con atenciones, hasta que todo cambió. Después del divorcio de sus padres, Aubrey llamó a su ahora ex amiga para pedirle una recomendación laboral del papá, pues Charles Dupont era un exitoso gestor de fondos de jubilación. Pero lo que obtuvo de Therese fue una carcajada y una respuesta cruel: que ella no se vinculaba con "fracasos sociales." Aubrey apretó con fuerza el contorno de la bandeja.

No se avergonzaba de quién era ahora, ni tenía culpa por las circunstancias de su vida. Sabía que Esther no tenía mala intención. Además, le llevaba muchos años de diferencia. Tal vez se habían cruzado en algún evento social. Cuando Aubrey se graduó de la secundaria, lo más probable era que Esther tuviera treinta y cuatro

años, completamente ajena a lo que su hermana menor, Therese, hacía o deshacía alrededor.

Aubrey sentía la atención de algunos invitados sobre ella, los otros continuaban conversando, animados. En este último grupo, por supuesto su suerte era tan magnífica, no estaba Gabriel. Él la observaba, pero no daba a entender lo que podría o no estar cruzando por su mente. Knox y su cita la miraban con una sonrisa amable, como si se hubieran dado cuenta de que este era un tema que hubiera preferido obviar.

—Recuerdo a tu hermana, sí. Sobre la mención de los Blackeney, la verdad prefiero no discutir asuntos tan personales cuando trabajo —dijo con una sonrisa—. Si no hay nada más que pueda hacer por ti, entonces me retiro, pues ya he terminado.

Fue con prisas hasta la cocina. Dejó la charola y apoyó las manos sobre el mármol negro. Después ocupó su mente en no echar a perder ningún traste, mientras los organizaba junto a Douglas, así como también ayudaba a Jenna y Ambrose a dejar limpia la vajilla que ya había sido desocupada. Pero no por eso en su mente se esfumaban los pensamientos sobre su padre. Ella había adorado a Sergei, así como los fines de semana que iban a montar a caballo, siendo pequeña, creando unos recuerdos dulces de su niñez. Los viajes, las risas, las fotos y en especial las navidades cuando ella y Craig se levantaban tempranísimo para abrir los obsequios bajo el árbol.

La partida y traición de su padre le había dolido tanto como enterarse de la enfermedad de Bonnie. No tener vínculos con los Blackeney resultó indiferente. Pero no fue así siempre. En ocasiones, al menos de lo que tenía memoria, Bonnie le había señalado a esa parte de su familia cuando coincidían en grandes fiestas sociales o festejos políticos a los que acudían. Sin embargo, en cada ocasión, ella y su madre fueron abiertamente ignoradas. No hubo jamás saludos de cortesía. Por esa razón, Aubrey siempre decía que jamás los había visto. Sus recuerdos sobre ellos eran borrosos; quizá su mente, en ese sentido, jugaba en su favor al eliminar idioteces.

Poco a poco, mientras ella y el resto del equipo con Ambrose dejaban todo limpio, se fueron apagando los ruidos del exterior. Al cabo de un rato también lo hizo la música que se escuchaba de fondo y cambió de voces de ídolos del Pop, nuevamente al Jazz. Aubrey miró el reloj. Las doce y media de la noche. El chef les hizo a todos una transferencia bancaria con el dinero del pago por el trabajo de cuatro horas y media. Douglas se marchó apenas la anfitriona entró a la cocina y les comentó que ella iba a encargarse de los invitados que quedaban, además de agradecerles por la ayuda que prestaron. Al cabo de un rato, Jenna y Ambrose también siguieron el mismo camino. Aubrey decidió que no regresaría en autobús a la casa. Así que pidió Uber. El conductor tardaría quince minutos en llegar, porque en el mapa marcaba que estaba lejos de la zona de Coogee Beach. Al parecer era el único coche más próximo.

Ella permaneció casi diez minutos en la cocina, a solas, y salió cuando quedaban apenas cuatro para que llegara el Uber. No le apetecía hablar con nadie, porque Esther la instó a recordar un pasado que le había traído muchas decepciones. Pero finalmente tuvo que pasar por el salón en el que estaban los invitados que quedaban. Es decir, Knox, la cita de él, Gabriel, Esther, Domenico y Harriet. Sobre estos dos últimos no sabía nada, ni le interesaba, así como tampoco prestó atención a lo que estuvieran hablando. Optó por quedarse lo más lejos posible y miró con interés una consola de madera en la que estaban expuestas unas preciosas figurillas de cristal de Murano. Aubrey las reconocía, porque su madre también guardaba de esas en casa, hasta que tuvieron que venderlas. Sabía que eran muy costosas. Extendió el brazo y tomó una. Se trataba de Peter Pan. El diseño era hermoso y los detalles impresionantes. La giró entre los dedos. La miniatura cabía en la palma de su mano.

—Aubrey, espero que Esther no haya sido inoportuna —dijo Lynda.

Ella se giró rápido y antes de que se cayera la figurita cerró la mano.

—Oh, no hay problema. Solo hizo una pregunta nada más —sonrió sin alegría. En ese instante la aplicación sonó. El Uber estaba esperándola—. Me tengo que ir, Lynda. Enhorabuena, otra vez, por el ascenso en tu firma. Que tengas muchos éxitos.

—Gracias por eso y también por…

—Aunque al parecer proviene de una familia adinerada, tiene por costumbre tomar lo que no le pertenece —interrumpió la inconfundible voz de Gabriel a un costado—. Una mala costumbre, sin duda. Si no te has dado cuenta, ella tiene una figura de Murano en la mano. No dejes que se marche sin que la devuelva —concluyó —. Estaba en mi línea de visión cuando noté lo que estaba a punto de hacer.

Aubrey dio un paso atrás para mirarlo. Él estaba cruzado de brazos, furioso.

Ella no podía soportar esto de nuevo. No. Apretó los dientes con tanta fuerza que temió que uno de ellos se astillara. El picor que sentía en la mano era por una razón específica y no tenía relación con estar sujetando con fuerza la pequeña figura.

—Jamás pensaría algo así, Gabe —dijo Lynda desconcertada, porque su amigo no solía tener esta clase de comentarios tan fuera de lugar—. Noté que Aubrey estaba tan solo apreciando las diferentes decoraciones que llevan tanto tiempo en mi familia.

Aubrey quiso abrazarla, pero solo dejó la figurita en su sitio. Después miró el móvil y vio con horror que el conductor había cancelado la carrera. La maldita aplicación señalaba que no le cobraría y buscaría otro chofer. Ella detuvo la opción. Su enfado era tan colosal con Gabriel que necesitaba caminar por la playa. Quitarse los zapatos y dejar que el agua, helada o no, se llevara su rabia. Además, seguro todavía habría algunos participantes del Festival de las Luces Oceánicas merodeando. La zona era tranquila y segura. Solo cuando se sintiera lista y calmada iría a la estación de bus.

—Solo quise evitar que se cayera —murmuró con un nudo en la garganta—. Ha llegado el momento de marcharme —dijo sin mirar a

Gabriel—. Hasta pronto.

—Sí, hasta pronto, y gracias otra vez, Aubrey —comentó Lynda.

Aubrey cerró la puerta detrás.



Empezó a caminar con firme celeridad hacia la playa. Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano. Estaba cansada de sobrellevar tanto sobre sus hombros; de intentar ser optimista; de recibir la mierda de terceros injustamente; de vivir en perenne zozobra sobre su situación financiera y no poder consolidar sus anhelos profesionales, menos sus sueños. No era una víctima, asumía lo que el destino ponía en su camino, mas eso no impedía que llegaran momentos en los que, sencillamente, anhelara solaz.

No se detuvo, hasta llegar a la playa, a pesar de que escuchaba con claridad que la llamaban. La voz se perdía con el viento, pero no necesitaba voltearse. Se quitó los zapatos y hundió los pies desnudos en la arena. Siguió su andar ágil, mientras alrededor estaba todo parcialmente oscurecido. Las luces que bordeban la calle estaban encendidas, aunque no llegaban a cubrir toda la playa. Algunas personas, pocas, continuaban conversando o riéndose en lo que había sido, horas antes, un festival divertido y con carpas en las que se vendían diferentes productos; además de desfiles y puestos de comida de estilo más artesanal. La parte por la que ella andaba estaba más apartada y eso le gustó. Una vez que pisó la parte más sólida de la arena, húmeda, el agua finalmente bañó sus pies. Pero no detuvo su ritmo de caminar. Las lágrimas no dejaron de rodar por sus mejillas, mas ella las limpió con furia. Avanzó muchos pasos, estaba agitada, y el viento le daba de lleno en el rostro. No daba más.

—¡Aubrey, carajo! Estoy llamándote, ¿te has quedado sorda? No es seguro andar sola a estas horas —exclamó Gabriel llegando hasta

ella. La tomó de los hombros, deteniéndola por completo, y girándola con rapidez para que lo mirara.

Lo que no vio venir fue la bofetada que le dio de lleno en la mejilla.

—¡¿Qué quieres de mí?! —gritó dándole un empujón. Gabriel se quedó estático y no se tocó el sitio en el que sentía el picor por la bien merecida cachetada —. Me humillaste en tu casa. Seguiste haciéndolo ante Knox ayer en la oficina. Lo volviste a hacer al llamar con alevosía, maldito seas, al sitio en el que trabajaba para pedir que me cancelaran el contrato. Me vuelves a desairar con Lynda, injustamente. Estoy harta de la gente como tú que creen que la vida de los demás forman parte de sus hilos y tienen autoridad para moverlos, porque tienen unos cuantos dólares extras.

El cabello de Aubrey estaba alborotado por el viento. El rimel se había mezclado con sus lágrimas, dejando una huella, sobre las mejillas. Su expresión era una mezcla de enfado colosal, libido contenida y hartazgo por los prejuicios absurdos; impotencia al intentar abrir un camino y ver cómo las rocas volvían a obstaculizarlo.

La respuesta de Gabriel fue instintiva. No le dio tiempo a ella de reaccionar.

La sujetó de la cintura y con la otra mano le rodeó de la nuca, antes de bajar la cabeza y cerrar su boca sobre la de ella. Tal como había deseado hacer desde el día en el que la conoció. Sus labios se movieron hambrientos, arrebatándole el oxígeno y arrasando esa boca con fiereza. El beso la hizo gemir cuando las lenguas de ambos se entrelazaron. Se devoraron mutuamente. El contacto era impaciente, salvaje y exigente, como si este contacto ardiente estuviera replicando el acto sexual. Como si este contacto fuese el plato fuerte y no un simple aperitivo, no una casilla en una lista de pasos previos. Este era un banquete de sensaciones. Aubrey atrapó el labio inferior de Gabriel entre los dientes, succionándolo y luego recorriéndolo con la lengua.

Las respiraciones de ambos eran erráticas. La dureza masculina presionaba contra Aubrey, ella sintió las bragas empapadas de deseo. Ella era incapaz de entender cuánto lo detestaba, pero, a la vez, lo deseaba con esa misma intensidad. Él podía ser un imbécil —y ciertamente lo era— aún así resultaba imposible negar la jodida química que bullía entre ellos, en medio de la amplia playa. Enfadada, le mordió la boca nuevamente, pero Gabriel le devolvió el gesto, voraz. Compartieron el sabor metálico de la sangre, aunque no sabían de quién era con exactitud; quizá de ambos.

El fuego se expandió por las venas de Gabriel, sus dedos se deslizaron hasta agarrar las nalgas de Aubrey. Esto era una absoluta locura, sin embargo, no recordaba haberse sentido tan excitado por una mujer como con esta que le devolvía cada mordisco, juego de su lengua y gemidos con la misma determinación que él los prodigaba. Los movimientos de ambos provocaron que la presión del cuerpo de Aubrey, contra Gabriel, lo dejara al sexy millonario al borde de correrse. Ella era consciente de que sus manos estaban alrededor del cuello de él, como si quisiera que se fusionaran, pero, a la vez, como si quisiera pedirle que se detuviera. El fuego se hizo lava líquida en cada recodo sensible de Aubrey, una llama que abrasaba desde dentro y que causaba que su sexo palpitase buscando ser llenado con ímpetu. Este beso era una amalgama completa de malas decisiones e impulsos erráticos salpicados de enfado, deseo, placer y un toque vengativo; aun así, se sentía aterradoramente bien.

El sonido de la bocina de un coche fue como una campanada en el silencio.

Aubrey se apartó, jadeante, pero Gabriel la sostuvo de la cintura. Ambos tenían los labios inflamados, el pulso errático y el deseo sexual elevado a la máxima potencia. Se contemplaron como si acabaran de darse cuenta del volcán que habían despertado.

Gabriel apretó los labios. Esto no estuvo dentro de su plan cuando había salido tras ella. Había perdido el control de forma monumental. Le tomó el rostro entre las manos para que Aubrey no

intentara apartarse, aunque no podía garantizar que sería eficiente para evitar una segunda bofetada. Jamás en la vida una mujer lo había cacheteado, básicamente porque nunca se había comportado como un energúmeno.

Ella quiso marcar distancia, pero la manera en que él le sostenía el rostro hacían esa tarea imposible. Aubrey no podía justificar sus acciones de haber devuelto ese beso como si Gabriel fuese el último espécimen masculino, y ambos hubieran estado a punto de presenciar cómo el mundo era impactado por un asteroide. Una locura.

—Aubrey —dijo Gabriel con voz ronca de deseo controlado, a duras penas —. Lo que hice hace un rato en la casa de Lynda no estuvo bien. Por eso, te pido disculpas —reconoció—. Lo que acaba de ocurrir en este momento ha sido…

—Un error, no necesitas aclararlo —interrumpió, anticipándose a lo que sea que fuese a decir—. Ahora, por favor, suéltame. —Él lo hizo al instante—. Bien.

—¿Quién eres en realidad? —preguntó en tono desconcertado.

Ninguna de las piezas del rompecabeza que tenía sobre Aubrey encajaban en su mente. No lograba descifrarla. Para un hombre con alta capacidad de análisis era frustrante. Ella provenía de una familia de millonarios; el padrino tenía tantos contactos empresariales como eran posibles; sin embargo, no tenía una profesión, trabajaba en actividades que parecían estar por debajo de sus capacidades y, además, parecía estar ajustada financieramente. Ninguno de esos elementos eran coherentes.

«¿Por qué necesitaba tantos trabajos adicionales?», se preguntó. Él se había dado a la tarea de llamar a las referencias que ella escribió en el currículo, salvo Heath. Además de su amigo, los otros contactos de Aubrey eran la directora de una pequeña academia, una madre de familia de un alumno al que le daba clases de matemáticas, y finalmente la propietaria de un negocio que reparaba ordenadores. «¿Por qué había considerado inclusive la opción de robar? Ahora era consciente de que no lo hizo en casa de Lynda, ese

error lo asumía, pero, ¿qué tal con el resto?». Gabriel contempló a Aubrey con intensidad, intentando descifrarla sin éxito. La mujer era una absoluta belleza de boca tentadora, pero él seguía sin confiar en ella. Las lágrimas daban igual.

Gabriel soltó una exhalación.

—Primero responde a mis preguntas, entonces, quizá, yo considere hacerlo con las tuyas —replicó ella—. ¿Por qué hiciste que me despidieran del hotel, antes de que yo supiera que me habías dado el empleo en tu empresa? —preguntó con fiereza.

Gabriel se pasó los dedos entre los cabellos.

—Estrategia —dijo con simpleza—. No sé de qué van tus asuntos, porque apenas sé nada de ti. Pero si una vez escapaste de tus responsabilidades, ya no lo harás.

—Como te comenté ayer, Gabriel, no me interesa que me conozcas. Además, ¿qué diablos haces besándome, cuando apenas ayer conocí a tu amante? —preguntó cabreada de repente al pensar que este hombre tenía una relación con la mujer de la oficina, la tal Vicky. Los hombres solían ser infieles y mentirosos—. Eres un cretino.

El cerebro de él todavía parecía estar reajustándose, en medio de la lujuria. Que no estuviera besándola ya o tocándola, no implicaba que su libido se hubiera calmado.

—¿Te refieres a la mujer de anoche? —meneó la cabeza—. No pasó nada. Aunque fuese una amante, que no lo es, no soy de andar besando mujeres obtusas cuando tengo a alguien a mi lado. Especialmente si existe exclusividad de por medio.

Ella seguía mirándolo, iracunda, pero su cuerpo tenía otra clase de ira y fuego. Que él le acabara de decir que la tal Vicky no era su amante la complació. Pero sus neuronas estaban en un cortocircuito sin igual, así que no iba a analizar los motivos.

—No pensaba que el sonido gutural que salía de tu garganta era una queja —replicó ella agarrando sus zapatos de la arena—. No necesito tus lecciones de vida. Si escapo o huyo, si me lanzo al

fondo del mar o me voy de fiesta al amanecer. ¿Es un asunto de la edad? ¿Es eso? —preguntó riéndose de él, una risa sarcástica e impropia de ella. Gabriel acortó la distancia, pero ella se alejó dando más pasos hacia atrás, desafiante—. No busco un reemplazo de una figura paterna que solo me destruyó la vida. Si lo que te falta es adrenalina o diversión en tu vida, entonces busca un pasatiempo, y déjame en paz. ¿Está claro? —preguntó de nuevo, retóricamente.

El comentario sobre el padre hizo que Gabriel frunciera el ceño. Porque esta era otra pieza del tablero por incorporar al misterio que era esta mujer: aguerrida y vulnerable a la par; seria y sensual; intrigante y también abierta, al menos con este beso. Ella le había dicho, anticipándose, que era un error. Él no la corrigió, porque ese beso era todo menos un error. ¿Un gran inconveniente? Sin duda. ¿Un error? No.

—No tiene que ver con la puta edad —dijo Gabriel. Sí, él tenía doce años más que ella. Sin embargo, le parecía que actuaba como un idiota puberto, no como un hombre de treinta y cinco años, cuando Aubrey estaba alrededor—. Estoy haciéndote un favor, quizá más adelante agradezcas el tener un poco de disciplina y honestidad.

Aubrey soltó una carcajada. Presionó un dedo contra el pecho de Gabriel.

—Ahórrate las lecciones, pomposo arrogante —dijo ella mirándolo.

Él le sujetó la muñeca impidiéndole apartarse, y pegándola contra su cuerpo.

—¿Es importante la edad para ti? —preguntó súbitamente. De aquellas preguntas imbéciles que solía formular su cerebro y que su boca no detenía a tiempo. Lastimosamente, las frases una vez dichas no tenían el botón de eliminar del teclado.

Ella apretó la mandíbula. No sabía qué clase de partida estaban librando en estos momentos, porque todo era confuso y a la vez tan claro. Nunca le había tocado vivir una situación como esta con un hombre. También sabía que este mar de tribulaciones con Gabriel

surgía de la decepción que ella arrastraba desde Bastian. No porque pensara que esto era algo romántico, ¡por favor!, sino porque la manera en que Gabriel impactaba en ella no tenía modo de compararse. Le causaba inquietud.

Aubrey entendía lo que él estaba preguntándole, pero también notaba que Gabriel parecía no haber querido verbalizarlo. «¿Qué era lo que habían hecho?».

—No…

Él la soltó de repente. Soltó una exhalación que más pareció un gruñido.

—Si piensas volver acasa en autobús, estás equivocada. Yo voy a llevarte —dijo él en tono autoritario que no admitía ninguna contradicción—. Vamos, Aubrey.

Ella consideró en mandarlo a la mierda, pero era la una de la madrugada. Los buses solían pasar cada hora o cada hora y media, así que llegaría muy tarde a casa. Además, se moría de sueño y necesitaba, desesperadamente, organizar sus emociones.

—Queda muy lejos —dijo entredientes, caminando junto a él. Sin tocarse.

Gabriel no pronunció palabra alguna, sino que continuó subiendo por la playa, hasta que llegaron a la carretera. Entraron al camino en donde él había aparcado el coche. En esta ocasión no fue con su chofer. Le abrió la puerta a Aubrey y esta, con una expresión de resignación, subió al asiento del copiloto. Gabriel encendió el coche.

—¿Cuál es la dirección? —preguntó encendiendo el GPS. Ella soltó una exhalación y la escribió en el teclado digital—. Redfern —farfulló él poniéndose en marcha. «Además, ella vivía en una de las zonas más inseguras. Otra pieza del *puzzle*».

El perfume de Gabriel la distraía, porque los toques de bergamota con vetiver y sándalo eran envolventes. No sabía si seguía más excitada que enojada o viceversa, pero la certeza era que este hombre dejaba sus sensaciones en un estado de alteración. Hicieron

el camino en silencio. Pero la tensión que se cocía resultaba más elocuente.

Al cabo de veinticinco minutos, Gabriel aparcó afuera de la casa de ella.

—Gracias —dijo Aubrey a punto de salir del auto. La mano de él la detuvo.

Gabriel hizo una negación. Ella enarcó una ceja.

—Espera —replicó bajándose del coche. Miró a los costados y luego rodeó el coche para abrirle la puerta a la mujer. Su padre le había enseñado modales—. Listo.

Aubrey bajó del automóvil. Ningún chico de su edad solía tener esta clase de cortesías. La caballerosidad parecía sacada de algún manual olvidado para su generación. Sin embargo, también hubo una época en la que Bastian tuvo esta clase de gestos con ella. No había terminado bien, como recordaba, ese capítulo de su vida. Así que tomaría esto como un aspecto desconocido de la personalidad de Gabriel.

—Gracias por traerme a casa —dijo ella mirándolo.

Él se guardó las manos en los bolsillos, con la espalda apoyada contra la puerta del coche, el zapato derecho cruzado sobre el izquierdo, esperando a que ella entrara.

—Aubrey —expresó Gabriel cuando la mujer estaba por entrar a la casa.

Ella lo miró por sobre el hombro.

—No fue error —dijo sin necesidad de explicar a qué se refería. Luego le dio la espalda, abrió la puerta del coche y se alistó para marcharse. No creía que podría dormir con placidez, pues sabía quién iba a invadir sus anhelos de alivio sexual. Con un gruñido, dando un golpe sobre el volante del BMW, Gabriel se alejó de Redfern.

CAPÍTULO 6

Aubrey.

Años atrás.

Su madre acababa de salir de una cirugía y estaba recuperándose favorablemente en casa. Craig no dejaba de fastidiar con la maldita tarea de matemáticas y otra de gramática, así que tenía algunos amigos en la sala para ayudarse entre todos. Aubrey, en cambio, llevaba desde los dieciocho años sin tener un respiro. Ir a visitas médicas, acompañar a terapias en el hospital, ayudar con las tareas, limpiar la casa, cocinar, sacar las malezas del césped trasero, trabajar en varios sitios para llegar a fin de mes.

En ninguno de esos intinerarios se contemplaba un poco de libertad: salir con Clarissa, aceptar una cita, tomarse unas copas, cumplir su fantasía secreta de nadar desnuda en el mar, tener sexo ardiente, poder pagar un día de buceo, vestirse linda e ir de fiesta sin preocupaciones. Estaba cansada, agobiada y lo único que su garganta quería hacer era gritar y maldecir. Tenía veinte años, pero ni siquiera aquellas personas que trabajaban de sol a sol perdían la posibilidad de tomarse unos días de vacaciones.

Sin embargo, esta noche no era capaz de seguir siendo paciente. Su mamá tenía una enfermera asignada por el hospital, gracias al cielo, así que por esta vez Aubrey había decidido que dejaría todo de lado. No era insensibilidad ni egoísmo, simplemente no era capaz de sostener un ritmo frenético de estrés sin colapsar. Inclusive semanas antes de la operación de Bonnie, Aubrey había empezado a beber un poco más de lo que haría una joven de su edad. Se embriagó un par de veces y amaneció fatal, pero, aún así tuvo que ir a trabajar. Después había ido a casa de una amiga del barrio, que era estilista, para que le cortara la melena que le llegaba hasta media espalda.

Lilibeth, le dejó el cabello sobre los hombros. Cuando Bonnie la vio, en lugar de reprenderla, como si hubiese comprendido lo que ocurría con ella, tan solo le extendió los brazos y Aubrey se echó a llorar. Su madre la había consolado diciéndole que estaba bien sentirse bajoneada y decaída, pero también que no tenía que sentirse culpable por, simplemente, intentar vivir un poco. Que no se sintiera apenada de querer agregar a su agenda, cosas que hacían los chicos de veinte años.

La comprensión de Bonnie solo aumentó el coraje de Aubrey, como si creyera que su madre lo decía tan solo para jugar con su mente y hacerle una suerte de psicología inversa para que permaneciera en casa. Aunque su mente le gritaba que estaba siendo idiota, Aubrey no entendía lógica alguna. Así que entre sus necesidades más imperiosas estaban las ganas de bailar, hasta que los pies no pudieran sostenerla.

Esa fue la razón de que hubiera aceptado encontrarse en un pub, que sus ingresos no podían permitirse, en pleno centro de Potts Point con Clarissa y el novio de ella, Gerard. Esta área era de usual concurrencia, junto a Darlinghurst, para disfrutar de la mejor vida nocturna que ofrecía Sídney. El costo del cover era de veinte dólares y las bebidas, probablemente, costaban lo mismo. ¿Podía ella pagar algo así? Por supuesto que no. Lo que llevaba en la bolsa era una tarjeta de crédito que tenía el cupo justo para solventar cualquier emergencia. Esta, ciertamente, no lo era. Pero Aubrey estaba en un momento en el que quería ser solo ella quien importara. Un día.

—¿Estás lista? —preguntó Clarissa al verla. Ella llevaba un vestido negro, muy corto, que definía su figura estilizada. A su lado, Gerard la sostenía de la cintura.

Aubrey esbozó una sonrisa. Se había esmerado en su maquillaje. Sombras doradas con negro, un estilo *smoky eyes*, labial rojo que no se salía por nada del mundo, delineador verde oscuro. Pero era su vestido rojo de seda, con vuelos bajos de brillos, el que destacaba. O más bien, la poca tela. Se pegaba a sus nalgas y llegaba unos centímetros debajo de estas, el escote de la espalda era muy bajo, y

sus pechos estaban apenas contenidos por el sujetador que llevaba incorporada la prenda. Sus tacones eran altos y la hacían lucir muy sexy. Se sentía desafiante, segura de sí, osada y volátil.

—Sí, quiero que esta noche signifique algo diferente —expresó sonriente.

—Procura no hacer nada que yo no haría, pero déjate llevar y disfrutar —dijo Clarissa, mientras entraban al bar. Las recibió la fuerza de la música, el brillo de las luces en medio de la oscuridad, cuerpos moviéndose alrededor, camareros que iban y venían, gritos, risas, el sonido de vasos que caían al piso rompiéndose; gente vestida con ropas variopintas. Todos parecían no tener ni un carajo de interés en el mundo.

—Te escribiré si pasa algo especial —le hizo un guiño—. Vamos a la pista.

—Con tal de que ese especial tenga preservativo… —dijo Clarissa sonriendo.

—Veremos —se carcajeó Aubrey haciéndole un guiño.

Los tres fueron a la pista. Clarissa y Gerard, en su mundo, dejándose llevar al compás de las voces que estaban de moda. Luego hubo un recorrido del DJ con la música de los 80´s y 90´s, hasta llegar a lo que estaba de moda esos días. Los gritos, la algarabía contagiosa, los movimientos al ritmo de los *beats* eran frenéticos y agitados. Aubrey no necesitaba que nadie la sacara a bailar; ella quería simplemente dejarse ir.

Llevaba demasiado tiempo tratando de controlar su vida, así que, por esta noche, quería que el destino hiciera su trabajo. Ella solo deseaba pasarlo bien. Se meneó, contoneó y bebió, hasta que empezó a sentirse algo achispada. No quería vomitar ni llegar al punto de perder la conciencia. Esto último arruinaría la noche para Clarissa, así que se moderó. Aubrey no quería ser una carga, sino una compañera de fiesta divertida y que pudiera convertir esta ocasión en una experiencia memorable.

—¿Me dejas bailar contigo? —le preguntó un desconocido al oído.

Aubrey iba a decirle que no, pero al girarse se quedó en silencio. Sin pensarlo demasiado esbozó una sonrisa. El hombre era muy guapo. No en un sentido que dejaba las hormonas aceleradas, sino de aquellos que llevarías del brazo a cualquier reunión con orgullo. ¿Pensamiento extraño? La culpa era de los tres cócteles, sin duda.

—No bailo con desconocidos —dijo con coquetería y una sonrisa.

Él se rio, pero el sonido se entrecortó con la bulla de alrededor.

—Soy Bastian —replicó haciéndole un guiño y la tomó de la cintura. Ella no protestó—. ¿Cuál es tu nombre, sirena? —preguntó al oído con un tono sensual.

Aubrey había perdido la virginidad a los dieciocho años. Su novio de aquella época fue tan inexperto como ella. Lo hicieron varias veces, incontables veces, pero el que siempre se satisfacía era él. La mayor parte del tiempo, Aubrey terminaba la faena consigo misma. No creía, nunca creyó, que esa fuese la dinámica del sexo. Pero la manera en que este hombre la sostenía, como si supiera lo que hacía, la excitó. Las posibilidades de momentos de placer, en los que alguien se ocupara en verdad de ella, en lugar de tener que usar sus propios dedos, hizo que su sangre se agitara con ansias.

—Aubrey, pero me puedes decir Bree —replicó rodeándole el cuello con los brazos—. Tenemos iniciales similares, en cierto punto, ¿qué tal con esa coincidencia?

Él soltó una carcajada. Tenía el cabello rubio claro, ojos verdes y físico atlético.

—Algo interesante, pero que no viene al caso ahora —dijo empezando a moverse con ella al ritmo de la música—. Eres muy sexy, Bree. Asumo que te lo dicen con mucha frecuencia —le murmuró al oído—, aún así no creo que te haga justicia.

Ella apartó el rostro para mirarlo. No parecía alguien de su edad, sino mayor.

—¿Qué edad tienes, Bastian? —preguntó, mientras las manos masculinas le acariciaban la espalda de arriba abajo. Él vestía ropas

costosas y parecía muy dueño de sí mismo. No había un ápice de inseguridad en su forma de aproximarse o tratarla.

Él sonrió de medio lado, haciéndola consciente de su erección.

—Veintinueve —dijo deteniéndose. En el ardor y la necesidad de acercarse a esta mujer, en lo que menos pensó su cerebro fue si era menor de edad. Aunque en Australia se controlaban esos detalles en los bares, alguien siempre se colaba—, ¿tú?

—Veinte —sonrió—, puedo tomar mis propias decisiones, incluyendo beber.

Él la observó con fascinación. Le parecía una criatura exquisita.

—No creo que hayas venido solo —dijo ella, haciendo alusión al grupo de amigos que los observaba desde una mesa distante. Además, todos vestían trajes elegantes. Aunque no desentonaban con los detalles de lujo, sí era obvio que llegaron de otro sitio—. ¿Un viernes por la noche y decidiste divertirte después de la oficina?

—Sí, algo así, trabajo en temas de comunicación. Ellos son mi grupo usual de amigos con los que suelo salir de copas o viajar. Esta vez tuve una semana de mierda, así que haberte visto en la pista —le acarició la mejilla—, me dio la excusa perfecta.

—¿Para…? —preguntó ella con coquetería moviendo las caderas contra él.

—Saber que quiero algo más de ti que solo bailar —dijo en tono ronco—. Y si estás interesada en seguir ese rumbo conmigo, entonces este sería solo el inicio.

Aubrey enarcó una ceja.

—Por una noche suena bien —replicó envalentonada. No por los tres cócteles, sino por la determinación de vivir a tope. Jamás había tenido una noche de sexo con un extraño y sin ninguna conexión de por medio. Su ex de la secundaria fue primero su amigo, así que siempre existió un vínculo de cercanía. Esta vez era diferente.

—¿Tienes apellido, Aubrey? —preguntó mordiéndole el lóbulo de la oreja.

Ella contuvo la respiración. Pero nadie podía notarlo.

—Blackeney… ¿Y tú? —indagó, aunque en realidad no le importaba.

—Durand-Varsit —dijo sonriendo, como si esperara a que ella lo reconociera.

—Me suena de alguna parte —murmuró ella sonriendo—. No es muy común.

Bastian soltó una risa suave e hizo una negación.

—Tengo un grupo de medios de comunicación —dijo con indiferencia, porque no lo hacía para impresionar. Pero le resultó refrescante que esta mujer ignorara su existencia. Eso implicaba que no conocía nada de su vida. Lo cual hacía muy interesante esta conquista—. Una frecuencia radial y dos cadenas de televisión.

Entonces ella cayó en la cuenta. Los Durand-Varsit eran propietarios de las cadenas de televisión más importantes. Aubrey supuso que en el bar, al ser un sitio de alta sociedad, la visita de este hombre no era inusual, pues de seguro era su ambiente regular. En Australia no rechazaban a alguien si podía pagar su cover en un bar. Como ella, esta vez. Nadie tenía que conocer de dónde salía el pago o si estaba en números rojos en su cuenta bancaria. Si tenía el dinero al instante, el resto dejaba de importar.

Ese era el mundo en el que ella se había criado, y este bar era una extensión. Por esa simple razón, conocía y entendía cómo se movían las tuercas del comportamiento y costumbres de gente como su ex familia, los Blackeney. Pero no pensó en ese aspecto, le daba igual si Bastian era o no el dueño de un castillo. Se divirtió conversando, moviéndose, flirteando, bebiendo, riendo y dejándose llevar.

Aubrey bailó un rato más y Bastian no solo le pareció un hombre con gran sentido del humor, sino que sabía qué frases exactas decir para hacerla sentir más bella, a gusto y elevar su deseo sexual con pequeños toques atrevidos. Toques que ella permitía, porque estaba mojada, porque quería experimentar; porque necesitaba esa

conexión. Su cuerpo se dejó ir entre el meneo agitado, el sonido ensordecedor de la música, la algarabía, la adrenalina, la libertad y por ello no tuvo espacio para sentirse culpable por no estar en casa. Porque, se justificó a sí misma, había pasado demasiado tiempo cuidando de otros y mucho tiempo más olvidándose de sí misma. No quería ser un fantasma de veinte años: sin picardía, vivacidad y recuerdos alocados a futuro.

Casi a la una de madrugada, Bastian la invitó a su casa para estar más a gusto. Los amigos de este, cuando él les hizo una señal de que se marcharía, hicieron un asentimiento dando a entender que comprendían de qué iba el asunto. Aubrey le pidió a Bastian unos momentos, porque quería ir al baño con Clarissa. Esta última le exigió que le diera los datos del hombre, así como la dirección hacia la que se dirigía, y pactaron un código de emergencia. No solo eso, sino que en el baño aprovecharon para buscar en Google lo que pudieran encontrar de Bastian. Lastimosamente, aparte de confirmar que era uno de los ejecutivos y herederos de DurVar Corporation, no existían nada sobre su vida privada. Las fotos de su familia eran de sociedad. No salía en eventos con mujeres distintas, sino que siempre iba con la que se señalaba, en los pie de fotos, como su hermana mayor y que también formaba parte de la empresa.

—Estaré al pendiente de que me digas la hora en que llegas a casa —dijo Clarissa con una sonrisa—. Se ve que Bastian te desea. Diviértete. Solo una noche. Sé que no es tu estilo, pero solo se vive una vez y tú necesitas deshogarte y disfrutar.

Aubrey abrazó a Clarissa antes de salir del baño.

—Sí. Solo una noche —replicó—. Te avisaré cuando haya regresado a casa.



Una noche se convirtió en cuatro meses. El tiempo suficiente para que ella se hubiera enamorado de las atenciones, los detalles que

Bastian le enviaba a casa y al hotel. No se veían tanto, porque el horario de ambos no coincidía, en especial el de Aubrey. Ella tenía las guardias en la recepción y también tomaba los trabajos esporádicos que podía. Su madre no conocía a Bastian, tampoco Craig, porque siempre que Aubrey invitaba a su novio a entrar, él la besaba y le decía que en una próxima ocasión, argumentando que iba muy liado. Siempre se portaba caballerosamente; le abría la puerta del coche o la del restaurante al que fueran a comer. El sexo era apasionado, pero, aún así, Aubrey no tenía idea de porqué seguía teniendo ligeras dudas de que tenía que existir algo más; que no era posible que un orgasmo con su pareja fuese igual al mismo que se provocaba con los dedos o el vibrador. «¿Dónde estaba la sensación de que la Tierra temblaba, que la piel se le erizaba y que su sexo palpitaba de necesidad por sentir a Bastian? ¿O quizá estaba tratando de buscar una queja en su historia?».

Luego se sentía mal al hacerse tantos cuestionamientos, porque Bastian se portaba estupendo. Nunca comentó sobre el hecho de que él viviese en Double Bay, y ella en Redfern. En alguna ocasión le ofreció hacerse cargo de todos sus problemas financieros. Cuando Aubrey se lo mencionó a Bonnie, esta le dijo que bajo ninguna circunstancia aceptara dinero de un hombre con el que llevaba apenas unos meses. Que tampoco lo conocía en profundidad para determinar si, luego, le sacaría en cara su ayuda. Aubrey se enfurruñó en aquella ocasión, pero no tuvo más que rehusar la oferta de Bastian. Por otra parte, Aubrey no lo acompañaba a eventos sociales de la empresa, o eventos en general, aunque sí se veía con los amigos de él en bares o sitios discretos. Ella sabía que su novio era una persona muy privada, así que tampoco consideró nunca ir a sorprenderlo a la oficina para almorzar juntos. Él le comentaba la importancia de la privacidad por su alto perfil, así que Aubrey entendía y respetaba.

Estaba enamorada de Bastian, al menos eso creía, porque se emocionaba ante la idea de verlo, le gustaba quedarse en sus horas libres —libres de cuidar a su madre, trabajar en varios sitios— acostada viendo películas en el penthouse de él, llevando una

relación discreta y hablando de todo y nada. Le gustaba que nunca parecía tener suficiente de ella; le enseñaba posturas sexuales nuevas y a redescubrir otro lado suyo, en ese aspecto carnal. Aún así, seguía faltándole algo. Pero no le importaba descubrir "el qué", porque con Bastian se sentía a gusto, consentida y en un solaz en medio de la tormenta de su realidad. Durante unas horas, recuperaba un trocito de la vida de abundante riqueza que una vez tuvo. Una tarde, cuando tuvo una discusión con uno de los ejecutivos del banco, ella llamó a Bastian y le preguntó si podía darle empleo en alguna de las oficinas, radio o televisión, que él y su familia poseían. La sorprendió que le contestara que la única forma de ayudarla era dándole dinero, mas no empleo.

Cuando Aubrey le preguntó el motivo, Bastian le explicó que no le gustaría que en sus oficinas descubrieran que su novia tenía un empleo, porque la tratarían diferente. No quería que pensaran que la inteligencia de ella no había formado parte del trato, sino tan solo la conexión romántica con él. ¿Qué hizo Aubrey? Por supuesto que le creyó. De hecho, cuando esa misma noche se vieron, la pasaron apasionadamente en el fantástico penthouse de Bastian. En una de las salidas con los amigos de su novio, uno de estos, Stephan, le preguntó a ella si ya conocía la casa de Manly Beach. Esta zona quedaba a treinta minutos en ferry desde Circular Quay; en taxi o coche particular no variaba el tiempo. La zona era acaudalada, pacífica y bella.

Ante el comentario, Aubrey notó cómo Bastian se tensaba, pero cuando ella le preguntó si le pasaba algo, este tan solo la besó en la boca fugazmente. Stephan no volvió a hacer comentarios al respecto esa noche, pero ella sí notó que meneó la cabeza, como si estuviera decepcionado, por esa reacción de Bastian. A Aubrey le pareció una actitud curiosa, mas optó por no ahondar en tonterías, sino en divertirse.

La parte más complicada para Aubrey llegó al quinto mes de su relación.

Estaba acostada en su cama cuando sintió un calambre horrendo. Se retorció del dolor, pero no quiso hacer ruido para no despertar a su madre ni tampoco preocupar a Craig. Permaneció varios minutos agitada y con una contracción tan fuerte que gritó en la almohada. No recordaba haber comido nada que pudiera hacerle daño en el hotel o en la calle. Se retorció de nuevo de dolor. A continuación, la sensación de que ese grito le había provocado que se le saliese un poco de orina fue extraña. Asustada, ella encendió la luz y miró las sábanas. Se quedó atónita y sintió un nudo en la garganta del tamaño de la Luna. Estaba manchada de sangre. Su sangre.

Miró el reloj. Eran las once y media de la noche. Entró en pánico. Sus últimas ocho semanas habían sido caóticas con la quimioterapia de Bonnie y también las peleas de Craig en la secundaria, a veces llegaba con una ceja rota o moratones en el cuerpo, y aparte tuvo que doblar varios turnos en el hotel. Esa era la única razón por la que su cerebro no había computado que llevaba varias semanas de retraso con el período. Ahora, al ver las sábanas con sangre, entendía lo que había ocurrido. Así también como lo que había perdido sin saber que estuvo embarazada. Las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas. Solo había una persona que podía ayudarla.

Avergonzada por su falta de precaución, ella se levantó de la cama y fue a lavarse. Sentía el corazón estrujado. Con rapidez recogió las sábanas, jamás le diría nada a su madre; Bonnie ya tenía demasiado en su vida como para lidiar con las confusas emociones de su hija. Aubrey puso la lavadora, después, en silencio, despertó a Craig y le dijo que volvería en un rato, porque tenía que ir a recoger algo que se le quedó en el hotel. Medio adormecido, su hermano tan solo asintió y volvió a dormirse.

Pero esa no era toda la pesadilla que le esperaba.

Aubrey tomó un taxi, usando la tarjeta de crédito que le había dado Bastian y que dijo que la usara para emergencias. «Un aborto espontáneo sin duda entraba en esa categoría», pensó con el cuerpo tembloroso, inquieta y preocupada por su situación. Se dirigió al penthouse que tantas veces visitaba y que conocía al dedillo. El

portero la saludo con una sonrisa, la misma de siempre, y ella le pidió que la anunciara.

—El señor Durand-Varsit no se encuentra, señorita Blackeney —dijo el hombre. Al verla pálida, le ofreció una botellita de agua fresca —. ¿Se encuentra bien?

Ella bebió varios tragos largos. Luego echó la botella de vidrio al basurero.

—No precisamente, no —murmuró. Había llamado varias veces a Bastian, pero solo le saltaba la contestadora. Necesitaba hablar con él y decirle lo que había ocurrido. Quería que la llevara al hospital para que la revisaran. Al fin y al cabo ese bebé que había perdido era de ambos. Se limpió las lágrimas—. Gracias, Joseph.

—Lamento no poder ayudarla más, señorita —dijo el hombre, apenado.

Entonces, Aubrey recordó lo que mencionó Stephan meses atrás. Sobre la casa en Manly Beach. Ella sabía que Bastian no tenía ningún evento esa noche, porque era martes, pero quizá había ido a la casa de esa área —a la que no la había invitado aún— para descansar del bullicio habitual de Sídney. Insistió otra vez llamándolo, pero solo escuchaba la contestadora. Maldijo, desesperada. Aubrey tenía los número de Stephan y Tyler, dos de los cuatro mejores amigos de su novio, así que decidió llamarlos. No le importaba nada. Se sentía terriblemente y no quería ir al hospital sola, no cuando tenía un novio que necesitaba saber lo que acababa de ocurrir. Bastian era tan responsable que no le perdonaría que le ocultara algo como esto y que se fuera sola.

—¿Bree? —preguntó la voz risueña de Stephan. De fondo se escuchaba el sonido de la televisión, pero también lo que parecía ser una chica hablando naderías.

—Hola —dijo nerviosa—, siento molestarte, pero estoy en el penthouse de Bastian. Me dice el señor de recepción que no se encuentra. Lo he llamado más de cinco veces al móvil, pero no me responde. Tengo una gran urgencia. Necesito verlo.

—Calma, Bree —replicó Stephan en tono más serio—. ¿Estás en peligro?

«¿Lo estaba?», se preguntó. Quizá, la respuesta era afirmativa.

—Sí… —susurró pensando en toda la sangre que había perdido. Temblaba.

—Bien, en este momento estoy, mmm, ocupado —dijo en tono de disculpa —, pero si Bastian no está en ese puto penthouse es porque esa no es su casa, Bree.

Ella se quedó en silencio. No comprendía.

—Claro, tiene dos casas…

—Bree, te voy a hacer un gran favor, aunque debí parar esto mucho tiempo atrás. Eres una gran persona, que lo sepas —dijo y procedió a dictarle una dirección en Manly Beach—. Ve a buscarlo. Toma un taxi o puedo enviarte mi chofer.

—Puedo tomar un taxi… —murmuró sintiendo unos cólicos molestos. Sentía también ligeros escalofríos—. Iré a buscarlo allá. Es importante que sepa lo ocurrido.

—¿Qué…? —preguntó Stephan, pero su amante se sentó a horcajadas.

—Nada —dijo Bree—, gracias por el dato. Adiós, Stephan.

Aubrey tomó un Uber. El trayecto se le hizo casi eterno. La tarifa del Uber llegó a cuarenta dólares. Una cifra escandalosa para ella, pero estaba usando la tarjeta de Bastian. Cuando llegó a la dirección que le dio Stephan se quedó boquiabierta. La casa era preciosa, ubicada justo frente a la playa, y en esos instantes solo estaban encendidas las luces de la parte superior. La zona inferior estaba en semipenumbra.

No le pidió al conductor que la esperase, porque iba encontrar a Bastian y quedarse con él. Esto en el caso de que Stephan no se hubiera equivocado. Solo se preguntaba, ¿qué haría Bastian en esta casa cuando vivía en el penthouse en Double Bay? Además, ella creía que esta se trataba de una casa a la que él solo venía a

veranear, para huir de los molestos turistas que llegaban en hordas a Sídney. Ella no tenía idea de cómo iba a decirle lo que acababa de ocurrir. Estaba confusa y triste. Dolorida.

Llamó al timbre dos veces. Intentó poner una sonrisa, pero eso no funcionó.

Al cabo de un instante, la puerta se abrió. Pero ante ella estaba una persona totalmente desconocida. Para ser exacta una mujer, guapísima. Parecía sacada de un catálogo de Victoria´s Secret. Alta, llevaba un salto de cama de seda gris, y pelirroja.

—¿Sí, en qué puedo ayudarte? —preguntó la mujer en tono intrigado.

Aubrey no lograba que su cerebro funcionara al cien por ciento. Sabía que algo estaba terriblemente mal, pero, aún así, su capacidad de negación era más grande.

—Estoy buscando a Bastian…

La mujer frunció el ceño. En ese instante se escucharon pasos detrás.

—¿Quién es, mi vida? —preguntó la voz inconfundible de Bastian.

Aubrey abrió y cerró la boca. Cuando él apareció en el umbral abriendo más la puerta, sin saber de quién se trataba, la quedó mirando con una expresión inicial de horror, pero rápidamente la cambió a una de curiosidad. La pelirroja enarcó una ceja.

—Bastian… —dijo Aubrey con voz temblorosa.

—¿Quién eres? —preguntó la pelirroja, su tono era ahora de enfado.

—Oh, Brenda, ¿verdad? —intervino él como si jamás hubiera visto a Aubrey y cambiándole el nombre a propósito—. No hacía falta que vinieras a traerme el documento que tenemos que firmar mañana. Pero eres una excelente asistente —extendió la mano—, ¿trajiste el pendrive? —preguntó, mientras abrazaba a la pelirroja de la cintura, como si temiera que fuese a irse de su lado de un momento a otro.

—El pendrive —susurró Aubrey consternada. Luego miró a la mujer—: Disculpa, pero no te presentaste, ni yo lo hice. Mi nombre es Aubrey, no Brenda.

—Soy Caroline, pero no entiendo nada —miró a Bastian—: ¿Qué pasa aquí?

—Oh, cariño, ya sabes que siempre confundo los nombres de las personas —dijo, y tuvo la osadía de mirar a Aubrey con una expresión de advertencia—. Simple.

—Aubrey, entonces —dijo Caroline incómoda y apartó a Bastian.

La mujer extendió la mano y Aubrey notó dos cosas. La primera, al abrirse ligeramente el salto de cama gris, un abultado abdomen. Estaba embarazada. ¡Embarazada! La segunda cosa que notó fue un anillo de compromiso con un diamante muy grande y brillante. Aubrey no se pudo contener, se acercó y abofeteó a Bastian. Lo hizo con tanta fuerza que el hombre giró el rostro. La pelirroja se horrizó.

—Vine porque acabo de tener un aborto espontáneo —dijo con lágrimas rodándole por las mejillas—. Porque estaba buscando solaz y quería hablarlo con la única persona responsable de haberme quedado embarazada. Porque quería ir al hospital, mas no quería hacerlo sola. Vine gracias a que Stephan me dio la dirección. Todos estos meses, hijo de puta, me has engañado. Me has tenido como "la otra", mientras vas a casarte con esta mujer que, además, está esperando un hijo tuyo.

La pelirroja, en lugar de enfadarse con la recién llegada, abofeteó a Bastian.

«Doble bofetadas, bien merecidas», pensó Aubrey.

—Te quiero fuera de mi vida, fuera de esta casa y aquí tienes tu maldito anillo. Te doy exactamente diez minutos para que saques tus pertenencias de esta propiedad. Mañana envíalas a recoger con un servicio de mudanzas. No me voy a casar con un hijo de perra que tiene una maldita amante y que, además, la dejaste embarazada —gritó Caroline, furiosa, mientras apoyaba la mano sobre su abdomen —. Cretino.

Aubrey no quiso seguir ahí. Dio media vuelta y se alejó.

Los gritos de Caroline, así como la patética voz de Bastian tratando de justificarse, se fueron perdiendo. No había nada que Aubrey pudiera hacer. No servirían sus reclamos, ni su llanto. Un llanto que no se detuvo. Caminó lo más rápido que pudo, a pesar de los cólicos que sentía, y pidió un Uber. Se dirigió hasta la zona que estaba cerca de la estación del ferry, pero no iba a tomar uno, sino que el trayecto le serviría para tratar de despejar su mente; aceptar su dolor. Esa noche no solo había perdido un bebé, sino también la confianza en los hombres. Su rebeldía le había pasado factura y el precio que acababa de pagar, sintiéndose miserable, triste, emocionalmente destrozada, y confusa, no era cuantificable. Siguió caminando. Se recogió el cabello en una coleta alta. «Lo último que le faltaría sería darse de bruces».

—¡Aubrey! ¡Aubrey, cariño, espera! ¡Puedo explicártelo! —gritó Bastian, con la ventana baja del coche, siguiendo los pasos de ella en la calle—. Lo siento, Bree.

Ella no le prestó atención. Le quedaba poco para llegar a la estación. El Uber ya le había marcado el tiempo en que iba a recogerla: seis minutos. Tiempo perfecto.

—Mi relación con Caroline no es por amor, sino porque quedó embarazada y su familia forma parte de un círculo que beneficia a la corporación de la mía —dijo.

Aubrey soltó una carcajada sin alegría. Se detuvo, cruzada de brazos, lo miró. No le importó que las lágrimas bañaran sus mejillas, menos el dolor de la traición.

—Me negaste. Fingiste que no me conocías. Me trataste como si no fuese importante para ti. Pero, en especial, me has mentido —dijo con enfado y desdén—. Todos los horarios que no concidían, la negación a conocer mi familia, el jamás conocer tampoco a la tuya; que me llevaras a bares elegantes, pero alejados del pleno centro, con la excusa de que querías disfrutar la privacidad. Malnacido, me estuviste engañando todo el tiempo. ¿Estabas ya con ella cuando nos conocimos? —preguntó.

—Aubrey —murmuró en el silencio de la noche. Las calles estaban vacías.

—¡Dime la maldita verdad! —gritó.

—Sí… —reconoció—. Pero no la quiero. Cuando te vi supe no solo que tenía que tenerte, sino que jamás podría funcionar con Caroline. Aunque el día en el que decidí dejarla, ella me dio la noticia de que estaba esperando un hijo, así que no pude…

—¿El día en el que decidiste dejarla? —preguntó con incredulidad —. Tu nivel de cinismo no tiene límites, pero tampoco mi nivel de ingenuidad e idiotez contigo.

—Tengo que arreglar lo que he dejado con Caroline —dijo frustrado—. Pero necesito tiempo para arreglar este enredo. Quiero estar contigo, Bree. Por favor, déjame llevarte al hospital. No puedo permitir que vayas sola. También era mi…

—¡Cállate! No era nada tuyo. Me trataste como un sucio secreto. Si no hubiese venido esta noche, entonces, ¿cuánto tiempo me habrías mantenido en la sombra? —preguntó sin esperar respuesta. Él abrió y cerró la boca—. Me habría dado cuenta, en algún momento; pero no vi las señales, a pesar de que eran tan claras — se rio con rabia contra sí misma—. Eres un excelente mentiroso, debo reconocerlo, pero un amante algo mediocre. No me gusta la mediocridad, ni tampoco los infieles, Bastian. —Sintió un calambre y se abrazó a sí misma—. Supongo que te divertiste follando conmigo, pues ahora ve a seguirlo haciendo con tu prometida. Si es que te acepta de regreso. Te aseguro que te costará mucho ganarte su perdón. Ojalá te haga sufrir.

—Bree… —dijo con la intención de bajarse del coche.

—¡No te atrevas a bajarte, ni a acercarte ni a tocarme! —exclamó.

—Te prometo que haré todo de nuevo. Lo haré bien. Bree, lo siento, cariño.

—¡Vete a la mierda, Bastian!

Ella le dio la espalda y se subió al Uber. Aún tenía la tarjeta de crédito de Bastian, así que con ella pagó el viaje al hospital, pagó la cuenta y luego volvió a casa. Los médicos la revisaron y le dijeron que había abortado teniendo tres semanas de embarazo, que no era necesario ningún tratamiento, y si quería embarazarse de nuevo podría hacerlo. Le dieron el contacto de una psicóloga por si sentía ganas de hablarlo.

Aubrey regresó a la casa e ignoró todas las llamadas de Bastian. Trituró la tarjeta de crédito y echó los pedacitos al váter. Después, le envió un mensaje a Stephan agradeciéndole por haberle dicho la dirección de Manly Beach, pero no le explicó el porqué, pues ambos sabían que no haría falta. Aubrey no podía culpar a los amigos de Bastian por cubrirle las espaldas, pues al final la lealtad se la debían a él. Después entró a darse una larga, muy larga, ducha con agua caliente. Lloró en silencio por sus ilusiones románticas rotas; las mentiras que no quiso ver; su ingenuidad por confiar; lo que perdió con ese aborto; y la decepción del engaño. Fue un trago muy amargo.

Durante las siguientes semanas, Bastian siguió buscándola. Le aseguró que estaba listo para hacer público su romance, que la situación con Caroline fue tensa y que no retomarían su compromiso. Sin embargo, también argumentó que él no podía desentenderse del embarazo y la bebé, sería una niña, que nacería en cuatro meses. Aubrey no respondió ninguno de los mensajes. Finalmente, cuando ya no podía soportar su insistencia, lo amenazó con contar todo a la prensa, con lujo de detalles, y para así romper con la afición de él por la privacidad; amenazó con airear todos los trapos sucios de su relación si no dejaba de hostigarla visitándola o enviándole flores.

Con el paso del tiempo, quizá tres o cuatro meses, Bastian desistió.

Ella no quiso saber ninguna noticia de su existencia y eliminó todos los contactos vinculados a él. No le importaba si se reconciliaba con Caroline o salía con alguna otra mujer. Aubrey

decidió que una noche de rebeldía le había dejado un sabor amargo, porque así sabía la traición, la decepción y las mentiras. Su confianza en el sexo opuesto era el equivalente a sumar cero más cero. Clarissa estuvo a su lado todo el tiempo, apoyándola y escuchándola llorar; después, la vio irse recuperando de a poco y acompañándola. Hasta que, finalmente, Aubrey volvió a sentirse en paz.

Lo anterior no implicaba que pensó en enamorarse, menos cuando comprendió que nunca estuvo de verdad enamorada de Bastian. Lo que le gustó de él fueron sus atenciones, las palabras bonitas, que la hacía reír, que era educado y podía conversar de todo, la sensación de que la sacaba de su habitual hoyo complejo que era su vida familiar —a través de los paseos y escapadas juntos — pero también los momentos en que la escuchaba hablar de sus sueños y ella creía que, en verdad, la apoyaba. Sin embargo, ahora sabía que todo eso había sido parte del engaño para disfrutar de su cuerpo, sin importarle de verdad su corazón. Desde la noche en Manly Beach, ella no fue la misma. Sentía las mismas ganas de conocer a alguien, pasarla bien, pero ya había sido lastimada y engañada, así que erigió sus barreras de nuevo.

Con veinte años, en lo que menos quería volver a pensar era en el amor.

En su futuro solo veía su sueño de estudiar la universidad y un buen empleo. No necesitaba a ningún maldito príncipe que intentara derribar los dragones, cuando bien podía hacerlo ella. Podía librar sus propias batallas. «Quizá, con el paso del tiempo, podría agregar nuevos sueños. Ninguno incluía a alguien del sexo opuesto».

La Aubrey de esa época no podría saber que los dioses estaban carcajeándose.

CAPÍTULO 7

Después de haber firmado el contrato final con Indonesia, el siguiente gran reto para Gabriel y Knox era un tipo de inversión que jamás habían contemplado antes. Sin embargo, considerando el entorno global, sabían que resultaría en una mina de oro. Llevaban un tiempo analizando la información que habían recibido de Seúl, Corea del Sur, pero el paso era gigantesco debido al monto de inversión requerido: quinientos millones de dólares. El máximo de socios admitidos sería de siete, y el porcentaje de retorno sobre la inversión superaba el veinte por ciento. Una verdadera mina de oro. El inconveniente era que el rendimiento tomaría al menos dos años en evidenciarse.

No era cualquier propuesta. LongMind se presentaría como un centro de tecnología avanzada dedicado a la crio-preservación: congelar cuerpos o parte de estos bajo la premisa de que la tecnología evolucionaría lo suficiente para revivir a los que estuvieran en esas cámaras a -169 °C. Parecía salido de un capítulo de *Black Mirror*, pero ya estaba llevándose a cabo en otros países, aunque con perfil bajo. Además, LongMind manejaría un programa de longevidad avanzada. Este implicaría terapias de regeneración celular, tratamientos con biotecnología, sueros personalizados con modificaciones genéticas para ralentizar el envejecimiento y un análisis de ADN individualizado que optimizaría la salud. El plan era ultra ambicioso, pero factible. Estaría enfocado en un público igual al de sus potenciales inversores: millonarios. Gabriel se había reunido con Knox para llegar juntos a un acuerdo y establecer un listado de condiciones para los creadores en Seúl. Se trataba de un proyecto futurista.

Sin embargo, mientras Gabriel observaba la pantalla del ordenador en ese momento, sus neuronas tenían problemas para enfocarse. Ante él tenía varias situaciones por resolver en su

agenda; algunas inmediatas y otras a largo plazo. Ningún día parecía querer darle un respiro. Entre sus próximas actividades no solo incluía varias reuniones en eventos importantes de Sídney —con fines benéficos y en los que Aussie Equinox donaba dinero— sino también almuerzos ejecutivos, razón por la cual nunca comía en la cafetería de la oficina; entregar un par de premios en dos universidades como invitado especial al ser Doctor Honoris Causa del directorio; las invitaciones que súbitamente hacía su madre para reunirse en familia a cenar; las extensas reuniones con gerentes de diferentes departamentos de la empresa. A todo ello se sumaba el asunto de Claudia, su ex era un dolor de cabeza, pero no iba a dejar de ayudarla. Lo había prometido. Knox solía decirle que debería cortar esa mierda.

—Llevas años, Gabe, tratando de ser el caballero de armadura dorada que siempre está para que ella pueda confesar sus pecados o intentar redimirlos —había dicho una noche, mientras bebían unas cervezas—. No me mal interpretes, yo entiendo de dónde surge todo este embrollo. Clau es también mi amiga, pero cree que siempre vas a estar a su lado. Ya no están comprometidos y ella necesita detenerse.

Gabriel había girado la botella entre los dedos.

—Soy su amigo, al igual que tú, ¿dejarías a un amigo en problemas cuando puedes hacer algo para remediar la situación? —había preguntado en tono lacónico.

Knox se había cruzado de brazos.

—Claudia continúa enamorada de ti, aunque han pasado cuatro años desde la ruptura —había comentado—. ¿Qué va a pasar cuando encuentres a alguien, Gabe?

Él se había reído.

—No tengo interés en atarme a ninguna mujer. Mi intención de formar una familia a largo plazo aún continúa en ese estado: largo plazo —había replicado. Después había cambiado el tema, porque no quiso hablar más de Claudia o mujeres.

Pero su ex había sido la razón de que, seis días atrás, él hubiera llegado tarde a la casa de Lynda. Gabriel tuvo que convencer a Claudia de que no estaba bien y que necesitaba cumplir su parte del trato para estar saludable: ingresar a una clínica de desintoxicación y ayuda psiquiátrica. Ella insistió en que, como los médicos del hospital le dieron el alta, ya se sentía estupenda y todo estaba bajo control. También argumentó que tenía a su círculo de confianza para recibir el apoyo que necesitaba: su familia y amigos. Ante eso, Gabriel tan solo se rio, porque esos "amigos" fueron los culpables de que ella hubiera probado las drogas nuevamente. Después de argumentar durante un largo rato, la terca mujer al fin aceptó que él la llevara a Sun and Rise.

Esa era una institución discreta, reconocida y ubicada en una zona muy tranquila. Gabriel supervisó el registro y esperó a que le tomaran las muestras para los exámenes médicos de rutina previo al ingreso. La instó a que ella pagara su propia admisión, primero porque su ex prometida tenía suficiente dinero; segundo, si estaba en esa situación era por culpa de ella misma, entonces tenía que hacerse responsable de sus actos, y él no tenía la obligación de financiar sus desmadres. Claudia le pidió que no la abandonara tan pronto y que mejor charlaran un rato. Gabriel le comentó que tenía un evento de la hermana de Knox y que su asistencia estaba confirmada, que no iba a faltar. El tira y afloja se prolongó varias horas. Por eso, cuando finalmente él llegó a la cena en casa de Lynda, los platos principales ya habían sido servidos.

La familia de Claudia estaba al corriente de su condición. Ella había pedido en Sun and Rise que también tuvieran el número de Gabriel para que lo llamaran si hiciera falta. A él no le gustó el asunto y se lo dejó muy claro. No quería tener nada que ver con los desvaríos emocionales de ella. No le correspondía lidiar con ello.

—Gabe —había dicho mirándolo con lágrimas sin derramar—, no estoy pidiéndote nada grandioso. Solo que permitas que te llamen si yo necesitara algo. He compartido contigo más que con ninguna otra persona; hemos pasado por tanto…

—Claudia, no eres mi novia, ni mi esposa, ni mi prometida, sino una amiga —había contestado, cada vez más cabreado, aunque moderó su tono—. He hecho suficiente por ti esta tarde. Te he acompañado varias horas, a pesar de que tengo un compromiso pendiente. Son casi las diez de la noche y no puedo continuar aquí.

—¿Hay otra mujer? —había preguntado bajando la mirada. La expresión de devastación en su rostro había sido evidente y empezó a juguetear nerviosamente con los dedos de las manos—. ¿Es eso lo que te hace comportarte tan frío conmigo…?

Él se había pasado los dedos entre los cabellos, fastidiado. Pero la condición emocional de Claudia era frágil. Gabriel tampoco había querido ser demasiado brusco.

—Procura recuperar a la mujer optimista, divertida y con sentido común.

—Gabe… —había susurrado, agarrándolo de la mano—. No sé qué haría sin tu amistad o tu apoyo, a pesar de los pésimos momentos que te hice y hago pasar.

Él había soltado una exhalación, soltándose con suavidad. Meneó la cabeza.

—Te dije que siempre sería tu amigo. Pero no abuses de esa posición. ¿Okey? —había replicado—. Las dos promesas que te hice las tengo en mente. Si llegara el momento de la segunda, lo hablaremos, Claudia. Han pasado ya muchos años.

—No quiero compartirte… Podemos recuperar lo que tuvimos, Gabe.

Gabriel evitaba ahondar en ese asunto; sabía que no le haría bien a Claudia. Además, cumplir aquella segunda promesa resultaba cada vez más inviable. Caótico.

Años atrás, cuando aún estaban juntos, ella había sido diagnosticada con endometriosis severa. Embarazarse sería difícil y delicado, aunque no imposible, pues ella tenía una de sus trompas de falopio funcionando; el cuadro era complejo, sin duda. En un momento de vulnerabilidad, Gabriel le prometió que, si a los treinta

y cinco ninguno tenía hijos ni pareja, la ayudaría a ser madre. Claudia, aferrada a esa promesa, había congelado sus óvulos por sugerencia médica. Pero eso había sido antes de que Gabriel descubriera la adicción de ella a las drogas y la profunda depresión, trastocando su relación y el sentido de aquella promesa. Ahora que él tenía la edad acordada, Claudia esperaba que cumpliera su parte. El peso de aquella promesa que no olvidaba, hecha en un tiempo y contexto ahora inexistente, era agobiante para él.

—Enfoca tu energía en la realidad, no en las posibilidades —había replicado Gabriel, porque ya no quería continuar esa clase de conversación—. ¿De acuerdo?

Claudia había tragado saliva, mirado a la enfermera que esperaba a por ella para guiarla hasta la habitación que tenía asignada. Luego le había echado los brazos al cuello a Gabriel y este tan solo le había dado unas palmaditas suaves en la espalda.

—Gracias, Gabe… —había susurrado—. Espero verte pronto cuando salga. Lo que más deseo es recuperarme y demostrarte que sigo siendo la misma mujer de la que te enamoraste años atrás; que ha cometido errores. Pero mejoraré por los dos.

Gabriel no quería desairarla. Su condición era frágil y él no era inhumano.

—Lo harás bien, Claudia —había contestado con simpleza.

Ella había esbozado una sonrisa, besándolo fugazmente en los labios.

—Sé que Calder habría estado orgulloso de mí —había murmurado dándole luego la espalda, mientras empezaba a alejarse de él y se perdía en el luminoso pasillo.

Gabriel se había largado lo más rápido que pudo de Sun and Rise.

Él sentía que, cuando estaba con Claudia, el peso de la muerte de Calder regresaba como un tsunami que sacudía sus emociones. No por ella, sino por lo que despertaba en sí mismo. Sabía cuán amargo era ser dejado de lado por quienes se suponía que debían brindar confianza y afecto. O, como en el caso de sus padres biológicos, por

aquellos que estaban destinados a no abandonar a quien dependía de ellos para recibir cariño y protección. Su lealtad era inquebrantable. Nunca había tenido una situación en la que tuviera que ponerla en tela de duda o en conflicto.

Por lo anterior, entre otros detalles, no dejaba a Claudia a su suerte. Sus amantes no le importaban, le daban igual, porque jamás les hacía promesas. En el caso de su ex era muy distinto. A pesar de esos rollos mentales de Claudia, logró llegar con el tiempo justo, aunque retrasado e irritado, a la celebración del ascenso de Lynda.

Le gustó haber visto a sus amigos, pero no ocurrió lo mismo al ver a Aubrey, pues lo último en su lista de casualidades del día era encontrársela. Además, tampoco le hizo gracia haber presenciado como uno de los amigos de la hermana de Knox, estuvo demasiado cerca de Aubrey. Menos le gustó ver que ella correspondiera al gesto del hombre, al dedicarle una radiante sonrisa. Su propia reacción lo desconcertó.

Súbitamente fue como si se hubiera bebido un cóctel de estrés, agobio y desconcierto: el maldito día en la oficina, lo de Claudia y luego encontrarse con la persona que menos habría previsto: Aubrey. El efecto que la ahijada de Heath provocaba en él lo sacaba de su zona de confort. Quizá fue ese el motivo, injustificado, por el que había explotado contra ella al verla con la maldita figurilla de Murano y la hubiera acusado, insensiblemente, de haber querido robársela. No solo quedó como un idiota ante Lynda, sino que hizo algo que no creía posible lograr con sus actos incoherentes: hacer llorar a una mujer. Ver las lágrimas de Aubrey le resultó terrible. Sin embargo, estuvo tan concentrado en ejercer el papel de imbécil que no reaccionó.

La bofetada que recibió de la mujer terminó de romper las cadenas que apenas lo habían contenido, desde que se conocieron. Solo actuó en consecuencia al besarla. El beso era difícil de quitar de su memoria, pues fue como si su cuerpo hubiera probado un néctar único y dulce. Quería paladearlo de nuevo, pero en un contacto más

íntimo y que lo dejara divagar más profundamente por las texturas y sensaciones.

Esto, por supuesto, era una completa incoherencia e idiotez. La mujer lo excitó y lo llevó casi al límite de su autocontrol con su boca, gemidos y voracidad compartida. Gabriel pudo haberla seducido en esa playa, corriendo el riesgo de ser arrestados por exposición indecente, pero se contuvo a duras penas. Él jamás había tenido sexo con una mujer por simple rabia o con unas ansias de rasgarle la ropa para marcarla con su piel. Pero estaba seguro de que eso era exactamente lo que habría ocurrido si su sentido común no hubiera entrado en juego seis días atrás. Tampoco conocía a ninguna mujer que hubiera provocado que la deseara, hasta el punto de que ese simple hecho lo enfureciera. La intriga que sentía por Aubrey ahora se había intensificado.

El anterior fue el motivo por el que Gabriel indagó superficialmente los datos que tenía sobre Aubrey: provenía de una familia de multimillonarios, tenía un hermano que se llamaba Craig, pero más allá del divorcio de Sergei y Bonnie, así como de desaparecer de la vida social y cambiar de áreas de residencia, no existían más detalles. Gabriel sabía que los millonarios podían quitar datos de internet, para que nadie supiera de sus vidas o eventos que preferían ocultar. Lo sabía, porque tanto él como su familia, así como sus allegados, tenían esa práctica en común. No lo sorprendía que Sergei Blackeney hubiera actuado del mismo modo al divorciarse. «¿Cuál era la historia de Aubrey y su cambio brusco de vida a los dieciocho años?».

Él conocía a los abuelos paternos de ella, Margarott y George Blackeney, a distancia, así como al resto del grupo familiar. Había contratado en una ocasión o dos, cuando estaba en sus 20´s, los cruceros Royal Cross para vacacionar con sus amigos. Pero no tenía amistad cercana con los Blackeney. Prefería que cualquier referencia a esa historia surgiera de la fuente misma: Aubrey. Aunque estaba seguro de que la mujer optaría por quemarse con aceite hirviendo, antes que hablar de su vida personal con él. No obstante, indistintamente de lo anterior, procedencia o carencias o fortuna,

Gabriel no iba a ser blando con ella en la oficina. Su intención inicial, al haber aceptado la petición de Heath, se mantenía inamovible: que Aubrey aprendiese lo que implicaba el trabajo honesto, consistente y arduo. Por esa misma razón se preguntaba qué había estado haciendo la mujer los últimos seis días. Llevaba todo ese tiempo sin acercarse al piso en el que estaba su oficina. Los que llevaban su café eran Douglas o Jack. No es que Gabriel estuviera contando los días, no, pero la situación empezaba a irritarlo.

¿Por qué? Porque controlaba su entorno de trabajo y pretendía que sus empleados siguieran sus directrices. Si Aubrey estaba evadiendo el trabajo, al asignarle los turnos a sus compañeros de cafetería, entonces iba a redoblarle las tareas que ya había ordenado que le encomendaran: reorganizar los archivos físicos de la biblioteca, buscar mejorar la sala de *brainstorming* con detalles diferentes, estar al corriente si el departamento de limpieza tenía todo el inventario completo, controlar que la temperatura del aire acondicionado central se mantuviese en los 21 Celsius. No le importaba si eran tareas absurdas. No quería que pudiera evadir responsabilidades.

El trabajo de ella, como asistente de cafetería, consistía en llevarle el jodido café a mitad de la mañana, en lugar de intercambiar turnos o tareas con los camareros de Ambrose. La ausencia de Aubrey, lejos de permitirle concentrarse mejor, lo que estaba haciendo era cabrearlo a medida que pasaban los días. De hecho, llevaba más de quince minutos con una hoja de Excel ante él y no era capaz de encontrar el error.

Lo anterior solía tomarle dos minutos en resolver. Pero su mente parecía tener otras ideas. Aparte tenía que concluir esa revisión, porque en la noche tenía un maldito evento de la agencia Reuters en el que se premiaba a la mejor fotografía urbana. Sus padres apoyaban incontables actividades artísticas. El que solía acudir a este tipo de actividades era su hermano más pequeño, Samuel, pero estaba enfermo. Así que Gabriel aceptó cubrirlo. Hans, su hermano del medio, estaba por trabajo en Brisbane.

—Señor St. James —dijo Herzog, su asistente, abriendo la puerta. Estornudó y luego se sacudió la nariz—. Disculpe, pero no hemos reconfirmado su agenda. Me retrasé, porque en la planta baja la recepcionista me pidió que la ayudara a organizar la correspondencia. Creí necesario dejar claro que su oficina, a través de mí asistencia, siempre está al pendiente de los empleados sin importar el rango —sonrió, satisfecho.

Gabriel lo miró, cabreado. No solo por la interrupción, sino por el retraso.

—Si estás enfermo, lo que menos deberías hacer es venir a trabajar. Además, te he llamado varias jodidas veces, porque tengo que salir a una reunión urgente y no me has pasado los informes finales que Knox y yo trabajamos ayer —bramó Gabriel—. Me importa un maldito bledo si ayudas a la recepción o al sistema nacional de telecomunicaciones. Te pago para que estés en ese escritorio —señaló con el dedo, a pesar del vidrio arenado, hacia la dirección en la que se sentaba Herzog—, no yendo a deambular por los pasillos para asistir a otros. ¡Vete a la enfermería ahora!

Herzog tragó saliva, nervioso, e hizo un asentimiento. Su contextura era delgada, su expresión siempre parecía alterada y se vestía de manera muy colorida. Gabriel no tenía problemas con la indumentaria de sus empleados, pero Herzog creía que necesitaba utilizar la paleta de colores más estridente a diario. Eso era un fastidio.

—Oh, solo es alergia aleatoria —luego estornudó en el pañuelo. Sacó el iPad —, lamento muchísimo el retraso, señor St. James. También me llamó Knox para darme instrucciones justamente —sonrió de forma tímida—, sobre esos documentos. Aunque él me pidió que antes de que abriera el archivo del proveedor de la maquinaria nueva, para el sistema de aire acondicionado central, primero se lo pasara a usted.

Gabriel tamborileó los dedos sobre el vidrio. Estaba perdiendo la paciencia.

—No veo esos documentos en mi correo —señaló, cada vez más enfadado. Herzog volvió a estornudar y Gabriel dio un puñetazo sobre la mesa—. Te quiero fuera de mi oficina en este momento. ¿No comprendiste? ¡Llévate tus gérmenes a la enfermería! Si estás con algún virus, entonces te voy a descontar el día, de tu salario, por irresponsable, al venir a trabajar en esas condiciones. Pones en riesgo al personal.

Herzog se estiró el cuello de la camisa y se rio por lo bajo, preocupado.

—Oh, ya tengo aquí el informe del proveedor, que es el más rápido de revisar —dijo el hombre con dedos temblorosos. Estaba con fiebre, pero no quiso faltar al trabajo. Le envió el archivo al CEO, no se atrevía a tutearlo—. Listo, señor St. James —sonrió, aliviado—, ya puede abrir el documento. Me iré a enfermería ahora. Supongo que no espera que comprobemos las actividades de su agenda de la tarde…

—¡He dicho que te marches, Herzog! —exhortó.

En los siguientes segundos ocurrieron dos cosas al mismo tiempo.

La primera, Aubrey apareció en el umbral de la puerta con el café del día, preparado exactamente como Ambrose le había indicado que Gabriel lo tomaba. Momentos antes, ella pasó por la oficina de Knox y tuvo una charla interesante sobre el proyecto de IA. De hecho, él la invitó a quedarse si tenía tiempo, después de la jornada laboral, con el equipo que estaba armando el plan para que tuviera una idea.

Lo que no le emocionaba en absoluto era estar allí, en ese preciso instante, observando la expresión iracunda de Gabriel y el asistente de este, Herzog, al borde de un síncope. Ella habría preferido mantenerse lo más lejos posible del CEO, sobre todo después del beso de la semana anterior, que había despertado una necesidad carnal que llevaba tiempo reprimiendo con éxito. Pero tampoco poseía más excusas para ausentarse del piso gerencial. Ya no podía alegar que estaba ocupada en otros departamentos ni perder el tiempo sacando brillo innecesario a la vajilla. Jack y Douglas ya

habían atendido esa área todos los días pasados y las rotaciones eran parte de las exigencia de Ambrose. Tarde o temprano tenía que enfrentar y ver a Gabriel.

La segunda cosa que ocurrió, en la oficina, fue que el CEO dio clic al enlace del correo enviado por Herzog y toda la pantalla de su computadora se volvió de color negro. Atónito, movió el mouse varias veces; apagó y encendió el ordenador. La pantalla continuaba en el mismo estado. Miró a su asistente con ganas de ahorcarlo con sus propias manos. Se incorporó lentamente de la silla y apoyó las palmas sobre el vidrio, mirándolo. No quería fijarse en la mujer de cabellos castaños aún, porque prefería enfocarse en la conversación que iba a tener con el inútil de Herzog. «Ahora que Aubrey decidía aparecer, pues para ella también tenía un par de observaciones».

Gabriel vio con horror el mensaje que salió a continuación en la pantalla:

Sus documentos han sido cifrados y encriptados con un algoritmo seguro.

Cualquier manipulación por su cuenta implicará la eliminación permanente de sus archivos. Si quiere recuperar estos últimos debe pagar 10,000,000 de dólares.

Para recibir instrucciones del pago en criptomonedas hágalo escribiendo a securehelpers@moron.onion ¡El tiempo empieza a correr en su contra!

Tiene quince horas o su información se enviará a su competencia.

—Herzog —dijo en un tono peligrosamente bajo, cuando el hombre estaba a punto de abandonar la oficina—. ¿Qué maldito documento fue el que me enviaste?

—El primero es de la oficina del proveedor, el segundo el de Knox —replicó en tono preocupado; jamás había visto a su jefe con una expresión asesina en la mirada—. Informe_Ventas.docx. ¿Fue el que abrió ahora? —preguntó. Gabriel hizo un asentimiento—. Ese lo

recibí directamente desde la oficina de la asistente del señor Murrabey, tal como ha sido desde que usted quiso saber del tema del aire…

Gabriel giró la pantalla hacia Herzog, y quedó también a la vista de Aubrey.

Ella elevó ambas cejas y llevó una mano a la frente. Consternada.

—Herzog —dijo Aubrey con suavidad, aunque nadie estaba dirigiéndose a ella. Podía entender la rabia descomunal de Gabriel—. ¿Me dejas ver tu iPad, por favor?

—Sí… sí… Claro, aquí tienes —dijo cubriéndose la boca para toser.

Aubrey revisó el contenido e hizo una mueca. Después, sin hablar con Gabriel, salió de la oficina y se sentó en la silla del escritorio de Herzog. Comprobó un par de cosas y notó que todo funcionaba bien. El *malware* no había contaminado la computadora de Herzog, porque este no había abierto el archivo, sino que lo reenvió directamente a Gabriel. Un hacker suplantó la identidad del proveedor con el que estaba comunicándose el asistente e introdujo un *ransomware:* un script para secuestrar la información y así pedir un rescate para liberarla. Gabriel al confiar en su asistente y abrir el archivo hizo que se activaran los códigos que le dieron acceso a los criminales.

Ella soltó una exhalación. Antes de apartarse del escritorio vio que Knox aparecía por el pasillo y entraba a la oficina de Gabriel con prisas, después llegó Fabien Larsen, el gerente de IT, y la voz contrariada del CEO resonaba en el pasillo.

Aubrey regresó a la oficina con la intención de llevarse el café, porque no creía que Gabriel fuese a bebérselo. Entró con absoluta discreción y dejó el iPad de Herzog a un costado, quien por cierto ya no estaba alrededor. Gabriel estaba cruzado de brazos con una expresión colérica, mientras Fabien le explicaba con rapidez lo que acababa de suceder. Aubrey tan solo escuchó en silencio las conjeturas, así como los procedimientos que podrían seguir para liberar la información sin pagar el rescate.

En menos de cinco minutos, en la oficina de Gabriel estaba el equipo de especialistas de IT con sus respectivas portátiles. Todos sentados en la mesa central del despacho. Aubrey escuchaba cómo Fabien daba órdenes y también el sonido rápido de los teclados. Gabriel estaba al teléfono con los abogados, por si la situación se descontrolaba y necesitaban hacer un control mayor de daños; los de relaciones públicas, porque el panorama era complicado ya que la información de Gabriel era sensible. Si pasaba el tiempo y no lograban zanjar esta situación, los datos irían a la competencia, así como al público, probablemente. Contratos, base de datos y demás.

Todas las reuniones del CEO, dentro y fuera de la oficina, se suspendieron.

La prioridad del departametno de IT era liberar los archivos.

—Gabriel —dijo Fabien en tono diligente—, acabamos de activar el plan de emergencia, desconectamos todos los sistemas de red y estamos evaluando la magnitud del ataque. Queremos constatar que no haya contaminación más allá de tu terminal y en el caso de que sea así, evitar la propagación del *malware* —expresó.

Aubrey continuó en silencio y estuvo a punto de marcharse.

—Bree —dijo Knox, llamándola del modo en el que ella le pidió que podía decirle. Aubrey se giró con una sonrisa—. ¿Crees que puedas ayudar al equipo de IT?

Ella primero miró a Gabriel. La primera vez en que sus miradas se conectaban desde la playa. El ligero cosquilleo en la piel que sintió fue inequívoco, pero no quería aceptar la sugerencia de Knox, porque sabía que el CEO podría decir alguna idiotez.

—No creo que sea mi posición, Knox, pero aprecio…

—Quédate si tienes la certeza de que puedes colaborar —dijo Gabriel sin apartar la mirada de ella—. Sigue las órdenes de Fabien y no creas que es un ascenso.

Aubrey soltó una exhalación. Alrededor, los seis ingenieros continuaban trabajando sin prestarle demasiada atención, salvo por Gabriel, Knox y Fabien. Ella no iba a discutir en esos momentos

sobre lo tonto del comentario. Su interés estaba enfocado en lo que pudiera aprender y recabar con los expertos. Sería su primera oportunidad de poder verlos trabajar. Ella aprendía rápido y quizá podría ayudarlos.

—No hay problema —murmuró con seriedad. Después miró a Knox y le dedicó una sonrisa de agradecimiento—: Procuraré hacer mi mejor esfuerzo, gracias.

—Sé que puedes, Bree —dijo el apuesto director financiero, CFO —. Solo pon en práctica lo que crees que esté a tu alcance. Apreciaremos la ayuda que puedas dar.

Aubrey hubiera querido abrazarlo por la confianza que depositó en ella.

—Tu trabajo no consiste en ser motivador profesional, Knox, así que, mientras esta mierda se resuelve, intenta adelantar el análisis de los documentos para Seúl para tomar decisiones acertadas —intervino Gabriel mirando con fastidio a su amigo.

Knox contuvo una sonrisa y se encogió de hombros.

—No tengo una portátil —dijo Aubrey—. ¿Puedo usar la tuya, Gabriel? —preguntó señalando la MacBook Pro, sin usar, sobre el escritorio—. Será más rápido que si me siento junto a los ingenieros a observar, pero sin hacer algo productivo.

—Sí. Conéctala a la red en la que están trabajando todos —dijo Gabriel. Se aproximó y le sostuvo la silla, que él usaba, para que Aubrey se acomodara. Al hacerlo, la cercanía de sus cuerpos crearon chispas. Ella contuvo la respiración cuando sus dedos se rozaron de repente, Gabriel no fue inmune al contacto súbito con la piel suave —. No busques información que no te compete. Ahora, empieza —expresó él.

—No es como si mi interesara revisar tus archivos de porno y fuese a compartirlos con los demás —farfulló en un tono bajo y que solo Gabriel escuchó.

Él se inclinó como si fuese a darle un cable o acomodar algo en el escritorio.

—Lo que menos me hace falta es algo tan burdo como eso, cuando tengo la plena capacidad de recrear las fantasías en carne y hueso, Aubrey —expresó Gabriel.

La mujer se sonrojó, pero no se tomó la molestia de replicar, en especial porque un montón de inconvenientes imágenes sexuales con Gabriel, en la que ella era la protagonista, empezaron a recrearse con una libertad que no les había otorgado.

Él se apartó y ella se enfocó en la tarea asignada.

El equipo de IT se puso a trabajar a toda velocidad y desplegaron herramientas para asegurarse de que el *ransomware* no se hubiera propagado por la red. Esto era algo que Aubrey no creía que hubiera ocurrido, pero se mantuvo callada, porque sí era necesario que, por protocolos, los ingenieros tuvieran esa certeza en firme. Además, ella solo era una ayuda, mas no una parte real del equipo. Los especialistas se dividieron las tareas para tratar de ingresar a la computadora de escritorio y liberar los archivos secuestrados. Todos estaban conectados a la misma terminal para realizar tareas simultáneas y varias pruebas con más velocidad. El tiempo les jugaba en contra.

Uno revisó la bitácora digital del servidor; otro analizó el tráfico sospechoso; un tercero hizo un escaneo para revisar si habría otro equipo comprometido aparte del de Gabriel. Dos expertos constataron los respaldos de información en el caso de que se necesitaran restaurar, mientras el último investigaba las bases de datos globales para saber si existía una manera de descifrar los archivos sin pagar el rescate. El gerente de IT estaba supervisando y también organizando un plan de contingencia. Aubrey colaboraba en todo lo que le pedían, pero al estar usando la portátil personal de Gabriel tenía acceso a otras herramientas que le permitían hacer sus propios *tests*.

Cuando sumaron seis horas de trabajo, Fabien se levantó, frustrado.

No hubo descanso. Solo el equipo de Ambrose subía a dejar algún tentempié, cafés y té. Pero los teclados no dejaban de sonar y la

concentración era máxima.

—Gabriel —dijo el gerente de IT—, no logramos encontrar la clave de cifrado para desbloquear el jodido ordenador —se pasó los dedos entre los cabellos—. Me temo que la única solución es que se paguen los diez millones dólares —expresó.

—¿Qué carajos significa eso? Pago miles de dólares a tu departamento, Fabien, y se supone que este grupo de ingenieros son los más capacitados para algo de este calibre —dijo el *CEO*, se había quitado la chaqueta y la corbata, estaba consternado.

Además, Gabriel le pidió a Zeik que despidiera a Herzog. No solo tenía gripe, sino que estaba sufriendo de una infección estomacal. Su irresponsable incompetencia incluyó que el hombre confundieran los puntos de la agenda del día, algo que Gabriel no podía disculpar, porque una reunión perdida eran miles de dólares echados a la basura; además, lo había metido en este embrollo al no verificar los archivos que enviaba. Al *CEO* le daba igual si lo ocurrido con esos ciberdelincuentes era una suplantación de identidad o lo que mierda hubiera dicho uno de los ingenieros. En su controlado mundo laboral, Gabriel no admitía mediocres, vagos ni irresponsables.

—Ciertamente, pero el cifrado AES-256 es muy compacto y matemáticamente jodidísimo de descifrar con tan poco tiempo. Hemos tratado múltiples vías y no logramos encontrar la clave para romper el candado que mantiene tus archivos.

La pantalla principal de Gabriel estaba girada hacia el grupo de ingenieros en sistemas, esta continuaba en negro. Es decir el mismo color del humor del magnate.

—Nos quedan casi nueve horas —dijo Knox, después de haber concluído el informe que necesitaba para Corea del Sur había regresado a la oficina de Gabriel. Ya eran casi las cinco de la tarde—. Si pagamos el rescate, entonces considerarán que nuestra empresa es un blanco seguro y recibiremos ataques más frecuentes de esta clase. Aunque podamos bloquearlos siempre habrá algún "Herzog" que aparezca.

Todos soltaron una risa queda que rompió el estrés de la frenética jornada.

—Gabriel —intervino Hunter, uno de los ingenieros—, las herramientas con las que contamos en la empresa son amplísimas, pero lo que dice Fabien es cierto. Nos puede tomar hasta veinte horas continuar en este proceso. Te dieron solo quince.

—A mí no me interesan las excusas. Solo los resultados y, además de explicaciones técnicas que no necesito conocer, no estoy recibiéndolos —señaló la pantalla negra del ordenador—, porque sigo sin poder acceder a mis putos archivos.

Fabien tan solo hizo un asentimiento, frustrado consigo mismo.

Mientras los hombres discutían, Aubrey se negaba a aceptar la derrota. Sí, era cierto que el margen de tiempo era estrecho, así que decidió romper con las directrices bajo las que estaban trabajando todos. Lo intentó a su manera. Sabía que muchos *ransomwares* dejaban rastros en la memoria RAM del ordenador en el que se abría el archivo contaminado. Así que ejecutó un volcado de datos con la herramienta DumpIt, antes de que la RAM se limpiara. Su dedos volaban sobre el teclado, mientras su cerebro maquinaba a la misma velocidad e iba analizando la información. Encontró fragmentos de la clave de cifrado escondidos en el sistema. Esbozó una sonrisa para sí misma, sin darse cuenta que Gabriel la había estado observando casi todo el tiempo.

Ajustó un descifrador y combinó varias pruebas que le tomaron ejecutar alrededor de dos horas extras. Los ingenieros continuaban en sus tareas. Pasaron veinticinco minutos más y Aubrey logró desbloquear los archivos. Para asombro de todo el equipo de IT, la pantalla de Gabriel se iluminó. Los documentos estaban intactos en el monitor del escritorio que, hasta hacía unas horas, permanecía en negro y con el mensaje del rescate en pantalla. Atónitos, los ingenieros la miraron. La mujer, sin recibir ni un cuarto de salario de todos ellos juntos, había resuelto el problema.

Aubrey le había ahorrado diez millones de dólares a Gabriel y a Knox.

Ella esbozó una sonrisa y soltó una carcajada de triunfo, mas no arrogancia, así como de felicidad por haber persistido y, en esta ocasión, ganado a los ciberdelincuentes. Apartó el rostro de la portátil de Gabriel y se incorporó de inmediato. Su intención era marcharse lo antes posible, porque ya estaba sobre las siete de la noche. Había perdido la noción del tiempo; eso era lo que le ocurría cuando estaba frente al ordenador. Siempre. No obstante, al mirar alrededor se quedó estática.

La atención de nueve ejecutivos estaba sobre ella. La observaban como si fuese el genio de la lámpara de Aladino que acababa de crear magia. Aubrey se sintió súbitamente consciente de sí misma y sonrió con timidez. Pronto los brazos de Knox la rodearon con efusividad, mientras los demás aplaudían con sinceridad. Ella se echó a reír, y devolvió el abrazo al CFO, al tiempo que escuchaba felicitaciones de los hombres de la oficina. Estos se levantaron para conversar con ella sobre su proceso.

—Bree —dijo Knox sosteniéndola de los hombros—, estás oficialmente contratada para trabajar con el equipo de IT. No puedo dejarte ir de nuevo a…

—No es tu competencia hacer contraofertas laborales a las ya existentes —interrumpió Gabriel—, y ya puedes soltarla. No vino aquí a hacer vida social.

Knox le hizo un guiño a Bree y luego la soltó con suavidad. Ella sonrió.

—Gracias, Aubrey, por tu colaboración, estelar debo remarcar, y que acaba de ahorrar a la empresa diez millones de dólares —expresó mirándola con una mezcla de asombro y también respeto. Luego se dirigió a sus ingenieros—: Todos tendrán un descuento del veinticinco por ciento en su salario del mes por incompetentes. No es posible que una persona sin estudios académicos, que usa los ordenadores por hobby, fuese la que salvara mis archivos y también quien evitara el desembolso de un rescate millonario. Mientras ustedes, con gran experiencia y muchas horas de práctica

profesional a cuestas, no hayan podido lograrlo —dijo con seria determinación.

—Joder, Gabriel —expresó el gerente de IT—. La mujer es un genio. —Ante el cumplido, no dirigido a ella directamente, Aubrey sonrió con regocijo por el reconocimiento—. No se trata de incompetencia. Cuando existen personas con ese coeficiente intelectual y habilidades por sobre la media, no hay real competencia.

—Pues intenta mejorar el nivel de tus ingenieros si quieres mantener tu cargo —expresó Gabriel con severidad—. Los quiero a todos fuera de la oficina. Ahora.



Los de IT se marcharon, murmurando una disculpa al CEO y al CFO, pero también acercándose a Aubrey para felicitarla de nuevo, sin resentimientos de por medio. Knox salió de despacho, y ella también se encaminó hacia la salida, pero la mano de Gabriel le sujetó la muñeca, deteniéndola al instante. Aubrey se quedó a medio andar.

—Gracias —dijo Gabriel mirándola a los ojos—. Había dudado de tus habilidades, pero hoy me demostraste que ser aficionada también tiene mérito.

—Cuidado, Gabriel, no quiero tener la impresión de que eres amable conmigo.

—No. Solo digo lo que es preciso —replicó—. No vas a trabajar con Knox, así como tampoco me parece correcto que tengas demostraciones de cercanía con él.

Ella elevó ambas cejas a la par. Luego se echó a reír.

—Eres realmente ridículo —dijo y miró el reloj—. Voy a aceptar la propues…

—Herzog ya no trabaja para mí, lo despedí por mediocre e inepto, y no puedo quedarme sin asistente —expresó—. Así que vas a

trabajar de ahora en adelante para mí. Si quieres colaborar en los proyectos de Knox, primero tengo que aprobarlo yo.

Aubrey abrió y cerró la boca. «Este hombre era imposible».

—Déjame entender —dijo procurando que la cercanía de Gabriel no le alterara más el pulso—. Voy a dejar de trabajar en la cafetería, porque ahora seré tu asistente personal, dado que despediste al que causó todo este embrollo. —Él asintió—. Pero solo puedo colaborar con Knox y el departamento de IT si apruebas el proyecto que él tenga en mente, ¿es correcto? —preguntó enfadada—. Por lo que acabo de hacer merezco que me des una bonificación, en lugar de marcar prohibiciones laborales.

Gabriel dio un paso hacia ella, hasta que Aubrey no tuvo más remedio que apoyar la espalda contra la pared más cercana. Una mujer hermosa podía excitarlo, pero una que lograba hacer un barrido con los cerebros de siete expertos en tecnología y desarrollo de *software*, lo volvía loco a unos niveles brutales. El detalle problemático de esa realización era que la única que cumplía ambas características era Aubrey. Una mujer cuya historia desconocía, pero, aún así, sentía la compulsión de descubrir.

—Tus bonificaciones o no, las decidiré yo. Knox tiene sus propios asuntos como CFO. Sus proyectos de IT son esporádicos. Cuando termines de trabajar en el horario regular como mi asistente, resolver con eficiencia mi agenda y organizar todo lo vinculado a mis asuntos, te autorizaré que vayas a asistir a Knox en sus temas —replicó—. Tu prioridad es mi oficina y que todo fluya sin interrumpir mi itinerario.

Ella no quería que estuviera tan cerca. La última vez que eso ocurrió no salió como esperaba. Todas sus emociones habían sufrido una fuerte sacudida sensual.

—Puedo manejar mi tiempo con eficiencia —susurró mirándolo. Gabriel la irritaba y la dejaba confusa a la par. Su corazón se agitaba irremediablemente cuando estaban tan cerca. Eso la desconcertaba y era muy parecido a estar a punto de perder el control—. ¿Me aumentarás el salario al trabajar ahora como tu asistente o también

debo continuar en la cafetería? —preguntó, porque no aceptaría más responsabilidades por la misma compensación. Gabriel sonrió—. ¿Por qué sonríes?

—Vas a continuar haciendo mi café, como parte de tus responsabilidades —replicó consciente de que ella podía sentir su erección, mas no le importaba. Aubrey enarcó una ceja—. Pero sí, como mi asistente, te aumentaré el salario. ¿Conforme?

Aubrey le dedicó una sonrisa e hizo un asentimiento. «Podría hacerle el maldito café, pero echaría algún ingrediente raro, los días en que se portara ridículo u obtuso».

—Conforme… —murmuró Aubrey absorta en los hipnóticos ojos azules.

—Bien —dijo Gabriel deslizando la mano hasta dejarla en la cintura de ella.

—Bien —repitió Aubrey. Su pecho subía y bajaba con rapidez.

—Esto no puede pasar —susurró él. Su cuerpo estaba en sintonía con el de Aubrey de un modo casi primal, como si existiera una conexión, aún vestidos. Lo excitaba que esta mujer fuese una caja de sorpresas y certezas por descubrir—. Esta es una relación de jefe-empleada, así que no quiero que sientas que tomaría ventaja.

«Apártalo, ahora. Él te dejará marchar si lo haces. Hazlo», se repitió ella.

Mas no hizo caso, por supuesto. Porque el pálpito de su cuerpo se lo impidió.

—Claro que no, Gabriel —farfulló ella—. Para que eso existiera, entonces yo tendría que ser ajena al hecho de que estás tratando de justificar tus ganas de besarme.

Gabriel soltó una carcajada ronca y breve, cerca de los labios femeninos.

El juego era peligroso, pero más lo era la irrefrenable pasión que ardía entre los dos. Él sabía que estaba en el lugar menos oportuno; sin embargo, lo que había conseguido Aubrey en las últimas nueve

horas lo asombró y excitó a la par. Porque, aunque los hombres eran seres muy simples, él, en específico, daba puntos extraordinarios a las mujeres que poseían un cerebro capaz de igualar o superar sus expectativas. De esta clase, la primera que encontraba estaba ante él. Quizá era su maldito mecanismo de defensa, pero Gabriel podía separar el deseo de la confianza. Esta última, al menos por ahora y en términos de desempeño laboral, ella se la había ganado. Pero la primera imagen que se formó de Aubrey, al verla robando en su casa, no era fácil de suprimir o eliminar. No obstante, en el deseo solo era preciso sentir.

—¿Eso cómo te hace sentir? —preguntó sujetándole la mejilla con la mano.

—Mmm, las palabras se me dan bien, pero no en este instante —sonrió ella.

En esta ocasión, rompiendo toda lógica, fue Aubrey quien acortó los milímetros que apenas los separaban. No lo besó, sino que tan solo le dio un ligerísimo mordisco en el labio inferior a Gabriel. Fue el detonante para que se abriera el dique de contención que había estado fluctuando entre los dos. Él enterró los dedos entre los cabellos femeninos y su boca selló la de ella con fuego. Sus lenguas bailaron el silencioso compás de la pasión carnal. Aubrey saboreó ardor, poder puro, toques de café y masculinidad cruda en cada encuentro de esta danza sin igual. Ese era el sabor de Gabriel, embriagador; le tomó pocos segundos perderse en él y olvidar el sitio en el que estaban, quién era ella o las razones por las que estaba enfadada con este hombre o si acaso en realidad lo estaba. Él le acomodó el rostro y profundizó el beso.

Gabriel deslizó las manos hasta las nalgas de Aubrey, la acercó mucho más para que no hubiera ni un centímetro de distancia entre ambos, ella se dejó acomodar a gusto. Cada uno de los músculos firmes del torso masculino se presionaban contra la estructura femenina que era más suave y voluptuosa. Los labios de ambos bullían de pasión. Ella gimió contra la boca de Gabriel, mientras él llevaba la mano bajo la falda del vestido gris de Aubrey. Subió hasta

encontrar las bragas, apartó la tela con los dedos y tocó la humedad entre los labios íntimos. Soltó un gruñido, complacido.

—Gabriel… —susurró clavándole las uñas en los hombros.

Él la empezó a acariciar, recorriéndole el vértice con los dedos, para mojarla con sus propios fluidos, mientras Aubrey movía las caderas buscando algo que solo Gabriel podía darle. El beso nunca se rompió, sino que se volvió más voraz y exigente. Ella movió la mano para apretar el bulto duro que presionaba contra la tela del pantalón; acarició la erección. Gabriel le introdujo dos dedos en el sexo. Aubrey gimió contra la boca de él. Se mantuvieron en un vaivén de caricias. Los dedos masculinos se movieron con más rapidez. Aubrey succionó la lengua de Gabriel y continuó creando fricción sobre el sexo erecto, le gustó escuchar brotar de la garganta de él un gruñido de gozo. Disfrutaron el frenesí y cómo parecían no tener suficiente del otro.

—Tanto me deseas, Aubrey —dijo Gabriel con todos sus sentidos vibrantes, y su pene con una irrefrenable necesidad de anclarse en la intimidad de esta mujer que revolucionaba su deseo a cotas inimaginables—. Quisiera devorar tus pechos —expresó acariciándole y pellizcándole los pezones sobre la tela delicada del vestido, mientras los dedos que estaban masturbando a Aubrey seguían la exquisita tortura.

—Sí… Tócame así… No te detengas —jadeó contra la boca de Gabriel, cuando sintió cómo su cuerpo se tensaba, ante la inminente llegada del orgasmo.

Él aceleró los movimientos de sus dedos y rompió el beso, porque quería contemplar la expresión de éxtasis en ella. Gabriel estaba reprimiendo a duras penas la posibilidad de eyacular en el pantalón, no solo por los sonidos placenteros de Aubrey, sino por el agarre consistente, coqueto y ansioso de la mano femenina sobre su miembro. Tuvo que apartarle los dedos. Ante las protestas de ella, Gabriel aceleró el ritmo de sus caricias íntimas e introdujo ahora tres dedos en la entrada lubricada.

A los pocos segundos, la vio echar la cabeza ligeramente hacia atrás y sintió cómo las paredes íntimas se contraían alrededor de sus dedos en espasmos exquisitos. Gabriel no dejó de entrar y salir de ella, ni de acariciarle el clítoris con el pulgar, hasta que las contracciones remitieron completamente. Al cabo de un instante, ella abrió los ojos. Estaban velados, llenos de pasión satisfecha y también realización de lo que acababan de provocar; lo que acababa de permitirse sentir en una oficina nada menos.

Él apartó los dedos del sexo y los llevó a la boca, mirándola.

—Un sabor picante y dulce para una mujer que lo es en ambas medidas.

Aubrey se acomodó el vestido y el cabello. Estaba sonrojada. No iba a negar que esto lo había deseado tanto ella como él, aunque eso no lo hacía correcto. Meneó la cabeza, como si quisiera despejarla con ese simple acto, se apartó de Gabriel. Él la observaba con los ojos chispeantes de un deseo que no había sido satisfecho todavía. Sin embargo, no hizo amago de detenerla cuando ella dio varios pasos apartándose.

—Gabriel… —carraspeó—. No soy de dejar a un hombre con ganas —miró alrededor, todo estaba en silencio— pero este lugar no es el adecuado. Y yo…

Él no podía seguir mirándola, porque podía cometer una tontería. Como por ejemplo arrancarle la ropa y tomarla contra la pared, en el sofá o sobre la alfombra. Gabriel se aleccionó mentalmente sobre la importancia de mantener claro su enfoque con esta mujer: trabajo y aprendizaje. «Él podría satisfacerse de otras formas, claro».

—¿Dejas a muchos con ganas, Aubrey? —preguntó sosteniéndole la barbilla, posesivamente, con la mano que no había acariciado el vértice de piel mojada. No le agradaba la idea de imaginar cuántos habrían visto el éxtasis en el rostro de Aubrey. Pero tampoco le agradaba tener esta clase de reflexiones absurdas y sin sentido.

—No tengo por qué responder a eso —farfulló apartándole la mano—. No solo es un comentario fuera de lugar, Gabriel, sino

además muy a tu estilo: idiota.

—Quizá solo retomo la conversación en donde tú plantas el comentario.

Ella meneó la cabeza. «Esto no podía volver a suceder. No podía».

—Entonces te conviene retomar este comentario: mañana quiero, por favor, que mi contrato de trabajo esté ajustado, con mis horas extras pagadas, y la libertad de trabajar con Knox. Ese tiempo lo cobraré aparte —dijo repuesta y fingiendo indiferencia, aunque su sexo no mentía, pues estaba agitado y húmedo—. ¿Tenemos un acuerdo, Gabriel? —preguntó. Mas no extendió la mano. Demasiado peligro en el más mínimo gesto de contacto físico con este hombre. No quería caer de nuevo.

Él sonrió de medio lado. Quería saborear a Aubrey con su lengua, paladear cada pliegue, recorrerle el cuerpo con su boca, mapear sus pechos para conocer el tamaño, el color de las areolas y la sensibilidad de sus pezones. Quería verla en cuatro apoyos, follarla desde atrás y ver cómo se agitaba su cuerpo, mientras ella gemía.

Gabriel no podía continuar tocándola. No quería complicaciones.

Él jamás había hecho esto con una mujer en su oficina, básicamente porque no mezclaba negocios con placer. Aubrey trastocaba todas sus estructuras estipuladas de lo que podía o no hacer, porque parecía como si una ola de irrefrenable anhelo lo arrastrara por ella. El único beneficio era que sus dos encuentros habían sucedido en ambientes en los que, por uno u otro motivo, se veían obligados a separarse antes de llegar demasiado lejos. Además, en esta ocasión, era una suerte que los vidrios de su oficina no permitieran ver desde fuera. Aparte él tenía que ir a ese evento de Reuters.

Al ser uno de los patrocinadores de la premiación fotográfica, representando a los St. James, Gabriel no podía faltar. Se alejó de Aubrey. Agarró su chaqueta y luego se la puso con rapidez. Necesitaba ir a casa, ducharse y darle instrucciones a su equipo de

seguridad. Aunque Australia era segura, las precauciones nunca estaban de más.

—Sí. Lo puedes hablar con Zeik, yo soy el CEO, no hago multifunciones.

—Lo puedo suponer —replicó ella con una sonrisa sarcástica—, es conocido que los hombres no poseen la habilidad de tener su atención en varios frentes. Una lástima, la verdad, pero supongo que la naturaleza no es justa con todas sus criaturas.

Gabriel estuvo a punto de retroceder y borrarle la sonrisa a besos, pero desechó la idea. Era una pésima decisión. En su lugar, tomó su laptop y la guardó en su mochila con un movimiento ágil. Sin decir una palabra, hizo un gesto con la mano, indicándole que saliera de la oficina al mismo tiempo que él. Aubrey puso los ojos en blanco, pero aun así obedeció. Solo entonces, Gabriel cerró la puerta tras de sí.

—Buenas noches, Aubrey —replicó él a cambio y se dirigió hacia el elevador.

Ella no pasó por alto dos detalles.

El primero, la forma espectacular en la que el trasero de Gabriel lucía en esos pantalones. El segundo, que él cerró la puerta de la oficina con su huella digital y esperó a que ella saliera. A pesar de que ahora era su asistente ejecutiva, no le compartió el código de seguridad. Un gesto lo suficientemente claro: Gabriel seguía sin confiar en ella. Los besos y caricias compartidos no significaban nada. La certeza fue un golpe para el ego de Aubrey, pero procuró no darle importancia. Estaba mentalmente agotada y su cuerpo necesitaba recalibrarse. Este hombre ponía su mundo del revés, pero, menos mal, su cerebro reaccionaba a tiempo cuando se trataba de recordar lo que estaba en juego: las finanzas de su familia y sus propios sueños.

No podía darse el lujo de perder lo último ni arriesgar lo primero.

Cuando regresó a casa, ella le contó a su madre las buenas noticias de su ascenso a asistente del CEO y la razón de que la hubieran promovido: le había ahorrado varios millones de dólares a los socios de la empresa. Bonnie la abrazó con cariño y le recordó que era una mujer brillante y que añoraba, más que nada, que pudiera regresar pronto a estudiar para que cumpliera sus sueños. Aubrey sintió ganas de llorar por la dulzura y el puerto seguro que siempre eran los brazos de su madre. La acompañó a tomar un té caliente y después la ayudó a acomodarse en la cama. Al verla físicamente frágil, aunque de espíritu inquebrantable, Aubrey procuró anular de su mente cualquier pensamiento catastrófico o negativo tanto sobre la salud de Bonnie, como sobre su paso en la empresa. Una vez que estuvo en su habitación, duchada y lista para dormir, decidió con una sonrisa que empezaría su nuevo cargo con una actitud menos a la defensiva con Gabriel y que, además, procuraría mantenerse distante. «Quizá, inclusive podrían actuar frente al otro como un equipo de trabajo», pensó.

Pero sus buenas intenciones de zanjar cualquier impasse del pasado se esfumaron a la mañana siguiente, después de que Aubrey leyera el periódico online. En primera plana estaba Gabriel, muy sonriente, abrazando a una mujer bellísima. Sabrina Kostavos, la hija de un naviero griego, que era embajadora de los relojes Omega. «Por supuesto que anoche tuvo prisas en marcharse y le dio igual si ella le devolvía el favor sexual», pensó, secretamente dolida. Pero le sirvió para recordarse que no se podía confiar en los hombres y que si la mujer lo había satisfecho en la cama, después del evento de Reuters, entonces esperaba que Gabriel llegara de excelente humor a la oficina. «Solo fueron un par de besos y un orgasmo. Pasa la página», se dijo, mientras se alistaba para su primer día como asistente de ese idiota.

CAPÍTULO 8

Aubrey llegó temprano a la oficina, varias horas antes de su horario habitual. Lo hizo para entender a fondo el trabajo de Herzog, porque no quería recibir comentarios absurdos ni hostiles de Gabriel si ella no estaba preparada. Encendió la computadora y revisó los archivos. En la lista de pendientes encontró reuniones, itinerarios de viajes, gastos recurrentes, videollamadas programadas, eventos corporativos y contratos organizados por montos de inversión, así como los proyectos previstos —aunque no estaban los detalles, pues ella asumía que solo los manejaban Gabriel y Knox— a corto, mediano y largo plazo. Comprobó la magnitud e importancia de esta compañía entre las otras de la industria. Los dos socios eran muy buenos en acertar en sus inversiones, porque tenían una visión clara. Le tomó quince minutos crear una hoja dinámica en Excel para ordenar todo por fechas, horarios y prioridades. Una vez que tuvo el control de cada detalle, bajó a la cafetería por un desayuno ligero y también firmó su nuevo contrato en la oficina de Zeik. El aumento salarial era significativo. Al fin podría pagar la siguiente cuota de su hipoteca sin sacrificar necesidades esenciales.

A los cinco minutos de regresar a su puesto, Gabriel llegó a la oficina. Ella sintió un aleteo en el pecho, pero lo aniquiló al recordar la noticia que leyó esa mañana. Desde hacía tiempo, se había prometido que, sin importar cuán miserables fuesen las circunstancias, siempre hallaría una forma de sentirse bien. Para ello, tenía una estrategia infalible: arreglarse lo mejor posible, no para los demás, sino para sí misma. Vestirse con esmero era su manera de convencerse de que aún tenía el control, de que podía enfrentar cada día con una armadura sencilla, pero efectiva. Una coraza tras la cual los demás solo verían bienestar, mas no instantes trágicos o fragilidad. Aubrey no exageraba al acicalarse, pues su intención no era llamar la atención —a menos que fuese de fiesta, lo

cual era poco frecuente— sino sentirse a gusto y más segura de sí misma. Esa mañana ella había elegido una falda violeta y blusa beige con cuello redondo. El atuendo afinaba su cintura. Su aspecto era simple, pero también sobrio.

Gabriel se detuvo frente a ella. Su expresión era distante e iba con prisas.

—Buenos días —dijo en tono serio—, por favor, ven a mi despacho.

Ella se quedó con el saludo en los labios, pues él no le dio tiempo a responder, sino que entró con rapidez a la oficina cerrando la puerta detrás. «Parece que tuvo una mala noche de sexo o la mujer se dio cuenta de lo idiota que puede llegar a ser Gabriel», pensó con fastidio, mientras agarraba el iPad con más fuerza de la necesaria.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó ella cuando entró al amplio despacho.

Gabriel tenía el cabello peinado hacia atrás, un traje azul oscuro y corbata dorada. Lucía magnífico. Pero ella optó por recordar que acariciarla y besarla habían significado nada para él. Por eso no permitió que la apariencia dominante de este hombre la afectara. No demasiado. Esperó en silencio a que le dijera el orden del día.

—Quiero que canceles mi reunión de las nueve con Robert Masponds. Coordina con mi chofer que mis trajes de la tintorería estén en mi casa antes del final de la tarde. Pídele a la asistente de Knox una copia del contrato que firmamos hace cinco días con la empresa de plásticos, Farmex. Habla con mi contador personal, Hayden Morris, y llama a mi agente de crédito principal, que ya está al corriente, y pide que transfiera desde mi cuenta personal cincuenta mil dólares para la Fundación Salles —expresó con rapidez. Estaba agotado porque tuvo una llamada con un contacto en Nueva York a las tres de la madrugada, debido a la diferencia de horario. Además, se quedó casi hasta el final del evento de Reuters, porque habló con personas que tenían historias de vida interesantes —. Nada de lo mencionado es postergable.

Menos mal que Aubrey tenía buena memoria y escribía rápido con el lápiz digital. No se sorprendía de que Hergoz siempre hubiera parecido nervioso y en alerta. Gabriel era muy pragmático y no perdía el tiempo con detalles. Pero eso no significaba que ella fuese a quedarse callada o con la curiosidad de algún tema si tenía dudas.

—¿De qué va la fundación? —preguntó ella en tono intrigado. Por lo general, las empresas hacían donaciones por temas de impuestos, pero a título personal era diferente—. Me suena de algo, aunque no estoy segura de qué se trata exactamente.

Gabriel tenía los dedos entrelazados sobre el escritorio. La observaba pretendiendo que no recordaba los gemidos de ella cuando se corrió con sus caricias.

—Ayuda a los niños que necesitan trasplantes de órganos, durante la recuperación —expresó y empezó teclear en el ordenador—. Ah, por cierto, necesito que le envíes un ramo de flores y una tarjeta de agradecimiento a Sabrina Kostavos —dijo con indiferencia. Esta era una orden que le habría dado a Corrine o a cualquier otra persona que trabajara como su asistente. No había nada de especial al respecto.

El lápiz de Aubrey dejó de escribir sobre la pantalla. Si ese iPad tuviese la capacidad de disparar, la policía la hubiera ido a arrestar por homicidio premeditado.

—¿Y qué debería decir la tarjeta? —preguntó apretando la mandíbula.

—Gracias, nuevamente, por una noche estupenda. Te veo pronto —replicó sin mirarla.

Aubrey se preguntaba si todos los hombres eran igual de imbéciles o si Gabriel estaba tratando de llevarse la medalla en representación del gremio. No le gustó la falta de delicadeza, al pedirle que le enviara flores a la heredera griega. Además, lo consideraba una afrenta, especialmente después del beso y toques ardientes que compartieron juntos. «Quizá para él todo significó solo un interludio más en su lista».

—¿Me tocará *googlear* su dirección o tienes alguna pauta que me puedas proporcionar? —preguntó en un tono letalmente dulce. Gabriel apartó la atención de la pantalla para fijarla en ella—. Sé que soy tu asistente, pero no soy creada con IA.

—Envíalas al Hotel InterContinental Sydney, antes de las cuatro —replicó mirándola—. Está hospedada en la Royal Ópera Suite. Con eso te basta, ¿verdad?

«¿Por qué tenía la mujer que ser tan espléndida en su sencillez?», se preguntó Gabriel, mirándola a los ojos. Notó el momento de desconcierto en ella, ante el detalle que le dio del hospedaje de Sabrina. Él no tuvo sexo o avances eróticos con la heredera griega, porque era solo una amiga. Se conocían desde hacía años. Cuando Sabrina estaba en la ciudad y él tenía un evento, le pedía que fuese su acompañante, porque Gabriel requería a alguien que supiera desenvolverse bajo los lentes de los paparazzi y llevar, con otros, una conversación agradable. Sabrina vivía entre Sídney y Atenas.

—Por supuesto —replicó Aubrey con indiferencia—. Si eso es todo…

—Lo es, gracias —dijo él. No le aclaró que no se había acostado con Sabrina.

A Gabriel le parecía mejor hacerle creer que tocarla y besarla no lo había impactado o que él podía excitarse, después de conocer el sabor de su sexo, con cualquier otra. En ese evento hubo suficientes mujeres bonitas, pero no lograron remover ninguna fibra sexual en él, ni provocarle ganas de seducirlas o acariciarlas.

Las siguientes horas pasaron rápidas. Alrededor de las once de la mañana, Aubrey le llevó el café, pero ella no le dirigió la palabra. Él tampoco tenía nada adicional que decirle, pues su enfoque estaba en la plantilla de cientos de empleados que dependían de su exitosa gestión y la de Knox. Tampoco quería distraerse con Aubrey en su espacio, más tiempo del necesario, en especial cuando buscaba resolver todos los pendientes del día. Gabriel trabajó varias horas con los aspectos vinculados a LongMind. Le parecía un mundo fascinante el que se proponía en ese negocio, pero él no se

contentaba con hacer un barrido analítico de números. Gabriel, en cualquier start-up o proyecto a invertir, se involucraba investigando los aspectos conceptuales, estratégicos y centrales que conformaban cada propuesta. No se trataba solo de una ganancia económica, sino también de una intelectual. Él y Knox coincidían en ello.

Por otra parte, todo avance o cambio que hubiera en el proceso de las tareas que él le había encomendado a Aubrey, ella se lo comunicaba por email. Gabriel estaba demasiado ocupado, entre llamadas y reuniones, pero necesitaba siempre su café. Quizá se le había pasado el tiempo y por eso, al agarrar la taza que Aubrey le había dejado, la sintió fría. Miró el reloj. Las cinco de la tarde. Soltó un suspiro y se recostó contra el respaldo de la silla de cuero. Luego bebió un largo trago, pero al instante estuvo a punto de escupirlo. «El jodido líquido, en lugar de azúcar, tenía sal. La suficiente para llegar a pensar que había sido traída directamente del Mar Muerto».

Cabreado, dejó la taza a un lado con la intención de llamar a Aubrey y pedirle explicaciones. Pero no logró hacerlo, pues recibió un mensaje de Sabrina. Su amiga se había tomado una selfie con un bouquet de doce tulipanes de color negro y que tenían el logotipo de una de las florerías más costosas de la ciudad. Además, le envió también la foto de la tarjeta que había recibido. Un papel blanco, elegante y con filos de oro.

Gracias por una noche inolvidable juntos. Espero haber estado a la altura.

Gabriel St. James.

Él no se dio a la tarea de explicarle nada a Sabrina, porque, junto a la foto de la tarjeta, su amiga había escrito que le gustaba que él tuviera gran sentido el humor. También le dijo que lo invitaría a su fiesta de compromiso con Georgios Tavrogli y esperaba que asistiera con la mujer que había tenido la audacia de hacer algo tan genial.

Gabriel abrió la puerta de su oficina con más fuerza de la necesaria. En ninguna parte estaba la responsable de esta idiotez. A medida que caminaba por el pasillo, los que estaban alrededor se apartaban al ver su expresión de pocos amigos. «En ninguna maldita parte del piso gerencial se encontraba la mujer». Estuvo a punto de bajar a la cafetería, para saber si ella estaba perdiendo el tiempo con el equipo de Ambrose, hasta que escuchó la risa femenina, también una masculina conocida, a pocos metros.

—¿Qué diablos hiciste, Aubrey? —preguntó entrando a la oficina de Knox.

Su mejor amigo, con la sonrisa bailándole en los labios, enarcó una ceja.

Aubrey perdió la expresión alegre y tan solo observó al recién llegado.

—No sé de qué hablas, Gabriel —replicó en tono inocente, ocultando su resentimento. Le parecía insultante que tuviera que enviar flores a las mujeres de su jefe, ella no era un servicio de consuelo emocional de sus amantes. Él bien podría encargar esa tarea a otra persona. «Qué mejor, que lo hiciera él mismo».—. Acabé —elevó el iPad— justamente de enviarte la lista actualizada de lo que me asignaste. He terminado todas mis tareas del día —miró el reloj de la pared— y como llegué dos horas antes de la entrada usual, sí que puedo hablar de temas tecnológicos con Knox.

—Los tulipanes negros. La jodida tarjeta —dijo acercándose—. ¿Te suena?

—Oh, ese detalle —murmuró sonriendo con inocencia. Después miró al socio de Gabriel—: Él no me pidió colores específicos para enviarle a su amante de turno. Así que consideré que al ser el negro la ausencia de color, a la vez los puede contener todos. Me pareció casi poético —se encogió de hombros—, romántico inclusive.

Knox, que estaba bebiendo un té frío, se atoró y tuvo que toser varias veces.

Gabriel apretó la mandíbula. No se acercó más a Aubrey.

—Bueno, Gabe —dijo Knox, cuando se recuperó, muy entretenido al ver a su mejor amigo enfurruñado—. Solo llamé a Bree para contarle que el *software* de diseño de IA, que creará diseños para empresas de construcción y arquitectura, ya empezó a tomar forma. Se llama Wide Angle. Le pregunté si habría terminado lo que sueles demandar en tu oficina y me comentó que sí. Por eso estamos aquí reunidos. ¿Quieres unirte? Aunque sé que lo tuyo no es lo tecnológico, sino que prefieres enfocarte en el desarrollo de estrategias, pero me parecería genial que te quedaras también, ¿puedes?

—No —zanjó.

—Entonces me remitiré a enviarte los avances —replicó Knox con ligereza.

Gabriel lo ignoró y se giró hacia la mujer de cabellos castaños.

—Aubrey —dijo con firmeza, echando chispas a través de sus magníficos ojos azules—, si no vienes a mi oficina en los próximos diez minutos, con mi café caliente y preparado como espero, como CEO vetaré la posibilidad de que te unas a Wide Angle. ¿He sido lo suficientemente claro o tengo que repetírtelo? —preguntó.

Ella abrió y cerró la boca. Furiosa. Claro que le había echado sal al café, porque era lo que este tonto se merecía. ¿Los tulipanes? Pues un toque especial. ¿El mensaje de la tarjeta? Aunque no era especialista en escritura, le pareció un detalle ingenioso.

—Por supuesto, Gabriel, muy claro —replicó con indiferencia. No le gustó que él utilizara el asunto de Wide Angle como posible penalidad—. En diez minutos tendrás tu café. Por cierto, tu chofer ya dejó la ropa de la tintoría en tu casa. El ama de llaves, una mujer muy gentil Carla, se encargó de dejar todo en tu walk-in clóset.

Gabriel hizo un breve asentimiento y salió hecho un bólido.

—Aquí tienes tu café —dijo Aubrey dejándolo sobre el escritorio—. ¿Algo más?

—Cuando te doy una orden tienes que cumplirla sin agregar detalles personales que puedan crear problemas —expresó—. Si el prometido de Sabrina, que es un gran amigo y confía plenamente en ella y en mí, hubiera estado en la suite, leyendo tu nota, habrías provocado un incómodo momento. —Ella apartó la mirada—. Ven aquí.

Aubrey dio un par de pasos hacia adelante. Se quedó cerca del escritorio.

—No quiero que uses mi interés en IT como condicionamiento. Me parece injusto de tu parte, en especial porque ahora sabes que tengo el talento y las ganas de aprender, pulir mis intereses y adquirir experiencia —expresó ella en un tono menos hostil, en especial ahora que entendía que él no se había acostado con la tal Sabrina.

Gabriel soltó una exhalación. Él rodeó el escritorio y apoyó el trasero contra el borde. Como ella rehusaba mirarlo, y él se moría por tocarla, le sujetó el mentón entre los dedos. A pesar de que se prometió matener la distancia, no pudo hacerlo.

—No usaré de nuevo el asunto tecnológico en tu contra, pero tu prioridad es siempre mi oficina —expresó con determinación. Ella asintió con suavidad—. Lo que te pedí que hicieras para Sabrina era una cortesía, porque es tu trabajo como mi asistente. No tengo tiempo de llamar a una florería ni escribir una jodida tarjeta, así que para eso le pago a alguien que se encargue, en este caso eres tú —comentó sin confesarle que su intención fue que creyera que Sabrina se había acostado con él.

—Solo para aclarar: mi aspiración en la vida no es entregar obsequios a tus amantes o posibles amantes. No voy a aprender nada beneficioso —dijo sarcástica.

Gabriel sonrió de medio lado.

—Las únicas personas que reciben flores son las que no follo, Aubrey.

Ella enarcó una ceja ante la crudeza de sus palabras.

—¿Por qué…?

—Porque tienen un significado particular en mi vida —replicó con franqueza—. ¿Escribiste ese mensaje, porque pensaste que me acosté con ella y que tocarte fue igual que si lo hubiera hecho con cualquier otra mujer? —le preguntó.

—No —replicó con el pulso agitado por su contacto y proximidad.

—Eres una pésima mentirosa —dijo con una media sonrisa.

—Puedes agregarlo a mi lista de cualidades encomiables —replicó apartándole la mano, conteniéndose de pedirle que tocara sus pliegues mojados. Luego, sin mediar más palabras, se alejó acompañada de la estela de la risa ronca y profunda de Gabriel.



Las siguientes cuatro semanas, el ritmo laboral fue frenético. Gabriel y Aubrey no volvieron a tocarse, al menos más allá de formas accidentales y que lograban, como inevitablemente se habían dado cuenta, que el ambiente se cargara de una silenciosa necesidad sexual. La conversación de aquella tarde, en su primer día como asistente de Gabriel, simplemente pareció no haber tenido lugar. No porque hubiese usado de nuevo el asunto de IT para recordarle su posición en la compañía, sino porque le asignaba tal cantidad de tareas que la dejaba sin resuello. Apenas lograba estar lúcida —luego de ver tantos números, presentaciones, atender llamadas e ir por la ciudad cumpliendo órdenes de Gabriel— para sentarse con Knox y el equipo de IT. Pero, al menos, estaba contenta porque Wide Angle era un fascinante mundo programable.

Gabriel parecía decidido a ignorar su deseo por Aubrey dándole suficiente trabajo para mantenerla alejada de su escritorio. Como

ella podía manejar todo desde el iPad, él consideraba que era la situación idónea para no caer de nuevo en la tentación, cada vez más potente, de hacer algo más que solo tocarle el sexo con los dedos y besarle la boca hasta escucharla gimiendo su nombre. Aubrey, en cambio, estaba convencida de que su jefe intentaba borrar su presencia de la oficina, delegándole tareas como si ella pudiera desdoblarse y hacer el trabajo de dos. La única ventaja fue que todas las horas extra acumuladas, cubrieron los gastos del viaje de Craig a una competencia en Perth. Su hermano alcanzó el segundo lugar en el podio.

La ventaja de esa paga adicional no implicaba que las responsabilidades, o más bien tareas insoportables, que le daba Gabriel fuesen agradables. De hecho, la había enviado a que lo representara en la entrega de unos premios a golfistas femeninas de las ligas menores; a comprar un grano de café especial que Ambrose desconocía, y cuyo distribuidor estaba ubicado en las afueras de Sídney; a asistir a la premiere de una película indie de terror —un género que Aubrey detestaba con su vida— porque Gabriel había donado dinero a la producción. Aparte, un día le pedía café y al otro le exigía que hiciera una rarísima mezcla de té que, por supuesto, Aubrey tenía que ir a buscar a una tienda de especias exóticas, a la par de que debía coordinar los asuntos ejecutivos con el iPad, sin importar a dónde fuese. Pero esa movilización él la pagaba, así como también la de los pequeños eventos que tenían lugar en el día o la noche.

La forma de retaliar de Aubrey, por las tareas sin sentido, era sirviéndole un café que había comprado en una gasolinera. Esperaba un largo rato, y luego accedía a la petición furiosa de Gabriel de que le llevara la bebida correcta. Otra forma de retaliar, cuando él actuaba insoportablemente, era interpretar a su conveniente manera las órdenes que le daba. Por ejemplo, si le decía que tenía una fiesta en la noche y que pidiera que le llevaran la ropa de la tintoría a la casa, ella solicitaba que se la dejaran sobre el escritorio de la oficina. Cuando él regresaba de la reunión a la que se hubiera ido, ella ya no estaba en Aussie Equinox, pero recibía el mensaje iracundo de

Gabriel reclamándole por qué carajos le hacía perder el tiempo. Aubrey justificaba sus acciones diciéndole al CEO que él le pagaba para organizar asuntos corporativos, no personales, y que seguiría registrando esas actividades adicionales como horas extras.

También le devolvía el golpe, cuando él le pedía un resumen de un documento de forma hostil, usando pocas palabras: *Contrato a punto de expirar. Ganancia sobre el quince por ciento. Fin.* Por supuesto, cuando esto último ocurría Gabriel la llamaba, muy enfadado, y le exigía una versión menos escueta. Cuando él le enviaba correos dictatoriales y parcos, ella respondía con emoticones de sol, estrellas y serpentinas, y agregaba frases como *Me encanta tu constante buen humor en este correo, Gabriel. ¡Un gran trabajo en equipo, sin duda! Por supuesto que te envío el informe del departamento de marketing que solicitaste.* Así era con todo, hasta que, al final del día, Gabriel la observaba con una intensidad tal que parecía debatirse entre ahorcarla o volver a besarla. Aubrey nunca estaba segura de cuál de las dos, aunque tampoco tenía intención de averiguarlo.

Él evaluaba a diario el rendimiento de Aubrey, como si estuviera sometiéndola a un examen académico. Además, tenía la osadía de aleccionarla sobre la importancia de hacer sacrificios de vez en cuando para cumplir metas u objetivos. ¿Acaso se creía Deepak Chopra?, le había preguntado ella una tarde, poniendo los ojos en blanco, y luego largándose. En medio de toda esa tormenta de estrés, Aubrey había encontrado cuarenta minutos para aceptar el masaje con Flynn. Había sido estupendo. El terapeuta le dijo que podrían tener otra sesión, porque ella lo necesitaba, y que le cobraría solamente la mitad del precio usual. Aubrey había agradecido y aceptado.

Ahora que ganaba mejor salario, podía permitirse pequeñas indulgencias —como considerar un segundo masaje con Flynn— y no solo destinar su dinero a los asuntos de la casa y las medicinas. Sabía que había sido afortunada con la ayuda de Heath, y días atrás lo llamó para contarle que ahora trabajaba como asistente de Gabriel y que también tenía vinculación con un proyecto de IA. Heath se

alegró y la felicitó. Por supuesto, ella no mencionó cómo fueron sus inicios reales en la empresa.

Aubrey movió el cuello de derecha a izquierda tratando de relajarlo.

Estaba en el lobby del edificio mirando con insistencia el móvil.

Este había sido un día relativamente llevadero para ella, porque Gabriel no actuó como un energúmeno que solo tenía toneladas de trabajo que asignarle. El asunto con Wide Whole avanzaba bien y era interesante. Pero lo que más la alegraba era que la profesión que quería estudiar ahora ofrecía la posibilidad de tomar algunas materias en línea. Así que, desde hacía una semana, Aubrey había empezado a buscar el modo de estructurar su tiempo, prespuesto, y así empezar su carrera universitaria.

—Está lloviendo a cántaros, señorita Blackeney —comentó Ernest, uno de los guardias—. Le puedo pedir un taxi o mejor espere a que pare un poco la lluvia.

Ella elevó el rostro, esbozó una sonrisa e hizo una negación.

Estaba preocupada, porque Craig le había prometido que se verían, cincuenta minutos atrás, en los bajos de la empresa. Pero su hermano no le respondía el teléfono.

—No, estoy esperando a una persona —sonrió—. Seguro llegará pronto.

El hombre de cabellos negros hizo un breve asentimiento.

Pasaron veinte minutos más y Aubrey empezó a desesperarse.

Llamaron al móvil. Un número desconocido. Ella respondió al instante.

—¿Señorita Aubrey Blackeney? —preguntó la voz femenina.

—Sí, soy yo, ¿quién es usted?

—Su hermano Craig John Blackeney sufrió un accidente de motocicleta. Fue traído de emergencia al *Royal Prince Alfred Hospital*. Está en la sala de operaciones.

Aubrey sintió que su mundo se tambaleaba. Intentó controlar el pánico súbito.

—¿Está grave? —preguntó con lágrimas en los ojos. Apoyó la mano en la superficie de madera del escritorio de la recepción—. Dígame la verdad, por favor.

—No tengo más información por ahora. Por favor, venga al hospital.

—Sí… Bien… —sollozó—. Estaré allí de inmediato —colgó.

Aubrey se limpió las lágrimas. «Justo cuando todo empezaba a mejorar».

Sacó el paraguas con la intención de salir a tomar un taxi o un bus, inclusive el metro, le daba igual. Usaría lo primero que la llevara donde Craig. Su cerebro parecía haberse llenado súbitamente de bruma. El latido de su corazón era agitado. Intentó calmarse, pero no podía. «¿Sabría su mamá sobre el accidente? Dios, ella se preocuparía y eso no le haría bien». Pero Aubrey tampoco quería llamarla y darle esa clase de noticias, en el caso de que no la hubieran contactado también del hospital. Por eso, antes que nada, necesitaba ir al centro médico y así conocer la condición real de su hermano. «Él no manejaba una motocicleta, menos tenía licencia de conducir».

El sonido del elevador de la planta baja resonó en el silencio. Eran casi las siete de la noche, así que la mayor parte de los empleados administrativos ya no estaban.

—¿Aubrey, qué pasó? —preguntó Gabriel llegando a su lado.

—Yo… Yo me tengo que marchar, ¿necesitas algo? ¿Se me olvidó algo? —preguntó temblorosa. Las manos de repente parecían no funcionarle adecuadamente.

Gabriel frunció el ceño y le sostuvo el rostro con lágrimas entre las manos.

—Bree —dijo con suavidad al verla en shock, diciéndole por primera vez ese apodo—, por favor, mírame. Respira profundo. Eso

es. Bien. No te has olvidado de nada. Entregaste todos los reportes. Todo terminó aquí. Ahora, ¿qué está pasando?

Ella contuvo un sollozo. No podía evitar sentirse angustiada. Iba más allá de la cuenta ridículamente cara que tendría que pagar en el hospital. Lo que le importaba era que Craig saliera de esa operación; que no hubiera órganos comprometidos; que no hubiera perdido demasiada sangre; que no hubiera daños irreversibles. «Dios, no me hagas esto. No puedo con más noticias catastróficas», pensó con desesperación.

Resultaba imposible apartar su mirada de Gabriel.

—Mi hermano… —tragó saliva—, tengo que ir al hospital. No puedo perder tiempo… —susurró. Él le limpió las lágrimas con los pulgares—. Es… urgente…

Gabriel no podía dejarla en ese estado. A pesar de que esa noche Oleg había organizado una barbacoa entre amigos, en este momento la prioridad de Gabriel acababa de cambiar. Sería un cretino si le pedía a uno de sus guardaespaldas que llevara a Aubrey al hospital, mientras él, con tal de mantener la distancia —tan exitosamente como lo había hecho durante todo este tortuoso mes sin tocarla—, se largaba a beber y cenar. Sabía que sus amigos entenderían su ausencia, además podría verlos otro día.

—Yo voy a acompañarte —expresó tomándola de la cintura. Su chofer ya estaba esperando en el exterior de todas maneras—. ¿Tienes idea de lo que pasó?

—Un accidente de motocicleta —susurró. Se acomodaron en el interior del automóvil y Aubrey le dijo al conductor en qué hospital estaba su hermano. No iba a rechazar la ayuda de Gabriel, porque sería ufano de su parte y egoísta con Craig perder el tiempo. Podrían decirle que necesitaban hacerle transfusión de sangre. O solicitar medicamentos—. La persona que me llamó del hospital no me explicó más detalles…

—No suelen hacerlo —dijo Gabriel apartándole el cabello del rostro.

—Gabriel… —susurró mirándolo—, no quiero perder a mi hermano.

Él apretó los labios. Porque décadas atrás alguien más había dicho la misma frase. Descartó los recuerdos de otros tiempos, las pesadillas, los llantos, los gritos, los arrepentimientos, los reproches. Estos eran momentos y eventos muy diferentes.

Gabriel odiaba los hospitales, pero también ver a Aubrey tan asustada.

—De seguro es tan terco y aguerrido como tú, Bree —replicó sonriendo.

—Lo es… —dijo mirándolo—. Nunca me has llamado de ese modo.

—Creo que puedes ser Aubrey en la oficina, y Bree cuando seas menos obtusa.

Ella se rio con suavidad. Gabriel soltó una exhalación.

—Gracias por traerme —murmuró al llegar al hospital e hizo amago de salir del vehículo con prisas—. Sé que eres alguien muy ocupado, así que lo aprecio.

Él posó la mano con firmeza sobre el brazo de Aubrey e hizo una negación.

—No te vas a quedar sola, Bree —replicó, mientras el chofer abría la puerta y Gabriel la guiaba al interior del centro médico—. He dicho que te acompañaré. ¿Bien?

Se detuvieron en la entrada principal.

—Creía que solo sería hasta aquí —dijo mirándolo—. No hace falta, Gabriel.

—Hace muchos años, una persona que era importante para mí, uno de mis mejores amigos, murió y yo no pude ayudarlo. Tu hermano no va a morirse, pero hoy, quizá, pueda ayudarte a sentirte mejor y acompañada. ¿Me lo permites? —preguntó.

«Esto era lo más personal que él le había comentado en todas estas semanas». Pero Aubrey no tenía ánimos de discutir, ni siquiera

podía organizar bien su mente. Solo quería ver a Craig, hablar con los médicos, y no en ese mismo orden. Así que hizo un asentimiento para Gabriel a modo de respuesta, porque no podía hablar; sentía un nudo en la garganta. Estaba habituada a situaciones complicadas, pero eso no implicaba que, cada vez que las tuviera que experimentar, no le afectaran. Como en esta ocasión. Tomó una respiración y se acercó al *counter* para preguntar por Craig.

CAPÍTULO 9

Craig no tenía asignada una habitación, porque aún permanecía en cirugía. Al haber ingresado a través de la sección de emergencias, la prioridad de las enfermeras y médicos fue estabilizarlo y luego llevarlo al quirófano. El resto de detalles le tocaba tramitarlo a un familiar cercano, mas no a los amigos del accidentado. De hecho, varios chicos que estuvieron durante el percance acompañaron a Craig al hospital, sin embargo, el personal médico tan solo permitió, por protocolo, que uno se quedara en representación. Lo hizo Sarkan, el más cercano al joven Blackeney. Fue el chico quien se aproximó a Aubrey cuando la vio llegar a la recepción. Sarkan le contó en tono contrito y pesaroso lo ocurrido; trató de ser lo más exacto durante su conversación.

Uno de los chicos había comprado una Harley Davidson de segunda y les permitió a todos que se montaran para probarla. No conducirla. Pero Craig, tratando de hacerse notar, comentó que intentaría dar una vuelta corta en el parque donde estaban. Ninguno pensó en los cascos ni en el hecho de que el asfalto, ligeramente mojado, no perdonaba idioteces juveniles. El arranque de Craig fue torpe y, al inicio, el motor se le apagó. Sus amigos se burlaron y solo le pidieron que se bajara. Pero él fue necio e intentó de nuevo cumplir su propósito. A la cuarta vez logró poner en marcha el aparato. Fue sorprendido por la alta capacidad de velocidad y se puso nervioso, porque no tenía experiencia. Los vídeos en YouTube no eran la realidad.

Craig giró demasiado el acelerador haciendo que al instante la Harley Davidson saliera disparada hacia adelante sin control. Él intentó, asustado, tratar de maniobrar, pero no tuvo idea de cómo detener el aparato, menos con la acuciante inquietud y adrenalina. Cuando escuchó que uno de sus amigos le gritaba cuál era el freno y le pedía que detuviera la marcha, en lugar de presionar con calma,

Craig lo hizo bruscamente. La moto patinó, arrastrándolo de lado, hasta que no tuvo otra opción que soltarse. Su cuerpo fue desplazado, rebotando un par de veces, hasta quedar tendido en el pavimento con un golpe seco. Sus amigos corrieron hacia él, aterrados, y trataron de que se calmara, diciéndole que recibiría ayuda y todo iba a estar bien. Llamaron a una ambulancia. Craig solo era capaz de retorcerse y aullar de dolor.

Cuando Sarkan terminó de hablar, meneó la cabeza y exhaló con fuerza.

—Gracias por haberme esperado y decirme lo que ha ocurrido —dijo Aubrey mirando al chico de cabellos ensortijados—. Yo me haré cargo de todo a partir de ahora. Fue imprudente lo que ocurrió, Sarkan —expresó conteniendo las lágrimas.

—Cuando lo trajimos no paraba de decirnos que pidiéramos que te llamaran a ti y no a la señora Bonnie —comentó el chico en tono contrito—. También me pidió, antes de que lo ingresaran al quirófano, que te dijera que lo sentía mucho —concluyó.

Aubrey hizo un asentimiento y puso la mano sobre el hombro del chico. «Al menos le quedaba la certeza de que su hermano ingresó en estado consciente. Ese era un detalle importante. Solo le quedaba aguardar a tener el diagnóstico detallado».

—Apenas salga de la sala de operaciones tendré una conversación seria con él —replicó tratando de mostrarse serena, aunque no lo estaba. Sarkan era un buen chico y se alegraba de que hubiera tenido la responsabilidad moral de quedarse y esperarla. Habría sido injusto recriminarle a él por las acciones y decisiones de Craig—. Estoy segura de que se alegrará de que sus amigos estén al pendiente de su recuperación.

Sarkan hizo un asentimiento; sus hombros estaban caídos. El susto que se llevaron todos fue descomunal, pues creyeron que Craig había muerto cuando lo vieron salir disparado del asiento. Su cuerpo pareció hecho de hule por cómo rebotó.

—Lo siento mucho yo también, Bree —murmuró. Conocía a la hermana de su amigo, pues esta solía darle clases de matemáticas —. Debí impedir esa idiotez. Pero es un poco complicado convencer a Craig cuando se le mete algo en la cabeza —dijo.

Ella hizo un asentimiento, porque era cierto. Estos chicos estaba en la edad en que necesitaban demostrar a otros que eran *guais* o *cool*. No medían riesgos o peligros. Lo anterior no justificaba hacer estupideces y arriesgar sus vidas por unas palmaditas en la espalda o por convertirse en líderes de un grupo. Sabía que gran parte de esa imbecilidad, esa necesidad de reafirmación, provenía del veneno de las redes sociales.

—No eres responsable de los actos de otro amigo, Sarkan. Vete a casa, ¿vale? —expresó Aubrey. El día había empezado muy temprano para ella. Estaba física y mentalmente drenada, pero necesitaba ser fuerte para enfrentar las siguientes horas.

—Sí… Lo siento, otra vez, Bree —susurró.

El chico apretó los labios, cabizbajo, y luego se alejó hacia la puerta de vidrio.

Ella soltó una exhalación y se apretó el puente de la nariz. Quería a la par ahorcar y abrazar con fuerza a su hermano. Estaba consternada por el relato, pero también porque sabía lo que este accidente podría implicar para los sueños de Craig de estudiar medicina. Todo el futuro de él dependía de lo que pudieran decirle los médicos. Aubrey estaba muy preocupada. No creía que su hermano pudiera morirse, pero tampoco tenía ideas optimistas, en general, en estos momentos. Su mente era un hervidero de pensamientos contrapuestos y sus emociones estaban congestionadas.

A su lado, Gabriel le comentó que al menos Sarkan tuvo la sensatez de dar una explicación, en lugar de dejarla en el limbo. Durante toda la conversación entre el amigo de Craig y Aubrey, el CEO permaneció en silencio, lo hizo porque no estaba en la posición de juzgar u opinar sobre un asunto que no le incumbía realmente. Él decidió darle espacio a Aubrey para que asimilara los hechos y

también cualquier otro pensamiento que rondara la mente de ella en esos instantes. Por ese motivo, le dijo que iría a buscar algo de comer para ambos. Aubrey replicó que no tenía hambre.

—Estamos fuera de horarios de oficina —había expresado Gabriel mirándola con seriedad—, pero puedes considerar esto como una orden, en una hora extra.

—Gabriel… —había susurrado. No estaba habituada a ceder el control de sus descalabros existenciales, inclusive si se trataba de una simple comida. Sus idas y venidas a los hospitales siempre habían sido manejados bajo sus condiciones e inclusive alimentarse era un asunto secundario—. Descuéntalo de mi salario. ¿Vale?

Él la había mirado, furioso, acortando la distancia.

—Escucha bien, Aubrey Blackeney, no vas a insultarme pidiéndome que te cobre una jodida cena, mientras estás sorteando una situación difícil —había dicho —. Y aún si estuviésemos en otro contexto yo siempre pago la cuenta. ¿Comprendes?

—No estoy habituada a que me regalen nada… —había dicho con altivez.

—Una cortesía no es un regalo, sino un gesto de buena fe —había replicado alejándose, muy cabreado. Ella no había tenía oportunidad de replicar lo irrefutable.



Después de cómo se conocieron, Aubrey consideraba complicado aceptar nada material de Gabriel sin que hubiera un pago a cambio, en este caso la comida. Sí, fue una grosería su respuesta a la genuina oferta de él, pero solo podía justificarlo ante la ligera complicación de una línea entre ambos que se había desdibujado. Además de que estaba en una noche confusa con todo lo que estaba ocurriendo alrededor. Ella dejó de lado todo aquello que no fuese Craig. No le convenía dejar divagar su mente sobre los límites

borrosos que existían entre ella y Gabriel, ni tampoco sobre aquella bomba de tiempo que llevaba un mes aumentando de intensidad, cada vez que ambos estaban en el mismo espacio físico. Las reuniones fuera de la empresa eran más fáciles de controlar, porque había gente alrededor; no ocurría igual cuando subían al coche y el interior se tensaba con una fuerza sexual que volvía complicada una conversación para resumir puntos a tratar en próximos eventos o nuevos puntos en la agenda.

Aubrey empleó los siguientes momentos a solas en el hospital para organizar los documentos necesarios que se requerían para la ficha médica de Craig. Su única tarjeta de crédito, se exigía que se entregara un anticipo de dos mil dólares, la extendió a la cajera con un suspiro resignado. En menos de veinte minutos, le asignaron una habitación a Craig para cuando saliera de la operación. Como el chico pagaba impuestos, con su trabajo en la hamburguesería, sí tenía acceso a Medicare. Eso no implicaba que la factura final de cirugía, estancia, medicina y cuidados hospitalarios post-operatorios, estaría cubierta al cien por ciento. Aubrey esperaba que el reembolso fuese elevado. Aunque asumía que tendría que agregarla a su lista de deudas existentes.

Pero no tenía tiempo para analizar detalles sobre su atracción por Gabriel.

Cuando terminó el trámite del depósito, ella insistió en obtener información más específica del estado de Craig, pero la respuesta que recibía era la misma: pronóstico reservado, hasta que el cirujano saliera y pudiera darle detalles al respecto. Lo único que sí le comunicaron fue que tenía la clavícula derecha fracturada y una herida profunda en el muslo que requeriría varios puntos. Además, le dijeron que el proceso quirúrgico tardaría un promedio de cuatro horas; él llevaba una en quirófano.

Ante esa noticia, Aubrey solo confirmaba lo peor. Con una clavícula rota, Craig perdería su agilidad física para mantener sus tiempos en la piscina. Pero confiaba en que, con su juventud y determinación, lograra remontar. Sobre la parte de la herida en la

pierna, no podía ni siquiera atreverse a especular, porque ignoraba cuántos puntos de sutura le iban a aplicar o la magnitud de la afectación y la cantidad de tejido comprometido. Con todo eso en la mente, Aubrey no podía quedarse quieta, así que empezó a caminar de un lado a otro en el pasillo de espera. El hospital era público, mas no por eso implicaba que carecía de excelentes médicos. Ella también tenía que pensar en cómo le contaría esto a Bonnie sin alterarla o que se sintiera mal. La mujer ya tenía suficiente con la espera de varias semanas, hasta saber si las inmunoterapias habrían dado el resultado previsto. Caso contrario, tenían que buscar otras opciones.

La sensación de que el tiempo parecía no avanzar en el reloj de pared era insoportable. Aubrey, que siempre intentaba buscar el ángulo positivo de las desgracias, en esta ocasión no parecía capaz de ahuyentar los pensamientos trágicos. «¿Y si algo salía mal y una complicación médica la dejaba sin Craig? ¿Y si las heridas eran demasiado severas y habían afectado un órgano vital, pero la enfermera se lo ocultaban porque solo el médico podía informárselo?». Tuvo que sentarse, porque el temblor en las piernas la obligó, mas no porque hubiera querido hacerlo. La soledad que sentía le parecía deprimente en ese pasillo, pues le traía decenas de recuerdos de lo vivido a lo largo de los últimos años entrando y saliendo de consultas médicas, sesiones de quimioterapia; los llantos lejanos de quienes recibían malas noticias, las risas de los que llegaban sin saber que recibirían un diagnóstico letal, el ritmo frenético y a veces, también, lento de los pasillos. La angustia de horas interminables de espera.

De repente, ante la incertidumbre, empezó a sentir que súbitamente las paredes blancas empezaban a cerrarse sobre ella. Intentó llevar poco a poco oxígeno a sus pulmones. Ya había tenido ataques de ansiedad y sabía cómo manejar una crisis de esta clase. Inhaló cuatro veces profundo, contuvo un segundo la respiración, exhaló ocho veces despacio. Repitió el proceso, aunque parecía no funcionar en esta ocasión.

Las voces de alrededor eran murmullos quedos, otros más sonoros, que empezaban a exasperarla; quería gritarles que se callaran, pero, a la vez, parecía que todo estaba sucediendo en una realidad alternativa. Una en la que carecía de control y certezas. Eso era aterrador, siempre lo era, porque había convivido con esos aspectos desquiciantes durante los últimos cinco años. Apretó los puños, abriéndolos y cerrándolos; una y otra vez. Se clavó las uñas en las palmas como si intentara anclarse a la realidad, aunque no quería hacerlo en verdad. La espera era una letanía agonizante.

Cerró los ojos y su respiración no lograba estabilizarse.

Se frotó las sienes. Procuró concentrarse en el presente, pero era este el causante de su estado actual. Luego pensó en un recuerdo feliz de su infancia, a los diez años. Imaginó las tardes en que solía ir a la playa para aprender a surfear, luego visitaban una heladería con sus padres y algunas amigas iban a visitarla a la casa. Eso le permitió disipar un poco la bruma oscura que la estaba tratando de ahogar sin fin.

Cuando percibió a su lado la inequívoca colonia masculina, ella abrió los ojos.

—Bree —dijo Gabriel dejando la comida a un lado al verla en esa silla azul, sola, y murmurando cosas para sí misma tratando de darse ánimos—. No había nada decente aquí, así que tardé un poco porque fui a mi restaurante preferido. Traje té de valeriana y unos raviolis de *ricotta* y espinacas. Algo saludable, ¿no lo crees así? —preguntó en tono ligero y despreocupado. Le gustó cuando ella esbozó una sonrisa.

—Gracias, Gabriel —murmuró mirándolo—. Es un gesto muy amable.

Él notó que parecía un poco agitada. Entendía la razón, pero esto era diferente.

—Algo no va bien contigo, ¿qué ocurre? —indagó.

—Nada… Yo… —meneó la cabeza—. Todo está bien.

—No mientas, Aubrey —expresó mirando como los nudillos se le ponían blancos por la fuerza con la que apretaba los cubiertos de plástico del restaurante. Él se los quitó de la mano—. Mírame, por favor. —Ella lo hizo—. No estoy juzgándote.

Ella tomó una bocanada de aire, ya se sentía mejor. Tan solo no le gustaba que Gabriel se hubiera dado cuenta de que su fortaleza tenía alguna fisura. Lo había visto varias veces comandar una sala de juntas, con un auditorio de empresarios tan intimidantes y despiadados en los negocios como él, pero jamás perdía la serenidad.

—Tuve un ataque de ansiedad —murmuró a regañadientes—. Cuando llegaste ya había remitido casi por completo. Me cuesta estar calmada hoy, y existen situaciones de mi pasado que… Hay situaciones complicadas es todo. Ya estoy bien.

Gabriel no quería presionarla para que se explicara en profundidad.

—¿Quieres que eche la comida a la basura o se la regale a alguien? —preguntó.

—Por supuesto que no, Gabriel —dijo con suavidad. En verdad, ya estaba mejor; la parte más complicada se había evaporado. Si bien su apetito no era voraz, sí necesitaba comer algo, porque le quedaban varias horas por delante. Desmayarse de hambre no era un ítem que quería agregar a su lista de eventos del día—. Voy a comer.

—No estás obligada…

—Gabriel, son mis decisiones y ya estoy bien, ¿de acuerdo? —dijo ella en tono más firme. Luego le quitó los cubiertos de plástico con delicadeza y él la dejó hacer.

—Si te sientes mal o incómoda debes decírmelo —expresó tajantemente.

Ella esbozó una sonrisa y meneó la cabeza. «Siempre dando órdenes».

—Déjame comer —replicó concentrándose en ello—. Mmm, la verdad está exquisito —dijo probando uno de los raviolis—. La italiana es mi comida preferida.

Gabriel la estudió varios segundos y notó sinceridad en su voz. Solo entonces, cuando estuvo seguro de que ella estaba tranquila y no fingiendo estarlo, él abrió el envase que había comprado. No le gustaban los raviolis, sino los gnocchi pomodoro.

—Procuraré tenerlo en consideración —replicó el millonario.

Aubrey se sonrojó sin razón; agarró el envase con el té y dio varios sorbos.

—Al menos soy una persona sencilla en mis gustos con las bebidas —dijo ella haciendo alusión a los ridículos pedidos que tuvo que buscar para su jefe en ese mes.

Él sonrió de medio lado. Se bebió el café negro que había comprado. No le tomó mucho tiempo que su chofer lo llevara donde necesitaba. La comida de la cafetería de un centro médico era asquerosa y rancia. ¿Quién podría comer cuando esperaba noticias de vida o muerte de un ser querido? Él, ciertamente, no. Además, salir del hospital fue la excusa perfecta para recuperar un poco de oxígeno. No podía imaginar lo que estaría sintiendo Aubrey con toda la información recibida sobre Craig.

Tampoco le gustó la expresión tensa en ella, tan contraria a su desafío continuo o sonrisa —aunque no siempre para él— en la oficina. Por otra parte, la notaba observando continuamente hacia el final del pasillo por si salía algún médico para darle noticias de Craig. No solo eso, sino que Gabriel reparó en cómo Aubrey empezaba a mirar el reloj con insistencia, mientras removía la comida distraídamente.

—Ya sabes que ser amable no es una mis características, aunque sí puedo asegurarte que en ese té de valeriana no solicité que pusieran sal —expresó él.

Ella se echó a reír y luego, para gran vergüenza, se le salieron las lágrimas.

Dejó a un costado el contenedor de comida y también el té. Se levantó con rapidez, para que él no la volviese a ver vulnerable, con la intención de irse al baño. Le parecía suficiente que él la hubiera encontrado sollozando en el lobby de la empresa. Aubrey estaba habituada a encargase de todo y resolver sus propios asuntos, familiares o no, en lugar de ser el foco de atención de otra persona. La suavidad con la que Gabriel le hablaba, el tiempo que se tomó de ir a comprar comida, el haberla traído al hospital, cuando al siguiente día tenía un vuelo a Seúl, sumado a los sucesos con Craig, la sobrepasó. Fue eso lo que terminó de romper el dique de sus emociones. El ataque de ansiedad había sido, al parecer y para consternación personal, el inicio.

Sin embargo, su intento de alejarse no logró tener éxito. A los pocos segundos sintió los brazos masculinos rodeándola y girándola para que apoyara el rostro contra el cuerpo fuerte y sólido. Se trató de apartar, empujar, luchar, y le dijo que no quería su pena, ni su ayuda y que por favor se marchara del hospital. Entre más se debatía Aubrey, más fuerte Gabriel la sostenía. Hasta que ella dejó de pelear y esta vez se aferró a las solapas de la chaqueta dejando que las lágrimas rodaran durante lo que le pareció una eternidad, aunque hubieran sido solo pocos minutos en los que su cuerpo se quedó sin fuerzas. Relajó el agarré de las solapas y rodeó a Gabriel de la cintura, en un gesto que le pareció natural; como si esta clase de contacto fuese habitual en ellos.

Permanecieron en esa postura un largo rato, en silencio, mientras él le acariciaba la espalda de arriba abajo en un movimiento tranquilizador. Solo cuando Gabriel la sintió más serena, se apartó y posó las manos sobre los hombros delicados.

—Bree, este es un escenario complicado. Habla conmigo —expresó.

—Solo me sentí sobrepasada —dijo ella en tono de disculpa, miró y tocó los dos puntos húmedos sobre la chaqueta de Gabriel causados por sus lágrimas. Se sintió avergonzada—. Pagaré tu tintorería. Lo lamento —soltó una exhalación—. Yo no…

—Bree —dijo con firmeza—, deja de decir incoherencias. Todos tienen un momento en el que la vida sobrepasa los límites. En este instante te ocurrió a ti.

Ella meneó la cabeza. Miró rápidamente hacia el fondo del corredor. «Él no tenía la más remota idea de que "un momento" era una cifra bajísima en su historial».

—Ha sido inapropiado perder el control de este modo. No tenías por qué presenciar algo como esto —expresó apartándose y limpiándose las lágrimas, enfadada consigo misma. No quería que le tuviera pena o que la consolara, pero, oh, cuánto deseaba volver a sentir esa seguridad en sus brazos. Mas Gabriel era tan solo su jefe. Un jefe con unas facetas que dejaban entrever que no era tan imbécil como estilaba y que existían más capas debajo de esa apariencia arrogante—. Puedo sola.

Él frunció el ceño. Las mujeres, trabajaran o no para él, solían considerarlo una referencia de apoyo: Gabriel tenía un cerebro y actitud para resolver problemas o encontrar atajos en situaciones difíciles. No comprendía la testarudez de Aubrey y que la hacía actuar a la defensiva en esta circunstancia en particular. Pero podía suponer que quizá era parte de la historia de ella; una historia que él empezaba a desentrañar.

—Voy a hacerme cargo de la cuenta del hospital. No te preocupes por el dinero. Solo enfócate en el bienestar de tu hermano —dijo sin rastro de condescendencia en su tono—. Necesito que tu mente esté despejada para rendir bien en la oficina —expresó como argumento, pues no quería que ella rechazara la ayuda.

Aubrey parpadeó varias veces. Meneó la cabeza. No quería discutir, pero tampoco iba a permitir que él le diese dinero. Ella siempre lograba salir de sus líos.

—Gabriel —dijo en tono suave y agradecido. Sus ojos estaban enrojecidos por el llanto. No era su mejor momento, sin duda—, lo aprecio, mas no voy a aceptarlo. Soy tu asistente, no tu responsabilidad personal. He llevado una vida compleja y la puedo ir

resolviendo poco a poco. La situación de mi hermano no es el primer rodeo.

Él ladeó la cabeza. Quiso indagar más sobre el comentario, lo haría después.

—Cualquier persona en mi posición te haría esta oferta de apoyo si existieran los medios, y yo los tengo —expresó frustrado por la negativa de ella. No quería hacer asociaciones, pero la única comparación de esta situación era su experiencia con Claudia. Su ex habría aceptado no solo su dinero al instante, sino que habría procurado que él resolviera todo, porque ella prefería evadir las pequeñas minucias de la vida. En cambio, esta terca mujer, que sí necesitaba ayuda, la estaba rechazando.

Ella negó con la cabeza, con una sonrisa triste en los labios.

—Tú no eres cualquiera, sino mi jefe, Gabriel —aclaró en un susurro, porque ambos sabían que la tensa química que los rodeaba iba más allá de una relación profesional que trataban de no explorar en profundidad. Como si fuese una bomba de tiempo que, si volvían a acercarse, iba a cambiarlos para siempre—. Mi desenvolvimiento en la oficina no se verá afectado por este suceso —le aseguró.

—Me alegra escuchar eso, Aubrey, pero mi oferta no está atada a ninguna expectativa personal si acaso es lo que piensas —dijo en modo aclaratorio y serio.

Ella sonrió levemente e hizo un asentimiento, mirándolo.

—Lo sé, Gabriel —replicó en tono sincero—. Desde que empezamos a trabajar juntos he notado que posees integridad, a pesar de ser a veces un tirano. —Él enarcó una ceja ante el comentario. «La mujer no reprimía sus opiniones».—. Pero no puedo aceptar que pagues nada. Si llegase a necesitar un anticipo, lo tramitaría como cualquier empleado con Recursos Humanos. Tal como debe ser, ¿de acuerdo?

Aubrey imaginaba que él no estaba acostumbrado a que otros rechazaran sus propuestas para solucionar situaciones; pero ella no era un proyecto de empresa o un problema a resolver. Entendía la

generosidad, sin embargo, lo que menos deseaba era estar en deuda con terceros. El haber llamado a su padrino había sido un acto que fue en contra de su orgullo, pero se trató de un asunto de supervivencia. En el caso de Craig, siempre que mantuviera su empleo todo iría bien. Confiaba en eso al menos.

Gabriel chasqueó la lengua y guardó las manos en los bolsillos. Asintió.

—Si no quieres mi ayuda financiera, ¿hay algo más que pueda hacer por ti?

La compañía de Gabriel era algo que la confortaba. En eso era sincera consigo misma. El anterior resultaba un descubrimiento peculiar, al menos si consideraba cómo se conocieron y la interacción de las últimas semanas, en las que a Aubrey poco le había faltado para lanzarle a Gabriel lo primero que tuviera a la mano. Por otra parte, no quería llamar a Clarissa, porque sabía que estaba en la casa de unas primas, a las que no veía hacía años, cenando y bebiendo. Su mejor amiga dejaría la reunión de lado para venir a verla al hospital, pero no era justo arruinarle la diversión.

Aubrey hizo un asentimiento y señaló las sillas azules. Sabía que él tenía que viajar a Seúl al día siguiente con Knox, estarían ausentes cinco días. Así que, aunque el vuelo era a las cuatro de la tarde de Sídney, ella apreciaba que Gabriel estuviera dándole algo que valía mucho más que el dinero o una tarjeta de crédito: su tiempo.

—Puedes acompañarme, hasta que salga mi hermano del quirófano —susurró. como si pronunciar esas palabras le hubiera tomado una eternidad en procesar.

Gabriel le sujetó el mentón entre los dedos. La miró con determinación. Aunque podría haber aprovechado la salida que ella quiso darle y no involucrarse más, lo cierto era que Aubrey parecía un imán que lo atraía, aunque él se propusiera negarlo. Probablemente si dejaba que todo fluyera y lograba establecer que esto podría ser un asunto sexual y separarlo del trabajo, la atracción

dejaría de tener tanta fuerza. «Quizá se trataba tan solo de un etapa, una novedad efímera de ambas partes», pensó Gabriel.

La clase de gesto súbito que tuvo a continuación, al tocarla, desdijo la reflexión.

—No fue tan difícil pedirlo, ¿verdad? —preguntó, acomodándole varias hebras de cabello detrás de la oreja y guiándola hacia los asientos del pasillo de espera.

—No… —murmuró Aubrey, mientras se sentaban juntos.



El informe médico dejó a Aubrey devastada. Craig se fracturó la clavícula derecha en dos partes y para estabilizar el hueso tuvieron que emplear una placa y tornillos. La profunda laceración que sufrió en el muslo izquierdo comprometió parte del músculo y la sutura requirió treinta puntos para cerrar la herida. El doctor Patrick Reins también le explicó que el paciente no tuvo lesiones internas graves, ni tampoco hubo contusiones cerebrales, porque Craig había protegido su cabeza con los brazos. La anterior era una de las razones de la clavícula fracturada. La rehabilitación física sería prolongada e iba a requerir que se inmovilizara el brazo afectado, al menos seis semanas. La fisioterapia tendría que ser intensiva para que el joven recuperara la fuerza y movilidad de las partes afectadas. Reins comentó que Craig tuvo raspones leves y magulladuras que sanarían pronto, además de que era afortunado por seguir con vida.

Aubrey agradeció al doctor y luego entró a la habitación de su hermano.

Craig estaba recostado en la cama, con el rostro pálido, el brazo en un cabestrillo y un grueso vendaje en el hombro derecho. En la mejilla tenía un raspón y el labio inferior estaba lacerado. Una intravenosa estaba conectada en la muñeca izquierda. Los sistemas de monitoreo resonaban. Aubrey se sentía más fuerte ahora,

después de haberse desahogado en el abrazo de Gabriel, así que su expresión era repuesta. No obstante, estaba preocupada por las consecuencias de este accidente para Craig. Porque se trataba de los sueños que él tenía de estudiar medicina, becado.

Ella se acercó a la cama y sujetó los dedos de la mano libre de Craig.

—Pudiste haber muerto, tonto —dijo con una mezcla de enfado y pesar.

Él abrió los ojos, algo somnoliento por la medicación que estaban dándole.

—Fui muy estúpido, Bree… Simplemente actué como un idiota y me puse en peligro —se le cortó la voz, mirando a su hermana—, lo siento de verdad. El doctor…

—Sí, me acabó de decir las novedades de tu estado, antes de que yo entrara —murmuró ella en un tono decepcionado—. Si lo que te preocupa es el costo, recuerda que tienes Medicare, y yo puedo arreglármelas como siempre. Sin embargo, lo que me aflige es todo lo que ahora está en riesgo para ti —señaló las partes afectadas por el accidente—, porque impedirá que vuelvas al agua, al menos durante dos meses, Craig.

—Haré todo lo posible para rehabilitarme y recuperarme pronto —dijo en un tono que parecía tratar de convencerse más a sí mismo que a su hermana—. Me queda el tiempo justo y puedo remontar en las competencias, aunque me tome el doble del esfuerzo habitual… —tragó saliva—. Bree, ¿cómo voy a decírselo a mamá…?

Ella se frotó las sienes y soltó una exhalación larga.

—Te darán el alta el lunes, así que tendrás que llamarla más tarde y ser sincero —replicó—. Demonios, Craig, creía que serías más sensato, después de todo lo que hemos pasado, y considerando que está tu sueño en la línea de riesgo —dijo enfadada.

El chico se movió ligeramente e hizo una mueca de dolor.

—Sé que has hecho todo lo posible, trabajando en varios sitios a la vez, dejando de estudiar por mamá y por mí… —murmuró—. Sé que te he defraudado… Me siento imbécil, porque, además, los reclutadores me dieron la semana pasada buenas perspectivas para esa beca —apretó los labios—, pero ahora no sé… Mierda.

Aubrey meneó la cabeza.

—Craig, acabo de empezar un nuevo empleo y si renuncio para acompañarte y ayudarte, en tus procesos de rehabilitación física, me quedaría sin el único ingreso fijo con el que cuento —expresó con voz rota, porque sabía que su hermano no podría movilizarse sin estar acompañado, no en esa condición—. Tienes que hallar el modo de que Sarkan o alguien sea tu apoyo ahora. Tampoco puedo descuidar a mamá.

Él miró a su hermana con tanta vergüenza que se le salieron las lágrimas.

Ella extendió la mano y le acarició el cabello, como hacía cuando era un crío.

—Lo sé, lo sé, Bree —dijo el chico enfadado consigo mismo—. Me las apañaré. Sé que mi cuerpo está golpeado, pero podré recuperar mi movilidad para nadar a tope. Hallaré la manera de conseguir esa beca para estudiar medicina. El entrenador me comentó ayer, justamente —hizo una mueca— que yo estaba entre la lista de los elegidos para competir por ingresar al equipo de natación de la universidad.

—¿Decidiste que quieres ir a la Universidad de Nueva Gales del Sur?

—Sí… —comentó con una sonrisa triste, porque ahora todo era incierto por un estúpido error—. Me quedan unos meses, antes de que todo se defina entre los otros aspirantes —insistió tratando de insuflarse fuerzas—, y puedo hablar con el entrenador para analizar mi caso. Prometo que no te fallaré… No todo está perdido…

—Oh, Craig, esto es un desastre —susurró ella cerrando los ojos —. No se trata de que me falles a mí, sino de todos los sacrificios

que haces para mantener tus tiempos con el entrenador y el equipo; para ganar campeonatos y elevar tu perfil.

—Al menos, ¿me crees si te prometo que voy a conseguir esa beca…?

Ella quiso echarse a llorar, iba más allá de una promesa. Esto iba de que tuviera todos los implementos a disposición para una buena terapia. Se necesitarían, al menos a un nivel de competición deportiva, más de lo que ofrecían los rehabilitadores comunes. Aubrey agarró un vaso de agua de la mesilla de Craig y lo bebió completo.

—Te creo, sí —dijo con sinceridad, porque su hermano era igual de cabezota que ella. Lo anterior se reflejaba en luchar siempre, hasta obtener lo que querían.

Fue entonces que ella vio un movimiento con el rabillo del ojo. Aubrey, que estuvo tan concentrada en Craig, porque asumió que Gabriel estaba fuera de la suite, se quedó sin palabras. Pensó en que él acababa de escuchar toda la conversación, cuando lo que menos hubiera deseado es que conociera parte de su compleja vida.

—¿Este quién es? —preguntó Craig, hostil y en modo protector con su hermana—. Espero que no sea otro imbécil ricachón que no se digna a entrar en nuestra casa tan solo porque no eres de su misma condición económica —agregó en tono despectivo. Los hermanos Blackeney tenían buen ojo para la ropa de alta costura y diferenciar a los que poseían dinero, como ellos alguna vez, y a los que pretendían tenerlo o solo alardeaban. Este hombre de cabellos rubio oscuro exudaba riqueza.

Gabriel registró esta información, ¿a quién se refería por "otro imbécil ricachón"?, pensó de repente cabreado. No porque hubiera recibido el comentario como un insulto; sino, porque entendía que hubo un idiota esnob en la vida de esta mujer y que, si el hermano lo mencionaba, dejó una huella; no una positiva, al parecer. No le gustó la perspectiva de imaginar a otro hombre con Aubrey, lo cual era, por supuesto, absurdo. Apretó los puños. «Ambos tenían

derecho a un pasado. Pero no tenía por qué agradarle escuchar una pincelada sobre el de ella», reflexionó Gabriel.

—Oh, Craig, controla tu boca —dijo ella abochornada. Su hermano no era tonto y asumió la razón por la que Bastian jamás entró a su casa, en especial después de escuchar las excusas ridículas que ella le daba a Bonnie, frente a Craig, sobre la razón de que su ex novio jamás hubiera aceptado un café o una cena—, compórtate. Él fue quien me trajo al hospital apenas supe de tu accidente. Él es solamente…

—Gabriel St. James —intervino con absoluta seguridad en la voz —. Tu hermana trabaja como mi asistente personal, y tu comportamiento imprudente ha causado gran estrés en ella. — Aubrey lo miró boquiabierta por la manera en que estaba hablándole a su hermano. Craig hizo una mueca—. Ella no quiere recibir ayuda financiera y yo necesito una asistente personal concentrada en mis asuntos al cien por ciento, no será posible con un adolescente impulsivo a punto de echar por la borda una beca deportiva, ¿o me equivoco? —le preguntó al muchacho, cruzado de brazos.

—No conoces nada sobre mi hermana y aunque yo haya cometido un error…

—Estoy conociéndola y lo que acabo de escuchar ha sido muy revelador —replicó Gabriel, ante la mirada atónita de Aubrey. El CEO entendía el tono protector del chico, pero quien establecía las reglas era él. Lo que estaba diciéndole no era una mentira. Gabriel cuidaba sus intereses así que, bajo cualquier enrevesada forma que existiera, Aubrey formaba parte de estos—. Tuviste la suerte de no matarte, así que no lo llamaría un error. Te asignaré un chofer para tus rehabilitaciones físicas. No vas a faltar a ninguna. No vas a darle preocupaciones a tu hermana. ¿Has entendido?

Aubrey se enfurruñó, porque era muy del estilo de Gabriel tomar el mando.

—Gabriel, este es un asunto que no te corresponde —zanjó ella, antes de que su hermano abriera la boca, evidentemente satisfecho con la oferta—. Yo decido cómo organizo mi tiempo, problemas y

asuntos familiares. Ya te dije que nada de esto iba a afectar en mi desempeño profesional y es algo que mantengo, ¿de acuerdo?

—Me corresponde desde el momento en el que va a complicar tu vida y yo no te la voy a hacer más fácil en el trabajo. Tengo una rutina y quiero resultados. Para obtenerlos requiero tu eficiencia y tú no contabas con todo este detalle médico tan extenso, ¿o sí? —replicó argumentando en la única forma que sabía que ella no iba a refutar. Aubrey elevó el mentón, enfadada porque era verdad—. Una de mis inversiones es una cadena de gimnasios, en esta existen rehabilitadores físicos excelentes, así que no estoy regalándote nada. Uno de los beneficios exclusivo de esa cadena de centros deportivos es ofrecer servicio de recogida a los miembros VIP. Considéralo como tu bonificación por haberme ahorrado varios millones de dólares.

Antes de que Aubrey pudiera refutar, Craig carraspeó.

—Mi hermana ha trabajado los últimos seis años solo para que yo pueda continuar estudiando y mi mamá esté bien —expresó sin revelar más, al fin de cuentas este hombre era un extraño y sabía que, aunque fuese el jefe de Bree, ella no le perdonaría que hablara de su vida personal sin su consentimiento. Además, el tal Gabriel ya había escuchado más que suficiente—. Si esa oferta no implica un gasto para Bree, entonces, gracias, acepto tu ayuda. No quiero ser una carga y sé que puedo rehabilitarme más rápido con un buen equipo de terapéutas e implementos —dijo.

—Está hecho, Craig —dijo Gabriel—. El rehabilitador del gimnasio contactará al hospital y si tu hermana lo autoriza, entonces le pueden proveer las pautas para que, una vez que tengas el alta médica, esté adecuado tu plan de rehabilitación física.

El joven esbozó una sonrisa. Esto implicaba una esperanza ante la idiotez que cometió. Podría recuperar su ritmo y remontar su posición en la liga intercolegial de natación. «Esperaba que su entrenador y los reclutadores también pensaran igual».

—Suena bien, Gabriel —expresó conteniendo un bostezo—. Gracias...

Fueron interrumpidos cuando la enfermera ingresó y pidió privacidad para revisar las vendas del paciente, así como sus signos vitales y demás detalles propios de su condición. También le reconfirmó a Aubrey que el doctor dejó estipulado que el joven permaneciera tres días en el hospital, con reposo obligado y dieta blanda. Aubrey salió de la habitación a regañadientes, por supuesto acompañada de Gabriel.

Una vez fuera, ella se giró hacia él. Enfadada.

—Yo tengo mucho que aportar en esta conversación que acabas de tener con mi hermano —intervino Aubrey. Él tan solo enarcó una ceja; prefería verla enfadada que con lágrimas—. Esta no es tu oficina, ni una de tus empresas, y mi hermano no es parte de ningún proyecto de caridad. Tu manipulación al tratar de modificar la forma en que intentas que yo acepte tu dinero es evidente, pero ya te he dicho que…

—Cállate, Aubrey —farfulló besándola.

No fue un beso carnal, sino una mezcla de consuelo y también de un picante toque de erotismo contenido. La beso, hasta que consumió la rabia, el dolor y también el orgullo en ella que se negaba a ceder para recibir su apoyo. Gabriel le recorrió la boca, la mordisqueó, y sonrió cuando ella gimió su nombre con un susurro sensual.

Aubrey, al recobrar el sentido común y recordar el sitio en el que estaban, se apartó unos pasos. No era fácil calmar su cuerpo cuando este hombre poseía su boca.

—Gabriel, no puedes besarme cuando te apetezca —dijo mirando la forma en que sus manos habían despeinado los cabellos de el sexy millonario. Diez segundos. Diez segundos acababa de durar el beso y le costaba que sus neuronas se organizaran.

—¿Son mis avances impuestos e indeseados? —preguntó él con seriedad.

—No —expresó ella elevando el rostro—. Pero trabajo para ti y eres un tirano. En mi vida existen muchos asuntos por resolver y no

quiero complicaciones —dijo.

Él sonrió de medio lado y tomó una decisión sobre el deseo que sentía por Aubrey. No es que no hubiera reconocido que existía, este beso era una muestra. Lo que él hizo en estas largas semanas fue relegarlo para no distraerse. Pero, considerando que la atracción mutua solo seguiría aumentando, mantenerla aplacada exigía un cambio de postura. Este era tan buen momento como cualquier otro para hablarlo.

—Un tirano, ¿eh? —repitio frotándole el labio inferior con el pulgar —. Pues no confundo tus derechos con tus deberes. Trabajas para mí, ese es tu deber y nunca pondré en riesgo tu modo de subsistencia. Si tú y yo, por mutuo acuerdo, dejamos que el deseo lleve las riendas, entonces cuando uno de los dos decida ponerle fin, se acabará. Ese es tu derecho —concluyó—. No te ofrezco una complicación, porque yo no tengo espacio para una relación distinta a lo que te ofrezco: placer sin ataduras.

Aubrey lo quedó mirando. No sabía si el simple hecho de estar considerándolo era fruto de un larguísimo día o si sus hormonas estaban nublándole el juicio.

—No quiero ser un cliché, Gabriel —susurró—. Además, no confías en mí.

—Un orgasmo es un cliché, pero la forma en el que lo consigues y provocas, no —dijo en tono profundo. Aubrey sintió su voz como una caricia—. Confío en que el sexo sería magnífico contigo y como no queremos complicaciones, el resto da igual.

—No soy una ladrona —susurró, porque necesitaba dejarlo claro.

Gabriel, después de la conversación que había escuchado entre los dos hermanos y lo acontecido en las últimas casi cinco horas en ese hospital, sintió cómo se empezaban a desmoronar sus ideas preconcebidas sobre Aubrey. ¿Qué la impulsó a querer llevarse su galeón? Ciertamente, no lo haría alguien habituada a hurtar cosas. Menos alguien con tres trabajos y que tenía, según lo que comentó Craig, que ser la hermana mayor responsable. ¿Qué pasaba con la

madre de ella y por qué ambos Blackeney parecían más cautelosos y preocupados sobre cómo hablarle del accidente?

Todos estos detalles sobre Aubrey aumentaban las piezas del puzzle, pero aún no lograba encajar todas para darle sentido a todo. Gabriel había pensado, horas atrás, que si sacaba de en medio la tensión sexual y a la par lograba conocer aquello que le impedía saber más de Aubrey, entonces este oleaje que había sacudido su barco —con la llegada de la mujer de ojos cafés— perdería fuerza y desaparecería. Si solo era lujuria envuelta en curiosidad, una vez que saciara ambas, podría continuar su camino como siempre. Siendo él un estratega experto, esto le parecía una idea genial.

—Me doy cuenta ahora —replicó Gabriel. No confiaba del todo, pero al menos confiaba más. Todavía le faltaban muchas partes por conocer sobre Aubrey.

Ella esbozó una sonrisa por la respuesta e hizo un asentimiento.

—Pero tampoco puedo darte una respuesta ahora —susurró.

—No esperaría que lo hicieras, tienes asuntos familiares por resolver y mi propuesta no es algo que tomarías a la ligera. Lo sé —dijo mirando el reloj, era pasada la medianoche—. Estaré cinco días en Seúl. Usa ese tiempo para tomar una decisión.

—¿Y si mi respuesta es no? —preguntó sintiéndose como ícaro cerca del sol.

Gabriel la miró con una certeza que la desarmó.

—Ese también es tu derecho —dijo antes de inclinarse y morderle el labio inferior—. Buenas noches, Bree. Una vez que esté en casa, mi chofer regresará al hospital para llevarte a la tuya. Uno de mis guardaespaldas se quedará con Craig.

—Eso es autoritario —expresó tocándose el labio que él acababa de morder.

Gabriel sonrió de medio lado, dio media vuelta y se alejó del hospital.

CAPÍTULO 10

Un día previo del regreso a Sídney, después de haber recorrido la ciudad, asistido a cenas magníficas de negocios, conversado con científicos, analistas, investigadores y los mentalizadores de LongMind, Gabriel y Knox decidieron firmar el contrato con Hakuri Marakami y Ribati Kei. Fueron largas jornadas de discusión, en especial sobre los temas éticos, porque se trataba de las vidas de cientos de personas que serían los primeros voluntarios en la fase experimental. Por esa razón, Gabriel había estipulado una cláusula en la que se determinaba que en los próximos ocho meses, los resultados de las pruebas tenían que mantener todos los estándares acordados o de lo contrario retirarían su dinero. No solo eso, sino que les cobrarían a LongMind una penalidad.

Los coreanos aceptaron la condición, así como también que en un inicio recibirían de Aussie Equinox doscientos millones de dólares. El resto de la inversión estaba condicionada a lo que ocurriese en las primeras pruebas. Para las siguientes fases y desembolsos se requerirían contratos adicionales. Este no era un proyecto simple, y podía suspenderse si los australianos no estaban conformes. Así que tendrían que continuar negociando a futuro, aunque, por ahora, el panorama pintaba bastante bien. Todo el proceso fue verificado ante notarios y abogados. Knox y Gabriel habían llevado con ellos a su equipo de representantes legales y a sus mejores asesores. LongMind abriría sus puertas primero al público asiático, después al australiano y luego al europeo, en dos años. Si bien la biotecnología era un asunto importante y ya en uso, al agregarle componentes de la inteligencia artificial había que ser prudentes.

Gabriel celebró este avance inicial con su mejor amigo en un exclusivo whiskey club, al cual se accedía con invitación. En estos lugares, ubicados discretamente en barrios como Gangnam, Itaewon y Cheongdam-dong, la élite financiera se reunía e intercambiaba

información privilegiada. Seúl poseía un mundo secreto de placeres discretos y una atmósfera de erotismo de la más alta gama. La sociedad manejaba todo bajo estándares de prudencia y sutileza. Knox, por ejemplo, se había largado con una mujer espléndida y sexy para pasar la última noche. Gabriel, en cambio, bebió un poco más de la cuenta, pero decidió que, aunque su libido exigía dejarse llevar por las mujeres que lo habían observado con velado interés sexual, él no iba a volver a Sídney para esperar la respuesta de la única mujer que sí le interesaba follar, después de haber estado con otra. No era lealtad, porque no le debía nada, sino sentido común. Pero sabía que el recuerdo de haberse deslizado en otro coño —solo por la euforia de un contrato exitoso— le sabría igual que tener la posibilidad de probar un exquisito manjar, pero arruinar su paladar con una versión más barata por no saber esperar el momento. El tiempo y la vida le habían enseñado que, si bien la paciencia podía ser una virtud y una estupidez a la vez, en el deseo se podía jugar en tonos grises para que la recompensa fuese mucho más placentera. Por eso esperaría la respuesta pendiente.

Tal como le dijo a Aubrey, ella poseía todo el derecho de decirle que no. Lo que no le comentó fue que él tenía el mismo derecho y libertad de hacerla cambiar de opinión de modos creativos. Gabriel sabía leer las señales sexuales de una mujer como lo haría una gitana el futuro, mas él no se aproximaba a alguien sin tener la certeza de que en verdad existía una vibrante química. En este caso, negar lo obvio sería necedad.

Durante los primeros días en Seúl, él escribió a Aubrey para saber cómo seguía el estado de Craig. Ella le comentó que estaba muy dolorido, pero con buena actitud porque el fisioterapéuta se había contactado con el médico del hospital para organizar desde cuándo empezaría la terapia y cómo se realizarían los procesos, después de que él tuviera el tiempo de descanso requerido post-operación. En sus mensajes, Gabriel no hizo alusión a más temas personales, porque no quería presionarla sobre el asunto pendiente entre ambos. Los días laborables en los que el CEO no estuvo en Australia, él notó que Aubrey jamás se retrasó en acatar sus requerimientos, a

pesar de la situación familiar que atravesaba. Eso implicaba que la ayuda a Craig fue buena idea, pero también que la mujer estaba aprendiendo a ser responsable y trabajar con ahínco.

Sin embargo, la anterior resultaba una percepción cada vez menos coherente para Gabriel. Después de escuchar a Craig mencionar que Aubrey tuvo hasta tres empleos a la vez para ayudar en la casa, el asunto de ser responsable resultaba más bien una cualidad intrínseca en Aubrey. «¿Por qué tantos empleos para alguien tan joven e inteligente? ¿Tan mal pagaban los empleos regulares que ella consideró robar? ¿Qué estaba perdiéndose en la ecuación?». Pero Gabriel no tenía tiempo para acertijos, porque había documentos pendientes de revisar en la empresa, reuniones postergadas debido a su viaje y, además, debía preparar una conferencia de liderazgo para la Escuela de Negocios de la Universidad de Sídney. Aunque lo anterior no le apetecía, porque eran horas que podía invertir trabajando, sí consideraba importante contribuir con sus experiencias a la sociedad de jóvenes estudiantes que buscaban un referente.

Gabriel regresó a trabajar un jueves, pero decidió llegar después del almuerzo. En lugar de ir directamente al despacho, aprovechó la mañana y parte de la tarde para asistir a dos reuniones en pleno centro de la ciudad. Durante ese tiempo, Aubrey le envió por correo toda la documentación que él le había solicitado. Los encuentros se dieron con dos grupos de empresarios que, por supuesto, buscaban inversores. Uno presentaba un ambicioso plan de energías geotérmicas de ciclo binario en la región volcánica de Cooper Basin, Australia Meridional; mientras que el otro proponía un innovador sistema de calzado ortopédico para atletas de élite. Knox, como era de esperarse en estos casos específicos, acompañó a Gabriel. Tras evaluar las propuestas, ambos decidieron centrarse en la empresa enfocada en el consumo: calzado diseñado con materiales de ingeniería avanzada para deportistas. La idea de ver una nueva marca de calzado compitiendo con las tradicionales les resultaba más atractiva. Ambos disfrutaban explorando oportunidades de inversión, siempre con riesgos calculados.

Antes de volver a la empresa, acordaron cerrar las puertas a nuevas inversiones, porque el asunto en Seúl representaba la más alta cuota con la que habían participado en un largo tiempo. Decidieron, en cambio, realizar la construcción de un nuevo piso en la compañía dedicado por completo para asuntos financieros. El espacio actual ya resultaba insuficiente debido a la alta facturación y ramas de negocios que poseían.

—Quizá sería buena idea reunir a los jefes de los equipos de contables y finanzas en la Sala Beta, o como todas la llaman: *brainstorming,* para determinar si lo que necesitamos es aumentar personal o considerar reducirlo. Otro aspecto en juego también sería pensar en contratar profesionales que sean especialistas en temas más específicos y que estén en la línea de lo nuevo en el mercado. A los ejecutivos antiguos hay que evaluarlos y darles la oportunidad de demostrar su valía con más capacitación —dijo Knox—. No me gusta despedir a nadie, pero requerimos eficacia y destreza.

Gabriel se detuvo en el elevador del piso gerencial. Analizó el comentario. Ellos se sentían orgullosos de apreciar el talento sin importar la edad de sus empleados, porque buscaban ofrecer una carrera a largo plazo y beneficios que los motivaran a ser mejores y competitivos. Pero si no rendían, el despido era inminente.

—Sí. Creo que falta agilizar la facturación a una escala más elevada y veloz —replicó Gabriel—. El sistema digital que tenemos es excelente, pero necesitamos gente que sea capacitada para tomar decisiones asertivas cuando surja una situación crucial. Los últimos errores fueron de mandos medios. Las pérdidas de tiempo son dinero.

Gabriel apresuró el paso y revisó los mensajes acumulados a la par. Uno de ellos era de Claudia, que había sido dada de alta dos días atrás. Esta le anunciaba que iba a retomar su paso por el teatro y que estaba contenta. No iba a presentarse en la primera temporada de la obra *Un tranvía llamado deseo*, pero lo haría en la segunda. Él, porque no tenía nada en contra de su ex, le respondió

que le parecía un gran avance. Luego, ya que sus asuntos acumulados necesitaban su atención, guardó el móvil.

—Sabía que estarías de acuerdo —sonrió Knox avanzando por el pasillo, pero al notar la expresión ceñuda de su mejor amigo agregó —: ¿Noticias no deseadas o incómodas de digerir? —señaló el bolsillo en el que Gabriel metió el teléfono.

—Claudia —meneó la cabeza—. Salió de rehabilitación hace poco.

Knox hizo un asentimiento. Aunque era su amiga también, y la quería como tal y en especial al ser la hermana de Calder, le parecía deplorable que fuese incapaz de mantenerse alejada de los problemas. La vida de Claudia era una montaña rusa, pero las emociones, lejos de causar alegría, provocaban un ambiente de preocupación. Él la había ido a visitar en Sun and Rise. Se alegraba de que ahora estuviera mejor.

—Me da gusto saber eso —replicó Knox con alivio—. Espero que no recaiga y que encuentre, finalmente, una razón para tratar de estar mejor. Sanarse al fin.

Gabriel hizo una mueca, porque tenía una idea de cuál podría ser la motivación de Claudia para tratar de salir del foso en el que se había metido. Pero no quería hablar al respecto con Knox, porque entonces tendría que explicar asuntos que no le apetecía mencionar. Por ahora prefería enfocarse en lo que era importante: Aussie Equinox.

—Tengo asuntos por resolver, Knox —dijo cambiando de tema—. Tú, igual.

—Y pensar que somos socios, pero tú te crees el jefe —replicó el otro hombre, carcajeándose. Gabriel meneó la cabeza—. Bien, retomando los temas financieros —consciente de que ibas a coincidir en la necesidad de una reunión al respecto— me tomé la libertad de pedirle a Aubrey, cuando terminamos la primera reunión esta mañana, que organizara la Sala Beta lo antes posible para hablar con nuestro equipo. Después de todo, ¿no le pediste hace un par de semanas que hiciera una remodelación de esa área? —preguntó

riéndose ante la súbita expresión hostil de Gabriel—. Ya que insistes en seguir dándole trabajos sin sentido, al menos haz que ese cuente. ¿No?

—Los excesos de colores me perturban, así que fue una petición coherente —replicó Gabriel ajustándose la manga de su chaqueta negra Kiton. Nada hablaba mejor de un empresario que su inteligencia acompañada de un traje hecho a medida.

Knox enarcó una ceja, mientras ambos llegaron a la intersección de sus despachos y se quedaron cerca del escritorio de Aubrey. Ella no estaba en su puesto. Gabriel frunció el ceño. «No recordaba haberle pedido nada fuera de la oficina».

—Gabe, Aubrey posee un potencial muy alto intelectualmente —dijo Knox mirando a su amigo—. Quizá no tenga estudios, pero aprende rápido. Los de IT quieren tenerla a tiempo completo como parte del equipo, pero, claro, tú has secuestrado su eficiencia. —Gabriel enarcó una ceja—. En todo caso, la escuché comentarle a uno de los ingenieros, el otro día, que quiere empezar la universidad y que gracias a este empleo podría inscribirse y tomar los créditos que son en línea. ¿Te has preguntado por qué razón ha postergado tanto su carrera? —preguntó el hombre.

Gabriel se cruzó de brazos.

—Si tuviera tiempo para indagar en la vida personal de mis empleados, entonces quizá debería despedir a Zeik y dedicarme a ejercer en recursos humanos —replicó mirando el reloj. Eran las tres de la tarde, ¿dónde estaba su asistente personal?

Knox soltó una risa y se encogió de hombros.

—Ah, lo comentaba porque sueles perder el interés en tu entorno cuando Aubrey está cerca y pensé que esos temas te intrigarían —replicó en un tono alegre y que fingía inocencia. Knox sabía cómo sacarlo de quicio—. ¿Sabes, Gabe? Entiendo que todo esto empezó con mal pie y que has querido ejercer de un torturador sutil para ella por lo ocurrido hace meses —dijo esto último ya sin sonreír y mirando a su mejor amigo con franqueza—. Cuando estamos

trabajando en Wide Whole, ella es la que procura que el ambiente esté relajado. No busca competir, menos alardear cuando el mismísimo Fabien falla en algo. Cuando está sentada en ese escritorio —señaló el mueble de madera con vidrio— o tú estás con el ceño fruncido, parece más cauta. Quizá, detrás de sus acciones del pasado exista una historia. Podrías sorprenderte…

Gabriel enarcó una ceja. No sabía qué clase de conversaciones tendrían Aubrey y Knox, ya que este último parecía siempre muy dispuesto a perder el tiempo en socializar, pero la idea de que ella hubiera hablado con su amigo, en lugar de hacerlo con él, súbitamente le escocía. La razón era simple: no quería que otra persona fuese la que tuviera las partes del rompecabezas que él estaba tratando de armar. Aunque tampoco es que el CEO hubiese actuado de la manera más sutil y amable con Aubrey.

—¿Es que acaso sabes algo de ella que yo no? —preguntó en tono acerado.

—Tú prestas atención a los detalles numéricos y estratégicos —dijo encogiéndose de hombros—, pero, a pesar de que soy el gerente financiero, también poseo la habilidad de darme el tiempo de entender los detalles de quienes me rodean.

—Quizá te convenga meterte en tus asuntos, Knox —replicó Gabriel. Porque no iba a mencionar los eventos que habían ocurrido entre él y Aubrey—. A menos que, además de finanzas, tengas planeado sacar un título de especialidad en psicología.

Knox soltó una risotada.

—Mis empleados son exactamente eso: parte de mis intereses.

—¿Qué clase de interés tienes en Aubrey? —preguntó Gabriel con enfado ante el tono juguetón. Al hacer esa pregunta su mejor amigo soltó una carcajada—. Habla.

—No el mismo que tú —le hizo un guiño y luego le dio un puñetazo en el hombro—. Gabe, te conozco hace casi dos décadas. Si tu asunto con ella es mutuo…

Ambos conocían los puntos débiles del otro. En el caso de Gabriel era la ligera culpa por haber arruinado, literalmente, la vida de Calder, y por consiguiente las posibilidades de Claudia de lograr ser concertista de violín. Knox en cambio era un asunto por completo diferente. Su situación estaba vinculada a otra clase de tristeza.

—Ya que el asunto del sexo opuesto parece estar en boga para ti esta tarde, ¿qué ha pasado con Catherine? ¿Lograste que te escuchara? —interrumpió el hilo de la conversación, y preguntó a cambio sobre la mujer a la que Knox le propuso matrimonio, pero lo dejó plantado en el altar. Su pregunta fue con genuino interés.

Knox se pasó los dedos entre los cabellos. Solía tratar de que las personas a las que apreciaba de verdad se dieran cuenta de las oportunidades que tenían. Pero, por supuesto, no siempre aplicaba la misma filosofía para sí mismo. «Contradicciones».

—No he vuelto a verla… —tragó saliva—. No quiere verme.

Gabriel hizo una mueca. El fallido evento ocurrió un año atrás.

No había rastro de broma entre los dos. El pasillo del CFO y el CEO estaba muy alejado del resto de oficinas gerenciales. Había sido diseñado para que ocupara un ala completa del piso, y en el ala opuesta estaban distribuidos los demás despachos.

—Quizá, yo no sea el único que necesite hallar la forma de permitirse un poco de alegría, Knox. Ha pasado bastante tiempo desde el asunto en la iglesia —replicó apoyando la mano en el hombro de su amigo—. ¿Sabes si sigue viviendo en Sídney?

Knox se rio, pero no fue su habitual tono desenfadado, sino amargo.

—Me odia lo suficiente como para haber dejado su trabajo de pediatra en Australia y haberse ido a vivir a Nueva York —murmuró apretando los puños.

—Vaya… —dijo Gabriel, sorprendido—. ¿Has considerado en ir a por ella?

Durante varios segundos, Knox apretó los labios e hizo un asentimiento.

—Hace cuatro meses extendí mi tiempo de estancia cuando fui a cerrar ese negocio con los acuarios en Florida. La razón no fue un retraso en el proceso de la firma… —se pasó los dedos entre los cabellos—. Le pedí al piloto que hiciera una parada adicional: Nueva York. Cuando encontré a Catherine no estaba sola, sino con Avenel, su supuesto mejor amigo de siempre, a punto de besarse —dijo con acidez.

—Mierda… Lo siento, Knox —murmuró con sinceridad.

El otro empresario tan solo hizo un breve asentimiento.

—Te veo mañana en la playa para surfear, Gabe —replicó restándole importancia y se alejó por el pasillo, luego dio un portazo cuando entró en la oficina.

Ese fue el único indicio de que la aparente actitud desenfadada que era habitual en Knox, ante otros que no fueran sus amigos cercanos, era solo eso: apariencia. Su historia con Catherine era complicada. La mujer había sido la propietaria de una casa victoriana en una de las zonas más disputadas por los agentes inmobiliarios, Watson´s Bay. Knox quiso la propiedad para transformarla en un club gastronómico privado con una galería de arte; una fusión de conceptos. La ruptura estaba vinculada a la forma en que él obtuvo las escrituras. Cuando intentó hacer un control de daños había sido demasiado tarde. Así que ahora, él procuraba disfrutar de una existencia bohemia.

Gabriel entró a la oficina y encendió su ordenador. Las medidas de seguridad digitales se habían redoblado en la empresa desde el incidente del *ransomware*. Esto último costaba una fortuna al mes, pero los dos socios sabían que era una inversión.

Él necesitaba hablar con Aubrey, porque tenía que modificar la reunión de las diez de la mañana del siguiente día, para la tarde. Además necesitaba confirmar ítems sobre un archivo para sus abogados y revisar algunos casos de la compañía de temas varios.

Debido a su viaje, había trabajo acumulado y él tenía que cumplir un itinerario. Revisó el móvil. Los mensajes que le envió a Aubrey continuaban sin responderse. Resultaba impropio de ella no estar atenta a los requerimientos en la oficina. Así que decidió llamarla. Las dos veces, al terminar de sonar, le saltó la contestadora. Gabriel tan solo hizo lo que cualquier persona que dominaba su entorno haría: revisó las cámaras de seguridad para buscarla. No era su estilo, pero tampoco iba a preguntar alrededor si alguien había visto a su asistente personal. Quedaría como incompetente.

Él revisó la grabación del vídeo a partir de la hora del último mensaje que ella le respondió: cuarenta minutos atrás. La mujer estaba detrás del escritorio, atendiendo varias llamadas y lo hacía siempre con una sonrisa, notó Gabriel. Después se acercaron algunos empleados de otros pisos y hablaron brevemente con ella antes de alejarse.

Gabriel no perdió de vista cómo dos empleados, tendría que averiguar de qué departamento eran y también sus nombres, se quedaron más tiempo del necesario hablando con Aubrey. Ambos dijeron algo y la mujer empezó a reírse. Gabriel apretó la mandíbula y aceleró la velocidad del vídeo presionando el botón más fuerte de lo necesario. Una vez que ese par se alejó, media hora atrás según el cronómetro del vídeo, Aubrey miró el móvil un instante; al hacerlo sonrió con algo parecido al alivio, pero no escribió nada en la pantalla. Gabriel no podía ver ni escuchar con las cámaras de vigilancia, porque esa medida era parte de la política de privacidad empresarial. Sin embargo, en esos precisos momentos, él consideró que ese detalle podría revertirse.

Ver a Aubrey, aunque fuese en vídeo, le permitía analizarla con detenimiento.

Al levantarse del escritorio, ella fue al elevador. Gabriel notó que llevaba una blusa violeta sin mangas, una falda negra ajustada y zapatos de tacón alto. El cabello lo tenía recogido en una coleta baja. Miró cómo se meneaba el magnífico trasero, hasta que ella desapareció tras las puertas de metal. La siguiente imagen fue de

Aubrey entrando sonriente en la Sala Beta. Desde entonces, según el registro del vídeo, no había salido de ahí. Él no tenía tiempo de revisar la puñetera grabación —cuadro por cuadro— para fijarse sí, por quedarse mirando la sensual figura, perdió el instante en el que ella se habría alejado de la Sala Beta. Dejó de manipular el registro y se levantó.

Enfadado, porque tenía mucho por hacer, y Aubrey se dedicaba a pasear por el edificio e ignorar sus llamadas de trabajo, se dirigió al último piso con determinación. En el camino se encontró con Lisa Murdock, la segunda al mando del equipo de relaciones públicas. La mujer hablaba a la velocidad de cinco personas a la vez. Pero era una de las más eficientes ejecutivas y por eso ocupaba la subdirección de ese departamento. Lisa le comentó que esa noche el chef suizo Daniel Humm iba a cocinar en exclusiva para varios CEOs de la ciudad, porque presentaría su nueva marca de vinos. Se trataba de una invitación importante y Lisa quiso saber si Gabriel ya habría confirmado su asistencia, pues le aseguró que una fotografía en el restaurante de Humm avalando una marca de vinos, hecha con uvas australianas, sería excelente para la imagen de Aussie Equinox. Además era una forma de mantener o generar buenas relaciones con otros CEOs locales que podrían, más adelante, ser de ayuda.

—La cena es para un grupo muy exclusivo en el área de Barangaroo —dijo refiriéndose a la zona chic de locales en boga y lujosos—. Es en el nuevo edificio que se construyó junto al rascacielos Crown Sydney, el restaurante está en la terraza.

Gabriel hizo un asentimiento. Le parecía haber escuchado al respecto, pero él no era de los que disfrutaba tanto la vida nocturna, a menos que fuese algo importante.

—Sé del lugar, Lisa, y comprendo tu punto. He tenido un día complicado, así que no he confirmado mi asistencia —replicó, pero no le comentó que esto tenía que ver con el hecho de que su asistente estuviera desaparecida del sitio que le correspondía y que por eso no habían revisado la agenda del resto de la jornada—.

¿Qué tan importante es que acuda yo, cuando bien podría hacerlo Knox? —preguntó.

La mujer esbozó una sonrisa cauta. Todos los empleados de la empresa consideraban al CEO un excelente jefe, aunque era poco accesible y por eso preferían hablar siempre primero con Knox. Sin embargo, desde que llegó Aubrey, la posibilidad de conocer mejor los horarios de Gabriel y lograr organizar una reunión con él, era más ágil. En el tiempo de Herzog, lo anterior había resultado imposible.

—Knox está trabajando con una ONG para visibilizar a las personas que tienen discapacidades físicas. Por eso jugará un partido de fútbol con algunos famosos, cantantes, actores y demás, que van a recaudar fondos para ayudar en esa causa. Así que consideramos que, quizá, tú podrías aceptar ir a la cena con Humm. De ese modo les damos participación a ambos como socios y ganan doble exposición.

Gabriel quería terminar de preparar su discurso para esa universidad, en lugar de ser parte de una cena gourmet. Pero Lisa sabía en temas sociales lo que le convenía a la empresa y para eso estaban pagándole un salario muy competitivo. Él asintió.

—Bien, le diré a mi asistente que confirme —dijo con la intención de alejarse.

Lisa hizo un asentimiento, satisfecha, y sus rizos negros se agitaron.

—Ah, mmm, por cierto, la cena es para dos personas. Porque el concepto de la comida es la dualidad de los sabores bajo la ética en la deconstrucción de alimentos —dijo, como si se hubiera aprendido de memoria esa frase—. ¿Es posible que…?

—Lisa, no presiones tu suerte. No estoy interesado en profundizar en asuntos ridículos —replicó, porque la comida gourmet le parecía un atentado gastronómico en sí misma—. Envíame la lista de asistentes y veré así qué provecho puedo obtener. Caso contrario tendrás que hallar la manera de que Knox abarque ambos eventos.

—Buscaré la lista de asistentes, por supuesto. De todas formas, solo basta que Aubrey llame a confirmar, cuando hayas elegido a alguien que te acompañe, y con…

—Lisa, estás retrasándome para una diligencia —zanjó Gabriel perdiendo la paciencia, pero controlando el tono de voz—. Gracias por la información y tu gestión.

La mujer hizo un asentimiento y con una sonrisa, logrado su propósito, retomó el camino de regreso a su oficina en el piso quince. Gabriel aprovechó que el despacho del director de marketing estaba cerca y se aproximó para hablarle sobre LongMind. La finalidad de su breve charla fue para que Joel mejorara el *branding* de la compañía, pues esta nueva inversión representaba un salto importante en las líneas de negocios. Una vez concluída su indicación, el CEO entró en el elevador y presionó el botón para el último piso. Esta área era ocupada para formación intelectual de los diferentes departamentos, así como para reuniones importantes y presentaciones de proyectos, pero en esos instantes estaban en silencio. En la sala principal, las dos secundarias y la de *brainstorming*, no había nadie. «Ella no puede haberse esfumado en el aire», pensó.

Considerando el asunto del que había hablado con Knox un rato atrás, Gabriel entró a la Sala Beta. Él no solía frecuentar este ambiente en específico, porque sus asuntos iban en una línea muy diferente. Pero aprovechó para revisar los cambios que había ordenado hacer. Los colores continuaban llamativos, pero los tonos nuevos ya no le causaban irritación y parecían más armónicos. Todos los asientos, muebles y demás, habían sido cambiados totalmente. El ambiente seguía rompiendo con los patrones de diseño sobrios de la empresa, sin embargo ese fue el propósito de Knox. Así que se sintió conforme con el trabajo. Ciertamente, Aubrey había logrado, en poco tiempo, comprender sus indicaciones sin requerir explicaciones tan detalladas.

Gabriel notó que la mesa de billar era nueva y lucía bien. Sacó el móvil para marcar a Aubrey de nuevo, pero volvía a saltarle la

contestadora al cabo de un rato. Así que decidió que le exigiría a los de Recursos Humanos que descontaran a su asistente la mitad del día de trabajo. No habían excusas para esta ausencia ni para no responder sus llamadas o mensajes. Soltó una exhalación en el preciso instante en el que escuchó un gemido. No cualquier clase, no, sino de aquellos provocados por el placer. Gabriel tan solo reaccionó y presionó el botón negro de la puerta desde donde provenía el sonido. Conocía muy bien el lugar y se quedó atónito ante lo que vio.

—Mmm, sí un poco más… Sí que tienes manos mágicas —gimió Aubrey.

Boca abajo en la camilla de masajes, con la sábana cubriendo hasta el borde de las nalgas y dejando toda la espalda al descubierto, la mujer permitía que Flynn presionara sus músculos con destreza. La habilidad del masajista la hacía gemir de alivio, porque tenía varias contracturas debido al estrés acumulado desde el accidente. El aroma de lavanda la había relajado y ella se iba permitiendo que la tensión se fuese.

—Lo sé —se rio Flynn, concentrado en su trabajo—, tienes una piel magnífica. En serio, te voy a presentar a un amigo soltero y perfecto para ti. Estoy seguro de que estos nudos —presionó un lugar en la mitad de la espalda y ella soltó el aire— no estarían aquí con un poco de ejercicio, mmm, digamos especial —dijo en tono jocoso.

Ella soltó una risa queda.

—Creo que esa sería una idea bastan…

—Flynn, voy a contar hasta dos para que quites las manos de Aubrey —intervino la voz acerada y letal de Gabriel—. Cuando lo hayas hecho vas a marcharte. Cerrarás la puerta al salir y, bajo ninguna circunstancia, vas a agendar otro masaje con ella. Espero estar siendo lo suficientemente explícito en mi requerimiento —zanjó.

CAPÍTULO 11

Tanto Aubrey como el masajista se quedaron perplejos. Ella soltó una exclamación ahogada sobre la camilla e hizo amago de levantarse de inmediato para recoger su ropa. «No podía creer lo que estaba pasando». El corazón empezó a palpitar con brío. Pero no porque estuviera emocionada, sino consternada por la presencia de Gabriel.

—No te atrevas a moverte de esa camilla —dijo con rigidez la voz tiránica.

Aubrey, que ya había empezado a agarrar la sábana para intentar acomodarla y cubrirse mejor, y luego levantarse, se quedó estática. El tono de Gabriel no daba pie a cuestionamientos. Ella se sintió consternada. No tenía intención de mirarlo. «Vaya lío».

—Pero…

—¡Obedece, Aubrey! —exhortó con frialdad.

—Demonios… —farfulló ella por lo bajo y dejó caer su cuerpo en la postura que, al menos durante los últimos treinta o cuarenta minutos, la había hecho relajar.

Flynn retiró los dedos de inmediato. Luego se giró hacia el recién llegado. La expresión de Gabriel era gélida. Mas no había necesidad de explicaciones. Al masajista no tenían que enseñarle lo que era obvio cuando las señales y la razón de la hostilidad del CEO eran muy evidentes. Con una sonrisa tranquila dirigida a su esquivo paciente esporádico, agitó los dedos en el aire, indicando que ya no se movían sobre la piel de la mujer. Gabriel lo miró con indiferencia, pero eso era lo que menos sentía ahora.

Con absoluta serenidad, Flynn comenzó a organizar sus implementos. Ni él ni Aubrey oyeron a Gabriel llegar, porque la alfombra de la estancia amortiguaba cualquier ruido, y porque la

puerta, pesada, impedía que los sonidos del exterior se filtraran. Además, Aubrey tenía los pies orientados hacia la entrada y Flynn, de espaldas, concentrado en aliviar la tensión de sus músculos. Al masajista, a menos que tuviera los ojos en la nuca, le habría sido imposible notar la presencia de Gabriel.

—Deberías agendar una sesión, Gabe, estás siempre tenso —dijo Flynn con su bolso Gucci al hombro y listo para salir, ante la mirada aburrida de Gabriel—. No sé si recuerdes, pero las mujeres no son mi onda —se rio—. Llegaste en mal momento. Me quedaban veinte minutos para terminar. Será otro día. —Luego se acercó a Aubrey, que era incapaz de moverse, y le dijo al oído—: Lo siento, muñeca.

—No es tu culpa. Gracias, Flynn… —susurró ella.

Aubrey vio los pies del masajista moverse y supo que se había marchado. El ambiente, a pesar del aroma a lavanda, se cargó al instante de tensión. «No iba a quedarse ahí acostada», pensó. Su propósito de levantarse de la camilla retornó, porque quería explicarle lo ocurrido a Gabriel, mas no iba a hacerlo en esa postura. Sus intenciones se diluyeron cuando sintió la mano cálida y masculina en su espalda.

—Gabriel… —dijo tragando saliva.

—¿A esto te has dedicado, en mi ausencia, y es la razón de que no respondieras mis llamadas ni mensajes del día? —preguntó el CEO en un tono peligroso, contenido inclusive, mientras deslizaba un dedo desde la base de la columna vertebral, suavizada por el aceite, llevándolo hacia el cuello de Aubrey—. ¿Ha habido otras personas involucradas en esta clase de sesiones? —volvió a hacer el recorrido —. Responde.

Ella sentía la caricia de este hombre expandirse en ondas ardientes por su piel.

—Gabriel… —murmuró. Estaba desnuda bajo la sábana. El masaje de Flynn era muy profesional y jamás dejaba ninguna parte íntima expuesta al girarla—. Yo…

—Vas a tener que mirarme cuando hables —exigió conteniendo la rabia. Ver a otro hombre tocando a Aubrey, no le importaba si Flynn era gay y masajista profesional, le pareció suficiente para encender en Gabriel un instinto primario e irracional. La furia llegó con la precisión de un rayo que destruía un roble a la mitad.

Aubrey sentía cómo la voz vibrante de Gabriel, su cercanía, el toque en su piel expuesta y la conciencia de estar desnuda, así como completamente aislada en esta sala, la empezaban a excitar. Aunque también sabía que él estaba muy enfadado. Ella podía darle la explicación que buscaba, mas ignoraba si iba a creerla, en especial porque el récord de momentos inesperados y curiosos entre ambos no era muy bueno.

—No… No puedo hacerlo —dijo sintiendo ya no un solo dedo, sino la mano de Gabriel, al completo, haciendo círculos sutiles sobre su espalda—. Además, no había comido y esta es mi hora de almuerzo… Decidí utilizarla dándome un masaje, porque lo necesitaba. No he incumplido ninguna norma y he usado un tiempo personal sin perjudicar mi cargo. Calculé tu hora de llegada hoy, para no interrumpir mis pendientes cuando regresaras, y llamé temprano a Flynn. Él ha sido el único…

La mano de Gabriel se dirigió hacia el cuello. Lo empezó a masajear con una firmeza suave. Ella no pudo evitar un gemido, uno muy distinto al que emitía con el masajista. Este hombre estaba quemándole la piel y creando un deseo incandescente.

—Así que estás estresada —murmuró Gabriel deslizando la mano hacia el costado femenino, peligrosamente cerca de la curva de los pechos que estaban presionados sobre la camilla, y lo acarició tal como hizo con la espalda—. ¿Mmm?

—Yo… —tragó saliva. Lentamente giró el rostro, apoyándolo sobre la mejilla izquierda. Gabriel no llevaba chaqueta, el pantalón gris oscuro se ajustaba a unas piernas fuertes y también dejaba en evidencia la dureza que presionaba contra la tela. En esta postura no podía mirar su rostro—. Sí. Hace un tiempo conocí a Flynn y él me

ofreció ayudarme dándome un descuento cuando necesitara de sus servicios.

—Ah, ya veo —replicó Gabriel recreándose en los movimientos—. Pero hace un rato te he pedido que me mires, Aubrey, y no me has dado una razón por la que hayas incurrido en la equivocación de no obedecer una orden de esa naturaleza.

—En este instante no estoy trabajando. A mi hora libre le quedan veinte minutos, así que no puedo obedecer tus órdenes laborales —dijo en tono quedo, aunque no perdía el toque de rebeldía en su voz —. Si quieres que yo haga la concesión de mirarte, tendrás que esperar a que pueda recoger mi ropa y vestirme rápidamente —concluyó. Porque si ella lo miraba por completo implicaba que él podría ver más partes de su anatomía sin ropa. Con la que ahora estaba expuesta era ya bastante.

Gabriel soltó una carcajada, ronca y sexy. Deslizó el dedo y sujetó la sábana que marcaba dos perfectos glúteos rodondeados que él deseaba acariciar. Empezó a deslizarla hacia abajo. Escuchó que ella contenía un suspiro de inquietud y anhelo. La prenda, si bien cubría las nalgas, dejaba al descubierto los pies, las pantorrillas y la mitad de los muslos. Solo bastaría un movimiento de su mano y ella quedaría desnuda.

—Tsk, tsk —chasqueó la lengua—, qué magnánima tu concesión, Aubrey. Pero no tengo particular interés en que cubras tu cuerpo más de lo que ya está ahora.

El corazón de Aubrey se aceleró y ella habría jurado que resonaba en la sala. Era consciente de que él no iba a apartarse; y también de que ella no quería que lo hiciera. Se trataba de un amenaza sensual que no buscaba detener. Una total locura.

—Gabriel… —susurró. No podía continuar esa conversación en esa postura, quería ver mejor a este insufrible torturador. Apoyó las manos sobre la camilla, a cada lado de la almohadilla que tenía, para elevarse. Lo hizo rápida y discretamente. La curva de su espalda y la posición de sus brazos ahora cubrían parcialmente sus pechos,

dejando entrever solo su contorno—. Podemos tener esta conversación si me visto.

Él sonrió de medio lado. Sus ojos azules conectaron con los cafés de Aubrey. Fue el equivalente a activar una onda radioactiva de erotismo y deseo acumulados.

—Esa es una elección interesante —replicó excitado al saber que ella estaba desnuda bajo ese pequeño trozo de tela sobre las nalgas. Quería probar cada recodo de su cuerpo—. ¿Sabes qué es más interesante? —se inclinó y le mordisqueó la cadera. Ella contuvo un jadeo, pero en esta sala silenciosa, el mínimo ruido se escuchaba.

—No, pero asumo que vas a decírmelo —expresó. Estaba mojada. Su cuerpo era más receptivo de lo habitual gracias al masaje de Flynn, así que cualquier toque de Gabriel, especialmente por tratarse de él, conseguía expandir la intensidad sensorial.

—Aún no he tenido tu respuesta sobre aquello que hablamos el viernes pasado —comentó en tono ronco. Dejó de tentarla con los ligeros movimientos de la tela y con su boca empezó a ascender, mordisqueándola, por el costado—. ¿Lo recuerdas?

Ella respiraba con más celeridad. Sentía los dientes de Gabriel, mordiscos breves y juguetones, en su cadera, las costillas, bajo el brazo, el hombro, luego el cuello y la oreja. La piel se le erizó y suavemente contrajo el sexo. Pronto, el rostro devastadoramente masculino y hermoso de Gabriel estuvo cerca del suyo. La miró.

—Sí… lo recuerdo —dijo observándolo, mientras se zambullía con cautela en esas magníficas lagunas azules que prometían alivio sexual. Esos días en la oficina, sin Gabriel, le habían parecido sosos; porque cuando él estaba alrededor, había notado Aubrey, que la energía era más vibrante. O quizá solo era una reflexión personal—. Han sido días complicados, pero tu propuesta me ha estado dando vueltas en la mente.

Él quería devorar a esta belleza de mujer. Boca abajo y sin ropa, ella estaba a su merced. De hecho, estaba más bien atrapada y solo existía una salida: decirle que sí o decirle que no. La posibilidad de

extender el tiempo de respuesta se había esfumado cuando él entró en la sala. Ambos sabían que esta danza entre los dos no iba a acabarse, aunque ella le dijera que no. La necesidad mutua de sus cuerpos poseía un lenguaje propio. Podrían continuar evadiéndose, hasta sucumbir inevitablemente y casi al instante detenerse de forma abrupta; tal como había ocurrido cuando Gabriel la llevó al orgasmo con los dedos. Sería un ciclo que elevaría la frustración mutua.

—Me gusta saber que has estado pensando en el placer que follar conmigo podría conllevar —replicó Gabriel con franqueza—. ¿Y qué has decidido, al final?

Ella no pudo evitar reírse por lo bajo. Esta, como todas las circunstancias vividas con Gabriel, resultaban tan fuera de lugar que no podía compararlas con otras.

—Las cosas que te dije en el hospital son ciertas: este empleo es importante. No quiero ser el secreto sucio de nadie —dijo en tono vulnerable. Gabriel no podría comprender la profundidad de ese comentario—, y tampoco busco complicaciones. No niego el deseo que siento por ti. Pero tengo más que perder y eso me inquieta…

Gabriel le tomó el rostro entre las manos, lo elevó ligeramente, apenas; en esta postura, frente a ella, podía ver el contorno de los pechos turgentes, mientras los pezones y el resto de los generosos montículos permanecían cubiertos. «La mujer podría haber posado para un pintor del Renacimiento y cobrar su tiempo en oro».

Ella cerró los ojos, su respiración inquieta, sus nervios vibrantes y su sexo húmedo. Todo al mismo tiempo. Sus días, después del accidente no fueron fáciles. Bonnie, al enterarse de lo de Craig, lloró por las posibilidades que su hijo podría perder. Sin embargo, sus dos hijos le aseguraron que tendría una excelente posibilidad de recuperar la movilidad, gracias al jefe de Aubrey. En todo este contexto familiar, aún esperaban los resultados médicos de Bonnie. Quedaban un par de semanas por delante. Aubrey quería convencerse de que todo saldría bien para ellos, porque no creía poder sobrellevar más desastres en su vida. En medio de sus

asuntos personales, la propuesta que le había hecho Gabriel no dejó de deambular en su mente. Ella sabía que se trataba de un riesgo, el dejarse llevar por el deseo que él despertaba, pero también tenía la certeza de que negarse jugaría en su contra de forma irrevocable.

Aubrey bien podría conocer a alguien, reorganizar mejor su tiempo —ahora que tenía un trabajo estable— y salir de fiesta con Clarissa. Podría aceptar los avances de alguien y tener un amante, saciar sus ganas sin compromisos. Mas también entendía que en un amante sin rostro, ella siempre imaginaría cómo habría sido con Gabriel. No quería ser la clase de mujer que se arrepentía por no haber vivido, pero tampoco aquella que se lanzaba sin paracaídas desde el risco más alto. Por eso le acababa de repetir a Gabriel su temor sobre su posición en Aussie Equinox. Se alegraba de escuchar la respuesta que acababa de darle al reiterar que su trabajo no se vería afectado.

Gabriel tenía doce años más que ella, y lejos de importarle, le encantaba. No solo por su madurez, sino porque le daba una extraña certeza: estaría con alguien que sabía lo que hacía y lo que quería. No era un jovenzuelo aún definiendo su vida o explorando sus motivaciones. Si bien ella tenía veintitrés años, ya sabía lo que buscaba. En el plano emocional, no quería enredar su vida. Entendía que Gabriel tampoco.

—Soy discreto en mi vida personal. Y si alguien alguna vez te trató como un sucio secreto, será mejor que jamás sepa su nombre, Aubrey, porque le rompería la cara de un puñetazo —su voz era baja, serena, pero firme. Le recorrió el labio inferior con una lentitud deliberada. Ella quiso apartar la mirada, pero Gabriel no lo permitió —. Lo que tú y yo tengamos será en la cama o en cualquier otra superficie interesante —comentó y notó el brillo sensual en la mirada femenina. Sí, ambos estaban excitados y la energía sexual contenida empezaba a ser un problema—. Lo que hagas en el trabajo no tiene relación con la forma en grites mi nombre al llegar al orgasmo. Siempre que cumplas tus obligaciones en la oficina, el salario estará en tu cuenta bancaria. En un plano personal, sin embargo, tienes la

potestad de rehusar lo que no te haga sentir cómoda. Son dos ámbitos diferentes. Solo tienen algo en común.

—Tu arrogancia, supongo —expresó mirándolo. Quería tocarlo; quería que la tocara. Deseaba moverse y quedar desnuda ante él. Pero también deseaba conocer la anatomía de Gabriel: cada músculo y cada trozo de piel. Estaba segura de que le encantaría, porque la virilidad que él exudaba era parte de su innegable *sex appeal*—. No es algo complicado de adivinar. A menos que esté equivocada, ¿lo estoy acaso?

Él sonrió de medio lado y con ambas manos le acarició los brazos, inclinándose hacia ella, hasta que sus bocas quedaron muy cerca. Después, deslizó su toque hasta la parte superior de las expuestas curvaturas de los pechos, cuyos pezones ni areolas eran visibles. Gabriel quería tocarlos y chupar cada cumbre, hasta que Aubrey se mojara. Él jugó con la piel tersa, mientras observaba las pupilas dilatadas de la mujer.

—Sí —replicó halándole el labio inferior con los dientes. Ella intentó devolverle el mordisco, pero Gabriel se apartó. Aubrey frunció el ceño, mientras él dejaba de tocarla completamente. Tan solo la observó—. Lo único que tienen en común es que yo estoy al mando. En el primer aspecto por razones obvias. En el segundo, porque si bien no me interesa tener ataduras, tampoco pretendo que otro hombre toque y conozca tu coño, tus gemidos y orgasmos, mientras estés conmigo.

Aubrey tragó saliva. El tono de Gabriel era el mismo que lo había escuchado emplear para negociar en sus reuniones: implacable, determinado y sin dudas. La gran diferencia era que ella tenía la última palabra en esta ocasión. Era todo o nada. Entendía que si se negaba a ceder a sus propios anhelos, Gabriel podría intentar seducirla, mas no consumaría sus acciones, sino que la provocaría sutil o directamente, hasta que fuese ella quien le exigiera que acabara con la tortura y la llevara al éxtasis.

—Eso suena muy restrictivo para un asunto sin ataduras —dijo respirando con dificultad. Quería que se acercara y la besara, como

alguien sediento en el desierto.

—Entiendo que prefieres un acuerdo abierto en el que yo también tenga la misma libertad de follar con quien me apetezca, así como la tendrías tú, aún si estás conmigo —expresó en tono frío, mientras agarraba una botellita de vidrio que contenía aceite sin olor. Estaba diseñado de ese modo, porque ni él ni Knox gustaban de tener aromas en sus cuerpos, después de una terapia física de relajación muscular.

Aubrey no quería imaginar a Gabriel con otra mujer. La idea le parecía repulsiva. Ella ya había tenido una experiencia horrible con Bastian, cuando asumió que una relación formal implicaba los principios básicos de fidelidad. En esta ocasión no sería la misma clase de relación y no era ella, sino Gabriel, quien marcaba la pauta.

—Todavía no te he dado una respuesta en general —dijo ella, altiva.

Gabriel enarcó una ceja y abrió la botellita. Luego vertió varias gotas de aceite entre sus manos, las frotó, a la par de observar a Aubrey debatiéndose consigo misma.

—Ah, cuánta razón tienes —replicó y rodeó la camilla, poniéndose a los pies. Aubrey lo miró por sobre el hombro—. Estabas muy estresada, según me comentaste.

—No sé que tiene que ver una pregunta con la otra, Gabriel —dijo inquieta.

—Lo cierto es que si no estás completamente relajada, la respuesta que podrías brindarme sería bajo ciertos niveles de presión. Eso no sería correcto —comentó a la par de que frotaba la planta de los pies delicados y suaves con ambas manos. La escuchó soltar un gemido bajito y quedo—. Según tu relato, el tiempo que estás empleando aquí corresponde a tu hora de almuerzo. Ahora te quedan tan solo doce minutos —hizo presión con las manos sobre las pantorrillas—. Antes de encontrarte iba a ordenar que te descontaran medio día de trabajo por no responder a mis mensajes ni llamadas —dijo incrementando más la presión de sus dedos,

subiendo hasta la mitad de los muslos—. Pero desistiré de enviar esa orden a Zeik, pues sí creo que los argumentos que me diste para justificar tu ausencia son verdad —comentó.

«Oh, por favor, no te detengas. Qué bien se siente», pensó ella.

—¿Lo… lo haces? —tartamudeó cuando sintió los dedos de Gabriel muy cerca del borde de la tela que mantenía su modestia resguardada—. Eso está bien…

Él movía los dedos con soltura y firmeza en el interior de los muslos, consciente de que solo bastaría separarlos un poco y remover la sábana para ver el sexo expuesto. Quería descubrir los secretos que escondían esos pliegues. Pero antes continuó masajeando, tentándola con sus dedos, sin alcanzar el límite irrevocable.

—Sí —dijo Gabriel. Su miembro estaba tan duro que dolía. Pero necesitaba una respuesta—. ¿Qué tan estresada se encuentra esta parte de tu cuerpo, Aubrey?

Ella no podía concentrarse. Los dedos de Gabriel estaban peligrosamente jugueteando en los alrededores cercanos a su sexo, pero no llegaban más allá de lo que en verdad le habría gustado. El pálpito anhelante de su vagina era muy frustrante.

—Donde tienes tus manos es lo máximo a lo que Flynn o cualquier otro masajista ha llegado —expresó dejando claro que él estaba a punto de transgredir el límite. No porque quisiera detenerlo, sino aclarar que esta situación era una en la que jamás se había involucrado—. La forma en la que me tocas no se la permito a nadie.

—Aunque no estás respondiendo a mi pregunta, algo que pareces hacer recurrentemente esta tarde, me complace tu comentario —dijo en tono ronco, cambiando de rumbo sus avances, y rodeando esta vez el lado exterior de los muslos.

El abandono de la provocación sensual hizo que Aubrey soltara un sonido de frustración. Estaba empezando a frustrarse esta vez. Sin

decirle nada, movió un poco las caderas, dándole a entender lo que necesitaba; la respuesta de él fue una carcajada.

—Gabriel… —dijo en un tono que mezclaba advertencia y deseo.

—¿Sí? —preguntó frotándole la parte que estaba justo sobre las rodillas.

—Esa parte de mi cuerpo está muy, muy, estresada —replicó en un susurro.

—Pero sabes que no puedo hacer nada al respecto, porque jamás —subió los dedos y le recorrió las ingles, procurando no tocar nada más allá, y la escuchó gemir— incurriría en la equivocación de tocarte, otra vez, si no escucho la respuesta a la conversación que tuvimos el viernes. No quiero asumir, Aubrey. Quiero una certeza.

—Eres insoportable —replicó. Ambos sabían que su decisión estaba tomada.

—Me gusta clarificar —dijo subiendo y bajando los dedos aceitados, sobre las suaves curvas donde el muslo se encuentra con la cadera, y explorando con mimo esa íntima parte. Desde su posición, a pesar de la sombra que hacía la sábana, podía atisbar la suavidad del sexo—. Exijo escuchar tu respuesta. ¿Quieres que seamos amantes?

Ella se acomodó sobre la camilla para volverlo a mirar por sobre el hombro.

—No quiero terceras personas —expresó Aubrey.

—Aún sigues sin responder —dijo Gabriel, complacido por el comentario.

—Sí, Gabriel, quiero que seamos amantes —replicó con la voz suave.

—Ahora te quedan doce minutos de tu hora libre, si quieres que yo haga algo al respecto —movió los dedos de nuevo sobre las ingles—, vas a tener que tomar acciones. No seré yo el que siempre tome la iniciativa. Eso lo debes saber, Aubrey.

Ella quiso lanzarle la pequeña almohadilla que tenía entre las manos.

—Estoy desnuda, Gabriel, ¿qué acciones puedo tomar? —preguntó frustrada.

Él sonrió de medio lado.

—Remueve tú misma la sábana que aún te cubre —replicó, porque esa era la forma de dejar muy claro, con hechos y palabras, que ella quería esto tanto como él.

Frustrada, excitada y determinada, Aubrey removió la prenda con rapidez.

—¿Satisfecho? —preguntó con un toque vulnerable.

Gabriel se quedó durante varios segundos sin poder hablar. La poca tela, que hasta hacía unos segundos había cubierto la modestia femenina, despertó el morbo sexual. Pero ahora que él podía contemplar las nalgas firmes, el vértice mojado y el resto de la parte posterior del cuerpo femenino, sus instintos básicos se redoblaron.

—Joder, Aubrey —dijo consciente del poco tiempo que les quedaba. Tenía una videollamada pronto—. No puedo hacer todo lo que quiero contigo ahora, pero puedes tener la seguridad de que vas a estar muy mojada en lo que queda del día.

—No sé si es una promesa o una amenaza…

—Una certeza más bien —replicó él con arrogancia.

—Pruébalo —susurró excitada.

Sin dar más explicaciones, Gabriel le separó los muslos y con los dedos le abrió los pligues íntimos, frotándolos. La mujer estaba depilada por completo, así que estaba tocando la piel tersa y tierna que brillaba con el líquido del deseo. Sus manos juguetearon con esa zona tan sensible. Le gustó escuchar los gemidos de Aubrey, así como la manera en que movía las caderas pidiéndole silenciosamente que continuara, que la tocara más y que la llevara al éxtasis. Él iba a hacer que estos diez minutos contaran. Así que estaba provocándola tanto como lo había hecho ella con su simple

existencia. Extendió los dedos para masajearle las nalgas, las abarcó y las apretó, firme.

—Qué coño tan bonito, delicado y tentador tienes, Aubrey —ronroneó él.

—Gabriel… Oomph … —jadeó cuando sintió dos firmes azotes en su trasero. Nunca nadie la había nalgueado. La sacudida llegó hasta su sexo como una sacudida.

—Shhh —replicó él, mientras amasaba la carne tersa, subiendo y bajando, rodeando las caderas, a la par de que sus pulgares, al descender, le separaban los labios íntimos, rozándolos y acariciándolos—. Estabas estresada, así que estoy dándote un masaje como deberías recibirlo —volvió a darle un azote en las nalgas—, solo por mí.

Ella soltó un gemido entrecortado.

—Dios, Gabriel, estás demente… —gimió. Su rostro estaba apoyado en el hueco de la camilla. Sus muslos estaban separados y jamás en su vida había experimentado algo tan delicioso como la manera en que este hombre la tocaba—. Debiste decirme que tenías alguna clase de fetiche con este asunto de… —una nueva nalgada hizo que cerrara la boca, porque llegó acompañada de la penetración de dos dedos en su interior. Aubrey agarró entre los puños, con fuerza, el grueso cobertor de algodón de la camilla. Los dedos de Gabriel entraron y salieron de ella, agitándola.

—Veo que empiezas a relajarte… o quizá no —dijo él en un tono perverso—. Tan exquisitamente mojada. Este sexo tan suave… —continuó acariciando los labios delicados con el pulgar, lubricándola a ritmo lento— ¿Qué tanto necesitas correrte?

Aubrey apenas tenía conciencia de que existía. Quería que la tocara toda, que aquello que penetrara y ensanchara su carne húmeda fuese el sexo de Gabriel, mas no sus dedos pecaminosos. Deseaba girarse y que él amasara sus pechos; quería ver su rostro, sus expresiones y el ardor de su mirada azul; quería también

descubrirlo, tocarlo y paladearlo. Pero intuía que por hoy ese hombre solo iba a atormentarla.

—Quieres… Quieres que admita demasiadas cosas —susurró entre jadeos.

Gabriel soltó una risa breve y ronca. Caminó hasta quedar más cerca de ella, pero su mano derecha continuaba entrando y saliendo del coño ansioso. Cuando creía que estaba al borde del clímax, él disminuía la intensidad de su toque, a propósito. Con la otra mano le empezó a masajear el cuello. Le gustó notar cómo ella mantenía aferrada la manta; cómo movía las caderas en búsqueda de alivio; y escucharla jadear.

—Responde —exigió y detuvo sus dedos, mas no los que estaban en la nuca.

—Gabriel… Oh, por Dios… No te atrevas a detenerte… —dijo con un toque agitado en la voz—. Sí. ¿De acuerdo? Necesito tener un orgasmo. Estoy tan cerca…

—Me alegra escuchar eso —replicó complacido.

Ella giró el rostro hacia su lado izquierdo, donde él acababa de moverse, y extendió la mano para acariciar la dureza oculta bajo el pantalón. Gabriel la dejó hacer y soltó un gruñido. Él no iba a soportar pasar el resto del día con una maldita erección. Deseaba a esta mujer, mas no iba a follarla en dos minutos, porque quería tomarse su tiempo. Pero podía hacer otra cosa a cambio para aliviarse a la par que lo hacía ella. Con movimientos eficientes, Gabriel se bajó el cierre, luego deslizó el bóxer hacia abajo, hasta que su miembro quedó libre. Apretó los dientes cuando la mano pequeña y cálida lo apretó con firmeza y empezó a masturbarlo en movimientos rítmicos.

—Carajo… —farfulló cuando ella cambió la intensidad.

—Te quiero dentro de mí, Gabriel —dijo fascinada al ver el tamaño del miembro. Él movía sus dedos en su interior, pero ella apenas lograba abarcar el grosor del pene. La punta roma estaba humedecida de líquido preseminal y ella usó el pulgar para

recorrerla. Le gustó escucharlo gruñir. La textura caliente estaba definida por una vena pulsante. El hombre era magnífico. Extendió los dedos y sus uñas acariciaron suavemente los testículos. Sonrió al escucharlo maldecir, pero ella gimió cuando, en lugar de dos, Gabriel le introdujo un dedo adicional—. Estoy muy cerca… Pero quiero probarte… Necesito provocar en ti lo mismo que estás haciendo conmigo…

Él apenas lograba mantener el ritmo y la concentración.

—Créeme, lo haces —replicó—. Entraré en ti cuando no haya ninguna tarea pendiente en el horizonte, ni reuniones ni un maldito horario; cuando tenga todo el tiempo para disfrutar expandiendo tu coño, hasta que me sientas muy profundamente.

La imaginación de Aubrey volaba a mil por segundo. Pero quería más de él. Ella sabía que tenía unas tetas bonitas, en forma de gotas de agua, a la par de sensibles. La idea de tentar a este hombre, la hacía sentir y hablar más osadamente de lo usual.

—Gabriel, entonces déjame probarte… Acércate… —ronroneó—. Mmm…

Él accedió, claro. Gabriel era alto y al estar junto a la camilla, su pelvis quedaba en una postura idónea para que al acercarse Aubrey lo tomara con la boca. Eso hizo.

—Mierda, Aubrey —gruñó cuando la boca femenina rodeó lo que más podía abarcar de su miembro. Él extendió la mano y le agarró un pecho, pellizcándole el pezón; ella soltó un gemido—. Joder… —siseó cuando ella le succionó el glande.

Gabriel no iba a soportar más esta dinámica. Quería ver el rostro de Aubrey cuando ella se corriera y escucharla gritar su nombre, en este espacio recluído. Así que apartó el pene de la boca peligrosa y sensual, removió los dedos del coño y la instó a ponerse de espaldas. Se quedó sin aliento al verla. La palabra "magnífica" apenas la describía. Con reverencia le recorrió las curvas y se inclinó para chuparle los pechos.

—Oh…

—Tienes unas tetas perfectas —gruñó Gabriel inclinándose para atrapar un pezón erecto entre los dientes, mientras amasaba con sus manos los dos montículos. Los dedos de Aubrey no estaban quietos, pues ella retomó las caricias, masturbándolo.

Ella arqueó la espalda con un gemido de abandono.

Gabriel continuó masajeando con lascivia los pechos, pero su mano empezó bajar hacia la zona sur femenina. Le separó los pliegues y hundió dos dedos en ella. Los movimientos de ambos se volvieron erráticos, rápidos y ansiosos. Los gruñidos, gemidos y jadeos se transformaron en las notas de una composición musical, cuyo ritmo se acompasaba a sus respiraciones agitadas y a sus cuerpos que seguían cada cadencia con desesperada búsqueda de un alivio prometido y ahora tan cercano.

Aubrey tenía los muslos separados como una libertina, disfrutando plenamente del gozo de la boca que le mordía los pechos y también, a ratos, se fundía con la suya en besos tan eróticos y arrasadores como lo eran los toques sexuales. Le gustaba la dura tibieza de Gabriel, aunque era imposible abarcarla con una mano; se excitó al pensar en el instante en que él se abriera paso en su cuerpo. Escucharlo maldecir, a punto de perder el control ahora, provocaba una sensación de poder que no alcanzaba a describir. Solo podía sentir y dejarse llevar. Los dedos masculinos eran expertos para mantener su sexo palpitando y a tan solo pocos segundos de convulsionar sin retorno.

—Gabriel… Esto es demasiado… Oh, sí, por favor, más rápido… ¡Sí…!

—Eres una belleza —dijo él, antes de callar las palabras de la mujer con su boca. Devorarla con sus besos era adictivo, pero escuchar los sonidos que ella emitía, la forma en que movía el cuerpo de deseo, resultaba afrodisíaco—. Córrete, Aubrey.

Los dedos de Gabriel entraron y salieron rápidamente del coño empadado.

La mano de Aubrey se agitó sobre el pene. Dura, intensa y ansiosamente.

Sus bocas compartían los gemidos; él le decía entre mordiscos, succiones, toques, pellizcos y masturbación, todo lo que haría con ella cuando la tuviera bajo su cuerpo con todo el tiempo disponible. Sin interrupciones. Eso logró que Aubrey elevara más las caderas, arqueara la espalda y lo besara con desespero. Ella quería que él hiciera con ella lo que quisiera, en la cama; que le diera placer; que le enseñara todos los modos de alcanzar el clímax y también de cómo hallar la manera de enloquecerlo.

Al cabo de pocos segundos, Gabriel explotó con un gemido en la mano femenina, mientras las paredes íntimas de Aubrey empezaron a contraerse alrededor de los dedos que la habían atormentado los últimos minutos. Ambos se dejaron llevar por ese instante de plácido olvido, en el que solo importaba el pálpito del deseo transformado en un clímax que aborrecía la conciencia, porque su plenitud estaba en la brisa de lo que era atemporal. Gabriel mantuvo hundidos los dedos, sin moverlos, en el interior sensible. Mientras ella, con la mano mojada por la semilla vertida en la palma, continuaba acariciándolo perezosamente. No habían apartado la boca del otro.

Gabriel le mordió el labio inferior a Aubrey y se alejó para mirarla. Ella abrió los ojos y se encontró con dos brillantes gemas azules; podría zambullirse de nuevo en esa laguna magnífica que ofrecía placeres a quienes se atrevían entrar en sus aguas. Él tenía los pantalones en los tobillos, el boxer presionando contra el muslo, mientras su pelvis y su portentoso miembro estaban libres. Aubrey estaba desnuda y plácida, con los muslos aún separados, y una expresión de saciedad. La imagen de ambos podrían haber sido capturada por la famosa fotógrafa Annie Leibovitz y publicada en el interior de la revista francesa *Lui Magazine,* y habría vendido millones de ejemplares.

Al cabo de unos instantes, cuando la nubla del orgasmo se desvaneció casi por completo, Aubrey fue consciente, al fin, sobre lo que acababa de hacer y esbozó una sonrisa. Cerró los muslos y se

sentó con agilidad, dándole la espalda a Gabriel —quien ya había empezado a acomodarse la ropa— para poder bajarse de la camilla y cubrirse con la sábana. Empezó a caminar hacia el canastito en el que había puesto su ropa. Luego iría al cuarto de baño, que ya conocía, y que estaba en el interior de la salita.

No creía que tuviera nada que decirle a Gabriel. Este comportamiento suyo era inusual, pero no se arrepentía; no ahora, al menos. No recordaba tampoco haber experimentado esta sensación tan magnífica de abandono y éxtasis en años, o quizá nunca. Aún sin haber sido penetrada por Gabriel, podía reconocer que este encuentro erótico sería inolvidable. No creía que pudiera tener otro masaje sin recordar lo que acababa de hacer minutos atrás. Cuando estaba a punto de abrir la perilla de la puerta, la mano fuerte y cálida de su amante se posó sobre la suya. Aubrey se giró para mirarlo.

—Eres una caja de sorpresas —dijo él en tono ronco. Su ropa estaba en perfecto estado, como si ningún huracán sexual hubiera pasado momentos atrás; el único indicio de su interludio erótico era la boca enrojecida por los besos de Aubrey y la mirada brillante de un deseo aliviado, pero que prometía desatarse de nuevo.

Aubrey sostenía la ropa contra el cuerpo, porque así también evitaba que la sábana la dejara desnuda por completo. No es que el hombre desconociera ahora lo que escondía bajo la prenda, pero era tan solo una simple reacción natural. Le sonrió.

—Nunca había hecho algo así —susurró—. Ha sido diferente.

Gabriel le recorrió la boca con los dedos que la habían acariciado, instándola a probarse a sí misma. Ella abrió los labios y chupó el pulgar tal como hizo con el pene, momentos atrás; a él le gustó conocer esta fase atrevida, libre, de ella en el sexo. «Sí que tendrían interludios muy satisfactorios e interesantes las próximas veces».

—Me alegra ser el primero —dijo Gabriel en tono arrogante. Luego se fijó en el reloj. No habían pasado doce minutos, sino veinte —. Después entraré yo al baño. No puedo regresar a mi despacho con el aroma a sexo. Podría cometer la infracción de querer tomarte

sobre tu escritorio, tan solo para marcar territorio, y no creo que se viese particularmente bien, ¿qué te parece a ti? —preguntó haciéndole un guiño.

Aubrey se rio con suavidad. Quiso extender la mano y acariciarle la mejilla. Pero eran amantes, no una pareja de novios que acababa de tener un interludio sexual.

—Gabriel —dijo al pensar que necesitaba una reafirmación—, cuando dijiste que no querías una relación abierta si somos amantes, ¿era de verdad? —preguntó.

Él se acercó todavía más, hasta que sus rostros quedaron muy cerca.

—Muy en serio —replicó en un tono acerado—. ¿Es que tienes un amante del que no me contaste, antes de abrir tus muslos para permitirme tocarte? —cuestionó.

Ella hizo una negación. No quería hablarle de sus problemas de confianza con el sexo opuesto, porque el de ellos no sería un vínculo sentimental. Solo era algo placentero. Si bien no tenía práctica en estos tipos de acuerdos, al menos tenía claro lo que no necesitaba: mentiras. Prefería reiterar esta última parte de una manera clara.

—No, Gabriel, jamás haría eso a otra persona —replicó seria—. ¿Y tú?

—Te he dado mi palabra —zanjó con intensidad—. Eso debe bastar.

La mujer hizo una asentimiento y creyó en lo que él acababa de decirle. En su pasado, las promesas rotas siempre habían sido una constante, al menos en los hombres de su vida. «Pero Gabriel solo iba a ser una compañía sexual temporal».

—Aubrey —llamó y ella lo miró por sobre el hombro—, ¿estás más relajada?

Ella soltó una risa suave e hizo un asentimiento.

—Ciertamente ha sido un masaje inusual, pero relajante. Muy relajante…

—Perfecto, porque tienes pendiente mucho trabajo y es probable que vuelvas a estresarte. Si me siento magnánimo, entonces podría ayudarte con ese problema.

—Y si yo me siento igual de generosa, tal vez lo permita —replicó con picardía.

Gabriel soltó una risa ronca y le dio un azote en el trasero.

Aubrey meneó la cabeza y entró en el baño cerrando la puerta detrás.

Les esperaba una jornada agitada, porque tenían que actualizar en pocas horas la agenda y retomar asuntos que quedaron pendientes hasta el regreso de Gabriel. Por otra parte, ambos acababan de permitir que una parte de la tensión sexual acumulada se evaporara, pero lo que habían experimentado, sabían, era tan solo un preámbulo.

CAPÍTULO 12

Aubrey llevaba muchos años sin asistir a un evento social en el que fuese como invitada, en lugar de una integrante del grupo de servicio. Cuando Gabriel le comentó que iba a tener una cena en el restaurante Foggy Loop, propiedad de un famoso chef y con la presencia de varios CEOs importantes, ella tan solo le deseó buena suerte. Pero Gabriel esbozó una sonrisa de medio lado y le dijo que ella iba a acompañarlo.

No preguntó si estaba de acuerdo, si le parecía bien o si tenía planes. No. El hombre le expresó que era parte de su trabajo como asistente personal ir a esa cena específica, tener en cuenta la lista de invitados confirmada y además atender detalles que pudieran escapársele a él, pero que probablemente serían útiles para saber con quién hablar más tiempo y con quién cortar las conversaciones. Aubrey le comentó que no estaba lista para esa clase de situaciones y que si prefería descontarle el salario por no asistir, entonces aceptaba la amonestación. Gabriel, que durante las horas posteriores al apasionado encuentro juntos estuvo en llamadas y reuniones continuas, le preguntó si quizá prefería utilizar lo que quedaba de la tarde buscándole una cita adecuada, porque la cena estaba diseñada con un concepto que exigía ir en parejas.

—Si una cita es lo que quieres —había replicado Aubrey; húmeda tal como él le había dicho que estaría el resto de la jornada—, tendrás que darme las características de la mujer que se podría ajustar al perfil de la compañía idónea para esta noche. —Ella había fingido que le era indiferente realizar esa tarea como parte de su trabajo, pero lo cierto es que le había escocido verbalizar las palabras, similar a tragar ácido.

Gabriel se había recostado contra el respaldo del asiento, mirándola inquisitivamente. La oficina tenía una amplia ventana que

iba de esquina a esquina. Desde el piso quince, en el que estaban, se habían apreciado los rayos del ocaso bañando el horizonte que les permitía ver el Harbour Bridge y la Casa de la Ópera.

—No es una cita romántica, sino un evento laboral —había aclarado con franqueza—. Pero últimamente, ya que preguntas por un perfil, me apetecería alguien cuyo sexo posea un sabor dulzón y a la par picante; que sus gemidos me exciten y me pongan al límite; que al pellizcar sus pezones gima de gozo y que, al tomarme con su boca, aunque no logre abarcar mi pene al completo, sí sepa cómo succionar y lamerlo.

Ella había abierto los labios ligeramente y tragado saliva.

—Gabriel, acordamos que no mezclaríamos…

—Acordé que no estaría en riesgo tu trabajo —había replicado interrumpiendo y prácticamente desnudándola con la mirada—. Que no iba a tratarte como un secreto del que me pudiera avergonzar, y también que yo manejo mi perfil con discreción. Jamás aseguré que me mantendría callado sobre lo que me interesa sexualmente o que evitaré seducirte en alguna parte, resguardada de ojos y oídos ajenos, en este edificio. Por supuesto, no tengo tiempo para ello ahora y, aunque de seguro tus bragas están mojadas, apresurarme a follarte sigue siendo una prohibición en mi lista de intereses. Cuando entre en tu sexo, lo haré tomándome mi tiempo y probando cada parte de ti.

Ella se había sonrojado y meneado la cabeza. «La boca de este hombre».

—No creo que ir contigo sea buena idea —había expresado, agradecida de estar en la mitad del despacho de Gabriel y no tan cerca de él. No sabía qué habría ocurrido si sus pieles volvían a rozarse de nuevo—. A pesar de que sea por trabajo.

Gabriel había ladeado la cabeza al notar el ligero temblor en su voz.

—¿Cuál es tu argumento? —había preguntado con sagacidad, analizándola.

Ella había mirado a otro lado. No había querido comentarle que temía encontrarse de nuevo a personas de su pasado o que la reconocieran de algún modo, como en la reunión de Lynda, porque no estaba interesada en compartir con ellos.

—Es personal —había expresado—, y no me apetece darte explicaciones.

—¿Besarte y llevarte al orgasmo es menos personal que hablarme al respecto?

—Gabriel…

Él había rodeado el escritorio, acercándose, para luego sujetarle el mentón entre los dedos. Aubrey había contenido la respiración; su sangre empezó a calentarse.

—Quiero saber por qué huiste a la playa, además de que fui un idiota, en la casa de Lydia. Así que dame un argumento, Aubrey, sobre el porqué asistir a una cena con personas de alta influencia social, siendo mi acompañante, te causa rechazo —había expresado, porque para él fue el momento de hurgar en quién era esta mujer. Una parte, al menos—. Tu estilo de vida actual es drásticamente distinto al de los Blackeney. Existe una historia detrás, no te exigiré que hables al respecto porque no tengo ningún derecho, pero sí quiero saber qué parte está vinculada a tu negativa.

Aubrey había querido apartar el rostro, pero Gabriel no lo había permitido.

—Mi familia pasó un momento complicado —había dicho en un susurro, que habría sido inaudible si no hubieran estado en total silencio y las oficinas de alrededor no hubiesen estado lejos—. No tuvimos el apoyo durante una situación difícil. Esa situación fue el divorcio de mis padres —había dicho con un nudo en la garganta—. Cuando la amiga de Lydia mencionó a su hermana, que no fue particularmente amable cuando yo necesité ayuda en un punto de mi vida, trajo consigo recuerdos amargos. Encontrarme con personas que hoy pudieran reconocerme solo me causaría desazón y rechazo. Son parte del círculo social que a ti te resulta natural

frecuentar, pero hubo una época en la que también eran parte del mío. Cuando dejé de tener las mejores ropas de diseñadores o hacer viajes exóticos —se había reído con amargura—, las "amistades" que creía que eran duraderas se esfumaron, así como cualquier apoyo.

Gabriel había apretado la mandíbula. «Hay gente realmente imbécil».

—¿Y la familia de tu padre, los Blackeney? ¿No los ayudaron? —había preguntado desconcertado. Había sentido confusión por lo que ella estaba diciéndole, pues no le parecía coherente que una parte de la familia de herederos de una fortuna como la de los Blackeney, que mantenía sus negocios prósperos, vivieran ajustados.

Ella había esbozado una sonrisa sarcástica.

—No existen para mí —había dicho con simpleza. Luego le había apartado la mano y él no intentó tocarla otra vez—. Nunca nos reconocieron, ni a mí ni a mi hermano, porque jamás estuvieron de acuerdo con que mis padres se casaran. Mamá es norteamericana y vino hace años a Australia. No provenía de las fortunas antiguas de esta ciudad. Los Blackeney en general son clasistas y apartaron a Sergei, mi padre, de todo lo que implicaba acceso a los privilegios. Él poseía su propio fideicomiso, así que nunca nos faltó nada. Mis abuelos, tíos y primos, siempre fingían no conocernos, aunque coincidiéramos en los mismos eventos, solo saludaban a papá —había expresado con algo de enfado. Decirle esta parte a Gabriel le había parecido inevitable, al menos dadas las circunstancias—. Él no es ningún héroe tampoco. No lo veo hace casi seis años y tampoco me apetece hacerlo. Lo único que sé es que fue acogido de regreso entre los suyos, pues Craig, mamá y yo dejamos de ser parte de su familia.

Gabriel se había quedado estupefacto. Esos hijos de puta habían dejado de lado a su propia familia tan solo porque no les pareció bien un jodido matrimonio. «¿Es que acaso creían que vivían en la Inglaterra de La Regencia?», se había preguntado. Él había comprendido que Aubrey no estaba contándole todo y que existían

más detalles sobre ese divorcio sobre los que ella no mencionaba. Tampoco quiso insistir.

—Tus abuelos se perdieron de conocer a una nieta genio con los ordenadores —había comentado, dándose cuenta de que el abandono de la familia era un punto en común entre ambos, pero no había tenido la intención de compartir ese aspecto.

Ella le había sonreído, aunque con un toque de tristeza. Le habría gustado tener contacto con sus abuelos, pero había entendido que no todos los seres humanos estaban llamados a experimentar esa clase de vivencias en la vida. Los abuelos, que podían llegar a ser idolatrados para unos, en su caso habían sido viles decepciones.

—¿Ahora comprendes por qué no me interesa ir a esa cena, Gabriel?

—Al contrario, ahora comprendo por qué deberías acompañarme —había replicado sin darle opción a rebatir—. Hay muchos aspectos de ti que ignoro. Pero esta breve conversación ha sido bastante interesante. Quizá alguno de tus tíos o tus propios abuelos estén en esa cena, ¿a ti qué más te da? Naciste en cuna de oro, sin embargo, ahora tienes un empleo y otra clase de vida. ¿Eso te hace merecer menos?

Aubrey lo había mirado con una mezcla de sorpresa y calidez. El trasfondo iba más allá de lo que le había contado a Gabriel, porque si hubiera tenido el apoyo de los Blackeney, la enfermedad de su madre habría sido más llevadera; ella habría estudiado en la universidad, logrado mejores oportunidades, y Craig no estuviera en una encrucijada —esto último agravado por culpa de él mismo— para entrar a la carrera en medicina. Pero ella había decidido no ahondar en esos aspectos con Gabriel.

—Supongo que esto es un poco lo que implica negociar con un hombre como tú —había replicado con toque de humor—. Estás exigiéndome que vaya por un asunto de trabajo. Así que tengo una condición, porque es fuera de horarios regulares.

Gabriel se había cruzado de brazos, enarcando una ceja. Había asumido que, tras el divorcio, el padre de Aubrey había optado por cortar a la familia del flujo económico. Se había preguntado si ella anhelaba regresar a esa clase de vida: lujosa, llena de oportunidades y conexiones en grupos sociales con incontables privilegios, y por eso llegó a tener tres trabajos. No había querido preguntar por la madre, porque no había sido el momento adecuado para ahondar en esa clase de aclaraciones.

—Es trabajo y por eso las horas extras son pagadas. ¿Qué condición tienes?

—Exacto. Vas a pagar por mi tiempo —había replicado ignorando la pregunta y expresando, a cambio, otro pensamiento—, por eso no quiero que me acaricies. O que actúes con familiaridad al acercarte, más allá de lo estrictamente necesario. ¿Okey?

Él la había mirado entre ofendido y cabreado.

—Estás a punto de cruzar una línea peligrosa, Aubrey —había dicho, sujetándole la muñeca con firmeza—. No te atrevas a insinuar semejante estupidez. Te pago por tu trabajo, no por lo que pasa entre nosotros. Jamás contrataría a una prostituta, y menos trataría a una mujer como si lo fuera. Si en algún momento de esta noche te toco, no vuelvas a sugerir que eso podría hacerte una. ¿Está claro, mujer?

Ella se había quedado mirándolo brevemente. Luego había asentido.

—Mi condición es que mantengas una distancia estrictamente de negocios. No quiero que haya ningún tipo de cercanía, que pudiera dar a entender a otros que estamos acostándonos juntos —había dicho señalándolo primero a él y luego a sí misma—. No busco convertirme en el cotilleo de la noche, al ir contigo, y que confundan la razón por la que estaré en esa cena. Al llegar a casa te enviaré un correo con los aspectos de la velada que me pidas tener en cuenta o las reuniones que pactes.

Gabriel había ladeado la cabeza, su expresión ilegible. Las mujeres con las que salía buscaban notoriedad a su lado, él nunca se las había dado, porque ninguna de sus relaciones, más allá de Claudia, duraba más de unas cuantas salidas sin relevancia.

Él había entendido el trasfondo de la preocupación de Aubrey. Después le había soltado la muñeca con lentitud, acariciándole el pulso interior con el pulgar.

—Aubrey, has comprendido mal la situación —había dicho con tranquilidad, acomodándose el puño de la camisa, sin prisas, y mirando a la mujer—. Tú y yo no estamos acostándonos juntos… todavía. Lo que ocurrió en esa sala de masajes es un preámbulo. El capítulo principal está a la vista. No te confundas —había concluído.

Ella se había sonrojado y elevado el rostro con desafío.

—No me has dicho si aceptas mi petición —había replicado.

—Esta no es una cita, sino una orden. Te enviaré a mi chofer, después de que me haya dejado a mí en ese restaurante en Barangaroo. Llegaremos por separado.

Aubrey había fruncido el ceño. Lo había mirado confusa.

—Pero tengo derecho a dejar claros mis puntos de vista —había replicado, consciente de la pequeña concesión del sexy CEO. Aunque no estaba siendo del todo claro. Ella detestaba las líneas grises—. Estoy dándote una explicación lógica, Gabriel.

—Así es, Aubrey —había contestado él, sentándose en su silla de escritorio, como si fuese un rey y ella estuviera irrumpiendo en sus dominios—. Te veo luego.

—Gabriel…

—No es una consulta la que estoy haciéndote —había dicho—. Tú eres mi asistente, por lo tanto, la opción más lógica para acompañarme a esta actividad de relaciones públicas. Horas extras. Algunos de los CEOs que asistan pueden ser útiles para mis asuntos y los de Knox. Te he escuchado y también he entendido tus razones.

—Entonces, ¿simplemente debo obedecer todo lo que pidas? —había preguntado con sarcasmo. No quería ir a esa cena, porque si los hombres más influyentes del país iban a estar reunidos, uno de ellos era de seguro su abuelo. No quería sufrir el desaire o la indiferencia. Ignoraba también si acaso él la reconocería.

Él había sonreído de medio lado.

—En otro contexto, Bree —había dicho en tono sensual, jugando con el bolígrafo Montblanc entre los dedos—, te habría puesto sobre mis muslos, subiéndote la falda, removiendo tus bragas, y nalgueándote, hasta que te mojaras. Hasta que el simple dolor, a la par de la caricias de mis dedos, te lubrique y así te corras. —Ella había entreabierto los labios la escucharlo—. Entonces, me habrías obedecido sin tantos argumentos. Pero, como el contexto es distinto —había esbozado una sonrisa—, soy tu jefe y en estos instantes estoy dándote una orden directa. A menos, por supuesto, que prefieras que ignore ese rol y haga precisamente lo que acabo de describirte para que accedas, entre la bruma de un orgasmo.

—Eso es coerción —había protestado consciente de su sonrojo.

—Lo integraría en la categoría de seducción —había replicado él.

—Eres insoportable —había expresado Aubrey entre dientes.

De repente la sonrisa pícara de Gabriel se había borrado.

—Nadie hablará de ti, Aubrey. Te veo en la cena.

—Bien —había contestado, alejándose, frustrada y también excitada.

El ambiente del restaurante Foggy Loop era una mezcla bohemia, entre el lujo y la sencillez, en un equilibrio bien orquestado. El chef Humm había invertido más de un millón de dólares y el resultado era magnífico. La espectacular vista a la bahía se podía observar desde un interior en el que predominaban la madera oscura y el mármol

negro, pero a la vez existía un contraste con lámparas de vidrio soplado y que otorgaban calidez. La iluminación era tenue en algunas áreas y potente en otras; la mezcla daba una sensación de sofisticación. Todos los materiales eran australianos.

Los CEOs de importantes corporaciones, junto a sus acompañantes, sumaban el total del producto interno bruto del país en ese lugar. La etiqueta de la noche era formal, así que los multimillonarios vestían acorde a ello. No solo eran hombres los invitados principales, sino también mujeres que ocupaban el más alto rango en compañías de diferentes industrias de negocios. Algunos CEOs eran jóvenes y otros no tanto, pero todos tenían en común el interés de vincularse para sacar provecho de las potenciales conexiones que podrían conseguir. Se trataba de un juego calculado y que el chef conocía muy bien, pues, al igual que sus comensales, era un empresario.

Por otra parte, Gabriel no esperó encontrarse a sus padres en la cena, porque en la lista de asistentes, que Aubrey recibió unas horas atrás, quedaban espacios pendientes en reserva. Eso implicaba que quedaban algunas personas por confirmar. Entre esas, el CEO comprendía ahora, estuvieron Roseanne y Stephen. Ambos se sentaron frente a él. Los asientos eran libres. Nadie osaba marcar restricciones a un grupo de multimillonarios que podían comprar el local con un chasquido de los dedos.

Los St. James eran una pareja peculiar y encantadora. La mujer era rubia, baja de estatura comparada con su esposo, y esa noche llevaba muchas joyas; lucía elegante y distinguida. Stephen tenía el cabello negro y ojos azul oscuro, era bonachón y su expresión siempre parecía estar alegre; su buen gusto al vestir lo habían heredado sus tres hijos. La pareja poseía un carácter cálido y amable cuando estaban en eventos sociales, pero en los negocios eran tan sagaces como su hijo mayor. No era difícil entender que los St. James conocieran a casi todos los invitados; su reputación social era impecable, pues tanto Roseanne como Stephen provenían de fortunas antiguas.

El interés de Gabriel en contarles a sus padres sobre LongMind se perdió de repente cuando vio a la mujer que entró en el restaurante. Ataviada con un vestido sin mangas, violeta oscuro y de falda larga, hecha de satén de seda, con el escote palabra de honor, un corset que realzaba la figura sensual, el cabello suelto peinado hacia un costado —dejando entrever un rostro maquillado con sutileza— Aubrey lucía más que apetecible, magnífica. Él entendía que algunos hombres en Foggy Loop hubieran volteado, sutilmente o no, hacia la belleza que avanzaba con cautela. Gabriel se excusó de la mesa, se puso de pie y caminó hasta ella para tomarla del brazo. La mujer se había retrasado casi media hora y él pensó que, en un acto que no sería impropio de ella considerando su carácter, quizá habría desafiado su orden de asistir.

—Anteriormente no tenía interés en considerar llamar a Zeik y exigirle que descontara parte del salario de un empleado como ha ocurrido desde que te contraté —dijo con una media sonrisa—. Como tu jefe no debería decirte que estás hermosa, pero puedes agregarlo a mis cualidades como amante cuando salgamos de aquí.

Aubrey elevó la mirada y se rio con suavidad, sonrojada.

—Gracias —susurró—, tú no te ves tan mal… para ser un jefe tiránico y arrogante. Mejorar un poco tu carácter de vez en cuando quizá te haría bien —agregó ella en tono jocoso. Decir que él lucía atractivo era quedarse corta de adjetivos.

—Hay otras cosas que me harían muy bien —replicó en tono bajo, mirándola.

—Gabriel…

Él le hizo un guiño y luego su actitud cambió por completo. Esos breves segundos de calidez se esfumaron tan pronto como llegaron. Gabriel sabía que ella no quería que confundieran las razones de su presencia esta noche, así que él iba a respetar ese aspecto durante las siguientes horas. Apartó la mano y empezó a caminar.

—No he visto a ningún Blackeney aquí —dijo en tono distante—, así que puedes relajarte. —Ella asintió, aliviada—. Tu trabajo esta

noche es recordar los temas y personas con las que yo converse para programar futuros seguimientos y, en el caso de ser posible, programar una reunión. La razón por la que te pedí que estudiaras los perfiles empresariales es porque quiero que me digas si algún CEO, que yo esté dejando de lado, podría interesarme como inversión. Así gano tiempo —expresó—. No es una cena larga y no pretendo extenderme en esta tontería más de lo necesario.

Ella hizo un asentimiento y agradeció que él estableciera una distancia.

—No hay problema, Gabriel —replicó procurando no mirarlo, porque ya era suficiente que su cuerpo pareciera bullir de energía al tenerlo cerca—. Me haré cargo.

El corte impecable del traje negro de Armani se amoldaba al imponente físico masculino. Aunque hubiera en Foggy Loop otros hombres con más o igual fortuna y poder, Gabriel los opacaba a todos. Con esos ojos azules que parecían reparar hasta en el más mínimo detalle, si ella lo volvía a mirar, entonces querría deslizarse entre sus brazos para dejarse llevar por la fuerza del deseo. No era posible. Aubrey estaba consternada por las reacciones tan viscerales que sentía; jamás le había ocurrido con nadie. No necesitaba tener la misma edad de Gabriel, ni experiencia, para saber que esta química tan brutal no era fácil de encontrar. Ahora que conocía bien cómo era ser acariciada y besada por él, un instinto territorial también parecía haber despertado.

Como consecuencia de lo anterior, al notar las miradas disimuladas que le dedicaban a Gabriel algunas mujeres, ella quiso que supieran que no estaba disponible. Pero él no era nada suyo, así que se guardó esa incómoda sensación de posesividad. Procuró mantener una expresión neutral y se recordó que este evento era laboral. Así que optó en enfocarse en el hecho de que recibiría un pago de horas extras y eso contribuiría a incrementar sus ahorros. Su familia estaba en caos, pero no al borde del abismo como antes. Lograron equilibrar un poco la balanza, lo cual era un inmenso alivio. El final del primer mes de trabajo en Aussie Equinox había sido el

primero, en años, en el que ella no pasó horas pensando en cómo conseguir más dinero. Aubrey sabía que nada tenía un sello de durabilidad indefinida, pero al menos ahora contaba con un contrato. Por eso era importante separar su *affaire* de los temas profesionales.

De hecho, estuvo a punto de decirle al chofer de Gabriel que se marchara sin ella, argumentando que no podía ir a la cena. Pero su madre, cuando la vio vestida y bajando las escaleras, la abrazó y le pidió que, a pesar de que fuese un evento al que asistiría por trabajo, intentara divertirse. Aubrey se había reído, porque desde que Craig le contó a Bonnie que gracias a Gabriel tendría una mejor asistencia terapéutica, personalizada, y no costaría nada, su madre quería invitarlo a cenar para agradecerle.

—Mamá —había dicho Aubrey antes de salir de la casa—, no es un enviado de ningún alma bondadosa. Solo es un hombre que hace las cosas a conveniencia. Si no estoy concentrada al cien por ciento en la oficina, los asuntos que tiene por resolver van a ser un caos. Gabriel detesta el caos y ya estuvo a punto de sufrir un colapso corporativo cuando el asistente que tuvo cometió un error garrafal. No es un ángel.

Bonnie le había acariciado la mejilla.

—Pero al menos ha puesto un brillo especial en tu mirada, ¿verdad? —había preguntado con aquel toque de sabiduría en la voz que solo las madres conocían—. Además, indistintamente de que sea tu jefe, es un gesto que me gustaría tener con él. Invítalo a cenar una de estas noches a la casa. Cocinaré mi famoso pastel de carne.

—Mamá —había replicado apretando con cariño su mano alrededor de la de Bonnie—, es solo mi jefe. Ya tengo que irme, por favor, llámame si te hace falta algo.

La anterior no era una conversación que Aubrey deseaba repetir.

Le resultaría incómodo decirle a Gabriel que Bonnie quería invitarlo a cenar en agradecimiento por lo de Craig. No solo temía que él pensara que pretendía cambiar la naturaleza de su relación —ser solo amantes— sino porque la posibilidad del rechazo le pesaría

más de lo que podía admitir. Su madre era una persona generosa y también sensible, el gesto de la cena era desinteresado y no habían intenciones ocultas. Por esa razón, Aubrey no tenía corazón para decirle que su invitación no sería aceptada por Gabriel. Esto último no era una posibilidad, sino una certeza basada en su acuerdo con el magnate. Era mejor olvidar que esa charla con Bonnie tuvo lugar.

Aubrey se enfocó en el presente y en el trabajo entre manos.

El restaurante estaba dividido en dos áreas. En la primera, había una zona amplia y despejada con mesas elevadas en las que estaban sirviéndose cócteles especiales. No había sillas de por medio, porque la intención era que se pudiera deambular alrededor y mezclarse fácilmente. En la segunda área, igual de amplia que la primera, estaban las mesas en las que los camareros dejaban los platos especiales del chef e iban explicando los ingredientes, razones detrás de la mezcla y en qué orden debían consumirse los alimentos para que la experiencia al paladar fuese la correcta.

Cuando Aubrey llegó a la mesa designada para seis personas, en la que estaba su asiento con Gabriel, la recibieron cuatro rostros desconocidos. La vibra era tranquila, alegre inclusive, y ella empezó a relajarse. Al menos, hasta que su jefe empezó a presentarles a los elegantes invitados. Con la primera pareja todo fluyó con un apretón de manos y saludos usuales, se trataba de Astor y Marie Burghess, dueños del grupo de lujo y moda Thureg, con sedes en varios países del mundo. La segunda pareja, sin embargo, puso de nervios a Aubrey, pero su expresión amable no cambió.

—Ella es Roseanne y él es Stephen, son mis padres —dijo Gabriel con una sonrisa ante la sorpresa de su acompañante. El encontrarse con sus padres esta noche ya era inesperado, pero más aún que Aubrey, que no era ni su novia ni su cita, estuviera conociéndolos—. Mamá y papá, les presento a mi asistente ejecutiva, Aubrey Blackeney. Esta noche estoy exigiendo de más a un integrante de mi equipo de trabajo, sé que no es una novedad para ustedes, pero procuren no ser tan obvios. Eso implica que no hace falta que cuenten anécdotas agradables para intentar suavizar mi reputación

de insensible e implacable en la oficina. Ella sabe la clase de jefe que soy.

Aubrey lo miró y se echó a reír sin poder evitarlo, porque el tono desenfadado de Gabriel era ajeno al serio y formal que empleaba usualmente con otros. No solo eso, sino que resultaba evidente que estaba orgulloso de sus padres. Aubrey no pudo evitar sentir un ligero escozor de pesar, porque alguna vez ella también creyó que la dinámica de su propia familia era única; hasta que las peleas y las mentiras llegaron.

—Encantada de conocerlos —dijo estrechando la mano de la pareja y luego se acomodó en el asiento—. Lo que dice Gabriel es cierto. Es un ogro en la oficina, así que no existe ninguna anécdota que pueda redimirlo. Pero se vale intentarlo.

Los Burghess y St. James se rieron; Aubrey sintió que se relajaba de nuevo.

—Oh, querida, es la primera vez que Gabe nos presenta a una mujer tan encantadora y que no tiene reparos en romper el hielo —dijo Roseanne con calidez.

—Mamá —dijo Gabriel en un suave tono de advertencia al ver la expresión conspiradora de la mujer—, Aubrey recibe una excelente compensación económica como mi asistente —recalcó—, así que sabe atajar diferentes situaciones con tino.

—¿Blackeney? —preguntó Stephen con amabilidad. Aubrey procuró que su sonrisa no se borrara del rostro. La mano de Gabriel, bajo la mesa, se posó sobre su muslo y le dio un apretón suave; ella se calmó—. ¿Eres familia de Margott y George?

—No somos muchos con ese apellido en Australia, ciertamente —replicó Aubrey con suavidad y evadiendo responder de forma directa —. Trabaja usted en el área de minería, ¿verdad, señor St. James? Me parece un negocio interesante —sonrió.

—Aubrey, mi esposo tiene afición por conocer sobre los árboles genealógicos, pero esta noche no vamos a consentir ese capricho de Stephen —intervino Roseanne con una sonrisa, al notar la

imperceptible incomodidad de la joven—. Me alegra que le preguntes del negocio de la minería, pues es el legado de los St. James desde hace muchas décadas. Aunque es complicado y arduo, siempre lo hemos sacado adelante.

Los siguientes minutos, el padre de Gabriel se dedicó a explicar con claridad cómo funcionaba el proceso de su trabajo, en un modo muy dinámico e interesante, así como también dejó claro que estaba orgulloso de que su hijo y Knox tuvieran tanto éxito con Aussie Equinox. Roseanne, en cambio, conversó sobre la afición a la jardinería durante sus tiempos libres en casa y la pasión que tenía por apoyar actividades vinculadas al arte y la cultura, en especial la música. Los Burghess tomaron la palabra y comentaron sobre las tendencias del mercado de lujo. En todo ese tiempo, Aubrey se sintió a gusto compartiendo sobre sus opiniones. Le agradó sentir que Gabriel estaba relajado; su mano cálida y firme solo se movía de su muslo cuando servían uno de los platos que formaba parte de la extensa oferta del chef para esa velada. Pronto llegó el momento de los postres, ofrecidos —al igual que lo había sido el resto del menú —, en pequeñísimas porciones y con toques bastante exóticos. La última parte sería la degustación de cócteles personalizados, estos iban a servirse en la zona de las mesas altas, pues la idea era que los invitados pudieran interactuar mejor.

Los Burghess se excusaron al concluir el postre, porque tenían un vuelo al amanecer. El matrimonio se alejó de la mesa. Ellos querían que Gabriel considerara invertir en la apertura de nuevas tiendas de belleza que llevaran marcas de cosméticos europeos a Australia. El CEO no se comprometió, a pesar de que los números de ganancia sobre inversión eran interesantes, porque era prudente. Solo les comentó que Aubrey coordinaría, con la asistente de Astor, una reunión para hablar con más detenimiento sobre beneficios, intereses y condiciones a largo plazo, lo antes posible.

—Aubrey —dijo Roseanne al cabo de un instante—, una mujer tan inteligente y guapa como tú de seguro que tiene muchos pretendientes. ¿Verdad que sí?

Gabriel soltó un gruñido por lo bajo.

—En estos momentos no estoy saliendo con nadie en particular —dijo con cautela y guardándose una sonrisa. La señora era encantadora—. Estoy enfocada en trabajar, así como en organizar mi tiempo para cumplir mis metas personales. No tengo espacio para atender pretendientes —se rio—. Eso no está en mis prioridades.

—Madre… —intervino Gabriel mirando a Roseanne.

La mujer fingió no escuchar a su hijo y mantuvo su atención en Aubrey.

—Ay, querida, eso no puede ser posible. El amor es tan bonito e importante —dijo la mujer poniendo la mano sobre la de su esposo. Este, que ya conocía de qué iba Roseanne, miró a Aubrey con una expresión de disculpa—. Tienes casualmente el mismo problema que mi Gabe. Él no acepta darle cabida a la posibilidad de conocer a una mujer inteligente, guapa, encantadora y que pueda presentarnos. La última vez que le organicé una cita a ciegas, la pobre Vicky terminó con el corazón roto. Gabe no le escribió, menos la llamó para una cita más formal, ¿puedes creer el desaire?

Aubrey no pudo hacer otra cosa que toser para esconder la risa. La información que acababa de darle Roseanne, adjudicándose la responsabilidad de que la tal Vicky fue su idea y no la de Gabe, le acababa de alegrar la noche. Era ridículo, quizá, pero no por eso menos satisfactorio. Aubrey podía sentir la incomodidad de Gabriel y eso volvía la situación todavía más divertida. Así que optó por seguir el hilo.

—Ciertamente, Gabriel puede actuar de manera grosera sin motivos —dijo Aubrey y la mano apoyada sobre su muslo se contrajo —. Qué pesar por Vicky.

—Querida, ya que conoces mejor la agenda y los tiempos de Gabe, ¿qué te parece si ayudas a esta pobre madre y me comunicas los días menos atareados de mi hijo? Así podríamos elegir entre ambas la mejor candidata y que tenga una cita.

Aubrey, que acababa de llevarse la última cucharadilla de postre a la boca, casi escupe. Agarró la servilleta y tosió un par de veces para luego murmurar una disculpa. Ni ella ni Gabriel se dieron cuenta del brillo de realización en la mirada de la anciana, ni tampoco en el modo que Stephen meneaba la cabeza por las argucias de su mujer.

—Eso no forma parte del trabajo de Aubrey, mamá —expresó Gabriel, su expresión seria—. No estoy interesado en atarme a ninguna mujer. ¿De acuerdo?

—Bueno, si tú no quieres beneficiarte de mi ayuda, quizá Aubrey sí y…

—Tampoco —interrumpió Gabriel mirando a su madre con impaciencia, ignorando que estaba diciéndole, sin decirle, todo lo que ella requería saber—. No vas a presentarles a los idiotas hijos o sobrinos de tus amigas, allegadas o lo que sea, a Aubrey. Aunque ella es una mujer con todas las cualidades que mencionas, tiene que enfocarse en su trabajo. No necesito una asistente distraída con llamadas personales.

—Ah, por supuesto, Gabe, tienes razón —recapituló Roseanne. Muy rápido a juicio de Gabriel, pero este no ahondó al respecto; no le agradaba la idea de Aubrey saliendo con otros hombres y menos en citas auspiciadas por su propia madre—. En todo caso —miró a la asistente de su hijo con amabilidad—, he hecho el intento. —Vio el reloj y notó que eran cerca de las diez de la noche—. No podemos quedarnos más tiempo, porque mañana Stephen tiene una cita médica para revisar su rodilla.

—Déjame saber qué dice el doctor. Si tienes o no que operarte, papá —expresó Gabriel mirando a Stephen—. Acepta los consejos médicos, por favor.

—La necedad es una característica de los hombres en mi familia, querida, pero a pesar de sus cabezonerías intentan hacer lo correcto. Seguro en algún momento lo comprendes mejor, pero no dejes que Gabriel se imponga; tú eres su asistente, así que tienes todo el derecho de enfurecerte cuando no se porte a la altura, ¿eh?

—dijo Roseanne haciéndole un guiño a Aubrey, antes de irse, y esta se rio con suavidad.

Aubrey estuvo tan entretenida conversando, paladeando la comida y escuchando las irreverencias de Roseanne St. James, que no se dio cuenta de que uno de los invitados era el que menos habría esperado ver esa noche. No solo porque no estuvo en la lista, quizá fue de los que confirmaron posteriormente la asistencia, sino que habían pasado muchos años desde la última vez que supo de él. Por un instante se quedó paralizada, mas se recordó que no tenía sentido. Podía mantener la misma indiferencia que, durante años, se había convertido en su aliada en momentos como estos: las súbitas presencias de su pasado o las alusiones a él. «Todo está bien», pensó.

Gabriel, ajeno a los pensamientos turbulentos de Aubrey, se giró hacia ella.

—Mi mamá es bastante peculiar como puedes notar —dijo meneando la cabeza y apartándole la silla para que se pusiera de pie —. Siento este episodio.

Ella, tratando de ocultar su malestar por razones que nada tenían que ver con la familia St. James, hizo una negación. Algunas personas se empezaban a acercar a saludar a Gabriel, a medida que este la guiaba a través de la sala, hacia el ambiente en el que estaban los camareros sirviendo los cócteles. Como el chofer iba a llevarlos a casa, Gabriel no encontró impedimento para disfrutar un poco de las bebidas del chef.

—No lo sientas. Creo que tu madre es una mujer encantadora y tienes la fortuna de contar con unos padres que se quieren de verdad —expresó ella sonriendo.

—Todas las historias tienen dos lados, como las monedas; la fortuna, en diferentes aspectos, siempre llega con un precio a pagar. En ocasiones, el precio se paga sin ser consciente de ello, hasta que pasan los años. Otra veces, se toman decisiones y eres muy consciente de lo que vas a pagar por haber hecho una elección.

Ella frunció el ceño por el comentario.

—Esa es una declaración bastante críptica, Gabriel.

—¿Por eso menos cierta? —preguntó cuidando de no ceder a las ganas que tenía de acomodarle un mechón de cabello detrás de la oreja. Sería indiscreto. Aunque él estaba acostumbrado a imponer su criterio y deseos, Gabriel siempre analizaba los daños colaterales. Ceder al impulso de tocarla con familiaridad estaba fuera de orden.

—Supongo que no. Todos tenemos algo que los demás creen perfecto, hasta que conocen el trasfondo —murmuró ella perdiéndose en la mirada azul que, por un instante, hizo que el resto de la sala y también su inquietud se desvanecieran—. ¿Acaso estás tratando de decirme que tu vida con Roseanne y Stephen ha sido difícil?

Gabriel esbozó una media sonrisa.

—Al contrario —expresó—. Recuerda las dos caras de la moneda.

Ese era su modo de decirle que la historia de Aubrey, aunque él no tuviera todos los detalles —pero pretendía obtenerlos más pronto que tarde, porque la mujer lo intrigaba como ninguna otra—, no era ni más ni menos perfecta que la suya. Solo diferente. Estaba compartiendo una parte personal, sin compartirla de verdad, porque notó la nostalgia en la mirada femenina cuando vio interactuar a sus padres en la mesa.

Gabriel no pensaba abrir esa parte de sí mismo. Además, tenía que recordar que con Aubrey, él sería igual que con otras amantes: divertido, apasionado y efímero. Nada más allá. No obstante, a medida que ahondaba en piezas de la vida de Aubrey, algo parecía impulsarlo a reconsiderar su perspectiva. Pero su lado sensato siempre tomaba el control, insistiendo en que la atracción tenía un tiempo de caducidad y que, al final, el abandono era inevitable. Por eso se anticipaba y cortaba de raíz cualquier vínculo, antes de que pudiera prosperar más allá del sexo. La certeza de haber sido abandonado, sin importar cuándo ocurrió, no era de aquellas cosas

de la vida que se borraban con la intención. No iba a arriesgarse a experimentar algo así en su adultez.

Antes de que Aubrey pudiera replicar, uno de los amigos de Gabriel que trabajaba en la industria musical, se acercó y le presentó a Marianne Legard. La mujer era la líder en el mercado que montaba los escenarios para conciertos de grandes artistas internacionales y locales. No solo en Australia, sino alrededor del mundo. Gabriel tenía particular interés en trabajar en el área del entretenimiento, quizá ya no en este año, pero sí al siguiente. Él y Knox creían que era una rama de negocios a la que no le habían prestado tanto interés, pero podrían considerarla entre sus opciones.

Al cabo de un rato, Gabriel notó que algo no iba bien con Aubrey.

Cuando alguien distinto se acercaba, ella parecía contar los minutos como si quisiera salir corriendo y miraba alrededor, sutilmente, como si esperase una amenaza de bomba de un momento a otro. Sí, estaba registrando todo lo que él le pedía en el iPhone que le había dado la empresa, pero no parecía estar realmente presente. Le respondía de forma parca, algo inusual en alguien habituada a decir todo lo que se le cruzara por la mente. Si bien le daba pautas acertadas, sobre algún punto que él podría considerar hablar con otros invitados, era como si ella estuviese en piloto automático.

—Ha sido una conversación interesante y esclarecedora —comentó Gabriel cuando Maya Kanuj, la mujer que estaba compitiendo con Starlink, la empresa de internet satelital de Elon Musk, se alejó para ir a charlar alrededor—. ¿No lo crees?

—Por supuesto —dijo Aubrey distraída. Cuando vio con el rabillo del ojo a la persona que estaba acercándose a ellos, decidió que era tiempo de hacer una pausa. La necesitaba con urgencia—. Gabriel, sé que esta noche está siendo fructífera para ti, lo cual me alegra, pero si de verdad ya no requieres mi asistencia prefiero irme.

Gabriel no tenía problemas en la petición, porque era verdad. La razón de llevar a Aubrey fue porque era su asistente, pero también

porque quería tenerla cerca. Esta última parte no iba a reconocerla frente a su propio reflejo, menos ante Aubrey.

—Espera —replicó él frunciendo el ceño—, ¿estás bien?

Aubrey hizo un asentimiento. Mirando alrededor, inquieta.

—Sí, claro. Tan solo ha sido un día largo y prefiero marcharme si no es necesario que me quede más tiempo —expresó apresuradamente, casi atropellando las palabras—. Iré primero al baño y esperaré en el coche. A menos que, como fue la logística para venir, tu chofer me lleve primero a casa. O puedo tomar un Uber.

La expresión de Gabriel se ensombreció. No la tocó, pero se acercó un poco.

—No vas a tomar ningún jodido Uber —dijo entredientes—. Dime qué pasa.

—Carece de importancia… —susurró, pero ya fue demasiado tarde para irse.

Un hombre alto, elegante y de cabellos rubios, llegó hasta ellos. Su traje era plomo, la mirada verde tenía un toque ligeramente ambarino, y él lucía seguro de sí.

Extendió la mano hacia el CEO de Aussie Equinox.

—Gabriel St. James —expresó con una sonrisa encantadora—. ¿Cómo va todo? Ha pasado mucho tiempo desde la última ocasión. Confirmé mi asistencia casi al final, porque mi secretaria me dio la lista de invitados y estabas entre ellos. Tengo un proyecto sensacional de tecnología y creo que puede interesarte —agregó con seguridad—. Estamos renovándonos y eso incluye nuevas líneas de entretenimiento.

—Bastian, ciertamente ha pasado un tiempo —estrechó la mano del otro empresario a quien no tenía en muy alta estima—, ¿qué tan sensacional puede ser? —preguntó con una media sonrisa, arrogante, y en su tono habitual de indiferencia. Nunca dejaba entrever sus intereses, a menos que fuese algo intencional—. Por

cierto, ella es mi asistente personal, y sabe de asuntos de tecnología. Se llama…

—Bree —interrumpió Bastian, con familiaridad, mirándola con apreciación masculina—, tan bella como siempre. El mundo gira de formas insperadas, sirena.

—Bastian —replicó Aubrey elevando el mentón—, por favor, limítate a llamarme por mi nombre. Perdiste el derecho, hace años, en decirme de cualquier otra forma. Si no escuchaste con claridad a Gabriel, soy su asistente, así que no soy tu punto principal de interés cuando quieres hablar de negocios. No te dirijas a mí.

Gabriel apretó los puños. «¿Qué mierda es esto? ¿Es este imbécil la razón de que ella hubiera estado inquieta la última parte de la velada?», se preguntó. No le caía bien Durand-Varsit. Knox también se mantenía alejado de cualquier trato con DurVar Corporation, porque este mequetrefe en particular tenía la reputación de hacer tratos que, amparándose en estrategias legales dudosas, rompía al poco tiempo y terminaba perjudicando a la contraparte por cantidades altas de dinero. Saber que Bastian conocía a Aubrey, evidentemente en un contexto muy personal, le causó indignación.

Porque había otra palabra que definía mejor su sentir; prefería no aceptarla.

—Me gustaría que pudiéramos hablar en un contexto distinto, Bree —replicó con un toque de pesar y extendió la mano para tocar el brazo de Aubrey. Ella abrió de par en par los ojos, lo apartó—. Creo que esta es una oportunidad para aclarar…

—Bastian —interrumpió Gabriel en tono tan gélido como el Ártico —, no vas a volver a dirigirte a ella. Sé de las malas prácticas en tu empresa y que las finanzas no son muy buenas. —Bastian abrió y cerró la boca. Miró a Aubrey, pero ella estaba observando a Gabriel —. Si quieres evitar una investigación que cause un escándalo monumental para tu corporación, apártate en este instante. No me interesa si estás trabajando en la nueva versión de la NASA o si quieres ir a follar piedras a Marte.

El rubio, cabreado por la amenaza, miró a Aubrey. Era su única oportunidad.

—Te estuve buscando por meses, pero siempre hallaste la manera de evitarme. Quise aclarar las cosas contigo —dijo—. No me casé con Caroline. Bree, siempre que estoy con una mujer, la única imagen que tengo es la tuya cuando estábamos…

Eso fue lo último que alcanzó a decir Bastian, antes de que un puñetazo de Gabriel lo hiciera darse de bruces contra el piso. Pronto, la nariz empezó a sangrarle. Recuperar el diente que acababa de perder iba a dañar su sonrisa hipócrita, sin duda. Las expresiones de sorpresa alrededor no tardaron en hacerse escuchar. Gabriel fue indiferente a ese detalle. Tomó a Aubrey de la mano, sin importarle lo que ocurría en ese lugar, y la llevó con firme suavidad hacia la salida. Tampoco le importó que la fotografía que saldría en la prensa no sería la de un grupo de CEOs, la élite de Sídney, en una exclusiva cena del chef Daniel Humm, sino la de su puño estrellándose contra otro hombre importante, aunque no lo suficiente como lo era un St. James. Todo esto le dio igual a Gabriel, porque para eso pagaba a los mejores relacionistas públicos.

CAPÍTULO 13

—Este no es el camino a mi casa —dijo Aubrey con suavidad al chofer. El hombre la miró por el retrovisor con una expresión de disculpa—. Redfern está por…

—No vamos a ir a tu casa —intervino Gabriel que, durante los últimos minutos, había permanecido en completo silencio. Estaba demasiado enfadado para tratar de emitir alguna palabra que no fuese una completa idiotez—. Iremos a la mía.

Ella estaba consternada por la escena que había tenido lugar, pero más por haber visto de nuevo a Bastian. Fue como dar un paso atrás y bañarse de recuerdos que solo le traían a la mente aquello de lo que se arrepentía: confiar en el sexo opuesto. Mas esa teoría cuando se trataba de Gabriel perdía fuerza. Por un motivo que no lograba discernir del todo, él aparentemente era una excepción en su regla. El detalle era que Aubrey ya había tenido una experiencia dolorosa y por más de que quisiera confiar, siempre quedaba un resquicio de duda. Sabía que quizá no estaba siendo justa con Gabriel, en especial cuando el hombre fue muy frontal. Pero no podía evitarlo.

—No he acordado tal cosa —dijo Aubrey cruzada de brazos, pero Gabriel no estaba mirándola. Su rostro estaba hacia el frente. Ella recreó la vista en ese perfil. Se preguntaba si en algunas ocasiones el Cielo tenía favoritos—. Me parece arbitrario.

Él soltó una exhalación. Se pasó los dedos entre los cabellos.

—Hay un asunto que quiero discutir y que no es postergable, Aubrey —zanjó apretando la mandíbula—. Tampoco es negociable, pero no está vinculado a temas laborales. Puedes cortar el conteo de tus horas extras a partir de ahora, ¿queda claro?

Aubrey acortó la distancia, yendo hasta él. Esta vez ella le sujetó la mejilla a Gabriel para que la mirara, en lugar de que siguiera con

la vista en el horizonte. Cuando los ojos azules se clavaron en los suyos, ella tomó una bocanada de aire. La expresión que tenía era gélida y una que no había visto antes, ni siquiera el día en el que la amenazó con llamar a la policía acusándola de ser una ladrona. Frunció el ceño.

—Lo que dices no tiene sentido —comentó Aubrey—, porque ya he terminado mi trabajo por el resto de la velada, Gabriel. No hay nada más qué hacer o asuntos por discutir. La verdad estoy agotada y lo que menos me apetece es hablar.

Él le sujetó la muñeca con firmeza y le apartó la mano con suavidad.

—Al contrario, tú y yo, vamos a tener una charla —expresó el magnate.

No dejaría que ella se recluyera y pretendiese, al siguiente día, que no había ocurrido nada. Gabriel no tenía por costumbre aplazar la resolución de asuntos fáciles o complejos, así que no iba a empezar con Aubrey. Aparte su mente no tenía espacio para continuar armando las piezas sobre la vida de esta mujer sin una guía que les diera un sentido más concreto. Saber que ese impresentable la hizo sentir incómoda y aparte se atrevió a hacer insinuaciones sexuales sobre ella, irrespetándola, lo sacó de quicio. Si otro hubiera sido el contexto, Bastian habría salido con las costillas rotas.

—Si acaso lo que quieres es hablar de ese puñetazo, no me apetece ahondar al respecto. Pero lo que sí voy a decirte es que no debiste pegarle. Yo me podía defender sola, además, dejé claro que no quería que él se acercara —dijo meneando la cabeza y soltando un suspiro frustrado—. El asunto no te incumbía. Debiste dejar que me marchara cuando te lo pedí y así hubieras evitado una situación como esa…

Los ojos azules relampaguearon. Quería ponerla sobre sus rodillas y hacerle entender de un modo muy creativo que el único que daba órdenes era él. No ella.

—Deja que yo me encargue de resolver las consecuencias de mis acciones —replicó entre dientes—. No creo que seas incapaz de defenderte, lo que sí creo es que ese hijo de puta merece un par de lecciones que no requieren palabras precisamente.

—Si me vas a dar un sermón argumentando que lo ocurrido es mi culpa, no quiero escucharte. Estás siendo tozudo, Gabriel —dijo ella cruzándose de brazos.

—Demándame —gruñó sin dar más explicaciones.

Aubrey tan solo meneó la cabeza y se apartó del ogro que estaba a su lado.

Ella no estaba de humor para discutir, así que optó por resignarse, cerrar los ojos y apoyar la cabeza contra el vidrio oscuro. Soltó una larga exhalación. Aubrey entendía que Gabriel estuviese enojado, porque al día siguiente iba a salir en la prensa el incidente y sería un dolor de cabeza para los ejecutivos de relaciones públicas. Quizá un punto salvable era que algunos de los invitados ya se habían marchado antes de que Bastian se acercara a ellos, por lo que hubo menos testigos. Pero eso no se reflejaría en los titulares, comentarios y opiniones. La situación sí que era un desastre.

Esta noche, su ex la había tomado desprevenida. No creía en las coincidencias, pero sabía que en este caso se trataba de una, aunque muy infame. Verlo otra vez había despertado el enfado y la consternación por haber sido tan ilusa, aunque también le sirvió para darse cuenta de que el hombre no era tan encantador ni apuesto como alguna vez lo creyó. Se alegraba al saber que la tal Caroline no se casó con él. La mujer se libró de tener por marido a un adúltero. Durante ese intercambio con Bastian, Aubrey no pudo evitar notar la abismal diferencia entre Gabriel y su ex. El primero poseía una autoridad silenciosa, un estilo suave y varonil. El segundo, en cambio, se esforzaba en darse a conocer como alguien encantador, mas no era creíble.

Al cabo de un rato, el coche se detuvo en la zona de Vaucluse.

Las puertas automáticas de garaje se elevaron. En lugar de ser el chofer quien la ayudara a salir, Gabriel le extendió la mano. La tormenta de sus ojos parecía haberse calmado en los últimos minutos o quizá tan solo era una impresión falsa. En todo caso daba igual. Aubrey se apoyó en el apuesto hombre para salir del coche y avanzó con él. La mano masculina se mantenía en su espalda baja, como si estuviera protegiéndole o temiese que ella diera media vuelta con la intención de marcharse.

Gabriel la guio escaleras arriba y luego la soltó para entrar a la sala en la que ambos se conocieron meses atrás. Resultaba curioso cómo las circunstancias habían cambiado tanto entre ambos. El millonario se acercó al mini bar, sirvió dos vasos de whiskey, y después le ofreció uno. Aubrey no tenía inclinación por beber, pero se dio cuenta de que le sentaría bien para sobrellevar lo que sea que este hombre quisiera decirle. Ella se acomodó en el sofá frente a la chimenea, pero Gabriel se quedó de pie.

En lugar de degustar la bebida, él consumió el costoso líquido en dos largos tragos. Después dejó el vaso de cristal sobre la repisa, se quitó la corbata y la puso con descuido en el sillón, junto al sofá en el que estaba Aubrey. Le siguió la chaqueta. Se remangó las mangas de la impoluta camisa blanca. Su aspecto, lejos de parecer más relajado o cómodo, a ella le dio la impresión de haberse vuelto más intimidante y peligroso. Aubrey dio un sorbo pequeño al líquido ambarino y el efecto se extendió por su cuerpo causándole un intenso calor; optó por dejar el vaso en la mesita baja.

Gabriel sacó el teléfono y llamó a una persona sobre la que Aubrey no había escuchado hasta ahora. Ella lo escuchó dando órdenes de que sacara de inmediato cualquier información relativa a Foggy Loop que tuviera que ver con un altercado en el que Bastian Durand-Varsit recibió un golpe que lo lanzó al piso. El CEO exigió que lo único que quería ver en los titulares del día siguiente eran ángulos positivos de esa reunión y que las imágenes que debían publicarse tenían que ser favorables para la narrativa de expansión, camaradería y lujo que buscaban con ese evento. Además, comentó con aburrimiento que cualquier cantidad de dinero era calderilla para

él y que le importaba una mierda lo que tuvieran que hacer, pero quería resultados. La voz fue demandante, segura y firme. Después cerró la llamada y dejó el móvil de lado.

—¿Qué fue eso…? —preguntó Aubrey.

—Control de daños —replicó con arrogancia. Sabía que no existía un barrido perfecto de datos o imágenes cuando había tantas personas involucradas, con un poder similar al suyo, mas no por eso iba a quedarse cruzado de brazos y hacer exigencias. Las historias podían desaparecer con la misma velocidad con la que surgían y otra situación reemplazaba la ola de interés social—. Nada de qué preocuparse.

Ella enarcó una ceja, porque estaba segura de que, quien sea que estuviera al otro lado de la línea, iba a tener una noche muy larga para tratar de cumplir órdenes.

—Supongo que es un grupo de ejecutivos que lidiará con los efectos colaterales de una situación que nunca debió ocurrir y que pudo evitarse, al menos si yo me hubiera marchado o si tú te hubieras contenido e ignorado los comentarios de Bastian.

—No estoy enfadado contigo, porque no tengo un retraso mental para culparte de una situación furtiva —dijo él finalmente, mirándola con una intensidad que le quemó la piel a ella, como si hubiese sido el calor de la chimenea—. Estoy cabreado, porque ese hijo de puta no comprendió su lugar. A pesar de haberle dicho que era tu jefe, incurrió en el grave error de hacer una alusión sexual sobre ti, frente a mí. Te faltó el respeto y te hizo sentir incómoda. Que estuvieras en ese evento fue mi responsabilidad, porque te exigí asistir conmigo; así que, por consiguiente, era mi deber ponerle un alto a Durand-Varsit cuando te sentiste incómoda y ofendida. Además, no me arrepiento de haberle partido la cara, pero sí de no haber tenido un poco más de tiempo para asegurarme de que le quedaran menos dientes y costillas.

Aubrey abrió los ojos de par en par. Nadie, jamás, la había defendido, porque siempre era ella la que tenía que utilizar los recursos a su alcance para sobrevivir, en todos los sentidos que esa

palabra implicara. El gesto de Gabriel, aunque era violento, le parecía también noble. Tal vez era retorcido pensarlo así, pero solo otra persona que, como ella, había pasado vicisitudes y tenido que defenderse sola lo entendería.

—No sé qué decirte… —susurró mirándolo, una mezcla de incredulidad y también una emoción desconocida se anidó en ella—. ¿Lo que te molestó, además, fue no haberle podido dar una paliza? —preguntó con desconcierto—. ¿Me equivoco?

Él se acercó a ella. La tomó de la mano y la instó a que se pusiera de pie. Aubrey, porque no existía modo de no acceder al gesto físico, se impulsó hacia arriba. Al hacerlo, su cuerpo quedo muy cerca del de Gabriel. Al instante su pulso se agitó.

—Que te tocara, Aubrey —dijo en un tono posesivo—. *Eso* selló su suerte.

—No significa nada para mí… —murmuró.

—Pero lo hizo alguna vez y quiero saber la historia detrás —replicó Gabriel. Estaba haciendo un esfuerzo muy grande para no besarla y arrancarle la ropa; para dejarla expuesta, recorriendo cada recodo de su cuerpo, y marcándola con sus caricias—. Bastian es una escoria en el ámbito profesional, aunque ahora comprendo que también en su vida privada. Si te lastimó de alguna manera, quiero saberlo —dijo.

Aubrey sentía el corazón agitado por diferentes razones. Además de Clarissa nadie conocía su episodio con Bastian. Era un capítulo del que se avergonzaba, porque la intención con la que fue a ese bar, aquella noche, tuvo que ver con querer escapar de su realidad; con abandonar sus responsabilidades; así que sentía que la vida le había cobrado el precio de su egoísmo al maldecir y haber pensado solo en sí misma.

—¿Por qué, Gabriel? Me explicaste que no querías complicaciones, pero al abrir la puerta a ciertos capítulos de mi vida estarías haciendo eso exactamente.

Él le sujetó el rostro entre las manos. Le frotó el labio inferior con el pulgar.

—Esto quizá ya es complicado desde el instante en el que probé el sabor de tu sexo en mis dedos. —Aubrey abrió los labios, sonrojándose—. Como acabaste de escuchar, yo tengo las herramientas para borrar cualquier rastro de internet —replicó. Su cuerpo estaba tenso, porque la deseaba. No iba a dar rienda suelta a sus instintos. Aunque notaba la pasión en la mirada de Aubrey, también veía las sombras. Quería borrarlas y la única manera era que ella hablara del pasado—. Quiero saber por qué estabas inquieta al volverlo a ver. ¿Qué fue lo que pasó con ese cretino, Aubrey?

Ella soltó una exhalación suave. Dio un paso atrás y elevó el rostro. Abrir la puerta que hacía visible a viejos monstruos, ante otras personas, les podía quitar el poder o borrarlos por completo. No sabía cuál de los dos casos tendría lugar ahora.

—Hace unos tres años yo estaba cansada de todo —dijo en un susurro, abrazándose a sí misma—. Mi familia vivía momentos duros y yo solo tenía veinte años, llevaba desde los dieciocho haciéndome responsable de muchos aspectos, incluyendo el financiero. Solo quería un momento para mí. Un instante a solas para disfrutar como lo hacían las chicas de mi edad —sonrió con pesar—. Así que le dije a Clarissa, mi mejor amiga, que fuésemos a un bar. Me gasté lo poco que tenía en la entrada. Se trataba de un lugar al que, en otra época, el costo habría sido una tontería en mi presupuesto. Pero nada me importaba. Solo quería disfrutar; olvidar la realidad.

Gabriel hizo un asentimiento breve.

En algún momento, a pesar de los privilegios que nunca le faltaron, él llegó a sentir hastío y la necesidad de dejar fluir todo con un rumbo indomable. Llegaron los desenfrenos, los viajes de derroche a otras ciudades y países, hasta que el incidente de Calder lo hizo recapitular. Él no dejó de lado sus ganas de divertirse, pero el suceso fue como una bofetada de la vida que lo instó a que pensara dos veces sus excesos.

—Una noche en un bar de alta sociedad en Sídney, ¿así fue que conociste a ese mequetrefe? —preguntó dándose toquecitos con el pulgar sobre la barbilla. No le agradaba la perspectiva de Aubrey, más joven e ingenua, en un sitio con hombres que quizá vieron una presa fácil: vulnerable y probablemente sin medir las consecuencias.

—Sí. En un inicio se mostró encantador conmigo. Yo no tenía experiencia con los hombres, tampoco es que la tenga ahora —se rio más para sí misma, pero no reparó en el brillo posesivo en los ojos de Gabriel—, pero los halagos de Bastian y la manera en que me trató me gustaron. Empezamos a tener una relación y todo iba bien —sonrió con pesar—, y yo creía en todas sus excusas para no entrar a mi casa.

—¿Era sobre él del que habló Craig en el hospital? —preguntó él, ceñudo.

—Sí… —se encogió de hombros—, pero nunca se los presenté formalmente ni a mi madre ni a mi hermano. Supongo que él veía cuando iba a por mí en el coche. Cuando mamá me pedía que lo invitara a cenar, lo hacía, pero Bastian tenía siempre una excusa diferente, además del asunto laboral. Íbamos a bares o restaurantes lujosos, pero siempre alejados del centro principal de entretenimiento de Sídney. Nunca lo cuestioné, porque me parecía bien su argumento de buscar disfrutar en calma.

El CEO hizo una mueca, porque empezaba a unir los hilos de esa madeja.

—¿Qué pasó después? —preguntó Gabriel.

—Cuando yo te haga preguntas de tu vida personal, ¿también vas a responderlas? —le preguntó ella con desafío en la voz—. Porque sería lo justo…

Él ladeó la cabeza. La mujer rebasaba cualquier otra clase de belleza femenina que Gabriel hubiera tenido como amante. Además, su inteligencia la hacía especial. Los *hackers* siempre le parecieron un poco salidos de la realidad, pero Aubrey era muy real. Así como

también sus curvas magníficas en ese favorecedor vestido que llevaba.

—Responderé en la misma medida en la que tú lo hagas conmigo —expresó. Entre líneas le estaba diciendo que si ella ocultaba algo, él tendría el mismo derecho de reservarse la posibilidad de no sacar a relucir ciertos detalles de su historia. Gabriel no era un libro abierto, así como no lo era Aubrey; pero podían llegar a un entendimiento—. No tengo el hábito de revelar aspectos de mi vida a personas ajenas a mi círculo más privado, así como tampoco lo hago con las mujeres que follo.

Ella lo empujó con ambas manos, furiosa de que la pusiera en la misma categoría de otras con las que habría tenido esta clase de relación. Elevó el mentón.

—Si vas a insultarme al tratar de compararme con otras, entonces zanjemos esta estúpida conversación y así le pido a tu chofer que me lleve a casa…

—Huir parece ser una de tus habilidades especiales —replicó Gabriel con sorna, y la tomó de la cintura para atraerla contra su cuerpo—. No estoy insultándote, ni comparándote, Aubrey. Iba a establecer un hecho, antes de que intentaras apartarte para salir por esa jodida puerta. —Ella enarcó una ceja—. Aunque firmaste un acuerdo de confidencialidad, tú eres la única mujer que ha entrado en mi oficina y salido con el sexo mojado después de un orgasmo; la única que ha conocido, accidentalmente o no, a mis padres, sin tener una relación formal o una relación del todo conmigo; así que si en algún momento puedo compartir algo personal contigo, no es porque seas una más, sino porque eres una excepción inesperada. ¿Me expliqué?

Ella tragó saliva y dejó de tratar de apartarlo.

—Te explicaste, sí…

Él hizo un asentimiento, pero no la soltó esta vez.

—Sígueme contando sobre Bastian, Aubrey —pidió acariciándole la espalda. El vestido tenía un escote bastante bajo, aunque discreto

—. ¿Qué te hizo?

Ella tomó una bocanada de aire. El aroma de la colonia masculina la envolvía como si fuese una caricia y los brazos de Gabriel sujetándola de la cintura le dieron un soporte que no sabía que necesitaba en este momento. Apoyó ambas manos sobre las solapas de la camisa blanca. No en un afán sexual, sino más bien como si tratara de absorber la fuerza masculina; subió y bajó las manos con serenidad sobre los pectorales. Lo escuchó soltar un gruñido quedo, mas Gabriel no se movió. Lo miró.

—Hace tiempo que he tratado de dejar ese recuerdo muy en el fondo de mi mente —comentó Aubrey y detuvo el movimiento de sus manos, pero no las apartó.

—Si ese hijo de puta abusó de ti, entonces… —Aubrey puso los dedos en los labios de Gabriel e hizo una negación—. No quise interrumpir, por favor, continúa.

Ella hizo un asentimiento.

—Me levanté una madrugada sangrando y con un dolor muy fuerte, inusual. —Los dedos masculinos se tensaron en la cintura suave de Aubrey, pero Gabriel mantuvo la boca cerrada—. No era ignorante de mi cuerpo, comprobé las fechas de mi ciclo y tenía un retraso. Fue un aborto espontáneo —susurró en un tono muy bajo —, y no quería agobiar a mamá con algo así, menos a Craig. Confiaba en que todo estaría bien siempre que Bastian estuviera conmigo; creía estar enamorada de él y que lo nuestro era sólido. Así que salí de casa con prisas, nerviosa y dolorida. Fui al sitio en el que Bastian vivía. Quería ir con él al hospital, no quería hacerlo sola… —dijo tomando una bocanada de aire—. Pero el portero me comentó que no estaba en ese sitio. Uno de los amigos de Bastian me explicó en dónde podía encontrarlo…

—Joder, Bree —dijo consternado besándole la frente—. Lo siento.

Ella hizo un asentimiento. No lloró, porque para ese episodio ya no quedaban más lágrimas, mas no eran por Bastian, sino por

aquella pequeña vida que no logró anclarse en su cuerpo y prefirió partir antes siquiera de cobrar forma. Tomó aire.

—Cuando lo encontré estaba con otra mujer, una muy embarazada por cierto, y era su prometida —expresó mirando a Gabriel—. Fui su sucio secreto por meses, mientras yo creía que estaba viviendo una relación real. Mas todo fue una mentira.

—Hijo de puta —farfulló él—. Por eso me dijiste hoy que no querías ser precisamente lo que Bastian te consideró, ¿es así? —preguntó con suavidad. Ahora comprendía la razón de la desconfianza de Aubrey, con justa razón, hacia el sexo opuesto, pero también el motivo detrás de explicar que no buscaba complicaciones.

—Sí… —dijo.

—Debí romperle la nariz y dejarlo en estado comatoso —farfulló Gabriel.

Aubrey se echó a reír.

—Fue hace mucho tiempo —dijo—. Me sentía incómoda hoy con su presencia, porque Bastian me recuerda a todo lo que desprecio en un hombre. Las mentiras, la doble moral, la falta de frontalidad y que me considere como un juguete.

—No quedará impune, puedes tener esa seguridad —replicó Gabriel, porque iba a encargarse de arrastrar por el fango financiero a los Durand-Varsit—. Tampoco va a volver a contactarse contigo o intentar acercarse a ti, nunca más en su puta vida.

Ella lo miró inquietud.

—No pierdas el tiempo —dijo Aubrey—. No merece la pena. Pero ya que querías saber la razón del por qué me incomodó su presencia, pues ahora la conoces.

Gabriel sonrió de medio lado, perversamente. Aunque el CEO solía manejar sus asuntos en la línea de la ley, la posibilidad de tirar de hilos menos convencionales —para que Bastian desapareciera del

mapa corporativo y darle una lección por haber lastimado a una mujer que no lo merecía— le resultaba altamente estimulante.

—Yo resolveré lo que puedo o no hacer —dijo él en tono arrogante—. ¿Encontraste la ayuda médica que necesitabas? —preguntó de repente con suavidad.

Ella bajó la mirada.

—Sí, me dijeron que no era nada inusual mi caso y que podía quedar embarazada de nuevo si en algún momento tenía la intención de ser mamá —murmuró—. Lo que me ayudó a superar esa parte de mi vida fue trabajar y trabajar.

Gabriel no iba a ahondar más en ese aspecto, así que solo asintió.

—¿Dejaste de estudiar para responsabilizarte de tu hermano y tu madre, tal como dijo Craig cuando mencionó que tuviste hasta tres trabajos al mismo tiempo?

Ella parpadeó ante el hecho de que él recordara ese comentario.

—Sí —reconoció—, porque mi familia es lo más importante. No podía darles la espalda o abandonarlos para buscarme una vida sola, ¿sabes? —preguntó retóricamente—. Así que sentía el peso del mundo en mis hombros. Quería disfrutar de mi libertad, vivir alocadamente sin preocuparme de nada, beber, bailar y flirtear. Esa fue la verdadera razón que me llevó a ir a ese bar aquella noche, nada más —dijo—. Tal como te comenté, desde los dieciocho años decidí ser el soporte en casa.

—Demasiado joven para llevar una carga tan grande, ¿dónde estaba tu padre o tu madre…? —preguntó contemplándola—. ¿Por qué tuviste que hacerte cargo?

Él la miró con sorpresa y también admiración. Que ella dijese que prefirió el sacrificio de dejar de estudiar para no abandonar a sus seres queridos a su suerte fue una revelación brutal. Ella jamás podría saber que el abandono era un concepto que representaba la debilidad y a la par la fortaleza de Gabriel; que él jamás rompía sus promesas precisamente para no defraudar ni abandonar a quienes depositaban su confianza en él. A los diciocho años, Gabriel estaba

follando la mayor cantidad de coños posibles, participando en tríos sexuales y yendo de fiesta con sus amigos. Él notaba que la madurez emocional de Aubrey era la de alguien de treinta y cinco años, en lugar de la edad que tenía, veintitrés. Por ese motivo, quizá, Gabriel podía afirmar que la diferencia de edad que se llevaban mutuamente, doce años, era solo un número.

Ella tragó saliva y se acomodó el cabello detrás de la oreja. Se sentía vulnerable.

—Después de separarse todo cambió —dijo en tono suave—. Mi padre nos abandonó a nuestra suerte, Craig era muy pequeño para trabajar, así que decidí que mi año sabático, después de graduarme, iba a ser para ayudar en la casa. Pero un año dio paso a otro… —se encogió de hombros—. Con el dinero del divorcio, los mercados al alza, a mamá le alcanzó para comprar la casa más barata. La zona que ofrecía ciertas ventajas de espacio, aunque no era la mejor, fue Redfern. Mi mamá se enfermó y tuvo que dejar de trabajar un tiempo. Estuvo delicada y yo era la mayor.

Gabriel nunca había pasado necesidades ni hecho sacrificios económicos, pero eso no significaba que careciera de empatía. Después de haberla llamado ladrona, acusado de irresponsable y de huir de sus responsabilidades laborales por el simple deseo de experimentar con la vida, ahora se sentía como un completo imbécil. Por supuesto, no podía haber sabido qué historia había detrás de Aubrey; no tenía una bola de cristal. Como cualquier otra persona, él había emitido un juicio de valor basándose en los comportamientos que notó en ella desde la primera vez que vieron.

—¿Estabas muy justa de dinero el día que nos conocimos? —preguntó él, haciendo un gesto para señalar la esquina en la que estaba su colección de galeones.

A medida que pasaban los segundos, ella se sentía protegida de alguna manera. No pensaba que Gabriel era su caballero de armadura dorada, porque ella podía ser su propia espadachín; pero reconocía que la posibilidad de compartir sus cargas con alguien más

resultaba un gran alivio. La sensación de respirar ligera era satisfactoria.

Aubrey soltó una risa agridulce por la implicación de Gabriel.

—¿Vas a volver a llamarme ladrona? —preguntó con los ojos llovidos—. Si bien tomé la moneda con la intención de llevármela, pues estaba al borde de la desesperación, al final devolví el galeón. No me quedé con él y cuando quise hacer las cosas correctamente todo se torció. Fue un mal entendido y confusión de mi parte. Tu cámara captó el momento en el que abrí la urna, mas tú te apresuraste a venir y no quisiste escuchar mi versión. Me humillaste en un día que la pasé peor que nunca y…

Gabriel la tomó en volandas, se sentó en el sofá y la dejó a horcajadas sobre él. Ella lo miró sorprendida y apoyó las manos sobre los hombros para sostenerse.

—No, no voy a llamarte de ese modo, Bree —dijo con suavidad—. Háblame de lo que pasó ese día y las razones por la que te sentiste sobrepasada —pidió.

—Siento que he hablado más de mí de lo que es necesario…

—Mala suerte —replicó Gabriel—, háblame.

Ella tomó una respiración y meneó la cabeza por la tozuda arrogancia de él.

—Esa noche me robaron todo lo que tenía para pagar una receta médica y otros temas —dijo evitando hablar del cáncer de Bonnie, después le mencionó con rapidez el asunto de su confusión con la moneda australiana y el galeón, que fue la razón de que él hubiera pensado que le robó—. Así que la experiencia me dejó en *shock*, porque me amenazaron con un cuchillo. Necesitaba el dinero con urgencia…

—Ahora no vas a sentir miedo de que te falta un ingreso, Bree —dijo Gabriel con sinceridad. Al fin lograba darle un matiz más completo a las piezas de su rompecabezas, ya estaba casi armado. Pero sabía que quedaban algunas partes que, intuía, poco a poco irían cayendo sobre el tablero—. Tu trabajo está seguro conmigo.

Ella enarcó una ceja, suspicaz.

—A menos que, cuando obtengas lo que deseas, yo me convierta en una molesta presencia y decidas despedirme —dijo con una mueca—. No tengo garantías.

—Las tendrás —zanjó Gabriel con un brillo de enfado—. No dudes de mi palabra, Aubrey, porque te va a ir muy mal. Puedes tener la seguridad de que voy a castigarte esta noche; lejos de padecer, disfrutarás de ese castigo. Mañana le diré a mi abogado personal que redacte un documento en el que se estipule que tu trabajo en Aussie Equinox continuará, hasta que decidas lo contrario. Dejaré abierta la opción a que puedas elegir cambiarte de posición, con el mismo salario, si lo necesitas. Y, tan solo para dejarlo en firme, estamos en este vínculo sexual porque ambos lo queremos; así que tanto tú como yo podemos acabarlo cuando nos parezca necesario —aclaró.

Ella tragó saliva y asintió ante la última parte del comentario de Gabriel. Por otro lado, no le agradaba la idea de que un tercero se enterara de sus asuntos privados, pero él estaba dándole una garantía que sí necesitaba. Una certeza y no solo hipótesis.

—¿Harías eso de verdad? —preguntó en un susurro esperanzado.

—Sí eso te hace comprender que no tengo intención de mezclar tus responsabilidades en la oficina con los orgasmos que voy a provocarte, por supuesto.

Ella soltó una carcajada e hizo un asentimiento.

—Gracias, supongo… —replicó.

—Puedes dármelas dentro de un rato —dijo Gabriel y sus ojos azules se volvieron oscuros, profundos y llenos de promesas de sensualidad. Súbitamente, la tensión en el aire aumentó entre ambos. La respiración de Aubrey se aceleró. La sangre de los dos empezó a correr en las venas con una temperatura superior a la normal; la conciencia del otro se triplicó y las imágenes de cómo se percibían mutuamente ya no era en un estado civilizado, sino al contrario: salvaje y desnudo.

CAPÍTULO 14

A pesar de la barrera de su vestido elegante y la tela del pantalón de Gabriel, ella sentía con nitidez la presión de la virilidad contra su abdomen. Lo anterior era un recordatorio de la tensión apenas contenida entre ambos. Sus rostros, al estar Aubrey a horcajadas, quedaban casi a la misma altura. Estaban atrapados en un espacio donde no habría interrupciones y en el que solo existía cabida para desatar la tentación. Las palabras compartidas sobre el pasado habían sido relegadas a un rincón, porque empañar de oscuridad lo que fluía en la plena claridad de la lujuria sería imperdonable.

Las sombras que Gabriel había visto en la mirada de Aubrey, teñidas por los acontecimientos de la cena, ya no estaban. A cambio quedaba el destello del deseo, entremezclado con la curiosidad, reflejándose en los ojos de color café como una invitación silenciosa, temeraria y también urgente. Él no iba a dejarla marchar, no podía. Su capacidad de autocontrol estaba en mínimos históricos, tal como había descubierto que solo le sucedía con esta mujer. Gabriel le acarició la mejilla y con el pulgar la instó a que separara los labios. Mirándolo a los ojos, Aubrey chupó su dedo, rodeándolo con la lengua, recordándole lo que había hecho con su pene, horas atrás.

Gabriel soltó un gruñido y apartó el dedo, a cambio, utilizó ambas manos para deslizar, sin romper el contacto de sus miradas, ambos tirantes del vestido hacia abajo. Tiró de las piezas, hasta que toda la parte superior de la prenda quedó anclada en la cintura femenina y dos magníficos pechos se mostraron contenidos en un sujetador de seda melocotón. Un sujetador que poco hacía para ocultar las delicias tentadoras.

—Piel de seda —murmuró Gabriel con reverencia acariciando con el dorso de la manos los contornos de los pechos—. Ofréceme tus tetas, Bree, déjame verte.

El torso de ella subía y bajaba. Él la observaba como si fuese un postre que no podía esperar más tiempo a devorar, y Aubrey deseaba que la consumiera toda. Los ojos azules eran ardientes y depredadores, porque ya sabían cómo lucía ella desnuda.

—Tu forma de hablar… —dijo llevando las manos, algo temblorosas, hacia la parte de atrás de su espalda para liberar los broches del sujetador. Él enarcó una ceja, le estaba dejando que fuese ella quien tuviera la última decisión—. Me excita, Gabriel.

Aubrey soltó la prenda y la lanzó descuidadamente en la alfombra.

—Una belleza absoluta —gruñó Gabriel. Los pezones redondos estaban erectos, la piel de las areolas fruncida, y la generosidad de ambos pechos lo enloqueció.

—Lame mis pechos, Gabriel —pidió con un sonrojo. No solía ser tan osada.

Él sonrió de medio lado y cubrió una de las puntas magníficas con la boca, a la par que utilizaba la otra mano para amasar el pecho que su lengua no estaba devorando. Succionó con fuerza, sin contemplaciones, y su pene se agitó cuando escuchó a Aubrey soltando un sollozo a la par que se empezaba a mover, cadenciosa y tenuemente, las caderas. Los dedos femeninos se enredaron entre los cabellos abundantes y suaves de Gabriel, lo hicieron con fuerza e instando a su dueño a que no se apartara de las magníficas tetas. La lengua caliente giró en círculos, los dientes mordisquearon y los labios succionaron los picos duros y los contornos e intentó llevar lo que más pudo de los pechos plenos a su boca; dejó huellas, mientras sus dedos amasaban la otra cumbre exquisita. Después, Gabriel intercambió sus caricias para posar su boca hambrienta en el otro pecho y torturar con sus dedos, pellizcando y halando, el pezón que acababa de dejar húmedo. Aubrey gemía con la cabeza echada hacia atrás, jamás nadie se había dedicado tanto a los preliminares. No es que hubiera tenido muchos amantes, pero lo que Gabriel estaba haciéndola sentir era maravilloso.

Estaba muy mojada y necesitaba que él la tomara o iba a volverse loca. Gabriel parecía estar dándose un festín con esos pechos; lo

tenían fascinado por su tamaño, peso y sabor delicioso, tan único. Continuó acariciándola, al tiempo que ella gemía y movía con más ansias sus caderas dándole a entender en un elocuente silencio lo que buscaba. Gabriel apartó la cabeza, no sin antes darle un mordisco a uno de los pechos y que hizo que ella gimiera, la miró con los ojos nublados de lascivia y fuego azul.

—Voy a correrme entre estas bellezas más tarde —farfulló él.

Ella lo miraba agitada, con la expresión llena de un toque salvaje y primitivo.

—Eso es algo que me gustaría sentir… —dijo con la voz entrecortada.

La boca ardiente de Gabriel se bebió los jadeos y robó el aliento a Aubrey en un beso brutal. Ella le sujetó el rostro, anclándose a él, porque todo estaba pasando con un ritmo que mezclaba lo rápido con lo pausado; la cadencia variaba, pero la intensidad no disminuía. En ese instante, en esas horas que sabían que tendrían juntos, él la hacía sentir deseada, sensual y segura. Las manos de Gabriel no se estuvieron quietas, le acariciaron la espalda, los hombros, el cuello, la cintura y jugueteaban con los pezones, mientras sus besos sellaban en una explosiva llamarada cada encuentro de sus lenguas. Él profundizó el beso, abrazándola y pegándola a su cuerpo, mientras Aubrey le rodeaba los hombros. La manera en que la lengua de Gabriel la paladeaba, sin un atisbo de dudas, la hizo sentir como si ella fuese algo que él siempre hubiera deseado; como si este beso, tan distinto a los otros compartidos, significara algo más. Como si él quisiera que esto fuese más de lo que ambos acordaron. Quizá era esa la percepción de Aubrey, porque una pequeña parte en ella parecía desear lo mismo.

Gabriel no quería restricciones ni contenerse, por eso su boca demandó acceso completo y rendición absoluta de esa boca; por eso su manos le apretaban los pechos con un ímpetu casi ambicioso; por eso le marcó las tetas con su barba que no había afeitado desde hacía cuatro días; por eso disfrutaba ver el rastro de la posesión que estaba llevando a cabo. No iba a aceptar menos de ella, lo quería

todo; y se sintió complacido, porque la lengua de Aubrey se contoneaba con la suya con la misma rabiosa necesidad; no existía forma de que ella ralentizara el beso, ni él tampoco.

Ella estaba demasiado absorta en ese beso para que le importara que Gabriel se hubiera levantado con ella en brazos, pues por instinto le rodeó la cintura sin romper el beso. Lucía desvergonzada con el vestido hasta la cintura, los pechos desnudos y las sandalias cayendo sobre la alfombra a medida que avanzaban por el pasillo. Gabriel empujó la puerta de su habitación y la cerró con el pie, para luego dejar a Aubrey sobre el colchón de la cama tamaño *king*. Las tetas firmes se agitaron cuando ella se acomodó mejor y absorbió la manera en que Gabriel iba quitándose todas las prendas.

La piel del torso masculino quedó a la vista cuando él se desprendió de la camisa, el movimiento de sus manos acompañaba al de sus músculos. Los abdominales estaban bien definidos, Gabriel era un hombre de musculatura fuerte y cincelada a base de ejercicios. Su tono de piel estaba besada por el dorado del sol, gracias a la playa y a los días en que él se deslizaba sobre las olas del mar. Su desnudez era un espectáculo viril que Aubrey observaba con gran apreciación femenina. Cuando quedó expuesto, por completo, el pene vibró contra el abdomen, agitándose, y el inequívoco brillo de la punta roma relució con arrogancia. Aubrey tragó saliva. El miembro de Gabriel era magnífico y más grande del tamaño promedio; ella sabía que le resultaría exquisitamente delicioso cuando él se adentrara y se abriese paso en su interior. La idea hizo que sus músculos internos se contrajeran; se humedeció más.

—Gabriel, eres hermoso… —expresó sin poder evitarlo. Porque lo era.

Él soltó una carcajada ronca y se acercó a la cama. Prácticamente le arrancó el vestido del cuerpo. Ella jadeó con anhelo cuando sintió cómo sus bragas seguían el mismo camino. Se quedaron mirando y la conexión tan fuerte provocó que la piel de ambos se erizara. Los dos estaban conscientes de lo que eran el uno para el otro, sin

embargo, algo había cambiado o empezaba a cambiar drástica y peligrosamente ahora.

—Aprecio el cumplido —dijo separándole los muslos, antes de cubrirla con su cuerpo; se apoyó en los antebrazos, uno a cada lado del costado femenino, mirándola—. Pero creo que si existe una criatura más hermosa, seductora y sensual, pues tengo el privilegio de estarla mirando en estos instantes —expresó haciéndole un guiño. Ella se sonrojó, lo cual era absurdo después de lo compartido, en especial luego de la excitante tarde en la inolvidable camilla de masajes. Él se rio por lo bajo.

—Te deseo, Gabriel —murmuró.

—Vamos a comprobar qué tanto, muy pronto —replicó con picardía e inclinándose para besarla, larga y profundamente. Las manos de ambos acariciaban con codicia la carne del otro. Los mordiscos de sus bocas y el recorrido de sus dedos se volvieron ansiosos. Gabriel le chupó los pechos y ella separó más los muslos cuando sintió la punta roma justo en la entrada del vértice que la llevaría al éxtasis.

—Oh… —gimió Aubrey cuando él le acarició el clítoris.

—Mmm, sí —le mordisqueó la boca—, estás empapada y lista para mí.

—Tómame entonces…

Él sonrió de medio lado, pero en lugar de ubicar su miembro entre los pliegues de Aubrey y rasgar los obstáculos que le impedían anclarse en ella, la miró con una sonrisa perversa. Deslizó su cuerpo hacia abajo, poco a poco, besando cada recodo expuesto; cada magnífico trozo que seguramente un Dios Griego habría trazado con euforia en el intento de enloquecer a simples mortales. Él mordisqueó los contornos de la cintura, mientras ella lo observaba, apoyada sobre los codos. Gabriel deslizó las manos bajo las nalgas, las separó con destreza, y elevó las caderas hacia él. Ella contuvó la respiración y esta se convirtió pronto en un sollozo de delirio cuando

la boca de Gabriel cubrió sus labios íntimos. Aubrey echó la cabeza hacia atrás jadeante.

—Deliciosa… —dijo él, lamiéndola de arriba abajo, y la miró desde su posición—. Alguna vez has tenido sexo anal, Aubrey, ¿mmm? —preguntó, mientras el dedo índice de la mano derecha le acariciciaba superficialmente el orificio oculto.

—N… no… Nunca —murmuró temblorosa.

—¿Te gustaría intentarlo alguna vez? —preguntó lamiéndole el sexo de nuevo.

—No lo sé…—gimió cuando Gabriel le succionó con fuerza el clítoris.

—Te preguntaré en otra ocasión y espero una respuesta concreta —replicó con una media sonrisa. No hubo más palabras, porque todo lo expresó con su lengua.

Con las manos, Gabriel amasaba la carne de las nalgas, jugando a separarlas y apretarlas, al tiempo que su lengua recorría la suavidad íntima, mojada, deliciosa, que se abría para él. Le mordió muy sutilmente los contornos de los labios, succionó cada uno, y hundió la lengua en la hendidura de piel tierna. Ella movía las caderas y gemía con abandono; se acariciaba los pezones, tirando de ellos, a medida que el ritmo de la boca masculina iba aumentando la intensidad; a medida que la succionaba más duro.

—Gabriel…. Oh, Dios… —farfulló. Sentirse tan deseada por un hombre como este, le daba un subidón de adrenalina y también de autoestima impresionante—. La forma en que me besas, me tocas…. Me haces sentir tan bien…

—Tu coño es lo más sexy que he visto en muchísimo tiempo —dijo —. El sabor es jodidamente irresistible, mujer… —lamió los contornos y la chupó de nuevo.

Él le soltó las nalgas y a cambio le separó más los muslos. Apoyó las rodillas en el colchón, acomodándose para quedar entre las piernas de Aubrey, agarró su miembro con la mano y lo guio justo en el vértice palpitante. La miró a los ojos. Con la piel de las tetas, el

vientre, las caderas y las ingles marcadas por la barba y labios de Gabriel, él no podía recordar otra imagen más erótica que la que tenía en esos momentos para disfrutar; ni tampoco haberse sentido tan posesivo con una mujer.

Aubrey estaba envuelta en una bruma de deseo, pero aún de inconsciencia.

—Gabe —lo llamó por ese apodo, en un tono susurrado.

Él ahora sostenía el peso de su cuerpo sobre los codos, a cada lado del cuerpo de Aubrey, y sus caderas estaban a punto de moverse para que su miembro entrara en el pasadizo más tentador. La voz de ella lo hizo apretar la mandíbula por el esfuerzo de contenerse. Se detuvo. Sus cuerpos tenían una levísima capa de sudor, pero el perfume más exquisito no era el que venía en frascos costosos ni de diseños irrepetibles, sino el que se creaba con la unión sensual de dos cuerpos lujuriosos.

—¿Sí…? —preguntó en un jadeo.

—Preservativo…

—Joder, qué idiotez de mi parte, lo siento… —dijo al recordar lo que ella le comentó del aborto espontáneo. Entendía que no quisiera repetir la historia, pero, a la vez, una parte irracional de Gabriel quiso que su semilla germinase en esta mujer.

Dejando de lado esos pensamientos absurdos, él se apartó y abrió el cajón en el que, hacía un tiempo, había dejado un par de preservativos. Tomó uno y lo usó.

—Vienen… ¿Vienen muchas mujeres aquí…? —preguntó ella de repente.

Gabriel observó la vulnerabilidad en Aubrey, y ahora que comprendía de dónde surgía quiso regresar el tiempo a la cena de esa noche solo con la finalidad de moler a golpes, con más rudeza, a Bastian. Pero no iba a permitir que recordarlo fuese parte de este momento apasionado con una mujer que elevaba su deseo como nadie.

—No —replicó retomando la posición que tenía antes—. Ha pasado un tiempo desde que follé y soy muy responsable. Estoy limpio, Aubrey. No estaría contigo y otras a la par, lo acordamos hace horas. Es una promesa de mi parte —dijo.

Ella sintió cuando él se introdujo solo un poco en ella. Levemente.

—Yo… Han pasado años… —extendió los brazos y rodeó el cuello masculino para atraerlo hacia ella—. Enséñame más del placer; hazme sentir más, mucho más.

—Joder, Aubrey, las cosas que dices —rugió prácticamente en un tono casi animal y posesivo. Se introdujo en ella con una sola embestida, hasta lo más profundo.

—Oh… —jadeó, elevando las caderas, mirándolo a los ojos.

La sensación de ser apretado en esa estrechez impulsó a Gabriel a salir y entrar en ella nuevamente, con la misma potencia contumaz en cada penetración; al hacerlo, el sonido de sus cuerpos chocando reverberó en la suite aislada del exterior. La única realidad que existía ahora era la del deseo que se consumaba y el placer que se elevaba.

—Tan exquisita —dijo uniendo su boca a la de ella, besándose con ardor.

Sus cuerpos empezaron a moverse a la par. Las uñas de Aubrey se clavaron en la espalda de Gabriel, arañándosela; después le recorrieron los brazos, para finalmente volverle a rodear el cuello y seguirlo besando. Con la fricción y el movimiento de sus cuerpos al unirse, los pezones erectos de Aubrey se frotaban contra la firme piel de los pectorales de Gabriel. Estaban tan sensibles que la hacían gemir, como si todas sus sensaciones se intensificaran más de lo normal. Ella elevó más las caderas, y Gabriel usó ese momento para agarrarla de una nalga y profundizar, si acaso era posible, sus acometidas. Ella salía al encuentro de cada embestida; quería más, desesperada y locamente; lo quería todo de él en ese momento; necesitaba correrse.

Sus bocas chocaron entre dientes, lenguas, gemidos y ansias. Estaban ardiendo en seco, consumidos por el agua del placer que volvía resbaladizos sus cuerpos; se mordían, se besaban; él lamía el cuello de Aubrey y le mordisqueaba la oreja, mientras la mujer le mordía el hombro para luego complacerse con la marca que dejaba sus dientes. Eran dos fuerzas de la naturaleza que convergían en un punto de no retorno. Porque esto era más que sexo, posesión; dominio; delimitación de un territorio, y ese territorio era el cuerpo del otro. Al cabo de unos minutos, Gabriel notó cómo Aubrey empezaba a temblar y gemía en su oído, pues él había enterrado el rostro en el hombro femenino, aspirando su aroma maravilloso. Ambos estaban perdidos en el delirio.

—Gabe… Gabriel… ¡Oh, Gabriel…! —gritó cuando los espasmos de su cuerpo empezaron a hacer presa de ella. Él se movió más agitada y rápidamente.

—Sí… Aubrey, joder —gruñó, porque era imposible alargar más la tortura; no lo hizo. Su cuerpo se tensó y un placer indescriptible, que no podría jamás comparar con ningún otro vivido, se irradió hasta su pene, sacudiéndolo. Gabriel apretó el trasero y con un gruñido bajo, animal e instintivo, su simiente se desbordó. Las pulsaciones firmes de las paredes íntimas alrededor de su miembro continuaron, extrayendo la última gota de su simiente, volviéndolo loco y compartiendo el clímax.

Al cabo de largos segundos, Gabriel se apartó del cuello de Aubrey. La miró.

—¿Todo bien? —le preguntó mordiéndole con suavidad el labio inferior.

Ella soltó una risa suave y puso una mano sobre la mejilla de él.

—Más que bien, Gabe. Perfecto.

—Me gusta que me llames de ese modo si estamos solo los dos —expresó.

—Procuraré recordarlo —dijo sonriendo con saciedad y sintiéndose sensual.

Gabriel le hizo un guiño y salió del interior. Fue al baño para deshacerse del preservativo y abrió el grifo de la ducha. Calculó la temperatura, un poco perdido en sus pensamientos. Imaginar a Aubrey como una persona más a añadir a su lista de mujeres follables no era posible, porque ella tenía su propia liga en la que no existía competencia. Ella se sentía joven a su lado, pero a la par contemporáneos; resultaba curioso. No así la química compartida, porque una sola vez con ella no le bastaría. No se refería tan solo a esta noche. Pretendía desatar su pasión y extraer la mayor cantidad de orgasmos posible de Aubrey; escuchar ese tono de abandono, cuando se elevaban las caderas curvilíneas, y ella gritaba su nombre como un mantra, como una plegaria.

Él regresó a la habitación y se encontró con Aubrey tratando de vestirse.

Gabriel no traía a ninguna mujer a su mansión, porque si follaba lo hacía en casa de ellas o en algún hotel de lujo. Además, sin importar lo anterior, él se sentía aliviado cuando podía marcharse y dejar atrás la posibilidad de una conversación o intercambio banal, después de haber follado. Esa clase de situaciones no le gustaban y por eso siempre abandonaba con prisas a sus amantes una vez acabada la faena. Pero ver a Aubrey tratando de hacer lo mismo, en este instante, no le gustó en absoluto. Gabriel nunca quiso tanto pedirle a una mujer que amaneciera a su lado como ahora.

Ella era ajena a los pensamientos o conjeturas de su sensual amante.

Aubrey sabía que tendría que lanzar las bragas rotas al bote de basura. Su sujetador estaba en otra parte, y el vestido era apenas salvable. Esta situación con Gabriel no era la normal para ella y desconocía los protocolos, especialmente porque su única relación larga había sido con Bastian; las circunstancias, diferentes. Aubrey pensó que cuando Gabriel se había apartado, luego abierto el grifo de la ducha, estaba implícito el código de que era momento de que ella se marchara, porque la noche ya había concluído. Pero al verlo enfurecido, cruzado de brazos, el hombro apoyado contra el marco y

por completo cómodo con su desnudez, consideró que quizá se equivocó. El miembro estaba semierecto y ella deseó sentir la dureza nuevamente.

—¿Qué crees que haces? —preguntó él desde el umbral de la puerta del baño.

—Yo, mmm, estoy recogiendo mis cosas para irme —replicó sujetando el vestido con una mano y apretándolo contra su cuerpo, cubriéndolo—. Son las doce.

—Cenicienta es un cuento estúpido de los *woke* de Disney, y yo no soy un príncipe, aunque tú —desnuda o no—, parezcas una puñetera princesa. —Ella abrió los labios, pero ninguna palabra salió de su garganta—. Tú y yo, no hemos terminado.

—Pero —se mordió el labio inferior mirando el colchón, las sábanas arrugadas y las almohadas dispersas—, no quería extender mi tiempo más del necesario…

Gabriel se apartó y avanzó hasta ella. Le quitó el vestido de las manos con precisa rapidez. Aubrey lo dejó hacer, mirándolo. A él no le importó que el agua continuara corriendo en la ducha. ¿Irresponsable para el medio ambiente? Quizá. Pero tenía otros asuntos más importantes en la forma de una mujer. Le sujetó la nuca.

—Cuando tu sexo esté más sensible de lo normal, al punto de que caminar escoza ligeramente porque vas a recordar a cada paso que te he follado bien, quizá, entonces, puedas considerar que la velada, esta o las próximas, ha terminado —dijo Gabriel. Ella contuvo la respiración—. Vas a aprender un par de detalles hoy, Aubrey.

—Gabe…

—Apoya las manos sobre el colchón, inclínate hacia adelante y déjame ver ese trasero y coño perfecto —exigió. Su miembro se endureció, hasta casi dolerle.

Ella miró el glande palpitar contra el abdomen de Gabriel. Tragó saliva.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó en un susurro, sus pezones estaban erectos y Gabriel se acercó, los tomó a ambos entre los dedos y los haló duro. Ella gimió.

—Hazlo —le dio un azote suave en las tetas. Ella contuvo el aliento—. Ahora.

Aubrey debería rebelarse, pero le parecía demasiado excitante todo esto. No solía obedecer órdenes, sin embargo, en esta ocasión estas eran totalmente diferentes a unas ejecutivas. Las promesas de los dictámenes de Gabriel ocultaban promesas de lujuria y posibilidades de alcanzar el clímax de un modo que no había vivido antes.

En un impulso, ella se puso de puntillas y le mordió el labio inferior. Él gruñó, primero porque estaba excitado y segundo porque tuvo que perder unos valiosos segundos al recordar el maldito preservativo. Fue hasta el cajón de la mesa de noche y se lo puso con experta rapidez. Después regresó con Aubrey. Lucía deliciosa y sexy.

Una vez que la mujer estuvo en la postura que él quería, Gabriel le apoyó una mano en la espalda baja instándola a que se extendiera aún más sobre la sábana, hasta que la mejilla de ella quedó apoyada. Luego Gabriel tomó una almohada y la dejó bajo el abdomen femenino. En esa postura, ella tenía que poner los dedos de los pies ligeramente de puntillas. Él se acercó sin preámbulos, le separó las nalgas y le lamió el sexo. Ella soltó un gemido. No era una sorpresa notar cuán mojada volvía a estar, la mujer era una delicia para seducir y muy sensible al equiparar el nivel sexual de él.

Gabriel le empezó a chupar el sexo, pero también a darle con firmeza varias nalgadas en cada glúteo. Por cada lamida, un azote; y cada vez, ella parecía más mojada, gemía con más brío y le pedía que le diera alivio. Él solo continuaba su tortura y castigo a la par. Cuando las nalgas de tersa piel blanca estuvieron marcadas de rosa, él las empezó a acariciar reverentemente, pero su lengua no se detuvo. Aunque Aubrey estuviera en una posición de sumisión para él, el esclavo del sabor y textura de ese coño era Gabriel. A ella la

recorrió un escalofrío por la mezcla de atenciones; unas eran suaves, otras duras, pero era la lengua implacable de su amante la que no paraba.

—Oh, por favor… Esto es demasiado, Gabe.

—No vas a volver a marcharte de mi cama, o donde sea que estemos follando, hasta que haya sido suficiente —expresó dejando de tocarla, lamerla y chuparla por completo. Creía que iba a volverse adicto al sabor del coño y la textura de Aubrey.

—Comp… comprendo… —murmuró.

Él no le dijo si estaba o no conforme con esa respuesta; la embistió con ímpetu, deslizándose en el sexo que lo acogió con ansias. La sujetó de las caderas, mientras ella gemía incoherencias, pidiéndole que aumentara el ritmo, que no se detuviera, que entrara más profundo y la llevara con urgencia al orgasmo. Gabriel la complació, hasta que Aubrey soltó un grito entremezclado con un sollozo; y él se corrió a chorros.

Ella permaneció con los ojos cerrados, jadeando. Esta era una dimensión totalmente diferente al sexo que tuvieron la primera vez. Se sentía increíble y dolorida. Al cabo de unos segundos, la almohada fue removida y Gabriel la giró sobre el colchón para que quedara de espaldas. La contempló y luego se inclinó para besarla. El contacto fue largo y lento; a la par, las manos de Gabriel se recrearon en su cuerpo. Unos minutos después, cuando las respiraciones de ambos parecieron calmarse, al menos momentáneamente, él abrió los ojos y esbozó una sonrisa. Ella la devolvió.

—Ven a darte una ducha conmigo —dijo, pero no era una petición —. Así cubriré de otra clase de caricias tu trasero sensibilizado por mis azotes. Que —le hizo un guiño—, no solo veo que te han gustado, sino excitado más de lo esperado. ¿No?

Ella soltó una carcajada por el tono de suficiencia de Gabriel.

—No voy a responder una pregunta con palabras cuando has tenido la evidencia. Sería redundar y, según tengo entendido, señor

St. James, eso le disgusta.

Fue el turno de Gabriel de reírse. Una risa gutural. Relajada y plácida.

Él la tomó de la mano para ayudarla a ponerse de pie. La guio hasta el cuarto de baño. Le preguntó si estaba muy dolorida y ella le respondió que ligeramente. Entraron juntos en la ducha. Pero si la mujer esperaba otra sesión de sexo salvaje, descontrolado y prácticamente animal, no fue lo que sucedió. Esta vez, bajo el agua caliente, él la penetró con suavidad, lentitud y cubrió su cuerpo de besos, mordiscos leves, lamidas sutiles y pellizcos eróticos, hasta que ella estuvo tan sensible que explotó. Él sintió las sacudidas de su propio orgasmo. Pero antes de derramar su simiente salió del interior del apretado coño, mientras el agua se llevaba los rastros de placer. No fue la única vez que la poseyó en la ducha. Disfrutó cada instante, así como también lo hizo cuando regresaron a la cama, pues dejar de tocarse no fue una opción.

Alrededor de las tres de la madrugada, cinco orgasmos después, o quizá más, Gabriel bajó con Aubrey —que había logrado hacer un remiendo bastante decente de su vestido de la noche anterior— hasta el garaje. Había dos choferes, Burnell y el que acababa de contratar recientemente, Jerry. El turno asignado era de diez horas rotativas, pero en esta ocasión el CEO decidió conducir uno de sus coches, el Bugatti.



Cuando llegaron a la casa de los Blackeney, él rodeó el coche para ayudar a Aubrey a bajar. Por suerte para Aubrey, ella había llevado en el bolso un poco de maquillaje, así que logró retorcarse muy bien antes de salir de la mansión de Gabriel. Aunque vivía en la misma casa que su madre y Craig, para subir a su habitación había un callejón lateral adicional que ella podía emplear de forma discreta y así pasar desapercibida. No siempre lo conseguía, porque a veces

Bonnie estaba despierta más tarde de lo usual o Craig se quedaba jugando videojuegos hasta tarde. Ella esperaba que esta noche no la pillaran, en especial porque su madre y su hermano sabían que fue a un evento de la oficina. No se avergonzaba de lo que estaba ocurriendo con Gabriel. Si su relación fuese con emociones de amor, Aubrey se sentiría orgullosa de mostrarlo a todo el mundo. Pero no era esa la naturaleza de su vínculo y ella sabía que ser discretos era importante, lo cual, tal como él le había aclarado, no era esconderla.

—¿Qué tan sensible estás? —preguntó Gabriel apoyado contra el capó. Sus piernas estaban separadas, así que fue fácil que Aubrey encajara entre sus muslos. Le sujetó la cintura—. Sé que me dijiste que disfrutaste todo lo que hicimos, pero también quiero saber si fue sincero, porque bajo ninguna circunstancia quiero que me complazcas si antes no te sientes complacida tú —expresó el hombre, analizándola.

No solía importarle lo que sus amantes sintieran, siempre que tuvieran la parte acordada de la transacción: orgamos y lujuria. Pero Aubrey trabajaba para él y con las piezas casi completas de la vida de ella, Gabriel sabía que sería un imbécil si la encasillaba entre el montón. Él no había olvidado la clase de acuerdo que tenían, por supuesto. De hecho, consideraba este erótico y magnífico interludio como uno en miles que solían ocurrirle a las personas. Por esa razón, creía que la misma llama que elevaba el gozo de la lascivia a alturas impensadas sería también la que acabaría por extinguirlo. Quizá era un asunto de un par de semanas o inclusive menos. No quería pensar de manera cínica, no; él consideraba que sus conclusiones eran pragmáticas. No podía dar rienda suelta a conjeturas que dieran pie a confundir una mujer espectacular en la cama e inteligente en la oficina con algo que él no buscaba: amor.

Ella miró hacia arriba, cerciorándose de que las luces estuvieran apagadas.

—Yo —sonrió—, disfruté todo lo que hicimos. Nunca voy a mentir sobre estos aspectos, porque si este es un acuerdo mutuo, entonces tiene que gustarnos a los dos. Quiero tu experiencia en mi cuerpo,

Gabriel, pero si algo me incomoda preferiré que lo hablemos y quizá, si usas un razonamiento coherente, podría ceder. Si no, no. —Gabriel esbozó una sonrisa sensual, le gustaba la respuesta de ella—. Sobre tu primera y arrogante necesidad de elevar tu ego —se rio—, sabes que estoy sensible. A tal punto que, si me tocaras ahora, probablemente me correría. —La mirada de Gabriel refulgió—. Pero necesito recuperarme, porque mañana tengo que ir a una oficina con un jefe insorporable y no sé cómo lograré sentarme a derechas.

Él soltó una risa gutural, baja, suave, profunda. Asintió.

—Procura aplicar aloe vera o un gel calmante en tu trasero. Cuando lo hagas, recuerda que cada huella de mi mano en tus nalgas, te mojó y te hizo retorcer de gozo.

Aubrey meneó la cabeza.

—Las cosas que dices…

—Que duermas bien, Bree. Te veo en la oficina —dijo haciéndole un guiño.



A partir del siguiente día, aunque ninguno de los dos lo pudiera saber, esas fotografías de la cena no solo iban a marcar una leve y efímera controversia, sino también un quiebre del que quizá ni Aubrey ni Gabriel podrían recuperarse. El destino acababa de echar sus cartas. A veces solo hacía falta que alguien se sintiera ofendido, humillado o incómodo para que las tornas girasen en una dirección inesperada. Cruel inclusive. Lo cierto es que ni siquiera toda la fortuna del mundo servía para predecir el futuro.

CAPÍTULO 15

—¡Me siento privilegiado de encontrar al caballero de la temporada! —expresó Knox con una resplandeciente y burlona sonrisa, luego de abrir la puerta de la oficina de Gabriel. La asistente de este último estaba fuera de la empresa en una diligencia—. Reconozco que tenemos unos relacionistas públicos muy eficientes. El cotilleo duró pocas horas y luego, ¡*kaboom*, todo desapareció de internet! Claro salvo por las fotografías más simpáticas y civilizadas de la reunión —agregó y se sentó en el sillón frente a su mejor amigo—. ¿A quién defendías? ¡Oh, espera! —Elevó el índice, fingiendo una realización —. Acabo de recordarlo. Se trató de una mujer de cabellos castaños, ojos del color de ese líquido adictivo llamado café, ¿estoy en lo correcto?

—El evento fue la semana pasada. No hagas el tonto —replicó Gabriel apartando la mirada del ordenador. Knox podía llegar a ser irritante, pero era su amigo y su socio, así que le habló sobre el trasfondo del incidente. No le dio detalles privados, claro. Solo comentó que Bastian actuó fuera de lugar y que un puñetazo fue la solución lógica—. ¿Existe alguna razón por la que estés aquí, además de interrumpir mi tarde?

Nadie relacionó la presencia de Aubrey en la cena con la acción violenta de Gabriel. No existían motivos para hacerlo, así que la razón se dejó a criterio de cada invitado, porque nadie iba a aclarar nada sobre las razones de Gabriel para romperle la nariz y volarle un diente a Bastian. El CEO de Aussie Equinox envió a sus abogados para silenciar al ex de Aubrey. Su advertencia fue tajante: si mencionaba el incidente, Gabriel sacaría a la luz pruebas sobre las irregularidades en los contratos comerciales de DurVar Corporation. Bastian entendió la seriedad de la amenaza, así que él y sus abogados acordaron mantener silencio. Pero a Gabriel eso no le pareció suficiente.

No quiso darle una salida muy fácil al empresario, menos después de escuchar la historia de Aubrey. Gabriel utilizó un recurso efectivo y discreto: una auditoría fiscal. Una semana después del incidente, Bastian era el centro de un escándalo por presunta evasión de impuestos. Nadie podría señalar a Gabriel como el responsable.

—De hecho, sí. Mi introducción era tan solo para romper el hielo —replicó el apuesto CFO. Gabriel frunció el ceño y Knox perdió la sonrisa—. Me llamó Claudia, pero como hemos estado enfocados en restructurar el asunto de la facturación y yo tuve que viajar dos días a Brisbane, y tú a Gold Coast, no pude sacar el tema a colación.

—¿Qué tiene de particular que hayan hablado? Siempre lo hacen —expresó.

—Me comentó que había visto algunas fotografías de esa cena, en la que está Aubrey con tus padres y los Burghess, su tono era melancólico —dijo Knox mirando a Gabriel con preocupación, consciente de la tendencia depresiva de su amiga y la reciente recaída en las drogas—. Quiso saber qué hacía ella a tu lado, con tu familia, cuando siempre has sido reacio a que Roseanne y Stephen conozcan a tus parejas.

—No es un asunto que le incumba —expresó Gabriel frunciendo el ceño.

—Lo sé, pero la sentí inquieta y también diría que enfadada —dijo Knox—. Así que le conté una parte de la verdad: que es tu asistente y que esa noche estaba trabajando. La otra parte, la que me confiaste, la mantengo en reserva porque no es mi lugar compartirla —expresó con franqueza—. Te quise mencionar sobre Claudia, porque pronto es el cumpleaños de Chase y si, como me comentaste, Aubrey no es un secreto fuera de la oficina, asumo que la llevarás ese día contigo. ¿O me equivoco?

Gabriel soltó una maldición. Nunca pensó en que Claudia podría ver las fotos. Básicamente, porque no pensaba en ella como un referente para actuar en su vida.

—No es algo que había considerado, Knox —replicó, pasándose los dedos entre los cabellos—. Mierda. No quisiera que Aubrey pasara un mal rato si Claudia actúa fuera de lugar o hace comentarios hirientes, porque tiene esa tendencia cuando siente que alguien quiere robar el afecto o la atención de las personas cercanas a ella.

Knox hizo un asentimiento, pues conocía ese lado de la hermana de Calder.

—¿Eso significa que no vas a invitar a Aubrey?

—No estamos en una relación de esa clase —replicó Gabriel—. Si bien somos discretos y si vamos a algún sitio no voy a negarla, lo que tenemos es algo solo físico.

Knox se reclinó, más cómodamente, contra el respaldo de la silla.

—Si tu amante fuese otra, ¿te habría importado la posibilidad de que se encontrara con Claudia o que Claudia hubiera visto una fotografía similar a la que se publicó de esa cena? —preguntó el hombre, observando inquisitivamente a su amigo.

—No sé cuál es tu punto con esa pregunta —dijo frunciendo el ceño.

—Cuando creía que seducir a Catherine, tan solo para que me diera la firma y hacerme con las escrituras de esa casa, no tendría repercusiones, el juego me explotó en la cara. La perdí para siempre —expresó en tono neutral—. Gabe, nunca te había importado lo que una amante sintiera o pensara, menos te atreviste a darle un escarmiento a alguien que hubiera tenido el desatino de ofenderla. Primero, porque siempre te refieres a ellas como "la mujer con la que estoy saliendo", no les das un nombre, porque así no le otorgas visibilidad o un sitio en tu vida. Aubrey, aunque trabaja para nosotros, también pudo ser invisible. Pero decidiste llevarla a una cena en la que, tú y yo lo sabemos, tu antigua asistente habría aceptado trabajar esas horas extras como un favor excepcional; además, su marido no habría protestado ante el hecho de que Corrine acaba de dar a luz hace pocos meses, porque él te tiene en

alta estima. Así que no solo le diste relevancia a Aubrey, en un evento con los CEOs más importantes de esta ciudad, sino que también la defendiste cuando bien pudiste dejar pasar el comentario de Bastian y fingir que no ocurrió —expresó Knox—. Intenta no ser demasiado tarado y acepta que sabes con exactitud mi punto con esa pregunta.

Gabriel apretó los puños sobre el escritorio.

—Son casos diferentes. Lo que ocurre con Aubrey tiene las reglas claras desde un inicio. —Knox enarcó una ceja—. La novedad pasará, como todo en esta vida, y cada uno seguirá su camino. El trabajo de ella está seguro y si quiere reubicarse en la empresa, cuando acabe lo nuestro, lo puede hacer sin repercusiones o perjuicios.

—Si es la narrativa que te hace sentir mejor, me parece bien —expresó, sarcástico—. Ya que dices que la novedad pasará, pues seguro que ella piensa exactamente como tú —sonrió poniéndose de pie—. Así que no hará falta que te mencione, ya que es algo pasajero y físico lo tuyo con Aubrey, cuando le presente a ella algunos amigos que estarán más que interesados en conocerla. ¿Todo bien no?

Gabriel apretó la mandíbula, fulminando a su amigo con la mirada.

—Knox, se vería pésimo que el CEO se diera de golpes con el CFO, como dos adolescentes idiotas, porque este último se mete donde no lo han llamado.

—¿Ves, Gabe? Sí que entendiste mi objetivo de la pregunta —sonrió—. Esto de actuar como un simio a tus treinta y cinco años por una mujer —meneó la cabeza— quizá y tienes razón: solo es una novedad. Entonces te muestras territorial al respecto, hasta que la euforia de lo nuevo pase. Ahora me queda todo muy claro.

—Largo —zanjó Gabriel y volvió su atención a la pantalla.

Knox abrió la puerta y salió silbando de la oficina de su mejor amigo.

Gabriel se sumergió en el trabajo e ignoró parcialmente los comentarios de Knox. Algo que admitía era que Aubrey sí era diferente y eso empezaba a dejarlo entre la espada y la pared. Además, lo complicado no era evitar sucumbir al deseo, pues esa batalla la había perdido de buena gana hacía tiempo. Lo difícil era otro asunto: apartar la más mínima emoción, ajena a la lujuria y al placer, que ella pudiera causar en él. No obstante, después de conocer más sobre el pasado de Aubrey y sus circunstancias, la tarea de ser indiferente a lo que ella pudiera sentir se volvía cada vez más cuesta arriba.

Lo anterior lo dejaba en una postura en la que no había estado con ninguna otra mujer. Él no solía pasar más que unos cuantos días con una misma amante, porque le gustaba la variedad y también explorar. Esa era su norma. Pero con Aubrey, su hipótesis de que el fuego que ella le provocaba se apagaría con el paso de los días, estaba fallando. El ardor y su deseo por esa mujer solo se incrementaban, así como las ganas de probar todo lo que juntos podrían disfrutar en la cama. Su cuerpo parecía un adicto y la única dosis que lograba saciarlo era Aubrey, y cada vez buscaba más frecuencia e intensidad en sus encuentros. Esa era la razón por la que pensaba romper ese vínculo personal con ella, ya que así también evitaba momentos incómodos entre ambos. Luego regresaría a su rutina habitual con las mujeres, disfrutando su soltería. Su vivencia con Aubrey sería el pasado y él no tendría problema en reconocer que había roto una vez su propia regla con las mujeres, pero que no volvería a repetirlo.

Además, Gabriel solo conocía lo que era toxicidad y culpa en una relación, al menos por la única que tenía como referencia de algo formal y comprometido. Por eso esta extraña opresión de incomodidad con Aubrey, que no sabía definir, le causaba un conflicto. Knox, con su bocaza, tan solo acababa de agravarla. A Gabriel siempre le dio igual saber sobre los pensamientos o emociones de sus amantes, más allá del sexo. El deseo de saber más sobre Aubrey, de conocerla más allá de lo que ya comenzaba a comprender, surgió en Gabriel de forma natural. Del mismo modo, el

impulso de consolarla cuando lo necesitaba, de ayudarla y asegurarse de que se sintiera a gusto, nació espontáneamente. Sin embargo, lo más desconcertante, según su experiencia, era que Aubrey jamás insinuaba, exigía ni manipulaba situaciones para obtener su atención o su afecto. Precisamente por eso, estar con ella lo hacía sentir como si estuviera atrapado en una zona gris, cuya única salida sería acabar ese *affaire*.

Pero no tenía tiempo de explorar más sobre esos aspectos o hacer definiciones. Lo más práctico era continuar asociando su necesidad, cada vez más intensa por Aubrey, a un proceso de novedad. De ese modo todo en su vida seguiría fluyendo.

Por otra parte, un factor que lo inquietaba era lo que le comentó Knox sobre Claudia. Esta era frágil y acababa de salir de rehabilitación. Gabriel no quería una nueva culpa. Si bien no era responsable de las acciones de ella, sí existía todavía un lazo de largos años de amistad. Este último era el que lo impulsaba a no abandonarla. Pero la incomodidad de sobrellevar la segunda promesa que le hizo, que cada día se sentía menos como un acto genuino en circunstancias de vida inusuales y más como una cadena en su tobillo, crecía a pasos acelerados. No veía en su futuro cercano tener un hijo con ella, aunque también estaba el detalle de que ese había sido el sueño de toda la vida de Claudia, así como el que tuvo de ser violinista. Gabriel creía que ya le había arrebatado uno, y no sabía cómo lidiar con la perspectiva de destrozarle otro. Esta era una batalla que no tenía sentido intentar librar por el momento, menos mal.

Otro tema era el cumpleaños de Chase. No se avergonzaba de llevar a Aubrey del brazo, ¿cómo hacerlo? La mujer era un espectáculo físico y su mente era muy interesante para él. Así que decidió que le mencionaría la reunión con sus amigos, cuando tuviera la fecha exacta, para que fuese ella quien determinara si podía o no ir. Lo que estaba claro para Gabriel era la importancia de mantener su palabra de que el trabajo de Aubrey no sería un punto de conflicto. Por eso el contrato con su abogado, para dejar constancia de la seguridad laboral para ella, ya había sido firmado.

Una llamada de teléfono interrumpió los pensamientos de Gabriel y lo obligó a retomar los puntos pendientes en su lista de responsabilidades para el resto de la jornada. No tenía quién lo ayudara, lo cual era irritante, pues su asistente personal pidió la tarde libre. Craig tenía que ir al médico para que revisaran cómo avanzaba su proceso físico, luego de la operación. Gabriel vería a Aubrey en la noche, en el hotel en el que había reservado la suite presidencial con vistas hacia la Casa de la Ópera. Obviamente, él mismo llamó para hacer la reserva; le habría parecido de pésimo gusto y una falta de delicadeza pedírselo a Aubrey. Uno de los detalles que le gustó a Gabriel del hotel era que este tenía vidrios polarizados en la suite, lo cual impedía que otras personas —con acceso a rascacielos de alturas similares— vieran hacia el interior.

Frotar el cuerpo de Aubrey contra el vidrio, lentamente y con las caricias adecuadas, mientras la follaba desde atrás, ante las luces de una de las estructuras icónicas de la ciudad, le parecía excitante. Tan solo la anticipación lo ponía duro. Gabriel se removió en el asiento. Le parecía una eternidad esperar hasta las ocho de la noche, así que decidió, para tolerar el paso de las horas, recordar el delicioso aroma que disfrutaría más tarde. Abrió el último cajón de su escritorio y extrajo un pequeño *souvenir*: las bragas de Aubrey que guardó esa mañana. Los dos habían llegado más temprano que el resto, porque él tuvo una videoconferencia con unos empresarios de Vancouver de un laboratorio. A las seis y media de la mañana en Sídney ya eran las cuatro y media de la tarde del día anterior en el oeste canadiense. Una vez que la reunión concluyó, los dos subieron al piso gerencial que permanecía, a las siete y quince de la mañana aún sin actividad. El silencio, la atracción, la soledad y el recuerdo tan vivo de sus cuerpos fundiéndose los impulsó a besarse. El preludio del orgasmo.

Gabriel había fantaseado con follar a Aubrey sobre su escritorio, más veces de las que podría admitir, y cedió al impulso, porque los vidrios no eran transparentes en su oficina y no había nadie alrededor. Él procuró no arrancarle la ropa ni arruinarle el maquillaje o el cabello, pues ella siempre tenía que hablar con otros empleados

y también altos ejecutivos debido a su cargo como asistente. Además, la jornada no había empezado oficialmente. Para lo único que él tuvo paciencia fue para desnudarla. Una vez que la tuvo sobre su escritorio, la penetró con una necesidad que rayaba en el delirio. Ella le clavó las uñas en la espalda, marcándolo, y juntos escalaron la cúspide plácida del alivio. Después, Gabriel volvió a besarla en los labios, le mordisqueó con suavidad las nalgas, argumentando que la ayudaría a bajar más la ligera inflamación de la madrugada, y ella se sonrojó. Cuando todo acabó, Gabriel le propuso verse esa noche. Aubrey, tan embriagada por el orgasmo como él, lo había besado y accedió.

Gabriel aspiró el aroma de las bragas con una sonrisa. Nunca había bebido champán de un coño, así que deseaba conocer cómo sería esa deliciosa mezcla surgida de los labios húmedos de Aubrey. El sonido del móvil sacó a Gabriel de sus recuerdos y fantasías sexuales, maldijo por la interrupción y guardó la prenda de seda negra de nuevo en el cajón. Después aceptó la llamada de uno de los principales arquitectos del hotel, que ahora era suyo y de Heath, en Towradgi Beach. Gabriel era el socio a cargo, en el caso de que surgiera alguna emergencia en la construcción, pues había sido parte de su acuerdo con Heath y este último había viajado otra vez fuera del país.

Había retrasos entre los equipos de trabajo del hotel debido a un fallo en los planos de la instalación eléctrica. La función de Gabriel era aprobar desembolsos de dinero, no mediar conflictos. Lo peor de la jornada era la ausencia de su asistente, pues no tenía a quién desviar sus llamadas para que las reprogramara. «Esta será una larga tarde», pensó Gabriel, mientras respondía el móvil para hablar con el arquitecto.

El progreso de Craig en la rehabilitación física era encomiable; Aubrey se sentía orgullosa de cuánto había avanzado él en las últimas semanas. La fuerza de voluntad de su hermano le permitía dar pasos importantes en un proceso que, por lo general, requería más tiempo. Pero continuaba con el calendario en contra, porque sus posibilidades de retomar el mismo ritmo competitivo no eran tan altas ni prometedoras. Por ende, solicitar y alcanzar una beca universitaria parecía más difícil. Los hermanos Blackeney no se daban por vencidos. Craig le había dicho a su madre y a su hermana que daría todo su esfuerzo, hasta volver a nadar a plena capacidad.

Por otra parte, el médico de Bonnie se había puesto en contacto con Aubrey para informarle que aún estaban a la espera de los resultados de la inmunoterapia. Ella le había comentado que su madre experimentaba menos dolor abdominal y menos fatiga, además de que ahora tenía más apetito. El doctor le había dicho que esas eran excelentes noticias y un buen indicio de que probablemente los exámenes arrojarían resultados favorables. Le sugirió a Aubrey que la dieta de Bonnie tenía que continuar con las recomendaciones médicas de siempre, pero que también agregara caminatas por la playa y que inclusive considerara el yoga en un nivel para principiantes con el fin de mantener el cuerpo activo, sin fatigarse. Aubrey le respondió que sentía ansias por obtener un resultado definitivo del laboratorio, pero que, si los signos físicos de mejoría en su madre eran un buen indicador, ella también se mantendría optimista.

Aubrey había decidido estudiar Ingeniería en Software en Torrens University, con especialización en Inteligencia Artificial. Ya había revisado la malla curricular y elegido las materias que estaban disponibles para cursar en línea, pero antes debía ahorrar dinero. Por eso enviaría la documentación para inscribirse dentro de seis meses. La carrera completa era muy costosa y ella aún era el soporte económico de su familia, así que tendría que ir lentamente. Solo podría tomar una materia por trimestre. El plan no era ideal, pero sí realista. Al menos contaba con dos ventajas: su colaboración en el proyecto Wide Whole, donde hacía *networking* y adquiría

experiencia, y su empleo estable como asistente, que, después de años de precariedad, le aseguraba un ingreso fijo. Ella sabía que la carencia era un estado mental y bajo ese enfoque intentaba ver las ganancias en su camino, en lugar de aquello que aún se le dificultaba alcanzar. Con todos los avances que empezaba ver, Aubrey sentía que sus ilusiones empezaban a cobrar brillo. Como si, después de remar contra la corriente, el universo hubiera decidido dejar de jugar con su cordura y, al fin, darle un respiro.

Por otra parte, su vida sexual con Gabriel era especial, al menos para ella que nunca había vivido una experiencia como aquella. Él era un amante generoso, sabía cómo y dónde tocarla en el momento preciso; conocía, ahora muy bien, el mapa de su cuerpo y lo trazaba con su lengua y sus manos en una posesión que la dejaba sin aliento. La forma en que se anclaba en su interior era impetuosa y ardiente; a ratos lenta, tortuosa, pero siempre llena de fuego que se expandía por su piel. El hombre disfrutaba dejándole marcas que la hicieran recordar lo que habían hecho durante las horas juntos. Gabriel creaba rastros con la barba, en sus ingles, después de haberle hecho sexo oral como si ella fuese el postre más exquisito. Le dejaba los pezones doloridos y con huellas rosáceas de haber sido consentidos, hasta la extenuación. Sus nalgas, aunque no era recurrente, solían tener la marca de los dedos perversos. Sus caderas, ligeros mordiscos. Dejaba un rastro invisible en su sexo sensible, porque tan solo al evocar cómo abría su carne tierna con pulsaciones deliberadas, rudas o suaves, Aubrey se mojaba y anhelaba tener otro instante a solas con él. La noche en la suite del hotel, dos semanas atrás, mientras él chupaba champán frío de su sexo, había sido una memorable locura. Sintiéndose envalentonada, Aubrey se había llevado un hielo a la boca antes de devolverle el favor, disfrutando la tensión de los dedos de Gabriel tirando de sus cabellos, mientras ella le succionaba el miembro y se tragaba la simiente.

No volvieron a tener sexo en la oficina, pero sí en la Sala Beta una noche en la que salieron tarde, luego de completar la agenda de trabajo. En esa ocasión, Aubrey torturó a Gabriel con sus manos y

luego se sentó a horcajadas, mientras lo cabalgaba con la piel aceitada y él le acariciaba con codicia el cuerpo, apretándole los pezones, para luego sujetarla de las caderas, anclándola más profundamente en su miembro duro. Aubrey no podía decir que era tímida, ya no al menos, porque Gabriel le brindaba un espacio de confianza, la hacía sentir deseada y osada estando juntos. Los momentos posteriores al orgasmo no eran incómodos ni existían prisas por separarse.

De hecho, cuando contaban con tiempo suficiente, ambos se enfrascaban en conversaciones que podían o no ser complejas, sobre la vida en general; no profundizaban en las emociones, pero estas estaban presentes. Ella no se atrevía a darles nombres o definirlas. Pero inclusive cuando lo intentaba, Gabriel la seducía de nuevo y así la mente lógica perdía fuerza, porque el instinto volvía a tomar el mando.

Pero no todo había sido sexo y toques ardientes.

El trabajo continuaba siendo demandante y Gabriel, un tirano. En eso, Aubrey sabía, no iba a cambiar. Mas no actuaba de forma inconsecuente, ni tampoco exigía más de lo que en realidad se esperaba de alguien que, como ella, llevaba la agenda de un hombre con tantas responsabilidades y compromisos. A pesar de esa esencia insufrible, que a ratos la hacía considerar mandarlo al Diablo, Aubrey admiraba la capacidad de resolución que poseía; cómo un problema de riesgo, en el que podía perder cientos de miles de dólares, lo resolvía con calma y estrategia. Cuando iba a reuniones en otras oficinas y ella conocía a empresarios de igual o menor calibre que Gabriel, en influencia y dinero, notaba cuán superior podía llegar a ser la quietud de su amante al momento de negociar, reclamar o exigir. El hombre era muy interesante.

Una de las naranjas que iba a agarrar se cayó al piso y la sacó de sus recuerdos.

Agarró la fruta y la guardó en la bolsa. Acababa de salir de la oficina, ya que Gabriel se había marchado temprano para atender asuntos con Knox. Ella aprovechó que no tuvo que quedarse horas

extra trabajando para ir al supermercado cercano a Aussie Equinox. La zona era muy bonita y además de oficinas también estaba rodeada de áreas residenciales. Las tiendas ofrecían mejores productos y variedad, en general, que en el área de Redfern y la gente era más amable. Su principal motivo para ir al supermercado fue para comprar unos cuantos vegetales para la dieta de Bonnie.

Las naranjas no podían faltar en su carrito de la compra, porque era la fruta favorita de su madre y la ayudaban a mejorar el sistema inmune. Aubrey también aprovechó para ir a la sección de farmacia y buscar parches que evitaran ampollas en los pies. La razón era simple: había acordado ir con Clarissa al bar de su amigo Dylan Mulroney el sábado por la noche. Estrenaría sandalias nuevas de tiras con tacón alto y Aubrey no quería que sus pies sufriesen durante todas las horas de baile que disfrutaría. La temática de la fiesta sería *Moulin Rouge*. Clarissa insistió en comprar los atuendos para ambas, porque fue su idea llamar a Dylan y pedirle que les diera acceso al exclusivo lugar. Sería una memorable noche para volver a divertirse como antes.

—¡Oh, qué sorpresa! ¿Aubrey, verdad? —preguntó una voz alegre.

La aludida se giró para encontrarse con la madre de Gabriel.

—Yo… Sí, qué gusto —replicó—. Esta sí es una sorpresa, señora St. James.

—Querida, la vez que nos conocimos acordamos que me dirías Roseanne —dijo en tono encantador. Vestida con unos pantalones blancos, una blusa de seda *beige* y mocasines cafés, la mujer era sofisticación, comodidad y elegancia combinadas—. Uno de mis hijos se ha comprometido con su novia. ¡No puedo esperar a ser abuela!

Aubrey soltó una risa suave.

—¡Enhorabuena por usted y su esposo, Roseanne! —replicó sonriendo. Sabía que Gabriel tenía dos hermanos, Hans y Samuel. Sin embargo, ignoraba gran parte del pasado que había convertido a su amante en el hombre que era actualmente. A medida que

pasaban los días quería saber más de él—. ¿Cuál de sus hijos va a casarse?

—Hans, el que está entre Gabriel y Samuel —expresó emocionada —. Estaba por esta área visitando a una gran amiga cuando mi hijo me llamó para darme esa hermosa noticia. Le pregunté si aceptaría que le organizara una cena esta noche para celebrar y me comentó que sí. Samuel ya me confirmó su asistencia. No pude localizar a Gabriel. Por eso me acerqué a la oficina hace una media hora, pero en la recepción me informaron que salió más temprano. Cuando pedí hablar con su asistente me dijeron que se había marchado. ¡Y no tengo tu número de móvil! Fue un descuido de mi parte.

—Se lo puedo dar, por supuesto —dijo haciendo exactamente eso —. Gabriel y Knox están en una cata de vinos en las afueras de Sídney, la bodega es en un sótano antiguo y probablemente no tengan señal. Por eso quizá no ha respondido —replicó.

—Tal vez he asentado un mal precedente con mi hijo mayor —dijo en tono bromista—, porque siempre que lo llamo alrededor de esta hora, súbitamente o inclusive si lo planeo con antelación, suele ser para organizarle una cita a ciegas. —Aubrey, aunque no le gustaba imaginar a Gabriel con otra mujer, fuese o no exitosa la gestión de Roseanne, no pudo evitar reírse ante el tono irreverente de la mujer.

—No creo que deje de devolver su llamada una vez que tenga señal —dijo con la intención de marcharse. Ya tenía lo que necesitaba—. Si algo requiere, ya tiene mi…

—Estoy aprovechando para comprar unos ingredientes que mi *chef* necesita —interrumpió y señaló el carrito casi lleno— en especial al ser algo súbito. Pero Troy comprende que es una ocasión única, así que aceptó quedarse unas horas adicionales y preparar una cena acorde a la celebración. Siempre he querido tener nietos. Que mi Hans se comprometa me hace feliz, además es un gran paso para ampliar la familia —comentó. Roseanne contaba con empleados que la asistían a diario en diferentes tareas. Aun así, solía ir al supermercado ocasionalmente. Cuando el chef le informó que faltaban ingredientes para el menú de la cena, ella le aseguró que

los compraría. Así que esa era la razón de que estuviera en este lugar, después de visitar a su amiga.

Aubrey esbozó una sonrisa.

—Por supuesto, Roseanne, espero que tengan una hermosa vela…

—¿Tienes planes para esta noche, Aubrey? —interrumpió de nuevo la señora, pero lo hacía con tal suavidad en su tono de voz que no resultaba molesta—. Porque si no es así, entonces me gustaría mucho que compartas esta noche con nosotros.

—Aunque aprecio el gesto, la verdad no creo que sea apropiado compartir una actividad tan privada cuando solo soy una ejecutiva en la empresa de su hijo —dijo.

Roseanne le hizo un gesto a su guardaespaldas y este se llevó el carrito de la compra a la caja. No solo eso, sino que también pagó todo con la tarjeta autorizada. Después él y el chofer guardaron los paquetes en el coche en el que se movilizaban.

—Si trabajas como asistente personal de Gabriel, algo que considero una tarea complicada y digna de una heroína, porque sé cuán demandante es mi hijo, ya eres parte de la familia. —Aubrey soltó una carcajada inevitable—. Cuando Corrine, que por cierto acabó de tener un bello bebé, era la asistente de Gabriel, era una de mis aliadas para tratar de cambiar la agenda de trabajo de mi hijo por algo relajante: días de SPA, que eran rechazados; viajes cortos a otra ciudad, que terminaban siendo por trabajo; inscribirlo a eventos sociales que no fuesen de negocios, que él rechazaba. La vida de esta madre —se señaló a sí misma en un modo dramático— ha sido ardua.

—Ciertamente —sonrió—, Gabriel es un hombre bastante complejo.

—Ah, pero tú pareces entenderlo muy bien —dijo. Al notar el sonrojo de Aubrey supo que su intuición de madre, la noche que conoció a la muchacha en Foggy Loop, seguía igual de aguda que siempre—. Eso es clave en la estrategia profesional —agregó

fingiendo ingenuidad—. Aún no respondes mi pregunta, ¿tienes planes hoy?

—Aplicarme tratamientos faciales y ver una serie en Netflix —replicó con cautela. Ni ella ni Gabriel tenían previsto verse esa noche, pues él no tenía idea de la hora en que regresaría de su asunto con Knox en las afueras de la ciudad—. ¿Cuenta?

—Claro que no, querida —dijo riéndose—. La compra está en el coche, así que solo basta que me digas que aceptas mi invitación a cenar y conocer así el resto de la familia. No será una velada muy larga, aunque te aseguro que te sentirás a gusto.

Aubrey no quería desairar a Roseanne, porque notaba que estaba pidiéndole que asistiera genuinamente. La señora estaba feliz con el compromiso de uno de sus hijos y era evidente que la invitación surgía desde esa emoción. Pero también implicaba para Aubrey adrentarse en un campo más privado y que podría confundir sus emociones hacia Gabriel. Sería como tratar de sobrevivir en un campo minado.

—Roseanne, aprecio su invitación, pero no quiero que Gabriel se sienta incómodo o que estoy invadiendo su espacio más privado. Solo soy su asistente.

La expresión de la señora fue de absoluta dulzura.

—Aubrey, si solo eres su asistente, entonces puedes considerar esta invitación como un momento de saber mejor para quién trabajas al conocer otros aspectos de Gabriel. Así podrás leer mejor sus reacciones, comentarios y expresiones. ¿Acaso no estoy dándote la oportunidad perfecta para tomar ventaja y hacer más fácil tu trabajo?

Aubrey quiso reírse, pues ahora comprendía de dónde sacaba Gabriel la habilidad, aunque no el mismo candor o suavidad, para conseguir lo que quería.

—Supongo que no puedo negarme ante su argumento, Roseanne.

—Oh, querida, qué grandes noticias —dijo—. Vamos, nos llevará mi chofer.

Gabriel tuvo un desacuerdo con el propietario de la bodega de vinos, además de que el hombre había sido insultante en sus modos de tratarlos a él y a Knox, sumado al hecho de que intentó embaucarlos con precios ridículamente altos y un informe de proyecciones financieras inconsistente. Fueron cinco putas horas perdidas entre el viaje desde Sídney, en coche, la cata de vinos y luego esa conversación sin resultados. Cuando tuvo señal en el móvil, le entró una llamada de Hans. Su hermano le contó que se había comprometido con Olivia, su pareja desde hacía cuatro años, y que Roseanne había organizado una cena familiar a la que también irían Samuel y su pareja, Cindy. Gabriel se alegró por su hermano, lo felicitó, y después vio las llamadas perdidas de su madre. La trató de llamar de regreso para preguntarle si necesitaba que pasara a comprar algo para llevar a la cena, pero ella no respondió. Así que Gabriel se duchó y se alistó. En menos de treinta minutos, estuvo en casa de sus padres, donde había crecido. Fue Raissa, el ama de llaves de toda la vida, la que abrió la puerta.

—Joven Gabe —dijo con cariño, mientras él le daba un abrazo. La consideró siempre a algo parecido a una abuela—. Estamos contentos por Hans. Qué bonito es el anillo que le ha dado a la señorita Olivia —abrió más la puerta—, ¿no trae pareja?

Gabriel se echó a reír, mientras entraba a la casa. Se había retrasado un poco, porque Jerry tomó una ruta alternativa en el afán de evitar el tráfico de la noche.

—No y espero que mi madre no haya aprovechado esta ocasión para invitar a alguna de las hijas de sus amigas o conocidas —replicó con un toque de humor y sarcasmo. Le apetecía muy poco lidiar con los efectos de las tareas de Cupido que solía atribuirse su madre. Pero él no actuaba como un cretino, por más incompatible, irritante o molesta que fuese la invitaba. Dejó la cazadora en el clóset del vestíbulo.

—Oh, sí que ha invitado a alguien —dijo Raissa, al tiempo que se adentraba en la bella casa de dos pisos, hacia la sala principal y que tenía salida a un amplio jardín con piscina—. La señorita es muy cálida y amable. Me parece diferente a las otras.

—Todas son iguales —replicó Gabriel, riéndose. Raissa siempre tenía palabras amables para los que visitaban la casa. Era de aquellas personas que exudaban calidez.

Hasta que la sonrisa se borró de su rostro cuando él vio quién era la invitada.

CAPÍTULO 16

Los St. James tenían una mansión que irradiaba un lujo sosegado, sereno inclusive, en dos pisos con toques de piedra caliza y madera de eucalipto. La forma en que Roseanne había decorado el interior de la propiedad, ubicada en los acantilados de Dover Heights, era el reflejo de su personalidad: cálido, encantador y con toques familiares. Cuando Aubrey llegó, Stephen la saludó y la hizo sentir bienvenida, no cuestionó la razón de su presencia, pero Roseanne —cuando Samuel y Hans entraron con sus respectivas parejas— les contó a todos cómo fue el encuentro con su invitada. Les comentó que era la asistente de Gabriel y, al instante, los comentarios burlones y las anécdotas sobre momentos embarazosos del CEO hicieron reír y relajar a Aubrey.

Las conversaciones, ligeras y nada complicadas, amenizaron los minutos. Los St. James eran un grupo familiar espontáneo y con gran sentido del humor, según notó Aubrey. Además, tanto Cindy como Olivia tenían la misma profesión: abogadas. La interacción se tornó un poco política y con toques vinculados a los negocios. Pero Stephen, que era un fan de Star Wars, empezó a contar algunas anécdotas de cuando era más joven y solía tomar vino con George Lucas, en California, los meses que visitaba Estados Unidos. La jocosidad de su tono y cómo Roseanne intervenía para desmentir o agregar detalles, logrando que sus hijos aportaran con cotilleos, entretuvieron a Aubrey. Ella notó en cuán afortunados eran de contar los unos con los otros. El dinero no podía comprar el evidente amor y unión que existía entre ellos.

En esos instantes, entre bromas y los comentarios de Olivia sobre los planes para la boda, así como el relato de cómo fue la propuesta de Hans, Aubrey se sintió, en verdad, que encajaba. Desde hacía mucho tiempo esa sensación le era ajena, porque su confianza en el concepto de unidad familiar era agridulce; por un lado estaba la

ruptura emocional con su padre, y por otro la sólida relación con Craig y Bonnie. Sabía los St. James serían un recuerdo breve, mas no por eso dejaría de apreciar la generosidad de Roseanne de haberla invitado a compartir con todos ellos en esta ocasión. Aubrey se terminó la copa de vino; estaba a gusto en uno de los sofás de la sala principal. Sobre la mesa de centro había deliciosos aperitivos. Las risas y la conversación desenfadada llenaban el espacio con una energía acogedora y vibrante.

—Entonces, la noche en que invité a salir a su madre —dijo Stephen bebiendo un trago de whiskey—, yo estaba tan nervioso que confundí el azúcar con la sal. Así que, en mi afán de ser todo un caballero, le preparé ese café. ¿La reacción? Lo escupió, pues se lo bebió en medio de una broma que le conté —sonrió—. Pero dio resultado mi receta, ya llevamos más de cuarenta años de casados. Creo que Hans no necesita este consejo para disculparse con Olivia, si intenta enmendar algún error. Aunque sin duda —palmeó la mano sobre la de su esposa, con afecto— es una buena advertencia.

—Su padre es un hombre maravilloso, pero nunca más he vuelto a aceptar una taza de café o un dulce ofrecido por sus generosas intenciones —dijo la anfitriona.

Todos en la sala se echaron a reír. Después, Roseanne le preguntó a Olivia y Cindy si querían acompañarla al jardín para mostrarles su último experimento de coloración en unas rosas. También invitó a Aubrey y le comentó que quería que recorriera el área, porque era su preferida en la casa. Durante quince minutos, las mujeres se entretuvieron hablando en el invernadero. Luego caminaron por los alrededores, entre la piscina y el jacuzzi. Después volvieron para reintegrarse al grupo.

—¿Qué tal es trabajar con Gabe, Aubrey? —preguntó Cindy de repente.

—Depende con qué estado de ánimo amanezca, y si yo he logrado mantener alejados a los ejecutivos del departamento de marketing de la oficina. Por lo general, los aumentos de presupuestos los dirige Knox, pero este siempre se las arregla para

derivar las reuniones más incómodas a Gabriel —expresó de buen humor, mirándola.

—Knox siempre ha sabido cómo fastidiarlo, lo cual es genial, porque nuestro hermano puede llegar a ser más cabezota de lo necesario —dijo Samuel carcajeándose.

—Pero es un jefe justo y los empleados lo respetan —comentó Aubrey con suavidad, porque no pudo evitar ese impulso que sintió de querer defender a Gabriel.

—¡Alguien finalmente tiene una buena opinión de Gabe! —intervino Hans.

Los más jóvenes de la sala soltaron una risa despreocupada, mientras los más adultos meneaban la cabeza de buen humor, porque disfrutaban lo bien que se llevaban en casa. Claro, les había tomado muchos años domar tres chicos con personalidades fuertes y aspiraciones de liderazgo muy marcadas, pero estaban felices.

Con la sonrisa aún bailándole en los labios, Aubrey miró hacia el umbral de la entrada de la sala cuando llegó la persona que hacía falta en la celebración. Él era la razón de que estuviera un poco inquieta y también, aunque intentara negarlo, de que su corazón empezara a sentir emociones a las que prefería dejar tranquilas. No quería ahondar en ellas o tratar de darles un nombre, porque eso solo conseguiría que tuvieran más fuerza. Lo anterior sería caótico, en especial considerando la clase de acuerdo que le propuso Gabriel. Sus ojos colisionaron con aquella marea azul. Se sorprendió de que esta vez no existiera calma o picardía en esa mirada hacia ella, sino la misma frialdad de la noche en que se conocieron. Ahora que reconocía bien las reacciones físicas de Gabriel, se dio cuenta rápidamente del enfado que le causaba su presencia en esa reunión, pero él lo enmascaró pronto con una expresión indiferente.

—¡Gabe! —exclamó Samuel, incorporándose para abrazarlo—. Justo estábamos hablando maravillas de tu rol como CEO en Aussie Equinox —dijo con una sonrisa que su hermano mayor devolvió con sincero afecto—. ¿Qué tal todo?

—Agotado, pero bien, Sam —expresó Gabriel asintiendo.

—¡Hey, finalmente llegaste! —dijo Hans dándole una palmada en el hombro —. Aunque ya la conoces, te presento a Olivia, ahora es mi prometida —bromeó.

Gabriel se rio y abrazó a la mujer, felicitándola, y también a su hermano, por el compromiso matrimonial. Después se acercó a Cindy, intercambiaron un par de comentarios breves y le preguntó sobre la maestría que ella estaba cursando. Luego fue donde sus padres y les dio un beso. Stephen les había inculcado, desde pequeños, que un hijo y un padre se saludaban con un beso en la mejilla y que eso de solo darse un abrazo era de gilipollas machistas. Así que las reglas aprendidas se mantenían aún.

—Gabe, hoy me crucé con tu encantadora asistente en el supermercado cerca de tu oficina —comentó Roseanne con una sonrisa amplia, señalando a la bella joven, que observaba toda la escena familiar desde el sofá con serena atención. Luego, relató brevemente la anécdota ocurrida—. Hemos pasado un rato muy agradable con ella.

—Apuesto a que ha sido muy ingeniosa en sus respuestas y con su sentido del humor —replicó con frialdad, mas no hacia Roseanne, acercándose a su asistente. Aubrey llevaba el vestido azul que lo distrajo en la oficina y que favorecía cada curva femenina. Un vestido que él deseó quitarle, pero no hubo una ocasión para hacerlo.

—Buenas noches, Gabriel —dijo Aubrey con suavidad, consciente de que estaban observándolos, pues esperaban a que el recién llegado se sentara y así poder retomar la conversación. Ella percibía también la actitud distante de su jefe. No podía negar que eso le causaba pesar, pero era algo que imaginó que podría ocurrir—. Espero que la reunión con Knox haya ido como planeaban —agregó con sinceridad.

Él la sorprendió extendiendo la mano. Ella lo miró con incredulidad, pero por simple inercia reaccionó al gesto. Sintió una mezcla de enfado y ofensa. ¿Iba a tratarla como una desconocida

con la que trabajaba, porque estaba la familia en la misma estancia? ¿Iba a actuar como si la noche anterior no le hubiera hecho sexo oral, diciéndole lo sexy y hermosa que le parecía desnuda, mientras le introducía tres dedos en el sexo? Aubrey no esperaba una declaración de reconocimiento o que diese muestras de que existía entre ambos una intimidad, claro que no, pero lo que estaba haciendo Gabriel era estúpido. Ella había aprendido a lidiar con circunstancias adversas y también incómodas. Esta no era para tanto, ciertamente, mas no quitaba la sensación incómoda que le produjo. Procuró seguir serena y esbozó una sonrisa fría.

—No tan bien, pero ya sabes que son situaciones que ocurren —replicó Gabriel y se acomodó junto a ella—. Asumo que enviaste todos los documentos que estaban pendientes y reprogramaste las llamadas que te pedí, antes de ir de compras.

Ella enarcó una ceja por el toque sarcástico de la última parte. Le parecía una lástima en ese instante tener buenos modales en público. «Le habría sentado genial a Gabriel recibir un poco de vino, en la cara, para que se le pasara lo imbécil», pensó Aubrey.

—Sí, el trabajo es mi prioridad, no te preocupes —dijo y apartó el rostro—. Pero si quieres que te dé un informe al respecto vas a tener que esperar hasta mañana, Gabriel, porque —miró su reloj y luego a él, con indiferencia— no estoy trabajando.

Él apretó la mandíbula, ante la risa de sus hermanos. Hans y Samuel sabían que nadie se atrevía a responderle de ese modo, así que les gustó la actitud de la mujer.

—Bien, me alegro que lo recuerdes, gracias —farfulló Gabriel.

Al notar en ella una expresión confusa, teñida de una sutil decepción, él quiso explicarle que verla allí no solo había sido inesperado, sino que se sintió de repente acorralado. Observarla desenvolverse con naturalidad entre su familia, en la casa donde creció con sus hermanos, riendo y compartiendo a gusto, era algo inusual, porque él no invitaba a ninguna mujer a conocer a su familia, jamás. Lo ocurrido en Foggy Loop fue algo fortuito. Esto era

muy diferente. Ni Claudia había logrado ganarse la sonrisa genuina de su madre, ni despertar interés sincero de sus hermanos.

Antes de hacer notar su presencia, Gabriel había observado en silencio la escena de risas cómodas y genuinas. Incluso alcanzó a oír cómo ella, sin saber que él la escuchaba, lo defendía ante sus hermanos. No sabía cómo ignorar ese hecho o fingir que nada de eso había ocurrido. Aubrey encajaba bien en su vida diaria y notaba, ahora, que también con su familia. Esa certeza era similar a una dinamita que acababa de crear una grieta en el muro que rodeaba el sitio que protegía sus emociones. Emociones que ninguna mujer había conseguido despertar y, lo peor de todo, que lo hacían sentirse amenazado, porque no podía encontrarles una definición. Él siempre había tenido un mapa trazado que definía sus pasos y también una estructura bajo la que regía sus motivaciones. Así que el escenario que tenía en ese momento era caótico para su mente. No podía vivir en el caos, tampoco en el control extremo, así que solo podía comparar lo que le estaba sucediendo con un tsunami que sacudía su equilibrio.

Pero también estaba cabreado. Si Aubrey tan solo hubiera rechazado la invitación, él se habría evitado este torbellino mental. Decir "no" no era tan difícil. Así, el affaire habría seguido sin roces incómodos; sin significados peligrosos. Sin embargo, esta situación —esta escena y cercanía— fue justo lo que temió semanas atrás. «Quizá la idea de cortar todo lazo con ella debió ejecutarla cuando surgió», pensó Gabriel. Pero ahora, la posibilidad de no volver a tocar a Aubrey era intolerable.

No tenía inclinación en guardarse sus opiniones, pero temía decir algo de lo que verdaderamente podría arrepentirse. Acababa de actuar como un tonto y Aubrey le plantó cara ante su familia de una manera elegante y también certera, tal como solía hacerlo siempre. Ella no quería impresionar a nadie, pero acababa de hacerlo con él.

Roseanne carraspeó con sutileza y Gabriel salió de sus pensamientos.

Él dejó la copa de whiskey, que le había servido Raissa, sobre la mesa de centro.

—Gabe, no hace falta que seas formal entre nosotros con Aubrey —intervino la anfitriona, al notar que su hijo actuaba como un tonto —. Estamos en confianza.

—Mamá, dejemos ese tema atrás. La cena que organizaste no es sobre mi relación laboral, sino para festejar el compromiso de Hans con Olivia —dijo él con un tono diáfano para su madre—. He tenido un largo día y no quiero monopolizarlo.

—Entonces, como ya estamos todos completos, pasemos a la mesa —expresó Roseanne. Esta noche era para el compromiso de uno de sus hijos, sí. Miró a todos con cariño, mientras Stephen le daba la mano para que se incorporara del asiento—: El menú que ha hecho el chef es muy especial y espero que les guste. Realmente, Olivia y Hans, estamos felices por esta noticia. No puedo esperar a ser abuela —dijo.

En casa ya conocían las irreverencias de la anfitriona, la querían y la respetaban, así que se tomaron el comentario con humor. Luego caminaron hasta el comedor.

Por otra parte, Roseanne sabía lo difícil que fue para su hijo mayor compartir el cariño de la familia, después de que él supo que era adoptado. Pero, poco a poco, eso cambió por completo. Ella siempre trató de reafirmarle, con palabras y acciones, que el espacio de él era inamovible, sin importar cuántas veces se equivocara o cuántas veces acertara con sus decisiones. Asumía, aunque ciertamente podía equivocarse, que Gabriel sentía recelo de presentar ante la familia a sus novias, porque temía que ellas crearan alguna discrepancia o que no tuvieran afinidad. Él solía ser tozudo, pero Roseanne intuía y notaba que con Aubrey existía algo diferente. Ella esperaba que su hijo no fuese tan necio y pudiera también darse cuenta de ese detalle. Roseanne solo podía darle un ligero empujoncito a Gabriel, tal como lo acababa de hacer esta noche.

Los asientos ya habían sido asignados con anticipación, así que Aubrey se encontró sentada justo frente a Gabriel. Ella no hizo el intento por iniciar una conversación. No le apetecía escucharlo. Se concentró en disfrutar la comida, aunque no fue tarea fácil, porque su cuerpo parecía no haber recibido el memorándum que indicaba que no tenía por qué reaccionar al idiota de la noche. Pero cuando él hablaba para todos, ella procuraba fingir una gran concentración en su plato de comida u optaba por mirar sin observar hacia algún punto que no fuese el rostro de Gabriel. Cuando, al cabo de un rato, Cindy le preguntó por su afición a los ordenadores y los retos que tuvo como autodidacta, Aubrey respondió sin reservas. Le comentó que por motivos familiares postergó sus estudios, pero en unos meses planeaba retomarlos. No entró en detalles.

Aunque estaba divirtiéndose con los St. James, Aubrey ya quería marcharse. Le parecía complicado estar en el mismo espacio que Gabriel y que él, cada vez que ella tomaba la palabra o participaba con la familia, pareciera estar a punto de quemarla con la mirada. No era un ardor propio del deseo, pues conocía bien esos matices, sino de algo distinto que no podía descifrar. Como si ella hubiera cometido una grave falta. Menos mal, al cabo de pocos minutos sirvieron el postre: manzanas caramelizadas con helado de vainilla, nueces y coco. El reloj marcaba las diez y media de la noche.

—Olivia —llamó Cindy, la otra mujer la miró—. ¿Has pensado en qué diseñadora quieres que haga tu vestido? —preguntó. Los demás estaban próximos a terminar el postre—. Porque si sabes lo que quieres, entonces podemos hacer una lista de los detalles que deseas e ir barajando también opciones de accesorios —dijo.

—Amo lo que diseña Rebba Dollinger —expresó en tono soñador —. Su catálogo es divino. Antes de establecer la fecha de la boda quiero llamar al taller de Rebba y preguntar si tiene espacio en la agenda de trabajo para recibir a otra novia.

—Yo puedo ayudarte con eso —dijo Aubrey con una sonrisa. Le gustaba ayudar a otras personas si estaba en sus manos—. Conozco a Rebba y sé que estaría encantada de conocerte. Si te parece bien, podría llamarla para comentarle sobre ti.

Aubrey había conocido a Rebba en un mercadillo en The Rocks, la zona más antigua de la ciudad, un fin de semana. La mujer se identificó como una diseñadora que disfrutaba de encontrar nuevas tendencias que no solo fuesen de ropa. Les dio la tarjeta de presentación y se mostró encantada con la técnica de Bonnie para trabajar los bordados. Les compró dos tapices largos y veinte cobertores para cojines. Desde entonces, cada vez que Bonnie publicaba en eBay nuevos diseños de sus trabajos, había una orden recurrente de veinte pedidos de Rebba. No del taller o la asistente, no. Se trataba siempre de la dirección original de la mujer, antes de que fuese famosa. No eran grandes amigas, pero antes de convertirse en millonaria, ella siempre les dijo que si alguna vez necesitaban una diseñadora de modas la llamaran con confianza.

—¿De verdad? ¡Oh, gracias, Aubrey! Eso sería maravilloso —dijo Olivia con una mano en el corazón, emocionada. No le preguntó de qué la conocía a Rebba. Simplemente estaba agradecida—. Me haría gran ilusión si tuviera espacio para mí.

—Debo prevenirte, Olivia, pero Aubrey no se guarda lo que piensa y eso puede llegar a ser un poco molesto si intentas que siga tus lineamientos específicos —intervino Gabriel, mirando a su futura cuñada—. Lo comento por si en algún momento piensas contratarla como ayudante en los preparativos de la boda. Procura agregar una cláusula en la que seguir las órdenes, sin contradecirlas, sea imperioso.

—Si tienes alguna queja sobre mi desempeño profesional, Gabriel, apreciaría que lo comentaras en horarios de oficina, en lugar de hacerlo en una ocasión como esta —replicó Aubrey enfadada y sintiéndose terrible, porque estaba la familia de él. Pero no iba a permitir que hablara así de ella—. Está fuera de lugar. Además, bajo ninguna circunstancia aceptaría que Olivia me pagara por apoyarla,

en el caso de que hiciera falta. Lo haría tan solo por el gusto de ayudar a una novia a tener un gran día.

—La acabas de conocer hoy. Por favor, no te tomes atribuciones altruistas ni hagas promesas en un entorno en el que estás presente por una invitación súbita y temporal, mas no perenne —dijo Gabriel, sin importarle la expresión horrorizada de su madre y cómo Stephen meneaba la cabeza discretamente—. No estás aquí para crear lazos a largo plazo. Pero me alegro de que hayas disfrutado la cena y la velada.

—Estaría encantada de tomar un café contigo, Aubrey —dijo Olivia, ignorando a su futuro cuñado—. Si nos hemos conocido es porque debió ser así.

—Pues no van a ir sin mí —dijo Cindy sonriendo e ignorando también a Gabriel—. Ya intercambiamos números, así que quiero que estemos en contacto.

Aubrey sintió los ojos llovidos por el gesto sincero de esas mujeres a las que apenas acababa de conocer. Esbozó, con esfuerzo, una sonrisa. Se incorporó de la silla. Los platos del postre ya habían sido recogidos y solo quedaban los cafés y tés.

—Gracias, eso me gustaría mucho —expresó Aubrey. Luego miró a todos, menos a Gabriel—: Me ha hecho muy feliz conocerlos. Gracias por hacerme partícipe de un momento tan bonito. Ahora tengo que marcharme. No creo que se vería bien en mi hoja de vida que cometí un homicidio premeditado y que, además, se lo anuncié a la familia de la víctima en una cena de compromiso. —Todos se rieron, menos uno—. Me dejé el móvil en el jardín —dijo rebuscando en la bolsa—. Iré a buscarlo. Nuevamente, gracias, y que sean muy felices los novios —murmuró saliendo de allí.

No les dio la oportunidad a los dueños de casa de que le ofrecieran que el chofer la llevara o ningún gesto similar. Estaba contrariada. ¿Cómo se atrevía a tratarla Gabriel de ese modo, cuando solo intentó ser amable? Comprendía que pudiera estar enfadado, porque este era un evidente cruce de límites, mas ella no lo provocó. Caminó hasta el área del columpio, que pendía de un

árbol gigantesco, pues fue donde ella y las otras dos mujeres se quedaron mirando las luces de la ciudad, antes de regresar por el caminillo para entrar de nuevo a la casa. Dio la voz de mando para Siri. La pantalla del teléfono se encendió cerca de la raíz del árbol. Tomó y guardó el móvil. Todavía era temprano, así que había suficiente formas de llegar a la parada de buses.

—Aubrey…

Ella le dio la espalda al árbol y se encontró con Gabriel. En esa parte del jardín la luz de los alrededores era más tenue, porque las frondosas ramas la opacaban con la sombra que hacían. La expresión del sexy CEO era una mezcla de remordimiento y confusión. Aubrey no podía interpretarlo, pero tampoco le apetecía intentarlo.

—No te preocupes —dijo ella con altivez—, ya me marcho de aquí. No estaba mintiendo cuando les comenté que extravié mi teléfono en algún lugar del jardín.

—Lo sé —replicó él en tono suave—. ¿Puedes escucharme un instante?

Sus hermanos, al ver que Aubrey salía del comedor, le dijeron que era un idiota. Su padre hizo una mueca y le expresó que actuó como un majadero. Olivia y Cindy se mantuvieron al margen, pero sus expresiones de reproche fueron elocuentes. Su madre le dijo que si quería volver a pisar esa casa, tendría que hacer lo correcto. Pero no hizo falta que su familia hiciera esos comentarios, pues Gabriel por sí solo se dio cuenta de que obró mal. Le bastó mirar la expresión consternada de Aubrey para entender de que estaba a punto de crear una brecha irreparable si no iba a disculparse.

—Poco me apetece en este momento lidiar contigo, Gabriel — contestó, ignorando cómo se ondulaban los músculos bajo la tela gris de la camisa. Ahora tenía un íntimo y cercano conocimiento de cada valle del cuerpo masculino, después de todos los momentos que había cubierto, con besos y caricias, cada milímetro de piel.

Él se pasó los dedos entre los cabellos. Frustrado consigo mismo.

—Las mujeres que vienen a casa son parte de las argucias de mi madre… Yo jamás he invitado a nadie, porque no quiero cruzar esa clase de límites con ninguna.

—¿Por qué habría de importarme ese comentario? —preguntó con la intención de dirigirse hacia el camino que llevaba a la sala, luego se marcharía—. La única razón de que esté aquí es Roseanne. No pude negarme a venir, porque es tu madre, Gabriel, y ya que la conoces mejor que yo, sabes que es muy persuasiva. Ahora comprendo que fue un grave error y que habría sido mejor hacerle un desaire, en lugar de estar aquí y tener que tolerar tu falta de tino, tus comentarios tontos y tu indiferencia. No he hecho nada para ofenderte o lastimarte o darte a entender que quiero algo más de ti; algo más de lo que ya existe. Aunque no estoy segura de que…

—Aubrey —interrumpió acercándose—, lo que quiero decir es que esta es la primera vez que una mujer tiene afinidad real con mi familia. —Ella dejó de lanzarle dagas de hielo con sus ojos. Enarcó una ceja—. Las que invita mamá, en su afán de hacer de Cupido, son superficiales y mi familia no actúa como acabas de verlos ahora. Sí, siempre son amables y generosos, pero no se sienten en la confianza de soltar bromas o hacer comentarios más personales, en general, como sí ocurrió contigo. No sé cómo manejar una situación en la que no tengo experiencia: las emociones y la presencia de una mujer con la que tengo sexo, pero también comparte mi día a día.

—Eso no justifica lo que hiciste, Gabriel —replicó con frontalidad —. Me trataste como una subalterna con la que no intercambias más que saludos cordiales en las mañanas. No esperaba tampoco que reconocieras mi existencia, en un aspecto personal, pero tampoco que extendieras la mano para saludarme. No soy la recepción de frustraciones existenciales del mundo, así que te confundiste de departamento.

Él soltó una exhalación leve.

—No intento justificarlo, sino explicarlo —expresó. Otra parte importante de este asunto no podía ser expuesta, porque Gabriel

necesitaba estar a solas para enfrentarse a esas emociones inesperadas e indefinidas todavía—. Siento haberte tratado de ese modo, no lo mereces. Así como tampoco estuvo bien que haya expuesto injustamente tu carácter en el trabajo, porque si algo me gusta es que no te acobardas ante mí. —Ella enarcó una ceja—. Si has sentido cercanía hoy con mi familia y tienes la inclinación de conocerlos mejor, así como ellos a ti, no anules esa posibilidad. No tengo ningún derecho a prohibirte nada, estemos o no juntos. Así que siento mucho mi imbecilidad —expresó mirándola a los ojos. Su intención no era lastimarla. Ella no tenía por qué pagar las consecuencias de que acabara de entender que significaba para él más que el placer de follar—. ¿Podrías disculparme, Aubrey?

Ella tragó saliva. Se encogió de hombros e hizo amago de apartarse.

La mención de que el final entre ambos pendía sobre su cabeza, como una guadaña, no le sentó bien. Aunque fuese algo real. ¿Era lo que seguía queriendo Gabriel? Aubrey no tenía aventuras, pero su falta de experiencia no implicaba carencia de sentido común. La compulsión de tocar, escuchar y besar a Gabriel ya no era solo carnal. Si lo fuera, a ella no le hubiese dado igual todo lo que él estaba diciéndole. Esta noche solo había logrado sacudir lo que yacía en el fondo de sus sentimientos y la obligaba a buscar la forma de ser sincera consigo misma. Lo anterior era inquietante.

Él le sujetó la muñeca e instó a que lo mirase. Ella así lo hizo.

—No tengo la intención de atraparte o cambiar los términos de lo que tenemos, Gabriel —murmuró ella consciente de que él daba pasos que la obligaban a retroceder. Lento. Pronto sintió la rugosa textura del árbol contra su espalda—. Jamás vuelvas a tratarme como lo hiciste esta noche. Si no quieres volver a verme, dímelo. Pero no busques la primera excusa para darme a entender que eso es lo que bus…

Él tan solo la besó para callarla. No podía ver esa expresión airada y los ojos que parecían estar llovidos, por su maldita culpa, y tratar de expresar con palabras lo que su cuerpo pedía y exigía demostrar.

Gabriel sentía que en ese momento las palabras no tendrían la misma fuerza que los hechos. Esto se traducía en besarla, porque le parecía un castigo no probar la ambrosía de esos labios suaves y tentadores.

La boca masculina, dura, hambrienta y sin un resquicio de duda, se fundió con la de ella en un contacto apasionado. Un gemido suave surgió de la garganta femenina y sus labios se abrieron a él; al instante, la lengua de Gabriel se enroscó con la de ella, buscándose con anhelo, retándose y explorándose. Entre ambos desencadenaron la lava contenida, porque sus cuerpos ardían por el otro como un volcán, siempre a la espera de ser activado con un toque, un roce o un beso. Aubrey lo escuchó gruñir, mientras también le mordisqueaba la boca y la presionaba más contra el árbol haciéndola consciente de la erección. Ella le acarició el rostro con la mano y luego la llevó detrás de la nuca masculina, empezó a juguetear con el cabello, tirando de las hebras abundantes y suaves de Gabriel. La respuesta de él fue aferrarla por la cintura, deslizar una mano hasta sus nalgas y, con la otra en el centro de su espalda, protegerla del roce áspero del árbol. Sus caricias mutuas eran una mezcla de osadía y tentación.

Gabriel la devoró como si ella fuese el oxígeno que le había faltado en todo el día. Los días anteriores estuvieron en la casa de él, rasgando la piel del otro a punta de caricias encendidas y besos adictivos. Estaban juntos apenas una o dos horas, que a él cada vez le sabían a menos. Por lo general salían a la misma hora de la oficina, pasado el horario habitual, porque Gabriel solía tener exceso de trabajo y Aubrey necesitaba el pago de las horas extras. Él la invitaba a cenar, conversaban y nunca faltaban roces leves que calentaban sus ganas; había adquirido el hábito de llevar un postre que pudiera comerlo sobre el cuerpo de Aubrey; vertía el líquido o el merengue sobre las tetas, el abdomen, la espalda, el sexo, daba igual. Pero ninguno de esos sabores sabía tan delicioso como el almizcle puro que surgía de los pliegues íntimos.

Aubrey afianzó sus manos y las aferró a la nuca de Gabriel, porque no quería que el beso acabara. Estaba húmeda, pero

también le apetecía darle una bofetada. Sí, aceptaba sus disculpas, mas no implicaba que este beso borrara todo, aunque ayudaba a que su cuerpo se relajara y disolviera el enfado. Un poco, al menos. Tiró de los cabellos de Gabriel, fuerte y a propósito, él gruñó y le mordió el labio inferior. Al hacerlo, sus bocas se separaron ligeramente y Aubrey usó ese instante para apartarse unos centímetros y tratar de recuperar el aliento. Los ojos de Gabriel eran una marea oscura, profunda e invitaba a probar la temperatura elevada que prometían esas aguas.

—Gabriel… —murmuró sonrojada. La expresión fiera y masculina le calentó la piel; podría jurar que escuchaba el rugir de su propia sangre—. No puedes besarme de esa manera —se pasó la lengua por los labios en un acto reflejo y él siguió el curso del movimiento con hambre— cuando estoy enfadada contigo. Hace un rato me saludaste con un apretón de manos, ¿qué te hace creer que ahora mereces besarme?

Él sonrió de medio lado. Sabía cuál era el punto de Aubrey. Pero le parecía más importante la satisfacción de darse cuenta de que ella estaba menos enfadada.

—Me acabé de disculpar y fui sincero —dijo Gabriel. No podía aplacar su erección, así que dio un paso atrás para no torturarse al no poder hacer algo más al respecto—. El beso fue porque las ganas de probar tu boca se vuelven bastante complicadas de resistir cuando estás tan cerca —replicó. Ella intentó apartar el rostro, pero Gabriel le sujetó la barbilla impidiéndoselo—: Bree —expresó esta vez con suavidad—, no me avergüenzo de ti. Solo que esta situación me tomó desprevenido.

Ella sabía que Gabriel era orgulloso y arrogante, pero también que poseía la clase de súbita humildad de reconocer —aunque era selectivo al hacerlo— sus fallos.

—Acepto tus disculpas, pero quiero irme a casa —replicó. Tenía que poner su mente en reposo y saber en qué momento sus emociones por Gabriel se complicaron—. Mañana no voy a estar en

la oficina, porque tengo una capacitación de Recursos Humanos que tú autorizaste hace tres semanas. Necesito dormir —dijo.

Él la observó con detenimiento.

—Hay un restaurante de comida francesa, Gavroche, al que me gustaría llevarte el sábado. Sé que tienes un gusto específico por probar gastronomía de diferentes países. En ese lugar es lo mejor de Francia. ¿Paso por ti sobre las siete?

Durante las salidas juntos, que no eran tan frecuentes porque él tenía siempre reuniones o eventos, y ella estaba ayudando a Craig y también hacía algunas horas con el proyecto de Wide Whole, Gabriel siempre descubría algo nuevo sobre Aubrey. Lo hacía reír con la forma franca y afilada con la que ella solía contar anécdotas o hacer comentarios. Disfrutaba a su lado. Pero también en cada salida, entre los dos, dejaban claro que no eran citas románticas, sino que solo "tenían que comer", "necesitaban un café", "recorrer los mercadillos de Paddington era interesante", "un domingo temprano, en el velero de Gabriel, se apreciaban mejor los amaneceres", "no venía mal un paseo por la playa", "no se escondían y no veían nada de malo compartir, porque no todo era follar". Pero esas excusas eran, en gran medida, el escudo con el que intentaban sostener una distancia que ya comenzaba a desvanecerse entre ellos.

—Ya tengo planes. Así que no es posible —replicó Aubrey.

—Planes —repitió él, porque no le gustó cómo sonaba eso—, ¿de qué clase?

Ella soltó una exhalación.

—De aquella en la que voy de fiesta con mi mejor amiga, disfrutamos la noche, me olvido de los días de trabajo y el estrés; me dejo llevar por la música y la paso bien —expresó—. Yo no te pido explicaciones, así que tampoco me apetece dártelas a ti.

Gabriel sonrió de medio lado.

—Si estuviésemos en otro sitio, Bree —dijo en tono sensual—, te haría cambiar de idea. Le diré a mi chofer que te lleve a ti y a tu amiga. Así estarás segura.

—No, Gabriel, no tenemos esa clase de relación. Gracias —expresó Aubrey. Cuando él utilizaba ese tono bajo y gutural, llamándola *Bree*, su sangre se calentaba.

—No fue una pregunta —dijo él apretando la mandíbula. La idea de que ella bailara con otros hombres, no le gustaba en absoluto. Que otros la mirasen como si creyeran que tenían una oportunidad, lo irritaba—. Si vas a beber, no puedes ir por la calle con tu amiga y exponerte a que puedan pasar un momento incómodo. ¿Bien?

Aubrey tenía dos certezas en ese instante.

La primera: Gabriel estaba celoso, aunque jamás lo admitiría, y eso la complacía más de lo que debería. ¿Por qué? Porque, en medio de esa situación absurda, le reconfortaba saber que ella parecía importarle más allá del deseo. La segunda: él tenía una naturaleza protectora. Lo había notado en gestos simples, como insistir en caminar del lado de la calle y que ella se mantuviese en el interior de la acera, vigilar si tenía frío o calor, si estaba cómoda, si el entorno era seguro; la guiaba con una mano firme en la espalda cuando había muchas personas en un sitio, siempre era discreto, y según el contexto en el que estuvieran. Gabriel observaba y actuaba en consecuencia, no solo con ella, también con los demás. Pero Aubrey además había comprendido que nadie parecía preocuparse por proteger a Gabriel. No es que el hombre lo necesitara, pero sí la sorprendió que en su familia dieran por sentado que él tenía una armadura invencible que no requería soporte. Quizá por eso, ella sintió la compulsión de intervenir y defenderlo horas atrás, cuando él aún no llegaba, ante Hans y Samuel.

Con todo lo anterior en mente, Aubrey sabía que una discusión sobre rechazar o aceptar que el chofer de Gabriel las llevaran a ella y a Clarissa al bar sería inútil.

—No soy tu responsabilidad y, si mal no recuerdo, esto es un affaire. Por lo tanto no deberían importarte mis asuntos. Pero eres libre de enviar a quien quieras, así como yo lo soy de negarme a subirme en el coche —replicó y empezó a avanzar.

—Perfecto, le diré a Jerry que esté a tu disposición y la de tu amiga —dijo.

Ella se encogió de hombros y llegó hasta la entrada de la sala. Pero detuvo el paso de forma abrupta, porque había olvidado en dónde estaban y lo que acababan de hacer bajo ese árbol. Cuando Gabriel estaba cerca sus neuronas solían creer que estaban de vacaciones temporales. Elevó el rostro hacia el segundo piso, para ver si alguien estaba siendo testigo de este momento, pero no había ningún movimiento.

—Tu familia pudo haber visto que estábamos… —meneó la cabeza —. No quiero que piensen mal de mí o que crean que me diste el empleo, porque estamos…

Él le puso los dedos sobre los labios e hizo una negación. Le sonrió.

—Si van a pensar mal de alguien, créeme, no será de ti —replicó él con un toque de humor en la voz—. Te llevaré a tu casa. Antes de que respondas y te niegues —dijo anticipándose—, no ha sido una petición. Esta es la vía más segura y rápida.

Aubrey no tenía ganas de discutir. Él ya se había disculpado.

Cuando estaban en el coche, ella se abrochó el cinturón de seguridad.

—Gabriel…

—Dime —replicó mirándola, mientras el chofer encendía el motor.

—¿Estás seguro que nadie puede ver hacia ese lado del jardín?

—Muy seguro —expresó acariciándole el labio inferior con el pulgar—. Pero si no fue así, ellos no van a cambiar la opinión que tienen de ti, entiendo que es excelente por la forma en que casi me acribillan con palabras cuando te despediste.

—Entonces, ¿les aclararías que tú y yo solo tenemos un affaire?

—Soy un adulto, no hago aclaraciones —replicó con un guiño.

La parte implícita de ese gesto era que Gabriel, en más de una ocasión, había tenido el detalle de aclararle algunos temas a ella. Los dos hicieron el trayecto en silencio, sumergidos en una vorágine de pensamientos y conjeturas cruzadas, sin saber que al otro le pasaba lo mismo. Si hubieran estado más atentos en el jardín, habrían notado que Roseanne, desde la distancia, esbozó una sonrisa al verlos juntos bajo el árbol. Ella no alcanzó a ver lo que ocurría, claro. Apenas distinguió la espalda de Gabriel y el perfil borroso de Aubrey, casi ocultos entre el follaje. No hizo falta más.

CAPÍTULO 17

Euforia. Eso era lo que Aubrey experimentaba en esos momentos bailando entre decenas de personas vestidas para la ocasión. La sensación de que las notas musicales estaban diseñadas para condensar la emoción, alegría y libertad de mover su cuerpo, sin importar nada más que divertirse, era adictiva. El entorno creaba la percepción de estar en otra clase de realidad y tiempo. Casi era mágico, en un sentido decadente. Clarissa y Aubrey saludaron a Dylan, este les presentó a sus dos socios del bar: Ryan York y Tallem Ubrik, y también les comentó que todo lo que ellas consumieran esa noche sería una cortesía de la casa. La decoración del entorno propiciaba la evocación de retazos de lo que fueron tiempos bohemios. Esta fiesta era exclusiva y el ambiente resultaba extravagante e íntimo. Las personas que querían entrar al bar, sin saber que allí se celebraban eventos especiales ni que existía una entrada diferente, diseñada para los invitados VIP, se aglomeraban en el piso inferior. Esta dualidad añadía un aire de misterioso atractivo al bar, además le daba un toque distintivo entre los demás locales.

El espacio estaba decorado para recrear París de 1900, en la efervescencia del Moulin Rouge: teatral y sensual. El aroma en el ambiente era una sutil mezcla de vainilla, rosas, sándalo y licor; una fragancia tenue creada para cautivar los sentidos. Había cortinas pesadas y otras livianas de terciopelo rojo, espejos dorados, lámparas de araña, detalles *vintage* y sofás de estilo boudoir. La iluminación era cálida, luces bajas en tonos burdeos y ámbar. Los asistentes vestían acorde a la temática. Los hombres llevaban trajes con chalecos sobrios, camisas negras o blancas, y sombreros estilo fedora. Las mujeres llevaban corsés modernos, faldas asimétricas —más cortas por delante— medias de red, tacones altos y tocados diversos con plumas o lentejuelas.

—¡Hace tiempo no me divertía tanto, gracias por haberme convencido de venir! —exclamó Aubrey—. Este traje es increíble, pero creo que deja demasiado a la vista —dijo, mirándose a sí misma. Sus pechos estaban muy expuestos; la cintura, presionada por el corsé, lucía más fina; las medias de red eran negras y le otorgaban un aspecto sensual, en conjunto. No sabía en donde habría conseguido su mejor amiga todas las prendas para cumplir con la consigna de la fiesta, pero se lucían magníficas.

El DJ había puesto una mezcla genial de canciones y la mayor parte de los asistentes estaba en la pista de baile. Los camareros iban de un lado a otro con las bebidas y también con platillos de aperitivos gourmet. Los vinos eran de Francia.

—No tienes que cubrir tus atributos ni dejar de sentirte sexy cuando te apetece —dijo Clarissa haciéndole un guiño—. Me contaste de tu acuerdo con Gabriel, pero en ningún momento estipularon que flirtear es considerada una transgresión, ¿o sí?

Aubrey soltó una carcajada que se perdió entre las notas de Avicii. Las parejas de baile de ambas eran hombres simpáticos que mantenían la distancia y no intentaban tocar más de lo necesario al moverse. Ellos lucían apuestos con sus trajes de época.

—No, pero tampoco me gustaría que él flirteara con otras —comentó, al cabo de un rato, porque era cierto. Que otra mujer se acercara a Gabriel y actuara de manera familiar, y que él devolviera el gesto, le sabría a hiel—. Aunque me debería dar igual. Tal como te conté hace un rato, mientras nos arreglábamos en tu casa antes de venir, siento que todo empieza a complicarse. Quizá estoy volando demasiado cerca del Sol.

—Entonces ya te derretiste como Ícaro, pero cuentas con una ventaja a diferencia del pobre personaje: tú, sigues viva e indemne —dijo Clarissa, sonriendo. Luego le hizo un gesto a sus acompañantes para darles a entender que ella y Aubrey iban a tomarse un descanso. Ellos asintieron y luego buscaron otras parejas para bailar—. Vamos a la barra que muero de sed, Bree, y estos zapatos están matándome.

—Pensamos igual —sonrió Aubrey. Notó que un par de hombres parecían tener la intención de acercarse, pero fingió no darse cuenta al respecto y miró a otro lado—. Esta es una de aquellas noches que hacían falta en nuestros calendarios.

Clarissa esbozó una sonrisa. En ese instante tres asientos quedaron libres en la barra, así que aprovecharon para abrirse paso entre la gente y llegar rápidamente.

—Tengo las mejores ideas —replicó la pelirroja en tono bromista.

Se acomodaron en las sillas altas a un costado de la barra. Desde ahí era posible observar los cuerpos anónimos moviéndose en la pista; las luces eran muy bajas y no era posible identificar con claridad lo que ocurría en esa marea de gente, pues lo único certero era que estaban todos pasándola fantásticamente. Aubrey y Clarissa sentían el contraste del calor de sus cuerpos, aún agitados por la emoción del baile, con el mármol frío bajo sus antebrazos. La barra era amplia, aún así estaba a tope de gente.

—Señoritas, aquí tienen —interrumpió el bartender, sirviéndoles tequila.

—Gracias, guapo —replicó Clarissa en un tono coqueto. Luego miró a Aubrey y dijo—: Brindemos por las amigas ciegas. —Aubrey enarcó una ceja—. Venga, a contar y bebemos a la de tres. Una… —puso sal en la mano, la lamió— dos y tres.

El alcohol les quemó la garganta. Al terminar, mordieron medio limón.

Aubrey tosió ligeramente y se limpió la boca.

—Nadie está ciega —comentó al cabo de un rato—. ¿De qué hablas?

—Solo tú, Ícaro —dijo Clarissa en tono jocoso y sonrió—. Con todo lo que me has contado en estas semanas, creo que tu corazón se anticipó a la razón.

—Eso no es posible, porque lo he entrenado muy bien para que se mantenga al margen del peligro —argumento Aubrey de buen

humor. Pero su comentario le sonó poco creíble inclusive a sí misma. Pidió otro trago de tequila y lo bebió rápido.

Clarissa enarcó una ceja, pero también hizo lo propio con otro *shot*.

—Venga, Bree. ¿Qué habría de malo en aceptar que estás enamorada de Gabriel? —preguntó y llamó al bartender con un gesto de la mano. Esa noche, Clarissa no pensaba ir a casa sola. El chico con el que estuvo saliendo resultó un pelmazo y por eso lo dejó. Ahora solo buscaba unas horas de placer sin ataduras y a la mañana siguiente volvería a la rutina; se olvidaría a quien sea que eligiera para follar y continuaría con su vida—. No sé el tiempo exacto que llevas en este acuerdo con él, si son dos o tres meses, pero da igual. Tú, nunca has sabido separar el sexo de las emociones. Entiendo que este fue un intento de creer que era posible, porque el hombre es un bombonazo, pero si te diste cuenta de que cruzaste la línea del placer y esta se convirtió en algo más potente e importante, ¿cuál es el problema? Si te enamoraste, me parece maravilloso, porque sé que era lo que hacía falta en tu vida: recuperar esa parte de ti que dejaste de lado por temor, por preocupaciones y demás.

Aubrey sintió de repente que las paredes se cernían sobre ella. Se le secó la garganta ante el comentario de Clarissa y se sintió inquieta. Esta vez pidió agua fría.

—Clarissa —dijo con expresión preocupada—, no. No necesito reconocer algo así, porque no tiene sentido. Lo de Gabriel y yo tiene un punto de inicio y final. Nuestra relación se estableció para pasarla bien. Poco o nada ha cambiado al respecto.

La pelirroja soltó una exhalación y miró a su amiga con cariño.

—¿Qué tal si él siente más que solo deseo por ti? —preguntó con suavidad.

—Es posesivo por naturaleza. Sí, también es un caballero conmigo, lo cual es una rareza entre la gente de nuestra edad, y es esa madurez en Gabriel lo que hace que me sienta tan a gusto. Pero

eso es todo. —Clarissa sonrió de medio lado ante el intento desesperado de Aubrey por negar todas las señales—. Eso no significa que…

—Bree, trabajo en una editorial y he tenido una vida social en la que, quizá al igual que tú, escucho muchas historias. La mayoría, en mi caso, son ficticias. Pero puedo decirte que, entre la realidad y la ficción, siempre existen puntos en común —interrumpió—. En el tema de los acuerdos sexuales, el hombre jamás se interesa por detalles como los que tiene Gabriel contigo. ¿Llevarte una manta al yate y medicina para que no te marees porque una vez, paseando por la ciudad, se lo comentaste? ¿Ajustar el termostato de toda la oficina, porque dijiste que estaba demasiado fría la temperatura? ¿De repente tienes una pequeña estación con Earl Gray, tu té favorito, junto al escritorio? Todo lo que hizo por Craig, al que no conocía de nada, y el detalle de enviar un coche para que nos traiga. ¡Por favor, Bree! Pero lo más épico: Gabriel destruyó la reputación de Bastian. ¿O acaso crees que es fortuito que la oficina de impuestos esté investigando sus empresas? —preguntó Clarissa enarcando una ceja.

Aubrey sentía el corazón agitado, porque cada comentario de su amiga era una dinamita que erosionaba la barrera de negación bajo la que estaba protegiéndose.

—Gabriel simplemente es una persona protectora y considerada…

—Y estás enamorada de él —insistió Clarissa con suavidad—. Entiendo de dónde viene tu temor, ¿pero te ha dado ese hombre razones para que desconfíes? Además, Bree, tengo la impresión de que esa relación ya tiene todos los ingredientes para que puedas propiciar una conversación esclarecedora sobre ese tema —concluyó.

—No tengo claro lo que pasa conmigo, menos quiero abrir una compuerta que puede crear una sensación de incomodidad en Gabriel. ¿Cuál es la finalidad? ¿Recibir una respuesta cortante y dolorosa? Prefiero mantener las aguas en calma.

Aubrey miró sus uñas pintadas de violeta. Estas hacían juego con el traje que combinaba negro con morado, así como con las sombras que había usado en los párpados. A ella le parecía más fácil enfrentarse a las adversidades y problemas que provenían del exterior, en lugar de aquella tormenta que había empezado a cobrar forma en su interior desde el día en el que conoció a Gabriel. El impacto se había incrementado a partir del primer y arrebatador beso. El amor podía convertirse en el pincel de un artista que deja y marca trazos de euforia en el lienzo etéreo de la vida. Lo anterior tenía una contraparte, pues así como el amor era capaz de crear emociones muy potentes y sublimes, también tenía el poder de destruir y lastimar en igual medida.

—Quizá, Gabriel está en la misma condición que tú, y como prefieres fingir que tienes ceguera emocional no te das cuenta e ignoras las señales —dijo Clarissa.

—Él no quiere… —meneó la cabeza sin terminar la frase—. Fui yo quien estableció de primera línea que no buscaba complicaciones. Prefiero no agregar a mi lista de decepciones la posibilidad de arruinar lo que hemos acordado —concluyó sin aceptar o negar el comentario inicial de Clarissa sobre sus sentimientos, porque resultaba amenazante. ¿Estar enamorada de Gabriel? No, esa definición era muy simplista para todo el cúmulo de sensaciones que le provocaba tan solo pensar en él.

—¿Qué vas a hacer? Seguir disfrutando todos los momentos a su lado, cuando bien sabes que cada instante que comparten le das otro pedacito de tu corazón, ¿esa es tu forma de protegerte? —preguntó la mujer—. Jamás has sido alguien cobarde.

Aubrey pidió un Vodka frío y lo bebió con lentitud. Luego dejó el vaso de lado lentamente. Si bien su tolerancia al alcohol era elevada, no pretendía perder la razón.

—No soy cobarde —expresó—, pero no tengo garantías. La única certeza con la que cuento es que esto va a acabarse. ¿Acaso no te conté cuánto se enfadó Gabriel cuando me vio en casa de sus padres antes de ayer? —preguntó. La idea de no poder estar con

Gabriel, besarlo, tocarlo y quedarse entre sus brazos, la afligía lo indecible.

—Claro, así como también fuiste lo suficientemente honesta para contarme que se disculpó. Ese arrogante e insufrible CEO, como lo llamaste desde un inicio, no solo tiene la humildad para aceptar un error, sino también para buscarte y disculparse. ¿Haría un hombre algo así por una aventura sexual? Claro que no, Bree —expresó Clarissa—. Cuentas con una ventaja: conoces su vida profesional, al derecho y al revés, pero también compartes la intimidad de su entorno personal. A diferencia de Bastian, Gabriel no está ocultándote. No tiene una prometida o hijos.

Aubrey sabía que todo era cierto. Su amante era parte de una liga de hombres que poseían una categoría propia en el mundo; hacía y deshacía según sus reglas, no las de otros. Gabriel era íntegro, pero también tenía fantasmas ocultos. Ella lo intuía, porque era experta en camuflar los suyos; pocas personas, entre esas Gabriel, sabían sobre algunos de ellos: su familia paterna, sus fiascos económicos, su falta de estudios universitarios… Sin embargo, no le había dicho a él sobre la situación de Bonnie. Este era una tema sensible y Aubrey no quería recibir compasión ni trato especial de nadie.

—Lo que de verdad cuenta —dijo tratando de quitar importancia al peso de la verdad—, es que mi empleo está protegido. No importa lo que ocurra al final entre Gabriel y yo. Debo pensar en mi familia. Además, los hombres que han trazado momentos importantes en diferentes etapas de mi vida solo me han dejado dolor como saldo. No quiero eso. Prefiero aferrarme a aquello que me da una certeza…

—Tú sabes que él significa mucho más para ti. Acabas de reconocer que es importante en tu vida, da igual bajo qué condiciones están juntos, así que no te tortures mintiéndote, Bree. Si tienes miedo a perderlo es porque tus emociones son más fuertes de lo que te atreves a admitir —dijo sin rodeos—. Si fuera algo pasajero, ya estarías de vuelta en la pista, riéndote de esto. Considera arriesgarte y ser sincera.

—Lo haces parecer muy fácil —replicó Aubrey con suavidad.

—No, pero siempre que mencionas su nombre tu tono de voz cambia, parece esperanzado o ilusionado, y también tienes un brillo distinto en la mirada. En este momento intentas ocultarlo, sin embargo, hay cosas demasiado evidentes, Bree…

Aubrey sentía que, con Gabriel, era como pisar arenas movedizas. En los últimos días, lo que sentía por él había tomado una fuerza que ya no podía seguir ignorando, por más que quisiera. No obstante, aún había más en Gabriel que ella no alcanzaba a descifrar y necesitaba saber de qué se trataba. Aunque él se mostraba franco al hablar de su trabajo y compartía retazos de su vida, había una parte que parecía quedar siempre al margen. Quizá esa corazonada la frenaba. La certeza con la que sí contaba era que el lazo entre ellos ya no se limitaba a lo físico. Eso sí lo admitía.

Sin embargo, en esta noche solo quería pasarla bien.

Cuando surgiera el momento de aclarar lo que estaba pasando, primero ante sí misma, sería honesta. Por ahora, seguiría disfrutando las caricias y momentos con Gabriel, sin ensombrecerlos con expectativas que acordaron que no habría entre ellos.

—Clarissa, ¿podemos bailar, hasta que nos duelan los pies? —preguntó Aubrey con una sonrisa. Quería retomar la diversión de la velada—. Llevamos mucho tiempo sin pasarla genial en una noche de lujos y bebidas, además todo es gratis. No vamos a desperdiciarlo en temas serios. Así que —le hizo un guiño— si encuentras a alguien que te llame la atención y quieres irte con él, hazlo. Solo envíame tu ubicación en tiempo real y cuando llegues a casa. Yo sé cuidarme y tengo a Jerry para regresar.

—Sí, señorita, tienes toda la razón —expresó Clarissa sonriendo ampliamente—. ¿Ves? Este asunto del chofer es otro detallazo de tu hermoso Gabriel.

—No es nada mío —dijo Aubrey meneando la cabeza.

—Como tú digas, Bree —replicó la otra mujer, riendo—. ¡Tiempo de bailar!

Antes de volver a la pista, ambas se tomaron un último *shot* de tequila en un brindis silencioso por la amistad y la vida misma. Una vez que retomaron el ritmo, un chico de cabello rubísimo y expresión pícara se inclinó hacia Clarissa y le susurró una propuesta al oído: irse juntos y pasar la noche en el hotel de lujo que quedaba cerca. Ella se echó a reír con suavidad. La idea le resultaba tentadora, pero no sentía que con él estaría segura. Siempre seguía su intuición, así que lo rechazó. El hombre insistió, pero Clarissa lo ignoró y optó por aceptar bailar con otra persona. Aubrey, en cambio, se dejó llevar por el ambiente bohemio: relajó el cuerpo, movió las caderas con sensualidad, elevó los brazos y giró al compás de los *beats*. No le importaba si su pareja sabía bailar o siquiera cómo se llamaba, porque estaba absorta en la música.

Aubrey cerró los ojos, mientras el ritmo de Lady Gaga, con su canción Abracadabra, la instó a dejarse llevar por el sonido contagioso. Pronto, las manos de su compañero de baile se aferraron a su cintura. Ella se sintió confusa, porque era la primera ocasión, desde las cuatro canciones que llevaban bailando, que el hombre hacía un intento de tocarla de ese modo. Frunciendo el ceño, abrió los ojos y se giró.

—Lamento haberme tardado en venir —dijo Gabriel con una expresión asesina en la mirada—. Aunque parece que ya has encontrado diversión por tu cuenta.

Ella se quedó estupefacta. El hombre le acababa de quitar las palabras de la boca, al menos durante unos segundos. Gabriel lucía más que apetecible, no solo por el traje, sino también por cómo llevaba el cabello completamente peinado hacia atrás. Sus ojos de tupidas pestañas refulgían. Si esta no hubiera sido una fiesta estilo Moulin Rouge, sino de la Inglaterra de los 1800, el hombre habría pasado por un digno duque.

—¿Qué estás haciendo aquí…? No estabas invitado —expresó al cabo de un instante, agitada por el baile. Las manos de Gabriel no se apartaron de su cintura.

Él sonrió de medio lado y le miró la boca con intención de besarla. Se contuvo.

—Como mi asistente, Aubrey, debes recordar que las negociaciones que suelo llevar a cabo toman cierta cantidad de tiempo, según el monto de la inversión —dijo admirando las curvas que ninguno de esos hijos de puta que bailaron con ella debieron contemplar. Pero había estado ocupado y no pudo acercarse antes para apartarlos.

—Es sábado, Gabriel, no había nada en tu agenda —replicó consciente del calor de la mirada masculina sobre ella. Sintió cómo sus pezones se ponían erectos contra la tela del corsé y su sexo vibraba por la cercanía de Gabriel—. No entiendo.

—Cuando Jerry me comentó el bar al que vendrían, tú y Clarissa, se me ocurrió una genial idea —dijo con arrogancia. Ella enarcó una ceja, mientras Gabriel la acercaba más contra su cuerpo, como si, con ese gesto, pudiera impedir que otros la miraran—. En mi portafolio de inversiones no tengo suficientes sitios de diversión.

Aubrey lo miró estupefacta. «No puede ser», pensó atónita.

—¿Qué quieres decir con eso…? —preguntó. La cercanía de Gabriel la hacía sentirse sensual y deseada. Esto último resultaba adictivo y ella consumía altas dosis.

—Compré este bar hace un par de horas —dijo con simpleza—. No necesito invitación para estar en un sitio que me pertenece. ¿No sería algo absurdo, Bree?

Ella tragó saliva. Lo miró estupefacta.

—Compraste este bar… —repitió Aubrey, incrédula.

El dinero era el lenguaje más elocuente del mundo: abría puertas y compraba conciencias, todo dependiendo de cómo se usara y quién lo tuviese. En el caso de alguien con la influencia de Gabriel, bastaba con un chasquido de dedos, una orden o una simple exigencia para que cualquier cosa se pusiera en marcha, sin importar el día ni la hora. Si necesitaba que abrieran una tienda un

domingo por la noche solo porque quería una marca específica de camisa, ocurría. Así de simple. ¿Un bar? Nada difícil.

—Cerré el trato con los socios —dijo Gabriel como si comprar un negocio, en pocas horas un día sábado, fuese normal—. Dylan me comentó lo estupenda alumna que eras en la secundaria y también que fuiste una amiga generosa ayudando a otros. Considerando que es un empresario con un futuro prometedor, le hice a él y a sus socios una oferta económica que no pudieron refutar. De hecho, Knox ha venido conmigo. —Cuando Aubrey buscó al CFO con la mirada, lo encontró hablando y bailando con Clarissa. «No puedo culparla, porque Knox es un encanto», pensó al ver la expresión coqueta de su amiga—. Lo llamé para preguntarle qué le parecía esta inversión y me comentó que esta zona está acaparando gran impacto.

—De seguro no le agradó que interrumpieras su sábado —murmuró ella.

—Knox prioriza siempre nuestro abanico de influencia en Sídney, así que comprar un bar entra en esa categoría —expresó Gabriel con una sonrisa—. Además, nos gustaron los conceptos bajo los cuales trabajan los socios. La idea de las fiestas temáticas resulta atractivo y puede mejorarse el nivel. Así que, Bree, cuando tengas ganas de salir, puedes venir a este lugar. No tendrás que pagar nada y siempre habrá alguien de confianza, mis choferes o una flota asignada para los asistentes del área VIP, que te lleve de regreso a casa. También a las amigas con las que estés de fiesta.

—Hay transporte público…

—Me contaste lo que viviste la noche en que nos conocimos, el asalto, y no quiero que vuelvas a correr un riesgo así. Aquí tienes un espacio seguro —replicó Gabriel en un tono que no daba pie a contradecirlo—. Debes pensar más en tu seguridad, Bree. Por otra parte, que mi asistente personal sea víctima de un robo y se desconcentre de sus funciones no es ideal. Así que estoy velando por mis intereses.

Aubrey se olvidó de los sonidos de alrededor y lo miró con asombro. No sabía si besar a Gabriel, reírse, abrazarlo y no soltarlo, o hacer todo eso al mismo tiempo.

—Yo… —murmuró con incredulidad—, esto es una locura. No quiero parecer ufana, pero, ¿compraste este bar, porque crees que puedo correr peligro yendo de fiesta con mis amigas? —preguntó—. Y sobre el tema del pago, Dylan me invitó…

Él sonrió de medio lado y con suave rapidez le recorrió la parte superior de los pechos, que estaban expuestos debido al corsé, con los nudillos. Luego se inclinó, hasta que su boca estuvo cerca de la oreja de Aubrey. En medio de la semioscuridad y las luces intermitentes propias de un bar, los otros no podían ver lo que pasaba entre ambos, menos escucharlos. La pista era una constelación de vibraciones. Cada pareja, grupo o individuo vivía la diversión a su modo y la adrenalina estaba por los cielos.

—Compré este lugar, porque me parece una inversión rentable. Además, lo hago por interés profesional: que mi asistente no corra peligro —dijo con indiferencia.

—¿Habrías comprado este bar por la seguridad de Corrine o por el bienestar de Herzog? —preguntó enarcando una ceja. El CEO soltó una carcajada y negó.

—No creo que ellos tuvieran la tendencia de creerse superhumanos y demasiado independientes para cuidar más de otros que de sí mismos —replicó.

—Gabriel, no sé cómo tomar esta situación —dijo con la respiración acelerada.

Él le mordisqueó el lóbulo de la oreja y ella sintió que su piel se erizaba; todo su cuerpo respondía a Gabriel con vergonzosa facilidad, porque el hombre sabía qué partes tocar para provocarla. Ella miró hacia donde estaba Clarissa, pero su amiga parecía demasiado entretenida riéndose de lo que sea que Knox le estuviera diciendo.

—Siempre vas a deberme un baile por haber venido a este bar —expresó, arrogante—. Y no me refiero a un baile vestida precisamente —dijo en tono sensual.

Aubrey soltó una carcajada. Gabriel empezó a moverse con ella, pero no bajo el ritmo de la canción que sonaba en esos instantes, sino el que ambos marcaban.

—Así que este bar ha sido una buena inversión —murmuró ella. Sentía cómo el calor de la cercanía de Gabriel mantenía sus sentidos en alerta. A pesar de estar vestida, el toque de los dedos en su cintura y aquellos leves sobre su piel, la excitaban.

En la discreta semipenumbra, rodeados de cuerpos danzantes, los *beats* de la música, el aroma de los placeres fortuitos y la opulencia permisiva, Gabriel deslizó su mano bajo la falda. El diseño de la tela, ligero y corto por delante, le facilitó el acceso. Con la otra mano, atrajo a Aubrey más hacia él, sosteniéndole la espalda con firmeza. Luego apartó con sutileza la tela de seda de las bragas y acarició los labios íntimos. El toque no fue apresurado, sino una caricia cargada de suavidad y deseo controlado.

—Sí. Aparte fue la única vía para echar a los tres hijos de puta que bailaron contigo, creyéndose en el derecho de tocarte, sin repercusiones. Ahora este es mi bar y yo decido quién se queda y quién queda vetado de por vida —dijo en tono posesivo.

—Oh… —gimió cuando él le introdujo un dedo. Estaban tan cerca que, aún si alguien tenía la estúpida ocurrencia de encender todas las luces, no verían las diabluras de los dedos masculinos en su sexo —. Siempre he respetado el acuerdo… Mmm… —susurró apoyando la frente contra el pecho de Gabriel, porque él empezó a penetrarla y con el pulgar le acaricaba el clítoris—. Solo estaba bailando y ya…

—Mientras estés conmigo, Bree —le dijo al oído—, el que otros hombres te toquen, como si tuvieran el derecho a ello, no está permitido. —Ella elevó el rostro, las mejillas sonrojadas, las pupilas dilatadas y su expresión una mezcla de asombro y excitación—. Espero que esta humedad, tan deliciosa, sea exclusivamente para mí.

—Ga… Gabriel, estamos en público —dijo aferrándole las solapas de la chaqueta con los puños. Él obraba magia con los dedos, entrando y saliendo de su canal sensible, imitando lo que solía hacer con el pene—. No puedo tener un org…

Gabriel la calló introduciendo un segundo dedo. Ella lo miró con los ojos nublados de anhelo, lujuria y un toque de desconcierto al estar en un lugar público.

—Lo que diera por sacar tus tetas de ese puto corsé y mamarlas en ese instante, pero no puedo arriesgarte a que otros te vean —dijo en tono territorial y pellizcándole el clítoris; luego siguió entrando y saliendo de ella—. Sé que la idea de que otros te vean follando conmigo te excita —aceleró el movimiento del pulgar sobre el clítoris —, pues aquella noche en el hotel, con vistas a la ciudad, estabas muy mojada.

Aubrey tragó saliva. Le costaba respirar. Sus paredes íntimas empezaban a estar más resbaladizas, pero también sentía ese ligero y conocido cosquilleo que anticipaba la liberación más sublime en el mundo del placer. Quería más de Gabriel; mucho más.

—Solo porque sabía… Porque sabía que nadie iba a vernos de verdad…

—Mmm —dijo él tomándole el rostro con una mano—. ¿Es así?

—No… Sí… —aferró las solapas de la chaqueta con más fuerza—. Gabe…

Aunque se movían con lentitud —en contraste con el ritmo frenético de la música—, eso le permitía a Gabriel disimular lo que en realidad sucedía entre ellos. Hubiera preferido estar en otro lugar, uno donde pudiera dar rienda suelta al deseo sin restricciones y hundirse sin reservas entre la carne estrecha de Aubrey. Pero no era posible. Como tampoco lo había sido contener esa necesidad imperiosa de tocarla. Siempre había sido reservado, pero bastaba la cercanía de Aubrey para que su parte racional se volviera un mero accesorio. El impulso de acariciarla fue primitivo y urgente; lo

empujó a marcarla, pero sin exponerla. No quería testigos, ni avergonzarla.

—¿De quién es este coño, Bree? —preguntó él en tono ronco, frotándole los labios íntimos, humedeciéndola con los mismos fluidos suaves, arriba y abajo.

—Gabe… —gimió y lo atrajo hacia ella para besarlo.

Él le mordió el labio inferior, tirando con firmeza; ella devolvió el gesto.

—Ese es mi nombre, seguro, pero no una respuesta concreta —replicó y hundió de nuevo dos dedos. Ella gimió contra su boca. Gabriel estaba duro, casi al punto del dolor por la falta de alivio, pero sentir a Aubrey de este modo era magnífico.

—Tuyo… Este coño es tuyo, Gabe… Voy a… Oh…

Gabriel cerró su boca alrededor de la de ella y se bebió el grito de éxtasis, mientras continuaba jugueteando con los pliegues que se contraían alrededor de sus dedos. Él siguió moviéndose, dirigiendo su propio compás y sin importarle el resto. Cada cual podía disfrutar su jodida noche como le diese la gana. Él jamás expondría a Aubrey a una situación que provocara incomodidad o habladurías, así que la forma en que la estaba tocando, íntimamente, era prudente dentro de la osadía que conllevaba. Él procuró cuidar que —a pesar de la falta de luz en este ambiente lascivo y evocador— nadie tuviera la más leve sospecha de que acababa de darle un orgasmo.

Se quedaron moviendo sobre la pista, él retiró los dedos del sexo y le acomodó las bragas. El peso de la tela de la falda cedió y volvió a su sitio, como si no hubiera ocurrido nada fuera de lo común. Después, ella lo miró y esbozó una sonrisa tímida.

—Esta ha sido la experiencia más atrevida que he tenido. Estás loco, Gabe…

—¿Por ti? Por supuesto —expresó de forma ligera con un guiño que la hizo reír, pero esa respuesta, en realidad, contenía un significado mucho más profundo. Le sujetó el mentón entre los dedos—. Ven conmigo a casa —pidió con determinación. Su cuerpo

estaba tenso, cautivo de la sensualidad de esta mujer, y necesitaba poseerla.

—Estoy con Clarissa —dijo ella. Pero cuando miró por sobre el hombro, no la vio. Frunció el ceño y trató de buscarla observando alrededor. Preocupada sacó el móvil, y vio un mensaje. Después de leerlo, miró a Gabriel—: Se fue con Knox…

El sexy empresario soltó una carcajada.

—No pierden el tiempo ninguno de los dos, ¿verdad? —preguntó retóricamente—. Conoces a Knox, Bree. Tu amiga no se ha ido con ningún psicópata.

—Solo íbamos a tener una noche de chicas y a divertirnos — meneó la cabeza.

—Entonces, no seré yo quien te impida continuar con tu plan de diversión —le hizo un guiño—, aunque tu amiga ya no esté. ¿Quieres quedarte y bailar conmigo?

Aubrey lo miró con una sonrisa que hizo a Gabriel desear tener una cápsula en el tiempo, solo para guardarla allí y poder verla sonreír cuando todo esto quedara atrás. No era cinismo, sino el curso habitual de su experiencia de vida: abandono y olvido. Pero la idea de dejarla empezaba a parecerse demasiado a una condena al paredón. Después de tantos años viviendo bajo la sombra de su instinto de autopreservación, Gabriel sentía la urgencia, inquietante e inusual, de romper con el patrón que había mantenido hasta ahora: dejar a una mujer para no crear expectativas.

—Gabriel St. James —dijo Aubrey en tono juguetón al oído—, el ogro e insoportable CEO sabe divertirse. Vaya, creo que hoy he hecho un descubrimiento.

Él sonrió de medio lado.

—Dentro o fuera de la cama sé divertirme —replicó acariciándole las nalgas con sutil precisión—. Puede que te sorprendan mis habilidades para bailar esta vez.

—Sorpréndeme entonces, Gabe —expresó planteándole un reto.

Él se rio y decidió que, después de años sin pisar un bar con una finalidad diferente a hacer negocios o tomar solo un par de tragos, esta vez sí iba a divertirse.

No había ido en vano a buscar a esta mujer esta noche, así que la aprovecharía.

Él, después de que su chofer le comentara cómo iba vestida la gente al evento y de que le enviara una fotografía de Aubrey y Clarissa, sin que ellas lo supieran, decidió que no se quedaría en casa y de brazos cruzados, mientras otros hombres contemplaban lo que no estaba disponible. Así que llamó a Knox y le explicó que había un negocio disponible para comprar. Lo anterior era una mentira, por supuesto y su mejor amigo lo supo de inmediato. Así que Gabriel le contó la razón real: no quería que Aubrey fuese a un bar en el que no estaba segura, considerando que alguna vez ya la habían asaltado por andar sola en la noche, y también porque no le apetecía volver a liarse de puñetazos con otro hombre. Knox se carcajeó y le dijo que estaba convirtiéndose en alguien con paranoia y celos; pero Gabriel no cambió de opinión.

—A esta hora, yo podría estar follando a gusto, sin embargo, estoy a punto de entrar en un jodido bar que organiza fiestas temáticas, porque tienes preocupación de que Aubrey, una mujer que sabe cuidar de sí misma, tenga alguna experiencia incómoda —había dicho, burlón, mientras se dirigían al sitio de destino—. ¿Por qué no admites de una buena vez que estás enamorado de ella y se lo dices de frente?

Gabriel lo había mirado con el ceño fruncido.

—Deja de hablar idioteces, Knox —había replicado a la defensiva.

—¿Realmente son idioteces o el idiota eres tú? —había preguntado, riendo.

—Tal como estamos, nos va bien. No necesito complicar el escenario.

Después de la reunión en casa de sus padres, Gabriel había tenido instantes a solas para analizar su absurdo comportamiento con

Aubrey. Claro que le importaba, inclusive admiraba la entereza que, siendo tan joven, tenía; no obstante, en ningún momento había considerado que la palabra amor estuviese en la ecuación. No sabía qué tenían esas jodidas cuatro letras para que él sintiera como si estuviera al borde de un peñasco; reconocerlas o pronunciarlas sería igual que saltar. Similar a repetir tres veces el nombre *Beetlejuice* y luego aparecía el jodido demonio. Gabriel no podía definir lo que sentía por ella, pero sí reconocía que cuando estaban juntos, su mundo cobraba un brillo especial. Él, habituado a una vida agitada, encontraba solaz al lado de Aubrey.

—No sé qué mierda te pasa que, en lo que a ella se refiere, actúas como un animal salvaje al que amenazan con bañarlo en agua fría —había replicado con seriedad—. Siempre has tenido relaciones tóxicas. Que me perdone Claudia, pero ella dejó una huella de inestabilidad en ti. ¿Qué te parece si aclaras tus mierdas mentales, Gabe, y entiendes que no necesitas estar todo el tiempo alerta? ¿Qué tal si, por una jodida vez, comprendes que una relación no tiene que ser dañina? No pierdas la oportunidad con Aubrey, si crees que la hay… —había expresado—. Usa la cabeza.

—Uso mi cabeza para los negocios —había replicado Gabriel, frustrado, pasándose los dedos entre los cabellos—. Aparte no quiero que otro hombre la toque.

Knox se había apretado el puente de la nariz.

—¿Te parece normal comprar un bar para evitarlo? Imbécil, tendrías entonces que comprar todos los malditos locales de la ciudad —había dicho mirando al techo del coche—. Hazte un favor, Gabe, aclara tu mente. Porque si esa mujer es tan especial, que sé que lo es para ti, entonces otros también van a darse cuenta. Anticípate a los buitres que buscan una carnada fresca y única. Quítate las máscaras. Sincérate.

—No te traje aquí para que tengamos una confesión —había replicado Gabriel, en tono irritado, porque detestaba cuando Knox lo obligaba a reflexionar.

Él no había estado con alguien que lo hiciera reír con facilidad; no demandara nada de él, no buscaba ser salvada o rescatada, ni tampoco dependiera de sus decisiones para tomar las de ella; Aubrey no necesitaba su protección, aún así, él quería dársela. Ahí, en ese punto, radicaba una brutal diferencia. Porque no esperaba nada de él, sino que simplemente se acogía a lo que existía entre ambos y lo disfrutaba. Gabriel estaba habituado a que otros buscaran consejo o apoyo o resolución de su parte, pero, si era sincero, muchas veces no aceptaba aportar en todo eso porque le naciera, sino porque sentía que era una obligación. Con Aubrey, nada era obligación.

—¿Al menos la amiga de Aubrey es guapa? —había preguntado Knox cambiando el tema por completo—. Porque no voy a desperdiciar el sábado, Gabe.

—No tengo la más jodida idea —había contestado, pues cuando vio la fotografía que había enviado Jerry, su interés no estuvo en analizar a la otra mujer.

—Cierto, porque solo ves a Aubrey —había dicho Knox en tono burlón.

Gabriel le había dado un puñetazo, fuerte, en el hombro.

—Tienes treinta y cinco años, cabrón, deja de actuar como un puberto.

Knox había soltado una carcajada.

—Supongo, entonces, que el puberto en mí tiene más sentido común que tú.

Gabriel lo había ignorado durante el resto del trayecto.

A pesar de sus intenciones detrás de la visita al bar, Gabriel no hizo una movida financiera al azar en relación a la compra del local. De hecho, había llamado a su abogado, así como también a su mejor analista económico, aparte de Knox, para que revisara, en menos de una hora, todo lo que pudiera sobre los tres socios. Después de una deliberación rápida y eficiente, Gabriel y Knox habían acordado el precio justo que podrían ofrecerles a los

propietarios. La conversación en la pequeña oficina del bar había durado una hora. En el ínterin, Gabriel había paseado su mirada por el salón y casi se había atorado con el whiskey al ver a Aubrey ataviada con el *look* burlesque.

Como no había podido desentenderse de una negociación en curso, el CEO le había dado instrucciones a uno de sus guardaespaldas para que no la perdiera de vista y que, si alguien intentaba propasarse o si notaba que Aubrey estaba incómoda, interviniera sin importar las consecuencias. Todo esto había ocurrido mientras él y Knox dialogaban con los tres jóvenes propietarios del bar. Finalmente, habían llegado a un acuerdo. El dinero sería depositado al amanecer, cuando los documentos fuesen notariados y estuviese todo en regla. Al concluir, Knox y Gabriel bajaron a la pista.

Él había visto alrededor las mujeres: morenas, rubias, pelirrojas; esbeltas, curvilíneas y delgadas; guapas, regulares y simpáticas. Por lo general, encontraba con facilidad alguna que fuese de su interés. Esta vez, todas le parecían desabridas, moldes diferentes e insípidos que carecían de un ingrediente especial. Ninguna era Aubrey.

—Gabe —llamó Bree con suavidad, sacándolo de sus pensamientos sin saberlo—. ¿Sabes cuál es el problema con este vestido? —preguntó en tono inocente.

—Por supuesto, me tienta a quitártelo en público —replicó con seriedad.

Ella echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar una carcajada. Le gustaba este instante que compartían, pues no pensó que Gabriel pudiera ser buen bailarín. No solo eso, sino que parecía saber un extenso repertorio de canciones de diferentes artistas. Conocer otro detalle sobre él, le encantaba. Le rodeó el cuello con los brazos.

—Ciertamente eres muy perceptivo —sonrió—. Quizá puedas solucionar este problema. Tengo entendido que resolver situaciones complicadas es tu especialidad.

La mirada de Gabriel brilló con hambre sexual descarnada.

—Doy por terminada mi concesión de quedarnos a bailar esta noche —dijo él, tomándola de la mano, guiándola entre la gente. Ella se rio por las prisas de Gabriel.

Cuando llegaron a la mansión del CEO, las palabras no fueron necesarias. Pero ambos podían sentir que algo había cambiado radicalmente en ellos. El sexo no dejaba de ser abrasador, intenso y lleno de anhelo mutuo, pero a la vez también era distinto.

Los besos de Gabriel, creando un mapa húmedo y erótico en cada rincón del cuerpo de Aubrey, expresaban en silencio lo que su mente le exigía reconocer, mas no se atrevía a verbalizarlo. Él devoró la boca de su amante como si fuese la última gota de agua fresca en un territorio inhóspito; un territorio en el que ella era la belleza y también lo efímero, mientras él intentaba que no se esfumara entre las líneas del tiempo. Gabriel penetró a Aubrey con dureza, ímpetu y vehemencia; el cuerpo que lo recibía estaba resbaladizo, apretado y suave. Cada embestida era una declaración silenciosa de una emoción profunda, pero también una petición para saber si ella pasaba por la misma turbulencia. Los ojos castaños parecían leer lo que aquellos océanos azules pretendían mostrar, pero la bruma de la pasión obstruía las sutilezas.

Aubrey sentía que su cuerpo se abría a Gabriel en una entrega sensual. Le rodeó la cintura con las piernas y, con los talones, lo instó a que entrara más profundo en ella. Le gustaba escuchar los gruñidos de placer; las palabras soeces de cruda pasión sobre todo lo que quería hacer con ella; la forma en que succionaba sus tetas y tiraba de los pezones con los dientes; la firmeza con la que embestía y abría su carne para hacerla llegar a cotas de gozo inimaginables. Pero, más allá de eso, Aubrey veía la tormenta en la expresión de Gabriel y comprendió, en una realización silenciosa y temerosa de equivocarse, que tal vez lo que decía Clarissa podría ser cierto. «¿Qué pasaría si las emociones de este magnífico hombre eran más que solo deseo y lujuria por ella? ¿Qué hombre compraba un jodido bar, súbitamente, para que su amante —ni siquiera su novia oficial— se sintiera segura y bailara a gusto cuando quisiera?».

—Me has embrujado… —gruñó Gabriel, una mezcla de rendición y reproche.

Aubrey elevó las caderas y esbozó una sonrisa. Arqueó la espalda cuando Gabriel bajó la cabeza, hasta capturar uno de los pezones sensibles. Lo lamió, lento. Ella soltó un sollozo, enterrando los dedos en los cabellos suaves, instándolo a que se mantuviera entre sus senos, mamando de ellos y jugando con esa boca pecaminosa.

—De ladrona a bruja, ¿es ese un mérito…? —preguntó ella, jadeante.

Gabriel se ancló profundo en Aubrey y luego detuvo todo movimiento. Deseó que no hubiese barreras entre su miembro y el delicioso canal mojado e íntimo, pero respetaba que para ella fuese importante el preservativo, aunque tomara la píldora.

Él sonrió de medio lado. Sus cuerpos estaban bañados por una pátina de sudor. La ropa, que se quitaron a trompicones ni bien entraron en la mansión, estaba dispersa en distintos lugares del camino que hicieron hacia la habitación. Se miraron, agitados.

—No, el mérito es que hayas logrado volverme cautivo de tus besos.

—¿Eso es bueno…? —preguntó en un susurro, sintiéndose vulnerable.

—Eso es muy peligroso —replicó quemándola con el fuego azul de su mirada.

Aubrey no logró que él ampliara el significado detrás de esa respuesta, pues empezó a moverse de nuevo en su interior. Se besaron largamente. Cabalgaron juntos la ola creada a partir de la agitación de los sentidos, las emociones nobles y aquellas perversas, todas propias de la lascivia y la gula del placer. Gabriel echó la cabeza hacia atrás y soltó un gruñido primitivo, uno que reafirmaba su conquista, pero también daba a entender que la mujer que yacía bajo su cuerpo era suya. Aubrey, ajena a la necesidad de territorialidad en Gabriel, sintió cómo el pene vibraba contra sus paredes en el momento en el que él llegaba la orgasmo. Su cuerpo

experimentó las vibraciones que eran la antesala del clímax; sintiéndose lleno por completo, ensanchado y empapado, el sexo de Aubrey empezó a contraerse en espasmos. Ella gritó el nombre de Gabriel con un abandono que rozaba el delirio, como si en ese instante no hubiera más que el gozo que la desbordaba y el imponente hombre que estaba poseyéndola.

Aún en el interior de Aubrey, Gabriel apartó el rostro del cuello femenino. A medida que ambos regresaban de aquel viaje único, al que muchos llamaban Nirvana, él depositó besos y mordiscos suaves en la boca, la quijada y los pechos generosos. El corazón de Aubrey no bajaba el ritmo de las palpitaciones, de hecho, parecieron acelerarse. Cerró los ojos para evitar que él notara la emoción que la embargaba. Esta era más fuerte de lo que podía expresar en palabras. Aunque aún había aspectos de Gabriel que necesitaba descubrir, la certeza de sus propias emociones la abrumó.

—Bree —susurró él—, mírame. ¿Todo bien? —preguntó saliendo de ella.

Aubrey sintió la pérdida de esa sensación íntima. Como si hubiera leído sus pensamientos, Gabriel la tomó de la cintura e invirtió posiciones, dejándola sobre él.

—Sí —sonrió acariciándole la mejilla—. Más que bien, Gabe…

Él frunció el ceño, porque no lo convencía por completo. No quiso presionar.

—Quédate conmigo esta noche —pidió acariciándole los costados con suavidad. Él no amanecía con sus amantes, pero en todas las ocasiones en que Aubrey se marchaba, después de haber tenido sexo o salido juntos a alguna parte, Gabriel no lograba explicarse la sensación de vacío que le quedaba—. Haré que valga la pena.

—Suena tentador, en especial si es una de tus promesas, porque sé que siempre las cumples —murmuró y se acomodó para besarlo. Gabriel devolvió el beso con una velocidad lenta y sensual. Sus lenguas danzaron en un camino que creaba fuego.

—Mmm, Bree, tus besos tienen un toque sutil de tequila y vodka. Ambas bebidas me gustan… —replicó acariciándole la espalda y luego sujetándole las nalgas.

—Tienes un fetiche con los líquido comestibles y mi cuerpo, ¿o me equivoco?

Gabriel soltó una carcajada ronca.

—Sí. Nunca he bebido tequila de tus tetas —dijo moviendo el pulgar sobre el labio inferior de Aubrey—. Pero me apetece embriagarme de ellas, de ti, esta noche.

—Puedo quedarme contigo hoy, mañana mi jefe tirano no me ha designado tareas bajo el concepto de horas extras. Así que tengo el domingo libre —se rio cuando Gabriel le dio un azote en el trasero—. Háblame más de ese asunto del tequila.

Él esbozó una sonrisa, subió y bajo las manos, recorriendo la piel tersa.

—Antes de perder la razón por completo, quiero comentarte un asunto —replicó haciéndole un guiño. Ella, sonrojada, hizo un asentimiento—. En dos semanas, uno de mis mejores amigos, Chase, hará una barbacoa por su cumpleaños. Será un domingo en la tarde. Si no tienes planes ese día, me gustaría que vinieras.

Aubrey lo miró con un atisbo de duda.

—No lo sé, Gabe… ¿Estás seguro? El otro día te enfadaste, porque Roseanne me invitó a la cena de compromiso de Hans y Olivia. No quiero que luego te arrepientas y actúes conmigo como si hubiera cometido una ofensa —murmuró.

—Ofensa sería tener una amante tan sexy e inteligente y no presumir de ella ante mis amigos —expresó mirándola con franqueza —. Chase, al igual que Knox, tiene debilidad por todo lo vinculado a la tecnología. No tiene tu coeficiente intelectual, ni tu talento informático, así que una dosis de humildad le vendrá bien.

Aubrey se sintió conmovida por la forma en la que él parecía orgulloso de estar a su lado. Sabía que era una mujer valiosa, pero

que Gabriel tuviera gestos sutiles —detalles que le dejaban claro que lo estimulaba física e intelectualmente— reafirmaba esa percepción de sí misma y también cautivaba su corazón. Lo miró en silencio durante un instante; tratando de analizarlo. Deseó poder retroceder el tiempo y borrar la certeza innegable que amenazaba con cambiar todo entre ellos. Una certeza que, por ahora, prefería callar, porque no quería arruinar lo que aún podían vivir juntos.

Pensó que aún tendría tiempo para reflexionar con calma sobre su situación con Gabriel: sopesar pros y contras, encontrar respuestas, entender sus emociones y, entonces sí, tomar una decisión. Pero el universo acababa de mostrarle una verdad irrefutable. Al parecer, las revelaciones llegaban cuando se necesitaban, no cuando se deseaban. En algún punto de los últimos meses, ella había roto su única condición: no crear complicaciones. Quiso reírse, por no llorar, pues *complicación* era precisamente lo que implicaba estar enamorada; lo que implicaba amar. La revelación la dejó temblando, no podía confesarle algo así a Gabriel, así que optó por sublimar la condensación de todas las emociones con un beso. Capturó los labios sensuales de este hombre que, sin saberlo, tenía su corazón en las manos. Fundió su boca y paladeó el sabor del hombre que sabía cómo acelerar sus sentidos. Esta era la primera vez que tenía una certeza tan brutal con respecto al amor de pareja. Lo que sintió por Bastian y otros chicos, inclusive, fue una mezcla de ilusión y rebeldía, algo insignificante frente a la magnitud de lo que sentía por Gabriel. Ella tragó saliva. Podía amarlo sin decírselo, mas ignoraba cuánto tiempo sería capaz de guardar estos sentimientos que, ahora que los había reconocido como reales y dándoles un nombre claro, parecían desear explotar en su pecho. Necesitaría hallar el momento para decirle que el affaire tenía que acabar, poque se había enamorado. O preguntarle si sentía lo mismo que ella.

El riesgo era claro: todo o nada.

Pero esta noche, Aubrey necesitaba interiorizar toda esta brutal realización y a la par quería disfrutar de Gabriel. Quería vivir estos instantes sin reservas y con la libertad que le daba la certeza de la sinceridad consigo misma. Le sostuvo la mejilla y esbozó una sonrisa

antes de besarlo. Sus bocas se fundieron. Aubrey experimentó esta vez un calor especial, diferente, que se expandió por todo su cuerpo. El terremoto emocional era real, pero se enfocó en devorar la boca masculina, así como Gabriel devastaba la suya; quebrándola y reconstruyéndola a la par; impregnándose de nuevo en ella de una manera distinta, sin él saber el oleaje de sensaciones que la invadían.

Aubrey decidió que podía lidiar con la intriga de conocer más sobre Gabriel e ir descubriendo más sobre él, poco a poco. No iba a confesarle que lo amaba y que estaba enamorada, porque primero ella necesitaba acostumbrarse a esta realización. Además, no creía que Gabriel continuaría a su lado si sabía que había roto la principal regla de ese affaire. Él se resguardaría en una muralla de indiferencia y la excluiría. No estaba lista para algo así. Necesitaba tiempo. «Quizá, Clarissa tenía razón y él sentía algo más que lujuria», pensó, mientras lentamente Gabriel rompía el beso y la miraba esperando a que le diera una respuesta sobre su invitación a la barbacoa del tal Chase.

—Me gustará poder conocer a tus amigos, pero tienes que darme pistas para comprarle un obsequio a Chase por su cumpleaños —dijo ella con una sonrisa, aunque por dentro todo estaba vuelto del revés. Sin duda, le venía estupenda la analogía de sí misma con Ícaro. Aubrey sentía que estaba volando demasiado cerca del sol. La diferencia era que ella continuaba de una pieza, no se había quemado. Aún.

—No hace falta —replicó incorporándose con Aubrey en brazos. Ella soltó un grito leve por la sorpresa—. Vamos a ir a por ese tequila y lo beberé en mi estudio.

Aubrey soltó una carcajada y se aferró al cuello de Gabriel para mantener el equilibrio, mientras él se movía con facilidad —como si ella no pesara nada— y bajaba las escaleras. Una vez que entraron a la estancia, lo primero que hizo Gabriel fue elegir el tequila más costoso de su bar personal. Ambos estaban desnudos y la casa, vacía. Durante el trayecto que hicieron desde el lugar de la fiesta,

Gabriel llamó a su ama de llaves para exigir que el personal de servicio se marchara. Él no le dio explicaciones.

—¿Te he dicho que eres la mujer más sexy que conozco? —preguntó él.

—Mi memoria está fallando —dijo con una sonrisa.

—Entonces —expresó elevando la botella de Clase Azul Ultra y vertió primero un par de gotas en los pechos, contemplando con avidez cómo recorrían la piel y una de las gotas quedaba justo en la punta de un pezón erecto—, quizá tenga que demostrártelo. No existe mejor manera de hacerlo, pues las palabras no alcanzarían.

—Sí, una demostración… —dijo ella y acarició el glande con lo dedos.

—Después… —gruñó él, apartándole la mano con suavidad—. Solo disfruta.

Aubrey se sonrojó cuando Gabriel bebió de sus tetas con avidez. El líquido se empezó a regar por su cuerpo. A él no le importó en absoluto que la alfombra se humedeciera. Para Gabriel solo contaba paladear el mejor sabor: Aubrey, y hacerla consciente de lo mucho que le gustaba darle placer. Ese instante fue el inicio de una increíble y decadente sesión de sexo, tequila y secretos sin confesar. Erotismo crudo.

Cuando terminaron en el estudio, Gabriel y Aubrey regresaron entre risas, achispados, a la suite y se ducharon juntos. Él fue consciente de que en realidad no se había embriagado de tequila, sino de la mujer que sería suya hasta el amanecer. «¿Cómo conciliaba las promesas del pasado con las posibilidades impensadas, y complicadas en todos los sentidos, del presente? ¿Qué carajos estaba sintiendo por Aubrey y cómo se suponía que debía reconciliar eso con los aprendizajes que le había dejado el abandono? ¿Dónde estaban las putas certezas que necesitaba?», se preguntó Gabriel, mientras abrazaba a Aubrey con fuerza contra su cuerpo. Por supuesto, no obtuvo respuestas, pero se regodeó en el peso cálido de su amante entre los brazos.

Gabriel la secó con cuidado, sin dejar de tocarla; ni ella tampoco parecía capaz de quitarle las manos de encima. La frenética necesidad del otro se incrementaba con los días, nunca disminuía; era adictiva y férrea. En la cama, besándole el cuello y acariciándole el cuerpo con una letanía sensual, Gabriel la penetró con suavidad. Se deslizó en ella en un ritmo acompasado. Aubrey no tenía reparos en pedir lo que necesitaba y deseaba, y él estaba más que gustoso de dárselo. Los gemidos de ambos se fundieron en una banda sonora intensa, posesiva y arrebatadora que reproducía algo que iba más allá del canto de sus cuerpos ante el deseo. La cúspide de la nota final fue un orgasmo compartido, la estocada que daba cuenta del final de una larga y apasionada noche. Una noche que acababa de transformarlos, dejándolos exhaustos e íntimamente unidos de un modo que traspasaba la barrera física y que ninguno tuvo la capacidad de anticipar. Pero después de una sinfonía vibrante llegaba la calma.

Una calma serena que contenía secretos, pasión, riesgos y posibilidades.

Una mezcla peligrosa, sin duda.

Aubrey y Gabriel eran ajenos a las decisiones y confabulaciones del destino, a las tensiones y deliberaciones entre Cronos, Eros, Cupido y Morfeo. Lo que se discutía en silencio tenía nombre: Medusa. Su regreso era inminente e inesperado, y con ella, la posibilidad de que todo cambiara. Los vientos pronosticaban tormenta. El reloj de la suite siguió marcando las horas, mientras el sueño vencía a los amantes.

CAPÍTULO 18

Aubrey se frotó los párpados con los dedos y soltó una larga exhalación, mientras acomodaba la espalda contra el respaldo de la silla en la oficina de IT. Estaba agotada, pero feliz. El desarrollo del *software* para el proyecto Wide Whole estaba casi completo. Ella había colaborado en sus horas disponibles, que no eran muchas debido a todas las actividades que tenía que coordinar para Gabriel, y también había creado camaradería con sus compañeros del departamento de tecnología. Los ingenieros la guiaban y ayudaban en los procesos. Ella aprendía siempre algo nuevo. Pero esa alegría estaba opacada por los resultados del desempeño deportivo de su hermano.

Craig siguió al pie de la letra las instrucciones del entrenador personal, consumió la dieta que le asignaron y no faltaba a ninguna clase del colegio para así mantener las calificaciones altas. Pero las consecuencias del accidente, aunque no eran catastróficas para desarrollar su vida normalmente, sí fueron un obstáculo para rendir en los niveles que Craig tenía que desempeñarse para volver a ser competitivo en la piscina. No había logrado alcanzar los tiempos básicos de nado cuando volvió al agua.

Después de una larga conversación con el entrenador de la secundaria, los médicos y los fisioterapeutas del gimnasio, su hermano terminó por aceptar que ya no estaba en condiciones físicas de competir otra vez en el equipo de natación. En consecuencia, tampoco en el de la Universidad de Nueva Gales del Sur. Las lesiones le impedían exigirle a su cuerpo como estaba acostumbrado, antes del accidente, y sería imprudente arriesgarse a tener daños de movilidad a largo plazo. Craig no se tomó nada bien la noticia. Faltó a clases durante varios días seguidos, se fue a beber con sus amigos y Aubrey tuvo que ir a sacarlo de un bar, donde —el muy idiota— se olvidó de llevar dinero para pagar la cuenta. El joven

estaba deprimido y furioso consigo mismo, aunque era consciente de que el atolladero en el que se encontraba era consecuencia de sus decisiones. No podía culpar a nadie. Su sueño de competir a nivel deportivo se había ido al traste, pero aún le quedaba una última carta para entrar a la universidad: intentar postularse a una beca basada en su rendimiento académico.

Esta última era una probabilidad baja, porque no era el alumno más brillante, pero tampoco podía dejar de intentarlo. Frente a todo este escenario, Aubrey se sentía impotente, aunque también sabía que no podía responsabilizarse por las decisiones equivocadas de Craig. Ella era un apoyo constante, sí, mas no su salvadora. Además, tenía que pensar en Bonnie. Los exámenes con los resultados de las inmunoterapias estaban pendientes y, aunque todos en casa intentaban mantener un ambiente positivo, esto empezaba a crear desazón. No importaba si el médico comentaba que el pronóstico, según las mejorías que Aubrey notaba en su madre, podría ser positivo. Hasta que no tuvieran los resultados en firme, la espera se parecía más a una tortura.

—¿Crees que soy un fracaso? —le había preguntado Craig varias noches atrás. Había estado cabizbajo y sentado en el sofá de la sala con expresión de amargura.

—No, lo que pienso es que nuestras decisiones traen consecuencias que pueden afectarnos a corto o a largo plazo. A veces, nos roban los sueños, ¿pero sabes qué es lo mejor, a pesar de lo trágico de tu caso, hermanito? —había replicado Aubrey.

Craig había soltado el aire, mientras buscaba, sin ganas, una serie para ver.

—¿Que ahora tengo un amigo multimillonario y que me ha obsequiado una membresía de por vida en su cadena de gimnasios? —había respondido haciendo alusión a Gabriel. Este, en las mañanas que la marea no permitía surfear, iba a entrenar a la misma sede en la que Craig estaba rehabilitándose. Se llevaban bastante bien.

Aubrey se había reído. Al parecer, su hermano veía en Gabriel una especie de modelo a seguir, algo que ella nunca habría imaginado.

No se había enterado de esa amistad, sino hasta mucho tiempo después de que Craig comenzara la rehabilitación, y solo lo supo porque su hermano se lo había dicho. Gabriel no le había contado que, además del chofer y la membresía, había inscrito a Craig en un circuito de conferencias con deportistas de alto rendimiento —medallistas olímpicos— diseñado para explorar cómo trabajar la mente cuando el cuerpo buscaba alcanzar su máximo potencial.

Saber que Gabriel, sin decirle nada, había entablado una amistad con Craig, la conmovió profundamente. Él no hablaba de lo que hacía por los demás, y eso incluía desde donar a hospitales, hasta hacerlo con organizaciones artísticas. Ella conocía esos detalles al ser su asistente personal. Gabriel era altruista, pero alérgico a los halagos.

—Gabriel es generoso, pero lo importante es que su tenacidad lo llevó a fundar su imperio de inversiones con Knox. Puedes aprender mucho de él. Así que aprovecha su cercanía, él no da su tiempo fácilmente a otros; escucha sus consejos, si acaso te da alguno —había dicho sonriendo con un toque de orgullo. Su hermano no era tonto y se había dado cuenta de que entre ella y Gabriel existía algo más que una relación de trabajo. Aubrey no había negado el hecho, tampoco ahondado al respecto—. Lo que te ha sucedido, Craig, te ayudará a encontrar otras vías para lograr tus metas. Si las anteriores no fueron posibles, entonces puedes trazar otras mejores.

—Lo sé… —había dicho perdiendo la sonrisa—. Te fallé a ti y a mamá.

Aubrey lo había abrazado y él, aún siendo el típico adolescente, no la apartó.

—Creo que has aprendido una lección complicada, pero aún tienes salvación. —Él se había reído sin alegría—. Encontraré la forma de que estudies medicina…

—No —había interrumpido apartándose y poniendo en silencio la televisión, mirando a su hermana—. Tú no eres mi mamá, Bree, y yo no quiero sentirme como un inútil mantenido por su hermana mayor. Has hecho suficiente por nosotros.

—No voy a asumir las consecuencias de tus errores, mas eso no implica que deje de ayudarte. Ustedes son todo lo que tengo, Craig, así que no es ningún problema.

—Sí, sí que lo es —había replicado él de inmediato—. Tengo dieciocho años, Bree, y estoy a punto de graduarme. Tengo la misma edad que cuando tú decidiste convertirte en el pilar de la familia y sacrificar todo por nosotros. Me aterra la idea de fracasar, pero no podría vivir con la culpa de saber que tú no logras estudiar, porque te sientes responsable de mí. Estoy cabreado conmigo —había dicho tratando de que la voz no se le quebrara—. Intentaré buscar otro medio… A veces, me pregunto qué habría pasado si el imbécil de nuestro padre hubiera sido responsable y hubiese pensado en toda la mierda que nos dejaba: sin dinero, mamá enferma y siendo jóvenes.

Craig no le había confesado a su hermana que Gabriel sabía los sacrificios que ella hizo para mantener la casa: los trabajos de baja paga y extensas horas; dejar de estudiar; vender sus pocas alhajas; dar clases particulares; tener varios empleos para llegar a fin de mes y no dejar de pagar la hipoteca. El jefe de su hermana, después de escucharlo quejarse y expresar lo mal que se sentía por el tema de la beca, le había dicho que si de verdad le importaba Aubrey necesitaba ser más responsable de sí mismo y quitarle el peso que a ella ya no le correspondía. Después, Gabriel le había exigido al entrenador que aplicara una sesión más fuerte de ejercicios a Craig y así aprendiera que el dolor y el esfuerzo físico, también se equiparaba al mental que sobrellevaba Aubrey. Craig, por supuesto, no había abierto la boca para reprochar.

—Eso da igual. Espero que sea feliz con la fortuna que le heredaron cuando nos abandonó y se largó con su amante —había replicado Aubrey revolviéndole el cabello con los dedos, tal como solía hacer desde que él era un crío—. Lo que de verdad importa es que siempre podrás contar conmigo, y también con nuestra madre.

—Sé que no es fácil —había dicho preocupado—. No me daré por vencido…

—Y vas a dejar de beber como un idiota —había interrumpido ella. Le habría gustado hacer más por él, pero sentía que, si se quería a sí misma, tenía que reconocer que era momento de velar por sus propios sueños. Era distinto con su madre. Bonnie era una responsabilidad del corazón, y Craig también, pero esta vez él había cometido un error del que tenía que tomar pleno control—. No puedes continuar dándole preocupaciones a mamá. Y yo no quiero salir en plena madrugada a un bar a buscarte.

Craig había hecho una mueca y asentido.

—Supongo que sí, o el entrenador me mandará a la mierda en el gimnasio —había expresado—. Tampoco echaré a perder la membresía que me obsequió Gabriel. Él se ha portado bien conmigo, así que no quiero quedar mal —había murmurado.

Aubrey había sonreído sin hacer más comentarios. Los dos hermanos habían pasado horas, sin poder despegar la atención de la pantalla, viendo The White Lotus.

El sonido de la puerta de la oficina abriéndose regresó a Aubrey al presente.

Luke Branstein, el especialista en robótica e inteligencia artificial del departamento, se había convertido en algo parecido a un mentor para ella. El ingeniero formaba parte de varias contrataciones nuevas que se habían hecho en la compañía, y solía quedarse hasta altas horas de la noche, porque su contrato era para contribuir a sacar adelante Wide Whole. El hombre la alentaba cuando ella se frustraba y también le ofrecía algunos consejos sobre cómo navegar el asunto de la universidad para elegir bien las materias, hasta cuando pudiera pagar el pénsum completo. A veces, cuando —como esta ocasión— se quedaban solos, él solía contarle de las travesuras que hacían sus hijos. No esta vez. Branstein le señaló el reloj de pared de la oficina.

Las nueve de la noche. El tiempo se le había pasado con rapidez, pues era lo que solía ocurrirle a Aubrey cuando tenía una pantalla de programación frente a ella o un proyecto que la apasionaba, como ahora. En el móvil tenía un mensaje de Gabriel de hacía dos horas atrás. Él le recordó que, aunque le apetecía untar de chocolate

derretido su sexo y lamerla, hasta que se corriera, esta era noche de Póker con sus amigos. Le dijo que no se quedara en la oficina hasta tan tarde. Ella guardó el móvil.

—¿Se te quedó algo? —preguntó Aubrey con curiosidad.

Luke se había despedido instantes atrás. Ella movió el cuello que estaba tenso.

—Mmm, estaba a punto de salir del edificio —se rascó la cabeza frunciendo el ceño—, pero regresé cuando me llamó Gabriel. Dijo que si no te ibas de la oficina, las horas extras que hicieras hoy te las pagaría, pero descontándome de mi sueldo.

Ella lo miró horrorizada. Meneó cabeza.

—Qué ridiculez —farfulló apagando el ordenador y recogiendo su bolsa.

—Creo que no le gusta que sus empleados trabajen más de lo necesario. Un ejecutivo cansado no rinde y resulta una pérdida para la empresa —dijo en su habitual forma lógica de analizar—. Quizá no quiere repetir el asunto del *ransomware*, sobre el que me habló al contratarme. Me exigió sigilo y concentración con mente clara.

Aubrey se hubiera querido reír, porque en realidad se trataba de Gabriel siendo protector, así que solo miró a su compañero e hizo un asentimiento. Después salió de la oficina. Por supuesto, Jerry —al parecer, él había sido designado como su chofer regular y el de su hermano, que continuaba yendo al gimnasio— estaba esperándola. Esta clase de trato especial no había levantado murmuraciones en la oficina, porque Corrine y Herzog, inclusive, solían recibir esta clase de trato. La razón era simple: así se garantizaba que siempre estuvieran a tiempo en el sitio y hora que el CEO requería.

La diferencia era que Jerry también esperaba a por ella cuando, por simple conversación, Aubrey le comentaba a Gabriel que tenía que hacer alguna diligencia. Ella se enfadaba, diciéndole que no necesitaba un chofer, porque le gustaba tomar el transporte público. Sin embargo, dejó de quejarse cuando Jerry le pidió que se subiera

al coche, porque su jefe le amenazó con despedirlo si ella no usaba sus servicios.

Aubrey llevaba una semana pensando en lo que sentía por Gabriel, porque, tal como le dijo Clarissa, en cada ocasión que estaban juntos le dejaba un pedacito más de su corazón. No tenía inclinación por confesar sus sentimientos con la misma elocuente frontalidad que lo hacía con sus opiniones de otros temas, no obstante, sabía que necesitaba hallar la manera de sincerarse. Porque eso era lo justo. Si encontraba en Gabriel un atisbo claro de que él sentía por ella algo más que lujuria y posesión, entonces habría esperanzas de no perderlo. Pero si le decía que nunca podría corresponderla y que prefería retomar su relación estrictamente profesional, Aubrey necesitaría opciones para sanar su corazón. Luego hablaría con Zeik para buscar un nuevo cargo en la empresa que fuese distante de las oficinas gerenciales.

Sin embargo, ese sería un problema para dentro de un par de semanas, hasta que tomara la suficiente entereza para mirar a Gabriel a los ojos y decirle que lo amaba.



Tras su última llamada con el arquitecto principal del hotel en Towradgi Beach, creyó que todo seguiría sin tropiezos. Pero Gabriel no contó con que se estuvieran utilizando insumos distintos a los aprobados para el proyecto. Alguien había pasado facturas por un tipo de producto y utilizado otro en su lugar. El diseñador de interiores se negaba a trabajar con lo que consideraba materiales de segunda. Furioso por el sobrecosto que eso implicaba, Gabriel envió a una empresa auditora y también habló con sus abogados para ponerlos al tanto de lo que estaba ocurriendo. En cuestión de días, despidieron a los responsables del desfalco. Esta situación propició que Gabriel se viera en la obligación de recorrer las inmediaciones y hablar con los encargados.

La anterior fue la razón de que se hubiera despertado más temprano de lo habitual, para que su chofer evitara el tráfico y también para que los noventa minutos desde Sídney, hasta el sitio casi inhóspito de la construcción, no se convirtieran en tres horas. Por supuesto, le pidió a Aubrey que lo acompañara, porque si él iba a pasar un día entero fuera de la ciudad, pretendía aprovecharlo con la mujer que lo seducía con o sin proponérselo. El área de la obra no era habitable, salvo por el campamento de barracones que albergaba a más de cien trabajadores, así que él y Aubrey dejaron sus pertenencias en un hotel en Wollongong, a veinte minutos de la construcción.

Aunque Gabriel procuró estar concentrado en las minucias de los reportes que recibía, su mente no paraba de imaginar a Aubrey en bikini. Claro, el mejor traje en el que ella lucía despampanante era el de Eva, bajo su cuerpo para ser más exacto y gimiendo su nombre; pidiendo más de sus caricias, recreándose en sus besos y provocándole la efímera locura del éxtasis. Pero existía también un morbo excitante en el juego de la insinuasión: lo que estaba cubierto estimulaba la imaginación y prolongaba el deseo, a pesar de que conocía cada línea y sabores de la piel de Aubrey.

—Señor St. James —dijo Cody, el nuevo jefe de obra—. Lamentamos mucho los inconvenientes, pero ya han sido solucionados. Como puede notar —señaló el entorno, mientras la brisa del mar llevada por el viento agitaba la ropa— el hotel está bastante avanzado. Creemos que máximo en cinco meses estará terminado y listo para que, usted y el señor Redmond, tomen las acciones que hayan planeado con la obra.

—Bien —replicó Gabriel. No llevaba traje de oficina, él no era absurdo, sino un jean y camiseta azul. La ropa solo acentuaba su físico imponente. Unas gafas Ray-Ban estilo aviador cubrían su mirada del sol. Parecía un actor de cine, en lugar de un multimillonario, muy cabreado por cierto, ante la incompetencia de sus empleados. —. La única razón por la que he venido es para constatar los cambios y progresos. Si llegase a darse un nuevo contratiempo, voy a despedirte y a demandar a tu empresa.

El hombre esbozó una sonrisa nerviosa. Todos conocían la reputación de los St. James y también de Heath Redmond. Este último era prácticamente una celebridad en el mundo de los desarrollos inmobilarios. Quedar mal con estos hombres era un suicidio profesional y Cody no quería arruinar su impecable trayectoria de veinte años.

—Pierda cuidado —dijo Cody con seguridad—, como nuevo jefe de obra le puedo garantizar que no volverá a recibir una llamada con problemas, sino con resultados y avances. Procuraré enviarle novedades, a través de su asistente personal.

Gabriel comprobó la hora: casi las cuatro de la tarde. Había aprovechado el almuerzo en el barracón comedor para conversar con los empleados. Le parecía esencial que cada uno de ellos sintiera que formaba parte de algo más grande, que su trabajo era valioso y que él, como socio del proyecto, estaba al tanto de los avances. Se trataba de un asunto de moral de grupo, no importaba el rango jerárquico de ellos.

—Sí, haz eso —replicó el CEO, estrechando la mano del hombre.

Luego fue hasta el coche que estaba esperándolo para llevarlo al hotel.

Cuando entró a el bungaló con vistas al mar, lo recibió un absoluto silencio. Gabriel frunció el ceño y llamó a Aubrey, pero notó que el móvil estaba sobre el edredón de la cama. El hotel no era tan grande, aunque sí tenía un servicio de SPA. La recepcionista le informó que no había nadie bajo el apellido Blackeney recibiendo servicios de relajamiento o belleza. El acceso a la playa era privado y cada bungaló estaba muy separado de otros para conservar la discreción y tranquilidad del huésped.

Gabriel se acercó al balcón y la vio en la orilla del mar. Llevaba un bikini negro, pero estaba de espaldas. Una vista espectacular, sin duda, porque Aubrey tenía un trasero firme y tentador. Como si fuese un *voyeur* disfrutando de una escena que no era erótica, aunque su mente confabulara todo lo que deseaba hacer con su amante, él apoyó los antebrazos en el barandal de vidrio con metal

para contemplarla. El cabello lo llevaba recogido en una coleta alta, mientras ella parecía sopesar la temperatura del agua. Alrededor había un par de motos acuáticas. Esta no era una zona que tuviera por característica estar tan llena de turistas en estas épocas del año.

La vio caminar y mirar hacia un costado, como si sintiera su mirada, pero Gabriel no era tonto para creer en que algo así era posible. Por la tumbona y la toalla que estaban en la arena, él deducía que Aubrey llevaba algún rato en la arena. Le gustó saber que había aprovechado el día libre que acababa de darle. No lo hacía porque estuviera ofreciéndole un trato preferencial, sino porque la mujer trabajaba más horas que él algunos días. La empresa la compensaba —a ella y a todos los que hacían tiempo extra— muy bien. Pero después de la conversación que él tuvo con Craig, podía imaginar el nivel de tensión que Aubrey sentía ante la pérdida de la posibilidad de una beca deportiva para su hermano. Por eso, Gabriel la trajo a este lugar, aunque solo fuese durante un día. Ya que la mujer era necia y no le gustaban los tratos preferenciales, ni él solía darlos, al menos estaba en algún modo obligándola a tomar un día de descanso —que le correspondía— y respirar un aire distinto al de Sídney.

Si Gabriel le hubiera comentado que la razón de que le pidiera que viajara con él era descansar, mas no trabajar —como hizo creerle que haría—, Aubrey se habría negado. Una boutique de ropa envió al hotel varios bikinis, sarongs y detalles femeninos para la playa. Él hizo esa llamada. Cuando llegaron y Aubrey entendió lo que ocurría, lo sorprendió. En lugar de enfadarse por haberla llevado con un engaño a un día de playa —en horario de oficina— le rodeó el cuello con los brazos y lo besó con una pasión que estuvo a punto de instarlo a cancelar su visita a la construcción.

Ahora, mientras la observaba entrar en el mar, Gabriel en un gesto inconsciente apretó los dedos con fuerza alrededor de barandal del balcón. Como si temiese que algo pudiera ocurrirle, lo cual no tenía ningún fundamento. Aubrey se había colado bajo su piel con una sinuosa facilidad y él no podía evitar que su instinto protector aflorara cuando ella estaba alrededor. Sabía que su forma

de proceder con Aubrey contradecía las reglas de una aventura sexual, mas no le importaba. Ahora no.

Él sabía que dejarla marchar ya no era una opción.

No había dudas.

Intentaba darle forma a lo que sentía, encontrarle un nombre que su mente lógica pudiera procesar, pero Gabriel no tenía práctica en lidiar con emociones que no se redujeran al deseo pragmático. Sus relaciones pasadas habían sido básicas: sexo, despedidas; no exigían profundidad ni permanencia. Por eso Aubrey lo descolocaba tanto, porque no se parecía a nadie. Ella no pedía ni forzaba nada; se zambullía en la misma plenitud de la serena complacencia mutua. Una serenidad que Aubrey ignoraba que Gabriel sentía por primera vez con una mujer. El que comenzaba a pensar en cambiar los términos del affaire —y a entender por qué lo deseaba así— era Gabriel. Ese limbo que él había permitido que se abriera, sin darse cuenta, comenzaba a pesarle un poco más, a medida que pasaban los días. Aubrey había logrado, sin tener conocimiento de ello, que él se cuestionara muchos temas que llevaba años evitando. Por ese motivo, Gabriel necesitaba presionarse y esclarecer todos sus sentimientos.

Aubrey se sumergió en el agua, aunque él no podía identificar con claridad los rasgos del rostro femenino, sí podría decir que la forma en que nadaba de espaldas y se movía en el agua era de absoluta libertad. Alegría, inclusive. Se halló sonriendo por inercia. Decidió apartarse y esperarla en la suite cuando volviese, pero en su mirada periférica algo lo detuvo. Más bien, lo aterró e hizo que un frío gélido le recorriera la columna vertebral. Una mezcla del pasado con el presente, un miedo que creía haber olvidado, pero esta vez con un toque más excruciante, se apoderó de él. Una de las motos acuáticas que, hasta hacía un largo rato, parecía lejana, iba en dirección a Bree.

—¡Aubrey, Aubrey! —gritó Gabriel a todo pulmón—. ¡Sal del agua AHORA!

Obviamente, ella no era capaz de escucharlo. Estaba en el mar, ajena al mundo y sumida en su delicioso momento de espaldas sobre el agua cristalina del océano. Él se quitó la camisa, los zapatos y el jean a toda velocidad, los fue dejando en el camino, mientras corría hacia la playa. No quedaba tan lejos. Quizá pocos minutos desde el bungaló de ambos, pero en esos instantes a Gabriel le parecieron cinco largas horas.

El hombre a bordo de la moto mantenía el mismo ritmo, haciendo piruetas sobre las olas, sin importarle nada alrededor. El acompañante echó la cabeza hacia atrás, al parecer carcajeándose quién sabría de qué. Gabriel entró al agua y maldijo que Aubrey se hubiera alejado tanto de la orilla. Se movió con velocidad, pero solo era humano y no poseía la capacidad de un motor que se deslizaba con vertiginosa rapidez sobre el agua. Vio con horror cómo el aparato pasaba por donde estaba Aubrey, impidiéndole a él verla por completo. Sintió que el mundo se hacía añicos a su alrededor. Gabriel continuó moviéndose en el agua, con el corazón palpitando desesperado, y solo se detuvo en seco cuando vio a Aubrey —como si no hubiese estado a punto de morirse— aún dándole la espalda, mientras se ajustaba la coleta con calma. Al fin logró llegar hasta ella. Se acercó, la agarró de la cintura y la abrazó.

—¿Gabe…? —preguntó Aubrey con sorpresa—. Hey, ¿qué pasa? No puedo respirar… —murmuró contra los pectorales. Podía escuchar el corazón acelerado.

Aubrey no había imaginado que él entraría al mar. En todas las ocasiones que salieron de paseo en el yate, Gabriel jamás se lanzaba al agua. De hecho, desde el principio, dejó claro que los paseos eran solo eso: navegar, no nadar. Cuando ella lo cuestionaba al respecto, él esquivaba el tema, y Aubrey tampoco insistía demasiado. Sabía que Gabriel se metía al mar para surfear, pero lanzarse del yate era prohibido.

La fuerza con la que estaba abrazándola la preocupó. Parecía como si no quisiera soltarla nunca. Ella estaba en una parte algo

profunda, así que sus pies flotaban y solo se mantenía en la superficie gracias a que Gabriel la estaba sosteniendo.

—Gabe… —insistió ante el silencio.

Él aflojó el agarre. Le sostuvo la cintura con una mano y el rostro con la otra.

—¡¿Qué carajos crees que estabas haciendo, Aubrey?! —gritó.

Ella lo miró con incredulidad. Frunció el ceño. El grito se perdió en el viento.

—Gabe —expresó confusa, ante la mirada consternada y turbulenta—. Me dijiste que podía hacer lo que deseara y que no necesitabas que trabajara hoy, así que…

Gabriel la sacudió, como si intentara asegurarse de que estaba viva, enojado.

—¡Me quitaste veinte años de vida, creía que la puta moto de agua te había matado! —exclamó fuera de sí, algo muy impropio de su carácter—. ¡¿Estás loca?!

Aubrey, que no comprendía nada, intentó apartarse. Él no la dejó.

—No me grites, Gabriel —replicó con una mezcla de desconcierto, porque jamás lo había visto tan alterado—. No entiendo tu forma súbita de actuar esta vez. Soy una experta nadadora, como todo australiano promedio; me estaba relajando; y los chicos de la moto me gritaron que iban a pasar, que probablemente harían una gran ola, pero que tenían calculada la distancia. Así que solo me aparté un poco…

—Mierda —dijo—, mierda —repitió y cerró los ojos. Apoyó la frente contra la de ella. Permaneció en absoluto silencio un largo rato—. Estás bien entonces…

Aubrey dedujo que esto no era algo súbito. Que la reacción de Gabriel conllevaba algo mucho más profundo que un susto tan solo porque una moto pasó cerca suyo. Ella nunca estuvo en peligro, todo estaba bien, así que el problema aquí era el hombre que la sostenía como si temiera que fuese a esfumarse entre sus brazos

con la siguiente ola. Aubrey controló el enfado por esta reacción desmedida de Gabriel, porque las últimas palabras que él acababa de pronunciar tenían un toque casi vulnerable. Como el que las personas usaban al creer que un evento catastrófico era inevitable, pero, de repente, recibían la noticia de que solo había sido un susto.

—Gabe —susurró acariciándole los cabellos—. Nunca estuve en riesgo.

La respiración de él no se calmó por completo. Su sistema de alerta continuaba encendido, así como también el pico de adrenalina que se había disparado. En la inmensidad del océano, sintiéndose un minúsculo ser vivo, recordó su fragilidad y la de quienes lo rodeaban. También supo lo que le pasaba a él con respecto a esta mujer.

—No puedo perderte —farfulló en un tono tan, pero tan bajo, que no creía que ella lo habría escuchado. Además, tampoco importó, porque los sentidos de ambos fueron arrastrados por una potente sensación de pertenencia cuando la boca de Gabriel se apropió de la Aubrey. Ella soltó un jadeo, le rodeó la cintura con las piernas y se entregó con intensidad a la manera posesiva en la que él empezó a besarla.

Aubrey sintió que él la besaba como si estuviera ahogándose y ella fuese el aire que necesitaba para sobrevivir; como si esta fuese su única oportunidad de algo que ella no lograba comprender; como si quisiera paladearla para recordar su sabor, pero también impregnarla del suyo para que nunca lo olvidase. La besaba como si ella fuese la única mujer en el mundo que él hubiera deseado nunca. Aubrey lo besó de regreso de la misma forma, pero en su lenguaje estaba demostrándole que cada beso era una declaración de cuánto lo amaba. Las manos de Gabriel le recorrieron el cuerpo, tratando de verificar que estuviera bien, reconfirmar; luego esas manos se volvieron toques calientes capaces de elevar la temperatura del agua e inclusive evaporarla.

Gabriel apartó con facilidad los triángulos que apenas lograban cubrir los senos. Le mordió los pezones erectos, salados por el mar,

y luego los chupó. Aubrey soltó un gemido largo y sensual, a la par que movía las caderas contra la dureza de Gabriel cubierta por el bóxer. Era evidente que él había corrido desde el hotel creyendo que ella estaba en peligro. La boca masculina no podía dejar de mamar de las tetas generosas y firmes, porque sabía cuándo disfrutaba ella de sus caricias. Aubrey movió el elástico del bóxer y agarró la erección con la mano, la acarició y le gustó que, al masturbarlo, los dientes de Gabriel se afianzaron en sus pezones. Estaba mojada.

La única protección sería la píldora anticonceptiva que Bree estaba tomando, tal como ya había ocurrido otras veces, aunque en está ocasión la emoción se sentía diferente. Estaban envueltos en una confianza más profunda y esclarecedora. Serena.

—Por favor, tómame… Tómame, Gabe —susurró con desesperado anhelo.

—Eres hermosa, Bree —dijo mirándola—, y me vuelves loco.

—Lo sé —susurró cuando él movió la parte inferior del bikini y entró en ella —. Oh, sí. Quiero más… Tú, Gabriel St. James, me encantas —expresó con voz sexy.

—Tan apretada, Bree y deliciosamente mía —gruñó entrando en ella.

Aubrey le sostuvo el rostro entre las manos, no quería que apartara la mirada, deseaba que pudiera leer en sus ojos lo que gritaba su corazón, mientras sus cuerpos se comunicaban con la elocuencia primaria de la que eran capaces. En medio del vasto mar, alejados de la orilla, sin testigos alrededor, las caderas de ambos se ondularon. Crearon sus propias olas entre la salvaje naturaleza marina que los acogía y permitía irradiar la misma libertad con la que esta había surgido desde tiempos inmemoriales.

—Tuya, sin duda… —dijo antes de besarlo, sus pulsos sincronizados, y ella olvidándose de cómo era sentir que su corazón le pertenecía, pues su dueño estaba conquistando cada parte de sus sentidos—. Más, Gabe, quiero más… Sí… Oh, Dios.

Gabriel sintió el beso de Aubrey como si hubiera sido un rayo que sacudía la tierra en plena tormenta; un beso que se impregnaba en la sangre y se apropiaba de la mente con una perfección que solo podía repetir cuando se besaban. Solo con ella.

—Déjate ir, Bree —gruñó, mientras su miembro expulsaba la consecuencia del deseo tangible, y ella gritaba en éxtasis contrayéndose a su alrededor—. Joder…

Permanecieron arrullados, quietos, escuchando el mar y el romper de las olas muy lejos en la orilla. Sus corazones latían desbocados, pero poco a poco empezaban a ralentizar sus palpitaciones. Aubrey abrió los ojos y vio la fiereza en los de Gabriel. Una ráfaga contundente de realización pareció golpearlos a ambos. La conexión que ya existía, que se había fraguado a lo largo de tantas semanas, paulatinamente, y cada vez con más fuerza, pareció afianzarse con una potencia inamovible; muy profunda. De aquellas conexiones inquebrantables, imperecederas y capaces de mover las voluntades más férreas, así como también poseían el poder de devastar por completo.

—Bella —dijo él besándole los pechos desnudos, antes de cubrirlos con la tela del bikini. Salió del interior de Aubrey y acomodó su bóxer—. Salgamos de aquí.

Ella esbozó una sonrisa radiante. El rubor de sus mejillas, cuando la realidad cayó sobre lo que acababa de hacer, hizo que Gabriel se riera, mientras iban a la orilla. No había nadie en los alrededores, pero aunque hubiera gente tampoco habrían visto a Aubrey, pues la espalda masculina estuvo hacia el hotel todo el tiempo. Entraron en la suite, en lugar de bañarse juntos en la ducha, se metieron al jacuzzi. El sol estaba a punto de ocultarse y los colores del horizonte mezclaban naranjas, rosas y azules.

Aubrey besó la mejilla de Gabriel.

—Háblame, por favor —expresó con suavidad.

No hacía falta que diera argumentos sobre lo que estaba pidiéndole.

Gabriel tomó una larga inhalación. Le debía una explicación, sí.

—No quise gritarte de ese modo, pero creía que te había… Me disculpo.

—Estoy muy viva, lo acabamos de reafimar —dijo en tono suave y tratando de quitar la súbita tensión que notó en los hombros masculinos. En un gesto que no era sexual, ella se acomodó a horcajadas sobre él—. Tu reacción me asustó, pero pienso que proviene de un punto específico de alguna experiencia. ¿Está relacionado con el hecho de que nunca has querido que nos lancemos al mar desde tu yate…?

Él la sostuvo de la cintura, mientras el agua caliente burbujeaba.

—Sí… Una experiencia que me cambió para siempre. Hace muchos años.

Aubrey le acarició el cabello y esbozó una sonrisa leve.

—¿Sería cruzar el límite, si te pido que me la cuentes? —preguntó.

Gabriel se quiso reír. «Si supieras, belleza mía, lo que acabo de comprender», pensó. Porque si ella no buscaba complicaciones, lo más probable es que lo rechazara.

—No, no lo es —replicó mirándola a los ojos—. Puede que lo que voy a decirte cambie radicalmente cualquier opinión positiva que tengas sobre mí, Bree.

—Lo dudo —sonrió—, y eso que me has dado suficientes argumentos.

Él meneó la cabeza, pero no compartió la sonrisa.

—Cuando estaba en el proceso de crear Aussie Equinox fuimos de viaje a Whitsundays. Mi grupo de amigos era de cinco personas: Chase, Knox, Jesse, Oleg, y Calder. Por mi imprudencia y arrogancia este último murió al caer del yate en altamar.

—Gabe… —expresó con pesar, pero lo dejó hablar a su ritmo.

Él sintió que una compuerta se abría y empezó a relatarle, sin caer en detalles específicos, lo que había ocurrido durante ese viaje.

Le comentó sobre las chicas que sus amigos conocieron en la mañana. También mencionó la existencia de la hermana de Calder, pero no quiso contaminar su relato mencionando descripciones que no tenían sentido, como el *crush* de ella con él o lo sucedido en la piscina de la casa de Knox en Whitsundays. Le explicó que pudo haber impedido y rehusado que Calder subiera al yate, considerando que este estaba ebrio e inclusive así habría salvado los dedos de Claudia de una situación que no tendría forma de revertirse. Le habló de la agonía emocional al no poder salvar a su amigo, el duelo que vivieron todos los del grupo, los años de culpa que cargó con él, así como los rituales anuales de reunirse en el aniversario de la muerte y el cumpleaños de Calder. Le explicó que a causa de esa experiencia, al verla hoy en el mar y la moto acuática tan cerca, solo pensó lo peor.

—Gabe —dijo con dulzura y le acarició las cejas—, tu mente respondió al trauma del pasado y te impidió notar con claridad que yo nunca estuve en riesgo.

—Ahora lo sé —replicó soltando una exhalación.

—Siento muchísimo lo que ocurrió con Calder —expresó con sinceridad. No le gustaba imaginar a un Gabriel asustado, lleno de culpa, y con tantos años llevando ese peso sobre los hombros—. Me apena saber que su hermana no logró ser concertista, yo sé lo que implica un sueño truncado o aplazado. No puedo decirte cómo sentir, pero sí recordarte que solo eras alguien alrededor de mi misma edad, en aquel tiempo, y que querías pasarla bien. Los accidentes, unos con finales salvables y otros no tanto, ocurren siempre. Según lo que me acabaste de decir, Calder eligió actuar contra las normas y el sentido común. Fue su decisión, no la tuya, y también una sucesión de hechos desafortunados que propiciaron que él ya no esté con ustedes.

Aubrey entendió que aquella era una de las grandes sombras en la vida de Gabriel, y la razón por la que prefería ser metódico, antes que reaccionar súbitamente. No era miedo a sus propias emociones, sino al peso de las consecuencias. Gabriel cargaba con la creencia

de que su imprudencia había causado la muerte de Calder. Pero, como ella acababa de decirle, no era cierto. Él no podía asumir la responsabilidad de las decisiones de otros. Era como regalar un cuchillo de cocina y que alguien lo usara para matar: eso no convertía en cómplice a quien lo obsequiaba.

Gabriel soltó una exhalación. En un gesto sosegado, subió y bajó las manos por los costados de Aubrey. La calidez de la piel de seda era su refugio de confort.

—Sí… —replicó sintiendo un inmenso alivio de haber compartido algo tan importante con Aubrey—. Fueron muchos factores, pero la forma en que murió —meneó la cabeza— fue muy cruel. No merecía sufrir así… Su futuro era brillante.

Ella lo miró con dulzura. Este era el Gabriel vulnerable, pero igual de fuerte que aquel que capeaba todo los vendavales en la oficina y lograba grandes proyectos. La fortaleza de él no radicaba en su poder o influencia, sino en su consideración, generosidad y humanidad que no permitía que otros, fuera de su círculo íntimo, conocieran. Si la sociedad supiera todo el trabajo filantrópico de Gabriel, lo dejarían de ver con un hombre encantador, pero distante o arrogante; lo empezarían a percibir como alguien cercano y empático. Aubrey sentía que estaba haciéndola partícipe de algo que él consideraría un privilegio. Ella quería albergar la esperanza de que, cuando le dijera que estaba enamorada de él, no la rechazaría ni actuaría de manera hostil. Pero esta no era la ocasión para hablar de algo tan importante. Tampoco quería hacer especulaciones, en especial si su mente podría inclinarse hacia una vertiente negativa.

—Pero te queda su hermana, Gabe, una parte de Calder con quien puedes…

—Aubrey, no quiero hablar de Claudia —replicó fastidiado de tener que combinar en la misma oración los nombres de dos mujeres diametralmente opuestas.

Ella frunció el ceño. Pero había algo que su mente recordaba: la búsqueda que hizo en Google, antes de ir a la entrevista de trabajo

en Aussie Equinox. Quizá se trataba solamente de una coincidencia de nombres. Pero se atrevió a preguntarle.

—Tú estuviste comprometido con una Claudia, ¿verdad?

Él enarcó una ceja.

—Alguien ha estado usando su tiempo en la oficina para buscar datos sobre mí —dijo en tono ligero. Procurando cambiar el tema agregó—: Ya casi es hora de irnos. Tengo esa partida de golf a las siete de la mañana con el vicepresidente de Tesla. Quiero descansar, pero sin privarme de tenerte de nuevo en mis brazos esta noche.

Ella tenía dos opciones: darle una salida a Gabriel y dejar el tema de lado. O retomar la conversación y conocer la parte que, ahora entendía, faltaba en la historia.

Claro, optó por la segunda opción.

—Aunque creas que el mundo se muere por saber tus andanzas profesionales, Gabe —dijo haciéndole un guiño—, lo cierto es que todos investigamos antes de conocer a alguien o ir a una entrevista de trabajo. Así me enteré de tu compromiso. ¿Es Claudia, tu ex prometida, la misma Claudia que no logró ser violinista? —indagó.

—Sí —dijo soltando una exhalación—. La hermana de Calder.

Aubrey sentía que este era un tópico espinoso.

—¿Fue amor o culpa? —preguntó con suavidad y tiento.

Él la sorprendió con una carcajada amarga, fruto de los años perdidos sobre los que nunca le contaría; había secretos que siempre se quedaban guardados porque exponerlos, como las adicciones de Claudia y las infidelidades de su ex, no aportaban en nada. Aubrey enarcó una ceja. Si a ella no le gustó cuando se enteró de que Gabriel estuvo comprometido con otra mujer, aún cuando lo detestaba; ahora, cuando lo amaba, mucho menos le agradó unir esa información con la historia que él acababa de revelar. Esas clases de vínculos atados por la tragedia solían ser fuertes, en especial si venían de una amistad de tantos años. Aubrey no insistió y espero a que él replicara.

—Quizá compasión, bastante empatía y además de un cúmulo de situaciones que propiciaron que me quedara con ella —expresó él—. Culpa, probablemente.

—¿Por qué terminaron el compromiso? —preguntó con suavidad, consciente de que Gabriel no había respondido si la amó o no. Quizá Claudia era la razón de que él no quisiera compromisos, porque, a lo mejor, seguía enganchado con su ex. Aubrey prefirió no especular más al respecto—. Tú no eres alguien que toma algo así a la ligera. Cada emprendimiento, personal o no, lo llevas a cabo con un propósito —dijo.

Él sonrió de medio lado, porque Aubrey lo conocía mejor que nadie. Le había dado esa apertura y ella era muy perceptiva. La tomó en brazos y salió con ella del jacuzzi. Dejaron un reguero de agua, hasta la ducha. Gabriel, en silencio, graduó la temperatura. Cuando sintieron las gotas cálidas sobre ellos, él soltó una exhalación.

—Claudia es una mujer con muchos fantasmas a cuestas y yo había empezado a crecer y ambicionar más éxito. Ella se quedó presa del pasado y sus limitaciones —respondió finalmente—. Así que decidí cambiar de vida, lejos de ella, y dejarla hallar sus propias conclusiones, ambiciones y nuevos propósitos. Ya han pasado cuatro años desde que rompí el compromiso —concluyó Gabriel, serio, mirándola a los ojos—. Pero le prometí a ella y a Calder que siempre estaría para ayudarla como un amigo.

Aubrey sospechaba que había más entre líneas, pero no quería arruinar su día escuchando historias del pasado. Un pasado que no iba a regresar, porque Gabriel no tenía por costumbre retroceder en negociaciones multimillonarias, menos lo haría con un compromiso matrimonial. Lo que sí le escocía era no saber si él amó o no a esa mujer. Pero si preguntaba demasiado se delataría antes de estar lista para sincerarse sobre sus propios sentimientos. Así que lo miró con dulzura y esbozó una sonrisa.

—Gracias por confiar en mí y hablarme de tu pasado, Gabe…

—Después de cómo actué en el mar, merecías una explicación —murmuró abrazándola y acariciándole el cuerpo lentamente—. Siento de verdad haberte gritado.

Ella soltó un suspiro leve e hizo un asentimiento.

Le rodeó el cuello con los brazos y todos los fantasmas del pasado se fueron.

—Me gustaría que me demostraras de nuevo cuánto lo sientes —dijo Aubrey.

Con una carcajada, sintiéndose ligero, al finl, Gabriel hizo exactamente eso.



Aubrey maldijo por lo bajo, mientras buscaba las llaves de la casa en el bolso. Ya eran las ocho de la noche, pero las luces estaban apagadas. Se imaginó lo peor, porque su madre siempre solía dejar iluminada la entrada principal. Le dio un beso fugaz a Gabriel en los labios y se bajó con prisas. Pero él no permitiría que se alejara, después del largo e intenso día que habían pasado, con un beso tan simple como aquel. Así que la detuvo, la giró entre sus brazos y luego la besó apropiada y apasionadamente.

—Lamento interrumpir —dijo la voz de Bonnie—, pero estás en el paso, hija.

Aubrey se apartó de Gabriel de inmediato y miró a su madre que sonreía. Llevaba una pañoleta de diseños florales en la cabeza y una bolsa en la mano. Después de las quimioterapias, el cabello no había vuelto a crecer de manera uniforme y ella se negó a gastar dinero en pelucas. Así que optó por usar pañoletas de diferentes diseños.

—Oh, mamá —murmuró Aubrey, sonrojada—. No encontré las llaves, pero vi que tampoco estaba la luz encendida y me preocupé, pero…

—Bree —dijo Bonnie—, solo salí a comprar un bombillo, el de la entrada justamente, y Craig llegará dentro de una hora más o menos. No ha pasado nada malo.

Aubrey soltó una exhalación e hizo un asentimiento.

—Buenas noches, señora Blackeney —intervino Gabriel sosteniendo a Aubrey de la cintura, sorprendiéndola al no intentar ocultar lo que pasaba entre ambos—. Soy Gabriel St. James —extendió la mano libre y la señora la estrechó con amabilidad—. Lamento que nuestra introducción sea tan peculiar —sonrió, mientras la mujer que estaba entre sus brazos meneaba la cabeza—. Soy el jefe de su hija y también la razón de que, en más de una ocasión, quizá no haya llegado a dormir a la casa temprano.

—¡Gabriel! —exclamó Aubrey. Luego miró a Bonnie—: Mamá, lo siento…

Bonnie se echó a reír.

—Mi hija siempre decía que era usted un ogro, señor St. James —dijo Bonnie con humor—, pero ahora entiendo que lo que quiso decir es que era encantador —se rio de su propia broma y el CEO esbozó una sonrisa. Aubrey estaba abochornada.

—Llámeme Gabriel o Gabe —pidió el hombre. No hacía falta ser iluminado para entender el porqué de la pañoleta de la madre de Aubrey. Él suponía que era una de las tantas piezas, quizá una de las primordiales, en el mapa de la vida de la mujer que lo había conquistado—. Si me permite, puedo cambiar el bombillo de la entrada.

—Soy Bonnie, llámame de ese modo —replicó sonriendo—. No te preocupes, muchas gracias, pero a Craig le toca hacer ese pequeño trabajito al volver. Por cierto, aprovecho para agradecerte lo que has hecho por él —dijo con sinceridad—. Hemos pasado momentos de angustia con la imprudencia de mi hijo. Aprecio tu ayuda.

—No es nada, Bonnie, cometió un error y necesitaba un empuje. Es todo.

—¿Ya han cenado, chicos? —preguntó la mujer.

—Mamá, no pasa nada, Gabriel ya se marchaba. Mañana tiene que…

—Cariño, no seas mal educada, no has dejado que Gabriel responda —interrumpió Bonnie. Se alegraba de conocer, finalmente, la razón de que su hija tuviera ese brillo especial en la mirada—. No sé tampoco si alguna vez lo invitaste a cenar, tal como te pedí varias semanas atrás, para agradecerle lo que hizo por Craig —comentó.

—Estás mal interpretando todo, mamá. Gabriel y yo no tenemos esa…

—Nunca me invitó a cenar, así que no me dio la opción de decidir si podía o no aceptar su gentileza —dijo Gabriel siguiendo el hilo de la conversación de Bonnie.

—Eso hay que remediarlo, ¿aceptarías quedarte a cenar, entonces? Mi pastel de carne es excelente y tengo todos los ingredientes para prepararlo —dijo la señora —. Mi hija es muy sobreprotectora y cree que cocinar me debilita. Ya le he dicho que el cáncer es una enfermedad terminal para los que no tienen espíritu de lucha. Ha pasado los últimos años sacrificándolo todo por nosotros, así que necesita relajarse, divertirse y también hacer más amigos, en lugar de preocuparse tanto por su madre.

—Mamá, no digas esas cosas —susurró Aubrey—, sabes que solo busco que estés bien, que tus defensas se mantengan altas y que no hagas demasiado esfuerzo. Por favor, no te preocupes por Gabriel. Él no es una persona que busca involucrarse en la vida privada o cotidiana de sus empleados o sus… Lo que quiero decir es que le llevaré mañana un pedazo de pastel de carne a la oficina. Sé que él tiene que descansar.

Gabriel, en esta breve y rápida interacción, tenía al fin las últimas piezas del rompecabezas de Aubrey. Cuando ella se refería a haber dejado de estudiar para ayudar en casa, no solo tenía que ver con pagar la hipoteca o las facturas o ayudar a su hermano menor; sino también con hacerse cargo de una enfermedad costosa como el cáncer de Bonnie. Por eso tuvo tres empleos. Por eso había

postergado sus sueños. No por irresponsable, sino que poseía un inmenso corazón y antepuso a su familia.

Él no podía culparse por haberla juzgado como una ladrona en un inicio, pues no la conocía de nada en ese tiempo y los actos cometidos por ella fueron elocuentes. Sin embargo, se alegraba de haber cedido al impulso de querer recopilar las piezas sobre Aubrey; piezas que ahora tenían perfecto sentido. Se alegraba, porque acababa de encontrar el último elemento que hacía falta para que ese rompecabezas de Aubrey también encajara en el suyo. No era una realización, pues la emoción que sentía por Aubrey sí existía, lo que no había podido identificar era un nombre. Ahora ya lo sabía.

Cuatro letras aterradoras.

Cuatro letras que nunca pensó sentir, porque no las conocía en su diccionario de vida. Pero esas cuatro letras representaban lo que era Aubrey para él. Si amor era querer arrasar con el mundo para convertirlo en un sitio más fácil por ella y para ella; si amor era procurar ser un mejor hombre gracias a Aubrey; si amor era anhelar escucharla, besarla o solo estar a su lado porque la admiraba —como mujer y ser humano— porque la deseaba con una fuerza primitiva y territorial, porque, por primera vez, la palabra compromiso ya no era un sinónimo de guillotina en tiempos modernos; entonces, sí, era amor lo que sentía por esta hermosa mujer. No había dudas ahora. El impacto lo dejaba abrumado, mas no arrepentido, tampoco inquieto.

Si bien él siempre cumplía sus promesas, no podía mantener la que había hecho alguna vez a una mujer que siempre sería su amiga, pero a quien jamás amó. Era momento de cerrar el capítulo con Claudia. Solo entonces, cuando su última cadena con el pasado se disolviera, podría sentarse con Aubrey y decirle todo lo que sentía por ella. Corría el gran riesgo de que lo rechazara, sí, pero confiaba en que podría convencerla de que no era un mal acuerdo extender su relación y darle otro estatus.

—Me encantaría, gracias Bonnie —dijo Gabriel de buen humor.

—Gabe, no tienes que aceptar, en serio —susurró Aubrey, ajena a la inmensa revelación personal que acababa de tener el hombre al que amaba, y que ella ignoraba que le correspondía—. Mañana tienes ese asunto del golf. Me hizo bien la playa…

—Bonnie, me va a disculpar —dijo, y se inclinó para besar a Aubrey. Fue un beso breve y firme, pero dejó sin palabras a la belleza de cabellos castaños—. He descubierto que la única manera en que suelo dejar sin habla a su hija es besándola.

Aubrey se quedó estupefacta. «¿Qué carajos le pasaba a Gabriel?».

Bonnie soltó una risa diáfana, mientras el CEO le hacía la señal a su chofer de que tendría que esperarlo, pues él se quedaría un par de horas con los Blackeney.

—Por favor, Gabriel, pasa adelante —dijo la señora. Luego abrió la puerta principal y todos entraron—. Iré a preparar el pastel de carne. Quedas en tu casa.

—Muchas gracias —replicó el apuesto hombre.

Cuando Bonnie desapareció por el pasillo que llevaba a la cocina, Aubrey se dirigió hacia Gabriel. Este, en lugar de darle oportunidad a cuestionarlo, la abrazó.

—¿Qué haces…? —preguntó al cabo de un rato elevando la mirada.

—Tú conociste a mi familia, y ahora me alegro de conocer la tuya —dijo con una sonrisa radiante. No existía nada más satisfactorio que resolver un misterio, en este caso uno propio, en especial si se trataba de descubrir que su amor tenía dueña.

—Creo que el sol y el sexo en el mar te dañaron las neuronas —susurró ella.

—Ha valido la pena —le hizo un guiño, antes de besarla con amor y pasión.

«Sí, definitivamente, el asunto con Claudia y esa promesa iba a acabarse. Al siguiente día hablaría con su ex. Estaba seguro de que

comprendería que no sería justo ni tenía sentido atarse de por vida si no había amor», pensó Gabriel, mientras sus brazos sostenían a la única mujer por la cual rompería, por primera vez, una promesa.

CAPÍTULO 19

Claudia estaba tomando la medicación que le prescribió el psiquiatra para la depresión. Ella había recuperado sus ganas de disfrutar de la vida social y las opciones que su privilegio financiero le proporcionaba. Entre sus nuevas amistades constaban las que conoció en el centro de rehabilitación y a las que veía frecuencia, al menos a aquellas que no recaían. El tema de las adicciones era complicado. En un intento de darle un nuevo giro a su vida y dejar de lado las sombras que la perseguían, después de su intento de suicidio, Claudia había comprado una casa en una zona pintoresca de Sídney, más artística, *chic* y bohemia. Invertir tiempo en decorarla fue su pasatiempo.

En esos meses intentó enfocarse en mejorar su habilidad interpretativa y trató de asistir a más eventos artísticos. Reconstruyó su perfil profesional y se involucró en obras de teatro con guiones menos oscuros. Asistió a todas las fiestas a las que era invitada, mas procuraba no probar alcohol o ceder a la tentación de inhalar cocaína o inyectarse algo en el torrente sanguíneo. Lo anterior era cada vez más difícil de resistir, especialmente después de haber visto fotografías de Gabriel, no solo en una ocasión, sino en cuatro en la sección de sociedad, junto a esa mujerzuela que —según el mentiroso de Knox— solo era la asistente de su ex prometido. Claudia no era ingenua.

La imagen más clara era la de aquella cena en Foggy Loop. Las otras habían sido captadas sin que Gabriel y la zorra esa se hubieran percatado. Al ser un St. James, era imposible que la prensa social no aprovechara para incluirlo en las reseñas de algún evento, sin importar que fuese corporativo o lúdico. En cada una de esas ocasiones, Claudia estuvo a punto de ir a buscarlo y exigirle explicaciones. Por eso había llamado a Knox, porque lo consideraba un confidente y porque quiso saber de qué iba ese asunto. Claudia

estaba tratando de no caer en patrones obsesivos, porque un adicto —se reconocía como tal— tenía una personalidad con esa característica. No obstante, le costaba bastante controlarse cuando se trataba de Gabriel. Él era el amor de su vida.

Pero ella, en el afán de celebrar esta etapa sin drogas y en búsqueda de la superación psicológica, había cometido un error sobre el que no había hablado con nadie. Lo llamaba error, porque existía el gran riesgo de perder a Gabriel. La única solución era que él cumpliera su promesa, así ella se quedaría con el único hombre con el que se proyectaba a pasar muchos años. El hombre que había sido su mejor amigo, su apoyo, su amor y el que la comprendía mejor que nadie. Él no tenía derecho a abandonarla por más tiempo. Aparte, ella estaba lista para formar una familia juntos.

Entendía que él hubiera follado a otras mujeres cuando se separaron, porque Claudia también había tenido temporadas de promiscuidad. Lo que no toleraba era saber que, en estos meses, él parecía seguir con la misma amante. Sabía que Gabriel era un hombre que no creaba vínculos, salvo por ella. Bajo esa perspectiva, Claudia siempre se había sentido especial y diferente al resto; era la única que había llevado un anillo de Gabriel y estado con él durante algunos años; compartían una historia profunda. Nadie podía compararse con un pasado que los ataba tan firmemente. Mas ahora se sentía desplazada de la posición única que siempre tuvo en la vida del CEO.

Había investigado a esa mujerzuela, Blackeney era el apellido. A Claudia no le faltaba dinero, pero sí le sobraba tiempo últimamente y necesitaba proteger lo que consideraba su futuro emocional. La amante de Gabriel había sido desterrada de la alta sociedad, poseía grandes deudas con el banco, su madre estaba muriéndose de cáncer y el puberto del hermano todavía estaba en la secundaria. Claudia solo quiso tener un vistazo de quién era su competencia y fue la razón por la que contrató a un investigador privado. Con los primeros datos que obtuvo, le pareció suficiente para hacer un perfil —en su mente— sobre quién era de verdad la mujer. La tranquilizó saber que no tenía influencia social y que se había convertido en un

cliché: la asistente venida a menos, un trofeo temporal, que se acostaba con el jefe para tener privilegios.

Claudia confirmó que la mujer no era una competencia para ella cuando recibió la llamada de Gabriel, un par de horas atrás, diciéndole que quería conversar algo importante que los involucraba a ambos. Claudia se sentía exultante y se felicitó a si misma por haberse controlado todo este tiempo sin contactarlo, más allá de mandarle un mensaje para decirle que estaba fuera de la clínica de rehabilitación. Resultaba evidente que él se había cansado de la mujerzuela. Claudia consideraba que este era el punto de inflexión y estaba orgullosa de sí misma por haber sido paciente y no caer en los viejos patrones de buscarlo constantemente. Esa llamada era la razón de que ella hubiese ido al SPA para depilarse, hacerse un nuevo estilo de corte de cabello, hidratarse la piel y maquillarse, pero en modo sutil e imperceptible. Cuando sonó el timbre de su casa, el corazón le dio un vuelco. Se miró en el espejo antes de ir a la puerta. «Gabriel era suyo y el pequeño error que ella había cometido iba a evaporarse».



Después de la cena de la noche anterior, Gabriel se enteró de los avatares por los que había pasado la familia Blackeney. No en detalle, pero sí fueron suficientes pinceladas para comprender las dificultades y también la entereza de esas tres personas. Bonnie, a diferencia de sus hijos, no tenía ningún problema en hablar de forma cándida de los aprietos vividos. Gabriel se sintió halagado de que le confiara, a modo de moralejas, fragmentos significativos de lo que había sido para ella cambiar bruscamente de vida: pasar de los lujos a un entorno austero. También le habló de lo que sintió al perder a esos supuestos amigos que solían frecuentar ella y Sergei durante su matrimonio.

Aubrey intentó desviar la conversación hacia otros temas, pero Bonnie pareció sentir la necesidad de que Gabriel conociera de

verdad quién era su hija y sus circunstancias reales; su valía como ser humano. Sin saberlo, la señora reafirmó en el magnate la certeza de que jamás encontraría a otra mujer a la que pudiera admirar y amar tanto como a Aubrey. Fue Craig, al notar la incomodidad de su hermana —pues Gabriel descubrió que ella tampoco recibía muy bien los halagos— quien decidió proponer un juego de mesa: Jenga. Gabriel pasó una velada memorable, en una casa que no tenía lujos, pero sus residentes poseían algo invaluable: integridad y fortaleza.

Al finalizar la noche, después de insistir en ayudar a lavar la vajilla, Gabriel le pidió a Aubrey que lo acompañara a la puerta. Bonnie, fingiendo que no escuchaba, agarró a Craig del brazo —el que no estaba sensible debido a la operación— y lo llevó escaleras arriba para que no anduviera de curioso. Una vez a solas, Gabriel tomó a Aubrey de la cintura para abrazarla. Lo hizo con fuerza, en esta ocasión no temía que se esfumara entre el agua o el viento, lo que deseaba era decirle sin palabras que la necesitaba de ese modo —pegada a su cuerpo, junto él— y que su cercanía lo serenaba.

—Te admiro y te respeto por lo que eres y por ser la mujer que tengo el privilegio de besar y llevar del brazo —había expresado acariciándole la mejilla.

Aubrey lo había mirado con ternura y los ojos llovidos.

—Oh, Gabe, si es por todo lo que mamá contó…

—No, va más allá de eso, Bree —había murmurado con su boca tentadora. No había deseado que confesarle lo que sentía por ella ocurriese en un lugar en el que pudieran interrumpirlos; quería contar con tiempo suficiente, sorprenderla y provocar más sonrisas, porque no conocía a nadie que mereciera más alegría que Aubrey.

—Eres muy dulce cuando quieres serlo, lo sabes, ¿verdad?

Gabriel había soltado una risa ronca y baja.

—Esa es una cualidad con la que jamás me han definido, pero si viene de ti —murmuró bajando los labios, hasta dejarlos cerca de los de ella—, puedo tolerarlo.

Ella le había rodeado el cuello con los brazos, sonriendo. Le gustaba el calor, la atención, el deseo y la protección de Gabriel. A su lado se sentía más fuerte y plena.

Aubrey había sonreído contra la boca del sensual hombre.

—Qué magnánimo —había dicho con humor, mirándolo a los ojos —. No voy a verte mañana en casi todo el día. Tu agenda es bastante ajustada y fuera de la oficina.

—Esa es la razón por la que detesto que se acabe esta noche —había replicado con un gruñido mordisqueándole el labio inferior con suavidad—, quiero descubrir —se había inclinado para hablarle al oído— todo el placer que puedo provocarte al tomar esta parte virgen de tu cuerpo —había dicho deslizando la mano bajo el elástico de la falda, recorriendo la abertura que separaba las nalgas y dejando su dedo en el delicado orificio— y escucharte gritar de desesperación, mientras te masturbo el clítoris, desde atrás, Bree. —Ella había contenido la respiración—. ¿Me dejarías?

Aubrey lo había instado a que la mirara de nuevo.

—Confío plenamente en ti, Gabe, y me encantaría probar más cosas en la cama a tu lado —había replicado, haciéndole un guiño y tocándole el sexo duro sobre el pantalón. Gabriel le había introducido un poco la yema del dedo medio, en el ano.

—¿Es así, mujer? —había preguntado con ganas de devorarla. Ella había abierto los ojos de par en par, la caricia la había excitado—. Dios, Bree, me matas.

Ella le había sonreído con picardía.

—Te deseo tanto como tú a mí, Gabe, pero no tenemos tiempo. Tampoco puedo irme contigo, porque tengo asuntos pendientes por organizar —había replicado, moviendo la pelvis contra la del apuesto empresario—. Por favor, bésame.

Gabriel había acariciado los costados femeninos con ambas manos.

—No tienes que pedirme lo que deseas, tómalo, Bree —había murmurado antes de complacerla, y complacerse, porque besarla era uno de sus deleites preferidos.

Él no había sucumbido a la urgencia de marcarla con su boca, porque sintió la necesidad de disfrutarla despacio. Por eso le había recorrido los labios con la lengua antes de instarla a que los abriese, para así él poder sumergirse en la boca suave.

Aubrey había equiparado sus avances. Las manos de ambos controlaron la intensidad y el descaro de los sitios que acariciaban, mas no dejaron de hacerlo, siendo conscientes del lugar en el que estaban y el poco tiempo que tenían, hasta volver a verse a solas. Aubrey había sentido que la forma en que Gabriel la deseaba nunca perdía la sensualidad o el candor; nadie la había hecho sentir como él. La había besado despacio y profundamente; cada toque, aunque prudente, no había carecido de pasión.

A regañandientes se habían apartado.

—Buenas noches, Gabe —había susurrado, su corazón latiendo desbocado, porque esta vez había sentido como si él, con sus besos, le hubiera hecho promesas silenciosas que no se atrevía a verbalizar —. Procura ganar mañana en ese partido de golf. Si es así, lo sabré y prometo compensarte —le había dado un azote en el trasero.

Él había soltado una risa ronca, y le agarró la muñeca con la mano.

—Aprovechas que ahora no puedo follarte —había replicado—, porque sabes que si estuviéramos en otro lugar, con ese gesto atrevido, ya estarías bajo mi dominio.

—Procuraré recordarlo la próxima vez, además, tienes un trasero muy sexy.

—Traviesa —había replicado, antes de besarla suavemente—. Me alegra haber compartido con tu familia. Ahora sé de dónde sacaste la determinación y empatía.

Ella le había sonreído con dulzura y le acarició la mejilla. El reconocimiento mutuo de algo más profundo había acariciado la

conciencia de ambos, en silencio.

—Gabe…

—¿Sí?

—Eres un buen hombre —había murmurado—. Si otros te conocieran de verdad, entenderían que no fue tu apellido el que te construyó. Pudiste llamarte de cualquier otra forma, y aun así habrías llegado lejos. Te lo digo, porque creo que eso lo tenemos en común. No importa de dónde venimos, sino cómo elegimos definirnos.

Gabriel había tragado saliva, observándola. Bree no tenía cómo saber que esas palabras habían dado en una diana muy sensible: su necesidad de pertenencia y de reafirmar su valía. Con ese comentario, ella había deshecho parte de los eslabones de la cadena mental oxidada, y cuya llave él necesitaba encontrar, que lo instaba a revisitar su historia y a la par demostrar siempre a su familia que no se habían equivocado al adoptarlo; era como una necesidad de su inconsciente. Pero Aubrey le había recordado que no estaban definidos por sus orígenes, sino por lo que elegían convertirse. Gabriel, la había abrazado y luego besado en los labios para despedirse.

Ninguna palabra habría logrado expresar la emoción que lo invadió.

Eso había sucedido el día anterior.

Pero esta tarde, después de ganar el partido de golf, temprano, y concluido varias reuniones —fuera de la oficina en compañía de Knox— Gabriel no regresó al despacho. Así que no había visto a Aubrey. Él aún estaba pensando en cómo decirle lo que sentía por ella, pues, aunque el CEO tenía habilidad en las salas de negocios, discursos en eventos varios y en sacarse de encima conversaciones irrelevantes, jamás le había confesado a una mujer que la amaba. Esas no eran palabras que formaran parte de su vocabulario; apenas había empezado a reconocerlas, entenderlas, hacerlas suyas. No tenía dudas: Aubrey era su última carta, y la única que importaba en

el juego real, el de la vida. Por eso necesitaba cortar el hilo que aún lo ataba a su ex. Cualquier confesión debía estar limpia, sin residuos del pasado. Aubrey era demasiado lista. Si quedaba una sombra en sus palabras, ella la reconocería. Él no correría ese riesgo.

Pero también sabía que sería una equivocación atarse a un hijo solo para cumplir un sueño que no era suyo. Sería cruel, no solo para la madre, sino para ese ser. Aunque nadie lo dijera jamás, había una diferencia entre ser recibido con amor, y ser tan solo tolerado. Los seres humanos, sin importar la edad, eran perceptivos. Ese hijo nacería a partir de una promesa, sí, pero no la más importante: la que conllevaba inherente amor. Gabriel no quería tener un hijo que pudiera llegar a preguntarse si fue o no de verdad deseado. Nadie merecía crecer sintiéndose como un accesorio, como parte de una decisión tomada por obligación o conveniencia. Le parecería injusto, egoísta y también innecesario. Él no quería dejar un legado con esos remordimientos.

Gabriel no tenía intención de quedarse más tiempo del necesario en la casa de Claudia. Al día siguiente sería la barbacoa de Chase, y no quería exponerse a una atmósfera en la que su ex pudiera hacer insinuaciones o comentarios inapropiados que confundieran a Aubrey. Eso era lo más importante para él. Nunca le había hablado de la promesa de tener un hijo con Claudia, porque nunca lo consideró relevante. Aparte, enamorarse de Aubrey no había sido siquiera una posibilidad, hasta que ocurrió, cambiando todo para Gabriel. Por esa razón, él pensaba hablarle de la promesa absurda. Sin embargo, prefería que cuando lo hiciera, la historia ya fuera solo eso: el pasado, no un asunto pendiente. Así que hablar con Claudia era impostergable.

—¡Gabe! —exclamó la ex, al abrir la puerta con una sonrisa. Le echó los brazos al cuello con efusividad—. Te he echado muchísimo en falta. Me ilusionó tu llamada.

—Hola, Claudia —replicó con amabilidad, no necesitaba ser hostil, no había motivos—. Sabes que tengo una empresa compleja que

liderar junto a Knox, pero también que puedes escribir o llamar —se apartó—. Te sienta bien este nuevo *look*.

Ella amplió la sonrisa y le hizo un gesto para que entrara.

—¿Lo notaste? —preguntó retóricamente—. Oh, gracias. Desde que salí de rehabilitación he retomado mi vida de otro modo. Busco renovarme en todo sentido.

—Me alegro sinceramente de escuchar algo así —replicó—. ¿Estás bien?

Claudia le acarició la mejilla y Gabriel no se apartó. Él sentía esa caricia como si la hubiera recibido de una hermana. No le dio importancia al ser algo irrelevante.

—Sí, Gabe —expresó, porque para ella la pieza que siempre encajaría perfectamente en su vida era él—. Sé que hay algo de lo que quieres hablarme, pero antes necesito hacer una pregunta. Por favor, toma asiento —señaló el mullido sofá.

Gabriel hizo un asentimiento y luego se acomodó. En la mesa de centro había algunos bocadillos, así como también una botella de su vino favorito y una sola copa.

—Entiendo que no estás bebiendo —dijo él mirándola. Ella llevaba una blusa de seda ajustada y pantalones que marcaban una figura delgada, estilizada—. ¿Verdad?

—Oh, claro que no —se rio—. Lo compré para ti. Estoy sobria, Gabe.

—Me enorgullece saber eso, Claudia —replicó con sinceridad—. Creo que es momento de que realmente disfrutes tu vida a plenitud; y eso no implica excesos. Bien, antes de hablarte de la razón de haber venido, dime qué quieres decirme tú.

La expresión de la mujer se volvió suspicaz e hizo un asentimiento.

—Lo sé —dijo ella—. Gabe, te quería preguntar por la mujerzuela con la que te he visto en un par de fotografías. Knox me dijo que es tu asistente, pero sé que…

Gabriel apretó la mandíbula ante el insulto a Aubrey. Sin embargo, conocía muy bien a Claudia y el brillo en la mirada era uno combativo. Estaba buscando una razón para hacer un drama, mas él no iba a dársela. Si bien ella podría estar sobria, resultaba evidente que los viejos patrones de crear un momento caótico para llamar la atención, la suya con exactitud, luego actuar como una víctima y culparlo, seguían.

—Knox te ha dicho la verdad —interrumpió él, mirándola—. Mi asistente se llama Aubrey, así que llámala por su nombre. Eso es lo correcto. Pero también es la persona con la que estoy saliendo hace meses. —El rostro de la rubia cambió por completo, su expresión se tornó angustiada; se puso de pie y avanzó hasta Gabriel. Se sentó a su lado, le tomó una mano entre las suyas, sin hablar y nerviosa—. Te lo dije hace años: cuando cumpliera los treinta y cinco, si me sentía preparado para cumplir aquella promesa,buscar la manera de que quedaras embarazada y convertirme en el padre de tu hijo, te lo haría saber. También que te diría si, llegado ese momento, tenía una pareja o no. —Las manos de Claudia empezaron a temblar alrededor de la de él, meneó la cabeza, consternada—. No estoy preparado para asumir una responsabilidad tan grande y, a la vez, tan egoísta. Sería atar mi vida a ti de un modo que no sería justo. Menos para esa vida que intentaríamos concebir. Además, Aubrey es importante.

—Gabe, no… —farfulló sintiendo que su mundo se tambaleaba—. Tú, eres el amor de mi vida, sé que cuando estuvimos juntos la situación no fue la ideal. Pero he cambiado —tragó saliva y trató de sentarse a horcajadas sobre él, para obligarlo a que no apartase la mirada; Gabriel se lo impidió con suavidad—. Cambié por ti.

Él la sostuvo de los hombros e hizo una negación.

—He sido siempre tu amigo, eso no va a cambiar a menos que así lo quieras, pero no puedo regresar a tu lado solo para tener un hijo ni tampoco ser un donador de esperma —meneó la cabeza— siento mucho todo esto. Prefiero la sinceridad.

Claudia lo apartó de un empujón y se levantó como si hubiese sido activado un resorte en su trasero. Se acercó al adorno de vidrio

más cercano y lo lanzó contra la pared. Empezó a agarrar las piezas que encontraba. Barrió con una colección de huevos Fabergé valorada en cientos de miles de dólares, herencia de sus abuelos, mas no le importó. Intentaba alterar a Gabriel, pero este la observaba con una mezcla de pena y también decepción. En otras épocas, esta clase de despliegue de ira de Claudia habría implicado que él se acercara para tratar de contenerla, abrazarla y calmarla.

Frustrada, agitada y con lágrimas en las mejillas, se lanzó contra Gabriel, con fuerza y velocidad. Este fue más rápido y, en lugar de quedar recostado sobre el sofá por el impacto, los giró a ambos, hasta que Claudia quedó bajo su cuerpo. Le sostuvo ambas muñecas sobre la cabeza. Ella respiraba con dificultad y se removía para soltarse, en vano, por supuesto. Su llanto era incesante y miraba a Gabriel con rabia.

—Cálmate —dijo él en tono frío. Estaba sobre ella, presionando con su propio peso para inmovilizarla—. Una de las razones por las que te dejé, aparte de las que ya conocemos, fue este comportamiento absurdo y volátil. Eres una mujer adulta, pero actúas como una jovenzuela caprichosa. Te quiero como amiga, eso es todo, Claudia.

—¡Me mentiste, maldito seas! ¡Una de las razones por las que fui a rehabilitación fue por ti, porque quería tener una vida contigo y que cumplieras tu promesa! —le gritó entre sollozos. Él siguió sin soltarle las manos—. ¿Es que acaso la puta de tu asistente tiene un coño especial o habilidades únicas? ¿Qué mierda te pasa para rebajarte de ese modo? —preguntó con desdén y la voz entrecortada—. ¡La sirvienta de la oficina, nada menos, es la que elegiste para desahogarte! —dijo rabiosa.

—No vas a obtener una reacción de mí, si es lo que esperas. Lo que sí voy a aclararte es que esa mujer tiene un corazón más genuinamente generoso, y una capacidad de resiliencia, que alguien con todos los recursos al alcance, como tú, no podría comprar. Insultarla no sirve de nada. Yo sé la clase de mujer que es Aubrey,

así como también sé que, a partir de este momento, no necesito una amiga como tú.

Ella soltó una carcajada maniaca. No iba a dejarlo ir tan fácilmente, pero en estos momentos no era capaz de pensar en un plan para retenerlo y hacerlo comprender que estaban hechos el uno para el otro. Gabriel era suyo, solo suyo.

—Ahora vienes a decir todo eso por una persona a la que apenas conoces —replicó con desprecio en sus palabras—. Rompiste mis sueños de ser violinista por irresponsable, porque por tu culpa, ¡tú culpa!, mi hermano tuvo ese accidente. Pudiste haberte detenido y exigido que se bajara del yate, pero no. Claro que no. El gran Gabriel St. James necesitó seguir adelante para demostrarle a una recién llegada, a la que conoció una tarde, que era bueno follando, que era el líder del grupo, el popular —expresó con sarcasmo. Al notar la expresión de pesar en Gabriel, ella se sintió mal, pero no se detuvo—. El resultado fue que mi hermano murió, y con él también mis sueños. ¿Qué de diferente tiene Aubrey ahora? ¡Es la novedad de la temporada, otra vez la misma circunstancia, y estás destruyendo otro sueño mío: el ser madre! ¿Es que no te cansas de arruinarme la vida, Gabriel? —preguntó resentida y entre sollozos.

Él sintió el peso de esas palabras, pero ya no era el mismo Gabriel que se dejaba manipular por la culpa. En ese instante comprendió que había superado el episodio más calamitoso de su juventud, por completo. Durante años, él hizo todo lo que estuvo en su poder para intentar compensar a Claudia, pero entendía que jamás sería suficiente. Inclusive estuvo a punto de casarse con ella. Eso habría sido un colosal error, así que agradecía que, en aquella época, fue lo suficientemente listo para alejarse.

—No te debo nada, Claudia. El accidente fue uno de los peores momentos de nuestras vidas, no lo dudo, pero todos tomamos las decisiones que creímos necesarias en ese instante y fuimos libres de hacerlo; nadie forzó a nadie. Siempre extrañaré a Calder, mas no puedes continuar tratando de usar su recuerdo para manipularme o al resto del grupo. Cuando te ayudé lo hice porque me nacía, pero

también por la culpa —replicó soltando una exhalación—. La única persona que ha arruinado su vida a lo largo de este tiempo has sido tú. La responsable de tus actos eres tú. Así como también eres la única que puede conseguir hacer tus sueños realidad —dijo y aflojó el agarre de las manos. Se puso de pie, mientras Claudia se sentaba, lentamente, y se abrazaba las rodillas. Lucía frágil y vulnerable, tal como siempre actuaba para que él interviniera y cediera, en algún modo, a alguna petición que ella pudiera hacerle—. No voy a ser el padre de tu hijo, pero espero que encuentres alguien y formes la familia que anhelas.

Claudia se puso de pie y se abrazó a sí misma. Gabriel no la ayudó.

Ella contempló el desastre que había en la sala. Se limpió el rastro de las lágrimas, manchándose con el delineador negro. Todas las piezas más valiosas estaban hechas trizas; también había volcado una mesilla de vidrio y un jarrón con flores frescas. Creyendo que la visita de Gabriel sería para decirle que estaba listo para cumplir su promesa, que la información de los periódicos sobre él con otra mujer no tenía importancia, ella le había pedido a la cocinera que hiciera una cena con mariscos. En el comedor estaba organizada una mesa para dos. Se sentía devastada y traicionada.

—Mis óvulos están congelados y son mi último recurso. No sé si recuerdes, pero existe un porcentaje de posibilidades de que quede embarazada por la vía natural.

Él se pasó los dedos entre los cabellos. Media hora con Claudia era suficiente.

—He sido sincero contigo y no quiero continuar hablando de un tema que no me compete, Claudia —replicó con suavidad, porque notaba el estado frágil de ella; había convertido la sala de un apacible lugar con vistas a la playa en un sitio caótico.

Ella apartó la mirada.

—Mi terapéuta dice que no debería contener mis emociones —dijo ella.

—Quizá pueda considerar explicarte mejor a qué se refiere con sus consejos.

—Eres lo peor que nos pasó a Calder, y a mí —farfulló, resentida.

—Pronto será el cumpleaños de Chase —replicó a cambio, sin caer en las provocaciones ni intentar defenderse. Ya había hecho suficiente por esta mujer; no era un superhéroe para salvarla si no quería salvarse; ni tampoco pensaba volver a ofrecerle una rama de olivo cuando estaba recibiendo ramas con espinas—. Nadie quiere compartir un día especial con una persona amargada, Claudia, ni tampoco una que se victimiza. Iré con Aubrey y no espero que sean amigas, pero si te atreves a irrespetarla de cualquier modo, lo siguiente que sabrás es que ninguna compañía teatral, patronazgos artísticos y afiliados, querrá involucrarse contigo en sus proyectos. Tu apellido es influyente, pero no eres una St. James. Cuida tus palabras y guarda tu veneno —expresó con frialdad—. Puedo ser un aliado formidable, lo sabes, pero igual de formidable como enemigo. Considera este capítulo olvidado. Recapacita —zanjó.

Claudia agarró lo primero que encontró: el móvil, y se lo lanzó a la cabeza.

Gabriel esquivó el golpe. Hizo una mueca. Detestaba este lado de su ex.

—¿Es que acaso, ahora, finalmente vas a decirme que encontraste a alguien a quien sí vas a ser capaz de decirle que estás enamorado? —preguntó con burla.

Él soltó una exhalación. La miró sintiendo pena por ella, porque vivía atada a las cadenas de los resentimientos, las posibilidades perdidas y un duelo continuo. Cada vez que ella entraba en un proceso de terapias o ayuda, los saboteaba a corto plazo.

—No tengo que decirte nada, Claudia —replicó con resignación.

Ella sentía el corazón latiéndole con celeridad, los nervios a flor de piel y la sensación de inequívoco fracaso recorriéndola como una sombra ponzoñosa. Se abrazó a sí misma, desesperada. No podía perder a Gabriel. Había soportado saber de otras mujeres, porque

siempre creyó que volverían, que él regresaría a ella para cumplir su última promesa. Pero la forma en que Claudia veía esta situación, se asemejaba a estar atrapada en las aguas turbias y espesas de un pantano. Que él defendiera a esa mujerzuela, Claudia lo sintió como una herida al corazón, a la historia que compartieron, a los recuerdos y a todo lo que habían sido durante tantos años.

—¿Vas a acabar nuestra relación de amistad y todo lo que fuimos por ella?

—Tú, estás acabando nuestra amistad con este despliegue de agresividad e insultos, así como tus intentos de manipulación —replicó—. En cuanto a lo que hubo entre los dos, eso es el ayer; lleva cuatro años sin un hálito de vida. He pasado página.

—Me traicionaste, Gabe… —dijo ella en tono bajo, viperino. Necesitaba encontrar la forma de que él regresara a su lado, pero no podía hacerlo estando alterada como ahora—. Pero cuando pase la novedad que te provoca estar con esa mujer, cuando la costumbre la desplace, entenderás que este ha sido un lapsus tuyo.

Gabriel no se despidió, sino que salió de la vida de Claudia, literal y figurativamente. No consideraba que merecía hacer otro esfuerzo para ayudarla.

Cuando llegó a su mansión, lo hizo con la certeza de que tenía el camino libre para dar el siguiente paso, y acercarse a Aubrey. Sus hombros ya no cargaban el peso de una responsabilidad que no le correspondía, ni su conciencia estaba atada a la culpa.



Aubrey notaba que Gabriel la observaba como si estuviera analizándola antes de decirle algo. O quizá eran solo imaginaciones suyas debido a la expectativa —y nervios también— de conocer a los amigos de él. Se trataba de una segunda familia, según lo que él mismo le había comentado, porque todos se conocían desde que eran críos. En la barbacoa no habrían más de treinta personas y se

trataba de algo informal, así que ella había elegido un jean oscuro y una moderna blusa en tono terracota y sandalias bajas de tiras blancas. El cabello se lo había recogido en una media coleta. Su maquillaje consistía en delineador verde oscuro, blush, rimel y un bálsamo hidratante en los labios. Aunque podía usar labial rojo, que le encantaba, prefería no tener que retocarse, en especial si consideraba que Gabriel y ella solían disfrutar besándose.

La fachada de la casa de Chase era sofisticada y el jardín frontal tenía flores exóticas muy bien cuidadas que flanqueaban el camino principal. Él no vivía cerca de la playa, sino en una zona más recluída lejos del mar, pero las vistas eran espectaculares. Les tocó aparcar a varios metros de la propiedad, porque ya había varios coches que llegaron primero y ocupaban los espacios más cercanos. Antes de bajarse del automóvil, Gabriel corrió el asiento un poco hacia atrás, después le quitó el seguro al cinturón de seguridad de ella. Finalmente, en un acto repentino, la tomó de la cintura y la instó a que se sentara, de costado, sobre sus piernas. Ella le sonrió.

—Has estado muy pensativo —dijo Aubrey rodeándole el cuello con los brazos—. Cuando te acompañé a tu casa para que fueses a buscar el regalo de Chase, que se te olvidó, cumplí con la recompensa que prometí si ganabas la partida de golf.

Gabriel soltó una risa sexy. Por supuesto que la mujer había cumplido su palabra. Antes de salir de la mansión, le había quitado los pantalones y deslizado el bóxer hacia abajo para que su portentoso miembro, embravecido de deseo, quedara libre. Ella se había acuclillado, mirándolo con fingida inocencia, a la par que le había lamido el líquido preseminal, y luego lo había rodeado con los labios para enloquecerlo de deseo. La exigencia de Aubrey había sido que él no podía tocarla.

A Gabriel le había costado acceder a esa petición, porque la necesidad que siempre sentía de acariciarla y besarla era brutal. Ella lo había succionado y lamido, porque había aprendido el ritmo que lo enloquecía, mientras le acariciaba los testículos con suavidad y, a ratos, le clavaba las uñas en las nalgas, apretándolas, tal como él

solía hacer con ella cuando le devoraba el sexo, hasta dejarla exhausta y sonrosada de gozo.

Él no había durado mucho en la boca de Aubrey, menos con los sonidos eróticos de gusto que habían surgido de la garganta femenina. Ella había paladeado hasta la última gota de su deseo. Luego, porque la mujer era una delicia, él la había hecho correrse del mismo modo. No probar el coño que lo deleitaba habría sido un pecado y, aunque se confesaba pecador, no era uno tonto. Al final, mientras ella se había acomodado el cabello con una sonrisa satisfecha, él le dijo que, apenas regresaran de la fiesta de Chase, quería bañarse en la piscina y no se requería bañador.

—Creo que voy a necesitar que hagas más promesas de aquellas con más frecuencia —contestó acariciándole la mejilla. Ella esbozó una sonrisa—. Como sabes tengo planeado ir a Atenas por negocios durante una semana, a los campos de olivos, estaré recorriendo las regiones de Creta, el Peloponeso y Lesbos. Se trata de una inversión personal, pero quiero aprovecharla para pasear contigo y enseñarte Grecia. Sé que fuiste cuando eras adolescente, pero ahora disfrutarás al conocer otras partes.

Aubrey no podría saber que Gabriel tenía planeado decirle que la amaba en ese viaje. Él sentía que salir de Australia, estar lejos de todo lo cotidiano, lo haría más solemne. Además, así también tendría una semana para amanecer con ella a su lado.

—¿No crees que eso transgrede los límites, literalmente, en un affaire? —preguntó con un toque de humor. Sin embargo, notó la súbita expresión seria de él.

No creía estar equivocada al considerar que Gabriel tenía detalles con ella que no eran usuales en una relación de amantes, Clarissa se lo había comentado en el bar, semanas atrás, y ella misma lo notaba más últimamente. No quería especular y sabía que era un riesgo decirle que estaba enamorada de él, pero con la enfermedad de su madre había comprendido la fragilidad de la vida y la importancia de vivir los momentos. No se trataba de ser atolondrada, sino de no perder de vista lo esencial. Si Gabriel la rechazaba o rehusaba

continuar con ella, le dolería más de lo que jamás podría llegar a describir, sí, pero al menos sería honesta. Ese era el mejor argumento.

—¿Es eso lo que continúas pensando, Bree? —le preguntó con tiento. Él siempre conseguía lo que se proponía. Si Aubrey no estaba interesada en modificar el estatus de su relación, Gabriel sabía que podría hallar el modo de conquistarla y darle las razones suficientes para que cambiara de opinión—. Me gustaría saber qué tanto de lo que hemos vivido hasta ahora, te sigue pareciendo solo un interludio sexual.

Aubrey tragó saliva. Ella lo conocía y entendía que Gabriel estaba analizando.

—Me das razones para creer que lo sigue siendo, aunque a veces también me das señales contradictorias —replicó con franqueza—. No me gustaría una confusión… —dijo pensando en que prefería que la situación entre ambos se aclarara.

Gabriel le acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja.

—Si hay confusión, entonces será mejor que aclaremos de una vez por todas la situación, ¿no te parece? —preguntó él un poco tenso, ante la respuesta de ella. Le podía decir en este instante que la amaba, pero estaba a pocos pasos de la casa de Chase y la ligereza de una confesión importante no formaría parte de su repertorio.

Ella se mordió el labio inferior y Gabriel se lo acarició.

—Supongo, sí…—susurró Aubrey—. Quizá sea buena idea.

—Entonces, ven comigo a Grecia —pidió con suavidad, mirándola —. Por lo general, yo solía tener aventuras de pocos días. Contigo es la primera vez, en años, que estoy tanto tiempo con una misma persona en un affaire exclusivo. Podemos sacar conclusiones, porque sé que tú tampoco has tenido un vínculo como el nuestro. Quizá sea necesario analizar los pros y contras para seguir con este affaire — dijo él.

Aubrey sintió un poco de inquietud. Se preguntaba si esta era una forma de llevarla a un lugar bonito y luego decirle que era su despedida con ella. «¿Sería así?».

—¿Un ultimátum en forma de paseo de lujo, Gabe? —preguntó Aubrey.

—No doy ultimátums, belleza, ejecuto con una estrategia previa —replicó con una sonrisa, porque no quería presionarla—. Sin embargo, sí creo que es tiempo de que hable contigo sobre algunas decisiones que he tomado, especialmente a partir de lo ocurrido en Towradgi Beach, y me interesaría conocer lo que piensas sobre ellas.

—¿Tengo voz y voto en esas decisiones…? —preguntó con un nudo en la garganta—. Porque no necesitamos esperar a ir a Grecia que, por cierto, me resulta un viaje imposible. Los resultados de los exámenes médicos de mamá me los darán en los próximos días. Irme de viaje sería un grave error, necesito estar en casa —dijo.

—No, no necesitamos ir a Grecia —replicó con una sonrisa leve—, pero follar a una diosa en la tierra del Olimpo sería muy poético —le hizo un guiño y ella soltó una exhalación, sonriendo—. Sobre tu pregunta, sí, Bree. Tú eres la razón de que…

Unos golpecitos en la ventana interrumpieron lo que iba a decir Gabriel. De hecho, había estado a punto de confesarle, en ese instante y sin importar su jodido plan y mandar al Diablo sus precauciones de lo que era o no idóndeo, que la amaba. Que quería saber si ella podía considerar corresponderle y si no, qué haría falta para que tuviera misericordia de su existencia y le diera las pautas para que creyera en él.

Al ver de quién se trataba, el CEO soltó un improperio. Bajó el vidrio.

Aubrey soltó una carcajada. La tensión de la conversación se disipó un poco. «Sí, evidentemente ambos tenían que hablar», pensó ella. No quería asumir el peor escenario, mas era una probabilidad. Si no iba a Grecia, entonces ella y Gabriel hablarían a su regreso. Hasta ese día, aprovecharía lo que más pudiese a su

lado. Si él le decía que sentía que el affaire estaba avanzado más de lo planeado y que prefería dejarlo, Aubrey igual le diría que lo amaba. Prefería perderlo y que supiera lo que pasaba, a perderlo y quedarse con esa emoción clavada en el pecho silenciosamente.

—¡Hey, qué encantadora moda para usar el asiento del conductor! —exclamó Knox sonriendo—. Ya decía yo que era curioso que el coche de Gabriel tuviera un chofer nuevo. Se ha tratado de dos personas —le hizo un guiño a Aubrey, ella se rio.

—Siempre tan inoportuno —dijo Gabe, mientras maniobraba para que él y Aubrey regresaran a una posición en la que les permitiera salir del coche. Una vez que lo hicieron se acercaron a Knox—. ¿No pudiste simplemente seguir de largo, idiota?

—Claro que no, ¿me tomas por alguien que no disfruta al incordiarte? Pfff —replicó el atractivo hombre de ojos verdes. Luego enlazó, tan solo para fastidiar a su mejor amigo, el brazo con el de Aubrey y la apartó de Gabriel—. Menos mal he llegado a tiempo para salvar a esta inteligente mujer de tu insoportable compañía.

—Qué suerte tienes de que no pueda darte un puñetazo como en los viejos tiempos —replicó Gabriel apartándolo de Aubrey con un movimiento firme.

—Knox —dijo la mujer, mientras entraban a la casa, la gente estaba en el jardín—, no sé si revisaste la última actualización que hicimos en la oficina. El *software* está ya casi terminado. Las contrataciones que hiciste han sido geniales. Estoy muy contenta con mis compañeros, los considero más bien mentores —sonrió—, pero debo confesarte que aprendo mucho. Gracias por haberme dado la oportunidad.

Knox la miró con una sonrisa e ignoró al expresión de advertencia de Gabriel.

—Eso merece un abrazo, ¿no lo crees? —preguntó—. Como amigos, claro.

—No te pases, Knox —dijo el CEO entredientes—. Si querías conversar con alguien del sexo opuesto, en modo exclusivo, debiste

invitar a alguien, en lugar de irritarme. Si tienes algo sobre asuntos laborales que discutir, espera hasta el lunes.

Aubrey tan solo se rio, porque eran estos gestos posesivos de Gabe, los que formaban parte de la contradicción que ella le había mencionado instantes atrás. Por otra parte, también le gustaba la sólida amistad y la confianza entre los dos amigos.

—Oh, pero Bree me cae muy bien —dijo Knox a Gabriel.

—Debiste invitar a Clarissa, ¿no te marchaste con ella la noche del bar?

Knox perdió por un instante la fuerza de la sonrisa.

—Lo habría hecho si me hubiese dado su número real, no uno falso —expresó en un tono que era muy parecido al enfado, algo impropio de su habitual encanto.

Aubrey, que conocía bien la historia, guardó silencio. No pensaba traicionar la confianza de su amiga. Clarissa se había marchado en plena madrugada, dejando a Knox un número falso, porque había descubierto que él planeaba comprar la editorial donde ella trabajaba. Se lo había mencionado casualmente, sin saber que era la misma empresa en la que Clarissa acababa de empezar a trabajar. Knox sería su nuevo jefe.

—¿Qué dices? —preguntó Gabriel frunciendo el ceño. Por lo general, Knox era el idiota que les daba un número falso. No iba a burlarse de él, aunque podría.

—Mmm, lo siento, no sé qué decir —murmuró Aubrey.

Gabriel cambió el tema, evitándole a Knox hacer una réplica, porque entendía que este era un tema en el que Bree no querría intervenir. Una vez que llegaron al patio, los recibieron aromas de la carne y demás comida asándose en la parrilla, el murmullo de las risas, el chapoteo en la piscina y las risotadas masculinas en una esquina donde estaban Chase, Jesse y Oleg. Los socios de Aussie Equinox se acercaron a saludar a todos. Gabriel hizo unas bromas, más relajado, y luego sostuvo de la cintura a Aubrey. La presentó a sus mejores amigos con una sensación de orgullo.

Ellos la recibieron con amabilidad y la incluyeron como si fuese una más del grupo. Fueron conscientes de que esta era la primera mujer con la que Gabriel estaba saliendo, más que por un par de noches, a la que no solo conocían en persona, sino que ahora tenía un nombre. Gabriel solía decir que estaba saliendo con alguien, mas no volvía a mencionarla ni señalar un simple nombre de pila; las mantenía como personas sin rostros, porque no quería recordarlas. Pero, era evidente, que Aubrey no solo era diferente, sino que también parecía la razón de que su amigo sonriera más.

Por supuesto, también aprovecharon para contar anécdotas vergonzosas de Gabriel que hicieron que Aubrey se echara a reír. Chase, que amaba la tecnología y tenía en casa los más modernos artefactos posibles, se entusiasmó al compartir con ella temas en común. Durante la siguiente hora, la casa se continuó llenando de invitados, aunque el patio trasero era muy espacioso, se caminaba a gusto alrededor.

—¡Lamento el retraso, chicos! ¡Feliz cumple, Chase! —exclamó una invitada acercándose. Ataviada con un vestido en A de color naranja, estilizada y chic, llegó la chica a la que todo el grupo conocía—. Me encanta verlos, después de tanto tiempo.

—¡Clau, bonita, qué gusto verte! —dijo Oleg, abrazándola.

—Muñeca, ¿qué tal estás? Bienvenida, me alegra que estés aquí —dijo Jesse.

—Wow, Clau, gracias. ¡Un dispositivo Apple Vision Pro, con mis iniciales! —exclamó Chase abriendo el regalo con ilusión—. Ven, aquí, dame un fuerte abrazo.

—Gabe —dijo la rubia de ojos celestes en tono suave, cautelosa —. Hola…

—Claudia —replicó con simpleza.

Aubrey observó la interacción con una sensación de inquietud, cuyo fundamento no podría explicar. Reconocía que esta era la mujer que Gabriel una vez amó. Sí que era bonita y poseía un aura de fragilidad que solo la hacía parecer misteriosa; aquel aire de misterio

que solía instar a la gente a desear descubrir más de alguien. Pero lo que no podía soportar Aubrey era que tocara a Gabriel y eso fue lo que hizo la mujer. Le dio un abrazo, más largo de lo requerido, y lo besó en la mejilla.

Para tranquilidad de Aubrey, ¿podría describirlo de ese modo?, Gabriel se mostró parco y no hizo amago de devolverle el abrazo. Permaneció inmóvil, pero murmuró un saludo breve, antes de apartarse para atraer a Bree contra su costado.

—Tú debes ser Aubrey —dijo Claudia dirigiéndose a la asistente de Gabriel. La miró como si estuviera haciéndole el favor de saludarla—. Bienvenida al grupo. Aunque supongo que, como todas las amantes de Gabriel, será debut y despedida.

—No conozco a las otras amantes, así que no podría comentar al respecto, Claudia —replicó Aubrey con aplomo, apretando los dedos alrededor de los de Gabriel para que no interviniera—. Me gustaría continuar celebrando al homenajeado.

Claudia sonrió de medio lado, ante la tensión de su ex. Ella no había venido sin un plan en mente, pero este no incluía ser una arpía. No completamente, al menos.

—Oh, por supuesto, concuerdo —dijo la mujer, luego miró a Gabriel, quien permanecía con una expresión hostil dedicada para ella—: Quisiera hablar contigo.

—Lo que teníamos que decirnos ya nos lo dijimos, Claudia, y te advertí que mantuvieras tus garras lejos de Aubrey —zanjó—. Sabes bien de lo que soy capaz.

Knox frunció el ceño, porque no sabía qué carajos estaba tratando de hacer Claudia al provocar a Gabriel. Los otros amigos tan solo menearon la cabeza. Aunque no conocían en profundidad las diferencias entre Gabriel y la hermana de Calder, por las que se separaron, sí tenían plena conciencia de que su amigo había hecho demasiado por Claudia, pero que la mujer continuaba esperando a que volvieran. Sin embargo, salvo Knox, a quien solía importarle un

bledo lo que otros consideraran reglas de comportamiento social apropiado, los otros amigos preferían no intervenir.

—Solo quiero disculparme por lo ocurrido en mi casa —dijo con suavidad.

Aubrey miró a Gabriel con una expresión de sorpresa, porque no tenía idea de que él hubiera ido a ver a su ex. O que se continuaban viendo, ni las razones de que lo hubiera hecho días atrás. Pero luego pensó en la historia de ellos: el accidente de yate. «¿Se veían regularmente para recordar el pasado? ¿Por qué habrían discutido?», se preguntó. Los celos y el enfado se apropiaron de ella. Aunque Gabriel no le debía explicaciones, por supuesto que se sentía como una tonta por ser la que se acostaba con este hombre, mas no tenía idea de lo que habría ido a hacer con su ex prometida.

—Estoy con Aubrey —replicó Gabriel en tono gélido, consciente de la súbita rigidez de Bree a su lado—. Si quieres decir algo, hazlo frente a todos. No es como si hubiese ido a tu casa para hablarte de retomar algo que está muerto hace años —dijo.

Knox abrió los ojos de par en par. Oleg, Jesse y Chase menearon la cabeza.

Claudia esbozó una sonrisa que fingía inocencia. Miró a Aubrey con malicia.

—¿Estás seguro de que quieres que mencione la conversación…? —preguntó.

—No poseo la tendencia a repetirme, Claudia —replicó Gabriel, hostil.

Cuando Aubrey estaba a punto de replicar que necesitaba ir al baño, le sonó el tono de llamada que era de su madre. Bonnie jamás solía llamarla a menos que fuese una emergencia. Lo que sea que pudiera ocurrir en ese instante perdió todo interés. Se apartó de Gabriel, murmuró un par de disculpas, y fue al interior de la casa para hablar. Una vez que halló un sitio silencioso, tomó una respiración larga y respondió.

—Mamá, ¿está todo bien? —preguntó Aubrey tragando saliva.

—Lamento tanto llamarte, pero me siento un poco débil —dijo Bonnie—. Intenté bañarme, pero no pude… No quiero caerme y crear un escenario en el que tú y tu hermano se estresen, además de incurrir en gastos. Craig salió un rato a la playa, así que es probable que haya dejado el teléfono en la arena. De verdad, lo siento…

Aubrey no dudó. No le apetecía volver a la reunión, había perdido el apetito, y si Gabriel tenía algún asunto pendiente con la ex, que lo resolviera. No esperaba justificaciones de su parte. Apartó de su mente el recuerdo de lo ocurrido con Bastian. «Esta situación era totalmente diferente a la de su pasado», se recordó Aubrey.

—Mamá, hiciste bien en llamarme —expresó con franqueza—. En este instante salgo para la casa. Por favor, quédate en la cama. ¿De acuerdo? —pidió.

—Sí, hija, lo siento —murmuró.

—No, por Dios, mamá. Deja de disculparte. Voy en camino —dijo abriendo la puerta principal, mientras pedía un Uber. El coche estaba a tres minutos de distancia, así que caminó con celeridad. El grito de Gabriel, llamándola, no la detuvo.

CAPÍTULO 20

Gabriel miró desesperado cómo Aubrey se subía al coche, unas calles más abajo. «La mujer debería ser atleta con la velocidad que tenía para caminar», pensó, preocupado. Aunque no podría alcanzarla, sí iba a insistir en que le respondiese. La llamó por teléfono, pero en cada una de las ocasiones saltó la contestadora. Soltó una maldición. No le gustó la expresión de desazón y sorpresa en Aubrey, como si se sintiera fuera de lugar, luego del comentario de Claudia al mencionar que se habían visto. La culpa era de él, por supuesto, mas su intención no era ocultarle nada. La situación lo cabreó. Entró a la casa con el propósito de despedirse de sus amigos y agarrar las gafas de sol que Aubrey, en las prisas por marcharse, se había dejado en la mesa del jardín en la que estuvieron. Volvió a llamarla una cuarta vez. Finalmente, para su alivio, respondió.

—Hola, Gabriel…

—Bree, ¿estás bien? —preguntó con inquietud—. Lamento lo que ocurrió en el patio. Claudia no tenía ningún derecho a tratarte de ese modo, menos a hacer insinuasiones que dieran pie a malos entendidos. La promesa de exclusividad…

—Gabriel —interrumpió ella en un tono distante—, estoy bien, pero no tengo tiempo para escuchar comentarios en alusión a tu ex. Puedes hablar con la persona que te apetezca. Hemos quedado en que no nos debemos explicaciones. ¿De acuerdo? —preguntó, mientras preparaba una infusión de jenjibre con miel y limón. No era inusual que las personas con la clase de cáncer de su madre tuvieran episodios de debilidad súbita, pero era preciso conocer la razón. Así que Aubrey, apenas llegó a la casa, había llamado al Dr. Arnold Vonn que era el médico de cabecera de Bonnie. Este le comentó que estaba conduciendo y que apenas aparcara devolvería su llamada.

—Pero quiero dártelas, maldición —espetó, frustrado—. Ella y yo nos vimos, ciertamente, mas no en las condiciones que Claudia intentó insinuar. Mi relación contigo ha mantenido su premisa básica: no hay terceras personas —expresó apoyando el hombro contra la pared de la antesala que daba salida al patio. Desde su posición podía ver lo que ocurría en la barbacoa. Todos estaban comiendo—. Lo que quiero discutir no puede seguir postergándose. ¿Dónde estás? Cena conmigo —pidió.

Él consideraba que ya no era posible buscar el momento adecuado para decirle que la quería y también hablar sobre la segunda promesa que le hizo a su ex y que era la causa de esta mierda. Gabriel no se caracterizaba por ser espontáneo, mas tenía la capacidad de adaptarse a las circunstancias y elegir la mejor vía para solventar impasses. Aplazar su conversación con Aubrey sería un error, y él odiaba cometerlos.

—No, Gabriel —dijo con suavidad—, estoy con mamá. No tengo espacio para hablar de otros asuntos que sean diferentes a la salud de ella. Esa es mi prioridad.

—¿Qué pasó con Bonnie? —preguntó serio—. ¿Necesitas ir al hospital?

Ella soltó un suspiro y apagó la hornilla.

—No. Estoy esperando la llamada del doctor. Mamá se sintió débil de repente, aunque ya ha pasado en otras ocasiones. Pero luego de las inmunoterapias esto me sorprende. Así que —giró la cucharilla en la taza con la mezcla— debo cerrar —dijo.

—¿Me podrías llamar para decirme cómo sigue…? —preguntó, sincero.

Aubrey consideró en decirle que se ocupara de la mujer que veía a escondidas, pero sería un comentario tóxico y ella no quería incurrir en esa clase de emociones. ¿Si acaso sintió celos? Totalmente. ¿Si pensó en que él le fue infiel? Claro que cruzó ese pensamiento por su mente. Sin embargo, Aubrey había sido honesta cuando le dijo, noches atrás, que confiaba en él. Eso seguía

inamovible, mas no evitaba que la falta de seguridad, al no saber si Gabriel podría corresponderla, le causara aflicción.

—Te enviaré un mensaje —contestó. Quería enfocarse en Bonnie. Aunque se moría por tener a Gabriel a su lado, su cabeza no podía lidiar con dos situaciones que eran importantes y darles su completa atención, por igual, como merecían—. ¿Vale?

—Bree —dijo él. Se sentía frustrado por el giro que acababa de tener todo. Aparte, Aubrey era demasiado testaruda para decirle si en verdad necesitaba su ayuda.

—Te escucho, Gabriel —replicó subiendo las escaleras con la taza.

—Sigue confiando en mí —pidió con suavidad.

Ella se quedó en silencio varios segundos. Recorrer la fina línea de la incertidumbre emocional sí era caótico, pero que hubiesen jugadores externos —no contemplados en el tablero de posibilidades, sembrando dudas— resultaba crítico.

—No he dejado de hacerlo —murmuró con sinceridad y cerró la llamada.

Gabriel guardó el teléfono a regañadientes, preocupado. Aunque podía presionar para conseguir lo que quería, en este caso ver a Aubrey —ayudarla sobre todo— prefería no imponer su presencia. Quizá era preciso dejar que las aguas se calmaran. Por otra parte, podía aprovechar el día, a pesar de que era un fin de semana, e ir a trabajar a su oficina en casa. Pero su principal aliado para consultas, Knox, estaba bebiendo vino con el resto de sus amigos. No tenía sentido convertirse en la nota discordante, además, aunque se veían para las partidas de Póker, en esta ocasión se trataba del cumpleaños de Chase. Él no era inconsecuente y no empezaría esta tarde.

Por otra parte, había una decisión que Gabriel tenía pendiente consigo mismo: la posibilidad de enfrentar a sus padres biológicos. Hacía varias semanas, el detective que lo ayudó a localizarlos en un inicio —años atrás— obtuvo las direcciones actualizadas. Heather y Desmond Crowley. El reporte nuevo incluía una información que lo

había dejado atónito. Los Crowley tenían dos hijos, gemelos, que eran seis años menores a Gabriel. Allan y Rake. De ellos no había fotografías. Saber algo así, lo había dejado en shock. Las fotos de la familia fueron captadas durante un día de parque.

Gabriel no pudo evitar preguntarse, ¿qué los había instado a quedarse con los gemelos, pero no con él? ¿Cuál era la diferencia? Las posibilidades de que se negaran a conocerlo eran tan altas como las de que, si accedían a verlo, las respuestas a sus preguntas lo decepcionaran. No huía de los retos, pero seguía debatiéndose sobre qué hacer con la información que tenía y si, en verdad, valía la pena arriesgarse a ser rechazado de nuevo por quienes ya lo habían hecho una vez. Con el paso de los años, más ahora que entendía lo que era amar a una persona que no era parte de su familia —en este caso Aubrey— reconocía que, en realidad, nunca había temido la idea de ser padre. Lo que sí temía era fallar en el intento. Ese recelo no era el mismo que el resto de los mortales —la inquietud natural a cometer errores— sino uno que surgía en el inconsciente y era fruto del abandono. En su caso existía un argumento sólido.

«¿Qué pasaría si su hijo o su hija sentía que no tenía suficiente amor y que él, debido a los horarios complicados que tenía en la oficina, lo abandonaba?». Necesitaba comprender qué motivaba a los seres humanos a abandonar a otro como si fuese un cartón de zumo desechable. Gabriel creía que esa podría ser la clave para no repetir la historia de su propia infancia y convertirse en un mejor hombre. Pero su conflicto interno radicaba en que, a la par de desear conocer la respuesta a ese misterio de su vida, a veces también prefería que ese pasado siguiera enterrado en el tiempo.

Gabriel tendría que tomar una decisión final al respecto por su bienestar.

—Lo siento, Gabe —dijo la voz de Claudia a su espalda, cuando él estaba a punto de abrir la puerta de vidrio e ir a encontrarse con sus amigos—. Actué mal.

Él se tensó al instante. Cuando giró para mirarla, ella tenía una copa en la mano.

—Creía que habías dejado el vicio del alcohol y las drogas —replicó él, hostil, sin reconocer las disculpas que la mujer acababa de darle. Las ganas de ahorcarla con sus propias manos tan solo eran sobrepasadas por la certeza de que ella estaba rota.

Claudia soltó una exhalación. No hizo amago de acercarse.

—Sé que prefieres el vino a la cerveza y Chase me autorizó a sacar una de sus botellas de la bodega —le extendió la copa, Gabriel la agarró con suspicacia—. No es para mí. Lo prometo. Ella es perfecta… —susurró como si al decirlo le arrancaran una parte de la piel, su tono era casi doloroso—. No solo tiene carácter, sino que ha conseguido lo que yo no pude lograr durante tantos años. —Gabriel enarcó una ceja.

—¿Qué sería eso? —preguntó con indiferencia. Bebió un trago. El vino estaba buenísimo, pero se debía a que Chase era un coleccionista y compraba lo mejor.

Ella lo miró con una sonrisa triste. Ladeó la cabeza.

—Como si no pudieras respirar si no está a tu alrededor —dijo con suavidad —. Esa certeza me destrozó y me impulsó a actuar como una arpía —dejó caer los hombros—. El día en que fuiste a mi casa, me expresaste que preferías no ser mi amigo… No quiero perder tu amistad, Gabe. Encontraré la manera de aceptar que… Aceptar que nunca vamos a estar juntos de nuevo, pero no me dejes de lado. ¿Vale?

Gabriel comprendía, ahora mejor que nunca, por qué la gente prefería beber alcohol para opacar las emociones no siempre agradables: resultaba efectivo y rápido. Este momento era uno de los más claros ejemplos. Seguía cabreado con esta mujer.

—Claudia, no tengo nada que hablar contigo —dijo terminando la bebida y caminando hacia donde estaban sus amigos. La rubia de ojos celestes lo siguió.

—¿Por los viejos tiempos… Por todos los recuerdos bonitos…? —preguntó.

—Usas tanto ese argumento que resulta agotador, por favor, cállate —replicó meneando la cabeza—. La amistad se gana y también el respeto. Tú, has hecho todo lo posible para que yo haya perdido el interés por mantener ambos. Déjame tranquilo.

La mujer hizo una mueca y no volvió a mencionar el tema. Estaba enfadada, pero sabía disimularlo bien. Los dos llegaron hasta el grupo de sus amigos de toda la vida. Tanto Oleg, Knox, Chase y Jesse se miraron entre sí, al notar que Gabriel regresaba sin Aubrey. Pero ellos sabían que Gabe no apreciaría que hicieran preguntas, en especial sin la razón del tenso momento que tuvo lugar era una amiga en común. Empezaron a comer con calma, hablando de asuntos del mercado de valores, las inversiones, la política, y algunos cotilleos sin importancia. El vino, la cerveza, el whiskey, la comida y la música llenaron el ambiente durante un largo rato. Gabriel se desentendió de su ex y decidió pasarla bien, pero se mantuvo al pendiente del móvil.

Por otra parte, lo que el CEO no lograba comprender era el porqué de repente se sentía somnoliento. No había tomado tanto vino, quizá tres copas y eso nunca solía causarle efectos como este. Podría cambiar de bebida al whiskey, pero eso sería una tontería. Él no mezclaba una clase de alcohol con otra. Así que optó por servirse otro corte *ribeye* y agregó más patatas para compensar. Pero no pareció ayudar demasiado.

Solo se relajó, un poco, cuando Aubrey le mandó un mensaje para decirle que Bonnie estaba bien; que tendrían que hacerle un hemograma para descartar anemia o falta de hidratación, y a partir de eso investigarían más en profundidad el caso. Quedaban pendientes los resultados de las inmunoterapias para contrastar. Gabriel le pidió que no dejara de estar en contacto, que respetaba si necesitaba espacio, pero que recordara que podía contar con él para lo que hiciera falta. Aubrey tan solo había replicado "gracias" y le deseó que la pasara bien en casa de Chase, además de que la excusara con ellos por haberse marchado abruptamente. Con ese mensaje, Gabriel les comentó a sus amigos que Aubrey estaba bien, y que tuvo un asunto familiar urgente.

La música sonaba a toda máquina, mas no era como una discoteca o un bar en el que era imposible conversar. Al estar al aire libre se dispersaba el impacto del sonido. Una vez llegadas las primeras horas de la noche, casi todos los invitados empezaron a marcharse. La barbacoa había sido un éxito y Chase estaba muy contento por haber contado con las personas que más le importaban. Su familia también estuvo alrededor. Los camareros empezaron a recoger la vajilla. Los amigos de la infancia se quedaron hasta el final. Al estar solo ellos en la casa, Chase les pidió que fueran a la sala principal, en lugar del patio, para continuar la celebración. Así que eso hicieron.

Claudia se había mantenido en una actitud amigable, dócil inclusive, y también solícita. Se unió a la conversación, rio de buena gana y les contó a sus amigos sobre los últimos cursos de actuación que estaba tomando. Se unió a la partida de Póker que organizaron de forma improvisada. Gabriel, que no estaba interesado particularmente en escucharla o jugar otra partida, quería largarse a descansar, porque la cabeza le estallaba. No creía que estuviera en condiciones de conducir. Le diría a Jerry o Burnell, el que estuviera de guardia, que recogieran su coche en la zona donde vivía su amigo. Al cabo de un rato, Jesse y Oleg se despidieron, porque al día siguiente —ambos tenían negocios separados, pero estaban considerando invertir en asuntos de agricultura sostenible en un emprendimiento conjunto— irían por trabajo a Canberra.

—¿Te sientes bien? —le preguntó Knox a Gabriel, mirándolo con el ceño fruncido. Había notado que su amigo parecía distraído—. Tienes la mirada perdida.

—O la mente fija en cierta mujer fascinada con la tecnología, y la echa de menos —dijo Chase de buen humor, mientras bebía más de su vaso de whiskey.

—Eso siempre —replicó Gabriel sin pensarlo dos veces. Se frotó las sienes y soltó una maldición. Le pidió un vaso de agua al camarero y lo bebió con ansias—. Coño, creo que empiezo a sentir los efectos de la vejez —dijo y se rio de sí mismo.

—Puedes quedarte en una de las suites de huéspedes o mi chofer puede llevarte a casa sin problema —ofreció Chase—. ¿Qué tanto bebiste? —preguntó.

—No tengo la más puta idea —replicó Gabriel, porque no recordaba con exactitud algunas partes de la tarde—. Creo que me iré a recostar. Sí —farfulló, mientras se ponía de pie y subía las escaleras. Se sentía apaleado. No creía tener fiebre.

Conocía la casa de Chase, al igual que la del resto de sus amigos, como la suya propia. Así que abrió la puerta que estaba al final del pasillo y entró sintiendo la pesadez de su cuerpo. No se molestó en encender la luz y no creía que iba a lograr irse a casa, hasta la mañana siguiente. Menos mal no tenía trabajo. Se quitó los zapatos y las medias con agilidad, luego se acomodó sobre el edredón con una exhalación. Quiso enviarle un mensaje a Aubrey para decirle que se quedaría en casa de Chase y que recordara llamarlo a cualquier hora, pero su cuerpo no quiso cooperar. Sentía que los párpados se le cerraban. La luz del móvil lo agobió, así que lo dejó a su lado.

Su último recuerdo, antes dormirse, fue la sensación de la calidez de Aubrey.



Las manos que le recorrieron los pectorales eran suaves; las caricias eran lentas, no pedían permiso, tampoco buscaban respuestas. Gabriel esbozó una sonrisa, porque Aubrey, después de tener sexo y quedarse dormidos, siempre buscaba despertarlo por más, casi con la misma frecuencia y deseo con que lo hacia él. Trató de abrir los ojos, pero la luz que se filtraba por la ventana lo cegó, frunció el ceño. Le dolía la cabeza, mas no como la noche anterior. Aspiró un sutil aroma femenino en el ambiente. Por un instante dejó de intentar desperezarse, permaneció estático, algo no estaba bien.

«Ese no era el perfume de su Aubrey», pensó. Soltó un gruñido y se giró a un costado.

Cuando abrió los ojos finalmente y miró de frente, entendió lo que pasaba y se sintió por completo asqueado. «No puede ser. Esta mierda no puede ser», pensó al ver la silueta desnuda junto a él. Claudia le sonreía, estaba recostada a su lado. Gabriel intentó rebuscar en su memoria alguna explicación para esta situación, pero no la halló. Solo tenía lagunas mentales. Intentó hacer un resumen. La fiesta de Chase. Aubrey yéndose a casa. Luego la noche con sus amigos, bebiendo y riéndose. Había partes que recordaba, otras le parecían borrosas; otras, inexistentes. «Este no era él».

Se incorporó de la cama como si a su lado hubiera estado un escorpión.

—Gabe… —ronroneó ella, sin intención de cubrirse. Sus pechos, pequeños, estaban expuestos, así como también su sexo depilado—. Todo está bien —dijo.

—¡¿Qué carajos pasó, Claudia?! —le gritó fuera de sí.

Ella enarcó una ceja, como si él fuese imbécil al hacer esa pregunta.

—Pasamos un rato hermoso recordando la razón por la que siempre seremos el uno para el otro, Gabe —replicó mirándolo con hambre—. Eché de menos tu fuerza, la pasión para follarme, la forma en que me llenabas y cómo me lamías el sexo.

Al recordar que estaba desnudo perdió la paciencia. «¿Qué mierda había hecho?», se preguntó saliendo de la cama y yendo al baño, no sin antes recoger su ropa —esparcida por todo el piso— y luego cerró dando un portazo. Se miró al espejo. Tenía el cabello alborotado, ojeras, y la huella de una mordida en el hombro. Gabriel entró a la ducha, sintiéndose asqueado consigo mismo. No recordaba nada y eso era lo peor. ¿En qué instante él se dejó seducir por Claudia? Lo que tenía claro era que había subido solo a esa suite. No tener el panorama claro lo tenía en pánico.

Se restregó la piel con el jabón, como si eso fuese a quitarle la sensación de traición que acababa de cometer. Algo no encajaba en esta ecuación, pero por más que trataba de racionalizar la situación era imposible que su mente trajera al presente todos los eventos, uno por uno, ocurridos para llegar a este punto. Lo atenazó la vergüenza, que empezó a reptar por su garganta con una sensación biliar, y luego fue transformándose en culpa. Dio un puñetazo contra la pared de la ducha. Los nudillos le empezaron a sangrar, mas no le importó. Permaneció varios minutos bajo el agua.

Cuando salió del baño, vestido con la misma ropa del día anterior, Claudia tenía una expresión satisfecha en el rostro. Nunca había odiado tanto a una persona como en ese instante, ni se había odiado tanto a sí mismo. Se necesitaban dos para bailar un tango y era evidente que él participó en el acto tanto como la víbora de su ex. Sin pensarlo demasiado, olvidando por completo la prudencia —que esta mujer había destruído por completo— se acercó y le rodeó el cuello con una mano. Ella abrió los ojos de par en par e intentó apartarse, pero Gabriel no se lo permitió.

—Gabe… No me dejas respirar… —farfulló moviéndose para apartarse.

—Quiero que me digas lo que pasó anoche y no intentes pasarte de lista —espetó con veneno en la voz. Si pudiera matarla dejándola sin oxígeno, lo haría.

—Suél… Suéltame —dijo ella agarrando la muñeca de Gabriel con las manos.

Él, asqueado por haberla tocado voluntariamente en este momento, la soltó.

—¡Habla de una puta vez! —le gritó de nuevo.

—Antes de venir a la habitación —tosió y se cubrió con sábana—, me mandaste un mensaje de texto para que subiera. Yo ya me había despedido de todos, pero sé que todavía luchas contra la posibilidad de estar juntos, así que vine. Tú me dijiste que me deseabas —murmuró. La expresión asesina de Gabriel era tan letal que la asustó

—. Yo… Me pediste que me quedara y eso hice… No me arrepiento, Gabe.

Antes de que Gabriel la mandara a la mierda, llamaron a la puerta. Él fue a abrir, la modestia de Claudia le importaba lo mismo que un cáctus en Navidad. Se encontró con la expresión dubitativa e inquieta de Chase. Este miró a su amigo.

—Los gritos se escuchan hasta el comedor —murmuró—, pensé que habría pasado algo terrible. —Gabriel se cruzó de brazos, dándole a entender que no consideraba que hubiera algo peor que lo estaba viendo en esos instantes—. ¿Clau? —preguntó asomando la cabeza. Gabriel se hizo a un lado y abrió la puerta sin más.

—Hola, Chase —murmuró ella, agradeció tener la sábana rodeándola.

—Creía que anoche te habías marchado —frunció el ceño—. No tenía idea…

—Gabe me escribió y me pidió… —dijo sin terminar la frase. No hacía falta.

—No comprendo nada de esto —replicó Chase, confuso, porque sabía que Gabriel, aunque hubiera estado demasiado ebrio, jamás volvería con Claudia. Pero no iba a meterse en donde no lo llamaban, así que hizo lo que un buen anfitrión—. ¿Quieres bajar a desayunar? Quedó bastante comida de ayer. Hay café, té y zumo.

Gabriel, que había estado buscando el móvil, finalmente lo vio debajo de la cama. Lo agarró y vio que tenía una llamada perdida de Aubrey, registrada antes de los mensajes. Cuando leyó uno de ellos se quedó paralizado. Elevó la mirada hacia Claudia y esta se encogió de hombros. Gabriel cerró los ojos un instante. Devastado y con unas ganas incontenibles de cometer un homicidio. Claudia había enviado una fotografía a Aubrey, mientras él estaba dormido y ella, evidentemente, con los pechos desnudos abrazándolo. La arpía de su ex, además, había respondido como si fuera él.

Aubrey: *Bonita selfie…*

Gabriel: *Supongo que lo es.*

Aubrey: *No sé si quieres que la enmarque. Si lo que buscabas era terminar el affaire, solo tenías que hablar conmigo, en lugar de inventarte tu viaje a Grecia o fingir que estabas interesado en mi madre. ¿Querías que siguiera confiando en ti, hasta que te hartaras de follar a otra mujer y entonces sí, pensar en seguir o no conmigo?*

Gabriel: *Siempre has sido libre de pensar lo que quieras.*

Aubrey: *Gracias por tu magnánima concesión. Eres tan miserable como Bastian.*

Gabriel: *Las comparaciones no se ven bien.*

Aubrey: *Vete a la mierda, Gabriel. No vuelvas a buscarme. El día lunes hablaré con Knox para solicitar mi cambio de posición en la oficina. No quiero saber de ti.*

Gabriel guardó el teléfono con lentitud. Si hubiese tenido un arma, la habría usado en cuestión de segundos. La sensación de haber entrado en un pantano, cuyo lodo le llegaba hasta el cuello y amenazaba con ahogarlo, era la metáfora para lo que experimentaba en esos instantes. Cuando miró a Claudia, esta sonreía con desenfado al entender lo que él acababa de leer. Ella se levantó de la cama y empezó a recoger su ropa con tranquilidad. Gabriel aprovechó que la mujer mantenía la sábana alrededor del cuerpo para atraparla y ponerla contra la pared. Ella lo miró con expresión de súbito temor y perdió la actitud de suficiencia, porque en su ex no existía ni la calidez o autocontrol que eran habituales en él. Gabriel le sujetó ambas mejillas con una sola mano, firme, y con la otra le inmovilizó las dos muñecas. Con la fuerza de su cuerpo le bloqueaba cualquier posibilidad de que ella se moviera o se apartara.

—¿Por qué mierda le escribiste a Aubrey, maldita seas? —le gritó, indignado.

Chase intentó acercarse, porque era la primera vez que veía a Gabriel fuera de sí, hasta el punto de temer que pudiera cometer un acto del que podría arrepentirse. Quizá él solo estaba

sobredimensionando todo, pero prefirió ser cauto. Sin embargo, su amigo giró el rostro brevemente para mirarlo y le hizo una negación. Chase elevó las manos y prefirió permanecer como un testigo incómodo de lo que estaba pasando.

—Yo… Ella necesitaba saber que no tenía oportunidad… No lo habría creído si no hubiesen hechos que lo comprobaran… —replicó agitada—. Te tomará un tiempo asimilar la realidad, Gabe. Pero yo te amo y en mi vida no hay futuro sin ti.

—¡No vengas aquí con esa clase de explicaciones sacada de los cojones! —espetó—. Si tu vida no tiene futuro es porque has malgastado tus privilegios. Nunca pensé que llegaras a caer tan bajo. La mujer que siempre elegiré, por sobre cualquier otra, es Aubrey. ¿Sabes qué eres tú para mí? —preguntó retóricamente, mientras la apartaba. Ella trastabilló y cayó de culo en la cama, mirándolo—. Mi mayor error.

Los ojos de Claudia se llenaron de lágrimas sin derramar, porque nada le podía doler tanto como esas palabras. Después entró al baño con rapidez, queriendo alejarse de la furia de Gabriel y la humillación de que le hubiese dicho algo tan horrendo. Chase estaba en el umbral de la puerta con una expresión que mezclaba el desconcierto y la confusión. No daba crédito a la bajeza de Claudia. Estaba atónito.

—Gabe, hermano, ¿qué mierda hiciste? —preguntó con extrañeza.

—Algo no encaja aquí… —se pasó los dedos entre los cabellos—. No recuerdo casi nada de lo que ocurrió ayer, Chase… La única mujer a la que deseo es a Aubrey. Bajo ninguna circunstancia mi cerebro habría sucumbido a este escenario.

Chase hizo una mueca. Notaba el remordimiento y preocupación en Gabriel. Este comportamiento de su amigo no era usual, pues solía ser mesurado y siempre estaba en control. Así que pensó tranquilizarlo del único modo que podía: racionalizar.

—Gabe, a veces, el alcohol nos pasa factura sin darnos cuenta. Bien sabes que los efectos no siempre son iguales —expresó con

suavidad posando una mano en el hombro del magnate—. El instinto suele ganar la batalla a la lógica, aunque esta última tenga la claridad visual de un francotirador. Solo fue sexo. Esto va a sonar terrible, pero no hace falta que se lo comuniques a Aubrey… Al menos si no quieres perderla.

Gabriel, a modo de respuesta, le mostró el chat y la fotografía.

—La zorra de Claudia se encargó de que se enterara, ¿qué te parece? —preguntó retóricamente. Él usaba la identificación facial del iPhone, así que no le debió resultar difícil a Claudia tan solo acercar la pantalla a su cara para desbloquearlo—. Pero mentirle a Aubrey no está en mi diccionario. No merece eso.

El otro hombre hizo un asentimiento breve.

—¿Qué vas a hacer…? —preguntó Chase, preocupado.

—No tengo la más puñetera idea —replicó, porque era la verdad. La evidencia era demasiado elocuente. Una jodida foto, sumada a la insinuasión de Claudia que se habían visto anteriormente, resultaba una aclaración a cualquier duda que Aubrey hubiera tenido—. Dios, quisiera poder llenar las lagunas mentales de ayer. ¡Joder!

Al cabo de varios minutos salió Claudia. Su expresión fresca y tranquila.

—Gracias por una noche increíble —dijo con osadía a Gabriel.

El CEO la agarró del brazo, antes de que ella se marchara, deteniéndola.

—Eres una hija de perra, Claudia, y un ser humano despreciable.

—Eso no fue lo que me susurraste anoche, Gabe. Aunque, claro, pasé por alto el hecho de que me hubieras llamado varias veces con el nombre de esa zorra —dijo. Luego se dirigió hacia Chase, que la miraba boquiabierto—: ¿Sigue en pie el desayuno?

—Yo… —expresó, rascándose la cabeza, dubitativo.

—No pasa nada, Chase, entiendo que siempre han tenido, todos, una lealtad ridícula hacia Gabriel y me han dejado en segundo plano —replicó con indiferencia.

—Cuídate las espaldas, Claudia, porque a partir de ahora tendrás que drenar toda tu cuenta bancaria para sobrevivir. Si involucras a amigos o familia, buscando su ayuda, los destruiré a ellos. Ningún director va a contratarte y tu vida artística está muerta a partir de hoy —dijo Gabriel en un tono frío y letal—. Sal de mi vista. ¡Ahora!

—Considerando el escenario, lamento retirar la invitación que te hice a quedarte. Pero creo que será mejor que desayunes en otro sitio, Claudia —dijo Chase, porque sabía que la mujer era volátil. No es que prefiriera a un amigo por encima de otro, pero el grupo que compartían desde pequeños era sólido, casi inquebrantable. Claudia era hermana de Calder y por eso estaba alrededor; le tomaron cariño, pero la lealtad no era con ella, sino, en este caso con Gabriel —. Quizá en otra ocasión te vea.

—Por supuesto, lo comprendo… —dijo ella sin ocultar su resentimiento. Pero hizo lo que considero que era necesario para preservar lo que deseaba: Gabriel. Quizá él no lo comprendería ahora, pero sabía que más pronto que tarde recapacitaría.

—Bien —murmuró Chase.

—Gabriel —llamó Claudia, deteniéndose en la mitad del pasillo, y mirándolo por sobre el hombro con una sonrisa satisfecha—. Te avisaré, apenas lo sepa, si el examen de embarazo da positivo —comentó en tono alegre, dándoles la espalda.

CAPÍTULO 21

Dejó el teléfono a un lado con la mano temblorosa. Le acababa de pedir a Knox que la cambiara de posición en la empresa, lo más lejos posible del piso gerencial, porque no podía continuar siendo la asistente personal de Gabriel. El que ahora consideraba su amigo, le preguntó cuál era el motivo de la súbita decisión y Aubrey le respondió que se trataba de una decisión personal y que esperaba que pudiera respetarla. Knox tan solo le comentó que él podría compartir la asistente con Gabriel, hasta que hallara una nueva persona, así como también le aseguró a ella que le encontraría de inmediato otra posición en la compañía, con los mismos beneficios. Aubrey le agradeció y se sintió aliviada al poder resolver ese asunto, con la confianza que Knox le había ofrecido, llamándolo un fin de semana. Por otra parte, sabía que ausentarse de repente sería irresponsable. No podía mezclar un asunto personal con uno profesional, así que iría a la oficina para dejar indicaciones sobre los detalles de la agenda de su jefe.

Que Gabriel le hubiera enviado una *selfie* con Claudia fue similar a recibir una estocada en el pecho y quedar a punto de desangrarse. Su mundo no dejó de girar, pero sí sintió resquebrajarse su corazón. En la imagen, él había estado mirando a un costado, como si le estuviera besando el cuello a la mujer, mientras ella —con los senos desnudos y presionados contra Gabriel— se encargaba de hacer la fotografía. Evidentemente, él se lo había pedido así, no existía otra explicación. La certeza brutal de haber sido engañada creó un vacío frío en el sitio que, hasta hacía poco, había calor.

No logró reprimir las lágrimas y la tristeza aumentó, porque su madre estaba en una posición de salud incierta. Tampoco intentó pedirle al universo que dejara de jugar con ella, tomándola como un experimento de resistencia, porque no había tiempo para eso. Aún así resultó inevitable hacerse preguntas sobre todo lo que habría

ocurrido en esa madrugada entre ese par; entre Gabriel y la mujer a la que, al parecer, él siempre amó y no dejó en el pasado. Se preguntó si la habría abrazado para hacerla sentir segura; si la besó con el mismo ardor con el que lo hacía con ella; si el éxtasis compartido, aquel que Gabriel siempre le dijo que entre ellos era distinto y especial, hizo que la olvidara. Pensarlo con otra era devastador, pero que fuese real era atroz.

La maldita fotografía le pareció una manera burda de Gabriel para darle a entender que todo había acabado entre los dos. ¿Acaso él creía que ella iba a rogarle que se quedara a su lado? ¿Creía que buscaría la forma de retenerlo, si él le decía que quería ser libre de ese acuerdo? Qué torpe se sentía por haber confiado. Esta vez lo había hecho con reservas, muy consciente de los pasos que daba en un inicio, pero luego tan solo dejó que sus emociones fluyeran y dinamitó sus propias barreras para darle cabida a Gabriel. Al menos se alegraba de no haberle dicho que lo amaba, porque si no habría sido más dura de sobrellevar esta situación. Había superado muchos escenarios difíciles, este iba a tomarle años, porque Gabriel estaba anclado en su alma. Pero ella jamás caería en el error de mendigar amor o atenciones de un hombre, no por soberbia ni arrogancia, sino por amor propio y dignidad. El amor se entregaba de manera libre, mas no se exigía, aunque tampoco se permitía a otros que lo pisotearan.

—¿Ocurre algo, Bree? —preguntó Craig al verla sentada en el sofá, con el televisor encendido, pero sin mirar realmente. Se acercó y se acomodó junto a ella.

—Nada importante —dijo con una sonrisa triste—. ¿Mamá se despertó?

—No, aún duerme. Le hizo bien tomar las vitaminas y de seguro mañana temprano nos dan los resultados del hemograma. El doctor Vonn nos ha ayudado mucho. Que hubiera enviado a su laboratorista, sin cobrarnos, para que le hiciera la extracción de sangre a mamá, un domingo, deja entrever que sus pacientes le importan.

Aubrey hizo un asentimiento. Estaba agradecida con el doctor Vonn.

—Hemos tenido suerte con él. No todos los médicos son mercenarios de las farmacéuticas ni mercaderes de la vida de otros —replicó con suavidad—. Mañana también le dan los resultados de la inmunoterapia. Estoy preocupada, Craig…

El chico se rascó la cabeza y bebió de la lata de Coca-Cola.

—Hemos salido de peores situaciones, Bree —dijo él—. Por cierto, ¿qué tal te fue ayer en la reunión a la que fuiste con Gabriel? —preguntó para tratar de animar a su hermana, pues siempre que se refería al millonario, ella sonreía automáticamente.

Esta vez, Craig notó que su comentario no logró el efecto usual en Aubrey.

—Ya no estamos juntos —replicó con nostalgia, amargura y enfado a la vez.

—¿Por qué? —preguntó—. Parecía que todo iba bien —frunció el ceño.

—Todo lo que inicia tiene un final —se levantó del sofá— pero sé que consideras a Gabriel como tu amigo. Indistintamente de lo que ocurrió entre nosotros, reconozco que es una buena persona siempre que no se trate de romance —dijo en tono burlón, hacia sí misma—. No dejes de ser su amigo por mí. ¿Vale?

—Si te ofendió o te trató mal, no puedo ser amigo de él —dijo enfadado—. Sé que me ves como un jovenzuelo irresponsable en ocasiones, menor a ti por varios años, pero soy tu hermano y si tengo que ir a partirle la cara a Gabriel, sí que lo haré.

Ella se rio, pero al instante esa risa se transformó en sollozo. Se acercó a su hermano y lo abrazó. Esta vez, el chico no se mostró huraño, sino que le devolvió el gesto. No era un abrazo por una ruptura amorosa, sino por todo lo que tendrían que enfrentar los próximos días. Esta semana era decisiva para Bonnie y su estado médico.

—Gracias, Craig —dijo apartándose para limpiarse las lágrimas—. Pero creo que si alguien le tuviera que dar un puñetazo a Gabriel St. James, algún día, sería yo.

—Eso suena estupendo, en especial si se lo merece —sonrió el chico.

Aubrey tan solo hizo un asentimiento, porque el nudo en la garganta le impedía continuar interactuando con su hermano. O con cualquier otra persona. Necesitaba espacio, aire y un poco de naturaleza. Subió a su habitación, comprobó que Bonnie estuviera bien, y organizó sus pertenencias. Metió en una bolsa el bikini, una toalla y protector solar. Pero cuando buscó las gafas de sol, maldijo, porque las había dejado en la casa de Chase. Le dio igual. Sabía que Craig estaría el resto del día a cargo de que su madre se sintiera a gusto; no es que estuviese mal, tan solo algo débil. Finalmente, tomó la Opal Card y se dirigió hacia el tranvía. Su destino era Bronte Beach, una de las playas más bonitas de la ciudad y en la que podía mezclarse con otras personas, locales y turistas, mientras su corazón intentaba aquietarse. Quizá, después de estar en contacto con la naturaleza, el inicio de la semana sería menos brutal de soportar.



Sentada detrás del escritorio, con dos tazas de café negro en su sistema, Aubrey empezó a despachar los pendientes más urgentes. Le envió a Dhalia, la asistente de Knox, los pormenores y detalles de lo que solía ser prioritario y también postergable en la agenda del CEO. Antes de la una de la tarde, lo tenía ya todo resuelto. Durante la mañana, se enfadó consigo misma al reconocerlo, estuvo esperando a que llegara Gabriel. Pero la puerta del elevador nunca se abrió para dejarla ver, por última vez, la imagen del hombre que había roto su corazón. No solo eso, sino que tampoco había un mensaje con instrucciones de trabajo —como él solía hacer, sin importar si discutían o tenían diferencias personales, aunque entendía que los hechos recientes eran totalmente diferentes—

menos preguntándole por su madre; tampoco hubo un correo electrónico para confirmar o no los asuntos de la agenda del día. Ella asumía que él estaría disfrutando de las horas disponibles con la mujer que de verdad quería.

Aubrey no poseía tendencia al dramatismo, quizá porque nunca antes estuvo enamorada o quizá porque su vida tenía asuntos más críticos en los que prefería enfocar su atención. Sin embargo, cuando tuvo que entrar a la oficina de Gabriel, para retirar una carpeta que tenía que actualizar, sintió los ojos llovidos. El aroma del perfume masculino, levísimo y casi como una caricia para sus sentidos atormentados, pareció envolverla con la cruel estela de los recuerdos de placer, risas, caricias y esperanzas de algo que jamás podría ser. Se había limpiado las lágrimas enfadada.

Luego cerró la puerta con firmeza al salir. Ella no sabía si podría reprimir el dolor de ver a Gabriel ahora que era consciente de que la había traicionado y que no era suyo. Que esa idea tonta de que habían logrado crear una conexión era falsa y que la única broma fue su propia debilidad de confiar. Solo esperaba que no tuviera que regresar al día siguiente como su asistente. Por eso decidió acercarse donde Knox.

—Hola, ¿puedo pasar? —preguntó Aubrey desde el umbral de la puerta.

—Por supuesto —replicó el millonario—. Dhalia me comentó que ya había recibido los datos necesarios para manejar la oficina de Gabriel desde aquí. Gracias. Toma asiento, Bree —agregó él con una de sus habituales sonrisas encantadoras.

La oficina de Knox tenía detalles decorativos que invitaban a sentirse cómodo. Había dos estanterías llenas de libros de literatura, no finanzas, lo cuál a ella le pareció curioso desde un inicio. Cuando le había preguntado al respecto, él le comentó que en los instantes en que necesitaba recrear la mente, las novelas de ficción eran su mejor escape e inclusive lo ayudaban a resolver problemas. Leía historias de suspenso.

—No quiero presionarte —dijo en un tono de voz suave—, pero me gustaría saber si tienes una idea de qué área laboral sería a la que vas a trasladarme, Knox. Ahora que conoces mi trabajo sabes que me adapto con facilidad y aprendo rápido.

—Tuve todo el domingo en mi yate para pensar un par de asuntos —sonrió —, entre ellos tu petición. Llevo claro qué clase de colaboradora y persona eres, Bree.

Ella hizo un asentimiento. Le gustaba hablar con Knox, porque era reflexivo y siempre tenía un gesto amable, además de que era súper listo. La única vez que se mostró enfadado fue cuando contó que Clarissa le había dado el número erróneo. Aubrey hubiera querido decirle la razón detrás, pero ella no se metía en temas ajenos.

—Inclusive podría ir a la cafetería, como era en un inicio, siempre que no me asignen este piso —expresó con humildad, porque si bien Knox era un amigo, reciente en su vida, también era su jefe—. No tengo problemas con la clase de cargo.

Él se recostó contra el asiento de cuero. Gabriel, por supuesto, lo había llamado para contarle el decepcionante incidente con Claudia, horas antes de que Aubrey lo hiciera. Fue entonces que Knox le sugirió que si tenía lagunas mentales, se sintió más ebrio de lo usual y sin motivos, tuvo dolor de cabeza y pesadez en el cuerpo, lo más lógico era hacerse una prueba de toxicología. También le sugirió que no tuviera la estúpida ocurrencia de aparecer en la oficina esos días, en el afán de hablar con Aubrey, al menos si quería tener una oportunidad con ella de explicarse, si primero no tenía los resultados del laboratorio. Así que su mejor amigo, por una puta vez en su existencia, había accedido a aceptar su consejo. Lo anterior, consideraba Knox, era la prueba de que Gabriel no solo estaba desesperado, sino que haría cualquier cosa que implicara hallar la verdad, porque amaba a la mujer que estaba ahora en su oficina.

—Tengo un tiempo analizando la idea de separar el departamento de IT del proyecto Wide Whole —replicó—. El espacio físico tiene que ser readecuado en el piso diecisiete, es decir, abajo del nuestro, pero no tomará más de dos o tres días. La idea es que el

departamento trabaje en crear presentaciones en AI para el nicho que decidimos explotar: las desarrolladoras inmobiliarias, constructoras en general y, especialmente, empresas de arquitectura. Una vez que esté consolidada esa parte, agregaré una actualización al *software* para otros usos. Ese departamento se llamará W2 y quiero que seas una de las cuatro personas en integrarlo. ¿Qué te parece la idea?

Ella esbozó la primera sonrisa en horas, y se llevó la mano al corazón.

—Oh, Knox, eso suena magnífico. ¡Muchísimas gracias! —expresó emocionada—. Estoy más que feliz de ser parte de W2. Cuando empiece a estudiar en la universidad, mi desempeño no va decaer, eso puedo garantizártelo —afirmó.

Él asintió y recordó la petición de Gabriel semanas atrás. Este le había dicho que era injusto que Aubrey postergara sus estudios y que, tras revisar el costo de la carrera que ella quería, no los terminaría pronto si cursaba solo una o dos asignaturas por semestre. Le pidió que, como CFO, ideara un proyecto empresarial ficticio, lo presentara como si llevase tiempo instaurado y le ofreciera a ella una beca. Por lo orgullosa que era, argumentó Gabriel, Bree no aceptaría su ayuda económica directa.

—No tengo dudas. Sobre el tema de la universidad, yo diseñé un proyecto para ayudar a nuestros empleados que buscan prepararse y con sus conocimientos contribuir más a la empresa. Se trata de un fondo académico que financia carreras universitarias y maestrías. El monto no tiene límite, porque muchas de esas instituciones reciben aportes de mi familia —dijo con una sonrisa—. Así que tenemos convenios. Si no lo sabías, háblalo con Zeik, él podrá guiarte. Si deseas aplicar, claro.

Aubrey lo miró con sorpresa.

—¿Cuál es la trampa…? —preguntó con cautela—. Porque una empresa no ofrece esa clase de beneficios sin esperar algo a cambio. No desconfío de ti en el aspecto corporativo, pero cuando una situación es demasiado buena para ser cierta…

Knox soltó una carcajada. La mujer era suspicaz, ciertamente, pero este asunto de la beca siempre sería un secreto. No era un obsequio, ella lo merecía, aunque nunca lo aceptara —tal como le comentó Gabriel— por orgullo. Él hizo una negación.

—Funcionamos bajo análisis de probabilidades, así que estás en todo el derecho de cuestionar todo, Bree. No hay trampa. Una vez que accedas a la beca, si te aceptan en la universidad, tu carrera queda pagada por completo —comentó. Al ser consciente de que sonaba demasiado fácil, agregó—: La condición es que debes quedarte, al menos un año adicional desde que aceptes la beca, trabajando aquí.

Aubrey frunció el ceño. No sabía si podría hacerlo. Evidentemente en un año, Gabriel estaría casado y ella habría, quizá, encontrado a otra persona. Pero eso no implicaba que dejaría de topárselo y que le resultaría agradable. Pensó varios segundos.

—Aplicaré a la beca, Knox —murmuró, porque esta era una oportunidad. Sabía que otras compañías en el mundo ofrecían estos beneficios, pero eran pocas.

—¡Estupendo! —dijo el hombre de ojos verdes—. Espero que seas una de las favorecidas del programa, porque hay plazas limitadas cada año —mintió—. En todo caso, regresando a nuestro tema más importante: tu reubicación en la empresa. Hasta que esté todo listo con W2, tómate dos días libres, Aubrey. No tendría sentido que estuvieras alrededor si aún no está definido el espacio de trabajo. Como socio de esta empresa tengo la potestad de hacer y deshacer a mi antojo —comentó, porque estaba dándole ese margen de tiempo a Gabriel para que resolviera sus mierdas, pero también a Aubrey para que despejara la mente—. Así que, a partir de hoy, estás relevada de tus funciones como asistente del director general —expresó con una amplia sonrisa.

Aubrey hizo un asentimiento y soltó una exhalación leve de alivio.

—Gracias, en verdad, por haber sido tan flexible —murmuró poniéndose de pie—. No habría pedido tu ayuda si… —meneó la

cabeza cuando sintió que iba a cortársele la voz. Carraspeó—. Creo que serán dos días para reorganizar algunas cosas.

—Reorganizar y analizar siempre es bueno, pero no demasiado —dijo él en tono críptico. Antes de que ella pudiera agregar algo, Dhalia le comunicó a Knox, a través del interfono, que la reunión con el jefe de marketing iba a empezar pronto.

Aubrey salió de la oficina del CFO y fue a recoger sus pertenencias. No tenía demasiadas, así que sabía que no tardaría en dejar el espacio limpio. Pero al regresar a su escritorio, se detuvo de golpe: había algo allí que antes no estaba. No era un objeto cualquiera; era la primera vez que ocurría algo así, al menos en el tiempo que llevaba como asistente. No se trataba de un ramo de flores, sino de tres orquídeas hermosas.

Con dedos dudosos agarró la tarjeta que iba en el envoltorio blanco. Las orquídeas tenían tres colores: blanco, rosado y rojo. Una combinación espectacular.

Bree:

Tres colores representan tres etapas diferentes.

Sé que no necesitas un código para descifrarlos.

Sé también que lo que interpretes será lo correcto.

Solo espero que me permitas ratificarlo.

G.

Su primer instinto fue echar las flores a la basura. Pero sabía que uno de los guardias de seguridad tenía a su esposa en reposo, después de una operación de la muñeca. «A la señora le vendrían estupendamente unas orquídeas», pensó, mientras metía la tarjeta en el triturador de basura. ¿Cómo era tan torpe Gabriel que ordenaba flores para continuar su engaño, y luego de enviar la maldita *selfie* con su ex, olvidaba cancelar el envío?, se preguntó. Su enfado no implicó que hubiera olvidado lo que Gabriel le mencionó,

meses atrás, cuando le dijo que no iba a enviar flores a las amantes que él tuviera. Pero Gabriel respondió que las únicas personas que recibían ese gesto de su parte eran aquellas a las que no follaba, porque tenían un significado particular en su vida. Confundida y cansada, Aubrey bajó con las orquídeas al finalizar su horario regular de trabajo. Le entregó las flores al guardia y este le agradeció, feliz.

Ella salió de Aussie Equinox, ignorando que Gabriel tenía acceso a las cámaras y que, en la abstinencia de no verla en persona, había caído en la tentación de observarla un par de veces, durante el día, en la oficina. Tal como lo haría un hombre sediento en medio del Desierto de Sonora y que encontraba una gotera, que poco haría para calmar la sed, pero era su único recurso para sobrevivir. Aubrey no podía saber que él estaba, por primera ocasión en sus treinta y cinco años, sufriendo la culpa de haber lastimado a otra persona y sintiéndose miserable, en especial al no lograr asimilar ni comprender cómo diablos todo se fue al carajo de un momento a otro.

Cuando Jerry aparcó uno de los coches de Gabriel en los exteriores del edificio, Aubrey se acercó para decirle que en adelante ella tomaría el transporte público. Por supuesto, le agradeció por haber tenido la amabilidad de pasar a por ella esa tarde.

En casa, lo que menos necesitaba eran malas noticias.

Pero, ¿desde cuándo el universo extendía tarjetas de benevolencia indefinida?

Nunca, exactamente.



Aceptar el consejo de Knox había sido un error para su cordura, pero un acierto para el sentido común. Gabriel sabía que no tenía ningún argumento válido, después de la fotografía que Claudia envió, para que Aubrey lo creyera. Si los papeles hubiesen estado invertidos, él no habría querido verla en absoluto. Su único consuelo, tristemente,

fue mirarla a través de las cámaras de seguridad. ¿Intenso? Probablemente. ¿Acosador? Nunca. ¿Desesperado? Por completo. Esto último lo impulsó a usar su acceso al sistema de seguridad de la oficina. Así pudo ver la expresión de Aubrey, determinada a ratos, enfadada en otros, pero lo que estuvo a punto de impulsarlo a ir de inmediato a la oficina —ignorando las advertencias de Knox— fue verla limpiándose las lágrimas detrás del escritorio. Disimulando ante otros que estaba bien, cuando no lo estaba. Seguro ella se sentía peor o igual que él.

Dios, cuánto le había dolido saber que era el causante de esas lágrimas, en especial, porque comprendía que Aubrey habría asociado la situación a lo que vivió en el pasado con Bastian. La diferencia era que con el animal de Durand-Varsit, ella fue quien descubrió la doble vida que el imbécil llevaba. En el caso de Gabriel, después de haberle asegurado que podía confiar en él, aunque no fue quien envió la fotografía, sí era el protagonista de una escena que lo asqueaba. Una escena que rompía la confianza que Aubrey, genuinamente, le había entregado a la par de su pasión, tiempo e irreverencias. Pero Gabriel no se quedó de brazos cruzados a esperar más días para que la responsable de este caos personal, que estaba costándole tiempo con la mujer a la que quería, pagara sus bajezas. Él no tuvo piedad con su ex. Gabriel actuó como un lobo herido, al que le habían arrancado de su lado a un integrante de su manada.

Aquella manada que se cuidaba férreamente, aún cuando no era consciente de que dicha protección existía. Gabriel llamó a uno de sus contactos de renombre en el mundo del teatro, que le debía su carrera a los St. James, para que le ofreciera a Claudia un contrato exclusivo en un proyecto falso. Un contrato que la ataba legalmente por tres años a la compañía y que, una vez firmado, dicho proyecto se cancelaría, dejándola sin la posibilidad de actuar, ni romper el contrato sin antes arruinarse en el intento. Gabriel se enteró que Claudia había aceptado la oferta. Él se despreocupó de las consecuencias que tendría para la salud mental de su ex. ¿Por qué habría de tener compasión, después de tantos años ayudándola y siendo un soporte, cuando ella le había devuelto abrojos y perjuicios

personales? Por eso, él atacó en dónde más iba a dolerle. Gabriel actuó como si le hubiesen arrebatado de su lado a un integrante de su familia. Aubrey no llevaba su anillo —aún— pero estaba determinado a que lo hiciera.

Por otra parte, apreció que Knox le hubiera comentado que le dio unos días lejos de la oficina a Aubrey para reubicarla en el nuevo departamento, W2. Gabriel no la quería lejos, sino que, si estaba alrededor, ella actuaría a la defensiva y él no buscaba confrontarla ni que elevara aún más sus barreras. Lo que quería era que le diera la oportunidad de aclarar lo sucedido. Un instante para intentar que escuchara su explicación. Solo podía hacerlo con una prueba firme que le diera una excusa válida.

Finalmente, la obtuvo, para su alivio, asombro y cabreo, setenta y dos horas después del domingo. El examen de toxicología que solicitó fue completo: cuantitativo y cualitativo. Ahora sabía la razón de toda la sintomatología, así como que al beber más vino se incrementaron sus efectos. La hija de puta de Claudia lo había drogado con Zolpidem, comercialmente Ambien, poniéndole 15mg en la copa de vino. Esta última era una prueba adicional, gracias a Chase, que registraron las camáras de vigilancia que —como el friki tecnológico que su amigo era— tenía instaladas en su casa. Una de ellas estaba en la vinoteca, pues Chase había invertido una fortuna en vinos y solo los brindaba en ocasiones especiales, como el cumpleaños.

En el vídeo se veía a Claudia sacando la botella, yendo hacia la cocina, luego extrayendo del bolsillo una pequeña bolsita, cuyo contenido vertió en la copa de vino que después le ofreció a Gabriel. En el estado en que él se encontraba, según el médico que le entregó los resultados, aún sin estar plenamente consciente sí pudo haber tenido una erección parcial o completa. El hombre también le expresó a Gabriel que no habría podido consentir o participar de forma lúcida, lo que se traducía, si efectivamente había ocurrido el acto, en un momento no consentido. Después de escuchar esa información, Gabriel arremetió contra Claudia. Él no contempló el uso de la empatía, no cuando ella lo había perjudicado, traicionado y

cometido un crimen al drogarlo. Tomar acciones legales en su contra no estaban fuera de la ecuación.

Gabriel continuaba negando la posibilidad de que hubiera tenido sexo con ella. La forma de obtener la verdad era obligándola a decírsela. No obstante, la hija de puta, al parecer, después de firmar el contrato —el proyecto se cancelaría dentro de un mes— se había perdido del mapa. Gabriel no iba a tardar en encontrarla, pues llamó a su detective privado. El hombre era ágil y eficiente, así que esperaba noticias pronto. Una vez que la localizara, iba a pedirle explicaciones y más le valía a ella que dijera la verdad. Porque si Gabriel ya había dado los pasos para acabar con la carrera de Claudia, lo siguiente que atacaría sería su reputación social, que, si bien le importaba aparentemente muy poco, no así ocurría con el resto de la familia. No pensaba en Calder, ni en la culpa, ni en los recuerdos de juventud. Siempre querría a su amigo, pero no iba a tolerar, por pensar en su memoria, la infamia perpetrada por Claudia.

Gabriel dejó de lado el recuento de los días anteriores.

Lo que importaba ahora era la prueba médica en sus manos, así como también una copia del video de seguridad de la casa de Chase. El problema sería aproximarse a Aubrey e intentar que le diera unos minutos de su tiempo. Gabriel no iba a tener esta conversación en la oficina, pero sabía cuál era la rutina de Aubrey. Conocía de la afición que ella tenía de tomar un chocolate frío en la cafetería que quedaba a dos cuadras de la oficina. Lo hacía con frencuencia, en especial si estaba soleado, aunque hiciera un poco de fresco. Gabriel iba a enfrentarse al reto más grande: recuperar la confianza de una persona que significaba más para él de lo que nunca llegó a imaginar.

Con la confianza que lo caracterizaba abrió la puerta de Mimi´s Coffee Tales.

No le tomó más que pocos segundos localizar a Aubrey. Estaba de perfil, sola, mientras contemplaba distraídamente la taza fría. Por un instante recreó su vista en ella. Absorbió su presencia como si

estuviera recibiendo los rayos de sol, luego de un largo invierno europeo. No quería asustarla, menos incomodarla. Se acercó despacio.

Se detuvo junto a ella. Inevitablemente, por instinto, Aubrey elevó el rostro.

—Hola, Bree —expresó Gabriel en tono suave, cauto, como el que se emplea ante una criatura exótica, esquiva y astuta—. Siento interrumpir tu tarde.

Aubrey se quedó en shock. No esperaba verlo. Apartó la mirada.

—No lo sientas, puedes marcharte —replicó bebiendo su chocolate que de repente le supo a hiel—. Estás arruinando un momento personal. Vete, Gabriel.

—¿Recibiste las orquídeas? —preguntó con calma.

—Las regalé, no necesito tus flores, ni tus palabras, menos tu presencia. Tus mensajes del domingo fueron claros —se rio sin humor, aún sin mirarlo, porque no se lo merecía— y la fotografía elocuente. La próxima vez que seas infiel, cancela los envíos de cualquier idiotez, antes de mentir o terminar tus acuerdos sexuales tan burdamente. No debería haber esperado nada de ti, pero cometí el error de hacerlo. Y por esperar, no me refiero a emociones, sino a un poco de integridad y respeto.

Gabriel apretó la mandíbula. No le gustaba cómo sonaba eso, pero lo entendía.

—Quiero entregarte algo que te va a explicar, científicamente, tal como funciona la lógica en ti y en mí, que lo que ocurrió con Claudia no fue consentido. Bree, tú eres para mí, más que un acuerdo sexual —replicó—. Pero sé que, en este momento, nada de lo que diga va a convencerte. Por eso —sacó el sobre con los resultados del laboratorio—, por favor, te pido que leas esta información. Claudia me drogó con Ambien. —Aubrey apartó la mirada de su taza y elevó el rostro hacia Gabriel. Él quiso ponerse de rodillas, porque ella tenía los ojos tan tristes que eran el reflejo de los propios—. No recuerdo casi nada de lo que ocurrió el sábado, ni el domingo. Cuando

amanecí… Ella usó mi teléfono e hizo la foto. Yo no te escribí. Aparte, hay un video, gracias a las cámaras de seguridad de Chase. Está en el pendrive que vas a encontrar junto a los resultados —le explicó mirándola con preocupación. No solía necesitar que otros creyeran en su palabra, porque cuando la daba, esta era automáticamente registrada como válida. Pero en esta ocasión el contexto era distinto. Nada deseaba tanto como que Aubrey aceptara que él estaba diciéndole la verdad.

Ella no tomó el sobre, así que el magnate lo dejó con suavidad sobre la mesa.

—Gabriel, no me apetece hablar contigo —dijo en tono herido y orgullosa de que no se le cortara la voz—. Que no te acostaras con ella el sábado, si acaso pensara en creer alguna palabra que sale de tu boca, no implica que no lo hayas hecho antes —expresó bebiéndose el resto de la bebida. Se puso de pie, pero entendió su error, pues él no se apartó para nada. Lo que implicó que quedaron muy cerca del otro.

Hablar con Gabriel dolía, porque su cuerpo reaccionaba a su cercanía como si reconociera, en un excruciante silencio, aquello que no debería anhelar, pero que de todas maneras se había impregnado en su memoria sensitiva desde hacía tiempo. El problema ni siquiera era ese, sino que ella no sabía cómo tratar de borrar su recuerdo.

—No te fui infiel —expresó con convicción. «Dios, cuánto deseaba abrazarla y besarla».—. La razón por la que fui a la casa de Claudia fue para decirle que…

Aubrey elevó la mano para que se callara. Él, a regañadientes, cerró la boca.

Ella no podía soportar la cercanía de Gabriel y saber que había estado con otra mujer; porque más allá de estar decepcionada, lo que más deseaba era que la besara y que le diera la seguridad, aquella que él lograba al decirle las palabras precisas, para sentirse en calma. Lamentablemente era Gabriel el causante de su caos emocional.

—Mi vida no se centra en tratar de aceptar explicaciones —expresó.

—Bree… —murmuró Gabriel al notar la voz de pesar en ella—. Te estoy diciendo la verdad. Bajo ninguna circunstancia te lastimaría a propósito —enfatizó.

Ella iba a quebrarse si continuaba hablando del incidente de Claudia. Su corazón no era una máquina que funcionara a tope todo el tiempo; estaba cansada.

Soltó una exhalación que mezclaba tristeza, desazón y entereza a la par.

—Mi mamá empieza la quimioterapia el viernes… —dijo en tono quedo. El doctor Vonn los había recibido, a ella, Bonnie y a Craig, para decirles que los resultados de la inmunoterapia no habían sido exitosos. Que los síntomas iniciales de bienestar fueron pasajeros. El cáncer estaba de regreso y era preciso volver a aplicar quimioterapia. Serían seis sesiones, una cada dos semanas—. Mi tiempo es para ella.

—Mierda, Bree, lo siento tanto —dijo conmovido. Su contención, por más que trató de mantenerla, fracasó. La abrazó con fuerza contra su cuerpo y sintió que podía volver a respirar—. Lo siento, muñeca —murmuró Gabriel cariñosamente.

Ella se apartó y se limpió las lágrimas.

—Adiós, Gabriel —susurró.

—Bree, por favor —dijo tomando el sobre y extendiéndolo hacia ella—. Estoy diciéndote la verdad. Si sientes que llevas varias batallas a la par, al menos permite que una de ellas se aclare. Sobre Bonnie, por favor, llámame para lo que necesites. No voy a dejarte sola. —Aubrey hizo una mueca, porque esas palabras le sonaron vacías—. Me comentó Jerry que rechazaste sus servicios. Sé que no quieres nada de mí, pero estoy seguro de que tu hermano y tu mamá apreciarán viajar cómodos sin tanta gente.

—Me lastimaste, Gabriel —murmuró—, pero ellos no tienen por qué sufrir las consecuencias de tus mentiras. Supongo que debo

decir “gracias”. Apártate.

Las palabras de ella fueron como una bofetada. Su eco silencioso resonó en la conciencia del magnate. Él cerró los ojos un par de segundos y tragó saliva. Afligido.

—Si abrieras el contenido del sobre, entonces sabrías que no miento…

—¿Si tomo el sobre dejarás de incordiarme y te apartarás finalmente?

Él hizo un asentimiento. No podía forzar la situación. Necesitaba mesura.

—Bien —zanjó Aubrey sin emoción.

Ella odió que la maldita colonia de Gabriel la envolviese como un manto confortante, al igual que lo habían hecho sus brazos. Aubrey agarró el sobre y lo guardó en la bolsa. No le dedicó a Gabriel ni una mirada, tampoco una palabra más, sino que, simplemente, lo dejó en la cafetería. Se marchó dejándolo de pie, solo. Tan solo como se había sentido ella esos días. Cuando Aubrey pisó la acera fue perseguida por la sensación de que parte de su corazón se había quedado con Gabriel. No detuvo su andar, hasta que llegó al tranvía. Apoyó la cabeza contra el vidrio de la ventana y soltó un suspiro quedo que se asemejó más a un sollozo. «Le esperaban días inciertos».



Gabriel soltó una exhalación que era una mezcla de alivio, frustración y pesar. No consideraba este encuentro como un fracaso. Quedaban un par de asuntos por aclarar. Sin embargo, entendía que él no era una prioridad para ella. Por otra parte, Aubrey no era una mujer que se conquistara con obsequios y Gabriel tampoco quería que ella pensara que buscaba comprar su atención o que la reducía

a las mujeres que se conformaban con regalos costosos para obtener su perdón o su voluntad de escuchar.

Solo podría esperar a que ella abriera el contenido de ese sobre y, si bien continuaría enfadada y dolida, al menos podría darle el beneficio de la duda al comprobar que él no estaba mintiendo. Eso sería una gran ganancia en la batalla que tenía a cuestas. A él le habría gustado borrar los rastros de dolor que escuchó en Aubrey, cuando le mencionó la situación de Bonnie, e intentar darle toda la ayuda que él tenía al alcance. La señora ya había pasado demasiadas vicisitudes y merecía llevar una vida más confortable al igual que sus hijos. Gabriel sabía que Aubrey no apreciaría que se metiera en sus asuntos, pero eso era porque la mujer aún no sabía algo esencial: ella era, y seguiría siendo, el centro de todo lo que verdaderamente importaba para él.

CAPÍTULO 22

Aubrey había ignorado casi todos los mensajes de Gabriel, excepto los relacionados a la salud de su madre. Afortunadamente, la nueva quimioterapia había sido menos drástica en efectos secundarios que la primera vez. Las ganas de vomitar de Bonnie eran leves, pero sí tenía debilidad, mareos y dolor en el sitio en el que le aplicaron el cóctel de químicos. Lo anterior, Aubrey se lo comentó a Gabriel. También le dijo que no hacía falta que la esperara —como estaba haciendo desde el encuentro en la cafetería— en el exterior de su casa, tan solo para comprobar si ella había llegado bien. Él le respondió que su seguridad no era negociable, y Aubrey le gritó al iPhone como si Gabriel pudiera escucharla. Él hacía ese ritual silencioso —nunca se bajaba del coche— porque ella se había negado a ir con Jerry, quien era el que le reportaba a Gabriel que estaba sana y salva. En algunos de esos días, Aubrey deseó que se hubiera bajado del auto y así tener una excusa para gritarle que lo odiaba por hacer que lo extrañara, que añorara sus besos, que anhelara sus caricias y que echara de menos sus conversaciones, pero en especial para decirle que saber que él estuvo con otra mujer, la destrozó. Que lo amaba a rabiar. Que la había convertido en un versión sensiblera; en una versión que la había obligado a volverse vulnerable y que, por eso, su traición le dolió mucho más que si alguien hubiese presionado un hierro candente en su piel.

Gabriel la enfurecía, porque estaba haciendo todo lo posible para que no lo ignorara. No se acercaba a ella en la oficina, pero le enviaba el desayuno. Por un comentario burlón de Ambrose, que escuchó sin que el chef se diera cuenta, se enteró de que estaba dándole clases de cocina a Gabriel y que, según Ambrose, era de las tareas más difíciles para la que lo habían contratado. Fue así que Aubrey comprendió por qué le llegaban envases sin marca de ninguna cafetería y por qué los pancakes siempre estaban un poco

quemados, los huevos demasiado hechos, la fruta en trozos inmensos, y el café con demasiada azúcar. Después de escuchar al chef, ella —conteniendo las lágrimas por el gesto— se había comido las partes salvables, cada día.

Pero eso no era todo, ciertamente. El día de la quimioterapia de su madre, Aubrey le reclamó a Gabriel que hubiera contratado —sin su consentimiento— a dos enfermeras para que la atendieran durante su recuperación. Él tan solo le contestó que si no quería la ayuda, las enfermeras iban a esperar en el exterior, bajo el sol o la lluvia, hasta que les permitiera hacer su trabajo. Aubrey no le había respondido más los mensajes, pero eso no implicó que dejaran de llegar. Uno en la mañana, otro en la noche. Nunca hablaba de él, siempre le preguntaba sobre cómo se sentía ella o qué tal iban los días en W2 o cómo progresaban sus planes con la universidad. Solo bastaba un saludo de Gabriel para que su corazón se desesperara y le reclamara el no intentar responder esos mensajes que tenían que ver con ella y no con Bonnie. Durante la semana que pasó desde la cafetería, Aubrey no había querido abrir el sobre.

Sin embargo, en esos instantes en que la casa estaba en silencio, Craig y su madre dormían, ella observaba ese condenado sobre en el escritorio de su habitación. La curiosidad estaba corroyéndola por dentro, así como el recuerdo de Gabriel cuando le dijo que si no creía en su palabra, al menos mirara los hechos. Es decir, las pruebas que él había dado. Aubrey se sentó en la silla con una exhalación. Extrajo el papel del laboratorio y leyó detenidamente la confirmación de lo que él le expresó.

Después, durante varios minutos, se dedicó a buscar en internet, fuentes de información sobre el Zolpidem: efectos, composición, el tiempo que permanecía detectable. Así comprendió que si no era administrado médicamente, en la dosis que mostraba el examen de Gabriel, la persona tenía el juicio comprometido, aunque pareciera muy consciente. Aubrey cerró los ojos ante lo que esto podría significar.

Insertó el pendrive en la portátil, de repente nerviosa, mientras el sistema leía la información. Al cabo de pocos segundos apareció un video a colores. La vinoteca de Chase. Después, Claudia vertiendo algo en una copa. Gabriel, apoyado contra la pared mirando hacia el patio, mientras la mujer se acercaba hablándole y él fruncía el ceño al girarse, luego bebía de la copa. Las siguientes secuencias eran breves, apenas unos segundos. Los amigos en el patio. Todos conversando normalmente. Gabriel, a ratos parecía frotarse las sienes. Al final del día todos los amigos en la sala de Chase, incluyendo Claudia. La última toma era Gabriel subiendo, tambaleante, las escaleras.

«Él le había dicho la verdad», pensó con un nudo en la garganta y gotas saladas empezaron a rodar por su mejillas. Sintió una rabia profunda con la ex de Gabriel. «¿Cómo era posible que hubiera caído tan bajo? ¿Acaso no eran amigos de toda la vida?», se preguntó. Pero darse cuenta de la verdad no quitaba los días de agonía y la desazón inmensa al haberse sentido traicionada; no borraba la sensación de vivir a medias al faltarle un complemento sin el que se hacía complicado continuar. Darse cuenta de la verdad tampoco borraba la omisión de Gabriel. ¿Por qué había ido a ver a su ex y por qué no lo comentó con ella? ¿Acaso Gabriel no confiaba lo suficiente para decirle la verdad? ¿Qué le debía Gabriel a ella o qué le debía Claudia a él? Esas eran pocas preguntas de las cientos que bombardeaban su mente. Aubrey no tenía respuestas. Por eso, las pruebas no eran un dulce alivio para el horrendo foso oscuro en el que había caído, sino una agridulce realización. Además, si él tuvo sexo con Claudia, estando drogado, implicaba que no fue consentido. Ese era un escenario brutal que Aubrey no había pensado, hasta hacía poco al leer todo sobre el Zolpidem.

Dejó el sobre a un lado y también el pendrive. Se sentía aturdida.

—Bree… —expresó la voz suave, cansada, de Bonnie.

Ella levantó la cabeza de sopetón y miró a su madre.

—¿Estás bien? ¿Pasó algo? —preguntó. Se levantó de inmediato para acercase.

La mujer esbozó una sonrisa leve e hizo un asentimiento.

—Le dije a la enfermera que si no me dejaba levantarme iba a cerrar la puerta con llave. No creo que haya sido una gran amenaza, pero al menos entendió que no estoy inválida —se rio con suavidad — y que puedo valerme por mí misma. Esta sesión de quimioterapia no me ha dejado tan golpeada. Confío en que los siguientes días seguirán así —comentó y vio la portátil encendida—. ¿Estás ocupada, cariño?

—No, no, mamá —bajó la tapa del aparato—. Dime lo que necesitas.

—Me voy a sentar un momento —murmuró haciendo eso. Aubrey asintió y acompañó a su madre, acomodándose a su lado—. Aunque he estado un poquito baja de energías sí soy capaz de notar, como toda mamá, lo que ocurre con sus hijos, aunque estos hagan grandes y casi exitosos esfuerzos por esconder ciertos detalles.

Aubrey miró a Bonnie con pesar.

—Lo siento, mamá, no fue mi intención traer el estrés de la oficina a la casa.

La mujer palmeó la mano de su hija, al notar que se equivocaba de tema.

—Mi princesa, siempre has sido demasiado generosa y también una guerrera de corazón, pero un príncipe bastante decidido ha logrado entrar en ese escudo de hierro redoblado que llevas como estandarte, ¿verdad? —preguntó con cariño.

—Mamá… Yo… —dijo Aubrey en un tono quebrado. Le resultaba imposible no querer que la mujer que siempre la amaría, contra viento y marea, la consolara.

Bonnie se giró un poco y abrió los brazos para su hija. Al instante, Aubrey la abrazó y dejó que escaparan todas las lágrimas que había reprimido durante años.

Las lágrimas que no pudieron ser libres, porque ella construyó una represa mental para evitarlo. Por años, circunstancias, momentos,

vivencias, amores, decepciones, anhelos, deseos y sueños que habían sacudido sus cimientos y también dejado pequeñas, así como grandes, heridas de las que logró recuperarse. Lloró, porque esta vez, no importaba cuántas décadas pasaran, ella jamás olvidaría por completo a Gabriel. Porque no quería olvidarlo, porque un amor como ese no tenía que ver con la edad, sino con el destino de las almas; y, si estas finalmente se encontraban, al separarse, el universo en el que habitaban colapsaba. Lloró al pensar en Gabriel, en los momentos juntos y todo lo que ella acababa de comprender con las pruebas. Al darse cuenta, sin resentimientos, sobre lo desesperado que debió sentirse él al estar desorientado por la droga. Lloró por cómo, un hombre que dominaba y mantenía protocolos para llevar una vida sana, pudo asimilar el escenario en el que su cuerpo probablemente habría sido usado por alguien en quien confió. Lloró por las horas perdidas sin él; por los días en que él intentaba acercarse, pero ella lo rechazaba; porque optó por permitir al dolor ser más fuerte; porque permitió al pasado regresar con fauces envenenadas a compararse con el presente, *su presente*, y hacerla sangrar.

Permaneció abrazada a su madre durante largos minutos, hasta que sus sollozos remitieron. Los dedos delgados y elegantes de Bonnie le acariciaron los cabellos. Poco a poco, cuando sintió que estaba más serena, Aubrey se apartó con suavidad del confortable abrazo. A elevar la mirada encontró a su madre sonriendo.

—Ser fuerte es importante, pero en la debilidad también existe la fuerza de encontrar el punto que hará que todo despegue nuevamente para resurgir, Bree —dijo Bonnie dulcemente—. Gabriel es un hombre determinado y sabe lo que quiere en la vida. No hace falta que hable con él muchas veces o que responda a mis preguntas, si acaso tuviera la inclinación de entrevistarlo —rio de su propia broma— pero me bastó aquella noche que vino a cenar. Él te miraba, cuando no te dabas cuenta, como si hubiera comprendido algo importante y no supiera cómo expresarlo.

—Gabriel es elocuente… —farfulló.

—Seguramente no con sus sentimientos —dijo Bonnie haciendo que Aubrey soltara una exhalación—. No conozco lo que ha ocurrido entre ustedes, Bree, pero sé que todas las veces en las que hablabas de él, tu rostro se volvía más sereno y alegre.

—Es complicado, mamá… Hay certezas que me hacen falta y una situación que me ha lastimado mucho. Luego —soltó el aire con cansancio— encuentro verdades que me dejan atónita, pero, aún así, continúa faltándome información.

—Los sentimientos siempre tienen triquiñuelas y estas pueden crear muchos retos —dijo sin resentimiento, a pesar de la jugarreta que sufrió a manos de Sergei.

—Nadie habló de amor, mamá.

Bonnie soltó una risa y se puso de pie.

—Claro que no, cariño, lo acabas de hacer tú —dijo de buen humor, le hizo un guiño—. Si lo amas de verdad, entonces deberías considerar hacerte un par de preguntas, Bree. ¿Si hubieras sido tú la que estuviera en su lugar, con todos los elementos y eventos que te han causado tristeza ahora, te habría gustado que Gabriel te escuchara? ¿Cómo te habrías sentido si la persona en la que tienes interés prefiere pasar de ti, en especial si quieres contarle tu verdad? —expresó con calma y sensatez.

—Yo soy la parte ofendida, mamá —comentó a la defensiva, pensando en todos esos días de mierda; en las verdades a medias y las dudas que dolían—. Da igual.

—Entonces si da igual, Bree, hazlo simple. Toma el teléfono, ahora que todo es fácil, y llámalo. Dile que no vas a escucharlo, que no insista y que no lo amas —comentó con un pie fuera de la habitación. Su tono se mantenía comprensivo, cálido.

Aubrey bajó la mirada.

—No voy a decirle que no lo amo, porque no sabe que lo amo.

—Un punto importante —dijo Bonnie—. No uses el ego. Ponte en su lugar.

—¿Por qué lo defiendes…?

Bonnie soltó una exhalación suave ante la necedad de Aubrey.

—Te defiendo a ti de ti misma —replicó—. No estás siendo pragmática con quien debes serlo en ocasiones: contigo. Si no puedes dejar que hable el corazón, lo ahogas. Intenta aclarar lo que necesitas. Estoy segura de que Gabriel tendrá su parte que querrá comentar. No dejes círculos sin cerrar. Y si este es un círculo que deseas que gire siempre, de verdad, entonces considera usa la empatía, mas no el dolor.

—Mamá…

—¿Sí?

—Gracias…

Bonnie sonrió e hizo un asentimiento antes de marcharse para descansar.

Aubrey soltó un suspiro. Necesitaba respuestas y su madre tuvo razón al decirle que no iba a encontrarlas en el silencio. Podría pasar semanas o meses abrazada al desconsuelo, o podría armarse de valor y enfrentar a Gabriel, escucharlo. Ahora sabía que él había sido drogado y que tenía una versión de la historia que deseaba contarle. No era Aubrey quien estaba pidiendo explicaciones, sino que era Gabriel, el hombre que jamás las daba, quien —al igual que otras ocasiones— expresaba la intención de dárselas. Sin embargo, ella le había cerrado el camino constantemente en esos días. Pero lo hizo con justa razón, y fue antes de ver el contenido del sobre. Ahora esa razón sería incoherente si ella intentaba seguir usándola como argumento, porque, si ya tenía los datos necesarios, ¿qué excusa le daría a Gabriel para no querer escucharlo? Aubrey podría obtener la verdad, ¿no decían acaso que era liberadora?

Ella pensó en lo que acababa de decirle Bonnie. Pero, por esa noche, sentía que su capacidad de asimilar ideas reflexivas había llegado a su máximo de desempeño posible. Fue a darse una larga ducha con agua caliente y después se acostó en la cama, agotada. Por otra parte, también había un tema al que llevaba todo el día

dándole vueltas; que la tenía inquieta. No sabía cómo enfrentaría la situación en la oficina, porque no podría evitar ver a Gabriel cara a cara. No en un plano personal, sino laboral. Al trabajar en W2, y ser un nuevo departamento, el director del área y su jefe inmediato —Thomas Daynevour— haría una presentación esquemática y técnica, además de presupuestaria, para justificar los gastos en que incurrirían para dar resultados con los estándares esperados. Thomas, ajeno a dramas personales, le había dicho que tenía que acompañarlo a la reunión para que aportara con la parte técnica. Thomas era un profesional que valoraba el crecimiento en equipo y procuraba que todos evolucionaran aprendiendo constantemente. Esto hacía el trabajo en W2 muy interesante. Además, Aubrey no podía negarse a acatar la orden de su jefe inmediato.

Pero cuando supo que no solo iba a asistir Knox, como CFO y creador de la iniciativa, sino también al CEO, Aubrey se quedó en blanco por un instante. Sabía que tarde o temprano vería a Gabriel, mas no esperó que en lugar de ser un encuentro distante o fugaz, en el que ella podría evitarlo si le apetecía, tuviera que intentar lidiar con una situación de la que no podía excusarse menos marcar sus propias condiciones.

Aubrey miró el teléfono. Un mensaje de Gabriel. Le decía que esa noche le habría gustado tenerla a su lado. Ella no iba a derramar más lágrimas. Pero su cuerpo se estremeció al recordar que llevaba demasiados días sin estar arropado por el calor, la pasión y confort del de Gabriel. Apagó la luz y dejó el móvil sobre la mesita junto a la cama. Antes de dormir tomó una decisión con la esperanza de no equivocarse.



Gabriel canceló el viaje a Grecia, por supuesto. ¿Por qué habría de importarle un negocio con un potencial millonario, si lo que de verdad era invaluable seguía fuera de su alcance? Apenas había dormido desde su encuentro con Aubrey, una semana atrás, y lo

único que permitía que él despejara la mente era ir a surfear al amanecer, porque en el gimnasio se sentía enclaustrado. Por otra parte, estaba asqueado consigo mismo, porque la idea de que hubiera tenido sexo con Claudia le parecía inconcebible. Pero iba más allá de eso, porque si en verdad hubo coito esto implicaba que él —al estar bajo efectos farmacológicos involuntariamente— había sufrido un violación sexual. ¿Cómo se reconciliaba con una circunstancia como aquella, a la par de llevar con éxito una empresa multimillonaria, tomar decisiones asertivas y también tratar de que la mujer que añoraba pudiera creer en él y escucharlo? No le sorprendió que Knox lo hubiera llamado para decirle que dejara de ahuyentar a la gente de la oficina con su mal humor. Ciertamente, lo que menos le apetecía era tolerar a otros seres humanos.

Nunca se había sentido tan desmoralizado, al haber sido despojado de la certeza de la reacción de su propio cuerpo. Que no recordara lo ocurrido aquella noche en casa de Chase, por más que lo intentaba, lo atormentaba. Inclusive había recurrido a tópicos psicológicos que jamás pensó que alguna vez consideraría: la hipnosis, como método para intentar recordar eventos pasados y que habían sido bloqueados por un trauma. Pero en su caso no había trauma, sino 15mg de Ambien que borraron partes importantes que requería aclarar con urgencia. Sin embargo, él necesitaba que Claudia se hundiera más en la miseria —ahora que ya sabía lo que pasaba con ella— antes de ejecutar su plan. Le había tomado un par de días hacer una correlación de datos, pero ya tenía todas las piezas y su interpretación no era errónea. Solo quedaba que su ex prometida la corroborara. Sabía que Claudia no iba a acercarse voluntariamente —no después de lo ocurrido y cuando ella creía que tenía la carta ganadora en este juego psicológico— para hablar de lo que había ocurrido, por eso Gabriel tenía preparado un escenario en el que ella iría como una abeja hacia el panal.

El detective que contrató había localizado a Claudia en el hotel Crown Towers Sídney. Llevaba hospedada varias noches allí. Junto a esa información, el hombre le mencionó que ella era integrante del Club Golden del casino y que se dedicaba, desde hacía ya varias

semanas, a apostar en la ruleta. En esa categoría de apuestas se exigía un mínimo de quince mil dólares por partida. La mujer, al parecer, había cambiado la adicción a las drogas por otra igual de destructiva: el vicio del juego. El detalle era que ante la falta de más liquidez, Claudia había empezado a vender, poco a poco, las joyas de la familia —a Gabriel no le interesó cómo hizo para robarlas de su propia madre o hermana— en una casa de empeño. Además, no estaba sola en el hotel, sino que se había hospedado con un tal Richard Wayne. El detective le dijo que fue un compañero del centro de rehabilitación. Al parecer esta no era la primera ronda de apuestas juntos.

Contar con toda esa información, que le permitió trazar un plan rápido, fue lo único que le brindó cordura en todos los días sin tener a Aubrey. Sin ella los días eran ácidos, las reuniones en la oficina se le volvían interminables y aparte, Gabriel estaba cabreado con Ambrose. El chef era un incompetente que no sabía cocinar, ¿cómo era posible que se le continuaran quemando los jodidos *pancakes* cuando seguía las instrucciones al pie de la letra? Eran instrucciones por la que el CEO había pagado una pequeña fortuna. Gabriel podía sobrevivir yendo a los mejores restaurantes o pidiéndole a su ama de llaves que hiciera algo de comer. Pero sabía que Aubrey no hubiera apreciado tarjetas de crédito ilimitadas, un coche u otros lujos, porque no lo veía como un proveedor financiero. ¿Lo curioso de todo eso? Que Gabriel deseaba genuina y espontáneamente llenarla de todas las comodidades que la mujer se merecía.

Sin embargo, Aubrey nunca le daba pie a creer que estaba impresionada por los restaurantes a los que iban, los privilegios de reservar un cine completo para los dos, el lujoso yate con SPA integrado, un viaje en helicóptero para comprar el helado preferido de ella y que ya no lo hacían en las cadenas regulares, sino en otra área lejana. Aubrey siempre se interesaba por saber quién era él, qué quería o añoraba de verdad, sin darle importancia a sus conexiones; exploraba su mente, la analizaba y tenían las conversaciones más extravagantes, así como inesperadas. Lo anterior, él sabía, quizá se daba en parte porque ambos poseían una

mente más bien lógica, en lugar de una más creativa. Por esa razón, entendía que, aunque podría creer en su palabra, Aubrey necesitaba tener —al menos para la clase de situación ocurrida— pruebas tangibles.

Así que, hasta que ella lograra entrar en razón y mirar el contenido del sobre, Gabriel tenía que reprimirse de hacerle regalos costosos, porque Aubrey lo descartaría más pronto que tarde al creer que intentaba comprar su atención. Esto no era lo que el magnate buscaba. Lo que pretendía era que supiera que sus intenciones de hablar con ella eran genuinas, que lo de ambos significaba más que un affaire; más que solo sexo; más que placer. Por eso la idea de enviarle el desayuno le pareció genial. Hasta que vio el resultado de su iniciativa. Aún así, él trataba de elegir la mejor versión de lo que preparaba. Al llegar a la oficina enviaba todo a Aubrey con uno de los camareros.

Le costó gran esfuerzo mantenerse físicamente alejado de ella, en especial considerando que trabajaba ahora en un piso inferior al de él. No verla en las mañanas, como se había habituado, no escuchar su risa y su voz, ni sentir la calidez de su boca al besarla, era lo más parecido a vivir en una perenne penitencia. Lo peor era ir en las noches a la casa de ella, para asegurarse de que llegaba sin contratiempos después del trabajo, y aparcar sin salir del coche. Aubrey se había vuelto como un gato montés: esquiva y en alerta. Por eso, antes de acercarse —para que no lo viese como una amenaza— Gabriel le daba distancia. Pero el tiempo se había agotado; él sentía que era más que suficiente. Además, ya tenía entre manos lo que, en parte, también frenaba sus ganas de romper con el autocontrol e ir a buscarla directamente, y eso era la información del detective. Ese aspecto, al fin, ya estaba resuelto. Aparte, Gabriel tenía también un plan para presionar a que su bella Aubrey saliera de la cueva emocional en la que se refugiaba. Para él ya no era cuestión de esperar, sino de no perderla.

Así que esa tarde, casi al final del día, Gabriel puso su estrategia en marcha.

Una parte de su jugada sería incómoda, pero también necesaria. No existía una manera de colisionar tantos lados de una misma situación en un terreno neutral; un terreno en el que él tenía el control y no otros; un terreno que podía contaminarse con situaciones complejas, pero luego se podía regresar sin ningún problema. Ese terreno era su oficina. Él consideró ejecutarlo todo en la casa, pero habría implicado ensuciarlo con eventos que no pertenecían ya en su vida. Solo le quedaba esperar.

—¿Estás seguro de que va a dar resultado? —preguntó Knox entrando a la sala de reuniones principal, después de que Dhalia dejaba todo organizado en la mesa.

Gabriel tamborileó los dedos sobre la madera oscura.

—No tengo otra opción. Ir a su casa sería contraproducente, ya te he comentado que la madre de Bree tiene cáncer; merece serenidad, en lugar de escuchar una posible discusión o argumentos que hagan que se preocupe. Pedirle a Bree que hablemos, ha sido en vano. Bajar y enfrentarla, hará que huya sin remedio. Así que tengo que cercar las posibilidades, definir, marcar el tono de la situación, y ejecutar —replicó Gabriel pasándose los dedos entre los cabellos—. Esta fue la única vía creíble.

—Me debes algunos favores por esta charada, St. James —dijo Knox—. Mira que traer a un alto ejecutivo a exponer imbecilidades que yo no necesito escuchar, porque conozco la viabilidad y alcance del presupuesto, merece que me recompenses.

—Cuenta de nuevo todas las veces que te he salvado el pellejo —replicó Gabriel, irritado—. ¿Hablaste con el equipo de seguridad? No quiero nada al azar.

—A veces, Gabe, creo que tienes una deficiencia cognitiva severa. Hasta la última ocasión en que recuerdo haber revisado el estatuto de la compañía, yo soy un gerente, no tu subalterno —dijo Knox con burla. Gabriel enarcó una ceja—. El personal de seguridad está al tanto. Solo recuerda que la única razón por la que estoy ayudándote es porque necesito que Aubrey me libre de tus tendencias a

convertirte en el villano de la corporación. No quiero perder empleados por tu culpa —concluyó.

—Gracias, Knox —dijo el magnate en un tono serio esta vez.

—Para eso están los amigos —replicó, solemne, dándole una palmada en el hombro—. No merecías lo que hizo Claudia. Espero que Aubrey pueda entenderlo.

Luego escucharon las voces cercanas. La sala estaba abierta, las luces encendidas y los implementos para la presentación listos. Gabriel se sentía como un adolescente a punto de jugarse la única carta de la que disponía para que la chica que quería le hiciera caso y lo sacara de su miseria. Cuando la vio entrar, la sensación de plenitud fue indescriptible, así como también las ansias demoledoras de acercarse para sostenerla entre sus brazos. Ella lucía, como siempre, hermosa. Llevaba una falda negra y una blusa sobria de seda que realzaba las curvas que él extrañaba tocar. El cabello estaba suelto, apenas recogido hacia un costado con dos horquillas. Él apretó los dedos, porque estos tenían memoria y sabían cómo era hundirse en esa melena.

Cuando sus miradas se cruzaron, Gabriel notó algo distinto en Aubrey. Sí, aún tenía las sombras de días amargos, lo cual le causó a él un sentimiento de pesar, pero esta vez se trataba de determinación. El contacto de sus ojos se rompió en pocos segundos, antes de que ella mirase a Knox y sonriera con sinceridad. Gabriel apretó los puños, porque esas sonrisas le pertenecían. Sin embargo, mantuvo la boca cerrada y dejó que su mejor amigo dirigiera la reunión, cuyo único propósito era que Aubrey estuviera voluntariamente en un mismo espacio físico. Esta presentación era innecesaria para fines corporativos, pero indispensable para asuntos personales. Aún así, Gabriel disfrutó recreándose en la voz y cada movimiento de Aubrey, pero también le gustó recordar la razón de que admirara su inteligencia: su razonamiento agudo y las explicaciones coherentes, directas y cómo resumía lo complejo con elocuencia. A medida que transcurrían los minutos y Thomas

lideraba el resto de la exposición, como jefe de W2, Gabriel sabía que el momento decisivo estaba cerca.

—Knox y Gabriel —dijo Thomas cuando pasaron veinticinco minutos y el reloj ya marcaba las cinco de la tarde—, espero que la información haya sido clara. Estamos comprometidos a ser líderes en el mercado AI con este simulador —sonrió.

—Ha sido una gran exposición, gracias Thomas —dijo Knox. Gabriel tan solo asintió—. Me gustaría discutir contigo un tema salarial. Ven conmigo a mi oficina.

—Por supuesto, ¿todo bien? —preguntó Thomas, recogiendo todo.

—Claro, pero hay detalles a revisar, en especial cuando acabo de notar que la carga de responsabilidad que estás llevando merece un reajuste salarial —sonrió Knox y luego miró a Gabriel, este asintió. Knox consideraba una idea estúpida de su mejor amigo que el modo para que Thomas se desentendiera de Aubrey y se enfocara más en sí mismo era el dinero. De hecho, Gabriel iba a pagar de su propio bolsillo cualquier oferta que Knox acordara—. Sé que casi es hora de salida. Pero esto es importante.

—Oh, vaya… Sí, sí —farfulló Thomas—. No hay problema.

—Excelente —replicó el CFO y salió de la sala con rapidez.

Aubrey empezó a seguir a Knox y a Thomas, pero la voz de Gabriel la detuvo.

—Tengo algo que discutir contigo, Aubrey. Por favor, quédate —dijo en tono imponente, mas no altanero. Tan solo no iba a dejar lugar a réplicas o rebeldías.



Aubrey, que ya tenía un pie fuera de la sala, se detuvo. Lo último que deseaba era quedarse a solas con Gabriel. ¿Se había vestido con el traje azul oscuro a propósito? ¿El mismo que ella, una vez, le confesó que le provocaba quitárselo al instante? Le costó lo indecible

mantener la compostura, mientras era consciente de cómo la mirada de Gabriel la recorría con intensa precisión, acariciándola. El silencio de ese hombre la había irritado. «¿Desaprobaba su exposición?». El que dirigió la reunión fue Knox.

Lentamente, Aubrey se giró hacia él.

Por un instante, en la soledad de la sala y el silencio, ambos permanecieron callados. Lo único que hicieron por largos segundos fue mirarse como si no fuesen capaces de detener esta conexión que, los dos, habían anhelado con desesperación. El lazo que los unía no reconocía la distancia, pero en la cercanía se fortalecía con brío.

Gabriel sintió cómo su sangre aumentaba la velocidad del recorrido y su propia respiración se aceleró, tal cual lo había hecho su corazón desde que ella entró en la sala, pero ahora era más fuerte. Tan solo mirarla lo afectaba de todos los modos posibles. Fue Aubrey la que rompió el contacto visual entre ambos. Gabriel le hizo un gesto para que se acomodara en la silla frente a él. No tentaría su suerte al pretender que ella iba a sentarse a su lado, aunque para sus estándares habría sido lo más obvio.

—¿Es esto sobre trabajo? —preguntó ella con suavidad al cabo de un instante.

Aubrey intentaba ignorar cómo sus sentidos se llenaban con la presencia de Gabriel. Necesitaba marcharse, aunque, al mismo tiempo, sabía que esta era la ocasión idónea para dejar las cartas sobre la mesa. Para decirle que había visto los archivos. La decisión la había tomado la noche anterior, pero, siendo sincera, temía la verdad. Temía escuchar que él aceptara que estuvo viéndose a escondidas con otra mujer.

—No —replicó Gabriel. Sus músculos estaban tensos. No iba a darle indicios de lo que ocurriría a continuación, porque no era fácil. Ni siquiera lo sería para él—. La situación entre los dos ha llegado a un punto límite, Aubrey, para mí, al menos.

Ella tragó saliva. «Iba a decirle que entendía que no le creyera y que no iba a perder más su tiempo», pensó de inmediato. Aubrey tomó una respiración breve, profunda, e hizo un asentimiento. Había visto las ocasiones en que Gabriel tomaba los problemas de otros, en especial relacionados con la familia y amigos cercanos, para resolverlos. Sin importar lo ocurrido entre ambos, sabía que él era un buen hombre.

—Lo comprendo —expresó ella con la intención de ponerse de pie.

—¿A dónde crees que vas? —preguntó Gabriel en tono firme.

—Acabas de decir que estás en tu límite y yo, francamente, también… Sin embargo, quería decirte que aprecio el gesto que tuviste con el desayuno y lo que has hecho por mi madre —murmuró apartando la mirada. Se recordó la importancia de ser fuerte, y también de decir la verdad—. Había pensado en cómo hablar contigo en estos días. Luego surgió esta reunión —meneó la cabeza— e iba a esperar a que me escribieses para preguntarte si podríamos vernos en alguna cafetería o tal vez la playa.

Gabriel tomó una respiración, aliviado al escucharla. Como si hubiera recibido una ráfaga fresca de aire en medio del oscuro camino de la angustia e incertidumbre.

—Siéntate, Bree —dijo con suavidad—. ¿Abriste el sobre? —preguntó.

Aubrey elevó el rostro y sus ojos colisionaron con los de Gabriel. Halló en ellos comprensión, un toque de desespero, pero especialmente una calidez nueva.

—Sí, anoche —susurró acomodándose en la silla—. Yo… Creo en todo lo que me intentaste expresar: que la mujer con la que estuviste comprometido te drogó. Que… Que lo sea que haya ocurrido esa noche no fue bajo tu voluntad. Me apena lo que debiste sentir —dijo tratando de contener las lágrimas, porque el malestar de él era el suyo. Esto, sin importar lo que existiera de por medio. El amor no se borraba con desearlo, pues era una emoción

genuinamente terca que solo se marchaba cuando le apetecía, no cuando los afectados por la flecha de un infame Cupido lo deseaban. Lo que Gabriel debió experimentar, mental y anímicamente debió ser duro—. No sé si hayas logrado esclarecer el asunto… Me gustaría que pudieras tener certezas.

Él se incorporó y rodeó la mesa. Se acercó a ella y giró la silla para que lo mirase. A tan corta distancia, Gabriel podía ver las lágrimas sin derramar en Aubrey.

—Hay muchas cosas que quiero hablar contigo, ¿me escucharías esta vez, Bree? —preguntó extendiendo la mano con tiento, como quien va a acariciar las alas de una mariposa: podría lograrlo o podría sentir que se le esfumaba la posibilidad.

Los dedos de Gabriel rozaron las mejillas suaves y ella contuvo la respiración.

—Sí —susurró mirándolo—, aunque la posibilidad de que, antes de lo que hizo Claudia, la hubieras estado frecuentando… —meneó la cabeza y tomó una respiración profunda—. La horrible sensación de ser traicionada es brutal…

Él apoyó la frente contra la de Aubrey. El silencio era elocuente, potente.

—No te engañé, Bree, no —dijo Gabriel sosteniéndole el rostro con ambas manos, envolviéndola con la fuerza de sus emociones—. No lo hice ni con ella, ni con otras. Soy hijo de propietarios de minas de diferentes minerales, si algo aprendí desde joven fue a diferenciar las piedras preciosas de las baratas. Hasta ahora me había conformado tan solo con estas últimas, entonces llegaste tú y comprendí mi gran error. —Ella lo escuchaba y sabía que estaba diciéndo la verdad; se sentía conmovida por la determinación con la que Gabriel pronunciaba sus palabras—. La razón por la cual busqué a Claudia fue porque necesitaba cerrar un capítulo de mi pasado. Fue ese día el único en el que la visité, con ese fin, y claro que pensaba decírtelo, Bree. Lamentablemente, todo se distorsionó del modo más rastrero cuando ella me drogó.

Ella hizo un asentimiento leve.

—¿Me lo dirás ahora? —preguntó posando las manos sobre las de él, que no se habían apartado de sus mejillas. Sentir la calidez de la piel de Gabriel y escuchar la franqueza en su voz había derrumbado sus barreras—. Porque no podría entender lo que ha pasado si no eres completamente transparente conmigo —expresó—. También me aflige la incertidumbre ante lo que ocurrió… Si te acostaste con ella…

Él apretó los labios. Contrariado.

—No tengo esa respuesta, Bree, pero es la razón de que estés en esta sala.

Ella frunció el ceño. No comprendió a qué se refería.

—¿Qué tiene que ver ella con esta exposición…?

—Si voy a ser completamente sincero, entonces debo empezar por decirte que esta reunión no era necesaria. Knox la organizó y yo necesitaba que vinieras voluntariamente para intentar que hablaras conmigo —le acarició el labio inferior—. Si optabas por la rebeldía de marcharte, no habría desistido en mi intento de buscarte.

Aubrey lo quedó mirando con incredulidad.

—¿O sea que preparé todo esto por un plan que orquestaste…?

—Haría cualquier cosa por ti, cariño, inclusive esta clase de tonterías. Así que no voy a disculparme, porque al final, la agonía de haberte dado suficiente espacio para pensar, estaba calando hondo en mi capacidad de mantenerme cuerdo —dijo.

Ella experimentó un cosquilleo en la piel. Él jamás empleaba esta clase de apodos afectuosos, jamás. Intentó leer los ojos azules y en ellos encontró el reflejo de su propio corazón. El reflejo de la profundidad del alma que encontraba su contraparte perfecta. Pero en ese instante no podía perder el rumbo de la conversación dejándose llevar por las emociones ni por la eléctrica conexión con Gabriel. Aubrey necesitaba aclaraciones y encontrar respuestas; todas las respuestas.

—Nunca me has llamado de ese modo —murmuró ella.

—Un terrible error de mi parte que voy a rectificar de ahora en adelante —dijo con una sonrisa. La primera sonrisa luego de esos insufribles y largos días sin ella.

—¿Qué más implica este plan tuyo, además de que me quede a solas contigo?

Gabriel, paulatinamente, se apartó de Aubrey. No quería apresurarse.

—Quiero descubrir contigo la verdad sin la cual no podría sentirme tranquilo, cariño —expresó insistiendo en llamarla de ese modo, aunque representara poco en comparación a todo lo que ella significaba—. Lo he pasado bastante mal al no tener noción de lo que ocurrió esa noche. Las lagunas mentales de ese día me han contrariado más de lo que puedas imaginar —se pasó los dedos entre los cabellos— porque las implicaciones de haber tenido sexo con Claudia son atroces… —dijo sin necesidad de aclarar que se refería a una violación—. Todo esto tiene un antecedente y es precisamente sobre lo que quiero hablarte. Intentaré ser concreto, pero no te pediré que evites juzgarme, porque estás en todo tu derecho —comentó, enfático.

—No tengo ninguno, Gabriel, en especial si es tu pasado, mas no tu presente.

Él asintió, brevemente.

—Cuando Claudia y yo estábamos juntos le hice dos promesas. La primera que siempre sería su amigo y procuraría cuidar de ella, apoyarla. La segunda —soltó una exhalación— ocurrió a raíz de saber que Claudia tenía, tiene, endometriosis severa. Uno de sus sueños era ser violinista, por mi culpa no lo logró. Su segundo sueño era ser madre, así que le prometí que si yo, al cumplir los treinta y cinco años, seguía sin encontrar a alguien que me importara lo suficiente, exploraría con ella todas las vías posibles para que tuviéramos un hijo. Para que regresáramos —confesó al fin.

Aubrey se quedó atónita. Abrió y cerró la boca. Permaneció varios segundos en silencio, porque no había cruzado por su mente la posibilidad de que la noche de la fiesta —además de que Gabriel hubiera tenido sexo con la ex— él no hubiera usado protección, y que la consecuencia natural podría ser… «Oh, Dios. Eso sería terrible».

—Que pudiera estar embarazada… —susurró imaginando a la prometida de Bastian, años atrás—. Sería como repetir… —hundió el rostro entre las manos.

Gabriel se acuclilló frente a ella y le apartó los dedos del rostro, uno a uno.

—Hey, la posibilidad me aterra tanto como a ti y por eso necesito saber esa verdad; por mí y por ti; por ambos —susurró Gabriel. Lo cabreaba tener que decir estas cosas, porque lastimaban a Aubrey, pero era la verdad y ella necesitaba conocerla—. Claudia intentó conseguir aquello que le negué el día en que fui a verla.

—No puedo imaginar cómo alguien es capaz de algo semejante, Gabe —dijo llamándolo por ese nombre que, entre ambos, siempre sonaría especial; daba igual que otras personas cercanas a él lo usaran, cuando se trataba de Aubrey era distinto.

—La razón por la que estuve en su casa fue para decirle que no podía mantener esa promesa, porque no podía ser padre ausente de una criatura, pues bajo ningún motivo regresaría con ella —comentó Gabriel—. Le conté que ya había encontrado a una persona para mí y que no podía hacer una canallada. Así que, al parecer, Claudia decidió tomar acciones por su propia cuenta, bajo sus términos, e intentar forzar…

—Oh, Gabe —expresó ella con voz triste—. Si me hubieras dicho esto, tal vez, yo habría manejado las circunstancias de otra manera. Nos habría ahorrado…

—Aubrey, cariño, no llores que me matas —interrumpió, preocupado. Le limpió las lágrimas con los pulgares—. El error fue mío al esperar tanto tiempo para decirte lo que sentía por ti. Por no

haberte dado la seguridad que necesitabas. Nunca podría engañar a la mujer de la que estoy profundamente enamorado. —Ella sollozó y lo miró con asombro—. Te amo, Aubrey, con toda la fuerza de la que soy capaz. Me vuelves loco, me encanta todo de ti: tu integridad, tu resiliencia, tu belleza y tu corazón; me encanta cada parte de la mujer que eres y también de aquella que empiezas a construir para el futuro. Soy adicto a tus besos y esclavo del deseo que me consume cuando hago el amor contigo, cuando te anhelo tanto —confesó—. Lamento todo el dolor que te he causado con mi omisión y por no darme cuenta a tiempo. Pero también lamento que aún quede una sombra que puede alejarte de mí…

Él se puso de pie y ella se levantó de la silla.

Aubrey comprendía que estaba refiriéndose a lo que quedaba pendiente por resolver. Pero también comprendía que este hombre, que recubría sus emociones con hierro indestructible, había abierto por completo las puertas de sus sentimientos. Por ella. El amor consistía en navegar los momentos difíciles, y ella amaba a Gabriel con una intensidad que la sobrecogía. No le importaba lo que pudiera ocurrir a continuación siempre que estuvieran juntos. Saber que la amaba era embriagador.

—Gabe —dijo con la voz entrecortada, echándole los brazos al cuello—, ninguna sombra es tan fuerte para alguien que ha tenido que pasar momentos muy duros para subsistir. Como yo. Además, bajo ninguna circunstancia voy a dejar que el exterior empañe la certeza de que soy correspondida. —Gabriel la sostuvo con firmeza de la cintura, abrazada a él, así era como la necesitaba: cerca, cálida, suya—. Te amo, tanto, que no sabía cómo decírtelo, porque temía que no me correspondieses y me rechazaras. Me proteges, me haces sentir deseada, me impulsas a seguir mis sueños, me rodeas de placer, seguridad, y la certeza de que no podré amar a otro hombre con la misma pasión con la que te amo a ti, Gabe —expresó sin contenerse.

—No va a existir ningún jodido "otro", Aubrey —replicó Gabriel—. Eres mía.

Ella sonrió contra los labios masculinos. Sabía que el lenguaje de Gabriel no eran las palabras, sino la sensualidad. Ahora, en retroceso, podía pensar con rapidez el cómo follar en un inicio se había ido transformando en algo diferente para los dos. Comprender que sus motivos eran los mismos que los de él, la emocionaba. Escuchar la confesión de Gabriel resultaba tan potente como llegar al éxtasis con sus caricias.

—¿No? —preguntó sintiendo que todo su cuerpo volvía a estar en la sintonía perfecta, una que ella y Gabriel habían creado en silencio desde que se conocieron.

—No, y tampoco otra mujer para mí. Me has arruinado para cualquier otra —replicó en tono fiero. La emoción que sentía de tenerla en sus brazos se entremezcló con la certeza de que ella también lo amaba. Él había logrado consolidar un imperio multimillonario, pero ninguna sensación de triunfo se asimilaba a los trazos de euforia profundos e imborrables de saberse amado por una mujer como Aubrey.

—Eres solo mía, cariño. Solo mía —murmuró Gabriel, antes de capturar los labios, tan deseosos comos los suyos, y arder en un contacto que había añorado tanto.

Él mordisqueó suavemente los labios carnosos, mientras sus manos recorrían la figura femenina como estelas de fuego marcándola como suya. Agarró las curvas sobre la ropa —escuchó gemir a Aubrey cuando le pellizcó los pezones y cuando le apretó las nalgas— presionándola contra su cuerpo, que estaba muy duro de deseo. Ella salió al encuentro de su lengua, jugueteó, y sus manos traviesas lo acariciaron con la misma necesidad insaciable. Se sumergieron en un contacto adictivo, potente, y que ya no contenía promesas silenciosas, sino declaraciones con certezas a largo plazo.

El sabor de ese beso era osado, eléctrico y profundo, hambriento y salpicado de anhelo con dulzura, con toques de empatía, erotismo y amor. Los arrolló a ambos como un meteorito, caliente e intenso, lo suficientemente abrumador para rivalizar con el sol de verano. Gabriel le succionó el labio inferior, mientras Aubrey enterraba los

dedos entre los cabellos rubio oscuro y tiraba de ellos en un gesto desesperado; necesitaba mucho más que un beso. Él soltó un gruñido primitivo y gutural. Este beso era crudo, dulce y también posesivo. Gabriel quería anclarse en ella, reclamar cada pequeño trozo de piel, escucharla llegar al orgasmo; hacer el amor con Aubrey, hasta que ninguno fuese capaz de levantarse de la jodida cama. Lo quería todo con ella. Pero sus sentidos estaban alertas y él sabía que pronto tendrían que enfrentar la realidad de lo que quedaba pendiente. Poco a poco, a regañadientes, ralentizó el beso.

—Gabe —susurró ella abriendo los ojos, llenos de deseo y amor.

—Joder, cuando me miras así se me complica negarte algo, cariño —dijo frustrado. Aubrey lo miró con una sonrisa, moviendo la pelvis contra la de él—. Maldición, te tomaría en este momento y te daría todos los orgasmos que me pidieses. Pero quiero que cuando haga el amor contigo, Aubrey, ninguna duda lo opaque.

Aubrey ladeó la cabeza.

—¿Hay algo más que deba saber…? —preguntó con suavidad y peinó, con los dedos, los cabellos de Gabriel hacia atrás. Le gustaba el tacto suave de esa cabellera.

Él apoyó la frente contra la de Aubrey y asintió; la mantenía sujeta de la cintura.

—Esta es la parte que te comenté que necesitaba aclarar, la razón principal por la que Knox accedió a organizar esta reunión. Primero, porque te necesitaba conmigo, cariño. Segundo, porque esta es la única vía que encontré para aclarar lo que ocurrió esa maldita noche en la casa de mi amigo —expresó contrariado—. No hay otra vía.

—¿De qué hablas, Gabe…?

—Claudia está abajo, en el *lobby*, desde hace un rato. Tiene deudas de juego en el casino. —Aubrey lo miró con sorpresa—. Es una mujer con ciclos de adicciones. Esta es su nueva aventura —dijo con desdén—. La amenacé diciéndole que si no venía a hablar conmigo hoy, yo le entregaría todos los recibos de sus deudas a su familia, en especial porque ha estado empeñando joyas que no son

suyas. En otras palabras, robando. Ella tiene vigente una amenaza de su padre: si comete otro gran error, él irá ante la ley para exigir convertirse en su tutor legal y monitorear cada paso que ella dé. Claudia ama la libertad de hacer lo que se le dé la gana. Por eso vino.

—¿Otro error…? —preguntó frunciendo el ceño.

—Adicción a las drogas, comportamientos irresponsables, juergas… —expresó Gabriel—. Han sido situaciones que llevan años ocurriendo y su familia ha sido muy afectada por sus extravagancias. Si su padre se entera de este nuevo vicio con los casinos y el robo de las joyas para empeñarlas, llevará a Claudia a la Corte. Lo más probable es que, con los antecedentes, el juez le otorgue el tutelaje a él —dijo.

—Ella parece ser un personaje muy peculiar —murmuró Aubrey, porque no encontraba otra manera de describir a alguien capaz de cometer actos cuestionables, criminales inclusive. No sabía qué medidas tomaría Gabriel, pero iba a apoyarlo.

El magnate hizo un asentimiento. La idea de ver a su ex de nuevo lo cabreaba.

—Quiero saber la verdad y que tú puedas escucharla, sin malos entendidos por interpretaciones erróneas o confusiones. Además, ver a Claudia a solas no me interesa. Así que consideré que esta oficina es un espacio neutral y también seguro —dijo él.

Aubrey sabía que esto era importante para ella y Gabriel.

Un antes y un después para ambos.

—¿Qué va a garantizar que ella te diga la verdad? —preguntó, inquieta.

—Que tiene que elegir entre dos opciones, aunque en ninguna tenga una salida real. En ambas pagará las consecuencias de sus actos; en ambas perderá la libertad —dijo en un tono de suficiencia. Gabriel estaba complacido con su plan para Claudia.

El CEO tomó el teléfono y llamó a Dhalia para darle dos instrucciones precisas: la primera, autorizar desde el *lobby* el ingreso de Claudia a la sala; la segunda, enviar al abogado personal de Gabriel a que fuese de inmediato a la misma sala.

Al cabo de un rato, la rubia de ojos celestes se detuvo en la puerta. Al ver a Aubrey su mirada brilló de rabia, celos y algo muy parecido al odio. Pero fue la mano posesiva de Gabriel, alrededor de la cintura de la otra mujer, lo que más la enfadó. La hermana de Calder no estaba sola, sino acompañada por dos agentes de policía. Esto tenía que ver con que Gabriel no quería tolerar ni lidiar con potenciales comportamientos agresivos o dramáticos de su ex, tal como ya habían sucedido antes.



—Debería decir que me sorprende que estés aquí con ella —dijo Claudia riéndose, mientras se acomodaba en una de las sillas, sin ser invitada—, pero ya veo que no.

—Ella, como la llamas, es la mujer que amo —expresó Gabriel. No le había dado oportunidad a Aubrey para que se alejara de él o intentara sentarse. En este instante necesitaba una respuesta para aclarar lo que había ocurrido con Claudia. Luego, él quería olvidarlo todo para así disfrutar y perderse en la belleza de ojos castaños—. Ahora, tú y yo, vamos a arreglar un asunto específico. ¿Queda claro?

—Después de lo que me dijiste por teléfono —se encogió de hombros—, supongo que tenemos un entendimiento. Pero no sé por qué me maltratas psicológicamente de este modo, Gabe. ¿Eran necesarios los policías? Has cambiado —dijo mirando a los agentes que tenían expresión de pocos amigos—. Pareces hostil.

—No voy a entrar en debates verbales contigo —replicó el magnate.

—¿Me llamaste para saber si estaba embarazada? Porque no puedo saberlo, hasta dentro de unos diez días más, Gabe —sonrió

mirando a Aubrey a ver si obtenía alguna reacción de ella. No la consiguió, así que se cabreó. Su sonrisa se perdió por completo cuando Gabriel dio un puñetazo con la mano izquierda, sobre la mesa.

—Lo que pasó esa noche, quiero saber la verdad —expresó con enfado.

—¿Quieres que esta mujer se entere de los detalles picantes? —preguntó Claudia ladeando la cabeza. Odiaba que Gabriel la hubiera sacado del casino y odiaba aún más que la hubiera chantajeado para que se acercara a esta oficina. «¡Con la zorra venida a menos de la Blackeney, por favor!». —. Seguro es muy sensible para nuestras hazañas en la cama. Además —dijo con altanería—, no me gusta ser explícita sobre nuestos asuntos sexuales frente a extraños. A menos que sea un nuevo fetiche, Gabe.

—¡Corta la mierda! Aquí está mi abogado y estos dos agentes de policía no están solo para evitar que hagas idioteces, sino como testigos de lo que digas hoy.

Claudia soltó una exhalación y se encogió de hombros. No le importaba quiénes estuvieran en la habitación, siempre que la atención de Gabe fuera para ella.

—Me pediste que subiera a…

—¡La jodida verdad, Claudia! —exclamó Gabriel—. Porque conmigo tienes solo dos opciones. Primero, tu padre te lleva a la Corte y se convierte en tu tutor; él sabe bien Lance que hace tiempo debió asumir ese rol contigo. Segundo, enfrentas un juicio por posesión de sustancias e intento de violación, este —lo señaló con un gesto de la barbilla en su dirección— es mi abogado. Así que elige bien tus batallas, mujer

—Nunca me hablaste de querer acusarme de algo tan atroz, Gabe —dijo riéndose—. Creía que la lógica era algo que te definía, pero te has puesto creativo.

—Elige y empieza hablar. Estoy perdiendo la paciencia —zanjó él.

Claudia soltó otra carcajada. Se inclinó hacia adelante sobre la mesa, el escote de la blusa dejó a la vista el valle de sus pequeños pechos. Miró a Gabriel con picardía.

—En el sexo no eres paciente, sino más bien ardiente e impetuoso. Lo recuerdo bien —expresó y luego miró a la otra mujer —: Estás de acuerdo, ¿verdad?

Aubrey tan solo la ignoró. No tenía sentido responder a provocaciones, en especial de una mujer que, tal como notaba, no tenía escrúpulos ni sentido de empatía.

—Habla conmigo, no con ella —espetó Gabriel con acidez.

—O si no, ¿qué? —preguntó Claudia—. Te olvidas que mi familia…

—Todas las pruebas de lo que has empeñado para tu vicio en el casino, están en un correo con la dirección de tu padre. Listo para enviarse. Luego solo tendré que llamar a Lance darle otros detalles. Tu familia está cansada de lidiar con tus escándalos e idioteces. No vas a hallar aliados. —Claudia palideció, porque pensó que Gabriel se había echado un farol; pero también, porque creía que tenía el mando sobre él, después de la noche del cumpleaños de Chase—. Haz tu elección de una puta vez.

Claudia se alarmó, pues la expresión de él era fría. Por lo general, ella solía jugar a la víctima con Gabriel y lo convencía de ayudarla o que no fuese tan severo. Sin embargo, en esta ocasión no estaba viendo más que indiferencia, hastío y desdén.

—¿Sabes? Cometí un jodido error, pero tú pudiste solucionarlo si hubieras decidido casarte conmigo; pagado mis deudas de juego; aceptado ser el padre de mi hijo o mi hija —dijo con agobio mirando a su ex, pero sin animadversión. Esta vez ignoró por completo a Aubrey—. Elijo la primera opción… Porque sé que la segunda implicaría ir a la cárcel y un montón de situaciones que me harían mucho daño.

—Tu bienestar no es mi prioridad —zanjó Gabriel. No sentía culpa, sino rabia.

Claudia sabía que ya no tenía salida, que no podía continuar cabreando más a Gabriel. Él ya no sentía ninguna clase de empatía, porque ella quemó todas sus opciones. «Pero, ¿por qué él no entendía que lo hizo por los dos, porque lo amaba?».

—Solo quise asustarte… No pasó nada —dijo Claudia—. Te desnudé y te mordí el hombro para hacerlo real. —Aubrey la escuchaba atónita, porque consideró que la mujer estaba mentalmente mal. Esa era una premisa horrible. ¿Por qué creía la sociedad que solo las mujeres sufrían esta clase de abusos? —. Fue entonces que tomé la fotografía. Desbloqueé el teléfono al ponerlo cerca de tu rostro y le escribí a ella… Sé que no crees cuando digo que eres todo para mí, Gabriel, pero siempre lo séras…

El magnate apretó la mandíbula. Su expresión era severa e implacable.

—¿Qué más, Claudia? —preguntó él en tono letal.

Ella elevó el mentón, siempre desafiante; pero su expresión era resentida.

—No había otra manera de tenerte bajo mi dominio que con alguna sustancia que no te causara daño… Ambien me pareció seguro… No puedo tener hijos, hace meses fui donde el ginecólogo de nuevo, así que no es posible que esté embarazada.

Aubrey soltó un suspiro de alivio y sintió cómo Gabriel se relajaba a su lado.

—A partir de hoy no quiero saber de ti. Nunca más y tampoco vas a frecuentar a nuestros amigos en común. Apenas te marches, tu padre sabrá lo que ha pasado. Pero lo que me hiciste no va a quedar sin castigo. Sé que Lance valora mi opinión y cuando le explique los motivos por los cuales debe ser tu tutor, seguirá mi consejo. No solo eso Claudia, sino que tú perteneces a una institución de cuidado mental. No sé por cuánto tiempo, pero tus ciclos son tóxicos, abusivos y dañinos —dijo Gabriel.

Claudia soltó un sollozo. Lo miró con súbita desesperación.

—No quise lastimarte… —susurró—. Gabe, mis deudas de juego…

—No son mi problema. Tú, no eres mi problema —expresó Gabriel, consciente de que su abogado había tomado nota. Luego agarró de la mano a Aubrey y se dirigió hacia la salida. En el umbral de la puerta se detuvo un instante y miró por sobre el hombro a Claudia. Esta seguía sentada, con una expresión de arrepentimiento y también de confusión—. Tanto Chase, Oleg, Knox y Jesse están al tanto de lo que hiciste. Sé responsable de tus actos y ahora asume las consecuencias. Adiós, Claudia.

Al salir de la sala, Gabriel abrazaba un futuro diferente y un amor de verdad con Aubrey. También dejaba atrás, para siempre, los últimos resquicios de un capítulo de su vida que lo mantuvo preso de emociones dañiñas. No hacía falta discutir esa conversación de nuevo con Aubrey, ya no tenía sentido, porque estaba todo claro. A Gabriel le había bastado con que ella estuviera a su lado; ahora, solo quería avanzar.

Cuando llegaron a la casa de él, las pinceladas del cielo estaban marcadas de gris, pero nada podría ser tan brillante como la sonrisa que le dedicó Aubrey. A la habitación de Gabriel no llegaban los ruidos de las olas del mar rompiendo a lo lejos, pero sí era posible reconocer que estaban en un entorno privilegiado. No por la opulencia o las comodidades que los rodeaban, sino porque todo acababa de cobrar un sentido más real, pintoresco y esperanzador, por el simple hecho de estar juntos.

EPÍLOGO

Gabriel miró a Aubrey con un ardor imperecedero y con la intensidad de un amor correspondido que prometía rebasar los límites del tiempo. No quería apresurarse esta vez, porque necesitaba disfrutar, asegurarse de que ella era real, y que no iba a marcharse a ningún lado. Con movimientos ágiles, pero calmados y procurando contener los instintos que lo abocaban a devorarla sin más, la desnudó. A medida que la ropa caía sobre la alfombra, él dejaba besos en la piel que quedaba a la vista. Aubrey no se podía estar quieta, porque la forma en que bullía su sangre, la necesidad inherente de sentirse amada por Gabriel en el nivel más primitivo del ser humano, y los largos días sin él, crearon un anhelo febril. Lo deseaba con la misma intensidad que esos dedos ágiles y esos labios pecaminosos iban dejando huellas en su anatomía.

El retumbar de los sentidos entre ambos pareció hacerse eco en la habitación. Agitados y embargados de un anhelo carnal se miraron con hambre, lascivia y reverencia. El amor implícito en cada caricia y explícito en cada palabra se apropió de la suite. Gabriel le tomó el rostro entre las manos a Aubrey, le sonrió con algo parecido a la adoración, pero también en un modo posesivo que hizo que a ella la recorriese una sensación excitante de anticipación. Luego, él unió sus labios a los de ella. El beso cambió el ritmo de los minutos en que se habían desnudado. En esos instantes ya no había caricias que tentaban al otro, sino que empezaban a elevar la potencia de las llamaradas que siempre surgían cuando estaban juntos. La boca de Aubrey era suave y cálida, y Gabriel tiró del labio inferior con los dientes, duro, y ella se abrió a él con abandono. La temperatura subió. Los gemidos mutuos se mezclaron.

—He extrañado todo de ti, mi vida. No poder tocarte ha sido un infierno —susurró Gabriel entre besos, al tiempo que le acariciaba la espalda; apretaba ambas nalgas, para después rodearle las caderas,

subir hasta deleitarse con el peso de los senos generosos, jugueteando con los pezones y apretándolos. Ella soltó un gemido cuando él deslizó los dedos, hasta el vértice húmedo y lo acarició—. Me deseas tanto como yo a ti… —afirmó penetrándola con un dedo —. Tan deliciosamente húmeda.

Aubrey tiró de los cabellos de Gabriel, no quería que se apartara. Ella no podía evitar tocarlo a cada instante, como si al hacerlo se asegurase todavía más de que era suyo, y que esto era real. Le encantaba este hombre, en todos los sentidos posibles.

Mientras se besaban y él la tentaba —lubricándola con sus propios fluidos, entrando en ella, y luego privando a su sexo de caricias para enloquecerla— Aubrey acariciaba el miembro erecto. Esparció el líquido preseminal con el pulgar y le gustó cuando, a modo de respuesta, él le introdujo un dedo adicional. La boca de Gabriel en las tetas era algo que a Aubrey la volvía una macilla plegable, cálida y suave entre los brazos masculinos. La forma en la que él le succionaba los pezones, para luego morderlos y calmar la rudeza con varias lamidas; cómo succionaba los costados y la areola para dejarle huellas con la barba sin afeitar de cuatro días; cómo alternaba la posesión de la boca con gula lasciva de las manos y amasaba su carne con destreza, la dejaba tan mojada que parecía que solo necesitaría unos toques más para correrse.

Sin embargo, cuando estaba a punto de que su cuerpo se explayara en espasmos, Gabriel, que tan bien la conocía, tan solo detenía de manera abrupta sus caricias. Ella le decía que era un manipulador insoportable, pero él se carcajeaba antes de volver a besarla y decirle que la amaba. Las protestas de Aubrey se mezclaban con los jadeos y los gruñidos de Gabriel, porque ella tampoco le daba espacio a llevar el control demasiado tiempo. Lo recorría apretando la dureza masculina, usando las uñas para rasguñar suavemente los testículos y luego arañarle las nalgas; después subía sus dedos por los abdominales y seguía en ascenso deleitándose por el físico esculpido por mimo a base de ejercicios y surf. La piel de Gabriel estaba besada por el sol.

—Oh, Gabe… —jadeó excitada—. Cada día en el que no podía acercarme a ti sentía que mi cuerpo perdía el calor que necesitaba. No quiero volver a estar lejos de tu lado. No puedo —confesó con emoción en la voz, mientras él ralentizaba las caricias; sus besos se volvieron más profundos e igual de sensuales—. Pero ahora…

Ella gimió cuando él le agarró los pechos con ambas manos, un instante, antes de que los dedos provocadores volviesen al vértice de su sexo para frotarle el clítoris.

—¿Ahora…? —preguntó Gabriel, instándola a que retomara la frase.

—Ahora me siento feliz de estar aquí y saber que eres mío —susurró.

—Lo soy —replicó Gabriel, solemne.

—Me alegro saberlo —murmuró con emoción en la voz—. Tus caricias me vuelven loca… —dijo antes de besarlo con intensa pasión —. Cuando me tocas pierdo el sentido de la cordura, pero sé que provoco lo mismo en ti y eso me gusta.

—Si el concepto de fantasía sexual tuviera un rostro y un cuerpo, serías tú, Aubrey, qué jodidamente sexy que eres —murmuró en un tono gutural y reverente.

Ella esbozó una sonrisa de satisfacción. Esta versión de un Gabriel más elocuente con sus emociones profundas, mezcladas con aquellas propias del sexo que ella ya conocía y le encantaban, era la dosis perfecta. Estando de pie, le brindaba a Aubrey un poco de control para provocarlo más y recorrerlo sin la obstrucción de las sábanas o superficies ajenas a la cama. Pero, en este instante, lo que quería era soltar el control y dejar que él la poseyera, hasta que ninguno recordara su propio nombre.

—Qué poético —dijo bromeando.

—Mujercita impertinente —replicó él, dándole un azote en el trasero.

La risa que empezó a formarse en Aubrey terminó siendo un gemido cuando Gabriel volvió a penetrarla con los dedos. Ella sabía que, si continuaban de este modo, su primer orgasmo iba a ser sin él en su interior. Esto no era lo que deseaba por ahora.

—Me has acusado de eso… —dijo ella—. Oh… —jadeó, porque él no le daba tregua. Aubrey dejó de acariciar el miembro viril a regañadientes, pues le encantaba tocarlo, para luego morderle la boca y que él le prestara atención. Los ojos azules de Gabriel eran lagunas de aguas profundas—. Gabe, tenemos suficiente tiempo para recuperar los días perdidos —sonrió contra la boca de él—. Si sigues en ese ritmo… Quiero, necesito, que estés dentro de mí —pidió con la respiración agitada.

—Tus deseos son mi perdición —replicó Gabriel haciéndole un guiño.

—Así como que tú los cumplas es la mía —dijo ella en tono pícaro.

Él soltó una carcajada ronca. La plenitud de saberse amado y reconocer esa emoción, que por primera vez vivía con una mujer, resultaba exultante, adictiva.

—Ven, cariño —dijo, antes de tomarla de la cintura y dejarla sobre el colchón.

—Te necesito, Gabe… —murmuró ella separando los muslos lentamente.

Gabriel, que estaba a punto de cubrirla con su cuerpo, se quedó un instante observándola; como quien admira una obra de arte. Con lentitud empezó a acortar la distancia trazando un camino de besos desde el arco elegante del pie, hasta que su rostro quedó justo a la altura del vértice delicado y húmedo. Le separó los labios íntimos con los dedos y luego dio un lametazo, lento y firme. Ella soltó un gemido.

—Eres hermosa —murmuró lamiéndola de nuevo. Esa no era la manera en que iba a hacer que se corriera, no esta vez; solo era un breve preámbulo—. Si crees que mostrándome lo que tanto deseo —la lamió de nuevo, y ella arqueó la espalda agarrando la sábana con

los puños a los costados— vas a controlar algo, estás equivocada. Mmm —succionó el clítoris y ella gritó— siempre tan receptiva, ¿huh?

—Sí… Contigo… —sollozó a punto de correrse—. ¡Gabriel! —exclamó cuando él se apartó del todo con una sonrisa pícara, mirándola con amor y deseo.

—¿Sí, mi vida? —preguntó con arrogancia—. Me pareció escucharte decir que solo eras receptiva conmigo, pero no estoy seguro —pasó la yema del dedo entre los pliegues, en un movimiento rápido; ella jadeó— ¿podrías volver a decirlo, cariño…?

—Dios, eres insoportable… —farfulló—. Sí, solo soy receptiva contigo. Tú, eres el único que alguna vez me ha hecho sentir tan sensual, amada y protegida.

—Me complace escuchar eso —replicó, pero esta vez no había un tono juguetón en su voz, sino conmovido y posesivo—, y soy jodidamente afortunado.

Ella extendió los brazos para que él se acercara. Para que la cubriera con su calor, su cariño, y todos aquellos recuerdos que formaban parte de su historia juntos.

—Ven, Gabe —pidió en un susurro. Su cuerpo estaba al límite, pero su corazón se mantenía firme e inamovible en lo que sentía: pleno y en éxtasis—. Te necesito… —dijo, mientras él la complacía, no de inmediato, claro que no. Él empezó a subir por su cuerpo, besándole las caderas, el abdomen y luego le recorrió los pechos con la boca. Como si estuviera reverenciándola—. Mi amor, acércate más…

Él lo hizo, mas no penetró su cuerpo todavía. La espera estaba matándola. Aubrey sabía que este era el inicio de una larga noche y que después sería su turno de hacer que Gabriel se rindiera a ella, bajo sus términos, y pagaría por esta provocación.

Aubrey, con las manos en la nuca masculina, le acariciaba los cabellos.

—Estoy más cerca ahora, supongo —expresó Gabriel tomando un pezón entre los dientes. Lo mordió con suavidad y ella elevó las caderas, una súplica elocuente y silenciosa. Él repitió la caricia en el otro pecho; amasó las cumbres tersas y las succionó dejando su marca. Con cada succión, mordiscos y besos, en los senos, Aubrey tiraba de sus cabellos—. Mmm, estas tetas son perfectas… —dijo y se apartó para contemplarlas mejor, acariciándolas con las manos—, y tienen las huellas rojizas de mis atenciones. Cuando te veas al espejo recordarás cada una de mis atenciones.

Ella soltó una risa suave.

—Eso es muy primitivo de tu parte, pero me encanta todo cuanto haces conmigo —expresó Aubrey. Gabriel se apoyó sobre los antebrazos, uno a cada lado de ella, para no aplastarla. Estaba tan duro que dolía—. Quiero más de ti, Gabe…

—Las cosas que dices, Bree —gruñó antes de tomar la boca de Aubrey, haciendo que ella probara una mezcla de su propio sabor, combinado con la escencia propia de sus besos. Aubrey contoneó las caderas y lo abrazó, esta vez, fuertemente.

—Un preserva… —empezó él.

—No, Gabe —interrumpió ella, enroscando las piernas alrededor de las caderas de Gabriel para darle a entender que no quería que se apartara—. Quiero continuar como lo hemos hecho últimamente. No quiero más barreras entre los dos, de ninguna clase, no más —expresó acariciándole la mejilla—. La píldora me basta.

—Te amo, Aubrey Blackeney —dijo con sinceridad mirándola a los ojos.

Ella sintió una emoción tan grande que se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Y yo a ti, tanto, tanto… —susurró con emoción.

Aubrey elevó las caderas cuando él, lenta, muy lentamente, empezó a penetrarla. No existía un fuego más ardiente que aquel que era avivado por la mezcla de la lujuria, el amor y la certeza. Sus miradas no se apartaron. Sus cuerpos empezaron a crear la cadencia

que necesitaban para hallar ese punto exacto y especial que lograría dejarlos al borde del abismo, coqueteando con la posibilidad de la adrenalina del éxtasis. Ella sintió cómo sus paredes íntimas acogían a Gabriel, rodeándolo de calor mojado y calidez. Él soltó un gruñido y empezó a acelerar los movimientos de sus acometidas. Para Gabriel, el estar profundamente anclado en Aubrey, sintiendo cómo encajaba tan bien en ella, aumentó su deleite. Se movieron, abrazados, uniendo el presente para trazar el mapa de un futuro. Sus bocas danzaron un rato con lentitud.

—Mi vida… —gruñó Gabriel.

—Oh, Gabe, voy a…

Él salió ligeramente del interior tan solo para volver a embestir con una intensidad profunda, firme y lenta; poco a poco, Gabriel aceleró sus acometidas, moviéndose, a la par que Aubrey salía al encuentro de la necesidad compartida. Bajo ese vaivén, los labios íntimos empezaran a contraerse alrededor de la portentosa erección. Gabriel la ensanchaba al perderse en el pasaje íntimo con un apremio que Aubrey equiparaba. La urgencia mutua desbordaba el control. Ascendieron juntos por esa ola que potenciaba los sentidos con erotismo y entrega, en una fusión de deseo y emociones tan íntimas que no era necesario otro lenguaje que el de sus cuerpos.

El clímax les dio la bienvenida al mismo tiempo y lo hizo con la voracidad de un incendio capaz de arrasar todo a su paso, disolviendo los límites de un mundo en el que ahora eran uno, y dejándolos suspendidos en el disfrute. El orgasmo sacudió sus cuerpos. Gabriel y Aubrey sintieron la fuerza de una liberación especial y única, que solo existía cuando el sexo se fusionaba con la emoción más noble: el amor.

Esa noche se extendió varias satisfactorias horas, entre susurros, risas y éxtasis.

Pero, cuando estuvieron exhaustos, abrazados al cuerpo desnudo del otro, Gabriel recordó que había algo muy importante que hablar con Aubrey todavía. Ella, al sentir que él se movía, le sonrió con dulzura y luego apoyó la mano en su mejilla.

—Mi vida, hay algo que tengo que hablar contigo —expresó Gabriel de repente, mientras se sentaba y apoyaba la espalda contra el respaldo de la cama.

—¿De qué se trata, Gabe? —preguntó intrigada, mientras se sentaba también. No se molestó en cubrirse, pues carecía de todo sentido. La parte que importaba desnudar ante el otro ya había sido liberada de los miedos y dudas. El resto daba igual.

Gabriel esbozó una sonrisa y le besó la nariz.

Se giró un poco para abrir el cajón de la mesilla de noche. Él había planeado tener este gesto en otro sitio, pero no habría sido espontáneo. La espontaneidad no era una cualidad que lo caracterizaba, sin embargo, cuando se trataba de esta mujer aparecía de vez en cuando. Él no visitaba joyerías, los joyeros iban a su casa. Gabriel solicitó ese servicio a los pocos días de entender que Aubrey era la persona para él. Si bien Gabriel era arrogante en muchos aspectos, no daba por sentado que ella querría intentar escucharlo o entender lo que había pasado. Si su plan no hubiera resultado como esperaba, él habría creado otro. Lo que jamás cambiaría era saber que la amaba.

—Aubrey —dijo en tono solemne, después de extraer un precioso anillo con un diamante solitario de la Casa Boucheron que le había costado un millón de dólares.

—Gabe…—susurró mirándolo.

—Sé que estás a punto de cumplir veinticuatro años, que tu vida está floreciendo y que tienes muchos caminos por trazar —expresó con franqueza—. Entiendo que soy doce años mayor a ti, que mi mapa ha sido perfilado, pero este no tiene ningún color, porque antes de conocerte siempre estuvo en blanco y negro. —Ella lo miró con ilusión—. Jamás truncaría tus sueños, porque alguien tan inteligente y valiosa, merece cumplirlos todos. Sería el gran honor de mi vida, si me permites apoyarte en esos sueños y ser parte de ellos. Pero mi sueño eres tú. Te amo, Aubrey. ¿Aceptarías casarte conmigo y formar una familia juntos…? —preguntó Gabriel.

La mirada azul nunca brilló con tanto amor y devoción como ahora.

Ella se limpió las lágrimas de emoción que sus ojos no pudieron contener.

—Gabe, la edad jamás me ha importado —dijo conmovida mirándolo a los ojos—. Yo también te amo. Tú, eres todo lo que necesitaba, pero no sabía que podía existir. Claro que acepto casarme contigo… —murmuró con una sonrisa y Gabriel deslizó el anillo en su dedo con suavidad—. Crearemos un nuevo sueño, juntos.

—Juntos —repitió Gabriel antes de cerrar su promesa con un beso.



Tres años y medio después.

Gabriel dejó flores en el cementerio, primero en la tumba de Calder —como hacía todos los años— y después en la de Claudia, que estaba al lado. Durante una conversación con Aubrey, su esposa lo había hecho reflexionar de que era necesario que levantara la voz sobre lo que había sucedido con su ex y, lo más importante, no dejar que quedara impune. No solo por él, sino porque existían otros hombres que —con toda seguridad— habrían vivido situaciones similares, en contextos diferentes.

Ella argumentó que el abuso sexual contra los hombres era real y que la sociedad, eminentemetne machista, prefería no hablar de ello. Un abuso podía ser perpetrado por otro hombre o, como en su caso, por una mujer. No era abuso únicamente porque el acto sexual se hubiera consumado; lo era también, y desde antes, porque el dolo, la premeditación y el engaño constituían en sí mismos

conductas tipificadas como un delito. La anterior fue la razón por la que Gabriel, meses después que Claudia saliera de rehabilitación —pues volvió a las drogas— y de que Lance se hubiera convertido su tutor, inició consultas con su abogado sobre la viabilidad de la sugerencia de Aubrey. Pero dos meses después de ser dada de alta en la casa de reposo, Claudia sufrió un aparatoso accidente de tránsito y murió al instante.

Al respecto, Gabriel, tan solo por un asunto humano y moral, asistió al sepelio que tuvo lugar dos años y medio atrás. Ahora, en esta tarde soleada de invierno, su visita al cementerio tenía dos propósitos. El primero era decirle adiós para siempre a Calder, no porque fuese a olvidarlo, sino porque no volvería a rendir ningún homenaje a su memoria. El segundo era decirle a Claudia, o lo que simbolizaba su tumba, que la perdonaba. Porque esto último, él jamás lo hizo y no creía que, si ella hubiera seguido viva, podría haber tenido un acto de reflexión que lo empujara a pronunciar esas palabras. Sus otros amigos, cuando él les contó lo que haría esta vez, lo apoyaron.

Gabriel dio la media vuelta y salió del cementerio en calma.

Subió al automóvil y su chofer lo llevó a casa.

Cuando abrió la puerta de la mansión, lo recibió una risa que conocía muy bien. Una risa que lograba acelerarle el corazón, porque provenía de la mujer que amaba. Aubrey era su orgullo. Se había graduado cuatro meses atrás como ingeniera en *software* con especialidad en IA, y ahora tenía el proyecto más importante de la vida de ambos: un bebé que estaba a siete meses de llegar al mundo. No había sido un embarazo sorpresivo, sino que fue ella —después de tener su título profesional y, luego de varios años, ascender como directora por mérito propio en W2, pues no aceptaba favores de Gabriel— quien le dijo que deseaba tener un bebé. Él, por supuesto, estuvo más que encantado, no solo porque implicaba hacer el amor con ella, sino porque significaba crear una extensión voluntaria y con ilusión de lo que eran juntos.

Gabriel le había hablado de sus orígenes y los años en que se esforzó por demostrar a sus padres que merecía el lugar que le habían dado en la familia. Le contó sus dudas, el miedo al abandono que influyó en que siempre hubiera preferido relaciones pasajeras y ser él quien rompiera todo vínculo. Ella se mostró respetuosa de la decisión que le compartió: no iba a buscar a su familia biológica para obtener respuestas, porque había comprendido que no las necesitaba. Le dijo con sinceridad que ella fue quien le mostró que, sin importar sus errores del pasado o la historia de su nacimiento, él merecía amor y felicidad por ser tan solo Gabriel. Que el apellido lo unía a una familia maravillosa que era la única que importaba, pero que no lo definía. Que ella era su final feliz, su para siempre, y que solo buscaba ser un buen padre.

—Mi amor —le había dicho Aubrey echándole los brazos al cuello, mientras observaban el atardecer en un acantilado de la playa—, eres un protector innato y posees un corazón noble. Nuestro bebé será privilegiado de tenerte como papá.

Gabriel había apoyado la frente contra la de ella, mientras el viento soplaba.

—¿Qué tal si fallo, Bree…? —había preguntado frunciendo el ceño.

—Si bien la idea de ser mamá siempre ha sido algo que me ilusiona, fallar también me aterra. Será una aventura juntos —había contestado sonriéndole—. No tienes que ser perfecto en todo. ¿No puedes permitirte un poquito de descontrol?

Él había esbozado una sonrisa pícara, sujetándola de la cintura.

—Siempre lo hago, mi vida. Contigo.

Ella se había echado a reír, antes de besarlo.

En el patio de la mansión se celebraba el resultado del último examen médico de Bonnie. Finalmente, luego de una ardua lucha de varios años, momentos en el hospital, sustos inesperados y también después de probar, en Japón, los tratamientos experimentales de LongMind, el cáncer había claudicado. La mamá de Bree era libre de la enfermedad. Pero también celebraban que Craig acababa de

ganar un premio por una investigación científica sobre salud rural en Australia. Él no logró entrar a la carrera de medicina de la Universidad de Nueva Gales del Sur con una beca por rendimiento académico, pero dio igual porque sus estudios fueron pagados completamente por Sergei Blackeney. Esto había sido obra y cortesía de una visita que le hizo Gabriel —junto a Aubrey— al hombre que había abandonado a sus hijos.

—Blackeney —había dicho el magnate a modo de saludo, entrando sin previa cita, porque un St. James no la necesitaba, a la oficina que tenía Sergei en el puerto —, no necesito presentación. Pero la mujer que me acompaña, sí: Aubrey St. James.

Sergei se había quedado estupefacto mirando a la pareja.

—¿Qué…? —había tartamudeado—. Bree, no sabía que te casaste. ¿Con él? —había soltado un silbido de complacencia, ya haciendo ideas mentales si podría sacar partido de la excelente conexión social que ahora tenía su hija—. Qué curioso. Ven, hija, dame un abrazo. Después de tanto tiempo creo que la familia es la familia.

Aubrey había soltado una carcajada incrédula, porque su padre continuaba siendo la misma sabandija interesada en la opinión social. «¿Un abrazo? ¡Pfff!».

—Padre —había replicado ella—. No vengo a preguntarte qué tal estás ni a interesarme por tu vida. Si no sabes que me casé es porque decidiste abandonarnos a mi madre, a mi hermano y a mí, años atrás. Esta no es una visita social —había dicho.

Cuando ella se había enterado de que Craig no entró en la universidad, se sintió desesperada. Gabriel ofreció a pagar el costo, pero Aubrey se había negado alegando que, si bien estaba agradecida por su generosidad, esa responsabilidad era de Sergei. Fue entonces que Gabriel había sugerido que lo encarara, sacara las emociones y pensamientos que llevaba tantos años pendiente de decirle, y le exigiera que tomara conciencia. Aubrey le había preguntado a su esposo bajó qué excusa irían a la empresa naviera de su padre, y su esposo le había dicho que ser una St. James era suficiente.

Gabriel se había quedado en silencio. Solo actuaría si Sergei ofendía a Bree.

—¿Entonces, qué quieres…?

—Mi hermano anhela estudiar medicina en la universidad. Como debes recordar, si acaso es posible, Craig es tu hijo también y al abandonarnos nos dejaste con una enfermedad catastrófrica con la cual lidiar, sin fondos, sin conexiones y viviendo en una zona venida a menos. No me importa el sitio en el que tuvimos que vivir, pero sí tu bajeza como ser humano al igual que el resto de los que, desafortunadamente, comparten el ADN conmigo —había dicho enfáticamente—. Mi esposo tiene mucha influencia, más que la tuya, y puede hacer que cierren esta empresa. Así que vamos a hacer un trato, tú y yo. Vas a pagar, anónimamente, la carrera completa de Craig. Después, le darás a mi madre una compensación económica por todos los años y costos de los tratamientos contra el cáncer que ha padecido. Yo no quiero nada, porque lo único que me interesa no puede comprarse.

Sergie había soltado una risotada, acomodándose contra el respaldo de la silla.

—Después de todo eres una pequeña mercenaria. Ambiciosa inclusive…

—Cuida lo que dices, Blackeney —había expreso Gabriel en tono gélido.

—No me protegiste ni me cuidaste, me dejaste a la deriva con mi mamá y mi hermano; nos diste la espalda; nos olvidaste. No te debo nada, pero tú, a nosotros, nos debes mucho. Puesto que de moral careces, al menos de dinero no. Paga la universidad de Craig —había dicho sacando una hoja con toda la información para realizar la transferencia— y también el equivalente a los tratamientos de mamá.

—No seas ingenua…

—Hazlo, Blackeney —había expresado Gabriel sujetando a Aubrey de la cintura con la intención de marcharse, no le gustaba ver a su

esposa contrariada—. Consigue la cantidad que te acaba de pedir Aubrey y en una semana tiene que estar hecho el depósito en cada una de esas cuentas. O si no, considera que pronto esta empresa iniciará un declive meteórico en el mercado, al igual que cualquier otro emprendimiento, mediocre de seguro, que se te ocurra hacer con tu fortuna personal.

—¡Esto es chantaje, St. James! —había explotado Sergei.

—Lo es —había replicado Gabriel con simpleza, antes de salir con Aubrey.

Esa conversación había sido suficiente y los resultados, inmediatos.

La voz de Aubrey, llamándolo, sacó a Gabriel de sus recuerdos.

Él avanzó hasta el patio. Estaban todas las personas que eran importantes: Craig, Bonnie, Heath y su mujer, Clarissa, Roseanne, Stephen, los dos hermanos de Gabriel con sus ahora esposas, Oleg, Jesse, Chase, y Knox. Este último en particular vivió eventos que cambiaron su perspectiva sobre el romance, en especial después de que la mejor amiga de Aubrey le hubiera dado el número equivocado y él, porque no pudo ser de otra manera, hubiese encontrado la forma de obtener el número correcto.

—Hola, mi vida. Te ves deliciosamente sexy en ese vestido —dijo Gabriel al oído de Bree, sujetándola de la cintura, antes de inclinar la cabeza para besarla, sin importarle que estuvieran sus amigos y su familia alrededor—. Necesito quitártelo.

—Gabe —replicó riéndose y dándole un golpecito en hombro—, te he dicho que no me beses así cuando están otras personas —se sonrojó—. Menos ahora…

—Ah, es verdad, tus hormonas están trabajando tiempo extra —sonrió con picardía, mas no la soltó—. Espero que esta reunión se extienda lo justo, porque ha sido una semana con demasiado trabajo y sé que te he desatendido, mi vida —mintió, bromeando, porque habían hecho el amor cada noche, con la misma pasión que la

primera vez—. Además, ahora que estás embarazada no puedo permitir algo así.

Ella soltó una carcajada.

—Gabe, sé que nuestras madres están contentas de ser abuelas, pero eso no implica que disfruten viéndote besarme como si no hubiera nadie alrededor —dijo mirándolo con amor. Luego su expresión se volvió más solemne e ignoró las conversaciones, risas y el sonido de la música de fondo—. ¿Sabes? Estos han sido los tres años y medio más emocionantes, intensos y felices de mi vida. Sigo tan enamorada de ti como el día en que supe y tuve la certeza de que te amaba. Gracias por este bebé —susurró tomando la mano de su esposo y posándola sobre su abdomen—. Sé que seremos unos padres imperfectos, pero haremos que la vida de este ser sea perfecta.

—No sé qué hice para merecerte, pero debes recordar que no te dejaré marchar de mi lado, ¿entendido, señora St. James? —preguntó acariciándole la mejilla.

—Considerando que soy muy posesiva contigo, Gabe —le hizo un guiño—, tal vez, lo que yo necesite para creerte es una reafirmación —expresó sensualmente.

—Bree… —dijo él con un gruñido—. Podemos marcharnos un instante.

Ella esbozó una sonrisa. Admiraba y deseaba a este hombre con una fuerza que no era capaz de explicarse. No hacían falta palabras, lo que sentía era suficiente.

—La espera hará el momento más interesante, Gabe —replicó, acercándose a la gran mesa. El sol tenue pintaba el cielo de Sídney y el viento fresco corría con libertad. La comida había sido organizada para que pudiera ser disfrutada en el patio.

Aubrey estaba feliz de que su madre estuviera libre del cáncer; nadie merecía más la serenidad de disfrutar de una vida plena que Bonnie. Su hermano, Aubrey confiaba en ello, lograría ser un gran doctor. Ella sentía que, a sus casi veintiocho años, tenía la vida que

siempre añoró: serena, con amor, retos, pasión, una familia y oportunidades para explorar su propia esencia de ser. El universo, al fin, había dejado de lanzarle tantas cartas amargas y retos imposibles, porque al parecer comprendió que no existía ningún obstáculo que ella no fuese capaz de enfrentar. Por supuesto, no vivía en una burbuja ni nubes de algodones. Su vida de casada tenía altibajos, en el trabajo no todo salía como se esperaba y los contratiempos estaban a la orden del día, pero la diferencia era que antes su barco navegaba con un solo remo para salir de la tormenta. Esta vez, no solo contaba con su esposo y su amor incuestionable, sino que la fuerza que impulsaba este barco —renovado y mucho más potente— no estaba basada en la supervivencia, sino en construir una ruta firme desde la calma y la certeza.

Ahora, sentada junto a Gabriel, Aubrey contempló con calidez y orgullo a las personas que la rodeaban. Esta era su gran familia, compuesta por personas que llevaban su sangre, pero también por aquellas que había elegido desde el corazón.

—Gabe…

—¿Sí, mi vida? —preguntó en voz baja.

Alrededor todos conversaban y disfrutaban celebrando la vida de Bonnie.

—Gracias por amarme —dijo sonriendo. Los rayos del sol hicieron brillar su anillo de compromiso y el de matrimonio—. A tu lado, sé que todo está bien.

FIN.

¡Espero que te haya encantado la historia de Gabriel & Aubrey!

Si tienes un instante disponible, quizá 30 segundos, te agradecería mucho que dejes tu opinión para TRAZOS DE EUFORIA en la tienda Amazon.

Las reseñas, para una autora indie como yo, son una ayuda muy importante.

Besazos y mil gracias por elegir mis historias, ¡hasta la próxima!

Kristel.

SIGUE LEYENDO: DETRÁS DE LA PERFIDIA

Romance contemporáneo.

Matrimonio forzado por chantaje.

Ambientada entre Londres, Estambul, La Toscana y Milán.

Diferencia de edad marcada, entre los protagonistas.

Grumpy-Sunshine.

Enemies-to-lovers.

Explícito + 18 años.

Entornos de realidades dolorosas.

Pasados complicados con temáticas sensibles.

No hay infidelidades entre los protagonistas.

SINOPSIS

La apuesta es alta y ambos pagarán el precio de sus anhelos,

así como de sus errores.

Aurora Sterling es encantadora, optimista e inteligente. Su familia tiene gran influencia en la política, pero ese mundo le ha traído más sinsabores que beneficios. Por eso prefiere mantener un perfil bajo y una rutina discreta. Su vida personal es un desastre y su expansión profesional en Londres está condicionada por la agenda de su padre. La noche en que conoce a Dominic, la forma en que concebía el deseo y la pasión cambia por completo; la atracción entre ambos es irrefutable. Ella intenta creer que el destino va a compensar, en algún modo, las pesadillas que la marcaron. Grave equivocación. Ante la súbita frialdad y hostilidad de Dominic, Aurora se siente dolida, pero tiene la certeza de que en esta batalla de voluntades solo uno quedará en pie: ella.

Cruel. Indiferente. Astuto. Esas son algunas de las características que la sociedad le atribuye a **Dominic Langford**. Él no tiene escrúpulos cuando se traza un objetivo y jamás se permite perder el control. Dominic disfruta el éxito y el placer bajo sus propios términos. La presencia de Aurora en su vida es premeditada, porque la considera la pieza clave para obtener la información que podría esclarecer un complejo episodio de su vida. Un episodio que ha dejado heridas abiertas. Por eso, extinguir el ridículo optimismo de Aurora, acallar su bulliciosa presencia y destruir lo que ella representa, lo considerará parte del daño colateral de sus planes. Dominic se dará cuenta de que el precio a pagar para aplacar sus demonios es más alto de lo esperado. Su inmensa fortuna y recursos parecerán insuficientes cuando intente recuperar a la única persona que logró afectar su oxidado corazón.

DETRÁS de la perfidia

AUTORA FINALISTA DEL 2° PREMIO LITERARIO AMAZON STORYTELLER

KRISTEL RALSTON

PRÓLOGO

Aurora.

Años atrás.

La bofetada la dejó aturdida y su cuerpo cayó sobre el suelo de parqué. El instinto fue defenderse, pero estaba en desventaja. Scott la superaba por varios centímetros de estatura, además de ser corpulento. Aurora se limpió el hilillo de sangre del labio e intentó hacerse un ovillo para protegerse. Lo siguiente no fue un golpe, sino que los dedos masculinos se enredaron entre sus cabellos y la arrastraron, como si fuese una muñeca de trapo, sobre el piso. Ella sintió los ojos llenos de lágrimas por el dolor.

Aurora había empezado a cuidar lo que decía ante él, y también en qué ocasiones dejaba que su habitual carácter desenfadado saliera a flote. Esto último era cada vez menos recurrente. Sentía que, en algún punto, empezaba a perderse a sí misma. Después de cada ocasión, en que Scott se mostraba alterado y rompía objetos alrededor, él regresaba a pedirle perdón. Los episodios violentos jamás ocurrían frente a otras personas. Por eso, si ella se atrevía a comentar sobre el lado cruel de Scott, lo más probable es que quedara como mentirosa. En varias ocasiones, él le propuso que se fuesen a vivir juntos, pero, por alguna u otra razón, Aurora siempre se negaba.

Scott no estaba conforme con esa respuesta e insistía. Él era muy absorbente y ella, en cambio, solía disfrutar del tiempo consigo misma. Aurora no creía que vivir juntos le permitiera tener la libertad de hacer lo que se le diese la gana, como aún era posible ahora, sino que, por el contrario, sentiría que él querría controlarla. Scott decía que las insistentes llamadas, mensajes o súbitas visitas, cuando ella no respondía con rapidez, era para "cuidarla" porque "se

preocupaba de su bienestar". Esas líneas grises de los conceptos y acciones estaban jugando con su cabeza en modo pernicioso.

Por otra parte, tomaba mucho tiempo hasta que un nuevo incidente violento se desencadenara entre ambos. En el lapso de aparente tranquilidad Aurora creía que todo se mantendría de esa manera constantemente. Aparte, él procuraba tener detalles bonitos y recordarle las razones por las que seguir siendo novios era la mejor decisión.

Hasta que el ciclo de agresión y recriminaciones, sin sentido, se repetía.

Él jamás la había golpeado como estaba haciéndolo esta noche. En otras ocasiones, la sujetaba de los brazos con dureza y la sacudía varias veces o le apretaba el cuello, hasta que ella casi perdía el conocimiento. Cuando él notaba el efecto de sus acciones, la soltaba y se mesaba los cabellos con una expresión desesperada y nerviosa.

Pero Scott, hoy, había llegado demasiado lejos. O quizá, el simple hecho de haberla lastimado tan solo una vez debió ser suficiente para que ella reaccionara y se alejara. Aurora no era capaz de comprender en qué momento perdió el control para cedérselo, aunque le costaba admitirlo, a él. Estaba confusa, asustada y aturdida.

Desde su postura, defensiva e indefensa a la par, Autora trató de liberarse.

Él le dio otra bofetada, sin soltarle el cabello, y ella le clavó las uñas en los brazos. Se debatieron entre sí, pero Scott contaba, además, con la ventaja de estar de pie. Estaban en la mansión de los Barclays en Cotswolds y habían viajado en un mismo coche. La exclusiva zona era apartada del mundanal ruido. Londres, en donde ambos vivían, estaba a unas dos horas de distancia. La idea de este fin de semana fue celebrar los dos años juntos y también estudiar para los exámenes finales del cuarto año de veterinaria. Les quedaba uno para graduarse. Scott no eran tan dedicado y solía requerir ayuda de Aurora para algunas asignaturas. Ella sentía que estaba llevando un peso académico adicional, que no le

correspondía, y que su novio no hacía esfuerzos suficientes. Sí, Scott era disléxico, pero no impedido mental para hacerse cargo de sí mismo. Por esa razón le mencionó que sería mejor que él contratara un tutor.

La respuesta ante esa sugerencia, diez meses atrás, fue destrozarle la portátil y lanzarla a la basura. Consternada por ese primer exabrupto, algo que jamás había visto en Scott durante los años que tenían de conocerse, ella cortó la relación. No fue fácil ignorarlo, porque no solo eran amigos y compañeros de estudio, en casi todas las clases universitarias, sino que el círculo social que frecuentaban era muy similar.

Durante varios días, él le pidió perdón y le compró otra portátil, además de un nuevo móvil, para intentar reparar el daño. Le llevó ramos de rosas rojas y cajas de sus *cupcakes* favoritos a diario. El dinero no deslumbraba a Aurora ni tampoco la conmovía porque, a pesar de haber nacido en una familia acomodada, ella era sencilla y discreta. Así que consideró que Scott estaba siendo sincero y aceptó volver con él.

—Lamento mucho mi comportamiento —le había dicho, cabizbajo —. Tú, has sido mi amiga desde siempre y no quiero perderte. Por favor, Rory, no me dejes.

—Podemos ser amigos, pero no creo que estar juntos sea saludable…

—Por favor —había expresado tomándola de las manos—, no digas eso.

—¿Qué quieres que haga cuando te comportas como un energúmeno? —había preguntado a bocajarro—. No eres ya mi mejor amigo, aquel que me protegía cuando jugábamos en el parque para que no me diera de bruces o el que me defendía si otros niños se metían conmigo en la escuela. A veces, Scott, habría preferido que jamás se mezclaran los roles entre los dos. Creo que esto es todo para noso…

Él no la había dejado terminar. Agarrándola de la nuca, la besó. No lo hizo con fuerza ni dureza, sino con dulzura; quería que se diera cuenta de que estaba a salvo. Que no volvería a lastimarla. Ella se había dejado guiar por los aspectos positivos.

—Rory, prometo que nunca más volverá a ocurrir algo así —afirmó.

Ella tan solo lo había mirado un largo rato y luego asintió con lentitud.

No obstante, ese fue el inicio de un sinnúmero de exabruptos que parecían cada vez más frecuentes. Cuando Aurora se negaba a hacer algo que él le pedía, llegaban las ofensas verbales o los agarres físicos que dejaban huellas. En cada una de esas ocasiones, ella terminaba la relación y optaba por refugiarse entre sus amigos e ir de fiesta para olvidar esos episodios. Su mejor amiga, Kitty, le insistía en bloquearlo de su círculo social, dejarlo de una buena vez, e inclusive cambiarse de universidad.

—¡Es un idiota y abusivo, Rory! ¿Cómo es posible que permitas que te trate de este modo? Denúncialo —le había dicho Kitty—. Si no me hubiera dado cuenta del moratón que llevas en el cuello, ¿me habrías contado lo que está ocurriendo?

—No lo sé… —había susurrado Aurora, mientras bebían una copa de vino.

Ambas tenían la costumbre de quedar, luego de que empezaron la universidad, al menos una vez por semana en The Ledbury, un precioso lugar en Notting Hill.

—Hay muchas cosas que esperan a por nosotras para disfrutarlas. Tú, además, tienes pretendientes que sabrán tratarte mejor de lo que este tonto, pero no les das una oportunidad. No te entiendo. ¿Por qué siempre regresas con Scott? Es absurdo.

Aurora había soltado una exhalación y bebió un poco de vino tinto.

—Porque lo quiero, hemos vivido un montón de experiencias juntos y es mi mejor amigo, desde que tengo uso de razón, Kitty —

había replicado mirando a los ojos azules que conectaban, inquisitivos, con los suyos que eran del color de la miel.

—¿Mejor amigo? —había preguntado la rubia, riéndose con incredulidad—. Scott siente envidia de ti. Siempre lo he notado y te lo digo. Parecería ser que busca demostrar que es mejor que tú. Además, salvo que estés peleada con él, apenas te veo.

—Su dislexia lo frustra —había tratado de argumentar—. No es envidia. Él es muy inteligente. Al ver que otras personas logran resultados más rápido se agobia.

Kitty había elevado los brazos en señal de rendición.

—Nadie ha tratado de decir que es estúpido, al menos no intelectualmente, porque en el departamento de relaciones sentimentales y respeto es tan limpio como una cloaca. Tú, lo justificas y él no lo merece. Denúncialo, Rory, hazlo. ¿Acaso crees que mis estudios de psicología son inútiles? Scott no va a cambiar, sino que irá a peor —había expresado con preocupación, pero también enfado por cómo su mejor amiga era reacia a entender que lo que ocurría con Scott era deplorable—. Eso no es amor.

Aurora no había considerado denunciar a su novio, porque eso implicaría llamar la atención de la prensa, innecesariamente. Su padre tenía una carrera política en ascenso e impoluta. No quería mancharla con una denuncia que crearía un caos. Además, los Barclays eran también una familia prominente. Las personas de su círculo social no solían exponerse de ese modo, sino resolver los asuntos con discreción. Esto lo sabía muy bien Kitty, pues habían crecido bajo los mismos estándares de vida.

—Sé que él me quiere… —había susurrado, pero sus palabras le sonaron huecas—. Denunciarlo, bien sabes que sería ridículo. Sé que podemos resolverlo.

—Necesito que traigas de regreso a la Rory sensata y que no acepta mierdas de nadie. Porque, en verdad, la echo de menos. No quiero que te pase nada malo…

—Nada va a ocurrirme —había replicado—. Además, tienes razón, Kitty, nos vemos poco y he sido egoísta al respecto. Prometo que eso va a cambiar y trataré de dejar un espacio para divertirnos —había sonreído con sinceridad, cambiando el tema.

Kitty la había mirado con inquietud, pero solo hizo un asentimiento.

—Solo quiero que estés a salvo. Tú sabes que mi hermano mayor trabaja en Scotland Yard. Él puede conseguirte una orden de alejamiento sin levantar murmuraciones, y con rapidez —había dicho agarrándole la mano con cariño—. Brennan te considera en el mismo nivel que yo: una hermana. Por favor, llámalo.

—De acuerdo, lo contactaré —había dicho Aurora, pero nunca lo hizo.

Esa conversación sucedió seis meses atrás.

Scott, por supuesto, no había cambiado. De hecho, siempre encontraba los argumentos idóneos para convencerla de que estaba enamorado, que controlaría los exabruptos que solía tener ante ella y que estar juntos era lo más sensato. Quizá porque la conocía muy bien, y sabía cuáles eran sus debilidades, él encontraba la manera de manipular las reacciones de Aurora. La hacía pensar que estaba exagerando o siendo histérica y que no lo valoraba lo suficiente. Por eso, en el afán de mantener la relación en calma, Aurora accedió a la petición que le hizo Scott la semana anterior.

Ella aceptó pedirle a uno de sus amigos, hábil con los ordenadores, que robara el examen final de *Cirugía de tejidos blandos en animales pequeños* del servidor de la universidad. Había que estudiar veinte casos, pero solo uno estaría en la prueba. Scott le dijo a Aurora que prefería utilizar el tiempo para follar, en lugar de perderlo con hipótesis de estudios de las que solo una sería útil. Además, argumentó que el título veterinario para él era protocolario. Aurora se había cabreado, pero él solo se rio.

La intención de ella era tener su propia práctica médica. No quería que sus decisiones profesionales estuvieran condicionadas por

criterios de otros. Aparte de estudiar, Aurora colaboraba en un refugio de animales ocasionalmente y también en las oficinas satélites de *Sheldrick Wildlife Trust,* en Londres. La organización se dedicaba a la rehabilitación y rescate de elefantes huérfanos. Había un programa especial para visitar varias semanas la central de la empresa en Nairobi, pero antes era necesario ser veterinario. Este era uno de los sueños de Aurora: ayudar a elefantes en África.

Ella necesitaba tener acceso a su fortuna personal para realizar algunos planes, pero no podría hacerlo hasta cumplir veinticinco años. O, según lo que estipulaba el testamento de su abuelo, si se casaba antes. Pero ahora, con veintidós años, lo que menos deseaba era el matrimonio. Su prioridad era cumplir sus anhelos profesionales. No quería perder su libertad, aunque, considerando las circunstancias actuales que vivía con Scott, ya no sabía si era libre o si era esclava de su irreverente optimismo.

Pero sus sueños, en estos instantes al menos, eran lo de menos.

El dolor que sentía Aurora en el cuerpo era atroz. La supervivencia era la prioridad única. Lo que necesitaba era que Scott se calmara y la dejara de zarandear.

Él tenía las mejillas enrojecidas y respiraba con dificultad. A ella no le gustaba la mirada que le dedicaba. Parecía otra persona. No lo reconocía. El chico que siempre le había tendido la mano, compartido sueños mutuos y anécdotas, ya no estaba. «¿En qué instante, el Scott del que estaba enamorada se había desdibujado tanto?», se preguntó. Su naturaleza no le permitía el pesimismo o la derrota. Eso, probablemente, le había hecho una mala jugada en esta relación. A pesar de todos los intentos, ella sabía que ahora sería difícil continuar juntos. Necesitaba marcharse con desespero.

Quería regresar a Londres y resguardarse, hasta sentir que todo estaba bien. El equipo de limpieza y servicio se había marchado una hora atrás. Estaban a solas.

—¡Acabas de arruinar todo! —le gritó Scott, mientras agarraba el móvil y le enseñaba el email en el que le notificaban que había reprobado los módulos teóricos. Además de que tendría que

repetirlos el siguiente año académico—. Me dejaste a mi suerte, Rory, y ese tutor de mierda no ha sabido ayudarme de verdad. ¡Estos son los resultados de tu jodido egoísmo! Por tu culpa ahora me atrasaré en la carrera. Mis padres —dijo zarandeando los cabellos castaños con fuerza. Ella gritó—, van a decepcionarse de mí —le pateó las costillas—. ¿Cómo mierda crees que se verá en mi reputación el haber reprobado unos putos módulos, en lugar de mantener la excelencia que siempre ha precedido al apellido Barclays? ¿Eh? ¡Dueños de las mejores clínicas veterinarias del país y mecenas de la universidad! —exclamó fuera de sí.

Aurora elevó ambas manos, mientras se sostenía el costado. Le era difícil respirar. La patada fue tan fuerte que, estaba segura, tuvo que haber roto una costilla. La necesidad de llamar para pedir ayuda era urgente, pero no tenía el teléfono cerca.

—Por favor, no me lastimes más… Lo siento… No fue mi intención enfadarte… —dijo ella con la voz entrecortada, aunque no sabía por qué estaba pidiendo disculpas. Solo quería que él se calmara y dejara de atacarla. Él la instó a pararse. No lo hizo con gentileza. El movimiento consiguió que ella gritara.

Él la miró, mientras el pecho le subía y bajaba aceleradamente.

—Solo tenías que hacer un simple favor, Rory: ayudarme a estudiar. Pero preferiste dejarme estos meses a mi suerte. ¿Acaso fue para creerte mejor? —dijo él, despectivo—. Porque, déjame decirte: no lo eres en absoluto. Siempre intentas sobresalir, llamar la atención y ser la mujer ejemplar para las actividades políticas de tu padre. ¿Sabe el gran Vicealcalde de Transporte de la ciudad que su hija ha estado posando para la cámara de una web de lencería? —preguntó sonriendo malicioso.

Aurora sollozó. Le dolía que él supiera sus debilidades y anhelos, y que los usara para amedrentarla. Sí, ella había aceptado posar para unas fotografías de una marca danesa de gran prestigio, *Smuk*. No se trataba de algo vulgar como él estaba tratando de retratarlo. Su rostro no era visible ni identificable, a menos que la conocieran de toda la vida y notaran la pequeña peca justo sobre el labio superior.

Su padre consideraba que la carrera veterinaria no impulsaba el apellido Sterling. Por eso, aunque nunca le pidió que estudiara algo diferente y apoyaba su decisión, tampoco hacía donaciones para las causas que ella necesitaba. Esa fue la motivación para que Aurora aceptara la propuesta económica de *Smuk* y se dejara fotografiar. La empresa estaba en contra de la crueldad animal. Lo cual era magnífico. Las fotos no eran recurrentes y ella había descubierto que le divertía el proceso.

Además, se sentía hermosa bajo el lente y al ver los resultados finales.

Ella había aumentado un par de kilos, porque la comida se convirtió en un refugio cuando estaba ansiosa. Él empezó a utilizar también el tópico del peso para criticarla e inclusive hacerla pensar que solo él podría desearla con sus curvas pronunciadas. Aurora empezó a usar ropas más holgadas y también colores opacos.

—Scott, sabes bien que no me lucro para cubrir mis caprichos, porque no lo necesito, sino para causas nobles… —replicó con la voz entrecortada. Le agarró con fuerza la muñeca para intentar que él dejara de halarle el cabello—. Hice… Hice lo que me pediste: conseguir el examen de *Cirugía de tejidos blandos en animales pequeños* —susurró tratando de mantener el resuello—. Al final, yo no tengo la culpa de que tú…

Él volvió a patearla, luego la agarró en volandas y la lanzó sobre el colchón.

—¡El doctor Morris lo cambió, pedazo de idiota! Te dije que tenías que ser precavida y decirle a tu amigo que se cerciorara, hasta el último momento —exclamó—. He perdido toda la jodida mañana y tarde, contigo, analizando algo que no servirá de nada. Ahora tendré que estudiar todo de nuevo. Aparte me llega esta notificación de que tendré que repetir algunas asignaturas, ¿estás contenta ahora? ¿Te sientes mejor contigo misma de que yo fracase, pero tú sales airosa? —preguntó.

Ella hizo una negación suave. Le dolía el cuero cabelludo por el maltrato.

—Mi amigo, David, me envió la nueva prueba y es la que acabo de darte. Solo tomará unas horas revisarlo… Saldrás bien en el examen del martes —dijo tratando de apaciguarlo. No quería que perdiera el control. Pensó en Kitty y en lo que le había dicho en aquella conversación: Scott solo iría a peor. Pero no la quiso escuchar y ahora, lastimosamente, parecía demasiado tarde—. Te ayudaré de nuevo, ¿vale?

Aurora habló con David sintiéndose éticamente mal, pero consciente de que pedirle que robara el examen del servidor garantizaría que su relación con Scott estaría en calma. Que él estaría feliz. No era su culpa que el doctor hubiera decidido cambiar el caso del examen o que Scott tuviera que estudiar nuevamente. «¿Acaso no contaba para nada que su amigo hubiera revisado y encontrado la prueba actualizada? Dios».

—No quiero tu compasión —zanjó él—. Siempre optimista, con una sonrisa, la primera de clase y a la que todos los hombres quieren follar —dijo con fastidio.

—Scott, no me interesan los demás, te lo he dicho —farfulló llorando.

—Entonces me lo vas a demostrar, ¿verdad? —preguntó retóricamente.

Aurora lo miró con terror, mientras él se quitaba los zapatos y el cinturón. Scott poseía músculos definidos debido a su práctica regular de Rugby, así como el entrenamiento en el gimnasio. Tenía la misma edad que Aurora. Ella no quería creer las intenciones que leía en la mirada del chico en el que siempre confió. No obstante, él se había convertido en su tormento y, ahora comprendía, su mayor equivocación. Aurora intentó salir de la cama, Scott se lo impidió. Esta vez, la aplastó con su cuerpo.

Ella sentía el corazón palpitándole con rapidez. Gritó que la soltara.

—Por favor, no. Scott, no hagas esto, por favor —suplicó. Pero el resto de sus palabras se las tragó un beso castigador, que no tenía

pasión, sino envidia, celos, resentimiento, un toque de locura y una alta dosis de un descontrol peligroso.

Él le arrancó la blusa y bajó la cabeza para morderle con dureza un pezón sobre la tela del sujetador. Aurora no iba a convertirse en una víctima de otra circunstancia de violencia que, aunque no era mejor o peor que un golpe, sí la devastaría para siempre de una manera que no creía que podría recuperarse. Decidió luchar con todas sus fuerzas. Scott la manoseó como si estuviera tratando a una furcia: sin emoción, cruda y cruelmente. Aurora optó por ejecutar otra táctica, porque la fuerza de la lucha mutua solo estaba generando que él, al parecer, se excitara más y se volviese más salvaje en sus actos. Este era un comportamiento atípico e infundía terror en ella.

Por unos segundos dejó de luchar contra él. Scott la insultó y terminó de arrancarle el sujetador. Le subió la falda con la intención de arrancarle las bragas.

—Te gusta cuando soy rudo, ¿lo recuerdas? Pues vas a demostrar que solo tienes ojos para mí, que solo yo te importo y no vas a abandonarme, Rory.

Ella temblaba y se sentía expuesta, mas no físicamente. Todo lo bueno que sentía en la vida parecía estar devolviéndose en forma de abrojos contra sí misma. No sabía en qué punto todo se torció. Había leído algunas historias sobre esta clase de situaciones, pero, hasta hoy, jamás quiso aceptar que estaba viviendo una de ellas.

—Entiendo… —dijo entre lágrimas, esperando la oportunidad para moverse con rapidez. Sabía que contaba con un tiempo cortísimo, antes de lo inevitable.

Solo bastó un descuido de Scott, leve, y ella le dio una fuerte patada en los testículos. Ante la sorpresa, él aulló de dolor y se trató de proteger por instinto. Aurora aprovechó ese instante para agarrar el cenicero que estaba en la mesilla de noche. Un vicio de Scott era el cigarrillo o la marihuana. Pero no los había consumido hoy.

Con toda la fuerza de la que era capaz lo golpeó en la sien, en el punto exacto en el que se encontraba el hueso temporal. No le importaban las consecuencias, que podía incluir una hemorragia interna, porque esto era defensa propia. Así que salió de la cama, mientras él gritaba de dolor y se sostenía la cabeza. Ella agarró sus pocas pertenencias e hizo la maleta con una rapidez que jamás había puesto en práctica.

—¡Joder…! —aulló Scott agarrándose la cabeza—. Rory… Rory… ¡Maldita seas! Ven aquí o llama un médico… Por favor, Rory, lo siento. Nena… Dios.

—Adiós… —susurró ella, llorando y con la ropa desarreglada. No gastó segundos buscando una blusa, sino que tomó un abrigo. Aurora había impedido una marca más dolorosa que la que ya llevaba a cuestas, pero eso no iba a borrar cuán traicionada y violentada se sentía. Estaba temblorosa. Salió a toda prisa de la mansión.

Agarró las llaves del coche. Una vez dentro condujo varias cuadras, como si necesitara asegurarse de que Scott, aunque era imposible en el estado en el que lo dejó, no la seguía. Ella decidió que se cambiaría de universidad, homologaría las asignaturas y terminaría la carrera en otra institución. Aceptaría, finalmente, los guardaespaldas que siempre insistía su padre que tuviera alrededor. Al menos, durante un tiempo.

Cuando estuvo lo suficientemente lejos llamó a la persona a quien debió pedir ayuda tiempo atrás. Brennan siempre fue protector con Kitty y ella, quizá porque les llevaba cuatro años de diferencia en edad. Al escuchar la voz masculina del otro lado de la línea, segura y amable, Aurora rompió en llanto. Él la escuchó balbucear las explicaciones, entre sollozos y consternación combinados. Brennan la calmó con paciencia y le pidió que dejara el coche en donde estaba y que él arreglaría con sus colegas que lo regresaran a Londres. Después, le pidió que se registrara en un hotel, pero que antes era preciso hacer una denuncia contra Scott para que no

volviese a acercarse a ella. Le recordó que era importante dejar un precedente ante el hecho.

—Brennan, no puedo hacerle eso… —sollozó—. Ni siquiera sé si está bien…

—Lo más probable es que ese golpe lo haya dejado mal herido, pero no muerto, como debería estar por lo que acaba de hacerte —replicó el hombre en tono gentil. No quería agobiarla, aunque tampoco iba a mostrarse indulgente con Scott Barclays. Si en lugar de Rory hubiera sido Kitty, él no habría actuado de manera diferente —. Voy a enviar una ambulancia a la casa de Barclays. Dame la dirección.

Ella se la dictó con rapidez, aliviada de que Scott recibiera ayuda. Debería odiarlo, pero sus emociones estaban demasiado confusas. Su corazón, golpeado.

—Brennan, estoy a dos horas de Londres… —murmuró.

—Mañana temprano iré a Cotswolds —dijo—. Avísame el nombre del hotel en el que vas a registrarte, así le pediré a mis colegas de la zona que no dejen entrar a Scott. Esto, en el caso de que empiece a buscarte en los alrededores. Aunque no creo que se atreva. Rory, en ninguna circunstancia lo contactes. ¿Lo puedes prometer?

Aurora estaba aturdida, angustiada y también, aunque le enfadaba sentir esta última sensación, preocupada. Un impulso necio la instaba a querer regresar a la casa para cerciorarse de que Scott estuviera bien. Inclusive disculparse por haberlo golpeado. «¿Acaso no soy idiota?», se preguntó, mientras contemplaba las marcas de los dedos alrededor de su cuello, en el espejo retrovisor. Su piel era blanca y cualquier presión fuerte la marcaba. Lo que hizo él fue lastimarla. Necesitaba ir a un doctor. Su labio inferior estaba hinchado y también empezaba a notarse los golpes en la cara.

—Sí… No sé qué va a pasar de ahora en adelante… Tengo miedo —susurró.

—Me encargaré de tu protección y la parte policial. Cuando vayas a la estación de esa área, un equipo médico va a estar esperándote.

Tú, solo procura intentar serenarte —comentó. Aunque su familia era multimillonaria, Brennan disfrutaba de esos millones mejorando los recursos de Scotland Yard. La profesión que ejercía le gustaba más que ser CEO—. Te enviaré un abogado para que pueda asesorarte. Conozco a un par que viven en esa área y son amigos de mi familia. ¿Conforme?

Ella sollozó y se limpió las lágrimas con el dorso de la mano libre.

—No sé cómo agradecerte…—dijo apretando el teléfono y cerrando los ojos.

—Eres parte de la familia. Te conozco de toda la vida. No me agradezcas.

—Kitty…

—Mi hermana tendrá que respetar si quieres o no hablarle de este episodio. Pero ella te quiere mucho, Rory. Intenta darle un espacio cuando estés lista.

Aurora soltó una leve exhalación. Aunque él no podía verla, asintió.

—Brennan, ¿habrá que ir a juicio si hago una denuncia por intento de violación contra Scott y por maltrato? —preguntó en un hilillo de voz. Si hubiera estado en un sitio ruidoso, en lugar del interior del BMW, él no la habría escuchado—. Mi familia…

—Entiendo las repercusiones —replicó él—. Primero, tienes que estar a salvo.

—Me las puedo apañar —susurró.

—Todo estará bien, Rory —dijo en tono de voz firme.

—Eso espero… —murmuró, dudosa, y cerró la llamada.

CAPÍTULO 1

Las gotas de la furiosa tormenta golpeaban contra los ventanales de la mansión de estilo eduardiano. Dominic era ajeno a todo ello, porque su atención se mantenía en su consistente agarre alrededor de los cabellos ondulados de Elin. La escort estaba de rodillas chupándole el miembro erecto con ávido entusiasmo. Ella trataba de que el reflejo en la garganta, al tomarlo profundamente, no le impidiese respirar. Como consecuencia del esfuerzo algunas lágrimas se escapaban de sus ojos. La rubia tenía las muñecas atadas detrás de la espalda y mantenía el equilibrio con su propio peso.

—¿Vas a follarme? —preguntó apartando un poco la boca del miembro. Un cliente con el rostro y atractivo físico de Dominic no era común. Ella sabía que su contrato era para proveer placer, mas no recibirlo, pero no podía dejar pasar la oportunidad—. Me gustaría mucho sentirte abriéndote paso en mi sexo con rudeza.

La respuesta de Dominic fue agarrarle con más fuerza el cabello.

—Solo tienes un trabajo y no consiste en hacer preguntas —zanjó la voz profunda y masculina—. Puedes guardar tus peticiones cuando contrates un gigoló.

—Omph… —murmuró cuando él le retorció un pezón con dureza.

No fue un gesto de deseo, sino autoritario. Ella asintió y regresó a la faena.

Dominic podía tener a la mujer que deseara en su cama. Las ofertas sexuales, sutiles y otras no tanto, nunca faltaban. Pero la llamada a la agencia de escorts tenía que ver con mantener el control y ejercerlo. Él no dejaba nada a la suerte o al estúpido concepto de "destino". Con una prostituta, cuya presencia era la excepción y no la regla, no tenía que perder el tiempo en

conversaciones o contemplar sutilezas. Las normas las establecía él, en un contrato claro y marcado siempre por el desapego.

Necesitaba dominar inclusive el intercambio más básico y volátil como lo era el sexo. Dejarse llevar por el abandono de las emociones era inaceptable, porque en las pocas ocasiones en que se obligó a soltar el control, el caos invadió su existencia. Las consecuencias, así como los recuerdos al respecto, aún lo acechaban en su conciencia. Así que prefería no crear vínculos con el sexo opuesto. Las mujeres con las que ligaba en algún viaje de negocios eran idóneas: no conectaba más allá del nivel físico, no volvía a verlas y tampoco se preocupaba por detalles de sus existencias.

Él había visto los resultados de su propia estupidez cuando la única mujer que logró capturar su atención, durante más tiempo que ninguna otra, optó por marcharse. Esto ocurrió tres años atrás. Vespery era un capítulo del que Dominic prefería desentenderse. No cometía el mismo error dos veces. Lección aprendida. Por eso había retomado sus hábitos regulares, aquellos que mantenían su rutina inalterable. Solo buscaba cuerpos cálidos de una noche y que se plegaran a sus demandas físicas.

El control era indispensable, no solo en su vida privada, sino en los negocios.

En un mundo de tiburones corporativos, aquel en el que él se movía con depredadora fluidez y malicia, las debilidades eran el equivalente a dejar un rastro de sangre para ser atacado. Él era meticuloso en la preparación de sus negocios y elegía personalmente, bajo estrictos parámetros, a sus colaboradores de más alto rango. Estos últimos seguían sus órdenes a rajatabla y lidiaban con las minucias de lo cotidiano. Dominic prefería enfocarse en lo importante. Además de ser el CEO de Langford Creations, la empresa familiar de textiles y cosméticos con mejor valoración del Reino Unido, España y Francia, contaba con un lucrativo portafolio personal de bienes raíces. Negociaba la compra de viejas mansiones victorianas para reformarlas. Las vendía a instituciones que quisieran preservarlas o si no las convertía en hoteles.

El estado de destrucción, en el que sus agentes solían encontrar estas propiedades, fascinaba a Dominic, porque detrás de cada estructura existía una historia sombría. Tal como la suya. Pero, a diferencia de esas edificaciones, para él no había una manera de reformar su interior, menos de borrar las púas invisibles que se mantenían clavadas en su conciencia. Él estaba buscando la pieza del rompecabezas de su pasado, no solo porque era preciso para suturar las heridas de estelas invisibles que permanecían abiertas, sino para arruinar a los responsables. No iba a detenerse.

Años atrás, su familia no tuvo el alcance para iniciar las pesquisas necesarias, porque la empresa entró en una profunda crisis. Los problemas legales no cesaron de llegar, la influencia de su apellido decreció y la reputación quedó en escombros. Les cerraron las puertas y obstaculizaron cualquier proceso personal que tuvieran en curso. El director de finanzas de aquella época había creado compañías fantasmas y usó como tapadera para sus gestiones a Langford Creations. Los desfalcos a proveedores y clientes fueron brutales. Dominic apenas era un niño. Cuando su padre logró recuperar el brillo de la empresa, algo que tomó un par de años, ya había pasado demasiado tiempo y la data para esclarecer la tragedia familiar no estaba disponible.

El paso del tiempo les había jugado en contra.

Ahora contaba tan solo con una tenue sospecha, amparada en la fotografía de un reportaje periodístico, y utilizaría ese pequeño indicio para tirar de la punta que podría desentrañar una madeja de respuestas. Por ese motivo asistiría, esta noche, a la fiesta de recaudación de fondos para la campaña política de Bruce Sterling a la alcaldía de Londres. Lo anterior no le agradaba en absoluto, porque Dominic nunca había tenido respeto por la clase política. Pero, desde que leyó el artículo en The Guardian sobre Sterling, supo que sería la ocasión idónea para tener una aproximación. Así que empleó parte del tiempo trazando un plan y buscando pruebas que le dieran ventaja.

Dominic no era un hombre sociable y su presencia solía provocar temor y respeto, en lugar de confort y sonrisas fáciles. Esto, le importaba una mierda. Él no dudaba al momento de tomar decisiones drásticas o demoler a su competencia. El título de empresario "cruel", "sin compasión" o "desalmado", le parecía un halago. Si resultaba conveniente, para sus alianzas como CEO, podía ser un gran mediador.

En esta ocasión, lo que estaba iniciando era una cacería sigilosa.

Quería corroborar si aquello que consideraba una pista, sobre su pasado, tenía más aristas de las que aparentaba. Una fotografía podría lucir inocente ante los ojos de cualquier lector, pero no para uno que identificaba elementos que resonaban con su vida personal de una manera incómoda. Como él. Por eso, el asistir al jodido evento serviría para hacer una primera aproximación. Luego jugaría la partida con el haz que tenía bajo la manga. Pero, antes de salir de su casa, Dominic precisaba calibrar sus impulsos. Así que la parte más importante era reafirmar su alta capacidad de autocontrol.

Lo anterior explicaba las ataduras que mantenían inmovilizadas las muñecas y tobillos de Elin, mientras ella continuaba de rodillas recorriéndole el miembro con goloso entusiasmo. Las limitaciones incrementaban la sensación de dominio en Dominic y lograban crear un punto alto de necesidad sexual en sus acompañantes. Él no practicaba sadomasoquismo. La parte que de verdad le importaba, al utilizar la restricción, consistía en decidir cómo y cuándo se corría su amante. Elin no era más que un punto de desahogo y un ejercicio calculado para reafirmar el dominio de sí, ante una situación próxima de inminente tensión. No le pagaba para que disfrutara.

Otros métodos de desfogue no estaban disponibles. Su gimnasio privado estaba en remodelación y su club de equitación quedaba a dos horas de distancia, así que la vía más obvia para aliviarse era el sexo. Él era un hombre de sangre caliente y esta se agitaba con un buen culo, unas tetas generosas y una boca que supiera cómo rodearlo completo. Esta vez no buscaba el clímax, sino comprobar su autodominio.

A las mujeres que se llevaba a la cama no les importaba si él no las miraba a los ojos al follarlas o si, en muchas ocasiones, las tomaba desde atrás para hacer de cuenta que no existían. El atractivo físico, la virilidad y el aura de poder que exudaba Dominic, mezclado con indiferente arrogancia, era suficiente al parecer para ellas.

—Agarra mi pene con ambas manos firmemente —ordenó después de quitarle la cuerda de cuero de las muñecas—. Si pierdes el equilibrio, no voy a ayudarte.

Ella tragó saliva y también las gotas de líquido preseminal. No podría contarles a sus compañeras de la agencia sobre el semental que estaba ante sí o perdería el empleo por romper la cláusula de confidencialidad. Los millonarios que la contrataban regularmente tenían fetiches, pero con ellos fingía estar excitada. Con Dominic, no.

—¿Así…? —murmuró, luego de obedecer, y mirándolo con deseo inequívoco.

Él se impulsó más profundo en esa garganta para callarla. Cuando estuvo a punto de correrse, sin darle opción a Elin de reaccionar, Dominic simplemente se apartó. Desconcertada, ella estuvo a punto de darse de bruces, pero logró apoyarse con las palmas de las manos. Quedó en cuatro y lo miró por sobre el hombro, confusa. Creía que estaba haciendo bien su trabajo, pues era la mejor escort de *Black Desires.*

—Desata tus tobillos. —Ella lo hizo—. Ya sabes cómo salir de aquí —dijo él sin molestarse en dar explicaciones, porque jamás las ofrecía a nadie. Con expresión indiferente, subiéndose los pantalones y dejando la camisa sin abotonar, Dominic abrió la puerta de la sala—. La propina por tus servicios ya se transfirió. Eso es todo.

La mujer lo miró agitada. Él, en cambio, parecía haber terminado una charla impersonal, en lugar de una sesión intensa de sexo oral con una scort sensual y guapa.

—Pero… —farfulló, atónita, mientras se incorporaba de la alfombra.

Dominic no miró atrás, porque no tenía motivos para hacerlo.

Subió a su habitación y se dio una ducha rápida. Estaba conforme por no haber sucumbido a las ganas de eyacular en la boca de la mujer. Pero no se privó de aliviar su dolorido miembro, con su propia mano, bajo el agua caliente de la ducha. Esta era su recompensa. La sensación no era la misma que penetrar un coño mojado. Pero en este momento eso era irrelevante, porque tuvo claro el propósito de este encuentro.

Contaba dos meses desde que folló por última vez. Su agenda estaba copada de reuniones y su mente tenía enfoque en hacer alianzas en los mercados textiles de Italia. Dominic viajaba con frecuencia para atender reuniones fuera o dentro de Inglaterra o aceptar premios para Langford Creations. En los intervalos que tenía libres, que no eran tantos, buscaba la oportunidad para desahogarse sexualmente. Sin embargo, cuando follaba lo hacía bajo sus reglas: un lugar que él eligiera, jamás en su cama; no amanecía con sus amantes y no iba a sus casas. No creaba vínculos.

Dominic aprendió que no estaba diseñado para acercamientos demasiado personales o para ahondar en ese pantanoso mundo de las emociones. La única ocasión en la que intentó salir de su zona de confort todo se torció. Así que optó por relacionarse en una forma que no creara lazos cercanos. Además, su coeficiente intelectual era de 143 en la escala de Stanford-Binet, muy superior a la media. Una mujer hermosa calentaba su cama, pero no servía para picar su curiosidad. Al no existir ese equilibrio entre mente y cuerpo, Dominic encontraba mucho más fácil evitar conectar con ellas. Se convertían en estímulos lascivos con fecha de caducidad.

Él prefería marcar una diferencia entre sus asuntos privados y los corporativos.

Lo anterior incluía rechazar las opiniones de su padre sobre la necesidad de que tuviera descendencia, por el bien de la continuidad de la empresa. De hecho, Dominic encontraba aborrecible la última

conversación que tuvieron. No porque fuese la primera vez que hubiera escuchado ese discurso, sino porque la amenaza que dejó Owen no era solo un capricho. De hecho, estaba sustentada en el estatuto de la empresa, lo cual convertía la exigencia de su padre en un asunto serio y justificado.

Según la cláusula de sucesión hereditaria del reglamento de la compañía, la continuación del liderazgo era generacional: pasaba de un primogénito a otro. Esto lo hizo Owen Langford con Dominic, cuatro años atrás, cuando se retiró como CEO.

—Te dedicas a aniquilar a la competencia, lo cual es fantástico, pero no hay ninguna mujer que lleve tu anillo. Esta es una empresa valorada en mil doscientos millones de libras esterlinas y tiene seis mil empleados, así que se necesita que el CEO forme una familia a la cual cedérsela —le había dicho Owen en un tono solemne a su hijo en esa reunión al final de la tarde—. Mis dos hermanas no pueden entregar la presidencia de esta compañía a sus hijos, a menos que yo decida removerte del cargo y escribir un documento que le ceda a uno de tus cuatro primos la posición.

Dominic lo había observado, sin emoción, enarcando una ceja. Procuró que los cuatro bolígrafos Montblanc sobre su escritorio mantuvieran la misma distancia entre sí, así como también que la posición de su silla estuviera bien alineada. El orden era extremadamente importante para que él pudiera mantener su espacio a gusto.

—Entiendo la cláusula de sucesión, padre —había respondido con indiferencia—, pero tengo treinta y cuatro años, no setenta. Reproducirme es un asunto que resolveré cuando crea oportuno, porque, ¿qué clase de empresa dejaré en herencia si me dedico, en mis años más productivos, a idioteces como procrear?

Owen había dado un puñetazo sobre el escritorio de Dominic, pero este, como era habitual, tan solo observó la reacción sin inmutarse y reacomodó los bolígrafos.

—¡Está legalmente estipulado que la sucesión es necesaria! —había dicho el hombre de ojos celestes—. Tus primos han tomado

caminos diferentes en la profesión. Pero Clayton está dando grandes resultados en esta compañía como vicepresidente financiero. Me manifestó que está interesado en asumir una posición de más responsabilidad. Además, ya tiene dos hijos y un tercero en camino.

Dominic había sonreído de medio lado.

—He visto los dos pequeños demonios que tiene, padre, y eso no implica que yo tenga interés en sumarme a esa clase de sin sentido. El hecho de que Clayton quiera ascender en la empresa no implica que lo merezca —había replicado Dominic.

Él había trabajado arduamente para asumir el cargo que le correspondía. Su primo, Clayton, era campeón para decir naderías y desplegar su verborrea en eventos empresariales, a diferencia de Dominic que prefería ser breve y eficiente en su gestión.

—Que tu capacidad de resolución sea ágil, así como tu eficiencia para asumir cambios, no implica que los importantes resultados que ofrece Clayton sean menores.

—¿Qué es lo que quieres decirme con todo esto, padre?

—Quiero un nieto. Un heredero para esta compañía familiar.

A pesar de su retiro como CEO de la empresa familiar, Owen continuaba siendo integrante de la junta directiva. Su voto mantenía un gran peso en las decisiones. El asunto de la descendencia era un tema importante para el anciano.

—No —había zanjado en tono serio—. Los abogados pueden encargarse de manejar el asunto del estatuto, así como la junta directiva. Puedo liderar esta empresa y cuando esté listo prepararé a un sucesor adecuado. Clayton, te aseguro, no lo es.

Owen, con su cuerpo robusto y barba blanca, lo había mirado furioso.

—Esta no es una negociación, Dominic, como las que habitúas llevar a cabo —había expresado—. La compañía necesita continuidad, por ende, un CEO que afiance esa percepción importante con el ejemplo: una familia e hijos. En lugar de eso, tú,

alejas a los periodistas y los haces quedar mal cuando te hacen preguntas. Tu expresión en las fotografías es de arrogancia no de cercanía, joder —había dicho con exasperación—. Te retratan como un ogro y eso perjudica la marca Langford.

—Si los periodistas están mal preparados es un problema de sus editores, no mío —había replicado reacomodando los elementos en su escritorio que, con los exabruptos de Owen o puñetazos sobre el vidrio, se movían—. Si no fuera por mi gestión, los integrantes de la junta directiva de esta empresa estarían consumiendo sus modestas fortunas, en lugar de incrementarlas. Algo que, gracias a mí, ahora hacen. ¿Qué importancia tiene cómo conduzco la vida social, si los números son elocuentes?

El anciano se había pasado la mano sobre el rostro.

—Dominic, no puedes continuar yendo a los eventos que auspiciamos con mujeres incapaces de mostrar calidez o sonreír. ¡Vendemos artículos de lujo para mujeres cálidas, independientes y profesionales! Tus acompañantes no las representan. Lo que haces socialmente no tiene coherencia con los valores de marca.

La oficina tenía vidrios que podían polarizarse para dar privacidad. Pero en esta conversación no había sido necesario. Aunque sus voces eran fuertes, el inmenso despacho estaba ubicado en un largo pasillo alejado de otros. El acceso era restringido.

—He traído a esta compañía un incremento mensual del 1%, lo que se traduce en doce veces ese número al final del año. Tú, cuando eras CEO, lograbas la mitad. He conseguido expandir la línea de distribución cosmética en un mercado tan competitivo como Francia, además de llegar a los países escandinavos para realizar alianzas exitosas con la otra parte del negocio: las telas de alta gama —había comentado—. Nuestra reputación es la mejor en la industria, así como nuestros aliados. Sin embargo, se fijan si tengo o no una mujer del brazo que represente los estándares estúpidos y aspiracionales sin sentido. Los números son los que valen.

Owen se había incorporado de la silla y apuntado a Dominic con el dedo.

—Tu madre está preocupada por ti. Ella considera que tu tendencia individualista te aislará, con el tiempo, más que ahora. En especial cuando no estemos vivos. No quiere que te quedes solo —había expresado. Su esposa, Lavina, era muy distinta a los dos: encantadora, sonriente y creativa. Ella había sido la razón de que Owen hubiese abierto una línea de diseño de modas. Solo se realizaba una exclusiva colección al año y el acceso era para boutiques muy selectas—. Esta exigencia que te hago, que continúes la tradición familiar, no hubiera ocurrido si tu hermano…

—Padre —había interrumpido, pero su tono fue menos ácido e imperceptiblemente tintado de culpabilidad—, no vamos a mencionar a Jenk en este asunto. La vida es lo que tenemos ahora, aunque puedo asegurarte de que encontraré las respuestas a lo ocurrido. Por otra parte, el proyecto Lyon requiere mi atención. Los hijos son un accesorio molesto. Así que tengo mi agenda bastante ocupada.

Owen había soltado una exhalación.

—Aunque no fuimos los mejores padres, jamás te consideramos ni a ti ni a tu hermano como un accesorio —había replicado—. Sobre el proyecto Lyon: estás en la mira de los defensores de animales, Dominic, desde que decidiste mandarlos a la mierda, porque te cuestionaron que esta empresa se reuniera con los representantes de varias granjas señaladas por la crueldad con las ovejas. ¡Usa la empatía, joder!

—Es innecesaria para los negocios. No tengo que justificarme ante ningún grupo defensor de animales. El proyecto Lyon es el más ambicioso que se ha planteado Langford Creations y no puedo dejar de hablar con potenciales proveedores, los contrate o no, porque unos idiotas deciden crear un caos sobre presunciones falsas —había dicho. Esos colectivos ridículos acusaban sin pruebas.

Owen sabía que los permisos para abrir una nueva fábrica en Enfield, al norte de Londres, estaban detenidos por las modificaciones a ley del sector textil. Su hijo quería realizar una expansión, parte del proyecto Lyon, pero las trabas eran continuas.

—La necesidad de que haya un heredero para la próxima generación de esta familia es real —había replicado Owen—. Si antes de la próxima junta semestral del directorio no hay noticias de una mujer que esté a la espera de tu primer hijo, entonces el punto principal de la agenda será dividir la empresa en dos grupos. Dos CEO. La parte cosmética será tu completa responsabilidad. La fábrica de textiles tendrá un consejero delegado externo o entrenaremos a tu primo, Clayton, que es el más interesado en ascender y ha hecho méritos —había dicho Owen, consciente de que esta posibilidad era casi ofensiva para Dominic—. ¿He sido claro en mi decisión?

Dominic se había incorporado de la silla y observado en silencio a su padre. Estaba muy cabreado, aunque su rostro seguía impasible. Esta era su maldita herencia.

—Estarías arruinando tu propia empresa, perdiendo tiempo y dinero, si la divides y la cedes a otra persona que, a diferencia de mí, no conoce al dedillo los entresijos de Langford Creations. Todo por un absurdo e innecesario motivo.

—No fue esa mi pregunta —había zanjado Owen, estoico.

—Tu mensaje ha sido claro —había respondido ante lo que juzgaba como un sin sentido. Aquella noche, al salir de la oficina, había pasado tres horas en el gimnasio.

Esa conversación caló profundo, negativamente, en Dominic.

Él comprendía la situación de tener hijos como una transacción de negocios, pero bajo sus estipulaciones. La circunstancia la asumía como un asunto profesional. El objetivo era cumplir el jodido estatuto y afianzar su posición de CEO. Punto. Cederle la parte textil a otra persona, preparada o no, le parecía ridículo. Además de que esta sección del negocio resultaba más estimulante que los productos cosméticos.

Dominic eligió tres candidatas para el puesto de madre de sus hijos. Ya había conversado con dos de ellas. Las descartó. Le quedaba una y la vería dentro de unos días. Se trataba de Clarice,

una reconocida cirujana con la que se había acostado alguna vez. Que no le gustara repetir, no implicaba que elegiría a alguien con quien no hubiera tenido química o que tuviera intención de follar una lista de mujeres para encontrarla. Además, el contrato que tenía en mente no contemplaba pasar tiempo con ellas.

Pero esta noche, su mente estaba enfocada en la mansión del sector de Barnes, en donde se llevaría a cabo la fiesta. Él tenía dos opciones: si certificaba que Sterling podría aportar datos a las lagunas de su pasado, entonces sería menos agresivo y evitaría utilizar los documentos que tenía en su contra, hasta que fuese necesario. Si la fotografía era tan solo una cruel coincidencia, Dominic emplearía esos archivos que había recabado contra Sterling y lo obligaría, inmediatamente, a cesar las modificaciones que estaba haciendo desde el Parlamento a la ley de transparencia y sostenibilidad textil. Lo anterior estaba perjudicando a la industria. A él. Si se aprobaban más cambios subirían muchísimo los costos empresariales al exigirse nuevas certificaciones de sostenibilidad y la restructura de la cadena de suministros.

El sonido del móvil lo sacó de sus pensamientos.

Dominic deslizó el dedo sobre la pantalla digital y dejó el altavoz.

—Creía que a estas horas de la noche estarías viajando con Brenda —dijo a modo de saludo, en referencia a la esposa de Cédric —. ¿Cancelaron el aniversario?

La risa de su mejor amigo resonó desde el otro lado del aparato.

—En la vida de casado, los aniversarios y fechas, en general, son un punto no negociable. Además, necesito este tiempo fuera de Londres con ella —dijo riéndose —. Me costó mucho trabajo que aceptara que mis intenciones eran serias, así que echarlo a perder por algo que puedo apuntar en el calendario sería estúpido.

—Ahora entiendes mi renuencia a casarme —replicó con acidez.

—Considerando que es bajo coacción —se rio—, no lo dudo. La vida podría sorprenderte, Dom, y la cirujana que me mencionaste es el amor de tu vida —dijo llamándolo con el apodo que usaban en el

selecto círculo íntimo de ambos. Casi todos eran compañeros de Eton. Entre los dos amigos, Cédric Gallore era el más espontáneo—. ¿Crees que ella acepte la propuesta? —preguntó, mientras bebía whiskey. Él era su propio jefe, tenía una empresa de tecnología digital, y se encargaba de desarrollar videojuegos de experiencias multijugador en línea. Estilo *Call of Duty*.

—Considerando que son varios millones de libras y un divorcio lucrativo, sí —replicó ajustándose el Patek Philippe de oro blanco en la muñeca. Su padre no había estipulado un tiempo de duración del matrimonio, así que utilizaría esa falta de precisión para maniobrar a su conveniencia—. ¿Confirmaste la información que te pedí? —preguntó, mientras agarraba la corbata y se hacía rápidamente el nudo.

A diferencia de Dominic, Cédric y su esposa sí disfrutaban de la vida social. Lo hacían siempre que su hija pequeña pudiera quedarse en casa de los abuelos.

—Claro —dijo mirando la ciudad desde su penthouse en Kensington—, ese es el motivo de mi llamada. Aurora Sterling asistirá a la fiesta. Me lo comentó Samuel.

—¿Quién mierda es ese? —preguntó ajustándose los gemelos.

Él había visto algunas fotografías de la mujer, pero estas parecían ser de años atrás. Luego leyó que ella parecía preferir más la veterinaria que vincularse a eventos políticos. Quizá, pensó Dominic, esa era la razón de las fotos antiguas en la prensa. Pero al verla, la mujer no le causó ningún impacto. Pocas lograban ese efecto en él

—El organizador de los eventos políticos de Bruce. Su hijo es fan de los videojuegos que hace mi empresa, así que nos hemos visto varias ocasiones en diferentes conferencias de tecnología —dijo Cédric—. La única hija de Sterling está saliendo con el propietario de un famoso establo en el que se entrenan y crían caballos purasangres, además, ofrecen clases de hípica. El lugar tiene buena reputación y se llama Diamond Race. El apoyo financiero de la familia McLean a la campaña es muy lucrativo —replicó ceñudo—. ¿Por qué te interesa la presencia de ella en esa fiesta?

Dominic empezó a bajar las escaleras. Le hizo una seña a su ama de llaves, Kery, para que llamara al chofer. Al instante llegó Wyatt tras el volante del Porsche. Después utilizó el auricular para mantener la privacidad de su conversación.

—Nadie conoce mejor a un padre que un hijo, en especial si tienen una relación tan estrecha, según lo que menciona la prensa —replicó al entrar en el coche—. Hablar con ella me dará la posibilidad de tener otra perspectiva de Sterling.

—¿Eso es todo…? —preguntó, porque su amigo no hacía nada a medias.

—Primero calibraré el ambiente, luego tomaré una decisión adecuada sobre mis opciones —dijo indiferente—. Mi asunto es con Bruce. La chica sería un daño colateral, porque, sin importar lo que pueda encontrar, arruinaré a ese imbécil.

No existía ningún paso que él diese sin antes tener una estrategia. Todo estaba armado como el sistema interior de un reloj suizo. Si en el camino tenía que tolerar algún inconveniente, lo resolvería. No iba a detenerse, hasta obtener respuestas a tantos años de auto recriminaciones y sombras. Cuando encontrara a los responsables, él haría no solo que se sintieran fragmentados, sino pulverizados e incapaces de encontrar solaz para la ruina que llevaría a cabo. Los círculos de poder tenían un Talón de Aquiles; uno que solía estar en los sitios menos pensados. Como un tesoro que parecía estar oculto al entorno, pero, en realidad, era visible para quienes sabían apartar las distracciones y lanzar la ganzúa en el momento preciso. Como Dominic.

CAPÍTULO 2

Aurora disfrutaba su trabajo como veterinaria en el consultorio de Cute Paws, un refugio de animales financiado por aportes privados y por la autogestión, a través de actividades diversas en la comunidad. El salario no era tan elevado, pero tampoco podía exigir demasiado considerando que se había graduado dos años atrás. Aquellos tiempos, al cambiarse de universidad, asimilar la ruptura con Scott y sus implicaciones, fueron complicados y dolorosos. El proceso de terapia fue intenso, pero la ayudó a recuperar a la Aurora de siempre: alegre, sociable y espontánea. Los únicos rezagos que aún permanecían, pero en los que continuaba trabajando, eran sobre su cuerpo.

Todavía le costaba mirar su reflejo y aceptarlo por completo, sin juzgarse, en especial cuando las recriminaciones de Scott se entrometían en sus recuerdos. "*Las chicas de nuestra edad no tienen esos rollitos*". "*Quizá deberías retomar el gimnasio, nena*". "*No me quejo, pero prefería tus pechos menos grandes. Como antes, Rory*". "*Creo que ese vestido te marca demasiado esta nueva figura que has adquirido. Pero no es una queja, eh. Eres guapa*". La comida continuaba siendo, aunque ahora en menor medida, un modo de confort. Por ese motivo, a pesar de que iba al gimnasio, mantenía un sube y baja sutil en su peso. Su físico era más curvilíneo. Su mejor amiga solía decirle que otras mujeres pagaban a un cirujano plástico para tener la clase de curvas que ella ahora lucía. Kitty la animaba a que dejara de esconderse en ropas informes. Fue así como Aurora se deshizo de sus prendas monocromáticas y las cambió por unas más coloridas, cómodas y ajustadas.

La suya no fue una ruptura romántica común, sino un caso de abuso y maltrato. Scott había sido sentenciado a cinco años de cárcel por intento de violación. Las familias de ambos, Sterling y Barclays, utilizaron los recursos e influencias para que el caso no

viera la luz del día. Por eso, la ley se aplicó en una Corte a puerta cerrada y no hubo titulares al respecto en los medios de comunicación. Ese era el poder del dinero, pero, sí, se hizo justicia. Aurora no pudo ocultarles a sus padres los motivos de que hubiera regresado a casa, ese fin de semana desde Cotswolds, con el labio partido y el rostro golpeado. Su papá era muy protector y la apoyó, junto a su madre, durante el juicio. Ambos habían sido, además de Kitty, un pilar de soporte vital.

Ocho meses después de que Scott entrara en prisión, un juez le dio la libertad condicional por buen comportamiento. Los abogados de Aurora obtuvieron una orden de alejamiento que él había cumplido. Aunque, en una o dos ocasiones, le escribió un email para decirle que sentía mucho cómo la amistad de ambos se había torcido. Ella no lo reportó a sus abogados, porque no hubo más contacto de Scott y Aurora decidió cambiar su email y su número de móvil. Procuraba no frecuentar los amigos que tenían en común, en especial aquellos que nunca fueron tan cercanos. Su psicóloga la motivó a que cambiara de círculo social haciendo actividades diferentes. Fue así como entró a clases para aprender a montar a caballo y también cuidarlos.

Aurora sabía que esos animales eran una fuente maravillosa de amor, además ayudaban a contrarrestar la ansiedad o algunas otras condiciones emocionales. Lo que menos hubiera esperado, cinco meses atrás cuando empezó las clases, era conocer a Tobías. En un inicio creyó que era otro más de los instructores, porque fue quien le dio clases en un par de ocasiones. Hasta que una tarde, uno de los caballos pareció sufrir un súbito dolor y de inmediato ella se acercó para ayudar. Cuando Aurora había preguntado si alguien iba a llamar al dueño, para notificarle lo que estaba ocurriendo con la yegua, fue que Tobías le informó que él era el propietario de Diamond Race.

—No sabía que los dueños se involucraban tanto en un negocio, hasta el punto de dar clases de equitación a novatos —había dicho con humor en aquella ocasión.

El hombre había esbozado una sonrisa amplia. No era musculoso, sino que estaba en forma. Aurora lo había considerado sereno, en lugar de intimidante.

—El día en el que viniste por primera ocasión, yo estaba de paso para atender una reunión urgente, pero la instructora de turno tuvo un contratiempo. Así que decidí quedarme un rato. Cuando vi que eras una de las alumnas —había sonreído con inocente picardía—, pues no pude evitar querer saber quién eras y hablar contigo.

—¿Así que las otras cuatro clases viniste solo para ser mi instructor? —había preguntado. Aunque ella era mucho más cautelosa al momento de permitirle a un hombre acercarse, lo cierto es que conocer a Tobías había sido inesperado y agradable.

Él se había reído y hecho un asentimiento. Al hacerlo sus cabellos rubios se agitaron un poco. No solía estar tanto tiempo en el campo como le habría gustado, porque tenía que atender los negocios que se llevaban desde las oficinas del rancho.

—Sí. Una mujer tan guapa como tú es imposible de pasar desapercibida. No quería perder la oportunidad de conocerte, pero entiendo si prefieres mantener la distancia. Lo cierto, Aurora, es que quiero que disfrutes tu estancia y aprecies tu vínculo con los caballos. Pero también quisiera invitarte a cenar —había dicho en tono amable y confiado. Diamond Race quedaba en Newmarket, condado de Suffolk, a noventa minutos en coche desde el centro de la capital inglesa—. ¿Qué dices?

Aurora lo había mirado con sorpresa. Ella viajaba una vez a la semana para las clases de equitación. Lo solía hacer los viernes, porque salía más temprano del trabajo.

—Salí de una relación complicada y no sé si sea una buena compañía…

Él la había mirado sin borrar la sonrisa del rostro.

¿Qué te parece entonces si comprobamos tu teoría? —había preguntado.

Ella no había evitado la risa que se escapó de su garganta. Luego recordó lo que Kitty insistió tanto que entendiera: "*No todos son como Scott. Date una oportunidad".*

Desde aquella conversación, no solo había tenido una primera cita divertida con Tobías McLean, sino varias. Ambos vivían en ciudades distintas, aunque cercanas, lo cual le permitía a Aurora sentir que mantenía su espacio. Aparte, él tenía muchos negocios que lo hacían pasar tiempo en Londres, así que aprovechaban para verse. Ella seguía yendo a las clases de equitación, pero con menos frecuencia porque los horarios en Cute Paws habían cambiado y ya no podía salir tan temprano los viernes.

Con él no existían emociones confusas, tampoco presiones, ni se sentía juzgada. Él tenía veintinueve años, cinco más que ella, y esa diferencia aportaba un factor que Aurora consideraba importante: un poco más de madurez. Por otra parte, en ninguna de sus relaciones, inclusive la que tuvo antes de Scott, había encontrado aquello que muchas mujeres mencionaban que podía existir con un hombre: la chispa que consumía y hacía arder con un simple toque. Pero imaginaba que todas sentían de manera diferente. Ella prefería la calma que Tobías aportaba a su vida, pues no existían riesgos ni sobresaltos violentos. Él era el opuesto a Scott: plácido y calmado.

Lo máximo que había hecho con su novio era besarse largamente. Ella le explicó que vivió eventos de violencia en su relación anterior y por eso prefería ser cauta. Él le comentó que sus padres se habían divorciado por un asunto similar, diez años atrás, y que esperaría a que ella se sintiera lista para hablar al respecto. Tampoco la forzaba para tener sexo. Eso no implicaba que no intentara cautivarla sutilmente.

Aurora cedía ante los avances de Tobías, hasta donde se sentía a gusto. Sin embargo, quería romper con las cadenas que le impedían tener intimidad. Siempre había sido muy sensual, curiosa inclusive y generosa con su cuerpo. Pero Scott empañó de dolor ese aspecto de su vida. Ella quería recuperar esa parte de sí y revivir la sensación de libertad de su piel con la de otro. Quería intentarlo con Tobías.

Así que su intención era aplacar sus propias dudas y seducirlo esta noche.

Quería ser la que tomara la iniciativa por primera vez, porque sentía que si no se arriesgaba sería imposible que lograra descubrir la chispa que buscaba. Necesitaba saber si existía con Tobías, pero creía que su negativa a soltar los temores nublaban su capacidad de darse cuenta de la química con él. En ocasiones pensaba que su radar para darse cuenta de estas sutilezas tenía avería. Estaba algo inquieta por su decisión, porque sería un gran paso, pero también tenía un plan y esperaba que funcionara.

Por esta razón, ella lo invitó al evento en casa de sus padres. Sería un inicio.

***Aurora**: Hay algo especial que quiero compartir contigo.*

***Tobías:** Vaya, me intrigas, Rory.*

***Aurora**: *Emoticón carita feliz*. Cuando me veas quiero que me beses. Sin hacer preguntas y cuando te pida que te detengas, necesito que lo hagas. ¿Vale?*

***Tobías**: *Emoticón de diablito*. ¿Qué le ha pasado a la Rory cauta?*

***Aurora**: Esta noche está de vacaciones.*

***Tobías:** Oh, quiero conocer entonces a Rory arriesgada. *Emoticón guiño*.*

***Aurora**: Ja, ja, ja. Bien. Al llegar, en lugar de aceptar que el coordinador de eventos te guíe hacia el patio, toma la derecha y ve a la cuarta puerta. Espérame.*

***Tobías:** Suena prometedor, bonita.*

***Aurora:** Te veo al rato. Recuerda: sin preguntas. Solo bésame.*

***Tobías:** ¿Y si quiero algo más que besarte esta noche, bonita?*

Aurora se quedó mirando el móvil unos instantes. Una ligera duda la asaltó, pero inmediatamente la dejó de lado. Esbozando una sonrisa envió su réplica.

***Aurora**: Me gustaría que lo hicieras. *Emoticón sonrisa de lado, coqueta*.*

***Tobías**: *Emoticón de fuego*. *Emoticón de fuego*.*

Cuando ella llegó a la fiesta, la casa de sus padres ya estaba a tope de invitados. Las mujeres parecían estar en una pasarela, porque sus vestidos eran divinos. Los hombres, en cambio, lucían muy elegantes con sus esmóquines y los cabellos bien peinados. Aurora ya no vivía allí, pero solía visitar a sus padres regularmente. Se llevaban bien con ellos, aunque con Bruce tenía bastantes discusiones, porque él solía creer que solo las personas vinculadas a las empresas y con lazos políticos eran los que de verdad triunfaban. Sus discusiones eran largas y también complejas. La que solía mediar entre ambos era siempre Jocelyn, la madre de Aurora. La mujer era dulce y delicada, pero también poseía una personalidad fuerte y la usaba a conveniencia.

Después de saludar a varios conocidos y también a otros nuevos rostros, que su padre le iba presentando, Aurora recibió un mensaje de Tobías. Le comunicó que estaba retrasado por un imprevisto en Diamond Race, pero le aseguró que ya estaba camino a Londres y llegaría en máximo treinta minutos. Ella se guardó el móvil y decidió jugar el rol para el que estaba en esta fiesta de recaudación de fondos: la hija amable y profesional joven que apoyaba las aspiraciones políticas de su padre.

Cuando era pequeña, en todas las reuniones a las que asistía, obligada, las personas actuaban muy amables con ella. No comprendía el porqué. Al alcanzar la adolescencia lo supo: solo querían congraciarse con Bruce. Decidió que no quería seguir yendo a actividades o reuniones o galas sociales. Ella solo deseaba compartir con sus padres, no con otras personas. Con el paso del

tiempo, la presión de Bruce para ir a sesiones de fotos, pequeñas ferias con tintes sociales, galas en grandes ciudades y las expectativas de cómo tenía que comportarse, la agotaron. Antes de empezar la universidad cortó todo lazo con ese mundo, a pesar de las protestas de su padre. Luego ocurrió el asunto de Scott, y la urgente necesidad de recuperarse a sí misma. En conjunto, todo esto la instó no solo a seguir evadiendo galas y fiestas sociales, sino también a rentar un estudio para vivir sola. Esta fue su mejor decisión.

Esa noche, su presencia era para apoyar esta candidatura. Sabía que se trataba de la aspiración más grande de su padre, después de haber entrado en el Parlamento. Ella quería estar lo más lejos posible de las cámaras, pero podía hacer una concesión por esta ocasión. Utilizó sus habilidades para el maquillaje para realzar sus rasgos y ojos del tono de la miel oscura. Se dejó el cabello lacio y suelto. Eligió un vestido largo de Chanel asimétrico, con un solo hombro, en gama de tonos azules. La falda tenía una abertura alta en el lado derecho, adornada con cuentas de Swarovski, que le permitía moverse con soltura. Esto era perfecto para lo que tenía en mente con Tobías. Si quería un cambio drástico necesitaba tomar decisiones diferentes.

—Rory —dijo Bruce, ataviado con un costoso esmoquin de Gucci —, me alegro tanto de que hayas decidido acompañarme. Esta será una de muchas veladas importantes que llevaré a cabo en mi camino hacia la alcaldía. ¿Qué hace falta para que aceptes ser una presencia constante? La gente se siente a gusto a tu alrededor.

Aurora se rio con suavidad, mientras bailaba *Isn´t she lovely* de Stevie Wonder tocada por la banda de música. Su padre la hizo girar en la pista rodeados de otras personas que, juntos, podrían sumar el equivalente al Producto Interno Bruto de alguna potencia mundial. Los fotógrafos se deleitaban con esa dinámica de padre-hija. El director de campaña de Bruce estaba pletórico, porque este era un puntazo en la imagen pública de hombre de familia, comprometido y cálido para este candidato.

—Nada, papá, tu ámbito laboral me abruma, así que prefiero seguir en el mío. Este es un tema que hemos discutido muchas veces. La respuesta es no —replicó.

—Creo que podrías hacer más por la comunidad, como veterinaria, pero en las brigadas sociales que nuestro partido político desarrolla para la ciudad —dijo él.

—Las brigadas ocasionales de vacunación o esterilización que hace el gobierno no cumplen mi propósito. Yo amo trabajar con animales, en persona y constantemente, para ayudarlos. No quiero ser parte de la propaganda política —dijo. No le gustaba que él hiciera de menos su profesión—. Estoy bien así. Pero, si tanto te interesa la parte ecológica para tu campaña, financia proyectos para Cute Paws, así como también a los otros dos refugios en los que soy voluntaria, papá. ¿Qué tal?

Bruce soltó una risa condescendiente. Alrededor habrían pensado que padre e hija estaban compartiendo una broma. Los invitados que bailaban cerca, les sonreían.

—Que mi única hija esté trabajando en ese refugio para muertos de hambre me parece inaudito —dijo meneando la cabeza—. Te he ofrecido pagar todas tus cuentas, caprichos, un coche de alta gama e incluso comprarte un piso en Chelsea, a cambio de que trabajes conmigo o para el gobierno, en el área de cuidado de animales, pero prefieres un salario paupérrimo. Si quieres tener mejores recursos, entonces trabaja en un sitio que dé realce al apellido Sterling, Rory. Deja que otros se encarguen de ir corriendo por las oficinas y organizando eventos insulsos para recabar fondos.

Ella lo miró con expresión ofendida. Quiso apartarse, pero en estos instantes eran el centro de atención. No le apetecía hacer una escena. Así que siguió bailando.

—Estás siendo insultante, papá —replicó en un tono de voz dolido —. Que yo prefiera llevar mi vida profesional alejada de esta gente —dijo mirando alrededor con fastidio—, ha sido mi elección. No es ni buena ni mala. Me hace feliz mi trabajo.

—La felicidad tiene un precio y, desde mi punto de vista, no puedes pagarlo. Eso solo implica que tu elección ha sido equivocada. Ya tienes el título y has jugado a ayudar animales indefensos dos o tres años —replicó—. Es momento de que elijas un camino más serio y con prometedoras posibilidades de crecimiento y nexos.

—Papá, no voy a cambiar de profesión. Mi proyecto más grande es crear una clínica en Londres con todos los recursos y que, una vez que sea rentable, pueda financiar a los refugios de animales de mi elección. ¿Qué parte de esta iniciativa no te parece prometedora? —preguntó en un tono desafiante—. Tu argumento es ridículo.

Bruce solía preferir la imagen pública y el prestigio social, en lugar de aceptar que ella no quería formar parte de ese mundo. El rechazo de Aurora iba más allá de no gustarle el entorno público. Tiempo atrás, había escuchado sin querer una conversación de Bruce con un hombre cuya voz no reconoció. Se hablaba de pagar a los puertos para que entrara mercadería y un cargamento que calificaron como "especial" que contentaría a varios políticos locales. Eso la decepcionó, pero jamás confrontó a su padre. En ese tiempo tenía catorce años. Tan solo ignoró el asunto.

—No comprendes todo lo que está en juego, Rory —dijo firme y contrariado. La presión que llevaba sobre sus hombros iba más allá de tan solo ganar la alcaldía.

—Si no quieres dar soporte a mis causas ni ayudarme, entonces tampoco las critiques. Hoy vine para apoyarte, pero haces que me arrepienta al escucharte menospreciar lo que hago —dijo—. Además, puedes darme dinero en préstamo. Cuando tenga mi fideicomiso te lo devolveré. Un millón de libras que pueden servirme para financiar gran parte del proyecto que tengo y para ir a Nairobi.

Bruce soltó una carcajada e hizo una negación. Aurora apretó los labios.

—Te fuiste a África tres semanas para ese asunto de los elefantes. Creía que ya se te había pasado la fiebre de ir a Nairobi —replicó dando otra vuelta con ella.

—Me gané esa plaza, porque fui la mejor postulante de la organización *Sheldrick Wildlife Trust.* Lo que hago no es una fiebre, sino mi profesión. Quiero volver, porque fue una experiencia maravillosa y anhelo contribuir con lo que están haciendo para salvar animales en peligro —expresó Rory con un nudo en la garganta.

La canción estaba llegando al final.

—¿Acaso crees que esta fiesta es para hablar de naderías? La campaña política requiere fondos, así que es ridículo que me hagas una petición de dinero —comentó.

—No comprendo para qué pides financiamiento si tienes tantas propiedades, yates, un avión privado, y un tren de vida que pocos pueden afrontar —murmuró.

—Porque las donaciones nos dan legitimidad a los candidatos, ayudan a maximizar recursos, nos vuelven más competitivos, y así no descalabramos nuestras fortunas personales en el proceso —replicó a punto de perder la paciencia.

—Simplemente no te da la gana ayudarme. No estoy pidiéndote un regalo, sino que hagas un anticipo o colabores para una causa que me apasiona y es noble.

—Esta carrera hacia la alcaldía ha drenado mucho mis finanzas, Rory. Así que tienes dos opciones —dijo mirándola con severidad—. Esperas a cumplir veinticinco años o bien eliges casarte con Tobías McLean para obtener acceso a tu fideicomiso. Esto último inclusive sería una beneficiosa situación, porque el patriarca, Allan McLean, es muy apreciado en nuestro partido político. Queda a tu entera elección.

Ella lo miró con incredulidad. Su padre se mostraba protector, pero al mismo tiempo parecía como si no le importaran de verdad sus opiniones o sueños.

—Dios, ¿casarme? —dijo ella justo antes de la última nota musical —. No estoy interesada. Tobías y yo apenas tenemos unos meses saliendo. Tu comentario está fuera de toda coherencia, papá. Mi proyecto de la clínica tomará tiempo y por eso cada año que pasa lo

retrasa. No te he pedido que me hagas un regalo financiero, sino que me anticipes algo que, por ley, me tendrá que llegar dentro de un año —se apartó de su padre cuando los asistentes aplaudieron a la banda de música—. Todo se reduce para ti a la política, los negocios y sus ridículas conexiones. Será mejor que me vaya.

Ella hizo amago de apartarse, pero la voz de su padre la detuvo.

—Hace falta una fotografía familiar, Aurora —dijo en un tono autoritario.

—Tal vez, lo que hace falta es un poco de empatía, papá.

—Solo quiero lo mejor para ti y veo más allá de tus horizontes —replicó.

Aurora meneó la cabeza y soltó una exhalación. Después se apartó sin responder a la exigencia de Bruce. Estaba tan enfadada que no creía que podría permanecer más tiempo en esa mansión. Ella no era una marioneta ni una mujer caprichosa. La esposa de un parlamentario, después de escuchar la experiencia de Aurora en los refugios de animales, le prometió que hablaría con su esposo para que revisara la ley contra el maltrato animal. Aurora lo agradeció de corazón y consideró que, tan solo por ese breve intercambio, la visita a esta fiesta había merecido la pena.

Entre una charla y otra, ella recibió un mensaje de Tobías mencionándole que ya estaba esperándola en la sala que le había indicado. Sintió el ligero nerviosismo de la expectativa. La casa sí era muy grande e inclusive tenía una bodega de vinos. Aunque su novio sí conocía a Bruce y Jocelyn, por actividades sociales pasadas y esporádicas, esta era la primera ocasión en la que él visitaba la casa. Antes de que Aurora pudiera ir al pasillo de la planta baja y buscar a Tobías, su madre se acercó a ella con rapidez.

—Cariño —dijo Jocelyn—, ¿por qué te marchas con tanta prisa? —preguntó con suavidad. La mujer tenía los cabellos dorados, una expresión serena y una figura bien conservada—. Espero que Bruce no haya salido con una de sus tonterías.

Aurora soltó una exhalación y se relajó. Su madre tenía ese efecto en ella.

—La misma pelea de siempre, mamá: que me dedique a otra cosa. Que no puede facilitarme el financiamiento de la clínica ni mi viaje a Nairobi —murmuró.

—Oh, cariño, tu padre ha tenido unos meses muy complejos. Solo te queda un año para cumplir veinticinco, ¿por qué no tratas de ser un poco paciente? —preguntó con suavidad—. O quizá podrías considerar hablar con tu tío Ruckus.

Su madre siempre intentaba mediar. De hecho, fue quien la impulsó a elegir la carrera que resonara con su corazón. Su tío, Ruckus Callihan, hermano de Jocelyn, siempre la había consentido. La relación entre ambos era cercana. Aurora lamentaba que estuviera tan absorbido por sus negocios con los barcos de carga. Lo extrañaba.

—No, él no me cobraría por ese dinero, y yo no quiero sentir que mi mayor proyecto ha sido regalado o que se lo debo a alguien —replicó—. La prisa que llevo es porque el terreno que encontré para construir la clínica es perfecto, en ubicación y tamaño. Pero en un año no estará disponible, mamá —comentó frustrada.

—Sé que hallarás la manera de resolverlo, tesoro —dijo sonriéndole—. ¿Qué te parece si te relajas un poco, tomas un poco de aire, y luego regresas a la fiesta?

—Estás abogando por mi padre para que vaya a hacerme la foto familiar…

Jocelyn hizo un asentimiento. Ella era experta en finanzas y poseía una maestría en comunicación, así que era una integrante clave del equipo de su esposo.

—Tú, eres mi prioridad, cariño. Pero lo que hace tu padre nos afecta, para bien o para mal, como la familia que somos. ¿Podrías hacer esta concesión, Rory?

Aurora soltó una exhalación. No le quedaba paciencia para tolerar ese asunto.

—No, mamá, creo que ha sido suficiente por hoy. Tobías me está esperando y hablaré un rato con él antes de irme. Pero no me apetece que se acerque a papá.

—¿Estás feliz con él? —preguntó abrazándola—. Me preocupa ese aspecto.

Aurora se quedó en silencio un instante, porque no sabía cómo responder a esa pregunta con precisión. No se sentía triste, eso seguro, ¿feliz? Quizá en calma. Esa era la respuesta más cercana. «¿Acaso no era este último el estado óptimo?».

—Me trata bien —replicó. Al describir de esa manera a la persona que era su pareja sintió que algo no iba bien. Le pareció una respuesta simple que podría describir cómo se sentía con cualquier persona amable. Pero no le dio demasiada importancia—. Le gusta lo que hago y cuando estoy con él me siento a salvo.

—¿Eso es suficiente para ti? —preguntó su madre.

—No lo sé —dijo con sinceridad—, pero hoy voy a saberlo.

—Te quiero, hija. Gracias por haber hecho el esfuerzo de venir —replicó la mujer apartándose. Se dirigió al patio para mezclarse con los doscientos invitados.

Una vez a solas, en el pasillo que estaba despejado y con ruidos apenas audibles, Aurora empezó a sentir el corazón acelerado por lo que planeaba hacer. Avanzó por la alfombra que ahogaba el sonido de sus sandalias altas. Se detuvo fuera del estudio de su padre. Él lo utilizaba bastante, aunque la mayor parte del tiempo pasaba entre la oficina de La City y la del Parlamento. Ella había elegido este sitio, porque no tenía ventanales y la oscuridad sería su aliada. Se guiaría por sus sentidos.

Lo que tenía planeado con Tobías sería un preámbulo para testear las aguas y dejar a su novio con una sensación de anticipación. Sabía que, si esperaba para llegar a su estudio, lo más probable es que se acobardaría y terminaría como cada ocasión en que se veía en Londres con Tobías: besos, caricias y despedida. Si daba este paso tendría una certeza: si encontraba o no la chispa que

necesitaba. Se trataba de sentirse cómoda y el aspecto sexual era importante. Quería salir de su zona de confort.

Se acomodó el vestido y recordó en dónde estaba el cierre para abrirlo.

Nadie iba a interrumpirlos. Tomó una profunda respiración y giró la perilla. Una vez dentro cerró la puerta con rapidez. El corazón le iba a mil por minuto. Se quedó en completo silencio. El aire en el interior estaba cargado de una palpable tensión, densa, como si fuese una tormenta a punto de desatarse. Ella nunca había sentido esto y estaba segura de que tenía que ver con la excitación de lo que estaba a punto de ocurrir. Sabía que Tobías estaba aquí, porque había visto su silueta detrás del escritorio cuando sus ojos se adaptaron a la oscuridad. Podía casi escuchar su respiración. Esperó varios minutos a que él dijera algo o la saludara inclusive. Nada.

Luego recordó que ella era la que debía dar instrucciones y meneó la cabeza, aunque no pudiera verla, y esbozó una sonrisa. El sonido del cierre de su vestido deslizándose hacia abajo inundó la estancia. Se preguntaba qué estaría sintiendo él. Aurora dejó que el vestido cayera a sus pies. Llevaba una lencería de seda negra que la había hecho sentir con más confianza por la forma en que la cubría. Pero era consciente de que Tobías no podría verla, hasta que estuviera a solas en su estudio.

—Gracias por haber venido a la reunión de mi padre desde Newmarket —dijo algo nerviosa. Con el zapato hizo el vestido a un lado y se quedó en ropa interior—. Aprecio que hayas sido paciente estos cinco meses conmigo. Pero me siento lista para intentar ir más allá de solo unos besos, Tobías. Quiero que me acaricies, hasta que pueda sentir que no soporto más y necesite correrme. Después, me gustaría que pasáramos la noche juntos —expresó tragando saliva—. ¿Qué te parece la idea…?

Durante un instante no escuchó respuesta. Solo la respiración de ambos. Pero a los pocos segundos, la silla detrás del escritorio sonó al moverse. La figura masculina se incorporó y avanzó hacia ella. Lo hizo con rapidez y no le dio tiempo a hacer comentarios adicionales.

A continuación, las manos firmes la sujetaron de los hombros y quedó con el cuerpo dándole la espalda a Tobías. Aurora estaba excitada.

—¿No vas a besarme…? —preguntó—. Oh —susurró cuando sintió un mordisco en la oreja—, puedo dejarte que tomes el mando por ahora.

—Mmm —replicó su acompañante en un tono bajo y gutural.

A continuación, Aurora perdió el sujetador y las bragas. Fueron movimientos rápidos, sensuales y eficientes. Después sintió que le amasaba los pechos y le pellizcaba los pezones con fuerza. La dureza masculina presionaba contra sus nalgas. Él no se había desvestido, pero a ella eso no le importaba. Le gustaba que pensara en complacerla primero. Sus pechos eran muy sensibles y la manera en que él acariciaba sus tetas la hacían gemir sin remedio; su sexo estaba mojado, palpitante. Ahora comprendía que la chispa sí era real, aquel fuego que empezaba con una chispa, pero pronto se convertía en llamarada. Solo había hecho falta este pequeño gran paso.

—Por favor… —susurró en un jadeo cuando empezó a juguetear con sus labios íntimos, sin penetrarlos—. Tócame más… Más rápido… Oh, sí…

Cuando sintió una fuerte nalgada ella se quedó de piedra. Jadeante y asustada. No creía que pudiera ocurrir algo como esto y que, en lugar de salir corriendo, su cerebro estuviera pensando en cómo pedirle que repitiera ese gesto en su otra nalga. Las caricias continuaron y también sintió varios mordiscos en el cuello. Ella gemía con abandono y movía las caderas hacia atrás, pero él no hacía amagos de seguir las instrucciones. Mas bien parecía tener su propio guion de cómo iba a tocarla. Le gustó.

La mano que estaba entre sus pliegues la dio un azote sobre la vulva. Aurora soltó un gemido, pero no podía mover las manos para tocarlo, porque él se las sujetó de inmediato de las muñecas, con una mano, contra la puerta. Estaba a su merced. Las caricias se incrementaron y el dolor que sentía ante la necesidad de correrse

aumentaban. Sus paredes íntimas palpitaban para que la estimulación aumentara.

—Por favor, sígueme tocando… Déjame tocarte también, Tobías…

Apenas terminó de pronunciar el nombre todo se detuvo.

Él se apartó por completo. Ella iba a protestar, pero el switch de la luz la cegó.

—¿Qué…? —preguntó parpadeando para habituarse a la claridad.

—Muy interesante conocer que posees la tendencia a obedecer cuando la promesa es el placer, Aurora Sterling —dijo la voz ronca, masculina y viril de un hombre que ella no había visto jamás—. Mi nombre no es Tobías —expresó en un tono cruel y también despectivo—. ¿Sabías que no era la persona que estabas esperando o lo sospechaste y preferiste dejarte llevar? La falta de control es peligrosa.

Ella abrió y cerró la boca, porque no sabía cómo responder con certeza. Por un instante, sí creyó que era Tobías. Pero bastó aspirar este aroma masculino, tan diferente, para empezar a dudar. No podría saber sobre el toque de sus manos en su cuerpo desnudo, porque su novio jamás la había tocado de esta manera. No sabía qué decir o cómo conciliarse con la idiotez de utilizar más sus instintos que su cerebro.

Quizá, si hubiera estado menos pendiente del deseo habría notado que no era Tobías, sino este hombre guapo de un modo que debería estar prohibido. Imponente. Sus ojos eran dos esmeraldas oscuras que, combinadas con la barba sin afeitar de cuatro días, le daban un aspecto dominante y poderoso. Estaba habituada a esta clase de hombres por el tipo de vínculos bajo los que nació, pero podría decir, sin temor a equivocarse, que este espécimen estaba cortado por otra clase de cincel del Olimpo.

Él la observó de la cabeza a los pies como si estuviese apreciando una obra de arte exquisita y única. Posó su atención en los pechos y después en el monte de Venus. Ella contuvo la respiración, porque

fue como si la hubiera tocado con la mirada. Estaba experimentado lo que había buscado, pero no con el hombre que era su novio.

Se sintió abochornada de inmediato y con un terrible cargo de conciencia.

—Yo… —susurró consternada, confundida y muy excitada. Al recordar que estaba desnuda, con los pezones erectos, la piel de los pechos de seguro sonrojada por la forma en que este hombre la había tocado y por completo vulnerable, ella agarró el vestido del piso con rapidez para cubrirse—. ¿Quién…? ¿Cómo…?

—No vas a correrte hoy, Aurora, porque mi nombre no es Tobías —replicó acercándose, hasta que ella estuvo de espaldas contra la pared—. Si nos volviésemos a ver, puedes tener la absoluta seguridad de que recordarás mi nombre, porque va a ser el que grites cuando llegues al clímax bajo mis órdenes. Esta noche —dijo bajando la cabeza hasta que sus ojos se encontraron a la altura de los de ella—, cuando el pálpito de tu sexo te impida dormir y necesites alivio, lo harás pensando en mis dedos.

Por instinto, ella elevó la mano para abofetearlo, pero él fue más rápido.

—¿Cómo te atreves? —preguntó entre dientes. El agarre le quemaba la piel. No entendía cómo él no parecía afectado en absoluto. Si no hubiera sentido la dura erección contra sus nalgas desnudas, instantes atrás, habría dudado que era humano.

—Intenté ser magnánimo esta noche —dijo soltándola y apartándose.

—¿Qué haces en esta área de la casa de mi padre? —preguntó entre dientes.

—No respondo preguntas a quienes no tienen importancia para mí, Aurora —dijo esbozando una sonrisa pérfida. Ella se sintió ridículamente dolida por un comentario estúpido de un arrogante desconocido—. No me catalogan como un caballero, pero puedo hacer una excepción si considero que ya nos conocemos de algún modo —comentó, llevándose los dedos que había introducido en el

sexo femenino a la boca—. El sabor de la inocencia y la corrupción entrelazados.

Ella lo miró boquiabierta y su cuerpo pareció sacudirse.

El contacto de sus miradas era desafiante, ardiente y tumultuoso.

—Fuera de aquí… —dijo agitada.

Él la había visto desnuda y la había tocado, pero Aurora no se sintió sucia, amenazada o carente de atractivo. Al contrario. La mirada lasciva parecía haberla despojado de una capa invisible de dudas. Lo que acababa de ocurrir con alguien que no conocía provocó que su respiración se volviera errática, que su piel vibrara y que se sintiera carnalmente deseada. Esto no había sucedido con la persona que ella planeó: Tobías. Aurora se sentía fatal. No tenía idea de cómo iba a mirarlo a los ojos.

—Dominic Langford —expresó él con voz profunda—. Pero, a diferencia de otros imbéciles, no estoy a tus órdenes, Aurora. Probablemente, tú, estés a las mías.

Sin más, dejándola atónita, él abrió la puerta y salió de la estancia.

Ella, con movimientos erráticos, empezó a vestirse. No entendía qué hacía este hombre en la oficina privada de su padre, pero no creía que fuese nada prometedor. Necesitaba olvidarse de este episodio, a pesar de que su sexo estaba sensible y sin alivio. Cuando creyó que estaba lista para enfrentar la realidad abrió la puerta.

Al salir al pasillo vio que Tobías se acercaba con una gran sonrisa.

—Hola, bonita —dijo acercándose y dándole un beso en los labios —. Me confundí de estancia —rio, ajeno al shock que acababa de vivir Aurora—, y estuve veinte minutos esperándote en la biblioteca. Qué tontería. ¿He llegado tarde? —preguntó al verla frunciendo el ceño—. Lamento si arruiné la sorpresa que tenías…

Aurora meneó la cabeza y le echó los brazos al cuello para besarlo. Él se sintió sorprendido, pero pronto sucumbió a los labios

femeninos con una sonrisa. Ella esperó que su cuerpo respondiera, que su piel vibrara y su sexo clamara por ser tocado.

Nada de eso ocurrió y se sintió un fraude. Él no se merecía una persona que se dejaba tocar por un extraño, menos que hubiera disfrutado ese encuentro. Se apartó con suavidad y lágrimas sin derramar mirándolo. Él la observó frunciendo el ceño.

—¿Huelo a caballo todavía? —preguntó bromeando y acariciándole la mejilla.

—Lo siento, Tobías —susurró bajando la mirada.

Él frunció el ceño y le elevó el mentón con los dedos.

—Bonita, no entiendo qué ha pasado contigo, pero podemos hablar…

—La verdad es que me siento fatal… —dijo ella en un susurro quedo.

—¿Por qué? —preguntó preocupado.

—Has sido paciente y dulce conmigo, pero, así como tú te confundiste de habitación, yo me confundí de persona… Ocurrió algo inesperado y nunca fue mi intención —señaló con la mano la puerta de la que acababa de salir—. Dejé que otra persona me tocara, Tobías, pensé que ese hombre eras tú. Hasta que me di cuenta de mi error… —susurró, avergonzada—. Lo siento… Lo siento tanto —sollozó.

Él bajó las manos a los costados apretando los puños.

—¿Qué hiciste, Aurora? —preguntó en tono serio, apartándose. Consternado.

Ella no podía lastimarlo contándole lo que acababa de ocurrir. Bien podría quedarse callada y fingir que todo seguía como antes, pero también estaría mintiéndose a sí misma. Nunca volvería a ver a ese tal Dominic de los infiernos, aunque difícilmente olvidaría lo que se sentía al encontrar la chispa que encendía los sentidos de un modo visceral; tampoco lo que era estar desnuda y sentir la caricia

ardiente de una mirada. La jodida llama no era un mito. La acababa de experimentar.

—Mi intención era seducirte —se rio con la voz rota—, y llevar nuestra relación a otro nivel… Quería… Quería intentarlo de verdad —dijo—. Lo siento tanto, Tobías, lo que pasó fue algo que no puedo explicar. No me acosté con ese hombre, sino tan solo… —dijo sin terminar la frase, avergonzada—. No tuve un…

Aurora tomó una profunda inhalación y luego exhaló con suavidad.

—¿Te desnudaste para él…? —preguntó incrédulo, pasándose la mano sobre el rostro al notar que el vestido de Aurora estaba ligeramente fuera de su sitio—. ¿Me estás diciendo que te tocó y no llegaste al clímax? Por favor, explícame —exigió.

Aurora se abrazó a sí misma e hizo un asentimiento.

—Lo hice pensando que eras tú, el que estaba detrás del escritorio y que ibas a seguir mis peticiones empezando por un beso. Pero no hubo beso, sino tan solo…

Tobías le agarró el rostro entre las manos y ella contuvo la respiración.

—Esperé por ti —dijo entre dientes—. Te di todo el tiempo que necesitabas, pero resulta que un extraño fue capaz de tocar aquello que he querido tanto y que me ha sido negado. ¿Cómo rayos crees que me siento en este momento, Aurora?

Ella dejó que las lágrimas rodaran por las mejillas. Él no las secó y se apartó.

—Tan traicionado, como yo me siento una completa idiota… —murmuró—. Tobías, eres todo lo que una mujer pudiera desear, pero creo que, después de lo que pasó, no es posible que continúe contigo. No es justo y yo me sentiría muy mal.

Tobías apoyó ambas manos contra la pared y bajó la cabeza. Soltó una maldición. Estaba cabreado, pero no podía desquitarse con ella.

Sabía que Aurora no hería a otros a propósito, menos había en ella deslealtad. Él necesitaba espacio.

Se giró para mirarla de nuevo.

—Tienes razón, Aurora, no puedo seguir contigo —expresó con dureza y también decepción—. Estoy cabreado y, aunque haya sido un error, no lo acepto.

—En verdad, nunca quise… —se le cortó la voz a Aurora.

—Deja que termine de hablar, por favor —interrumpió Tobías.

Ella hizo un leve asentimiento y no intentó acercarse para tocarlo o volver a disculparse. Lo que dijo él a continuación la hizo sentir fatal, porque ratificaba la excelente clase de hombre que acababa de perder por una situación impensada.

—De acuerdo… —susurró—. Solo no quisiera perder tu amistad, yo…

—No me importa cuándo o bajo qué circunstancias ocurrió ese incidente. Te creo cuando me dices que fue fortuito, así como que esto ha acabado entre los dos —interrumpió con expresión derrotada. Agitó las llaves del Mercedes—. No sé si, en algún futuro distante, pueda considerar ser amigos. Por ahora, no. Adiós, Aurora.

Ella lo vio alejarse y se limpió las lágrimas. Era cierto que no lo quería ni estaba enamorada, pero había tenido la voluntad de tratar que la relación avanzara. «Vaya fiasco», pensó, mientras bajaba con lentitud las escaleras. Tobías era un caballero en toda regla. La clase de hombre que las mujeres buscaban para formar una familia. Pero, al parecer, a Aurora la excitaba el fuego de un desconocido que ciertamente le había hecho saber que no era un caballero. Con ese pensamiento y la conciencia afligida, porque esta había sido una noche demasiado rocambolesca, salió de la casa.

No quiso ir al patio de nuevo, menos despedirse. Así que le pidió a Michael, el chofer de toda la vida que había trabajado con su familia, que la llevara a casa. En el viaje silencioso, Aurora intentó hacer las paces con su conciencia. Esperaba que los siguientes días fuesen mejores. Echaría de menos a Tobías, pero cortar la relación era lo

más sano. Cuando se acostó a dormir su cuerpo continuaba bullendo de energía.

Al cerrar los ojos, las sensaciones de insatisfacción la asaltaron. Quiso ignorarlas, pero no fue posible. Su sexo estaba ansioso y sus pechos pugnaban por ser tocados de nuevo. Aurora deslizó una mano bajo la blusa del pijama y la otra bajo el elástico de las bragas. Se pellizcó los pezones, mientras se masturbaba, insistente.

Su respiración se aceleró. Al tocarse, para llegar al clímax, lo hizo recordando los dedos firmes, expertos y pecaminosos de cierto hombre llamado Dominic.

¿Quieres leer más de Dominic & Aurora?

Conoce su historia en AMAZON, puedes adquirir el libro en tapa blanda, tapa dura y también ebook. ¿Tienes Kindle Unlimited? ¡Puedes leer gratis!

Da clic: Detrás de la perfidia

Besazos y mil gracias por elegir mis historias,

Kristel.

SIGUE LEYENDO: AL FILO DE LA MEDIANOCHE

Romance contemporáneo.

Padre soltero con pasado complejo.

Ambientada en Irlanda.

Diferencia de edad marcada, entre los protagonistas.

Grumpy-Sunshine.

Héroe de moral gris.

Enemies-to-lovers.

Explícito + 18 años.

Entornos de realidades dolorosas.

No hay infidelidades entre los protagonistas.

SINOPSIS

Cuando el destino juega sus cartas, el amor puede transformarse en un desafío.

Asher Cosgrove se desenvuelve con autoridad entre los círculos más influyentes de Europa. Su aspecto elegante y el impacto de su atractivo físico están acompañados de una estela de poder que infunde respeto. Detrás de su actitud implacable, aquella que muchos admiran, existen eventos tintados de emociones atropelladas por el desprecio. No tiene interés en ajustar su compleja agenda para incluir a otra persona que no sea su hija. Sin embargo, cuando conoce a una mujer que desafía todo de una manera irresistible, sus planes empiezan a cambiar. El pasado regresa para acecharlo y las elecciones que haga pueden volverse su redención o una perpetua condena.

Colleen Rowbotham es profesora de arte en Dublín. Los hombres que intentan conquistarla y romper su coraza emocional fracasan. Ella anhela recuperar aquello que le fue arrebatado tiempo atrás, y para eso necesita generar más ingresos, no sucumbir a las distracciones. El día en que su mirada se cruza con la de un complejo y hostil millonario, lo que a ella tanto le ha tomado construir estará al borde del colapso. El frágil equilibrio de su vida se

tambalea cuando recibe una noticia que la impulsa a tomar una decisión desesperada. La encrucijada que acorrala a Colleen solo tiene un final, pero es uno que jamás vio llegar.

Al FILO de la Medianoche

AUTORA FINALISTA DEL 2° PREMIO LITERARIO AMAZON STORYTELLER

KRISTEL RALSTON

PRÓLOGO

Costa del Atlántico Salvaje, Irlanda.

Inmediaciones de Donegal County.

Meses atrás.

Cuando abrió los ojos y el aturdimiento inicial pasó, el instinto desesperado de Asher fue extender la mano para buscar a su hija. Podía escuchar los sollozos de angustia de la niña, provenientes del asiento trasero del vehículo, y estaban destrozándolo. El dolor que sentía era tan lacerante que le impedía moverse con la agilidad que necesitaba, primero, porque estaba atrapado por el cinturón de seguridad.

Segundo, porque el coche se había volcado, así que estaba en una posición complicada. El olor a gasolina le quemaba las fosas nasales, el costado izquierdo le escocía como si hubiese sido atravesado por un cuchillo, y el simple ejercicio de respirar le costaba demasiado. Las voces de sus guardaespaldas diciéndole que estaban trabajando para remover los fierros del automóvil y que la ambulancia llegaría en unos minutos, le parecían lejanas. Asher estaba enfocado en liberar a Sadie de este desastre.

Tragó saliva e hizo su mayor esfuerzo para no perder la calma, a pesar de que los latidos del corazón parecían martillearle el pecho. Sobrevivir era la consigna más importante. La carretera en la que estaban era transitada, porque era la vía más rápida hacia el aeropuerto más cercano. Con dificultad apoyó la mano en una superficie del interior del vehículo, para evitar caer de golpe, antes de desabrochar el cinturón de seguridad. Hizo una mueca de dolor y con cautela se dirigió hacia el asiento de los pasajeros. Su hija estaba de cabeza, tal como él lo estuvo debido a la posición del

coche, tenía cortes pequeños en los brazos y en el rostro. La niña se agitaba y lloraba.

—Sa… Sadie, mírame —dijo él con firmeza, aunque jadeante por el esfuerzo. Ella estaba sostenida por el cinturón de seguridad. Los ojos azules llenos de lágrimas conectaron con los suyos que eran de color marrón—. Todo va a estar bien, princesa, papá está aquí contigo —expresó, mientras batallaba con cautela para sacarla del asiento infantil—. Deja de moverte tanto, por favor. Eso es, muy bien. Muy bien.

—¡Papá! ¡Papá, sácame de aquí! —exclamó, entre gritos y llanto.

—Voy a soltarte y quizá te duela un poco lo que haré, pero tú eres valiente, Sadie —dijo agarrando el broche del cinturón—. No tengas miedo. ¿De acuerdo?

—Sí… —dijo hipando y tosiendo al mismo tiempo—. Tienes sangre, papá… No quiero que te mueras —susurró con lágrimas rodando por las mejillas.

—Hemos tenido un acccidente y la sangre es superficial, pero nadie va a morirse, princesa —expresó con una convicción que no sentía—. ¿Lo comprendes?

—Sí, pero yo también tengo sangre… —susurró en un hilillo de voz.

Él experimentó una sensación de angustia ante la posibilidad de no volver a ver a su hija. Su único consuelo era que su testamento estaba al día. Sus padres eran los designados para ser los guardianes de Sadie en el caso de que él falleciera, y si ellos no estaban alrededor, la responsabilidad estaba dirigida a su hermana, Therese. Sin embargo, esperaba que la providencia universal no lo castigara privándolo de Sadie.

—Eso significa que ambos iremos al doctor para que nos limpie y nos haga sentir mejor —murmuró aliviado cuando, por fin, ella estuvo libre y la pudo sujetar. Le tomó el rostro con vehemente preocupación, mientras constataba que no hubiera heridas graves. La posición física en la que se hallaban era estrecha e incómoda. Al

notar que Sadie torcía el gesto de dolor, Asher quiso ser él quien sufriera cada pequeña incomodidad, en lugar de ella—. Por ahora, necesito que sigas las instrucciones que voy a darte. Así podremos salir lo antes posible del automóvil, ¿vale, princesa?

—Sí, está bien… —replicó la niña—. No quiero seguir aquí…—hipó.

Asher asintió con lentitud. Él ignoraba la gravedad de sus propias heridas.

—Lo sé, princesa. Por eso necesito que te mantengas pegada a mi pecho y obedezcas mis órdenes. Te sujetaré fuerte. El único que va a moverse seré yo. Tú trabajo es dejarte guiar por mí, hasta lograr salir del coche —explicó con rapidez.

La situación en la que se hallaban era como una bomba de tiempo.

—¿Te vas a lastimar…? —preguntó en un murmullo desesperado.

—Claro que no —mintió esbozando una sonrisa trémula.

Asher la abrazó con firmeza, instándola a hundir el rostro contra su pecho para protegerla de los fierros, al tiempo que él se estiraba sobre la espalda y se movía consciente de que tenía vidrios rotos debajo. No le importaba que las piezas afiladas rasgaran la tela de la camisa, menos que le traspasaran la piel con sus movimientos.

—¿Señor Cosgrove? —preguntó uno de los tres guardaespaldas, a través de una de las ventanas destrozadas—. No podemos apartar más los fierros, porque las herramientas que tenemos no tienen más alcance, salvo que utilicemos la fuerza y, dadas las circunstancias, no es un paso que podamos dar. Hunter y Aaron intentaron abrir el maletero para usarlo como alternativa de salida, pero está trabada la puerta.

El brutal impacto contra el BMW aturdió por completo a Asher. Cuando el otro conductor se acercó, gritando el nombre de Sadie, fue recibido con disparos de los guardaespaldas. El desconocido, tomado por sorpresa, recibió un disparo. Pero fue rápido y logró regresar sobre sus pasos para darse a la fuga a toda velocidad.

—¿Qué pasó con el culpable del choque? —preguntó en un tono tenso.

Asher había escuchado cómo el desconocido gritaba el nombre de su hija, así como los disparos seguidos de las voces de sus guardaespaldas. Pero no pudo hacer nada, porque la fuerza del golpe lo había sumido en un estado de súbito aturdimiento.

—Herido en un brazo, pero escapó —dijo James con frustración—. Sin embargo, podré darle las características exactas a la policía para hacer un identikit.

—De acuerdo —dijo Asher, cortando la conversando al respecto, porque tenía que enfocarse en que él y Sadie sobrevivieran—, ¿qué tan alto estamos?

El borde de piedra de la carretera los protegió de caer al mar y al mismo tiempo frenó el avance del BMW, pero no evitó que se volcara. La maniobra instintiva de Asher con el volante fue también un punto clave para mantenerse en tierra firme.

—Dos cuartos del coche están sobre la calle, el resto de cara al acantilado —dijo en un tono eficiente y rápido—. La única vía de salida es esta —tocó el borde quebradizo de la ventana—, pero tiene que dejar que la niña salga primero, señor Cosgrove. Si se mueven juntos, el carro empezará a balancearse y eso sería peligroso.

—¡Nooo! —exclamó ella—. Quiero que mi papá venga conmigo, ¡papá! —gritó en el momento que Asher comprendió que el peso de ambos era un inconveniente y la apartó de su pecho, mirándola—. No, no, no —pidió llorando.

—Hija, vamos a hacer un cambio de plan que será muchísimo mejor. Así regresaremos cuanto antes a casa —dijo con el corazón en un puño—. Vas a salir primero por esta ventana, ¿vale? James, Hunter y Aaron estarán esperando por ti.

—No, papá, por favor, no —suplicó.

—¿Qué es lo que me has pedido todo este tiempo? —preguntó de repente, porque necesitaba encontrar la manera de distraer a su hija. Estaban contrarreloj.

—Una piscina —dijo entre sollozos y limpiándose la nariz con el puño.

—Vamos a hacer un trato, princesa. Cuando regresemos a Dublín enviaré a construir una piscina magnífica en el patio trasero. A cambio, tú saldrás por esta ventana, pero tienes que prometerme que siempre obedecerás a tus abuelos y a tu tía Therese —dijo, porque no sabía si saldría vivo de este coche. Si esto ocurría, su familia sería notificada de inmediato y se ejecutaría su testamento. Sabía que Sadie no quedaría económicamente desprotegida, pero, joder, la idea de no estar para ayudarla en cada etapa de su vida o cuidarla, le escocía—. ¿Qué tal eso? —preguntó.

Ella hipó y lo quedó mirando e hizo una negación.

—Quiero salir juntos, papá —dijo moviéndose con impulso y abrazándolo.

El gesto súbito provocó que el coche se tambalease ligeramente.

—Sadie —dijo Asher apretando los dientes y limpiándole un rastro de sangre de la ceja con suavidad—, no podemos ir los dos, porque la ventana es angosta. Primero saldrás tú, después yo te seguiré —explicó en un tono suave y procurando insuflar calma en su hija, pero era complicado—. La ambulancia llegará pronto e iremos a que nos curen las heridas. Solo así volveremos a casa y tendrás tu piscina.

—¿Me prometes que no vas a quedarte aquí? —preguntó mirando por un instante la cara de James, que estaba recostado en la calle observándolos, a través del marco de la ventana—. En la escuela se burlan, porque dicen que mamá me abandonó… —susurró en tono vulnerable—. Yo les digo que tengo el mejor papá del mundo y que mi mamá está en el cielo, pero que me sigue cuidando en silencio.

Asher cerró los ojos brevemente. El comentario de Sadie lo embargó de una mezcla entre alegría y pesar. «Algún día tendré que contarle la verdad», pensó.

—Te prometo que iré después de ti —dijo mirándola—. ¿Confías en mí?

—Sí, papá —murmuró con leve asentimiento.

—Te amo, Sadie, gracias por salir primero del coche —dijo con alivio, mientras se movía con sigilo para que ella, con su físico menudo, pudiera ir hacia James. Una vez que la vio a salvo, él empezó a moverse también, pero con lentitud.

—Señor, Cosgrove —dijo Aaron acercándose—, la ambulancia está aquí.

—Joder, tendré que intentar romper el parabrisas. Este espacio es muy reducido para lograr traspasarlo —dijo sacando los brazos por la ventana, pero no pudo deslizarse más hacia el exterior, porque su cuerpo quedó ligeramente atrapado debido a la musculatura. Asher medía un metro con ochenta centímetros y poseía un físico atlético y fuerte—. ¿Puedes romper el parabrisas, Aaron? —preguntó.

—Sí, pero ese lado del coche está de cara al mar. Que usted hubiera podido salir de esa parte y llegar hasta su hija fue un golpe de suerte —murmuró.

—Supongo que sí —dijo con esfuerzo e intentando de nuevo salir.

En ese instante, un coche pasó cerca de ellos a toda velocidad. Todo lo que Asher temía se hizo realidad. Una chispa súbita fue la catalizadora del fuego que empezó a recorrer el camino dejado por la gasolina. Él vio el instante en el que inició la llama, así como también el momento en el que su hija rompió en llanto pidiéndole que se apresurara. La expresión desolada de Sadie fue como un puñal para Asher.

—¡Papá, el coche se va a incendiar! —gritó tratando de apartarse de los paramédicos que la atendían en el área de tratamiento en la ambulancia. James le impidió que se zafara y corriese hacia el lugar donde estaba Asher—. Me prometiste que saldrías después de mí. ¡Lo prometiste! —gritó entre lágrimas—. ¡No me dejes!

Asher respiraba con dificultad, mientras veía las llamas avivarse. Este viaje fue imprevisto, pero necesario para finiquitar una negociación que llevaba semanas en proceso. No tuvo con quién dejar a Sadie en Dublín y por eso la trajo con él. Maldecía la hora en

la que no aceptó que su familia llevara de vacaciones a Sadie a Croacia.

—Señor Cosgrove, los bomberos están a un minuto de distancia —expresó Aaron con vehemencia, mientras halaba a Asher de las manos para ayudarlo a salir con movimientos cautelosos y ágiles—. Ellos tienen las herramientas necesarias para lograr romper el metal —dijo, viendo el coche rojo asomando por la curva.

—Mierda, jodida ventana —farfulló Asher con enfado y frustración.

Hunter trató nuevamente de expandir, con una llave de cruz, los fierros de alrededor para darle más campo de acción a Asher. Este último intentó estirarse, en la medida de lo posible, con la ayuda de sus guardaespaldas. El dolor que experimentaba el magnate era insoportable; por eso procuraba controlar la fuerza de sus movimientos. El fuego cobraba más potencia, pero esto no le causaba ni de cerca la misma preocupación que escuchar el llanto desesperado de Sadie llamándolo.

—Queda poco, señor Cosgrove, lo vamos a sacar de este coche —dijo Aaron.

—Contacta a mi familia y diles lo ocurrido —replicó con dificultad —. Mi hija… Mi hija no puede quedar desprotegida. No la pierdan de vista… Joder…

—Sí, entendido —replicó Aaron mirando hacia las llamas.

—Bien… —zanjó Asher tragando saliva.

—¡Aaron y Hunter, dense prisa! —gritó James desde la ambulancia.

Demasiado tarde. El fuego envolvió el coche de repente.

Aaron no se apartó de su jefe y tiró con más fuerza para que saliera. Asher no estaba dispuesto a dejarse morir. Con un clamor profundo, que encerraba dolor y determinación, se impulsó de manera tan impetuosa que fue arrastrando parte del metal consigo. Uno de los fierros se le incrustó en la pierna. Bramó por la brutal punzada que le atravesó la carne. Aaron y Hunter lo agarraron

firmemente de los brazos y corrieron con él hacia la ambulancia. Los bomberos aparcaron en el preciso momento que el BMW explotó, creando una nube oscura entre naranja y amarillo.



Apenas llegó al hospital, Asher entró de urgencia a cirugía. Sus heridas consistieron en dos costillas rotas, un fierro incrustado en el muslo izquierdo, y sangrado interno, porque el bazo había sido comprometido. La intervención quirúrgica tuvo una duración de dos horas. Al despertar de la anestesia Asher fue informado de que Sadie solo tuvo heridas superficiales por el choque. Esto representó un gran alivio para él.

Los padres de Asher cancelaron sus vacaciones, para regresar de urgencia a Irlanda, apenas supieron del accidente. Ellos se hicieron cargo del cuidado de su nieta, hasta que el magnate pudiera salir del hospital. Su hijo ordenó que les reservaran un hotel de lujo en Donegal Town, al completo, además de asignarles guardaespaldas. Ninguna medida de seguridad sería suficiente para él después de lo sucedido.

La última noche que estuvo en el centro médico, antes de recibir el alta, Asher recibió la visita de la persona que menos esperaba ver de nuevo.

Él ni siquiera cuestionó el motivo por el que sus guardaespaldas le permitieron entrar, pues la hija de un consejero de la mafia italiana era en apariencia alguien inofensiva. Al menos, si se consideraba que solo las armas tenían la capacidad de causar daños temporales o permanentes. Asher sabía que James, Hunter y Aaron se habrían cerciorado de que la mujer no llevaba armas blancas o de fuego. Cuando la víbora entró en su suite, él agradeció en silencio que Sadie estuviera en el hotel.

—Ha pasado tanto tiempo, Asher —dijo la voz suave y aterciopelada de Elainne, mientras se acercaba a la cama—. Siempre

es un placer ver a un hombre atractivo, en especial si está semidesnudo. Aunque, considerando el escenario, sería más conveniente decir que es una pena lo que te ocurrió. Según las noticias, mi hija estuvo contigo en el accidente. No tuve más opción que dejar todo de lado para volar hasta aquí. Encontrarte no fue complicado, en especial cuando mis contactos son tan buenos como los tuyos. ¿Cómo te sientes? —preguntó con una sonrisa falsa.

Él no mostró sorpresa al verla. La bilis reemplazó al sabor neutral del agua que acababa de beber, porque su mente terminó de conectar rápidamente los puntos. Asher apretó los puños al recordar los momentos aciagos que vivió con esta mujer.

—Salir de la cloaca a la que perteneces, después de siete años, tan solo para cometer un intento de secuestro y homicidio, en un territorio hostil, es temerario o muy estúpido. Me inclino por esto último tratándose de ti —dijo en tono frío y reparando en que inclusive el cable de la intravenosa podría servirle para ahorcar a Elainne—. ¿Qué coño estás haciendo aquí? Salvo que quieras conocer en persona a mi buen amigo Liam McVault, entonces más te vale que cortes la mierda.

—No he venido con la intención de molestar al capo —replicó sobre el jefe de la mafia irlandesa, pero en su mirada pasó una levísima sombra de miedo al mencionar al sanguinario capo—. Mis asuntos son de corte personal.

—Lo tomaré en consideración cuando los sicarios de Liam me pregunten las razones para contratarlos y enviarlos a Calabria —dijo en tono mordaz.

Durante años, Asher mantuvo una cartera de clientes, cuyos fondos económicos provenían de actividades legalmente cuestionables. Pero él jamás trabajó fuera de la ley. Después de acabar el *affaire* o relación con Elainne también decidió dar de baja, en términos amigables, sus vínculos con esa clase de capitales de inversión.

—Una madre tiene que hacer lo necesario para recuperar a su hija. Lastimosamente, la persona que estaba contratada para

traerme a Sadie, falló —se encogió de hombros. Elainne recorrió el borde de plástico de la cama con las uñas pintadas de laca roja—. De hecho, creo que se le pasó la mano. Esa es la razón de que yo haya venido a visitarte —sonrió con malicia—, y de que él esté en una zanja. La intención no era asesinarte, aunque eso me habría facilitado tener a mi hija.

Asher no tenía un historial criminal, pero el homicidio, en este momento, le parecía un simpático inicio para inaugurar la lista. Lo único que estaba conteniéndolo de no de matar a sangre fría a esa infame mujer era su anhelo de cuidar a Sadie.

—Los seres humanos tenemos derecho a cambiar de opinión —dijo en un tono zalamero y se inclinó para besarlo en la mejilla—. ¿Te sientes muy mal? —preguntó, mientras deslizaba la mano hacia el sitio en el que estaba el área operada.

—Habla, Elainne —exhortó con acidez y sintiéndose asqueado.

Ella era la razón de que Asher desconfiara de las mujeres.

—A Sadie —dijo con simpleza—. Me la quitaste cuando yo era vulnerable.

Él enarcó una ceja ante el cinismo y luego se rio sin humor.

—Cuestionable manera de verlo, en especial cuando ofreciste renunciar a la patria potestad de Sadie por medio millón de euros —replicó en tono gélido—. Si no te largas en los próximos segundos, lo último que lograrás será salir ilesa de Irlanda —sentenció refiriéndose a Liam. Asher lo hizo ganar muchísimo dinero años atrás, cuando fue su cliente, y el capo le aseguró que podría recurrir a él si lo necesitaba.

—Tsk, tsk, siempre tan visceral —expresó con una sonrisa cargada de engreimiento y ponzoña—. Pero, ¿sabes qué, Asher? —preguntó abriendo la bolsa y sacando un par de hojas con sellos legales y apostillas—. La sutileza y un par de noches en la cama con la persona indicada pueden obrar maravillas —le dio los papeles.

—Nunca has sido distinta a una prostituta de carrera —replicó con desdén.

Elainne no mostró ningún indicio de estar ofendida. Se encogió de hombros.

—Una madre hace lo que sea por su hija —dijo sonriendo—. El juez Dirk fue una follada aburrida, pero el objetivo final se justifica. Un medio para un fin.

Asher la observó con asco y agarró los documentos. Por un instante, la visión se le nubló de rojo. Leyó con incredulidad cómo se anulaba la validez legal de la renuncia de derechos sobre Sadie que había hecho Elainne a cambio de cientos de miles de euros. Se argumentaba que había sido coercionada y chantajeada.

—Acabas de cruzar una línea impensable —dijo Asher apretando los papeles entre los dedos, mientras su cerebro gestionaba a mil por segundo las maneras de invalidar esta mierda. Lo consideró posible, hasta que Elainne volvió a abrir la bocaza.

—Nah, solo recibiré lo que por justicia me corresponde —replicó burlona.

—Las neuronas funcionales y el sentido común no se compran —dijo incoporándose, a pesar del dolor. Iba a ahorcar a esta perra con sus propias manos.

—La madre prevalece siempre ante los ojos de una sociedad. Ningún tribunal va a cuestionar un amor materno sobre la custodia de un padre soltero, mujeriego comprobado por los tabloides, que pasa gran parte del tiempo viajando y deja a su hija con niñeras o los abuelos —replicó con satisfacción al ver a Asher apretando los labios—. ¿Sabes? Te habría venido a visitar antes, pero no fue posible. Estuve ocupada con Amanda, una jueza que es amiga del juez Dirk —le hizo un guiño—. La eminente señora estaba muy atenta a mi relato de cómo un padre irresponsable, que le arrebató la hija a una mujer vulnerable —se señaló a sí misma—, puede tener la custodia de la niña. Por si fuera poco, la falta de seguridad y cuidados de ese padre dio pie a un terrible accidente —dijo con ironía—. Amanda se mostró consternada.

Asher respiraba con dificultad, pero no era a causa del dolor.

Aunque estuviera recién operado, su contextura continuaba siendo imponente e intimidante. Cuando estuvo frente a Elainne, esta retrocedió por inercia. Él la siguió, sin importarle arrastrar los cables de la vía o que lo que estuvo sobre la mesilla de noche se hubiera caído al suelo con estruendo. Menos le importaron los pitidos de la máquina que controlaba sus signos vitales, pues al moverse la había descalibrado.

—Acabas de pinchar la piel gruesa de una bestia capaz de todo por su hija —dijo agarrándola de la garganta. Ella dejó caer la cartera y empezó a boquear ante la falta de aire. Él podía hacer un ligero movimiento y quebrarle el cuello, pero prefería guardar energías—. Si no te moriste aquella noche, años atrás, puedes tener la certeza de que rectificaré el error del destino y tendrás una lápida con tu nombre. Estás advertida. Al atacarme provocaste una guerra que no serás capaz de sostener.

La soltó cuando dos enfermeras, así como sus guardaespaldas, entraron para saber qué estaba pasando. Elainne utilizó ese instante para tratar de zafarse. Asher la sacudió nuevamente y luego la soltó de mala gana, porque sintió cómo los puntos de la cirugía se abrían. Ella cayó de rodillas al piso, pero luego se incorporó, agitada.

—Sabrás de mis abogados —dijo ajustándose el cuello de la chaqueta—. Me arruinaste la vida, así que ahora haré lo mismo con la tuya —sonrió con malicia.

Asher acortó la distancia para acabar lo que había empezado, pero Elainne fue más ágil, pues no tenía agujas ni heridas en el cuerpo, y salió con rapidez de la habitación. Él dio un puñetazo tan fuerte contra la puerta que rompió una parte de la madera, al tiempo que se laceraba los nudillos. Asher dejó que las enfermeras volvieran a suturarle la herida, pero sin perder de vista lo que se avecinaba.

No existía un modo de que él pudiera crear un caso para acusar a Elainne de intento de homicidio o secuestro, porque en las putas carreteras no había cámaras de vigilancia. Un investigador privado llegaría a un callejón sin salida, pues las conexiones de su ex

pertenecían al mundo bajo de la mafia calabresa, la 'Ndrangheta. Esa clase de vínculos provocaba que las circunstancias aparecieran o desaparecieran.

Asher no formaba parte de esas esferas de muerte y corrupción, pero contaba con nexos que podían actuar con la misma eficacia. Lo anterior lo instaba a pensar con claridad en su objetivo: emplear los recursos que tenía a disposición para blindar a Sadie. Además, contrataría abogados para que desmantelaran cualquier intento de petición de custodia, visitas o acercamientos, que Elainne pudiera buscar con la niña.

Asher no iba a permitir que su hija sufriera de nuevo.

Los efectos psicológicos de un choque, si bien podían afectar a un adulto, en los niños podrían ser mucho más complejos. En una niña sensible como Sadie, la situación sería peor, pero solo el tiempo determinaría el alcance y esto era lo que Asher temía. Pero él podía hacer frente a cualquier adversidad. A la muerte inclusive, tal como acababa de demostrarlo. Sin embargo, ninguna experiencia de vida lo había preparado para lo que se fraguaba en su horizonte. Un horizonte, cuyas líneas energéticas iban a cruzarse con las de una mujer capaz de insertar notas de color en un mundo que él había estructurado en escala de grises. Sin duda, un peligro.

CAPÍTULO 1

Dublín, Irlanda.

Presente.

El ruido de carcajadas y frases de admiración, en apariencia respetuosas, estaban diluidas por la música, así como por las conversaciones del club para caballeros, Lethal Dragon. El sofisticado local estaba ubicado en Ballsbridge, un barrio acaudalado, y ofrecía una carta gastronómica con estrellas Michelin, así como un ambiente de confortable lujo. Los ochenta mil euros que costaba la membresía anual no solo incluía formar parte de un grupo elitista, y ampliar el espectro de contactos sociales, sino que permitía ser un expectador de shows eróticos, *striptease*.

El calendario anual de actividades incluía fiestas, conciertos privados, subastas de objetos de colección y mascaradas. En el caso de los bailes eróticos, las presentaciones se hacían tres veces a la semana y no era posible que los clientes se acercaran a las bailarinas para tocarlas durante la puesta en escena. Al respecto existían estrictas políticas de seguridad para las mujeres que actuaban. Lethal Dragon no era un vulgar club de sexo o un burdel. No había habitaciones destinadas para follar.

Las bailarinas tenían la potestad de elegir la rutina de baile, así como la temática que querían presentar, y si aceptaban o no acuerdos privados de índole sexual fuera del club. Los administradores se desentendían respecto de esto último, pues no les incumbía, ni recibían un porcentaje de ganancias por ello. Si las bailarinas decidían quedar desnudas por completo ante el público, el acto no aumentaba la paga en sus contratos. Lo que sí cuatriplicaban con ese gesto provocativo eran las propinas.

La consigna del club era ofrecer un entorno de entretenimiento para adultos, estilo Las Vegas, pero con toques más sobrios propios de la sociedad irlandesa. Los socios tenían acceso a un ambiente exclusivo, y diferente a los locales regulares, para poder reunirse entre amigos o trazar asuntos de negocios. Esta última parte era la razón de que Asher estuviera ahora en una de las mejores mesas de Lethal Dragon.

Su presencia respondía a la invitación que tuvo del propietario de la destilería de whiskey Mo Chairde, Niall McRae. Asher conocía muy bien este rubro comercial, porque lo había analizado durante años, además de que era un entusiasta de esa bebida. Sin embargo, la oportunidad de encontrar una destilería que estuviera buscando socios capitalistas, y que él considerase que merecía la pena recibir su inversión, le había sido esquiva. Hasta ahora. Cuando McRae le comentó por teléfono que estaba vendiendo el quince por ciento de acciones, Asher aceptó esta reunión.

Él quería usar el whiskey como puerta de acceso a otros mercados de alta gama. Lo anterior se traducía en dos planes ambiciosos: comprar a largo plazo toda Mo Chairde, y a corto plazo abrir una ruta de distribución con Japón. Esto último le permitiría a Asher acceder a negocios multimillonarios que transformarían su empresa de inversiones, Silver Clover, en una más versátil para capitales extranjeros. Los nipones serían el punto de partida ideal para atraer más fortunas no-europeas.

—Aún no comprendo el por qué rehusas ser socio de este club —dijo Niall de buen humor—. Se cierran más tratos en Lethal Dragon que en la oficina —rio.

—Eso último no está en duda y es la razón de que hubiera aceptado tu invitación. Por otra parte, tengo una hija pequeña, así que prefiero utilizar esos ochenta mil euros de la membresía para organizarle una fiesta de cumpleaños —replicó al tiempo que terminaba de beber el último trago de whiskey.

Esta era de las pocas noches, en muchos meses desde el incidente de Donegal County, que no estaría en casa para arropar a

Sadie antes de que ella se durmiera. Asher había contratado a regañadientes, varias semanas atrás, a una niñera. La mujer tenía mucha experiencia con niños, poseía sólidas referencias laborales y los hijos eran militares en servicio activo. Cuando Sadie la conoció, aunque no le dirigió la palabra, esbozó un asentimiento como aprobación, y Asher decidió contratar a Margaret.

—Lo comprendo —dijo el hombre, relajando el cuerpo contra el respaldo del asiento de cuero negro—, y esa es una respuesta que se ajusta a mi siguiente punto de la conversación. Asher, estoy interesado en la estrategia que propones, porque no solo buscas aportar capital, sino un crecimiento anual diversificando fondos con una metodología diferente. Es una oferta más dinámica y sólida de las que he recibido. Además, tu comentario respalda mi creencia de que eres un buen padre —dijo frotándose la barba entrecana—. La destilería ha pasado por varias generaciones de los McRae, así que más allá de mirarla como una mina de oro, lo hacemos como si se tratara de una gran familia que puede obtener réditos de algo que nos apasiona.

Asher lo miró con suspicacia.

—Procuro ser el mejor padre para Sadie —replicó con simpleza—, pero estoy seguro de que no nos hemos reunido para intercambiar consejos de vida.

Niall soltó una risa breve.

—Ciertamente —dijo el hombre de setenta años—, aunque puedo asegurarte que llegará un punto en el que necesites un urgente respiro. Por eso es que tantos colegas y buenos amigos formamos parte de Lethal Dragon. De hecho —expresó en un tono conspirador —, hoy empieza el estreno de la nueva temporada de shows.

—Jamás he tenido interés en formar parte de este club, aunque sea exclusivo y presente las mejores *strippers* de toda Irlanda, Niall. Estoy aquí para hablar de la destilería —dijo con seriedad, mirándolo —. Quiero saber tus conclusiones, sobre la estrategia que te he mencionado, más allá de tu comentario de que es distinta a otras

que has recibido. Así estableceremos una ruta de diálogo concreta y eficiente.

Asher no necesitaba un lugar como Lethal Dragon para estimular su libido. Su concepto de las mujeres que se dedicaban a exhibir su cuerpo por dinero, artístico o no, era muy bajo. Si él tenía ganas de desahogar sus deseos sexuales, lo podía hacer sin problema con una amante ocasional; ofertas para follar nunca le faltaban.

—Estamos navegando hacia ese rumbo —replicó Niall.

—No lo suficientemente rápido, en especial cuando tú y yo sabemos que el tiempo es dinero —dijo mirando el reloj, porque no quería pasar en este lugar más de lo estrictamente necesario. Aunque él era el interesado en la destilería, no iba a dejar que Niall marcara toda la dinámica de esta conversación—. Si mi propuesta para Mo Chairde fue acertada, ¿cuál es la condición para que la aceptes? —preguntó Asher.

El anciano ladeó la cabeza.

—La razón por la que estoy poniendo en venta las acciones tiene que ver con Imogen. Tú y ella, ya se conocen desde hace varios años. Así que deduzco que mantienen una relación de amistad. ¿Correcto? —preguntó con amabilidad.

—No diría que somos amigos, pero podemos entablar una conversación si coincidimos en algún lugar —dijo, aburrido—. ¿Qué tiene que ver tu hija en esto?

—Tal como te expresé, el aspecto familiar es importante para mí, así que quiero que esta conversación se mantenga bajo términos de confidencialidad. Apelo a tu sentido de esa importante relación de padre a hija para que entiendas las condiciones que tengo para vender las acciones de Mo Chairde —explicó.

—No me gustan los misterios ni los acertijos —replicó Asher con acidez.

Niall hizo un breve asentimiento, mientras pedía otro vaso de whiskey.

—Imogen se separó hace unos meses. Ella estaba a cargo de la sucursal en Cork, pero renunció a la destilería. Kiernan, el ahora exesposo, fue el culpable del desfalco financiero que me ha obligado a poner en venta un porcentaje de acciones —explicó con reticencia —. Quiero que le des empleo a mi hija en la división de tus negocios, la que es ajena al rubro de inversión. Lo más importante es que no se entere de que yo estoy de por medio, porque, caso contrario, rechazaría la oportunidad.

Asher recordaba vagamente a la mujer. No eran realmente amigos, sino conocidos por temas sociales. La última ocasión que se vieron fue tres años atrás.

—¿Cuál es el truco detrás de algo que aparenta ser tan sencillo? —preguntó con suspicacia. Él manejaba desde Silver Clover inversiones de capitales particulares. Pero también tenía Elysian Retreat, una línea de servicios estéticos de lujo en la que su hermana, Therese, era la gerente general—. No tengo inclinación por el cotilleo.

Niall se ajustó el nudo de la corbata. De repente le pareció muy ajustada.

—Después de divorciarse, Imogen se fue a vivir a Berlín —dijo en un tono de voz trémulo. Agarró el vaso de whiskey y bebió generosamente—. Quiero que ella regrese a Irlanda. Eso solo ocurriría si tuviera una buena razón que la motive. En este caso, la oferta de trabajo en un área que siempre le ha fascinado: belleza corporal y bienestar físico. Exactamente lo que hace tu cadena de SPA. Si consigues que regrese y trabaje para ti, te garantizo el nueve por ciento de las acciones —comentó.

Niall perdió su rumbo de atención, brevemente, cuando una mujer de cabellos negros y figura voluptuosa salió al escenario con un traje provocativo imitando a la diosa Nefertum. Esta noche se celebraba un homenaje a la mitología egipcia.

—Lo que acabas de solicitar puedo garantizártelo —replicó Asher, porque estaba habituado a persuadir y convencer a los más complejos clientes de que Silver Clover era la mejor opción para

aumentar sus fortunas—. Pero hemos hablado de un quince por ciento, así que corta la mierda, Niall, ¿qué otra estipulación tienes?

—Imogen ha perdido credibilidad en sus círculos de amistades, porque su exesposo estafó a algunos de ellos. La culparon y empezaron a evitarla. Fue ella quien se los presentó e instó a que confiaran en Kiernan —hizo una mueca—. No logró que creyeran en su palabra cuando les aseguró que no tenía vínculo con las estafas.

Asher lo observó con indiferencia. Si el asunto de la destilería no fuese tan interesante y prometedor, él se habría levantado de la mesa sin pensárselo.

—Niall, no creo en Santa Claus ni tengo un negocio de asesoría emocional —dijo perdiendo la paciencia—. ¿De qué forma es esto relevante? —preguntó.

—Estaba dándote un contexto para que comprendas lo siguiente: quiero que ella vuelva a vivir en Irlanda y que recupere su buena imagen en sociedad —dijo con convicción. Asher apretó los labios—. Sé que no quiere vivir en Cork, pero en Dublín puede empezar de nuevo. Si ella empezara a asistir a eventos en la ciudad, acompañada de un hombre incuestionable y que infunda respeto, podría recuperar sus amistades.

Asher se sorprendió de que el vaso de whiskey no se le hiciera trizas, entre los dedos, por la fuerza con la que estaba sujetándolo. Lo dejó sobre la mesa lentamente. Después se inclinó un poco hacia adelante y cruzó los dedos de las manos entre sí.

—¿Debo asumir que estás refiriéndote a mí? —preguntó con sarcasmo. Los músculos de su cuerpo estaban tensos y las olas de irritación eran más potentes.

Niall sabía que estaba atravesando un sendero espinoso con Asher, pero la imagen social era muy importante para su familia. Su esposa, si aún viviera, hubiera aplaudido su iniciativa de utilizar la situación empresarial para ayudar a Imogen.

—Sí, me refiero a ti —dijo con un asentimiento—. Te venderé el seis por ciento restante, además de un treinta por ciento adicional, si

asistes con ella a eventos entre la élite de la ciudad. De ese modo darás a entender que estás cortejándola y dándole tu respaldo social. Así se irá borrando el resentimiento hacia Imogen.

Asher lo miró un instante y luego soltó una carcajada de incredulidad.

En su itinerario de tiempo libre solo entraba su familia. No los negocios, menos las mujeres. Después del fiasco con Elainne, Asher era más cínico.

—Niall, estás cruzando una línea muy delicada al meterte con el manejo de mi tiempo y agenda —expresó en tono gélido. Aunque podría comprar otra destilería, ninguna de las que había analizado, en su estudio particular de mercado, poseía tanto potencial como Mo Chairde—. No voy a tener ningún romance con tu hija.

—Entiendo que eres un hombre que protege férreamete su vida privada, lo cual respeto, pero no estoy pidiéndote que tengas una relación real con Imogen —dijo con una sonrisa de disculpa. A nadie le gustaba tener a Asher Cosgrove en su lista de enemigos—. Serán poco eventos, privados, que acordaremos con antelación. La intención es generar la impresión de que estás con ella. Que quede en la deducción de cada cual bajo qué términos. Solo busco que Imogen recupere su credibilidad.

Asher tamborileó los dedos sobre la mesa.

—Estás dispuesto a vender casi la mitad de tus acciones para endulzar el trato, porque la impresión de un grupo de cotillas sobre tu hija es tan importante para ti, ¿correcto? —preguntó en tono desdeñoso. Niall se encogió de hombros y asintió.

—Esta parte del trato en particular no ha sido concebido a ciegas, Asher —dijo—. Se trata de mi hija, así que he elegido bien a quiénes voy a mencionarles este aspecto específico. He pensado en personas influyentes y ambiciosas, pero cuyas familias tengan fuertes lazos con asuntos filantrópicos. Tú eres la primera —expresó.

—¿Debería sentirme halagado? —preguntó en tono ácido.

—Considerando que esta lista específica solo consta de dos personas, sí —dijo Niall en un tono complacido. Asher comprendió el porqué cuando el anciano agregó—: Considerando que mañana hablaré con la segunda persona, sí. En especial, porque se trata del heredero de los Sokolov. Tú y él, poseen el perfil que ayudaría a Imogen, y Mo Chairde tendría inversionistas que aportarían vitalidad a mi empresa.

Asher apretó la mandíbula y miró con fastidio al anciano. No era una novedad que Nikolay Sokolov fuese su acérrimo competidor, pues entre NK Enterprises y Silver Clover se disputaban a los clientes que entraban en sus prestigiosos portafolios de inversiones de alta escala. El ruso era un hijo de puta y en más de un ocasión, cuando eran muy jóvenes, se habían liado a puñetazos por asuntos de mujeres.

Desde entonces, la relación de ambos era ácida, cordialmente antagónica y tintada de un perenne nivel competitivo. Sokolov sabía que las destilerías eran un negocio rentable. Si se enteraba que Asher estaba detrás de Mo Chairde, entonces no dudaría en aceptar la propuesta de Niall. El ruso estaba divorciado y no tenía hijos. A diferencia de Asher, Nikolay no tendría reparos en convertir un falso acuerdo de salidas sociales en un matrimonio, en especial porque implicaría expandir su fortuna.

Asher posó su mirada aleatoriamente entre los asistentes. Todos estaban muy concentrados en el escenario. La razón era obvia, claro. La mujer vestida de Isis juguetaba con los pezones erectos de una manera picarezca. Antes de dar la espalda para menear el culo echaba la cabeza hacia atrás moviendo la melena. Los hombres silbaban como animales en celo. Este era el entretenimiento por el que pagaban.

La vibración del teléfono le dio la excusa perfecta a Asher para desconectarse brevemente de esta conversación y el entorno de lascivia. Pero no alcanzó a responder a tiempo. Vio que se trataba del ingeniero en sistemas de Silver Clover. «Lo llamaría apenas

saliera del club. No podía concentrarse en dos aspectos al mismo tiempo».

Asher mantuvo una expresión impasible.

Si Niall acababa de establecer las condiciones para vender las acciones, aparte de mejorar el trato con un porcentaje más alto del esperado, entonces Asher también fijaría sus términos para aceptarlas. No estaban en igualdad de condiciones de poder o influencia, porque el dueño de Silver Clover poseía muchísimo más dinero. Sin embargo, el anciano contaba con una compañía única y bajo las condiciones idóneas para los propósitos de Asher. Esto le daba, esta vez, un breve margen de ventaja.

—Además del porcentaje actual de las acciones, te exijo una promesa notariada de derecho de hacer la primera oferta para adquirir más acciones de la destilería si llegasen a estar disponibles. Exijo el derecho a votar en la junta directiva con autoridad de decisión autónoma en proyectos específicos. Exijo el derecho a la información de las auditorías de Mo Chairde —expresó Asher puntuando cada petición con una presión del dedo sobre la mesa—. Sobre los eventos con Imogen: yo decidiré a cuáles asistir y también en qué momento esas salidas llegan a su fin. Seré yo quien maneje la narrativa frente a otras personas en este asunto. Tú, te encargas de hablar con tu hija de esta parte del trato. El resto del acuerdo queda entre tú y yo. ¿He sido claro?

Niall hizo un asentimiento y esbozó una sonrisa. Sabía que lograr sentarse en una mesa con Cosgrove era un privilegio. No incurriría en el error de regatear.

—Tus pedidos son excesivos, pero van a la par de mis condiciones, Asher. No hubiera esperado nada diferente de ti —expresó—. Creo que, después de esta conversación, ya podemos dedicarnos a disfrutar de este magnífico show —sonrió.

—No hago vida social, Niall, y ver un culo meneándose es tiempo perdido —dijo levantándose de la silla—. Le diré a mis abogados que contacten a los tuyos.

Lo que había logrado con Niall era ventajoso, pero aún necesitaba reconciliarse con la idea de atender eventos sosos con Imogen. Sus noches estaban destinadas para Sadie salvo que ella quisiera pasar con sus primas, ambas eran hijas de Therese, en casa de los abuelos. Lo anterior no era tan frecuente. Pero cuando ocurría, Asher podía permitirse la indulgencia de satisfacer sus necesidades sexuales con libertad.

Con la música de fondo, Isis desnuda y risas de alrededor, Asher agarró de mala gana la chaqueta del traje y salió de Lethal Dragon. En el exterior lo recibió una tenue llovizna, nada inusual. Esperó a que el valet parking le llevara el Range Rover. Sus guardaespaldas estaban en otro coche para escoltarlo como ya era habitual.



El trayecto desde el club hasta su mansión era de solo veinte minutos. Manejar no era un inconveniente, pero no le gustaba el enclave en el que estaba Lethal Dragon, porque la calle era muy angosta de transitar. Aunque habían pasado cinco meses desde el incidente en Donegal County, él solía tener pesadillas en las que su hija moría. Se despertaba bañado en sudor y agitado. Su instinto era correr a buscar a Sadie. Tan solo cuando la veía pacíficamente durmiendo, él se calmaba y regresaba a la cama.

Pero no siempre lograba conciliar de nuevo el sueño. El médico le había recomendado medicación para lograr descansar mejor, pero Asher no quería consumir químicos. Sabía el juego oscuro de las farmacéuticas y cómo mantenían a la sociedad sobremedicada. Cuando tenía estas pesadillas, él se levantaba a revisar los mercados financieros, hasta que llegara la hora de despertar a Sadie para que fuera a la escuela. Ella estaba bajo tratamiento con un psicólogo infantil, pero parecía no servir de nada. Se negaba a expresar qué emociones tenía o sus pensamientos sobre el accidente. Asher había pagado a los mejores terapéutas, pero ninguno lograba conseguir avances contundentes; tan solo le decían que necesitaba ser

paciente, porque eventualmente ella respondería a la terapia, pero hablaría a su propio ritmo.

Esa clase de respuestas, para un hombre habituado a resolver complejos problemas financieros y matemáticos, resultaba frustrante. El campo de la sutileza de la mente humana, en especial de alguien de seis años, le era muy ajeno. Así que intentaba enfocarse en lo que sí podía controlar. Lo anterior implicaba protegerla.

Él no había retirado las medidas de seguridad adicionales que instaló en casa, ni tampoco los protocolos de traslado de su hija a la escuela, que aplicó apenas regresaron a Dublín. Bajo su punto de vista no existía un padre *excesivamente precavido*.

No iba a correr riesgos, porque Elainne no había desaparecido del horizonte.

La muy caradura entabló una demanda en la Corte de Familia de Dublín para exigir la custodia de Sadie. Además de acusarlo de haberla coaccionado y aprovechado un momento de vulnerabilidad en ella para quitarle la patria potestad. Cuando Asher recibió la notificación de la Corte envió a sus abogados para que lo representaran y atendieran las instancias preliminares. El proceso no iba a ser ni amigable ni fácil.

Como se trataba de un caso de disputa, en el que ninguna de las partes estaban de acuerdo, otros factores se sumarían a los procedimientos estándar. Asher iba a emplear todo su arsenal legal. No iba a ceder. El tema del juicio lo tenía muy cabreado.

Elainne se había anticipado en la jugada y utilizó la ventaja del factor sorpresa, porque Asher jamás pensó que volvería a verla, para crear este escenario de mierda. «¿Cómo pudo haber prevenido algo que creyó que ya estaba acabado para siempre? Imposible». Ella había orquestado con minuciosidad todas las pruebas legales para garantizar que este proceso tuviera cabida en un tribunal irlandés y se ejecutara.

Asher no se iba a quedar quieto ni delegarle todo a su equipo legal. No.

Él estaba hurgando en el pasado de Elainne para atar cabos, porque quería encontrar la razón del súbito motivo de que ella hubiese regresado a interesarse por una hija que nunca quiso a su lado. Dada la naturaleza de los vínculos de su ex con la mafia calabresa, él usaba sus conexiones para esta búsqueda de forma estratégica. Su intención era obtener información, mas no agitar innecesariamente un avispero.

Asher salió finalmente del enclave en el que estaba ubicado el club.

Se concentró en el objetivo más importante de esta larga jornada: llegar pronto a casa para ver a su hija. Así que continuó la ruta a baja velocidad, consciente de que sus guardaespaldas estaban siguiéndolo de cerca. Todos los coches, incluyendo los de colección, ahora tenían los vidrios antibalas reforzados. Asher no permitió que el accidente le creara dudas sobre su capacidad de conducir un automóvil. El miedo era una elección. Él siempre optaba por no darle cabida en el asiento del copiloto.

Cuando iba a acelerar para dirigirse hacia la ruta que lo llevaría a la calle principal, John Reynolds, el encargado de sistemas Silver Clover y Elysian Retreat, volvió a llamarlo. Asher tenía tantas situaciones en la mente que había olvidado regresarle la llamada. Soltó una exhalación y maniobró para aparcar el coche.

—¿Qué ocurre, John? —preguntó respondiendo la llamada.

—Lamento haberlo llamado tan tarde, señor Cosgrove, pero quería informarle de un problema. Hubo un ataque cibernético a nivel nacional y varias empresas grandes, como la nuestra, fueron el objetivo. Lograron vulnerar uno de los servidores de archivos en donde están los datos de un grupo de clientes —dijo preocupado.

Asher se pasó los dedos entre los cabellos rubio oscuro.

—¿Cuál es la buena noticia? —preguntó en tono fastidiado.

—Reiniciamos todo el sistema de seguridad, incluyendo el de la cadena de SPAs, y en estos instantes estamos corriendo una nueva encriptación. Tengo el nombre de la carpeta de los clientes afectados. Quería notificarle lo ocurrido y por eso he insistido en llamarlo, en lugar de enviarle un correo electrónico —dijo.

—¿De quién fue el fallo en la cadena de protección del sistema, John?

—Dos ingenieros del turno de la noche —dijo con reticencia, porque conocía lo que ocurriría a continuación—. Tienen cinco años en la empresa, pero…

—Despídelos. No quiero escuchar las justificaciones que puedas tener. Les pago un excelente salario con prestaciones. Espero excelencia y me importa una mierda si atacaron el M16 o el Palacio de Buckingham o el archivo de fotos de Kate Middleton. En mis corporaciones, la seguridad de datos es una prioridad —zanjó. Él no toleraba la incompetencia—. Recursos Humanos y los abogados se encargarán de la indemnización correspondiente. Busca los reemplazos de inmediato —ordenó.

—A primera hora de la mañana estará todo listo, señor Cosgrove —murmuró—. Pero quiero aclararle que se filtraron los nombres, pero la información sensible y numérica estaba bajo una encriptación diferente. Entonces…

—No me interesa —cortó—. Tú eres el responsable. La única razón por la que no acompañas a tus ingenieros en la lista de despidos es porque el ratio de eficiencia que tienes supera a la media —expresó—. Notifícale los nombres filtrados a mi vicepresidente ejecutivo y que él se encargue de decidir qué hará al respecto.

—Sí, señor Cosgrove, lamento nuevamente lo sucedido.

—Los lamentos no dan soluciones, John, buenas noches.

Asher cortó la comunicación y dejó el móvil de lado.

Encendió la radio y trató de relajarse.

No le gustaba dejar sin empleo a otras personas, porque sabía que existía una familia detrás que se beneficiaba, pero Silver Clover no poseía la reputación de éxito por desempeñarse según las emociones, sino por la lógica. Para Asher su mundo era negro o blanco, pues los números jamás mentían; la data era exacta. No comprendía otra manera de mirar el mundo, sino bajo el pragmatismo. La única persona con la que cambiaba esa perspectiva era Sadie. Ella era explosión de luces en su existencia.

Asher se puso en camino y pasó la primera curva a baja velocidad.

Giró el cuello para relajarlo. Iba a necesitar un masaje o un quiropráctico, urgente. Cuando se disponía a girar a la izquierda, un sonido seco lo hizo frenar a raya. Ignoró la súbita sensación de tensión que pretendió enviar su mente a la carretera de Donegal County. Respiró profundamente un par de veces, lo hizo rápido y enfocado en el presente; se recordó que estaba en Dublín. A continuación bajó del coche. Los guardaespaldas también se bajaron al instante, en estado de alerta y vigilante.

—El perímetro está libre, no hay peligro —dijo James con certeza.

—Bien, yo me encargo —expresó Asher quitándose la chaqueta.

Los guardaespaldas asintieron y retrocedieron a prudencial distancia.

El corazón le palpitaba con una sensación de agobio por lo que acababa de suceder. Él era un conductor muy precavido y la señalización indicaba que, en este tramo de la vía, el vehículo no debía rebasar más de veinte kilómetros por hora. Había cumplido con la norma; no quería ni imaginar si hubiera ignorado esta indicación.

Esta era una zona en la que cruzaban venados o animales de un lado a otro en la carretera, en especial durante la noche. No era inusual que hubiesen accidentes por esta causa. Asher repasó mentalmente sus acciones detrás del volante y no encontraba razones para saberse responsable, porque había conducido con

cautela. Pero no iba a largarse, tuviera la culpa o no de lo ocurrido. No sería esa clase de hijo de puta.

Las luces de su Range Rover enfocaban lateralmente a la motocicleta, pero las luces de esta, apuntaban hacia el pavimento. La leve llovizna se mezclaba con el fresco de la noche y un entorno en el que la carretera estaba deficientemente iluminada. La conductora, porque la figura daba cuenta de que era una mujer, estaba tratando de ponerse en pie, pero tenía la mitad del peso de la motocicleta sobre las piernas.

Asher se movió de manera fluida, así que en pocos segundos levantó el aparato para liberarla. Se acuclilló con inquietud. No podía ver el rostro de la motociclista, porque ella estaba maniobrando para quitarse el casco. La escuchó soltar una maldición, frustrada, al no poder remover el aparato de la cabeza. Las manos le temblaban, quizá por el impacto del coche o quizá porque estaba herida. Asher no tenía idea de la respuesta, pero necesitaba averiguarlo para llevarla a un hospital.

Su reacción inmediata fue sujetarle las muñecas a la mujer para que dejara de moverse y se diera cuenta de que estaba todo bien. Que se calmara. O al menos eso era lo que él esperaba. El súbito ramalazo de energía, que le recorrió los dedos al tocar la piel de la desconocida, provocó que ambos se quedaran estáticos; sorprendidos por esa ese corrientazo súbito. Fue un momento corto, pero desconcertante. Asher no podía ver bien el rostro de la mujer a causa del plástico que recubría el visor del casco.

—Déjeme ayudarla —expresó con voz firme para no dar pie a réplicas—. Lo siento, pero no la vi por ninguna parte. Dígame si se encuentra bien. ¿Está herida? —preguntó moviéndose para quedar más cerca—. ¿Le duele algo? —preguntó.

—No estoy herida… No lo creo al menos, pero me golpeé la cadera derecha. Nada grave —murmuró ella—. Tampoco podría decir quién ha sido el culpable…

—Asumiré la responsabilidad al tener el vehículo más grande —concedió él, porque consideraba que era la verdad. Él era desalmado

en los negocios, pero esta clase de circunstancias implicaban una aproximación diferente. Además, si resolvía esto de inmediato, también ganaba tiempo y podía regresar más rápido a casa—. Le daré mi número del seguro para que los contacte. Puede elegir el taller mecánico que desee, el precio es lo de menos. Por ahora, la llevaré a un médico —expresó—. Aunque si prefiere ahorrar el viaje al mecánico, le pagaré una motocicleta nueva.

Ella soltó una risa suave que resonó en la piel de Asher. Fue como el toque ligero de una pluma sobre una superficie habituada a recibir golpes o rasguños: inusual, extraño y curioso. Él la quedó mirando un breve instante y frunció el ceño.

—Acepto la revisión de la motocicleta, pero no que me compre una nueva. Es ridículo. Probablemente las llantas se resbalaron por la llovizna cuando intenté esquivar su Range Rover —farfulló—. Estaba saliendo de mi trabajo y esta carretera suele siempre estar despejada a esta hora. Menos mal es una zona de baja velocidad…

Asher se puso de pie. Ella lo miró desde el pavimiento.

—¿Puede levantarse o está adolorida? —preguntó mirándola de arriba abajo en busca de rastros de sangre. Pero solo encontró lodo salpicado y leve suciedad.

—Puedo levantarme —replicó tomando la mano masculina. Sintió las ligeras callosidades de los dedos sobre los suyos. Se preguntó qué clase de trabajo haría a diario o si eran consecuencia de alguna práctica deportiva o hobby. Experimentó súbita curiosidad—. Gracias —murmuró, mientras se impulsaba y quedaba frente a él. En esa posición notó cuán alto era este hombre. Ella a duras penas le llegaba al hombro. Por otra parte, sí tenía una ligera molestia en la cadera, pero nada drástico. El golpe había sido fuerte. «Un ibuprofeno sería suficiente para aplacar el dolor».

—Vamos a quitarle este aparato —dijo él refiriéndose al casco color gris.

—Creo que mis dedos decidieron no tener coordinación y fueron incapaces de ayudarme con el broche de la correa —murmuró en un

tono quedo e inclusive nervioso. Jamás había tenido un accidente de tránsito—. Gracias por detenerse…

—Nuestros sistemas nerviosos no reaccionan bien a esta clase de situaciones. Algunas personas entran en pánico, otras se paralizan y otras son incapaces de hacer las tareas más sencillas, como desatar un broche o inclusive recordar la clave del móvil —murmuró Asher y a continuación removió con cautela el casco de la cabeza.

—Parece experto en accidentes —susurró algo inquieta por la cercanía de este desconocido. El aroma de la exquisita colonia masculina envolvió sus sentidos.

—He sobrevivido a cosas peores —dijo en tono críptico. Se alejó un poco.

Cuando el rostro de la mujer quedó al descubierto, él contuvo la respiración.

No esperó el chispazo invisible que se activo con fuerza cuando sus miradas conectaron sin la barrera del plástico del casco de protección. La mujer era despampanante y poseía un rostro que parecía la combinación de los rasgos de una joven Grace Kelly con Rita Hayworth. Esta mujer era una belleza clásica de ojos azules y un vibrante cabello rojo. Los labios de la mujer eran sensuales y Asher contuvo sus impulsos ante la irracional necesidad de inclinarse para probarlos. No supo de dónde carajos surgió esa estupidez. Él jamás tenía esta clase de reacción visceral inmediata. «No era ya un adolescente, joder», pensó con incredulidad.

Asher se enfadó consigo mismo y rompió el contacto visual.

—El casco parecía más apretado de lo usual —expresó él, entregándoselo.

Ella lo tomó y lo sostuvo bajo el brazo izquierdo.

—Sí, la verdad es que me queda un poco ajustado. No he tenido tiempo de cambiarlo —replicó. Luego extendió la mano—: Gracias por haberse detenido a ayudarme. Creo que otra persona se habría largado. Me llamo Colleen. ¿Usted es…?

—Asher —replicó sosteniendo esos dedos suaves más tiempo del necesario, luego los soltó como si lo quemaran—. La voy a llevar a un hospital —insistió.

Ella lo miró un instante, porque no recordaba haber estado frente a un hombre que irradiara una energía tan potente. El nombre era sexy inclusive: *Asher*. Acostumbrada a trabajar con expresiones corporales y también con artistas, ella podía definir ciertas características de las personas cuando hacían ciertos movimientos, la forma de hablar inclusive, y también el tono de voz. En el caso de Asher resultaba imposible que pasaran desapercibidos el poder, la masculinidad y la fuerza. Pero ella lo acababa de conocer y no volvería a verlo más en su vida. Así que le daba igual.

—Diría que es una situación extraña para conocernos —se rio, pero al hacerlo frunció el ceño y se llevó la mano a un costado de la cien. El golpe, al impactar contra el pavimiento, había sido fuerte—. No necesito un hospital —expresó.

Asher no iba a aceptar discusiones. Le hizo una señal a James. Después, con la misma facilidad con la que podía despedir a uno de sus empleados, le ordenó que se encargara de revisar la motocicleta. Cuando el guardaespaldas comprobó que el aparato funcionaba, salvo las abolladuras leves por la caída, la dejó cerca de Colleen.

—Disiento —dijo Asher.

—Está en todo su derecho, así como lo estoy yo de rehusarme.

—Señorita, la llevaré para que se cercioren de que no ha tenido traumatismos o alguna otra condición que amerite hospitalización. Muy simple y lógico —le entregó su tarjeta de negocios—, esta es mi información de contacto. Envíeme un correo o llaméme cuando tenga la factura del taller mecánico. Mi seguro es eficiente y resolverán al instante todo el trámite —dijo mirando el aparato—. Esta es una Honda CBR300R, un modelo de hace varios años y es conocida porque tiene problemas con el embrague. No cabe duda que fue la razón de que usted perdiese el equilibrio. Si este es su medio de transporte habitual, entonces será mejor que invierta en

algo que le garantice mayor estabilidad en condiciones climáticas adversas —comentó.

Ella se cruzó de brazos y elevó el mentón.

Toda la simpatía inicial que había sentido por este Adonis se evaporó. No iba a dejarse distraer por los cabellos rubio oscuro ligeramente alborotados por el viento, menos por los labios sensuales o la barba de tres días sin afeitar o esos potentes ojos marrones. «Él estaba juzgando sus elecciones y no tenía ningún derecho».

Colleen no justificaba ante otras personas sus elecciones. La motocicleta había sido un obsequio de su abuelo cuando cumplió los veintiún años. Desde entonces era su fiel acompañante y la prefería por sobre un coche. Resultaba rápida y eficiente.

Sí, la motocicleta estaba un poco vieja, pero siempre lograba repararla.

—Siendo un inversor de fondos, Asher Cosgrove —dijo mirando la tarjeta de presentación—, asumo que maneja grandes sumas de dinero y que también las posee. Pero no todos ganamos una fortuna para gastar en artículos de última generación. Cuando el mecánico haya revisado mi moto, y reparado las leves abolladuras que sufrió, lo contactaré. De seguro será un valor módico —murmuró sin interés —. Diría que es un gusto conocerlo, pero a nadie le agrada esta clase de accidentes como método de introducción social —se rio por lo bajo y se apartó—. Que le vaya bien…

Él la sujetó del codo instintivamente, antes de que ella se lograra alejar.

Colleen lo miró con expresión desconfiada. Estaba sola en medio de una carretera al filo de la medianoche. Este hombre tenía tres guardaespaldas y portaban armas. Así que deducía que Asher no era un ciudadano promedio. ¿Era de la mafia? ¿Un asesino serial? ¿Iba a secuestrarla? Un montón de preguntas descabelladas empezaron a forjarse en su mente. Su cerebro las detuvo cuando él volvió a hablar.

—No va a marcharse sola, Colleen —pronunció ese nombre como si estuviera acariciando cada letra. Ella contuvo la respiración y las pupilas de sus ojos se dilataron. Asher quiso atraerla contra su cuerpo de inmediato. «¿Qué demonios te pasa?», se preguntó enfadado consigo mismo. Atribuyó su reacción al cansancio y a que la última vez que folló había sido más de cuatro meses atrás—. Soy un empresario con mucha influencia, así que puedo revertir esta situación: acusarla de ser la culpable del incidente y obligarla a que pague el raspón del Range Rover. A menos que —la soltó con lentitud— usted decida que es en su mejor interés acompañarme al hospital.

Ella abrió y cerró la boca, furiosa por la amenaza.

Detestaba a la gente como Asher, porque se creían que, con el dinero e influencia, podían dictar los acontecimientos en la vida de los demás. Colleen ya tenía una amarga experiencia al respecto y una profunda cicatriz que jamás se borraría.

Pero intentó no pesar en aquellos tiempos, aún cuando eran la razón de su promesa más importante. En este instante, en medio de la carretera, solo pensaba en que necesitaba dormir. Al siguiente día tendría lugar la junta de profesores en la escuela y requería la mente despejada. No podría lograrlo, mientras este tal Asher, bajado de los cielos de la tentación y tinturado con estelas del mismísimo Diablo mandón, quisiera llevarla a un hospital. Colleen estaba segura de que el dolor que se irradiaba de su cadera, hasta medio muslo, pasaría pronto. Solo necesitaría un baño caliente y descansar. En cuanto al dolor de cabeza se debía al estrés de la semana.

—Los costes de ir a un hospital no están en mi presupuesto —dijo cruzándose de brazos—. Puedes tutearme. —Él asintió—. También ahórrate la preocupación. Estoy bien y mi motocicleta igual. Si eso es todo, ya puedes seguir tu camino…

—Sube al coche, Colleen —exhortó en un tono que no admitía réplicas—. No voy a correr riesgos, te lo acabo de decir, así que elige: una demanda o el doctor.

Ella tan solo esbozó una media sonrisa, altiva. ¿Quién se creía este hombre?

—No sé con qué clase de personas estás habituado a tratar, pero no recibo órdenes de quienes no pagan mi salario y, aún así, siempre dejo claro lo que estoy dispuesta a tolerar y lo que no —expresó—. No te conozco. Solo tengo una tarjeta de presentación con tu nombre y a lo que te dedicas. Eso no es garantía de nada. Bien puedes ser un asesino a sueldo o un traficante de órganos o cómplice de un psicópata.

Asher dio un paso hacia adelante. Colleen no retrocedió.

Él estaba educando a Sadie para que no fuese una persona que confiara sin más en el resto; le enseñaba a cuestionar y también a creer en sus instintos, así como a pedir ayuda si la necesitaba. Desde ese punto de vista, comprendía la desconfianza de Colleen. Lo anormal hubiera sido que ella hubiese aceptado su exigencia sin más.

Asher no estaba haciéndole ninguna propuesta indecente, sino que intentaba que ella recibiera una valoración médica. No era un acto altruista de su parte, pero tampoco lo hacía movido por la culpa, pues ya acababa de constatar que, en términos generales, la mujer estaba bien. Él quería el reporte de un doctor como respaldo, en el caso de que Colleen cambiara de idea y quisiera demandarlo. Asher prefería que sus abogados empleasen las horas para enfocarse en asuntos que sí eran prioritarios.

—No pago tu salario, pero sé que prefieres venir conmigo, en lugar de que haga una llamada que pueda traer un policía y que te lleve detenida. ¿Verdad?

Ella hizo un asentimiento breve de mala gana. «Hombre idiota».

—Me has ayudado a ponerme en pie y tu guardaespaldas constató que mi motocicleta arranca. Solo vete, Asher. Te acabo de decir que mi presupuesto no alcanza para un hospital, menos para un abogado —dijo con una mueca.

Ella no necesitaba más problemas con el sistema legal del que ya existía en su récord de vida. Cerró los ojos y se frotó el puente de la nariz. No se sentía en riesgo con Asher, esa era la verdad, a pesar de las circunstancias que los rodeaban. Pero no le apetecía seguir despierta, porque necesitaba equilibrar sus horas de sueño.

—Dale tus llaves de la motocicleta a James —exhortó, haciéndole un gesto a su jefe de seguridad, que se acercó de inmediato—. Él la conducirá, hasta el centro médico. Una vez que recibas la valoración puedes irte a dónde te plazca, Colleen.

Ella frunció el ceño y se acomodó un mechón de cabello rojizo.

Subirse a un coche con desconocidos no era inteligente. Pero tampoco lo era quedarse en esta carretera a estas horas de la noche y sin saber cuánto tiempo más aguantaría su motocicleta. Sí, el tal James la había probado y funcionaba; pero la fuerza de la caída de seguro le habría aflojado algo dentro a su Honda. ¿Qué tal si se subía y a los diez minutos se quedaba parada en media calle? Ese era también un riesgo.

Pero sería desastroso que él cumpliera su amenaza de demandarla si no accedía. «¿El menor de los males?», se preguntó a sí misma. La respuesta: sí.

—Sé defenderme si intentas algo fuera de lugar —replicó ella mirándolo.

Colleen solía llevar gas pimienta en la bolsa, porque la hacía sentir más segura cuando tenía trabajos en la noche y se movilizaba sola en su motocicleta. Por otra parte, era consciente de que si Asher hubiera querido lastimarla ya lo habría hecho sin pensárselo. Pero, ¿por qué habría ella de actuar con credulidad en un mundo que le había demostrado que la mejor manera de sobrevivir era siendo desconfiada?

Intentaba ser optimista y buscar el lado positivo de las situaciones, sí, pero esa capacidad solo existía cuando estaba trabajando. El arte, la creación, era la puerta a un mundo seguro e intocable. Su refugio. Pero evitar la vida para no recibir más golpes

era de cobardes, y ella jamás se había considerado parte de aquella triste categoría.

—La desconfianza es mutua —dijo como si le hubiera leído el pensamiento —. Este es un accidente leve de tránsito. No hay heridos ni daños lamentables. Quiero asegurarme de que estás bien. Así me cubriré las espaldas si cambias de opinión e intentas demandarme. A pesar de que tú y yo sabemos que no vas a hacerlo. El reporte médico es solo un asunto que llamaré como "administrativo" —dijo, indiferente.

—Supongo que lo dices porque tienes muchas demandas a cuestas, ¿es así?

Asher esbozó una sonrisa de medio lado. Decían que las pelirrojas poseían un carácter explosivo y también ardiente. Se preguntaba si esta preciosidad respondería en la cama con el mismo ardor con el que se agitaban ahora sus cabellos con el viento. Salvaje, inconexo, sin rumbo, intenso y lleno de inesperadas consecuencias.

—No viene al caso. No soy un asesino en serie —zanjó—. Sube al coche.

Ella enarcó una ceja. Se tomó un instante para enviarle a Avery, su mejor amiga, la ubicación del sitio en el que se encontraba. Después guardó el móvil de nuevo en el bolsillo interior de la chaqueta. Soltó una exhalación y miró a Asher.

—¿Eres algún mafioso o algo así para tener guardaespaldas? —preguntó—. Porque tengo una leve noción de los políticos y tu rostro no me suena de nada. Así que no podría asociarte con ninguno de esos personajes. ¿Estoy equivocada?

Él soltó una carcajada sin alegría. Hizo una negación.

Colleen ignoró la manera en la que el gestó logró que ese rostro se volviese más impactante y atractivo. «¿Era el dolor de cabeza el causante de que se fijase en estas idioteces?». Movió el cuello para relajarlo. No quería discutir. Iría al hospital.

Empezaron a caminar hacia el Range Rover. No eran más de siete pasos.

—No, pero tengo el mismo alcance de poder a mi favor —dijo, mientras abría la puerta del coche para que ella subiera—. ¿Por qué me miras sorprendida?

—Primero, eres amable y preocupado. Después, haces amenazas para que vaya a un centro médico. Finalmente, actúas como un caballero y abres la puerta del coche. Me pregunto qué otras cosas conoceré en los próximos minutos —comentó ella.

Asher no dijo nada, hasta que rodeó el coche y se sentó detrás del volante.

Colleen se acomodó el cinturón de seguridad y giró el rostro para mirarlo.

—Después de que te entreguen la evaluación médica no volveré a verte, Colleen, así que da igual qué conjeturas pudieras tener o imaginar —dijo en tono indiferente.

Ella se encogió de hombros ante el comentario. No implicaba que iba a hacer el trayecto en silencio. Podía hacer conversación y él elegiría si responder o no.

—¿Salías de alguna fiesta o tienes alguna oficina aquí cerca? Sé que hay muchos *workaholics* y no les importa si les da la medianoche o el amanecer con tal de terminar lo que sea que crean que es más importante que dormir —dijo. Parte de su profesión consistía en procurar conectar con otros para lograr entenderlos. No era algo que planeara, aunque a veces intentaba reprimirse. Al parecer esta vez no fue posible.

—No —replicó sin intención de elaborar un comentario más extenso.

Salieron de la carretera y entraron en una avenida principal. Asher no necesitaba GPS, porque conocía bastante bien las áreas cercanas. No le interesaba entablar una conversación profunda o conocerla. Daba igual que fuese bellísima o que las ganas de enterrar los dedos entre esos cabellos sedosos resultasen tan fuertes.

—Bueno, ahora también noto que eres elocuente —comentó con sarcasmo.

Él giró brevemente la cabeza para mirar y luego volvió la atención al frente.

—Digo lo que se necesita expresar. No gasto palabras —dijo.

Colleen no pudo evitar soltar una risotada suave. Meneó la cabeza. Al hacerlo se acomodó mejor en el asiento. Por simple curiosidad miró hacia atrás. La sonrisa se le borró del rostro al notar la sillita para niños. Notó también el título de un libro infantil de letras grandes. *La voz de Maya* de Wen-Wen Cheng. ¿Este hombre era casado?, se preguntó, mientras con discreción miraba los dedos de Asher en búsqueda de un anillo. Sabía que varios hombres no llevaban el anillo de matrimonio. Daba igual.

—Ehhh, ¿Asher? —preguntó, mientras él aparcaba en el hospital.

Él apagó el motor y se quitó el cinturón de seguridad. Se giró para mirarla.

—Ya estamos aquí —dijo—. No entraré a la consulta contigo, porque no tenemos ningún parentesco. Necesitaré la copia de la evaluación médica. Puedes marcar en negro aquellos datos que consideras privados, pues no me interesan. Por favor, deja legibles las notas en la que consta tu estado de salud: si presentas o no contusiones o si tienes alguna incidencia como consecuencia de este accidente.

Ella enarcó una ceja con incredulidad. Lo que tenía de guapo lo tenía de idiota.

—No soy tu asistente personal ni tu empleada. No puedes darme órdenes —dijo—. Tan solo porque has usado la palabra "por favor", desisto de mandarte a la mierda. No me importa tu dinero, tu posición jerárquica en la empresa para la que trabajas o si tienes el respaldo del ejército de los países de la OTAN —concluyó.

Asher la miró con curiosidad. No estaba acostumbrado a que refutaran sus órdenes de esta manera. Sí, estaba empleando la palabra "por favor", porque tenía modales. No podía definir todavía si esta mujer era refrescante o irritante.

—No me digas —dijo en tono gélido y sarcástico.

—Si he venido hasta aquí es porque sé lo que tengo que hacer, Asher. Te entregaré el documento y cada uno partirá hacia el destino que le corresponda.

—Mi tiempo es limitado, así que procura que sea rápido —dijo él.

Colleen iba a replicar con un comentario mordaz, pero el hombre utilizó esos instantes para arremangarse la camisa azul, hasta los codos. El movimiento de los músculos definidos del brazo fue como porno visual para ella. Se contuvo de extender la mano para tratar de tocarlo. Apretó los puños a los costados para reprimirse.

Él dejó al descubierto un sinnúmero de detalles artísticos en forma de tatuajes. Colleen quiso conocerlos, delinearlos con sus dedos y saber qué historia escondía cada uno. Como adepta a todo lo artístico, los detalles que se ponían en la piel le parecían fascinantes, aunque no en la suya, porque era cobarde y le tenía pánico a las agujas.

—Aunque no lo creas —dijo con sarcasmo—, mi tiempo también es limitado, para ti y para todos los que no forman parte de mi círculo personal. Apreciaría que dejaras de comportarte como un energúmeno a ratos y como un hombre decente en otros, porque me agobia. No quiero que mi dolor de cabeza se incremente.

—Solo ahórrame tiempo y baja del coche. El dueño del centro médico es mi amigo. Lo voy a llamar. —Ella puso los ojos en blanco, mientras él hacía precisamente eso. Asher terminó la llamada en menos de diez segundos, luego la miró—: Bien. Te atenderán como prioridad apenas te registres en la recepción y solicites un chequeo.

—Vaya, pues muchas gracias —dijo con ironía—. Por cierto, entiendo si estás apurado por tus hijos, pero yo no insistí en venir al hospital. —Él enarcó una ceja ante el comentario—. Hay una silla infantil atrás —aclaró con simpleza.

Asher apretó los dientes. De repente se sintió a la defensiva y la miró con suspicacia. Él no llevaba pasajeros en este automóvil salvo Sadie. No esperó que esta mujer fuese observadora o que hiciera comentarios de algo que no le incumbía.

—Una sola hija —replicó mirándola. La luz de la calle le daba a Colleen directo en el rostro. Eso logró que los ojos azules lucieran más brillantes e invitadores.

—¿Puedes decirme cuántos años tiene…? —preguntó con una sonrisa. Le gustaban los niños y uno de sus anhelos era ser mamá. Así como también abrir su propio estudio de arte. Pero tenía asuntos pendientes que exigían ser prioritarios.

—Es una niña de seis años —dijo con orgullo. No haría más comentarios al respecto. Así que cortó la conversación bajándose del coche, rodeándolo y abriendo la puerta para Colleen—. Estaré en el lobby, hasta que salgas. Yo pagaré la cuenta.

Ella hizo un breve asentimiento. Se ajustó la chaqueta roja. Al pensar en que Asher tenía una hija pequeña, lo más lógico es que la familia de él estuviera preocupada por su tardanza. «Y tú pensando en cómo descifrar sus tatuajes», se amonestó. No le gustaba ser inoportuna, así que procuró mostrarse considerada.

—¿Vas a llamar a tu esposa para decirle lo que ha ocurrido? Debe estar inquieta en casa. Si yo estuviera casada, lo más probable es que hubiera querido que mi esposo me llamase para saber si iba todo bien —dijo con empatía y miró el reloj de muñeca —. Es algo tarde. No voy a escuchar —sonrió—, porque estaré ocupada — señaló con la mano hacia la puerta del hospital. Ella recordaba los aciagos años en los que su madre tenía recaídas a causa del alcoholismo. Se incomunicaba durante horas y su padre se sentía desolado, porque no siempre estaba en el mismo bar o parque.

Asher la miró un instante. La puerta del coche estaba abierta. Él era más alto y ella todavía estaba sentada. Se acercó varios pasos, hasta quedar muy cerca.

—No sé si sea tu manera de pescar información —dijo, hasta que sus rostros quedaron a una palma de distancia. Ella contuvo la respiración—. Tal vez, sí sabes quién soy y has fingido todo este tiempo. Tal vez, me has estado siguiendo y el aparente encuentro de hoy, en realidad fue planeado —extendió la mano y le tomó ambas

mejillas con una sola mano—. ¿Quién eres? —preguntó en tono mordaz.

Colleen no se esperaba este cambio de rumbo. Se sintió nerviosa, porque este mismo gesto le recordó cómo, años atrás, había sido intimidada. Pero las consecuencias en aquellos tiempos fueron nefastas. Ahora tenía cómo defenderse.

Él no estaba lastimándola, sino que tan solo la sujetaba con firmeza. Acercó aún más el rostro, hasta que los labios de ambos estuvieron muy cerca. Del cuerpo de Asher emanaba calor y fuerza. Colleen respiraba agitadamente. Esto era una locura.

—¡Suéltame, Asher! —exclamó agitando la muñeca masculina.

—Dime quién carajos eres en realidad —replicó sin apartarse.

La agencia de seguridad le entregaba informes para constatar que Elainne estaba fuera del perímetro de sus oficinas y su mansión. Pero ella podría valerse de recursos estúpidos para recabar pruebas, tergiversarlas, y dárselas a la Corte.

Quizá esta tal Colleen fue contratada por su ex, para que tratara de llegar a él y obtuviera información. No sería ninguna novedad. ¿Fue este un accidente? ¿O es que Elainne no tenía suficiente creatividad para hallar otro modo de intentar llegar a Sadie?, se preguntó con rabia, al pensar que esta pelirroja sería tan solo un señuelo.

—Te lo he dicho, joder, me llamo Colleen. Mi apellido es Rowbotham —dijo maniobrando y sacando su identificación de la bolsa—. Lee —le entregó el DNI.

Asher tomó la tarjeta plástica y la leyó detalladamente. Colleen J. Rowbotham. Veintisiete años de edad. Nacida en Dublín. La fotografía coincidía. En su juventud, tan solo porque era un idiota al igual que sus mejores amigos, Asher aprendió a hacer documentos de identidad falsos para entrar en los pubs y sitios para mayores de edad. Así que sabía cómo reconocer un documento falso de uno real. Este era real.

—¿A qué responde la J en tu nombre?

—Creía que era solo una verificación sencilla, aunque innecesaria, ridícula y bastante entrometida de tu parte, para constatar, no sé para qué, que no miento.

—Es una pregunta fácil —replicó Asher.

Ella puso los ojos en blanco.

—Juno, ¿satisfecho? —dijo en tono irónico.

Asher tan solo la miró fijamente.

—¿En qué trabajas? —preguntó a cambio. Esos ojos femeninos en forma de almendra, exóticos y expresivos, dejaban entrever un brillo de claro enfado.

—Soy profesora de expresión corporal en teatro y danza. Doy clases de yoga —dijo—. A ratos también coordino o asesoro en diferentes eventos culturales —agregó pensando en Lethal Dragon. Colleen preparaba a las bailarinas para que lograran transmitir las emociones y enlazarlas con el tema de la temporada. Ellas se adaptaban a sus indicaciones durante los ensayos, tres tardes por semana; la misma frecuencia que los shows—. Solo me falta darte mi currículo completo y referencias —expresó con ironía y sintiendo cómo la tensión en él disminuyó un poco—. ¿Conforme?

Asher la miró varios segundos e hizo un asentimiento.

La soltó y se apartó, luego se pasó la mano sobre el rostro.

—Aquí tienes —murmuró entregándole el DNI, ella lo agarró de mala gana.

—Vaya qué amable —dijo con sarcasmo y se bajó del coche.

No iba a comentarle que trabajaba en un club para caballeros, porque no era de su incumbencia. No se avergonzaba, pero tampoco quería que este hombre la juzgara sin conocer sus circunstancias; aún si las conociera tampoco tendría la potestad de recriminarla. Se preguntaba si Asher sería socio. Le parecía estúpido que la idea de él mirando a esas bailarinas, desnudándose con sensualidad, la incomodara. «Tal vez, la caída en la moto sí me ha afectado el cerebro», se dijo a sí misma.

—Mi vida es bastante complicada —expresó él—. Sobre tu pregunta anterior, pues no tengo esposa, sino una niña pequeña que depende de mí. Eso es todo.

—¿Esa es una disculpa? —preguntó cruzándose de brazos. No iba a preguntarle los motivos del porqué no tenía esposa—. Porque de ser tu respuesta afirmativa, Asher, déjame decirte que me ha resultado bastante pobre —expresó.

Él apretó la mandíbula e hizo un asentimiento.

—Lo lamento —replicó como si se hubiese tragado un limón con sal. No solía pedir disculpas ni aceptar sus errores, porque procuraba no cometerlos, pero había dejado que la paranoia hiciera presa de su sentido común—. Estaré en el lobby.

Colleen lo miró a los ojos. No era su belleza masculina lo que parecía atraparla, sino algo que lograba empatar con alguna parte de ella. Se preguntaba de qué se trataría, y si las almas con asuntos por resolver se cruzaban con frecuencia. Ella no era rencorosa, porque no le servía de nada envenenarse con esa clase de emociones.

Tomó una larga inhalación y luego expulsó el aire con suavidad.

—Bien —dijo con suavidad y en tono agotado. Le costaba mantener los párpados abiertos. Se preguntaba cómo sería vivir sin la preocupación de tener que contar cada céntimo para tratar de llegar a fin de mes—. Te veo al rato, Asher.

Él no hizo amago de detenerla, mientras veía el cabello rojizo desaparecer tras la puerta giratoria. Asher caminó hacia el interior del hospital. Una vez que se sentó, lo primero que hizo fue llamar a la niñera para preguntarle por Sadie. La mujer le informó que la niña estaba dormida y que la única tarea inconclusa era matemáticas. Asher sabía que ese no era el fuerte de su hija, así que tendría que levantarla más temprano de lo normal para revisar qué problemas habría encontrado con esa tarea.

Cuarenta minutos más tarde, Colleen avanzó por el pasillo hasta él.

En ese instante, Asher pudo contemplarla a gusto. La mujer no solo era hermosa, sino que, en conjunto, robaba el aliento. Tenía una figura esbelta y un andar suave que lograba que las caderas se moviesen con fluida y natural sensualidad. Él enmascaró su expresión de indiferencia cuando Colleen le entregó el documento que le había solicitado. Estaba marcado con negro en las partes de información más personal. Le habían recetado ipubrofeno por unos días tanto para el dolor en la cadera como para la cabeza. No tenía contusiones ni alteraciones. Signos vitales correctos.

—Sube al coche, por favor, te llevaré a tu casa. James continuará en tu motocicleta —dijo mirándola—. Me alegro de que no tuvieras ninguna contusión.

Ella ladeó la cabeza levemente. No quería mencionarlo, pero sí había notado una ligerísima cogera en Asher al caminar. Era casi imperceptible, aunque, para una persona habituada a leer y trabajar el lenguaje corporal resultaba bastante obvio.

—Creo que será mejor que cada quién tome su camino, Asher —replicó con suavidad. Este era la clase de hombre que tenía un tatuaje invisible que gritaba *peligro* —. Si James ha conducido estos veinte minutos y mi motocicleta no ha fallado, entonces eso implica que puedo usarla sin problemas para volver a casa —expresó.

Asher sacó las llaves del automóvil del bolsillo.

—Como prefieras. Le diré a mis guardaespaldas que te acompañen en el otro coche, y yo me voy por otro camino con James —dijo, porque quería ver a su hija—. Elige el mejor taller mecánico de la ciudad y lleva tu motocicleta. No escatimes en gastos.

—No lo haré —replicó. Iba a usar esta oportunidad para que su Honda quedara impecable—. Que tengas una buena vida, Asher —dijo extendiendo la mano.

Él miró esos dedos delicados y con uñas pintadas de color violeta.

—Igualmente, Colleen —replicó sosteniéndole la mano entre la suya que era mucho más grande. Ella parecía frágil, pero su carácter

desdecía esa concepción.

Cuando se soltaron, los dos sintieron como si hubiesen perdido algo importante. Tan solo se miraron brevemente y cada uno partió hacia una ruta distinta.

Sin saberlo ambos habían despertado una vibrante chispa en el otro.

Esa clase de chispa que no se apaga con el tiempo, sino que espera el instante preciso para avivarse y empezar a consumir a quienes osaban encenderla.

CAPÍTULO 2

Daba igual el horario, los cementerios nunca serían un lugar cómodo de visitar a solas. Sí, el entorno aparentemente ofrecía una silenciosa y extraña calma, pero las razones de que esas tumbas estuviesen alrededor, al igual que las cientos de historias enterradas bajo un cúmulo de tierra y rematadas por lápidas de mármol o cemento, no causaban a ningún visitante una sonrisa. Salvo excepciones, pero ese no era el caso de Colleen.

El sol aún no asomaba por completo y el viento frío agitaba el césped todavía lleno del rocío de la mañana. Ella había comprado peonias la noche anterior, porque ninguna florería abría a las seis de la mañana en Dublín. Colleen no consideraba apropiado visitar a su hermana mayor sin llevarle sus flores favoritas, en tono rosa.

Dejó el ramo sobre la lápida y le dio tres toques suaves con el dedo. Esta era su manera de saludar. Las supersticiones y leyendas míticas eran parte de la cultura irlandesa, así que Colleen no sentía que estaba perdiendo la cabeza con los rituales durante su presencia en este lugar. Ella visitaba a Mel una vez al mes, pero si se sentía abrumada, entonces recurría a la soledad y el silencio de este entorno. Le contaba a Mel lo que estaba ocurriéndole e imaginaba las respuestas que le hubiera dicho.

A veces reía, pero también terminaba en lágrimas, porque jamás volvería a ver la sonrisa o a escuchar la voz de su hermana mayor. Tal vez, en una próxima encarnación se reencontrarían y volverían a reconocerse. Pero era en esta maldita vida en la que Mel le hacía falta. Nada lograría reemplazar el vacío que dejó su partida. Colleen le había hecho una promesa el día del sepelio, mientras su padre y su abuelo echaban la última pala de tierra sobre el ataúd. Para poder cumplir esa promesa, necesitaba más dinero del que tenía en la cuenta bancaria. La situación la frustraba.

Gran parte del tiempo, la vida parecía echarse una carcajada a su costa y la obligaba a desembolsar lo que tenía ahorrado para solventar otros inconvenientes. Ella no desistía, aunque a ratos todo pareciera ir en su contra. Los abogados que había visitado, al conocer su versión y enterarse quiénes habían sido los acusados en el primer juicio, le explicaban que era complicado reabrir el caso de Melanie. La excusa que recibía era que el juez que dictó la sentencia era de muy alto rango, y rebatir implicaría causar un malestar que ningún abogado querría sobrellevar. No solo por el magistrado, sino por el perfil de las familias que Colleen consideraba culpables.

Aquella clase de argumentos se habían repetido, con distintas palabras, durante las numerosas ocasiones en las que ella buscó ayuda. Esa cobardía la enfurecía.

—Usted, que es abogado y posee todos esos diplomas —había dicho ella señalando los certificados colgados en la pared—, ¿cómo es posible que me diga que el juez que siguió el caso es demasiado poderoso y que nadie osaría contradecir su sentencia? ¿Es que el sistema judicial de este maldito país está tan podrido? ¿Es que ningún profesional comprende la naturaleza real de la frase *hacer justicia*?

El aludido, un hombre con bastante experiencia en el campo penal, la había observado con una mezcla de compasión, pero también fastidio. En la universidad en la que se reunieron se ofrecían servicios de asesoría legal gratuita a exalumnos y también a ciudadanos irlandeses de a pie. Este último había sido el caso de Colleen.

—Entiendo la frustración, señorita Rowbotham —había expresado, mientras agarraba un cigarro y lo encendía—. Pero si no encontraron evidencias suficientes para condenar a los acusados, entonces tampoco hay forma de reabrir el caso. Aunque siga buscando más abogados, o profesores de derecho penal en libre ejercicio, le aseguro que le darán la misma respuesta que yo, en cuanto les explique los detalles.

Colleen se había levantado con rabia y decepción.

—¡Dígame qué más hace falta, por favor, abogado Harrelson, para que alguien tenga los cojones de desafiar una estúpida sentencia! —había exclamado presionándose el puente de la nariz con los dedos —. Es solo un juez. Un hombre. Esas familias, ¿acaso les pagan los salarios a toda Irlanda? ¡Claro que no!

Él había carraspeado, incómodo por el exabrupto.

—La red de conexiones entre abogados funciona igual que la política —había respondido con paciencia—. Si los acusados forman parte de un grupo que domina el escenario económico y social en la ciudad, o el país, entonces el abogado que intente reabrir el caso generará incomodidad. La situación podría revertirse en contra de él: lo mirarían con desconfianza o bloquearían oportunidades que podrían hacer el camino profesional más fluido. Nadie quiere eso, señorita. Los que formamos parte de este gremio buscamos hacer justicia, sí, pero sin cabrear a quienes son los equivalentes al aceite y a las tuercas de nuestro sistema social. ¿Me explico?

Ella había contenido las lágrimas.

—Entonces, ¿qué debo hacer? —había preguntado en un susurro quedo.

—Reunir dinero y contratar una firma legal que tenga suficiente alcance y conexiones. Se trata de equilibrio de poder. Aunque la fábula de David y Goliat es muy agradable, en el ámbito legal esto es una rareza. Su caso no forma parte de ese grupo de excepciones —había dicho con brutal franqueza—. Los abogados que le fueron asignados por el sistema no eran los más brillantes de la carrera y por eso las pruebas fueron desestimadas con tanta facilidad. Si a ello le suma lo que acabo de explicarle, entonces su familia nunca tuvo una verdadera oportunidad —había concluído—. Le deseo mucha suerte en su búsqueda, pero no puedo ayudarla.

—¿Influye en su decisión el hecho de que mi presupuesto es ajustado y tendría que pagar por partes? Porque le aseguro que soy una persona responsable.

El hombre había hecho una negación; impaciente.

—Incomodar a las personas equivocadas no merece la pena cuando mi familia y mi carrera profesional prefieren la estabilidad económica. ¿Lo he dejado claro?

Colleen había dejado caer los hombros ligeramente.

—Sí, gracias por su tiempo.

Esa conversación había impulsado a Colleen a buscar trabajos extras.

Aceptaba todo tipo de empleos. Daba igual si tenía que vestirse de dinosaurio en una obra de teatro infantil; si la contrataban como cuenta cuentos en una biblioteca; o si un amigo le pedía que lo reemplazara como cajera o lavaplatos. Inclusive había obtenido la certificación para ser profesora de yoga y daba clases en un estudio. La dueña era su amiga, aunque solo la llamaba cuando necesitaba que la reemplazara.

Cada euro contaba para el objetivo final: reabrir el caso de Melanie.

El coste de asesoría por hora de un abogado penalista, con el perfil que Harrelson le sugirió, partía desde los cuatrocientos euros. Eso sería tan solo por una consulta. Si aceptaban representarla, lo cual involucraría el proceso hasta la última instancia posible, implicaría decenas de miles de euros en honorarios. Por eso Colleen intentaba aumentar su cuenta de ahorros a toda costa. Su idea era realizar un primer anticipo económico alto. De ese modo, consciente de que tendría que hacer un préstamo bancario para cubrir la parte restante, los intereses y años atada a una deuda con una institución financiera serían mucho menores. Solo podía tener paciencia.

Por ahora estaba esperando la próxima fecha disponible, en el calendario del bufete Rogers & Dowell, para que le dieran una cita. Esta firma tenía el mayor índice de casos ganados en materia penal en Dublín. Colleen quería contratarlos, pero todo dependería de que los abogados aceptaran incluirla en la cartera de clientes.

Colleen se sentía como una malabarista, porque tenía que financiar su subsistencia y al mismo tiempo guardar una cantidad

para el caso legal. Los salarios no se incrementaban, pero los víveres y los alquileres sí subían de precio. Ella no tenía a quién recurrir financieramente, así que iba abriéndose paso de a poco en el espigado camino de cumplir sus metas, pero sin olvidar la promesa de hacer justicia por Mel.

A ratos se sentía culpable o que no hacía lo suficiente.

Cuando eso ocurría, se sumergía en el arte: estudiaba nuevas técnicas de expresión corporal, asistía a obras de teatro, creaba coreografías o iba a la playa para observar el mar. No contaba con la suerte de que su madre estuviera viva, así que no existía ese consuelo que el abrazo de una mamá ofrecía. Doreen había fallecido de un paro cardíaco, un año antes de que muriera su hija mayor, luego de una larga batalla contra el alcoholismo. Ambas tragedias llevaron al padre de Colleen a sumirse en una gran depresión. Después del juicio, él se había marchado a otra ciudad. En un lapso de seis años, la vida de los Rowbotham se había ido desmoronando poco a poco.

A lo largo de esos años, el único apoyo emocional sólido y presencia familiar constante para ella fue su abuelo paterno. Ciarán ya se había jubilado del ejército, pero no perdía la vitalidad ni la determinación. Fue él quien sostuvo a Colleen durante las semanas que tuvo lugar el proceso judicial para aclarar la muerte de Melanie. De hecho, la entereza del anciano había evitado que su nieta sucumbiera al desánimo.

No pasaba un día sin que Colleen echara en falta a su hermana.

Mel había sido la mayor por tres años. Esta mínima diferencia de edad les había permitido compartir más vivencias juntas al tener amigos contemporáneos. Colleen se recriminaba no haber visto las señales de que algo iba mal; por no prestar atención; por haber preferido ir de fiesta; por haber priorizado a su novio de aquella época; por no haber insistido en hacer más preguntas al notar que su hermana parecía diferente. No solo eso, sino que Mel había dejado de disfrutar lo que antes la hacía feliz: patinar, hacer velas, y coleccionar tazas raras que encontraba en los mercadillos.

Una corriente fría agitó el abrigo de Colleen.

Sus pensamientos retornaron al presente, al cementerio Mount Jerome, ubicado en el distrito Harold's Cross. Los árboles ya empezaban a florecer. Era la época del año en que la naturaleza despertaba del letargo invernal para recibir calor.

—Hey, Mel —dijo con voz contrita y una sonrisa—. La bonificación de desempeño se la dieron a Thomas. Me alegré por él, ya sabes que la esposa está embarazada del segundo hijo de ambos. El señor Ottis me aumentó el valor de la renta en ciento ochenta euros —hizo una mueca—. Sé que me he tardado en lograr que reabran tu caso —susurró limpiándose las lágrimas—, pero seguro te habrás dado cuenta de que estoy trabajando para reunir más dinero. ¿Verdad?

Silencio.

—Aunque ya te conté que aparte tuve que pagar las deudas que dejó papá, antes de que se fuera a Limerick. Inclusive el abuelo dio una parte de su pensión, porque los prestamistas de papá lo estaban amenazando. Ahí se descalabró todo. Luego llegaron otros gastos y estuve en el paro cuatro meses —dijo con voz decepcionada—. Lo siento, Mel… —susurró—. Pero no me doy por vencida.

Silencio.

—De hecho —sacó el móvil—, hice una lista con los mejores bufetes de abogados y he llamado para solicitar una cita —le leyó los nombres—. Muchos dicen que no están aceptando nuevos clientes y otros me han dejado en espera para darme espacio en la agenda. ¿Las buenas noticias? —preguntó, como si su hermana estuviera respondiendo y escuchando—. Que tengo el dinero para pagar las consultas iniciales —sonrió—. Además, ya casi tengo la cantidad que considero óptima para el anticipo de los abogados que acepten nuestro caso. Me queda poco para lograrlo. Sí, lo que más ingresos me produce es mi trabajo de profesora, y la verdad es que me encanta.

Silencio.

—Te echo de menos, Mel…

Colleen extendió la mano y acarició la inscripcion de la lápida.

Melanie Catriona Rowbotham

Amada hija, nieta y la mejor hermana del mundo.

—Tu lápida es la más mona de todas con estas peonias —sonrió—. ¿Recuerdas cuando éramos pequeñas e íbamos a la casa de los abuelos, en la playa, y nos acostábamos en la arena para ver lo que nos contaban las nubes? —preguntó.

Silencio.

—En ocasiones, miro el cielo y pienso que me mandas algún mensaje —ladeó la cabeza—, ¿lo haces? Quisiera creer que sí… —miró el reloj—. Se pasa rápido el tiempo cuando charlamos a gusto, ¿no opinas igual? Por cierto, hoy es el cumpleaños de Avery, así que no te preocupes, le daré tus saludos. Su novio le ha organizado una fiesta. Sí, claro que iré. Además esta es mi primera noche de viernes libre, en un largo tiempo. No olvides que te quiero mucho. Me tengo que ir a trabajar —dijo.

Silencio.

—Hasta pronto, Mel, saluda a mamá —dijo con una leve sonrisa.

Colleen abandonó el cementerio con una mezcla de melancolía y también determinación de mantener la promesa que hizo cuatro años atrás. Intentaba no pensar en las circunstancias de la muerte de su hermana, porque tan solo la llenaba de rabia y desesperación. No podía sucumbir a esa clase de emociones derroteras.

Necesitaba utilizar un lente benévolo hacia la vida, para mantenerse a flote y encontrar oportunidades. No lograría esto último si se miraba a sí misma bajo la óptica de la carencia o la injusticia, así que no incurría en ese error. Su abuelo le había enseñado a enfrentar cada día como una aventura, en la que se le ofrecía la oportunidad de cambiar su destino, y por eso, Colleen, trataba de asimilar las circunstancias con menos amargura. De

hecho, bajo la consigna de que fuese prudente, jamás bebiera al conducir y respetase las normas, Ciarán le obsequió la motocicleta cuando cumplió veintiún años. La Honda era de segunda mano.

Pero las enseñanzas de mirar el mundo con ilusión se las había dado su abuelo desde que era una niña. También aquellos consejos de permitir a su espíritu decidir el camino que quería transitar sin restricciones. Por eso, ella había elegido ser profesora de arte. Ciarán también había aleccionado a Melanie, y ella eligió estudiar ingeniería civil. Una profesión más numérica y lógica, poco usual en las mujeres irlandesas.

—Quiero que vivas bajo el precepto de la niña irlandesa que eres: nacida bajo las leyendas y la magia de un país especial. Tú, puedes conseguir lo que desees —le había dicho cuando Colleen le preguntó si todo lo que soñaba podría cumplirse—. Deja que tus sueños sean gitanos, que no se aquieten, que no se olviden y que bajo las adversidades puedan permanecer en el tiempo, hasta que se cumplan.

—¿Y cómo sé si estoy pidiendo demasiado, abuelo? No creo que podamos pagar un caballo —había dicho frunciendo la nariz—. Inclusive el carro de papá ya tiene algunos años y no ha podido cambiarlo. Dice que son lujos innecesarios.

Él la había mirado con una sonrisa que marcaba sus arrugas.

—Si el corazón lo desea de verdad, el universo conspirará para entregarle aquello que anhela. La magia no consiste en pedirlo, sino en trabajar con la confianza de que aquello que buscas es posible de alcanzar. Se llama la magia de creer en ti.

—Si mis sueños son gitanos y van de un lado a otro en mi cabeza, significa que también lo es mi corazón, es decir, ¿para cumplirlos debo irme de aquí?

Ciarán había soltado una risa que resonó en la amplia casa de la playa.

—No se trata del lugar, porque tu vida puede cambiar en un instante, así como tus sueños. Se trata de persistir. Los sueños son

infinitos al igual que el firmamento, al igual que la magia que hay en ti, Colleen. Pero lo más bonito es que esa magia que está aquí —había dicho señalándole el sitio donde latía el corazón—, la puedes compartir y así transformar la vida de otras personas a tu alrededor. ¿Qué te parece?

—Suena algo complicado, abuelo —había dicho rascándose la cabeza.

—A veces, Colleen, tan solo basta una sonrisa y un gesto amable.

—¿Eso es todo? —había preguntado confusa. Amaba a su abuelo, pero la frustraba un poco cuando no lograba comprender de inmediato sus palabras, sino que se tardaba un largo tiempo, hasta que todo le hacía sentido—. ¿Nada más?

Él había reído quedamente, mientras su esposa, la abuela de Colleen, los llamaba para que fueran todos a comer. Anunciaba que había pan de pasas.

—Lo más simple es lo más bello. Lo entenderás mejor con el tiempo.

Aquella conversación ocurrió cuando ella tenía siete años.

Pero no la había olvidado, porque en alguna forma se reflejaba en su día a día.

En su empleo regular, como profesora, notaba cómo sus alumnos parecían olvidarse del mundo y sumergirse en las dinámicas que ella aplicaba en clases. Por otra parte, durante los eventos culturales, en los que solían contratarla, disfrutaba al ver cómo la gente se involucraba y creaba una comunidad, aunque fuese temporal. Inclusive en Lethal Dragon, con las bailarinas, la satisfacía notar cómo un contoneo de caderas, en la cadencia exacta, y un giro delicado podía intensificar las emociones lujuriosas en los espectadores. Ella hacía magia a su manera, porque eso era el arte. Sí, claro que había comprendido que en la simpleza también se escondía gran belleza.

Pero sus sueños seguían el camino de los gitanos: deambulando sin puerto al cual anclarse. Colleen priorizaba el tema de su

hermana, porque Mel ya no tenía voz para exigir que los culpables recibieran un castigo. Por eso, no podía permitirse distracciones inútiles. Si quería preservar la energía, para rendir en sus actividades diarias y los tres empleos, manteniendo un nivel de excelencia y también su flujo de ingresos económicos, tenía que enfocarse. Cuando lograba tener un margen de tiempo libre, lo aprovechaba para ir de fiesta con Avery o exploraba la ciudad. No quería volverse una persona amargada y que dejaba que los años pasaran sin más.

En raras ocasiones, cuando el nivel de estrés la superaba, aceptaba una cita, pero no se comprometía a repetir otra salida con la misma persona. Daba igual qué tan encantador hubiera sido su acompañante. La intención era hablar y divertirse, en un contexto más personal, sin presiones, y pasar un buen rato cenando o en algún evento o bailando en un pub. Le encantaba bailar. El sexo no era la norma, pero, si le apetecía de verdad, se permitía dejarse llevar por la indulgencia del placer de una noche. Ella era selectiva, así que esto último hacía que su vida sexual fuese escasa.

Aunque Colleen era desconfiada, porque el optimismo no borraba lo lúgubre que eran varios episodios de su vida, el amor era el único aspecto que miraba con menos cinismo. Lo anterior persistía, a pesar de que hubo experiencias poco satisfactorias y también decepcionantes. Ella no se hacía grandes expectativas románticas, ni tampoco las perdía; esa puerta permanecía cautelosamente abierta.

Su última relación, más de un año atrás, le había dejado una incómoda marca a su autoestima. Pero Craig, su ex, mantenía la osadía de buscarla para pedirle una nueva oportunidad. Como si la excusa que le dio, después de que ella lo hubiera encontrado en la cama con dos mujeres, tuviera alguna justificación. Por ese motivo, Colleen había optado por emplear su tiempo en aspectos más productivos.

El claxon de un coche la hizo dar un respingo.

Se dio prisa caminando. Llegó hasta el estacionamiento y encendió su Honda. Después del accidente, cuatro semanas atrás,

había quedado impecable. Casi como nueva. Ella jamás habló con Asher de nuevo, sino con Selenne, la asistente personal.

La mujer resolvió el asunto de las facturas del taller mecánico, porque, según le había comentado, su jefe estaba fuera de la ciudad. Colleen no tuvo ganas de hacer preguntas al respecto, porque no era su problema. Aunque no por eso dejó de intrigarle, una vez más, quién era ese magnate. ¿Lo buscó *online*? Claro que sí.

Además de ver lo ridículamente guapo que lucía con esmoquin, pues ella había observado las fotografías en detalle, notó que las notas informativas no solo eran escasas, sino que ninguna contenía datos personales. Colleen suponía que un millonario como él podría borrar, si quería, rastros de la web o dejar solo aquellos que lo beneficiaban. Solo se mencionaban aspectos filantrópicos de Silver Clover, premios empresariales o eventos sociales de alto perfil. En estos últimos, Asher llevaba del brazo siempre a una mujer más despampanante que la otra. Nunca la misma.

Colleen se concentró en conducir su motocicleta.

El tráfico de la mañana era bastante caótico, aunque procurara evitarlo saliendo más temprano de lo usual. Ella vivía en el barrio Phibsborough, al norte de la ciudad, y estaba relativamente bien conectado. Aunque el transporte público de Dublín funcionaba bien, Colleen consideraba que tener una motocicleta era más práctico. Esto le daba independencia, además, también le recordaba las ideas que le había dejado su abuelo de que era preferible vivir a toda máquina que vivir a medias.



Una vez que llegó a la escuela Alexandra College, en el área de Milltown, Colleen comprobó los horarios del día y la siguiente semana. Su clase de arte era general, es decir, varias veces al día iban estudiantes de diferentes aulas. Ella tenía un plan genérico de improvisación, uso del espacio, creación de coreografías, técnicas de

expresión, que iba modificando según el grupo de alumnos que le tocaba recibir. Le gustaba que los estudiantes se sintieran especial y no parte de un libreto repetido.

—Hey, Colleen —dijo una de sus colegas, al verla entrar a la sala de profesores—. Quisiera saber si tendrías un momento, porque quiero hablar contigo.

—Hey, Greta, ¿en qué puedo ayudarte? —preguntó con una sonrisa.

La rubia se llevó inconscientemente la mano al abultado abdomen.

La escuela era para gente de altos recursos económicos. Algunas de las profesoras no necesitaban el dinero, sino que daban clases porque tenían una buena preparación académica y amaban la profesión, aunque llevaban una vida cómoda. El ambiente de trabajo era muy agradable y se prestaba para ser un espacio en el que se hacían contactos sociales. Gracias a este empleo, Colleen había logrado engancharse a un par de contratos en fiestas infantiles en las que creaba juegos y concursos.

—Sé que vas muy liada y me sabe mal pedírtelo, pero eres la única que podría darme un poco de soporte. Ayer tuve mi cita con el ginecólogo y ha determinado que este bebé tiene que salir la próxima semana, en lugar de que sea a fin de mes como estaba programado —dijo señalándose la panza—. La persona que vendrá como reemplazo me ha dicho que solo podrá estar en la mañana, pero no en la tarde.

Colleen ladeó la cabeza.

—Tu clase es el primer año de educación primaria, ¿verdad?

—Sí, les enseño las herramientas básicas para escribir, leer, matemáticas, así como explorar temas de diferentes áreas del conocimiento, a través de actividades desde un punto de vista divertido y creativo —sonrió nerviosamente—. Quería saber si es posible que me ayudes tomando el horario de la tarde, como sabes

son noventa minutos, todos los días, hasta que me reincorpore…. Esto ha sido algo inesperado.

—Lo puedo suponer —dijo pensativa—. ¿Cuánto tiempo estarías ausente?

—Seis meses y medio es lo que dicta la ley, pero quedan pocos meses para que acabe este período escolar. Sería hasta el siguiente curso —dijo Greta con una expresión inquieta—. Mis estudiantes son especiales, así que por eso decidí escoger mi sustituta temporal, en lugar de dejarle la tarea a la coordinación de la escuela. No contaba con que ella, Odessa, tuviera un cambió súbito en su disponibilidad.

Colleen se había llevado bien con Greta desde que empezó a trabajar en esta escuela, un año y medio atrás. Le parecía una mujer carismática y entre los profesores la estimaban bastante. Siempre ayudaba a otros y mantenía una actitud amable.

—Sí, ya veo que lo tienes complicado —murmuró sopesando la situación—. Yo también me sentiría agobiada si esto me hubiese ocurrido. Pero, Greta, los horarios de clases tendrían que reprogramarse por completo para que las horas de arte que doy en la tarde, en el tiempo que te reemplazaría, se reasignen…

—Considerando las circunstancias, si aceptas ayudarme, no tienes que preocuparte más que de presentarte en mi clase todos los días, de una a dos y media de la tarde. La escuela te pagará un valor extra por ser mi reemplazo, pues estarías ejerciendo otra función, pero yo también te pagaré esas horas de mi bolsillo. Es decir que ganarías el triple por esos noventa minutos, cada día —dijo Greta, mirándola.

El esposo de ella tenía varias granjas de ganado, así que esta clase de oferta era posible. El comentario de la mujer hizo que Colleen la mirara con sorpresa. Ganaría el valor de su hora regular, el valor como reemplazo y el extra de Greta. ¡Era genial!

—Antes de que dijeras el asunto del dinero ya había considerado ayudarte —dijo Colleen con sinceridad. La otra mujer se llevó una

mano al corazón y soltó una exhalación que parecía haber estado conteniendo—, pero aprecio y acepto la oferta.

—Oh, Dios, qué alegría —dijo sonriendo—. Muchísimas gracias.

Colleen hizo un asentimiento.

—El único inconveniente, ahora que has dicho que vas a encargarte de que mis horarios se ajusten para que los demás alumnos tengan su clase regular de arte, es que las matemáticas no son mi fuerte. La gramática se me da a trompicones para enseñarla. Sin embargo, lo que tiene que ver con historia o geografía me encanta.

Greta dejó escapar una risa suave e hizo un asentimiento, aliviada.

—Solo dale las materias que se te complican a Odessa. Así puedes optar por lo que más te guste enseñar y usar tus técnicas propias en mi clase —dijo agarrándole las manos con suavidad y las agitó un poco. La miró con franqueza—: No tienes idea lo importante que es este favor que estás haciéndome, gracias de verdad, Colleen.

—Me gusta la idea de un desafío y este parece serlo —sonrió—. Gracias por considerar que tengo las aptitudes para asumir un aula de clases como la tuya.

Greta le soltó la manos y se rio con suavidad.

—Mis quince diablillos son maravillosos, pero cada uno tiene algo especial que, como profesora, me llena el corazón. Quizá son también las hormonas que me hacen hablar tan emotivamente —dijo tocándose la panza de nuevo—. Colleen, sé que es bastante tiempo. Pero quizá los horarios de Odessa mejoren más adelante y, antes de lo esperado, ella pueda asumir la jornada completa como estaba previsto.

Colleen pensó que iba a ser un embrollo coordinar a los demás cursos y que encajaran en su nuevo, así como limitado, horario de clases. Pero si su colega iba a encargarse de esas minucias, tal como acababa de decirle, iba a tomarlo con calma.

—Gracias de nuevo —dijo Greta—. ¿Qué te parece si vienes a saludar a mis estudiantes y así aprovecho para presentarte como mi reemplazo de la tarde?

—Suena muy bien —replicó, mientras caminaba con su compañera.

El corredor estaba lleno de ruidos de niños riéndose, hablando, peleando, chillando a otros; mochilas que se caían, termos que se estrellaban contra el piso, casilleros de metal que sonaban; el timbre de inicio de clase. Las puertas cerrándose.

El aula de Greta estaba al final de todo el pasillo.

Cuando entraron, los niños continuaban hablando y jugueteando alrededor. Con paciencia, la mujer dio dos palmadas para hacerles saber que ya no estaban solos y, poco a poco, se callaron. No fue rápido, claro que no, pero estos niños eran relativamente más obedientes que los de otros cursos. Después, la profesora les pidió que fueran a sentarse a sus pupitres. Eso tomó cinco minutos, mientras Greta intentaba separar a dos que empezaron a pelearse, porque querían el mismo puesto.

En todo ese lapso, Colleen miró al grupo con una sonrisa.

—A ver, cariños míos, vamos a hacer silencio —dijo Greta—. Porque hoy tenemos una invitada especial. Quiero presentarles a Miss Colleen. Saludémosla.

—¡Holaaa, Miss Colleeeeeen! —gritaron todos.

—Hola, niños —dijo la aludida sin perder la sonrisa y se acercó a Greta—. Estoy encantada de poder conocerlos a todos. Aunque de seguro habrán visto las obras de teatro que he organizado con niños más grandes, ¿verdad que sí?

—¡Siiií! —gritó un niño de cabellos rojizos.

—Fantástico —intervino Greta—, pues les tengo una gran noticia y otra no tan positiva. ¿Recuerdan que les dije que iba a traer a un precioso niño al mundo muy pronto, porque voy a ser mamá? —preguntó. Todos respondieron afirmativamente —. Durante unas

semanas tendré que cuidar del bebé, así que no podré venir. Pero mi buena amiga —señaló a Colleen—, estará aquí con ustedes en las tardes. El día lunes vendrá a conocerlos otra fantástica profesora que estará en las mañanas. ¡Será magnífico que les demuestren todo lo que saben y aprendan cosas nuevas! ¡Yeiii!

Los niños empezaron a hacer pucheros, así que la rubia intentó calmarlos.

Mientras su compañera procuraba convencer a los alumnos que no era el fin del mundo, Colleen se fijó en una niña que estaba en el útimo puesto de la fila cercana a la ventana. No miraba a nadie y parecía concentrada en un cuaderno. Colleen le hizo una seña a Greta, dándole a entender hacia dónde iba, y esta asintió, pero sin prestar mucha atención, porque estaba tratando de explicarles a los niños que sí volvería.

No quería asustar a la niña, así que Colleen se acercó con cautela. No se puso de frente, sino a un costado. En lugar de mantenerse de pie se acuclilló un poco. Le pareció que era una pequeña muy linda. Tenía el cabello negro recogido en una coleta. Estaba segura de que había notado su presencia, pero continuaba mirando el cuaderno. Colleen vio que había dibujos de lo que parecían ser unas hadas. Sonrió.

—Hola, pequeña —dijo con suavidad—, disculpa que te interrumpa. Noté que estabas un poquito ocupada y no sé si escuchaste mi saludo a toda la clase. Así que decidí acercarme para hacerlo personalmente. ¿Cómo te llamas? —preguntó.

La niña dejó el lápiz sobre la mesilla. No respondió, sino que la miró un rato.

Los demás alumnos continuaban pidiéndole a Greta que no se marchara.

—Qué despiste de mi parte, no me presenté formalmente, me llamo Colleen —dijo extendiendo la mano hacia la pequeña—. A partir de la próxima semana seré tu profesora en las tardes. Nos

veremos durante una hora y media. A mí también me gusta dibujar, así que, tal vez, tengamos algunas cosas en común. ¿No te parece?

La niña extendió con lentitud la mano y la estrechó, pero la apartó rápido.

—Si no me quieres decir tu nombre, ¿lo escribirías? —preguntó con sutileza. Extendió la mano y le dio un ligerísimo toque en los deditos—. ¿Por favor?

La niña volvió tan solo a mirarla unos segundos. Pero fueron suficientes para que Colleen notara un ineludible toque de desafío, ligero, como si estuviera analizando si merecía la pena gastar su energía en otro ser humano. Aunque también existía un toque de vulnerabilidad muy marcado. La mirada era cauta y reservada.

Siguió sin decir nada. Tampoco movió la manita. Solamente la contempló.

—Te voy a contar un pequeño secreto —dijo Colleen. Eso pareció despertar una chispa de interés en los curiosos ojitos—. Mis amigos me dicen Colly. El día martes, que empezaré las clases en esta aula, iba a decirles que podrían llamarme de esa manera. Pero, ¿sabes qué? Quise contártelo a ti primero, porque creo que eres una personita que sabrá guardar este secreto, hasta el martes —sonrió —. ¿Verdad?

La niña ladeó ligeramente la cabeza. Asintió de forma breve.

—Ah, eso es magnífico, gracias. Pero, ahora, ¿cómo debería llamarte yo a ti?

—Oh, perdona —dijo Greta interrumpiendo. Colleen se incorporó y la niña regresó su mirada al papel—. Quiero que les cuentes un poco de ti a los niños, así se sentirán más a gusto. Puedes hacerles alguna dinámica si te apetece —sonrió.

—Por supuesto —replicó e hizo un gesto leve con la mano—. Pero, ¿ella…?

—Sadie… —susurró una voz infantil. En medio del bullicio de la clase, si las dos profesoras no hubiesen estado tan cerca no la

hubieran escuchado.

Colleen se giró de inmediato y esbozó una sonrisa. La niña tenía unos ojos azules preciosos. Más claros que los suyos, que eran bastante oscuros, y expresivos.

—Estoy encantada de conocerte, Sadie —dijo—. Prometo que nuestras clases serán igual de divertidas que las que tienes con Miss Greta. ¿Qué te parece?

La niña hizo un asentimiento. Luego volvió la atención a su dibujo.

Un rato después, cuando Colleen ya tenía que marcharse a su primera clase del día, Greta volvió a agradecerle profusamente por la ayuda que iba a darle. Charlaron un instante del pénsum académico y en qué nivel estaban los niños en geografía e historia, así como otras áreas que Colleen podría manejar sin problema. Intercambiaron comentarios sobre las herramientas tecnológicas a las que podían acceder los niños, así como los que tenían alergías y también ciertas manías.

Cuando estaban a punto de despedirse, Greta la agarró del brazo con suavidad.

—Colleen, te enviarán todos los datos de los niños, menos de Sadie.

—No comprendo —dijo frunciendo el ceño.

—Ella es un caso especial y su padre es muy protector —explicó, aunque no tenía todos los detalles—. De hecho, no te vayas a asustar cuando salgan al recreo, pero habrá guardaespaldas discretamente custodiando el área de juegos. Los verás, vestidos de civiles, en cada ocasión que decidas hacer una actividad al aire libre.

—Esta escuela tiene buenas medidas de seguridad, ¿por qué necesita algo así? —preguntó desconcertada. Esta era la primera vez que ella escuchaba al respecto.

—No tengo la más remota idea…

—¿Cómo no lo sabes, acaso no es tu alumna? —preguntó elevando las cejas.

—Sadie estaba estudiando en otra escuela, pero dicen los rumores que le hacían *bullying*, así que la inscribieron aquí hace tres meses —replicó Greta.

Colleen, ante el comentario se sintió furiosa, porque ese era un tema sensible y personal para ella. Jamás permitía en sus clases que un niño ridiculizara a otro. Saber que esa pequeña había sido trasladada de escuela no era justo, porque quienes tenían que largarse eran los niños infames que la habían atormentado, cuyos padres no les enseñaban a ser empáticos y más humanos. «Por eso está tan jodida la sociedad».

—Dios… —murmuró—. Qué terrible para ella.

Greta hizo un asentimiento con expresión de pesar.

—Lo sé. Se nota que es una niña dulce y bastante dócil —dijo—. El padre de Sadie se comunica con el director Marsden y yo solo le envío los informes del desempeño de ella. Todo es muy hermético. Así que no tengo más información que pueda darte. Lo siento, pero estoy tan perdida como tú. Intento hablar con ella; pocas veces tengo suerte. Hoy fue uno de esos días —sonrió—, así que me alegro que te haya dicho su nombre. Es muy buena alumna, creo que la mejor, pero es silenciosa.

Colleen entendía la timidez en los niños, pero también suponía que Sadie tendría pocas ganas de confiar en estos compañeritos si, previamente, otros la habían hecho pasar malos ratos. No podría imaginar qué clase de maldades habría padecido, hasta el punto que los padres de la niña hubiera decidido cambiarla de escuela.

—¿Qué hay de la mamá? ¿Tampoco tienes contacto con ella?

—No, el padre es el representante legal —dijo Greta—. Tal como acabo de comentarte, la estancia y evolución académica de Sadie se maneja con el director. Si acaso la mamá interviene, entonces asumo que será por esa misma vía.

Colleen hizo un asentimiento.

—Haré todo lo posible para que se sienta cómoda —prometió, porque de repente se sentía protectora con esa pequeña

desconocida—. ¿Y ese padre de familia? Pues me parece un inconsciente. Debería reunirse contigo, en lugar de recibir un informe frío de su desempeño. Como si su hija fuese una tarea más —dijo enfadada.

Greta esbozó una sonrisa.

—Sabía que ibas a velar por estos niños de manera especial.

—No lo dudes —dijo Colleen con un asentimiento.

¿Quieres leer más de Asher & Colleen?

Al filo de la medianoche, está disponible dando un clic o escribiendo el enlace en tu buscador preferido: http://mybook.to/ALFIME

PUEDES CONTACTAR A LA AUTORA EN REDES SOCIALES

Instagram, Facebook, TikTok y X: @KristelRalston

También puedes **seguirla en Amazon** para estar al tanto de sus próximas novedades literarias:
http://www.amazon.com/author/kristelralston

Si te apetece contáctala, a través de **un email**:
kristelralstonwriter@gmail.com

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA

Disponible en las principales plataformas digitales. AppleBooks, Kobo, Scribd, Tolino, El Corte Inglés, La Casa del Libro, Fnac, etc.

Formato papel + audiolibro en Amazon.

La mayor parte de las novelas están gratis en Kindle Unlimited vía Amazon.

Detrás de la perfidia.

Al filo de la medianoche.

El legado de las dunas.

Placeres furtivos.

Sinuosa tempestad.

Cautivos en la penumbra.

Veneno en tu piel.

Hermosas Cicatrices.

Sueños Robados.

Pasión Irreverente (Bilogía Sombras 1)

Silencio Roto (Bilogía Sombras 1.5)

Pasión Sublime (Bilogía Sombras 2)

Los Mejores Planes

El placer del engaño

Seduciendo al destino

Bajo tus condiciones (Grupo Editorial Planeta)

Regresar a ti (HarperCollins Ibérica – HQÑ)

Lazos de cristal

Entre las arenas del tiempo (Maktub 1) (Papel con Nova Casa Editorial)

Estaba escrito en las estrellas (Maktub 2)

El llamado del desierto (Maktub 3)

Más allá del ocaso

Un capricho del destino

Desafiando al corazón

Un orgullo tonto

Brillo de luna

Oscura redención

Mientras no estabas

El precio del pasado

La venganza equivocada

Si hubiese un mañana

Un hombre de familia

Tentación al amanecer

La última princesa del desierto

El último riesgo (Match Point 1)

Un acuerdo inconveniente (Match Point 2)

Punto de quiere (Match Point 3)

Un desastre perfecto (HarperCollins Ibérica – HQÑ)

Votos de traición.

Antes de medianoche.

Cálido Invierno (Relato corto).

Puedes encontrar a la autora también en **Wattpad** con su usuario:

@KREATEB

También tiene cuenta en **Inkspired:** @KristelRalston

Su página web: www.kristel-ralston.com

SOBRE LA AUTORA



Escritora de novela romántica y ávida lectora del género, a Kristel Ralston le apasiona narrar historias en las que un héroe arrogante y obstinado hace todo lo posible para conquistar a la mujer que ama. ¿Enemigos y amantes? ¡Sí, ese es uno de sus temas favoritos a escribir, además de las venganzas entre los protagonistas! La autora disfruta recreando y creando escenarios en diferentes partes del mundo.

Kristel se graduó de periodista, pero optó por dar otro enfoque a su carrera y fue a Europa para estudiar un máster en relaciones públicas. En su estancia académica descubrió su pasión por la narrativa romántica y decidió escribir su primer libro.

En el 2014, Kristel renunció a su trabajo de oficina, en la que ejercía como directora de comunicación y relaciones públicas, para dedicarse por completo a la escritura. Desde entonces ya tiene publicados 40 títulos y ese número promete continuar en ascenso. La autora no solo trabaja de forma independiente en la plataforma de Amazon, KDP, sino que ha publicado también con editoriales como Grupo Editorial Planeta (España y Ecuador), HarperCollins Ibérica (con su sello romántico HQÑ), y Nova Casa Editorial. Muchas de sus historias pueden encontrarse también en diferentes plataformas digitales de pago, así como en Audible.

Su novela "Lazos de Cristal", fue uno de los cinco manuscritos finalistas anunciados en el II Concurso Literario de Autores Indies (2015), auspiciado por Amazon, Diario El Mundo, Audible y Esfera de Libros. Este concurso recibió más de 1.200 manuscritos de diferentes géneros literarios de 37 países de habla hispana. Kristel fue la única latinoamericana y escritora de novela romántica entre los finalistas. Ella también fue finalista del concurso de novela romántica Leer y Leer 2013, con el libro "Bajo tus condiciones", organizado por la Editorial Vestales de Argentina y el blog literario Escribe Romántica. La novela finalmente fue publicada por Grupo Planeta España y Ecuador, en formato papel y digital.

Kristel ha publicado varias novelas como Sinuosa tempestad, Veneno en tu piel, Hermosas Cicatrices, Sueños Robados, Seduciendo al Destino, Pasión Irreverente, Pasión Sublime, Silencio Roto, Seduciendo al Destino, El Placer del Engaño, Los Mejores Planes, Tentación al amanecer, Votos de traición, Un hombre de familia, Un desastre perfecto, Estaba escrito en las estrellas, Entre las arenas del tiempo, Brillo de luna, Mientras no estabas, Punto de quiebre, La venganza equivocada, El precio del pasado, Un acuerdo inconveniente, Lazos de cristal, Bajo tus condiciones, El último riesgo, Regresar a ti, Un capricho del destino, Desafiando al corazón, Más allá del ocaso, entre otras. Los libros de Kristel también pueden encontrarse en varios idiomas tales como inglés, francés, italiano, alemán, hindi y portugués.

La autora fue nominada por una reconocida publicación de Ecuador, Revista Hogar, como una de las mujeres del año 2015 por su destacado trabajo literario. En el mismo año participó en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, en el estand de Amazon, como una de las escritoras de novela romántica más vendidas de la plataforma y en calidad de finalista del II Concurso Literario de Autores Indies. Repitió la experiencia, compartiendo su testimonio como escritora de éxito de Amazon KDP en español, en marzo del 2016, recorriendo varias universidades de la Ciudad de México y Monterrey.

Kristel ha sido jurado del Premio Literario Amazon Storyteller en español, ediciones 2020, 2021, 2022, 2023 y 2024. Ella es la primera escritora ecuatoriana de novela romántica reconocida nacional e internacionalmente. La autora se considera una ciudadana del mundo que disfruta viajando y escribiendo novelas que inviten a los lectores a no dejar de soñar con los finales felices.